

HISTORIA DE LOS PAPAS

EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA
Y RESTAURACIÓN CATÓLICA

POR

Ludovico Pastor

VERSIÓN DE LA CUARTA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

P. José Monserrat

de la Compañía de Jesús

Volumen XIV

(MARCELO II y PAULO IV)

(1555-1559)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXXVII

HISTORIA DE LOS PAPAS

DESDE FINES DE LA EDAD MEDIA

COMPUESTA UTILIZANDO EL ARCHIVO SECRETO PONTIFICIO
Y OTROS MUCHOS ARCHIVOS

POR

Ludovico Pastor

CONSEJERO REAL E IMPERIAL
PROFESOR ORDINARIO DE LA UNIVERSIDAD DE INNSBRUCK
Y DIRECTOR DEL INSTITUTO AUSTRIACO DE ROMA

Tomo VI

HISTORIA DE LOS PAPAS EN LA ÉPOCA DE LA REFORMA Y
RESTAURACIÓN CATÓLICA: JULIO III, MARCELO II Y PAULO IV
(1550-1559)

BARCELONA
GUSTAVO GILI, EDITOR
CALLE DE ENRIQUE GRANADOS, 45
MCMXXVII

111

NIHIL OBSTAT

El Censor,

DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR
CANÓNIGO

Barcelona, 14 de enero de 1927.

IMPRÍMASE

JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de S. E. I.

DR. FRANCISCO MARÍA ORTEGA DE LA LORENA
CANCELLER-SECRETARIO

KALE

LIBRO II

Marcelo II y Paulo IV

(1555-1559)

Sede, como también con los príncipes y reyes. Sólo él tenía derecho a abrir todas las cartas, aun las dirigidas al Papa directamente, y contestar a ellas. Pero además estaban sometidos a la superintendencia del cardenal nepote todos los negocios políticos, como también todo lo que pertenecía a la Hacienda pública, a la justicia y a la administración de Roma y los Estados de la Iglesia (1).

Para poder dar abasto a tal cúmulo de trabajo, se rodeó Carlos Carafa de un numeroso personal de funcionarios, muy bien adiestrados y adictos a él enteramente. Trabajaba bajo su dependencia como hombre de confianza y sustituto suyo, el primer secretario (*segretario intimo o maggiore*), Juan della Casa. Este humanista florentino y enemigo declarado de los Médicis, era el más eminente de los numerosos florentinos que habían emigrado a Roma desde su patria. Sólo él estaba enterado de todos los proyectos del cardenal nepote, y todos los papeles diplomáticos pasaban por sus manos; más aún, de muchos de estos documentos sólo a él se daba conocimiento (2).

Semejante puesto al de Juan della Casa para los negocios políticos lo recibieron Aníbal Bozzuto para los asuntos del Estado de la Iglesia, y el célebre jurista Silvestre Aldobrandini para los fiscales y criminales. Todas las mañanas, a excepción de los días destinados para las audiencias de los embajadores, recibía Carlos Carafa a estos representantes suyos para que le informasen de lo relativo a sus departamentos, y todos cuatro trataban en común importantes cuestiones (3). Aldobrandini, de esclarecido linaje

(1) V. Ancel, *Secrét.*, 7 s.

(2) V. Ancel, *Secrét.*, 15 ss. Casa (cf. sobre él nuestras indicaciones del vol. XII, 422) había sido ya en Venecia conocido de Paulo IV; su nueva posición la debió al cardenal Farnese (Caro-Farnese, *Lettere*, II, 221). Por un *breve de 30 de mayo de 1555 (Min. brev., Arm. 44, t. 4, n. 110. *Archivio segreto pontificio*) fué llamado a Roma, y colocado en su empleo definitivamente el 13 de julio (v. *Studi storici*, XVII, 592). Después de su muerte (14 de noviembre de 1556) le sucedió S. Aldobrandini. A la caída de éste en 1557 (v. abajo cap. III) obtuvo A. Lipomano este importante cargo, que juntó con el de *secretarius domesticus*; v. Ancel, *Secrét.*, 15 ss.

(3) V. el **Summario dell'attioni di Mons. Ill^{mo}.* en los autos del proceso de Carafa (*Archivio público de Roma*), acerca del cual hace observar justamente Ancel (loc. cit.), que no se puede atribuir a Antonio Carafa, como lo hace Coggiola (Sull' anno della morte di m. della Casa, Pistoia, 1901, 8 ss.). Por lo demás, este error de Nores (p. 272) lo había ya advertido Passarini (Aldobrandini, 118). De la caída de Bozzuto dió cuenta desde Roma Fr. Pasoto en 1.º de

florentino, había sido desterrado en 1531 por ser adversario de los Médicis, y Bozzuto era un napolitano expulsado de su patria. La colocación de estos proscritos, que, llenos de rencor y de pasión, esperaban volver a su tierra con la caída de la dominación española, había de contribuir no poco a que las cosas en Roma tomaran un rumbo belicoso (1).

Para llevar la correspondencia italiana fueron colocados al lado de Casa todavía cinco secretarios, entre los cuales ocupaban la más elevada categoría Antonio Elio, obispo de Pola, y Juan Francisco Commendone, obispo de Zante. Añadiéronse otros tres secretarios: Jerónimo Soverchio, Angel Massarelli y Trifón Benicio, éste para las cartas cifradas. Todos estos altos funcionarios de la secretaría de Estado tenían a su disposición un número correspondiente de oficiales subordinados. Fuera de eso, se servía también el cardenal Carafa de diversos secretarios privados y agentes, que en parte eran empleados para fines ocultos. Representaba también un gran papel, aunque no poseía ningún título especial, Aníbal Rucellai, sobrino de Juan della Casa, que estaba enterado de muchos secretos de la política de su señor (2).

Rigurosamente separada de la secretaría de Estado, que tenía su archivo propio, estaba la secretaría de breves. El personal de esta sección, que se había de ocupar preferentemente en los negocios eclesiásticos y en la administración de los Estados de la Iglesia, dependía inmediatamente del Papa. Juan Barengo, como primer *secretario doméstico*, ocupaba en este departamento un puesto eminente, semejante al que tenía Casa en la secretaría de Estado. Lo mismo que Barengo, a quien incumbía la redacción de todos los breves y bulas importantes, vivía también en el Vaticano un segundo *secretario doméstico*, Juan Francisco Bini. Éste, que era un humanista de la escuela de Sadoletto, había de componer los breves dirigidos a los príncipes. Después de los mencionados, hállanse todavía como altos funcionarios en la secreta-

septiembre de 1557: *Domenica mattina si disse la notte inanci N. S. havea fatto levar di letto Monsig. Bozzuto cosi amalato com' era et fattolo mettere prigione in castello, dove è ancora. La causa non si dice. Su sucesor fué Aníbal Brancaccio. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. Navagero-Albèri, 391, 405. Las observaciones apologéticas de Passarini (Aldobrandini, 118) hechas en contra, nada demuestran.

(2) V. las sólidas investigaciones de Ancel, *Secrét.*, 14 ss., 25 ss., 32 ss.; sobre Elio cf. Merkle, I, 377.

ría de los breves, Antonio Fiordibello, secretario en otro tiempo de Sadoletto, y César Grolierio. Todos estos empleados, los cuales tenían todavía en común muchos oficiales subordinados, se diferenciaban de los altos funcionarios de la secretaría de Estado, sobre todo por la circunstancia de que no hacían ningún trabajo independiente, sino sólo tenían que formular las órdenes dadas. Las instrucciones para ello las recibían o del mismo Papa, o de aquellos a quienes la Cabeza suprema de la Iglesia había transferido una parte de su autoridad (1).

Es característico respecto de Paulo IV, el que pusiera un límite a la plenitud de poder de Carlos Carafa, cuando se trataba de la administración interior propiamente dicha de la Iglesia (2). Tanto más libremente mandaba el nepote en el campo de la política; en lo relativo a ella logró muy pronto tener tan enteramente en sus manos las riendas del gobierno, que dirigía al Papa como a un niño (3). El cardenal Alejandro Farnese, en quien Paulo IV con ánimo agradecido, al principio de su pontificado, había puesto una confianza ilimitada, fué asimismo dejado a un lado (4), como Juan Carafa. El flexible e intrigante Carlos Carafa, que sabía acomodarse a cualquiera situación, tuvo magistral habilidad para engañar artificiosamente de todo en todo al anciano Papa, desconocedor del mundo.

Las aptitudes nada ordinarias del nepote y su odio a los españoles hicieron olvidar pronto a Paulo IV lo que antes había hallado que reprobaba en su sobrino. Aficionóse tanto más fácilmente al natural militar de Carlos, que era enteramente opuesto a él, hombre severo de la Iglesia, cuanto sus genios eran muy afines: ambos, como genuinos napolitanos, se ponían rápidamente

(1) V. Ancel, *Secrét.*, 47 ss. Sobre Barengo cf. Masio, *Cartas*, 244, 251; sobre Bini († septiembre de 1556) v. Merkle, II, xxii. El sucesor de Bini fué L. Lipomano; cuando Barengo murió por junio de 1559, le sucedió Francisco Aragonia.

(2) V. Navagero-Albèri, quien hace notar dos veces (págs. 384 y 411) esta limitación de las facultades. No se puede, por tanto, decir con Ranke (I^a, 188) que el Papa «confió al nepote la suma no solamente de los negocios seculares, sino hasta de los eclesiásticos». En la relación de Salvago (*Atti Lig.*, XIII, 755) se dice expresamente, que el card. Carafa poseía la suprema *authorità et cura de negotiis appartenenti a stato et a giustitia*.

(3) V. Masio, *Cartas*, 222.

(4) Cf. Coggiola, *Conclave*, 476 s. y Farnesi, 81 s.; Ancel, *Secrét.*, 14 s. Sobre la influencia a los principios muy grande de Farnese v. también la relación del embajador portugués, de 18 de junio de 1555, en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 420.

furiosos, y eran crédulos y precipitados en sus resoluciones (1). Demás de esto tenía Carlos señalada habilidad para tratar de un modo adecuado a su anciano tío y tener cuenta con sus aficiones predominantes e ideas predilectas. Cada vez más se formaba en Paulo IV la persuasión, de que la Santa Sede no tenía ningún servidor más fiel, más íntegro y más inteligente. Tan por entero se dejó deslumbrar el Papa, que no tenía inconveniente en decir a menudo al embajador veneciano, que Carlos sobrepujaba en dotes de estadista a todos sus predecesores. El nepote, que pronto fué colmado de favores (2), supo hacerse tan indispensable, que en caso de su ausencia, anhelaba el Papa ansiosamente por él, y difería hasta su vuelta todos los negocios políticos de importancia. Carlos, como lo pone de realce Navagero, sabía hallar siempre con maravillosa sagacidad aquello que gustaba al Papa, y aprovechar todas las circunstancias para el logro de sus fines. Era extraordinariamente celoso de su propia influencia; quería ser reconocido como señor y ver dependientes de sí a los demás. Aun delante de los representantes de las grandes Potencias, pronto se presentó con un porte áspero y presuntuoso, como quien tenía gran concepto de su propio valer. Con la misma medida con que favorecía a sus amigos y parciales, sabía vengarse de sus competidores y adversarios. Como estaba en el vigor de su virilidad, se dedicaba a los negocios políticos con incansable diligencia. Sagaz y hábil, versada en todo género de ardides e intrigas, adiestrada magistralmente en el arte de jugar siempre a dos manos, sin conciencia, doble y fría trazadora de sus designios como cualquier discípulo de Maquiavelo, llena de altivos y atrevidos planes, y sumamente ingeniosa para salir con sus intentos por todos los medios, y dominada enteramente de insaciable ambición, el alma fogosa de Carafa era aún estimulada por la dicha, que tan inesperadamente le había cabido en suerte, la cual

(1) Cf. el juicio del card. Farnese en Riess, 53.

(2) En 26 de octubre de 1555 obtuvo C. Carafa la legación de Bolonia, con todos los cargos a ella unidos (v. el *breve de este día en el *Archivio segreto pontificio*, Arm. 44, t. IV, p. 143). Esta posición reeditaba al nepote 8000 ducados. Sobre estas y otras rentas v. Navagero-Albèri, 384-385. Por febrero de 1556 obtuvo también el card. Carafa el governo d'Ancona (v. la *carta del card. Médici al card. Carafa, de 5 de febrero de 1556. Cod. Barb. lat. 5698, p. 8. *Bibl. Vatic.*) y por julio de 1556 el obispado de Comminges; v. Mèl. d'archéol., XXII, 101 s.

quería utilizar ahora a fondo, mientras vivía su anciano tío; sólo parecía él afanarse por la liberación de la Santa Sede e Italia de la opresora dominación extranjera, pero en realidad trabajaba con egoísmo y sin conciencia sólo para sí y para su casa (1).

Tal era la índole y condición del hombre, que en tiempos tan peligrosos estaba destinado a dirigir la política secular de la Santa Sede.

(1) Para conocer el carácter distintivo del card. Carafa cf. de los coetáneos especialmente Navagero-Albèri, 384 s. y Charles Marillac en Vaissière, Charles de Marillac, Paris, 1896, 327; de los posteriores, Pallavicini, 13, 12, 6; Marcks, Coligny, 81, y particularmente Ancel, Secrét., 11 ss. y Disgrâce, 13 s. En su notable trabajo *La question de Sienne*, observa Ancel: *Entre les bas calculs de Carlo Caraffa et l' idéal du pape qui voudrait soustraire l'Église et l'Italie à la tutelle qui va désormais peser si lourdement sur elles, il y a un abîme* (p. 90).

III. La lucha desgraciada de Paulo IV contra la prepotencia de España

I

El mismo día 29 de mayo de 1555, en que anunció Paulo IV en su primer consistorio sus intentos de reforma, firmó una bula, en la que prometía solemnemente empeñar todas sus fuerzas en el restablecimiento de la paz de la cristiandad, y en la renovación de la antigua disciplina en toda la Iglesia (1).

Por la paz se había afanado ya antes el Papa (2), y por la reforma dió asimismo muy pronto algunos pasos. Así en un consistorio de 5 de junio publicóse un decreto, de que en adelante habían de ser presentadas por los patronos para obispados y abadías sólo aquellas personas, que fuesen enteramente idóneas para estos cargos y estuviesen libres de toda sospecha de ambición o simonía (3).

Un decreto de 17 de julio prohibía, que en la provisión de los obispados se concediese dispensa por la falta de edad (4). El mismo día se celebró un importante consistorio. En él primeramente se anunciaron tres bulas; la primera concernía a la publicación de un jubileo para todos los que rogasen por la paz de la cristiandad; la

(1) V. Massarelli, II, 272; Bromato, II, 224.

(2) V. los breves al emperador y a Fernando I, de 24 y 26 de mayo de 1555, en Raynald, 1555, n. 24 s. y las *cartas al nuncio J. Muzzarelli, a *Felipe II y a la reina María, como también al *cardenal Pole, todas del 24 de mayo de 1555. *Brevia ad princ.*, Arm. 44, t. IV, n. 98, 99 y 100. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. *Acta consist. (*Archivo consistorial*); v. el n.º 11 del apéndice.

(4) Cf. *Acta consist. (*Archivo consistorial*); v. el n.º 12 del apéndice y Bull. VI, 496 s.; cf. la *relación de Camilo Titio a C. Pagni, fechada en Roma el 18 de julio de 1555. *Archivo público de Florencia*.

quería utilizar ahora a fondo, mientras vivía su anciano tío; sólo parecía él afanarse por la liberación de la Santa Sede e Italia de la opresora dominación extranjera, pero en realidad trabajaba con egoísmo y sin conciencia sólo para sí y para su casa (1).

Tal era la índole y condición del hombre, que en tiempos tan peligrosos estaba destinado a dirigir la política secular de la Santa Sede.

(1) Para conocer el carácter distintivo del card. Carafa cf. de los coetáneos especialmente Navagero-Albèri, 384 s. y Charles Marillac en Vaissière, Charles de Marillac, Paris, 1896, 327; de los posteriores, Pallavicini, 13, 12, 6; Marcks, Coligny, 81, y particularmente Ancel, Secrét., 11 ss. y Disgrâce, 13 s. En su notable trabajo *La question de Sienne*, observa Ancel: *Entre les bas calculs de Carlo Caraffa et l' idéal du pape qui voudrait soustraire l'Église et l'Italie à la tutelle qui va désormais peser si lourdement sur elles, il y a un abîme* (p. 90).

III. La lucha desgraciada de Paulo IV contra la prepotencia de España

I

El mismo día 29 de mayo de 1555, en que anunció Paulo IV en su primer consistorio sus intentos de reforma, firmó una bula, en la que prometía solemnemente empeñar todas sus fuerzas en el restablecimiento de la paz de la cristiandad, y en la renovación de la antigua disciplina en toda la Iglesia (1).

Por la paz se había afanado ya antes el Papa (2), y por la reforma dió asimismo muy pronto algunos pasos. Así en un consistorio de 5 de junio publicóse un decreto, de que en adelante habían de ser presentadas por los patronos para obispados y abadías sólo aquellas personas, que fuesen enteramente idóneas para estos cargos y estuviesen libres de toda sospecha de ambición o simonía (3).

Un decreto de 17 de julio prohibía, que en la provisión de los obispados se concediese dispensa por la falta de edad (4). El mismo día se celebró un importante consistorio. En él primeramente se anunciaron tres bulas; la primera concernía a la publicación de un jubileo para todos los que rogasen por la paz de la cristiandad; la

(1) V. Massarelli, II, 272; Bromato, II, 224.

(2) V. los breves al emperador y a Fernando I, de 24 y 26 de mayo de 1555, en Raynald, 1555, n. 24 s. y las *cartas al nuncio J. Muzzarelli, a *Felipe II y a la reina María, como también al *cardenal Pole, todas del 24 de mayo de 1555. *Brevia ad princ.*, Arm. 44, t. IV, n. 98, 99 y 100. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. *Acta consist. (*Archivo consistorial*); v. el n.º 11 del apéndice.

(4) Cf. *Acta consist. (*Archivo consistorial*); v. el n.º 12 del apéndice y Bull. VI, 496 s.; cf. la *relación de Camilo Titio a C. Pagni, fechada en Roma el 18 de julio de 1555. *Archivo público de Florencia*.

segunda imponía a los judíos de los Estados de la Iglesia las más extremadas limitaciones; y la tercera iba dirigida contra toda enajenación de los bienes de la Iglesia romana. Después de la lectura de estos documentos exhortó el Papa a los cardenales a la reforma, reprendió a algunos, que habían faltado contra su dignidad, y repitió que pensaba trabajar con todas sus fuerzas por el mejoramiento del estado de toda la Iglesia.

Conforme a eso, designó cinco cardenales que habían de cuidar de la reforma de las diversas naciones. Éstos eran: du Bellay para Francia, Pacheco para España, Truchsess para Alemania y Púteo y Cicada para Italia (1). Una constitución de 7 de agosto tomaba las decisiones más rigurosas contra los que enseñasen doctrinas heréticas (2). Pocos días después un informante de ánimo hostil a Paulo IV comunicaba, que el Papa pensaba día y noche en el mejoramiento de las costumbres de todos los estados, y que a los eclesiásticos les aguardaba muy pronto una gran reforma y purificación sin miramientos (3). De un modo semejante juzga también San Ignacio de Loyola en una carta a los rectores de los colegios de los jesuitas (4). Cuán sin respetos humanos procedía Paulo IV, lo muestra la despedida de Palestrina de la capilla papal, efectuada en forma durísima el 30 de julio de 1555, en la cual en adelante no había de tolerarse más a los casados (5). En un consistorio de 23 de agosto habló Paulo IV sobre la formación de una comisión de cardenales para el examen de los que habían de obtener sedes episcopales (6). A principios de septiembre expresó en términos muy acerbos su indignación contra aquellos príncipes, que diferían la provisión de los obispados vacantes (7).

(1) Cuán incompletas son las *Acta consist. oficiales, lo muestra muy bien el no ser mencionados ni siquiera estos sucesos importantes, que conocemos por Massarelli (pág. 276). Cf. también la relación de G. Grandi, de 7 de agosto de 1555, en Ancel, Concile, 9.

(2) V. Raynald, 1555, n. 54.

(3) Relación enviada desde Roma el 10 de agosto al Palatinado, publicada por Druffel-Brandi, IV, 704 s. Cf. además la carta del cardenal du Bellay, de 26 de julio de 1555, en Ribier, II, 613, la de Carafa de 27 de julio y la de Serristori de 7 de agosto de 1555 (*Archivo público de Florencia*); Nonciat. I, LXI y 248; Masio, Cartas, 515. Un breve de 2 de agosto de 1555, concerniente a la reforma de los conventos de Ferrara, se halla en Fontana, 433.

(4) De 13 de agosto de 1555. Cartas, V, 288 s. Mon. Ign., Ser. 1, IX, 463 s.

(5) Cf. Ambros, IV, 9.

(6) *Acta consist. *Archivo consistorial*.

(7) V. la relación publicada por Santarem, XII, 431.

Vese bien que los comienzos del gobierno del nuevo Papa correspondían al ideal del austero y celoso Pontífice, de quien todo el mundo, así los buenos como los malos, habían esperado una era de reformas eclesiásticas. Desgraciadamente sobrevino pronto una mudanza, que puso en grave riesgo la obra comenzada con tan buenas esperanzas, desvió enteramente a la suprema Cabeza de la Iglesia de los esfuerzos por la paz apenas principiados, y hasta le envolvió en una guerra desastrosa (1).

Fué un suceso en sí insignificante el que dió el primer impulso para acrecentar de tal modo el rencor, que desde hacía años se había ido concentrando en Paulo IV contra los españoles, que al fin sobreviniese un fatal rompimiento.

El conde de Santa Flora, cabeza de la familia Sforza, había pertenecido siempre al partido imperial, lo mismo que su hermano Alejandro y el cardenal Guido Ascanio. Después de la ocupación de Sena por los españoles, logró el conde apartar también a sus hermanos Carlos y Mario del servicio, que hasta entonces habían prestado a los franceses, y ganarlos para que se pasasen al campamento de Carlos V. Ambos resolvieron poner en manos de los imperiales por traición las dos galeras que mandaban. Consiguióse inducir al capitán francés de las galeras a que tocase en el puerto de Civitavecchia para hacer allí algunas reparaciones. E cual apenas llegado allí, Alejandro se apoderó por violenta sorpresa de los navíos; pero opúsose a que saliesen éstos el comandante pontificio del puerto, quien no quería cargar con la responsabilidad del atentado cometido ante sus ojos. Los Sforzas con todo hallaron medio de obviar este obstáculo. Alejandro enteró al punto del suceso a su hermano el cardenal, y éste, por medio de su astuto secretario Juan Francisco Lottini, logró obtener del conde de Montorio una carta para el comandante del puerto, quien entonces dejó partir los navíos. Alejandro pudo ahora poner en seguridad a su gente en Nápoles, sin hacer caso de una contraorden que le llegó en el camino, del Papa, informado en el ínterin del verdadero estado del asunto (2).

(1) El perspicaz C. Olivo ya en 23 de mayo de 1555 manifestó recelos respecto de lo por venir; v. el n.º 9 del apéndice. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Casa, *Opere*, II, 17, 31; Caro-Farnese, *Lettere*, III, 19 s.; Legaz. di Serristori, 358; la carta de Pacheco, de 17 de agosto de 1555, en Döllinger, *Documentos*, I, 209; Druffel-Brandi, IV, 308, nota 2; Doc. ined. II, 446; Arch. stor. Ital.

Mientras los imperiales saltaban de júbilo en Nápoles y Roma, el embajador francés se quejó al Papa de la violación de la neutralidad, y le expuso qué injuria habían inferido a su autoridad los Sforzas. No había necesidad de tales representaciones para poner a Paulo IV en la mayor excitación. Ya al principio de su pontificado había concebido el plan de quebrantar la arrogancia de los poderosos feudatarios, sobre todo de los Sforzas; pues éstos como parientes cercanos de Paulo III, y a causa de lo importantes que habían sido para Julio III en las contiendas de éste con Francia, estaban acostumbrados a no tener otra ley que su propia voluntad (1).

Paulo IV, que precisamente entonces procedía con rigor contra algunos funcionarios infieles de Julio III (2), aprovechó ávido este suceso para comenzar a sojuzgar a la insubordinada nobleza. Lottini, sobre el cual el conde de Montorio supo hacer recaer la culpa principal, todavía el 10 de agosto fué encerrado en el castillo de Santángelo; al cardenal de Santa Flora tuvo que notificar Carlos Carafa, que si dentro de tres días no se volvían a Civitavecchia los buques arrebatados, se instruiría también proceso contra él. Santa Flora se aconsejó con los cardenales españoles y el representante de Carlos V, Fernando Ruiz de Castro, marqués de Sarria, que había llegado a Roma el 6 de julio (3).

XII, 372 s.; Nonciat. II, 259 s.; v. también la carta del conde Santa Flora, de 11 de agosto de 1555, en el Bollet. Senese, X, 124 s. y la *carta enviada desde Roma con fecha de 17 de agosto, en las relaciones de Lasso a Fernando I (*Archivo público de Viena*). Sobre J. F. Lottini cf. Maffei en la *Rassegna mensile di storia per la città di Volterra*, I (1898), 10 s., 41 ss., 56 s., 83 s. Este trabajo, por desgracia no terminado, se apoya principalmente en los autos conservados en el *Archivo público de Roma*, del proceso introducido contra Lottini, del cual proceso Bruzzone ha sido el primero en dar algunas comunicaciones en la *Fanfulla della Domenica*, II, n. 28, y además en varios documentos del rico archivo *Inghirami de Volterra*.

(1) Un Sforza había dado muerte en medio de Roma a un empleado público de Hacienda; v. Ribier, II, 617; cf. Pallavicini, 13, 14.

(2) Además de Massarelli, 278 s., cf. la *carta enviada desde Roma el 17 de agosto de 1555, citada arriba, pág. 85, nota 2: *Francesco d'Aspra thesoriere sotto papa Giulio III mercodì sera fu menato in torre di Nona dal bargello et hieri andò in castello, al qual sono imputate grandissime rubbarie fatte nella thesorieria. *Archivo público de Viena*.

(3) V. Massarelli, 276; cf. Druffel-Brandi, IV, 702. La *carta credencial de Carlos V para Sarria, fechada en Bruselas el 4 de junio de 1555, se halla en el Arch. S. Angelo, VIII-II, vol. I, de las cartas dirigidas a Paulo IV. *Archivo secreto pontificio*; ibid. hay también una *carta de Felipe II, de 7 de junio, por la cual acreditaba también a Sarria para sus negocios.

Este vasco honrado, pero poco experto en política (1), había solicitado al punto una audiencia con el Papa, pero recibió la respuesta de que volviese al día siguiente. En vista de esto resolvieron los imperiales, que Sarria a todo precio había de procurar obtener audiencia *en seguida* y exponer al Papa, que no tenía motivo alguno para sentirse agraviado; y que al mismo tiempo había de quejarse de la prisión de Lottini y de la orden dada al cardenal Santa Flora, la cual el emperador no aceptaría tranquilamente (2).

Llegado al Vaticano, se adelantó Sarria hasta la antecámara, y renovó con viveza su demanda. Pero el Papa permaneció inextinguible, no dejando entrar al embajador. La excitación de los imperiales ya no conoció ahora límites; se deliberó sobre que no solamente Sarria, sino también Santa Flora tenían que salir de Roma (3). Conocían aún tan poco aquéllos el genio de Paulo IV, que creían poderle obligar con amenazas a volver atrás.

Todavía en la misma noche dispuso el cardenal Santa Flora en su palacio, como en señal de protesta, una reunión de los adictos al partido imperial, a la cual, además de los Colonnas, Cesarinis y otros barones, asistieron también Sarria y el conde de Chinchón (4), enviado por Felipe II para prestar obediencia al Pontífice. Aquí se acometió al Papa con las expresiones más violentas e indignas, en su dignidad y honra. Marco Antonio Colonna hasta se declaró dispuesto a provocar un levantamiento con sus partidarios, para lo cual se abrió una suscripción (5).

Dicha junta de protesta no quedó oculta al Papa; pero en vez de amedrentarle, como habían esperado los imperiales, le irritó aún más. Diéronle también mucho que pensar sobre los intentos de la política española, los documentos que se hallaron en la habitación de Lottini; en ellos se hablaba de la reunión de un concilio

(1) Cf. Sommario, 350; Druffel-Brandi, IV, 707, nota; Coggiola, Farnesi, 149.

(2) V. la relación de Serristori, de 10 de agosto de 1555 (Legaz., 358 s.). Sobre el proceso contra Lottini v. Gori, Archivio, I, 209 s.; cf. Bruzzzone en la Stampa de Turín, 1900, n. 51.

(3) V. Legaz. di Serristori, 360.

(4) La *carta autógrafa de Felipe II, de 8 de junio de 1555, por la cual fué acreditado Chinchón, se halla en la colección de cartas mencionada arriba, pág. 86, nota 3, del *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. la relación de Farnese a Enrique II, del 14 (no 24, como indica Pallavicini, 13, 14) de agosto, en Caro-Farnese, Lettere, III, 20 s.

y de otras cosas, que al supremo Jerarca de la Iglesia, que hasta entonces había tratado oficialmente con Carlos V y con el duque de Alba con agrado y afabilidad (1), le tenían que ofender gravemente (2).

No es de maravillar que los cardenales Carpi y Mendoza, que el 11 de agosto fueron a ver al Papa, nada consiguiesen, aunque estuvieron negociando con él por espacio de cuatro horas. Paulo IV persistió en que los navíos arrebatados tenían que ser llevados de nuevo a Civitavecchia. En caso de que dentro de tres días no se efectuase esto, amenazó a Alejandro Sforza por medio de un monitorio, con la pérdida de su cargo de clérigo de cámara y una multa de 20000 escudos; por lo demás, declaró el Papa, que quería tener cuidado de que los buques no viniesen a manos de los franceses (3).

En vista de esta firme actitud, los partidarios del emperador tuvieron reparo en precipitar a su señor en un conflicto de incalculables consecuencias, por un motivo relativamente tan pequeño, y solicitaron del gobierno napolitano la devolución de los navíos. Pero los Sforzas no quisieron entregar su presa sino con la condición, de que se pusiese en libertad a Lottini y se diese seguridad a Alejandro Sforza de que quedaría sin castigo. Esta exigencia tenía que exacerbar todavía más al Papa; parecía intolerable, que los que le habían de obedecer como a su señor legítimo, quisiesen prescribirle condiciones. Que los Sforzas tenían algún mal intento, se sacaba del hecho de que pusieron su feudo del Estado de la Iglesia en condiciones de defensa; al mismo tiempo corrían rumores de movimientos sospechosos de los partidarios imperiales en la frontera del sur del territorio pontificio (4).

Paulo IV, como hace notar el cardenal Farnese, era hombre de gran temple y extraordinariamente firme, en especial cuando se trataba de su honra y dignidad; pero en vista del agotamiento de su erario y del exiguo número de tropas que había en Roma, sentía su falta de auxilios. Precisamente naturalezas tan ardientes

(1) Cf. el *breve a Carlos V de 15 de julio y el dirigido a *Alba de 20 de julio de 1555 (Brevia ad princ., Arm. 44, t. IV, n. 164 y 170. *Archivo segreto pontificio*). V. también Nonciat. de France, I, Lxi s.

(2) V. Extractus processus card. Caraffae en Riess, 35.

(3) V. la relación de Serristori, de 12 de agosto de 1555. Legaz., 364 s.

(4) Cf. Coggiola, Farnesi, 113.

como la suya, muchas veces después de la primera embestida quedan entorpecidas. Sabían esto bien el cardenal Carafa y los franceses, y por esto hacían de su parte todo lo posible para alentar al Papa. El embajador de Enrique II le prometió un subsidio de 100000 escudos. El antiguo amigo de los franceses, el cardenal Farnese, se puso de acuerdo con Carlos Carafa; presentóse el 12 de agosto ante el Papa, y le aseguró la ayuda de toda su casa; indicóle al mismo tiempo con energía, que una liga con Francia ofrecería entera seguridad a la Cabeza suprema de la Iglesia. Paulo IV aceptó con agrado esta importantísima incitación. Farnese, en una información que dirigió en seguida al rey Enrique II, le manifestaba que no podía aún prometer, que el Papa se decidiría a dar semejante paso, pero que había inclinación a ello en tan alto grado, que lo tenía por cosa cierta, si su majestad enviaba los correspondientes poderes para todos los casos. Cuando el embajador imperial, que tuvo audiencia en el mismo día, expuso las condiciones que ponían los Sforzas, recibió una respuesta enteramente negativa (1).

Tampoco en lo sucesivo nada serio hicieron los imperiales para poner término a este incidente. Mal acostumbrados por la debilidad de Julio III, no podían aún entender el temperamento y carácter del nuevo Papa. Creían poder entretenerle con vanas promesas.

En estas circunstancias no fué difícil al cardenal Carafa obtener de su señor permiso para hacer extensos preparativos de guerra. Ya el 15 de agosto pudo el nepote instar al duque de Urbino, como capitán general de la Iglesia, a que estuviese preparado para poder presentarse en Roma tan pronto como se lo demandasen, con 5000 ó 6000 infantes y la correspondiente caballería (2).

La circunstancia de que Marco Antonio Colonna fortificaba a Paliano, situado no lejos de la frontera napolitana, y Pablo Giordano Orsini el castillo de Bracciano, daba a entender, que iban a estallar nuevamente las antiguas luchas de partido en Roma y sus contornos (3).

(1) V. Caro-Farnese, *Lettere*, III, 19 ss.; cf. Riess, 36 s. y Coggiola, Farnesi, 109 s.

(2) Casa, II, 19. El nombramiento del duque para *Capitaneus generalis* de la Iglesia se llevó a efecto por el * breve de 20 de junio de 1555. *Brevia ad princ.*, loc. cit., n. 132. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Legaz. di Serristori, 373.

En 28 de agosto comunicaba el embajador boloñés que el Papa reclutaba soldados, cuyo número podría subir pronto a 3000; y que para defensa de su persona se había rodeado de una guardia especial (1). Corrió además la voz de que Octavio Farnese traería otros 3000 hombres. El embajador imperial fué imprudente en decir entonces, que si el Papa reclutaba diez hombres, él pondría veinte en pie de guerra. El embajador florentino pudo referir, que Paulo IV había manifestado de sobremesa, que quería hacer justicia en su Estado, y con el castigo de los malhechores cuidar de que los peces grandes no devorasen a los pequeños; y que si el emperador se atreviese a estorbárselo, tendría que arrepentirse de ello (2).

La noticia de que los Sforzas seguían armándose, hubo de confirmar al Papa en su propósito de defenderse. Cuando el cardenal Mendoza se permitió observar en una audiencia que eran superfluos los armamentos, puesto que nada había que temer del emperador, recibió la airada respuesta de que él, el Papa, quería mantener su autoridad y castigar a los desobedientes. Nadie, escribe el embajador florentino, se atreve a contradecir a Su Santidad; todo el mundo calla (3).

Los cardenales Carafa y Farnese, amigos de los franceses, podían estar contentos. La honra de Su Santidad, escribía Farnese en 28 de agosto a su confidente Tiburcio, que se hallaba en la corte de Enrique II, ya no le permite volver atrás. Como las cosas de suyo impelen a la guerra, podemos esperar tranquilos el ulterior desenvolvimiento, avivando la justa ira de Su Santidad. Ciertamente de la victoria, discute luego ya Farnese el modo como se había de efectuar semejante alianza. Aconseja además que al cardenal Carafa, que es tan solícito por Francia como omnipotente con el Papa, se le procure una pensión que oscile entre 3000 y 4000 escudos; y que si de igual modo se ganase también aún al influyente datario, se dispondría de los consejeros del Papa. Que la decisión propiamente tal dependería ciertamente de la respuesta de Carlos V, a quien Paulo IV se había dirigido por causa de los navíos; pero que, cualquiera que fuese la res-

(1) *Carta de U. Gozzadini, fechada en Roma el 28 de agosto de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(2) Relación de Serristori, de 31 de agosto de 1555. *Legaz.*, 372 s.

(3) V. *ibid.*, 371.

puesta, era imposible una buena inteligencia entre el emperador y el Papa, pues sus fines eran muy diversos; que si no ahora, pronto se originarían otras desavenencias (1).

Como consta por una relación del embajador francés Lanssac, de 28 de agosto, prometió éste al Papa, en nombre de su rey, enérgica ayuda contra sus súbditos rebeldes, e incitó su ánimo por todas las vías posibles a oponer decidida resistencia a los españoles. Discutióse detenidamente la alianza franco-pontificia y la entrada de Venecia en esta liga (2).

Nada era más contrario al natural del Papa que la condescendencia con los súbditos insubordinados. Luego que al cardenal Santa Flora le hubo expirado sin efecto el plazo que se le puso para la devolución de los buques, dió un paso decisivo. El 31 de agosto fué llevado el cardenal al castillo de Santángelo; y compartió su suerte Camilo Colonna, que se había manifestado singularmente amenazador contra Paulo IV. Los Colonnas y otros barones sospechosos, como Julián Cesarini, recibieron la orden de no salir de la ciudad (3).

No se le escapaba a Paulo IV cuán dificultosa empresa acometía, al proceder contra algunos parientes y allegados de los Colonnas y Orsinis, que eran como reyes de la Campaña. Para ponerse en seguro, exigió la entrega de los castillos que poseían esas familias en las cercanías de Roma. Mientras los Orsinis se allanaron a ello y entregaron a Bracciano, los Colonnas, confiados en la protección del emperador, se negaron a admitir las tropas pontificias. De este modo este poderoso linaje gibelino quedó envuelto también en la contienda del Papa con los Sforzas. Marco Antonio Colonna, que asimismo hubiese tenido que ser arrestado, quiso atrincherarse en Paliano, pero al fin no se arriesgó a hacer resistencia y huyó. Contra él, como contra su padre Ascanio, publicáronse citaciones judiciales, por varias violencias de

(1) Caro-Farnese, *Lettere*, III, 51 ss.

(2) V. Ribier, II, 615 s.; Corresp. de Lanssac, 473 ss.

(3) V. Massarelli, 279-280; Caro-Farnese, *Lettere*, III, 57 s., y Riess, 38 s., quien rechaza con razón el dato de que Santa Flora fué apresado de improviso; asimismo Nonciat., II, 261, nota 1 (relación de Serristori). Cf. también *Docum. ined.*, II, 448 y el **Diario di Cola Coleine Romano*, que se halla difundido en muchas copias, por ejemplo, en la *Bibl. Corsini*, Cod. 128 (v. Lämmer, *Para la Historia eclesiástica*, 143), en el *Archivio Capitolino*, XIV, 7 y en la *Bibl. Chigi*, N. II, 32. La copia de la *Bibl. Chigi* la tuve ante mis ojos. C. Coleine está mencionado en Forcella, V, 253.

que se les hacía cargo, y como no compareciesen, fueron declarados rebeldes e incursores en la pena de la pérdida de sus bienes. La sentencia fué ejecutada al punto por la fuerza de las armas. Las tropas pontificias ocuparon a Paliano, Genazzano y otros castillos. Todos los adictos al partido imperial, aun aquellos contra los cuales sólo había sospecha, fueron despedidos del servicio pontificio. Esta disposición alcanzó hasta a algunos parientes del Papa (1).

«Por lo que respecta a Su Santidad, comunicaba en 31 de agosto el cardenal Farnese con aire de triunfo, la suerte está echada. Ahora conviene estar quedos y ver cómo los imperiales quieren continuar su juego.» Un informante mantuano hasta llega a opinar en una carta de 1.º de septiembre, que poco hubiese faltado para que aun el embajador de Carlos V fuera preso (2).

La tirantez con el embajador imperial aumentóse todavía precisamente entonces, porque éste rehusaba devolver tres castillos de los Colonnas, que había embargado y administraba por razón de un litigio pendiente entre éstos y el príncipe de Sulmona. A la vez fueron interceptadas algunas cartas de Alba, en las cuales se declaraba éste por la retención de los navíos arrebatados; pues con semejante Papa, al decir de él, se había de proceder con energía (3). A semejantes palabras correspondían las noticias sobre extensos preparativos bélicos de los españoles en el reino napolitano (4). Roma parecía amenazada por el sur (5).

A pesar de eso, Paulo IV en modo alguno estaba entonces todavía firmemente resuelto a acometer la grande y arriesgada empresa de un rompimiento con el poderosísimo Estado español. La mejor prueba de esto es, que el cardenal Carafa tuvo por necesario ocultar a su tío una acción política de las mayores consecuencias, que por entonces se emprendió. Por sola su propia autoridad delegó el nepote en 14 y 15 de septiembre plenipotenciarios a Ferrara y Francia, con el intento de ganar a estas Potencias para una liga

(1) V. Massarelli, 280 s.; Bromato, II, 300, nota; Coggiola, Farnesi, 118; cf. también las cartas de Marco Antonio Colonna en las *Delizie degli eruditi bibliof. ital.*, VII, Firenze, 1865, y Gori, *Archivio*, I, 221 s. Los autos del proceso contra M. Colonna se hallan en el *Archivio Colonna de Roma*.

(2) *Carta de Hipólito Capilupi, que se halla en el *Archivio Gonsaga de Mantua*.

(3) Caro-Farnese, *Lettere*, III, 70 s.

(4) Cf. Coggiola, Farnesi, 120 s.

(5) V. Cavalcanti, *Lettere*, 105.

antiimperial. A fin de que el anciano Papa nada supiese antes de tiempo, tuvo oculto el ladino el propio fin de sus emisarios aun al nuncio francés, y a su amigo Farnese hasta el hecho del envío de los delegados (1).

Cuán poco presentía el Papa lo que hacía el nepote a sus espaldas, se ve clarísimamente por la razón de que el 5 de septiembre desterró del Estado de la Iglesia al cardenal Este, a causa de sus manejos simoníacos para la elección de Papa (2), y con esto no pudo hacer más por su parte para imposibilitar una alianza con Ferrara.

El enviado a la corte francesa en 14 de septiembre con oculta delegación, Anibal Rucellai, había de determinar a Enrique II a tomar sobre sí la defensa de la Santa Sede contra los imperiales; e indicar al rey que confirmase inmediatamente las promesas de tropas y dinero hechas por el embajador, y otorgase también al punto poderes para ajustar una alianza defensiva y ofensiva. Demás de eso, el rey de Francia había de inducir a Ferrara y Venecia a entrar en la liga antiimperial (3). Expresamente había encargado Carafa a su delegado, que sugiriese estas proposiciones independientemente de la composición de las contiendas pendientes, pues podía prever, que ésta más pronto o más tarde se efectuaría.

En efecto, el 15 de septiembre finalmente fueron llevados de nuevo a Civitavecchia los buques arrebatados. En vista de esto, el Papa en 19 de septiembre hizo sacar de su prisión al cardenal Santa Flora, después que éste hubo dado antes una fianza de

(1) V. Riess, 54 ss.; cf. Coggiola, Farnesi, 124 y Arch. stor. Ital., Ser. 3, XXV, 56 s.

(2) V. Massarelli, 281; Masio, Cartas 222; Coggiola, Asc. d. Cornia, 140, nota 1, y Farnesi, 123 s. El duque Hércules de Ferrara envió un especial diputado, para interceder con el Papa por su hermano; v. la *carta autógrafa de Hércules, fechada en Ferrara el 2 de octubre de 1555, en el segundo tomo de la *colección de cartas citada arriba pág. 86, nota 3, del *Archivio segreto pontificio*.

(3) El memorial y las instrucciones para Rucellai se hallan en las Nonciat., II, 255 s., 267 s.; cf. Casa, II, 27 ss.; ibid. 21 ss. hay las instrucciones para Andrea d' Agubbio, enviado a Ferrara, las cuales llevan la fecha de 10 de septiembre también en la edición napolitana V, 49, y en las *Inf. polit., XXIV, 269^b (*Biblioteca real de Berlín*), como asimismo en el *Cod. 33-E, 18, págs. 7-11 de la *Bibl. Corsini*. El breve al duque de Ferrara de 15 de septiembre de 1555 se halla en el Arch. stor. Ital., Ser. 3, XXV, 57 s. Sobre Rucellai en Francia v. Nonciat., I, xxxvii, lxi; II, 277 ss., 286 s.

200000 escudos, y prometido no salir de Roma sin permiso. Tres días más tarde obtuvo también Camilo Colonna la libertad (1).

La devolución de los navíos quitó de en medio el punto litigioso propiamente dicho; pero efectuóse ella tan tarde, que en el Papa quedó todavía grande rencor. Añadiéronse a esto las considerables concentraciones de tropas españolas en la frontera del sur del Estado de la Iglesia. Como en el norte el duque de Florencia, Cosme I, estaba enteramente de parte del emperador, temió Paulo IV más que nunca ponerse entre dos fuegos (2). El cardenal Carafa aprovechó esta situación para procurar conseguir del Papa, tan fácilmente excitable, el abierto rompimiento con España. «Las cosas, refiere el cardenal Farnese en 27 de septiembre, corren de suyo más aceleradamente de lo que podemos desear, pues son empujadas hacia adelante por Carafa con un ardor, al que nada se puede añadir.» (3) El mismo día expuso Farnese al Papa, que ni Alba ni los demás ministros de Carlos V eran los autores de las hostilidades, sino nadie más que el mismo emperador, que tenía el designio de ir consumiendo poco a poco las fuerzas de la Santa Sede. Esta manifestación cayó en tierra tanto más abonada, cuanto precisamente entonces le habían hecho unas relaciones a Paulo IV, que llenaban de imágenes terroríficas la viva fantasía del anciano, y con la impresión de que su vida estaba amenazada por los imperiales, le inducían a la desesperada resolución del rompimiento con el prepotente imperio español. Se quería haber descubierto un plan de los imperiales para envenenar al Papa y a los cardenales Carafa y Farnese. A pesar de los procesos que más tarde se instruyeron, nunca se ha alcanzado claridad sobre este asunto. Sin embargo, todo habla en favor de que la historia del atentado fué sólo una artera trama de Carafa, para ganar a su tío por este medio tanto más fácilmente para sus perniciosos planes (4).

(1) Massarelli, 281-282. Coggiola, Farnesi, 122, 262. Nonciat. II, 278 s.

(2) Cf. la relación de Serristori de 17 de septiembre de 1555 en las Nonciat. I, Lxix s.

(3) Caro-Farnese, Lettere, III, 89.

(4) Esta opinión, expresada ya por Pallavicini (13, 15), es confirmada por las investigaciones de Riess (pág. 48 ss). Lamanski (*Secrets d'état de Venise*, St. Pétersb., 1884, 363) cree todavía en la realidad de la historia del envenenamiento; Platzhoff (*La teoría del poder para dar muerte*, Berlín, 1906) opina (págs. 75-76), que esta cuestión no se puede resolver con seguridad. Sobre los procesos que se formaron acerca de este asunto v. Gori, Arch., I, 218 ss.

Los ancianos propenden fácilmente a la desconfianza y a la sospecha; así, pues, también Paulo IV, lleno siempre de prejuicios contra los españoles, y por éstos repetidas veces fuertemente irritado, tuvo por entera verdad todo lo que se le contó, y esto tanto más, cuanto precisamente entonces algunas cartas de Bruselas daban cuenta de varias manifestaciones de los imperiales, que éstos habían hecho, con ocasión del arresto de Santa Flora y Camilo Colonna (1). El 30 de septiembre llamó el Papa a su palacio al embajador francés y a los cardenales Farnese y Carafa, y consultó con ellos cómo se podía defender de las asechanzas de los imperiales (2).

El Papa estaba en estos días tan ocupado, que cesaron todas las audiencias (3). El 20 de octubre celebró un consistorio, en el cual anunció a los cardenales que estaba resuelto a la guerra, para que no fuese cogido de improviso. El cardenal Médici juzgó ser obligación suya hacer representaciones en contra, y exhortar a la paz. Paulo IV replicó: «¿Qué le va al emperador, si yo castigo a un súbdito mío?» Médici repuso que respecto de los príncipes habían de tenerse consideraciones, y aconsejó que se nombrase una comisión de cardenales para concertar las malas inteligencias (4). Conociendo el Papa la debilidad de sus fuerzas militares, se mostró conforme con esta propuesta, y nombró al punto una comisión de siete miembros, los cuales, a excepción de Carafa, eran todos partidarios de Carlos V. A la primera sesión asistió el mismo Paulo IV. En un largo discurso justificó su proceder, dió permiso a la comisión para consultar con el embajador imperial, y declaró que si los imperiales se mostrasen condescendientes, le hallarían también a él indulgente; pero que si se

(1) Cf. Coggiola, Farnesi, 127; Nonciat., I, Lxx.

(2) Cf. Caro-Farnese, Lettere, III, 93; Casa, II, 39 ss.; Ribier, II, 618 ss.; Coggiola, Farnesi, 127 ss. El discurso altisonante del Papa, comunicado por Nores (pág. 33 ss.), lo ha comparado ya Duruy (pág. 72 ss.) con los retóricos ejercicios de estilo de los antiguos historiadores, lo cual no impidió a Brosch (Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 475) tener la alocución por auténtica! Riess (pág. 45, nota 11) hace notar acertadamente, que no se puede sostener con Duruy, que hubiese diez oyentes (en vez de tres).

(3) *Carta de G. Aldrovandi, fechada en Roma el 2 de octubre de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(4) V. la relación de Navagero en Brown, VI, 1, n. 234, y la carta de Serristori en Coggiola, Farnesi, 144 ss.

portasen de otro modo, no temería a ningún monarca, pues Dios estaba con él (1).

Por la conservación de la paz trabajó también el duque de Urbino. En una audiencia de 4 de octubre hizo éste al Papa serias representaciones; pero pronto hubo de persuadirse de que no se podía contrarrestar el influjo de Carafa, que con todas sus fuerzas y por todos los medios se esforzaba por llegar a un rompimiento, y de su camarilla, que constaba casi sólo de desterrados napolitanos y florentinos, como Bozzuto, Casa y Silvestre Aldobrandini (2). Con el asunto del atentado tenía el nepote un asidero para inducir al Papa a proceder contra los imperiales, cual no podía pensarse mejor. Las pretensiones de los imperiales, y varias noticias sobre la continuación de los preparativos de guerra en Nápoles, donde Marco Antonio Colonna concitaba muy ardientemente los ánimos contra el Papa, hicieron lo demás (3).

El 8 de octubre convocó el Papa a su aposento privado a los cardenales Mendoza, Carpi, Mignanelli, Saraceni, Médici, Cueva, Truchsess, Púteo, Juan Alvarez de Toledo y Carafa, como también a los embajadores de Inglaterra, Portugal y Venecia, y les expuso con corriente latín lo siguiente: que su primer pensamiento había sido y era todavía hallar medio, con la ayuda de los cardenales, para llevar al cabo la tan necesaria reforma de la Iglesia; y que mientras él se había dedicado con todo su corazón a este intento, el demonio había puesto en movimiento a todos los espíritus infernales, y fraguado sus ardides no sólo contra la Santa Sede, sino también contra su vida y la de sus parientes. «No sin dolor y pena, señores embajadores, podemos expresar esto. Pero las cosas son así realmente y no se pueden poner en duda; en tiempo oportuno serán descubiertas. Ellas nos han obligado a armarnos; ni tampoco palabras algunas serán capaces de movernos a que depongamos las armas; pues nos acordamos bien

(1) Además de Navagero loc. cit., v. también Massarelli, 283; cf. también Coggiola, Farnesi, 145 s.

(2) V. la relación de Navagero en Brown, VI, 1, n. 236. Sobre el impulso que daban los desterrados a que estallase la guerra, v. Navagero-Albèri, 391, 405 s., 427 y Sommario, 352 s.; cf. también Baguenault de Puchesse, J. de Morvillier, Orléans, 1870, 87.

(3) Cf. Coggiola, Farnesi, 151, y Nonciat. de France, I, LXXI. Sobre las instigaciones de M. Colonna v. su **carta a Madruzzo de 4 de octubre de 1555. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

de lo que le pasó al Papa Clemente, a quien los ministros del actual emperador dieron buenas palabras, y que apenas hubo licenciado su ejército, cuando se efectuó la terrible ocupación de Roma y el fatal y espantoso saqueo, que fué ciertamente el más cruel e impío que nunca aconteció.» El Papa trazó luego un vivo cuadro de las atrocidades que entonces se perpetraron en Roma. «Este ejemplo, exclamó, nos mueve mucho, y está ante nuestros ojos, y en cuanto dependa de nosotros, no queremos dejarnos sorprender y engañar, como el Papa Clemente. Bien conocida nos es la debilidad de nuestras fuerzas militares, pero nuestra causa es la causa de Dios, que ha fundado esta Sede y la defenderá.» Añadió que estaba firmemente resuelto a mantener la soberanía eclesiástica de Roma, y que no comenzaría guerra alguna, si no fuese provocado a ello y obligado por la necesidad; y que todo esto lo comunicasen a sus príncipes los embajadores. Las razones que en defensa de los imperiales expuso el representante de Portugal, no las admitió el Papa (1).

Esta declaración, que impresionó vivamente los ánimos, muestra cuánto temía Paulo IV un atentado. A pesar de eso pasaron todavía algunos días, antes de que Carafa y el embajador de Enrique II lograsen mover al Papa, vuelto de nuevo algo vacilante antes de la última decisión, a suscribir los puntos precisos de la alianza que se había de concertar con Francia. La imprudencia de los imperiales facilitó al nepote su intento. Estos exigieron del Papa que les diese noticia del número de tropas que pensaba tener. «Tantas como me dé la gana, repuso irritado Paulo IV; no me dejo prescribir nada; soy libre, y fuera de Dios no reconozco señor alguno sobre mí.» (2) En 14 de octubre puso el Papa su firma a los puntos convenidos. El mismo día firmó también el embajador francés, habiéndose reservado a Enrique II un plazo de cuarenta días para ratificar lo estipulado por su representante (3).

(1) V. la *relación de Navagero, de 8 de octubre de 1555 (*Archivo público de Venecia*, traducida por Brown, VI, 1, n. 242, y utilizada por Segre en las Mem. d. Accad. di Torino, Ser. 2, LV, 388) y la portuguesa en Santarem, XII, 434; cf. Caro-Farnese, Lettere, III, 105, y Serristori en Coggiola, Farnesi, 151.

(2) V. en el n.º 13 del apéndice la *relación de Navagero, de 12 de octubre de 1555 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*). Cf. Cavalcanti, Lettere, 126 s.

(3) Casa, Opere, V, 77 (edición napolitana). Nores, 35. Duruy, 78 ss. Riess, 60 ss. Coggiola, Farnesi, 158 ss. Nonciat., II, 325 s.

Todo esto se ejecutó con el más riguroso secreto; el mismo cardenal Farnese nada supo de ello. El Papa parece no haber conocido enteramente la importancia de la apresurada suscripción de los puntos ajustados. Cuando en 15 de octubre volvió a mejorarse por un momento la situación por la conformidad de la comisión cardenalicia con los imperiales (1), dió tan poco cuidado esto al nepote, como el hecho de que Paulo IV se avenía bien con el embajador extraordinario de los Habsburgos, Garcilaso de la Vega, muy moderado e indulgente con el Papa, y parecía de nuevo inclinarse a la paz (2). La ulterior resolución no dependía de Roma, sino de París y Ferrara. Si se llevaba a término la liga con Enrique II y el duque Hércules, las cosas habrían de desenvolverse de suyo como quería Carafa.

Respecto a eso fué puesta inmediatamente a prueba la paciencia del nepote, porque hasta el 20 de noviembre no llegó a Roma el cardenal Guisa, y dos días más tarde el cardenal Tournón, con los poderes para concertar una confederación (3). Alojáronse los dos en el Vaticano, y pudieron comunicar, que también el duque Hércules II había sido ganado para una liga franco-pontificia contra España (4). En negociaciones tenidas con riguroso secreto, se logró ahora ponerse de acuerdo sobre una alianza defensiva y ofensiva, que fué firmada el 15 de diciembre por el Papa y los dos cardenales.

Por este convenio, redactado de su puño y letra por el Papa (5), en el que se dejaban ver algunas discrepancias del texto acordado en octubre, se obligaba el rey francés a prestar ayuda a la Santa

(1) V. Massarelli, 284.

(2) V. Legaz. di Serristori, 378 s. Las instrucciones para Garcilaso de la Vega, que había de notificar la cesión de los Países Bajos a Felipe II, se hallan en el *Archivo de Simancas*, Leg. 882 s., 193 s., y en extracto en Riess, 69 s.

(3) V. Caro-Farnese, *Lettere*, III, 115; Navagero en Brown, VI, 3, App. n. 134; * *Avviso di Roma* de 23 de Nov. 1555 (Cod. Vat. 8223, pág. 23. *Biblioteca Vaticana*); cf. Riess, 72 s. y Nonciat. I, LXXIV; II, 278, 298.

(4) V. Muratori, *Antichità Estens.*, II, 381; *Arch. stor. Ital.*, Ser. 3, XXV, 52 ss.; Baguenault de Puchesse en la *Rev. des quest. hist.*, V, 501; Nonciat., II, 313, nota; cf. Ercole d' Este, *Due lettere al re Enrico II di Francia e al contestabile di Francia del 22 novembre 1555, relative alla convenzione stipulata in Ferrara il 16 (15) novembre 1555 fra il duca di Ferrara e il rè di Francia per unirsi insieme col papa ai danni della Spagna. Per nozze Sarro Ferraguti con A. Menegatti*, Argenta, 1896.

(5) V. la relación de G. Soranzo en Brown, VI, 1, n. 343.

Sede contra cualesquiera; y sólo en el caso de que fuese acometido su propio reino, había de tener derecho Enrique II de retirarse de la liga. El rey francés tomaba bajo su protección al cardenal Carafa y a sus hermanos Juan y Antonio, y por los bienes que perdieran en Nápoles, les prometía correspondientes compensaciones en Italia o Francia. La liga defensiva y ofensiva entre el rey y el Papa debía referirse sólo a Italia, con exclusión del Piamonte. Para los gastos de la guerra tenían que depositarse en Venecia o Roma, dentro de tres meses, 500000 escudos de oro, de los cuales 150000 por el Papa. El ejército auxiliar francés que se había de enviar a Italia, fué fijado en 12000 hombres; y además el Papa debía aprontar 10000 infantes y 1000 caballos. La guerra tenía que dirigirse, según lo desease el Papa, o contra Nápoles o contra Toscana, de donde habían de ser arrojados los Médicis. Respecto de las conquistas que se hiciesen, se determinó que Sena y su territorio tenían que caber en suerte a la Santa Sede, o, si los habitantes consintiesen en ello, al conde de Montorio o a otro señor designado por el Papa, y que Nápoles y Milán viniesen a poder de los hijos de Enrique II, pero no del delfín. El príncipe francés, que obtenga el reino de Nápoles, lo recibirá como feudo de la Iglesia; debiendo pagar anualmente un tributo de 20000 escudos de oro, y no pudiendo ingerirse en los asuntos eclesiásticos; toda la región al oeste de la línea que corre desde S. Germano hacia la desembocadura del Garellano, la orilla derecha de este río, la ciudad de Gaeta, y la parte de los Abruzos situada al norte del río Pescara, serán incorporadas al Estado de la Iglesia. Para el conde de Montorio y para Antonio Carafa se asignaron dotaciones en el territorio de Nápoles, que rendían 25000 y 15000 escudos de oro. Al duque de Ferrara, a los venecianos y a los suizos les quedaba abierta la entrada en esta liga (1).

El ajustamiento de esta alianza con Francia efectuóse con tan profundo secreto, que el mismo cardenal Farnese, a pesar de toda su astucia y habilidad, no consiguió tener de ella ningún cono-

(1) V. Summonte, *Hist. di Napoli*, IV, Napoli, 1675, 278 s.; Casa, *Opere*, V, 73-83 (edición de Nápoles); Nores, 36 s., 41; Duruy, 88 s.; Gori, *Archivio*, I, 26 s., 193 s. (con fecha equivocada). La determinación respecto de Sena fué establecida por un artículo separado, que podía tenerse oculto según las circunstancias; v. Nonciat., I, LXXVII s.; II, 368 s.

cimiento. Engañóse enteramente a los imperiales, y sus recelos fueron diestramente amortiguados (1).

Las buenas relaciones de Paulo IV con los romanos, sumamente gozosos por habérseles aligerado los impuestos, manifestáronse a principios de diciembre en el hecho de haber ofrecido aquéllos al Papa para defensa de su persona una guardia de cien jóvenes de las familias principales (2). En 3 de noviembre habíase efectuado en la plaza de S. Pedro una revista de las tropas romanas en número aproximadamente de 8000 hombres. Enorme admiración causó la prisión del datario Juan Bautista Osio, hasta entonces por extremo influyente, acaecida a principios de diciembre; como se oyó decir, fué acusado de estar en inteligencia con los imperiales (3).

La disposición de ánimo de Paulo IV contra los Habsburgos aumentóse todavía con la noticia de las amplias concesiones hechas a los protestantes por Fernando I en la paz religiosa de Augsburgo, y de la intención de Carlos V de abdicar en favor de su hermano, sin pedir para ello el consentimiento de la Santa Sede. El Papa, que estaba rigurosamente atenido a la idea medieval del imperio, vió en este propósito de Carlos V un grave atropellamiento de sus derechos. El emperador, que en 22 de octubre de 1555 había cedido a su hijo Felipe II el dominio de los Países Bajos, otorgó en 16 de enero de 1556 el documento, por el que renunciaba también en favor de Felipe a los reinos de León, Castilla y Aragón. En la abdicación de la dignidad imperial persistió firmemente asimismo este soberano de solos cincuenta y cinco años, pero agotado por los trabajos y la enfermedad.

En 29 de diciembre de 1555 está fechado un documento, por el cual se transfería al nepote mayor Juan Carafa, conde de Mon-

(1) Cf. *Nonciat.*, I, LXXIV ss., LXXVIII s.

(2) V. Massarelli, 289, 285. Esta guardia fué el origen de las llamadas *Lanze spezzate* (v. Moroni, XLV, 111; cf. también Crostarosa, *Le milizie urbane di Roma*, Roma, 1897, 31). Sobre los aligeramientos de tributos v. la *carta de Navagero, de 30 de noviembre de 1555. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(3) V. la *relación de Navagero, de 3 de diciembre de 1555, quien hace notar la meraviglia d'ognuno sendo (il Datario) di quella autorità che era appresso di lui che potea quasi al pari et più del card. Carafa (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*). Rodocanachi (S.-Ange, 159) indica una fecha falsa de la prisión. La dataría estuvo ahora bajo la dependencia de los cardenales Scotti, Motula y Reumano; v. la *relación de Navagero de 4 de enero de 1556, loc. cit.

torio, el cargo de capitán general de la Iglesia, que había dimitido el duque de Urbino, no conforme con hacer la guerra. La introducción se extiende por menudo sobre la necesidad que tenía de armarse la Santa Sede, puesto que muchos no se movían a obedecer sino por temor (1). El conde de Montorio, cuyas dotes militares se pusieron muy en duda, recibió el 1.º de enero de 1556, en la Capilla Sixtina, de manos del Papa, el bastón de general, y luego con solemne séquito se encaminó, montado a caballo, al Capitolio (2).

En medio de las grandes fiestas que se celebraron entonces en honor de este nepote (3), sobrevino la noticia de que la esposa de Ascanio Colonna, Juana de Aragón, admirada en otro tiempo por su belleza, a la que se había prohibido salir de Roma a su arbitrio, y el desposar a una hija suya, había huido de su palacio, situado junto a la basílica de los Santos Apóstoles. Juana se escapó con sus hijas, valiéndose de disfraz, por la puerta de S. Lorenzo, dirigiéndose por Tívoli hacia los Abruzzos (4). Como era muy querida del pueblo, afecto a los Colonnas, temió el Papa que estallasen disturbios, y para la noche tomó precauciones militares. El capitán de la puerta pagó su descuido o venalidad con la muerte, los centinelas fueron enviados a galeras y Julián Cesarini fué encerrado en el castillo de Santángelo por sospechas de complicidad (5). Por el mismo tiempo se procedió rigurosísimamente contra los nobles desobedientes del Estado de la Iglesia, y fué citado a Roma Marco Antonio Colonna so pena de rebelión (6).

Cuando en 7 de enero de 1556 Sarria y Garcilaso de la Vega intercedieron de nuevo en una audiencia en favor de Colonna, se

(1) V. *Brevia ad princ., Arm. 44, t. IV, n. 312. *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. Massarelli, 286 y la carta de G. Aldrovandi, fechada en Roma el 1.º de enero de 1556 (*Archivo público de Bolonia*). El cardenal Médici dió la enhorabuena al conde de Montorio por una *carta autógrafa de 7 de enero de 1556 (Cod. Barb. lat. 5698, pág. 7). Sobre la desavenencia con el duque de Urbino v. Duruy, 101, 406 ss.

(3) Cf. la relación de G. Aldrovandi, fechada en Roma a 28 de diciembre de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Además de Navagero en los Atti Mod., Ser. 3, II, 158 ss. y Masio, Cartas, 233, cf. los datos circunstanciados que se hallan en el *Avviso di Roma, 1556, Gennaio 1. Cod. Urb. 1038, pág. 119. *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 337, 347 y el *Avviso de 11 de enero de 1556, loc. cit. 121; cf. también Arch. d. Soc. Rom. IV, 333 ss.

(6) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 347 y los *Avvisi de 18 y 25 de enero de 1556, loc. cit. 124^b, 128.

llegó a una escena violenta. El Papa no quiso admitir ingerencia alguna en sus negocios, y declaró que los Colonnas habían sido siempre enemigos de la Santa Sede. El marqués de Sarria tomó ahora también una actitud enérgica, y pidió una respuesta clara, pues, como dijo, hasta entonces sólo había recibido buenas palabras, con las cuales no estaban los hechos en consonancia. En vista de esto ordenó el Papa la mañana siguiente a sus nepotes, que enviasen catorce capitanes a reclutar 3000 hombres (1).

Cada vez era más claro que las cosas empujaban hacia la guerra. El 7 de febrero de 1556 advirtió el Papa delante del embajador veneciano Navagero, en quien tenía especial confianza, que quería descubrirle sus pensamientos. «Hemos tenido que sufrir, dijo, de estos imperiales tantos y tan grandes agravios, que hemos sobrepujado a Job en paciencia. Poseemos tantas pruebas de todas sus tramas y traidores manejos, que si tuviésemos tiempo y lugar, podríamos decir un día lo bastante para llenaros de asombro.» Y volvió ahora a contar la historia del envenenamiento, que él creía más firmemente que nunca. Terminó el Papa con esta importante declaración: «Mucho tememos, que tengamos que llegar a lo más terrible de todo (ad ultimum terribilium), a la guerra. La haremos contra nuestra voluntad, pero quizá será ésta la vía para castigar por sus pecados a los enemigos y libertar a la pobre e infeliz Italia» (2).

En 12 de Febrero de 1556 comisionóse a Antonio Carafa para ir al duque de Ferrara, que había sido designado para el cargo de general de la liga antiimperial (3). Ya antes, en 20 de enero,

(1) V. la relación de Navagero, de 11 de enero de 1556, en los Atti Mod., Ser. 3, II, 160.

(2) V. la carta de Navagero, de 8 de febrero de 1556, en Brown, VI, 1, n. 381; cf. también la relación de Navagero, de 19 de diciembre de 1555, en Ancel, Sienné, 27.

(3) Las instrucciones para A. Carafa pueden verse en Casa, II, 60 s., y la *carta credencial de Carafa, de 7 de febrero de 1556, se halla en el *Archivio público de Módena*. El nombramiento de Hércules para dux et capitaneus generalis efectuóse por un breve *segreto* de 26 de febrero de 1556 (v. Pieper, 81, nota 4; cf. Bromato, II, 293; Duruy, 106 s.; Ancel, Secrét., 19), que el duque recibió el 2 de marzo; al punto dió por ello las gracias al Papa (v. Fontana, II, 417 s.). Por un *breve de 14 de marzo de 1556, ratificó Paulo IV las instrucciones de Enrique II para Hércules como general de la Liga. *Archivio público de Módena*. Ibid. hay el *breve de 15 de septiembre de 1556, por el cual se hizo público el nombramiento, y un *breve de 30 de diciembre de 1556, que anunciaba el envío del bendecido stocco et cappello.

el duque de Somma, pariente del Papa, había sido delegado a la corte francesa, con el encargo de solicitar de Enrique II la rápida ejecución del tratado de alianza, que había ratificado el 18 de enero; pero tenía también que procurar conseguir claridad sobre los verdaderos intentos del monarca francés, acerca de los cuales se tenían recelos en Roma (1).

II

Mientras en Roma tomaba todo un aspecto belicoso (2), en la noche del 14 de febrero de 1556 llegó por un correo especial un despacho del nuncio francés, Sebastián Gualterio, con la noticia de que en Vaucelles se había concertado un armisticio de cinco años de los franceses con el emperador y el rey Felipe (3). Con esto quedaron enteramente destruidos los vastos planes de Carafa, y el Estado de la Iglesia expuesto a la venganza de un irritado y poderoso enemigo. La consternación en el Vaticano fué tanto mayor, cuanto sólo algunos días antes había llegado allí la ratificación de la liga por Enrique II (4).

El embajador francés no tuvo noticia hasta el 21 de febrero del gran cambio que había efectuado el condestable Montmorency; y el mismo día llegó también una carta de Enrique II para el Papa, quien recibió la comunicación con muy mezclados senti-

(1) V. las instrucciones en Casa, II, 48 s.; cf. Pieper loc. cit. y Nonciat. I, LXXX; II, 324 s. El *breve dirigido entonces a Enrique II, fechado el 22 de enero de 1556, se halla en los Brevia ad princ. loc. cit., n. 317. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Cf. Masio, Cartas, 233, 234 s. Un *Avviso de 15 de febrero de 1556 da cuenta del aumento de las fuerzas militares pontificias, diciendo que han sido llamados a las armas 12000 infantes y 1000 caballos, que todas las puertas fuera de cuatro han sido cerradas, y que a nadie se deja pasar sin un riguroso registro. Cod. Urb. 1038, p. 138. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. la *relación de Bongiani Gianfigliuzzi a Cosme I, fechada en Roma el 18 de febrero de 1556 (*Archivo público de Florencia*); y el despacho de Seb. Gualterio al cardenal Carafa, fechado en Blois el 6 de febrero de 1556 (Nonciat., II, 337). El texto del armisticio (que se halla en Gori, Arch., I, 193 s.; cf. también Duruy, De pactis a. 1556 apud Volcellas indutis, Paris. 1883) fué publicado en Roma el 4 de marzo de 1556 por medio de una hoja volante; v. *Diario di Cola Coleine. *Bibl. Chigi*, N. II, 32.

(4) En 11 de febrero, según las instrucciones a A. Carafa de 12 de febrero, que se hallan en Casa, Opere, V, 102 (edición de Nápoles).

mientos (1). Gravísimamente herido se sintió el cardenal Carafa, pues todos sus pensamientos habían ido dirigidos a la alianza con Francia. El hábil político supo con todo recobrar muy rápidamente. Con su confidente Juan della Casa examinó por menudo la cambiada situación, y pronto quedó fraguado un nuevo plan, que demuestra que el cardenal en su peligrosa política tenía ante los ojos como fin supremo no la libertad e independencia de la Santa Sede, sino solamente el ensalzamiento de su propia casa. Con el fin de lograr a Sena para ésta, habían de hacerse todos los esfuerzos posibles para determinar al rey francés a deshacer lo acordado en Vaucelles; si Enrique II no se acomodaba a esto, habían con todo de llevarse adelante las negociaciones, y no omitir tentativa alguna para la formación de una coalición antiimperial. Después que con esta fantasma terrorífica se hubiera excitado el temor de los imperiales, intentaba Carafa sugerirles, que el mejor medio para poner fin a tan peligrosas maquinaciones era ceder a la familia de los nepotes un Estado, por ejemplo, Sena (2).

De tal condición eran el fin y los medios de la política maquiavélica del hombre, a quien el imprudente y ajeno al mundo Paulo IV había confiado los negocios seculares de la Santa Sede. Mientras a la mente del Papa se ofrecía como elevado fin la libertad de la Iglesia y de Italia, su nepote sólo atendía al provecho de la casa Carafa. Lo que los Borjas, Médicis y Farneses habían intentado con más o menos felicidad, la adquisición de principados para sus familias, lo quería alcanzar también Carafa, sin curarse de los peligros que acarreaba al Estado de la Iglesia y a la Santa Sede. Es verdaderamente trágico, que lograrse inducir a entrar por tan pernicioso camino a su tío, que según todo su modo

(1) *S. Si^a ne haveva fatta allegrezza con le lagrime, se dice en el *Avviso de 22 de febrero de 1556 (Cod. Urb. 1038, p. 131^b. *Biblioteca Vaticana*). Cf. Navagero-Albèri, 392. Paulo IV se persuadió de haber obligado con su firmeza a ajustar el armisticio desfavorable a los imperiales, como se saca de las relaciones de Navagero, de 15 y 21 de febrero de 1556, publicadas por Brown, VI, 1, n. 392 y 405. La llegada de la carta de Enrique II la menciona G. Aldrovandi en su *relación de 22 de febrero de 1556. *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. el Discorso all' ill. et rev. Card. Caraffa per impetrare dalla M^{ta} dell' Imp. Carlo V lo stato et dominio di Siena, que se halla impreso por primera vez en Casa, Opere, IV, 35 s. (edición de Nápoles). Ancel (Sienne, 3 ss. y Nonciat., I, LXXXI s.) investigó las circunstancias en que Casa compuso esta memoria, y la publicó en las Nonciat., II, 593 s. según el original que está en el *Archivo secreto pontificio*.

de ser y los trabajos que hasta entonces había llevado al cabo, pertenecía a la dirección rigurosamente eclesiástica.

El nepote se sintió entonces tan dueño ya de la situación, que no dudó poder dominar políticamente al Papa aun en el nuevo estado de cosas. Respecto a eso hay una cosa muy significativa. El documento compuesto por Casa, que contiene el programa político de Carafa antes bosquejado, muestra que Paulo IV no estaba enterado del verdadero secreto de su sobrino. Al contrario, vese claro por este documento hasta qué grado consideraba el nepote al Jerarca supremo de la Iglesia como un factor, del que podía prescindir impunemente en los negocios políticos (1). En efecto, supo Carafa sacar tan excelentemente utilidad de los puntos flacos de su tío, que su astucia y destreza lograron tener muy buen éxito aun en las más arriesgadas empresas.

Con gran arte supo también Carafa tratar a los franceses. Después que el nepote se hubo repuesto de su indescriptible asombro por el armisticio de Vaucelles, aparentó la mayor resignación cuanto al hecho consumado, pero trabajaba ocultamente con todas sus fuerzas por deshacerlo, y aun para el caso de que esto le saliese mal, por alcanzar con todo el fin principal, la adquisición de Sena (2).

Carafa era de opinión, que tan difícil obra no podía tener buen éxito ni por el camino tardo y embarazoso de las negociaciones por escrito, ni por personas intermediarias. Un resultado feliz sólo le parecía posible, si él mismo como enviado se ponía en inmediato contacto con Enrique II. Pronto fué trazado el plan de la legación francesa de Carafa; ahora sólo se trataba de obtener el consentimiento del Papa.

Poco se le había dado al nepote que Paulo IV, muy sensible a las súbitas impresiones, en 17 de febrero de 1556 hubiera abrazado al embajador imperial, y dándole la enhorabuena por el armisticio (3), pues sabía bien cuán fácilmente su tío, a la menor imprudencia de los imperiales, se entregaría de nuevo a sus sentimientos antiespañoles, tan de antiguo arraigados (4). Estos senti-

(1) V. las excelentes explicaciones de Ancel, Sienne, 8.

(2) V. las instrucciones para el duque de Somma, de 5 de marzo de 1556, en Casa, II, 67 s. y además Ancel, Sienne, 11 s.

(3) V. la relación de Gianfigliuzzi, de 18 de febrero de 1556, en Ancel, Sienne, 3.

(4) Cf. sobre eso las cartas de Navagero de 15 y 28 de febrero de 1556, en Brown, VI, I, n. 392 y 415.

mientos eran tan fuertes, que Paulo IV no hacía escrúpulo ninguno de las ocultas negociaciones que seguía Carafa con un confidente del protestante Alberto Alcibiades de Brandeburgo, conocido como el más acerbo enemigo del emperador; sólo cuando el cardenal Truchsess desenmascaró a este agente, dándole a conocer como luterano e intrigante, ordenó el Papa que se fuese de Roma (1). La situación se refleja en una relación del embajador veneciano, de 14 de marzo. En ella expone Navagero, que el Papa quería permanecer armado, porque estaba persuadido de que sólo por este medio podrían ser contenidos los imperiales. Que en el Vaticano se sabía, que en una deliberación de los generales imperiales resonó esta voz: «¡A Roma!», pero que los más discretos habían respondido: «¿Para qué? ¿No veis que el Papa está armado, y todo el mundo en Roma pelearía por él?» (2) El rigor con que Paulo IV guardaba su autoridad en Roma, había causado la más profunda impresión; nadie se atrevía a moverse, ni siquiera los cardenales (3).

En vez de tener cuenta con la conciencia que de sí tenía Paulo IV, volvieron a cometer los imperiales precisamente entonces una de sus necedades. El marqués de Sarria, como apasionado cazador que era, había conseguido por el conde de Montorio el favor de poder salir de la ciudad, aun mientras estuviesen cerradas las puertas. Cuando el 25 de marzo, antes de amanecer, quiso hacer uso de este permiso, halló obstinada resistencia. El oficial que mandaba en la puerta de Sta. Inés, por efecto de un descuido, nada sabía de la licencia otorgada al embajador, y se negó a abrir la puerta. Entonces el soberbio séquito de Sarria se valió de la fuerza, desarmó al centinela y derribó la puerta (4). Mientras

(1) Cf. Riess, 87 ss., 425 ss., donde con todo se han pasado por alto los importantes datos, que ya Ancel (*Disgrâce*, 115 s.) había dado sobre este asunto. En qué contradicciones envolvió al Papa el nepote con estos ardis, se ve claro por el **breve de 5 de septiembre de 1555. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Brown, VI, 1, n. 425. Sobre los preparativos bélicos que hacía entonces el Papa por temor de un nuevo saco, v. Hosii epist. II, n. 1568, y Pray, *Epist. proc. regni Hung.*, III, Posonii, 1806, 85. Qué rigurosos registros se practicaban en las puertas de la ciudad, lo hace notar Lasso en su *carta a Fernando I, de 11 de abril de 1556. *Archivo público de Viena*.

(3) V. Masio, *Cartas*, 241, 243, 258.

(4) Sobre este incidente cf. la relación de *Gianfigliuzzi, de 30 de marzo de 1556 (*Archivo público de Florencia*); además las cartas de E. Carne (ed. Turnbull, n. 494) y Navagero (Brown, VI, 1, n. 447) y Summarii, 350. Contra

el débil conde de Montorio procuraba concertar buenamente este asunto, el cardenal Carafa se aprovechó de él muy hábilmente, para poner ante los ojos del Papa la arrogancia y descaro de los españoles. Paulo IV, que con grandísimo celo velaba por la guarda de su autoridad, tomó este suceso por el lado más serio. Cuando Sarria el domingo de Ramos se presentó en la capilla pontificia para asistir a los oficios divinos, fué echado de Palacio. Para aplacar al Papa, pidió audiencia, que le fué concedida aun para el 31 de marzo. Como con todo «alguno, que quería evitar un escándalo» (probablemente el conde de Montorio), le advirtiese, que con esta ocasión había de ser llevado al castillo de Santángelo, no acudió a la audiencia. Entre tanto se instruyó un proceso contra los culpados, y algunos criados del embajador fueron presos (1). Todas las tentativas de Sarria para amansar al ofendido soberano quedaron sin efecto, como notifica un informante en 11 de abril de 1556 (2). El mismo día llegó también a su término el proceso contra Cesarini (3).

El día antes, 10 de abril, había sorprendido el Papa a los cardenales y a todo el mundo, nombrando dos legados para concertar las paces: para Francia fué señalado el cardenal Carafa, y para el emperador y el rey Felipe Escipión Rebiba, que hacía poco había sido revestido con la púrpura (4); corrió el rumor de que también el cardenal Farnese había de ir a Francia (5).

la exposición de Carafa (que se halla en Casa, II, 75 s.) protestó Sarria (v. Nonciat., I, LXXXV, nota 3). Como Carne indica que este suceso acaeció Wednesday before Palme Sunday, lo traslada Riess (pág. 96) al 18 de marzo, con lo cual da por supuesto que en 1556 cayó la Pascua en 29 de marzo. Esto es falso; la Pascua cayó entonces en 5 de abril, y el domingo de Ramos en 29 de marzo; por tanto este accidente ocurrió el 25 de marzo. Hipólito Capilupi en una *carta al cardenal Hérc. Gonzaga, fechada en Roma el 25 de marzo de 1556, da cuenta del descubrimiento de un atentado contra la vida del cardenal Carafa, por lo cual fué ejecutado un alemán. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) V. la relación de Navagero en Brown, VI, 1, n. 459; cf. Riess, 97.

(2) *Avviso di Roma de 11 de abril de 1556. Cod. Urb. 1038, pág. 133. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. *ibid*.

(4) V. Acta consist. cancell., VII (*Archivo consistorial*). Cf. las relaciones tomadas del Carteggio Farnesiano, que se halla en el Archivo público de Parma, y publicadas por Coggiola, A. d. Cornia, 234, y la *carta de Lasso a Fernando I del 11 de Abril de 1556. *Archivo público de Viena*.

(5) V. el *Avviso citado en el n.º 2. El 30 de mayo de 1556 notificó Andrés Calegari a Commendone que se hallaba en Venecia: *Si dice chel card. Farnese non andrà più in Francia, che N. S. non gli ha voluto dar licentia con

Las instrucciones para los legados, muy abundantes en palabras, anuncian la intención del Papa de convocar en Roma un concilio general para los asuntos de la reforma, y contienen el encargo de trabajar por el establecimiento de la paz, como necesaria condición preliminar de semejante asamblea. Añádese en ellas, que el rey francés había cedido al Papa la sentencia arbitral para todo, y que era de esperar que no faltaría de la otra parte la correspondiente atención y condescendencia con el Pontífice (1). Si los imperiales rechazaban realmente la paz—y esto lo tenía por seguro Paulo IV dada la soberbia y sed de conquistas que suponía en Carlos V,—quedaba suministrada la prueba de que ellos eran los perturbadores de la paz de la cristiandad (2).

Durante los preparativos para la misión del nepote, que aun en su brillo exterior había de anunciar la grandeza del soberano por él representado, llegóse en 2 de mayo a nuevos rozamientos entre los empleados pontificios y los que pertenecían a la embajada imperial; la ira del Papa contra Sarria, ya fuera de eso vehemente, se acrecentó tanto con esto, que hablaba de hacerlo ejecutar (3).

dirli che non vole che l' abbandoni. Lett. de' princ., XXIII, n. 1. *Archivio segreto pontificio*.

(1) V. Pieper, 194 ss.; cf. Ancel, Sienne, 15 ss. y Nonciat., I, LXXXVII s. sobre la secreta Instruzione vulgare del card. Carafa (publicada en Nonciat., II, 603 s.), memoria compuesta por Casa en mayo de 1556, con ocasión de la legación de su señor, en la que no ha reparado Ancel, pero que ha sido ya impresa por Martinetti en la Riv. Europ., 1877, IV, 228 ss. También hay dos instrucciones para Rebiba. La primera, que comienza: «Quamvis antequam pontificatum inivimus» (*Archivio segreto pontificio*, Varia Polit. LXXXVIII, 145 s., y *Biblioteca del Palacio imperial de Viena*, 6621, pág. 21 s.), es de la que ha entresacado varios fragmentos Pallavicini (13, 17). La segunda, en la que no se habla del concilio, pero que en otras cosas concuerda con la primera muchas veces literalmente, la ha publicado Campana en la obra A. V. Cian i suoi scolari, Pisa, 1909, 125 s.; con todo a este investigador ha quedado desconocida la primera instrucción, aunque ya trató de ella, no solamente Pallavicini, sino también Pieper (loc. cit.). En los *Brevia ad princ. Arm., 44, t. IV, n. 347 ss. hay los breves relativos a la misión de los cardenales, que fueron dirigidos a los príncipes respectivos, y están todos fechados el 22 de abril de 1556 (*Archivio segreto pontificio*). La bula para Carafa de 10 de abril está ahora impresa en las Nonciat., II, 599 s.; había sido escrita con el intento de darla a la publicidad; v. ibid. I, LXXXVII.

(2) V. la relación de Navagero, de 11 de abril de 1556, en Brown, VI, 1, n. 453, y además Nonciat., I, LXXXVI.

(3) V. la relación de Navagero, de 5 de mayo de 1556, en Brown, VI, 1, n. 475; cf. Riess, 103 ss.; Masio, Cartas, 279.

Dos días después de este suceso comunicóse a los cardenales una bula, que como sentencia definitiva de los procesos instruidos imponía la excomunión mayor a Ascanio y Marco Antonio Colonna y los declaraba privados de sus feudos. El documento recordaba en la introducción los actos hostiles a los Papas, de los Colonnas desde los tiempos de Bonifacio VIII, y enumeraba después las maldades de Pompeyo y Ascanio en los pontificados de Clemente VII, Paulo III y Julio III. Decía luego que había seguido sus huellas Marco Antonio, quien desde el principio del reinado del presente Papa había resistido a sus mandatos, impedido la introducción de trigo en Roma, y se había confabulado con los enemigos de la Santa Sede para maquinan contra ella (1).

El 9 de mayo se dió orden a todos los cardenales para que el día siguiente acudiesen al Vaticano. Allí les comunicó el Papa breve y concisamente, que había resuelto dar a Paliano y los demás feudos de los Colonnas con el título de duque al conde de Montorio, quien seguramente sería fiel y obediente vasallo de la Santa Sede. Añadió que no había llamado a los cardenales para pedir su consentimiento o su consejo, porque era firme su resolución de expulsar de su casa a los enemigos, de modo que en adelante nadie tendría que temer nada. Oyó en silencio el Sacro Colegio esta declaración de tan graves consecuencias de Paulo IV, que en otro tiempo, cuando era cardenal, no había podido condenar con bastante severidad el nepotismo de los Papas, y ahora era vencido de la misma falta. Después se fueron a oír misa a la Capilla Sixtina, donde Juan Carafa, vestido ya con el manto ducal recamado de oro, se puso en pie junto al trono. El Papa le bendijo, le dió la espada y las espuelas, el bonete de terciopelo rojo, ricamente guarnecido de perlas y piedras preciosas, y el cetro dorado. Dió con la espada tres golpes al nepote en la espalda, y recibió de él juramento de fidelidad y tributo de vasallaje. Por la bula de investidura, leída con bastante poca claridad y distinción por el secretario Barengo, oyeron los reunidos, que el conde de Montorio y sus descendientes eran elevados a la

(1) V. el texto de esta bula en Passarini, 189 ss., y en Duruy, 359 ss.; cf. *ibid.* 130 ss. y las relaciones de Navagero que se hallan en los *Atti Mod.*, Ser. 3, II, 165 s. En las *Acta consist. cancell., VII, se dice: *Romae die lunae 4 Maii 1556 fuit consistorium, in quo lecta fuit sententia privationis Paliani et aliarum terrarum Ascanii et Marci Antonii de Colonna assistantibus ibidem revmis. *Archivo consistorial.*

dignidad de duques de Paliano, y el hijo mayor—en este caso Diomedes—tenía que llevar el título de marqués de Cave. El tributo de vasallaje, que se había de pagar anualmente en la fiesta de S. Pedro y S. Pablo, se fijó en 1000 ducados.

Después de esta solemnidad, acompañado el nuevo duque de los grandes de Roma y una parte de las tropas pontificias, se encaminó al Capitolio; y al pasar junto al castillo de Santángelo, le saludó el estampido de todos los cañones. Al anochecer fué Roma iluminada; y en el Vaticano celebróse un banquete, al cual, además de los cardenales, fueron también invitados el embajador veneciano y el polaco. Después de levantados los manteles hizo notar el Papa en una alocución a sus convidados, que tenía especial satisfacción de que Dios le hubiese inspirado este acto, precisamente en el mes y casi en el día del saqueo de Roma de 1527. «Vuestros compatriotas, así dijo, dirigiéndose a los cardenales Pacheco y Cueva, fueron los bribones que perpetraron aquel hecho infame.» Añadió que el día siguiente daría la cruz a los legados de paz; y que tenía bastante confianza en el rey de Francia. «De vuestros paisanos, continuó, dirigiéndose de nuevo a los cardenales españoles, no sé qué hay que esperar; quiero aclarar esta duda y no descuidar mi obligación.» Después se extendió el Papa con su modo retórico sobre los desgraciados tiempos, en que la herejía ponía siempre en peligro a nuevos reinos. El embajador del rey de Polonia, que conoció bien la alusión a su soberano, estuvo con esto en no menor perplejidad que los cardenales españoles, los cuales apenas se atrevían a alzar los ojos. Por la relación del embajador veneciano, que describe esta penosa escena, se sabe también que al firmar la bula de investidura el cardenal Tournón, observó que en Francia sería considerada su firma como inválida, por no haber sido él consultado. El cardenal Juan Alvarez de Toledo negóse a suscribir dicho documento, por no haber asistido a la junta de los cardenales, y además porque juzgaba que este acto no sería de utilidad ni para la Santa Sede ni para Carafa (1).

(1) Además de la carta de Navagero, de 16 de mayo de 1556 (Brown, VI, 1, n. 484), cf. también el *Avviso di Roma de 11 de mayo de 1556 (Cod. Urb. 1038, pág. 137 ss. *Biblioteca Vaticana*) y la *relación de Camilo Paleotti, de 13 de mayo de 1556 (*Archivio público de Bologna*); v. también Masio, Cartas, 258; Cola Coleine, *Diario, en la *Bibl. Chigi*, N. II, 32. El texto de la bula de enfeudación se halla en Passarini, 197 ss.

La toma de posesión de los dominios de los Colonnas se ejecutó con toda tranquilidad con auxilio de las tropas pontificias, pero fueron sólidamente fortificadas no solamente Rocca di Papa, sino también Paliano, sin hacerse caso de las amenazas de Alba, de que no podía consentir semejantes fortificaciones en las cercanías de la frontera napolitana (1).

Después que los dos legados hubieron recibido la cruz en 11 de mayo (2), partió Carafa a Civitavecchia el 19 del mismo mes, y dos días más tarde desde allí se hizo a la vela (3).

El nepote había recibido del Papa 10000 escudos en metálico, y otros tantos en letras de cambio para los gastos del viaje. Su séquito constaba de unas 250 personas aproximadamente, entre las cuales había muchos desterrados florentinos y napolitanos; las más notables eran: Pedro Strozzi y su hermano Roberto, Pablo Giordano Orsini, los arzobispos de Cosenza y Sta. Severina, fuera de algunos prelados, como el obispo de Pola y el auditor de la Rota, Hugo Boncompagni (4).

El legado, cuyo lugar ocupó en Roma el duque de Paliano (5), había de entregar al rey una espada y sombrero bendecido, y a la reina la rosa de oro; llevaba aún otros presentes, entre los cuales había también antiguas esculturas (6).

(1) V. Brown, VI, 1, n. 484 y 492; cf. Riess, 107 ss., quien la Rocca di Papa, situada en los Montes Albanos, la pone junto a la entrada del puerto de Civitavecchia.

(2) V. Massarelli, 291.

(3) El dato de Massarelli, de que Carafa partió ya el 11 (Mél. d'archéol. XXII, 100) ó 18 de mayo, es falso; dicen el 19 Navagero (en Ancel, Sienne, 15), el *Avviso di Roma de 23 de mayo (Cod. Urb. 1038, pág. 139. *Biblioteca Vaticana*), una carta de C. Paleotti, fechada en Roma el 20 de mayo de 1556 (*Archivo público de Bolonia*), y Gianfigliuzzi en su *carta de 23 de mayo. *Archivo público de Florencia*.

(4) Además de las cartas de Navagero, de 18 y 23 de abril de 1556 (Brown, VI, 1, n. 459), las relaciones publicadas por Coggiola, A. d. Cornia, 240 ss., Ancel, Sienne, 16, y Nonciat., I, xxxiv s., v. también el *Avviso di Roma de 23 de mayo de 1556 (loc. cit.) y la *relación de Sarria, fechada en Roma a 21 de mayo de 1556, quien designa a P. Strozzi como «principal consultor del card. Carafa». *Archivo de Simancas*, leg. 883.

(5) V. Nonciat., II, 438, nota 2.

(6) Junto con las relaciones alegadas por Ancel v. también la *carta de Sarria, citada en la nota 4. El *breve a Carafa tocante a los presentes para la familia real de Francia (cf. sobre eso Barbier de Montault, *Oeuvres compl.*, I, 269, donde en lugar de Paulo III se ha de leer IV), fechado el 22 de abril de 1556 se halla en su original en el *Archivo público de París*, y en borrador en los *Brevia ad princ.*, Arm. 44, t. IV, n. 352. Cf. *ibid.* n. 353 un correspondiente *breve

Los diplomáticos de Roma sospecharon al punto, que la misión de Carafa en modo alguno tenía por blanco el ajustamiento de la paz, sino al contrario, el rompimiento de lo pactado en Vaucelles (1). Hasta ahora no hay prueba alguna de que el legado ya en ese tiempo hubiese recibido una instrucción en este sentido. Carafa mismo declaró más tarde en su proceso, que hasta después de su llegada a la corte francesa no había recibido un encargo en *este* sentido. Como para él, a quien se le hizo cargo del rompimiento del armisticio, hubiera sido sumamente ventajoso, si hubiese podido remitirse a semejante instrucción, merece fe esta declaración; con ella están también en consonancia las primeras relaciones, que sobre sus primeras negociaciones envió el legado, luego que en 16 de junio hubo llegado a Fontainebleau (2). Sólo cuando vinieron de Roma amenazadoras noticias sobre los intentos de los imperiales y de los Colonnas, se cambió la situación. Carafa trabajó ahora ardientemente en favor de una intervención militar de los franceses en Italia. Como Enrique II parecía dar oídos a sus propuestas, notificó a Roma algo precipitadamente el 25 de junio, que pronto volvería, acompañado de 30 galeras y 3000 infantes (3). Cuando el rey de Francia por una carta autógrafa de 29 de junio rogó al duque de Ferrara que auxiliase al Papa contra los Colonnas, Carafa echó a un lado todos los miramientos hasta tal punto, que el 5 de julio, delante de todos los embajadores, acometió muy abiertamente a Felipe II como cómplice y fautor de los rebeldes Colonnas. El 13 de julio notificó ya el legado que tenía intención de volverse (4). Al cardenal Rebiba,

a Enrique II, de 22 de abril de 1556, en el cual se lee: *Ad eam enim inter vos concordiam et pacem, quam praesentes indutiae nobis pollicentur, tuto conservandam, nihil esse opportunius videtur contra eos, qui cam perturbare atque omnia miscere conantur, quam iustitiae gladius et salutis galea.* Cf. *ibid.* n. 355 el *breve a la reina, del mismo día. *Archivo secreto pontificio.*

(1) Lasso expresa ya esta opinión el 11 de abril de 1556 en una *relación a Fernando I. *Archivo secreto de Estado de Viena.*

(2) Lo dicho en el texto está expuesto según las excelentes explicaciones de Ancel, Sienne, 17 ss. Las relaciones que Carafa envió desde Francia, han sido ahora publicadas por Ancel en las *Nonciat.*, II, 405 ss.; la primera relación de 17 de junio había sido ya dada a conocer en lo esencial por Lämmer (Melet., 173 s.).

(3) V. Ancel, Sienne, 20 ss. Sobre los intentos amenazadores de los españoles cf. *Nonciat.*, II, 422, nota 2.

(4) Cf. Brown, VI, 1, n. 537; Riess, 120 ss.; Ancel, Sienne, 20 ss. Ancel ha rectificado la fecha (13 de julio en vez de junio) de la carta de Carafa, publicada por primera vez por Duruy (pág. 366).

que hasta el 30 de mayo no había salido de Roma, y aun después viajaba muy despacio, se le dió orden de volver, puesto que su misión a Bruselas quedaba sin objeto (1).

El cambio decisivo se puso de manifiesto en Roma el 20 de junio. En este día, en presencia del embajador veneciano Navagero, se desató el Papa en las más violentas expresiones contra el emperador, este hereje y cismático, dijo, que siempre ha favorecido a los propagadores de herejías para deprimir a la Santa Sede y constituirse a sí mismo señor de Roma, puesto que considera como propiedad suya, no solamente a esta ciudad, sino también a todo el Estado de la Iglesia, y aun a toda Italia, incluso Venecia; añadió que era cierto, que Carlos V tenía intención de reponer a los Colonnas en su señorío, hacer guerra abierta a la Santa Sede, y negarle la obediencia aun en las cosas espirituales; «pero ¡ay de él si prueba a hacerlo! dijo Paulo IV. Entonces llamaremos a todo el mundo contra él, le desposeeremos de su imperio y de sus reinos, y le daremos a entender lo que podemos en virtud de la autoridad de Cristo» (2).

Pocos días más tarde se desató el Papa nuevamente delante de Navagero en las más vehementes quejas por la «traición» del «herético emperador». Dijo que desde hacía mil años no había habido hombre peor, y que el demonio le había elegido como instrumento suyo para estorbar los esfuerzos pontificios de reforma. «Los imperiales, opinó Paulo IV, podrán engañar a otros, no a nosotros, porque nos hemos prevenido y no nos faltará la protección de Dios; nosotros tenemos amigos, porque cuando se trata de la libertad de Italia, no puede dudarse de la unión de los italianos; disponemos también de gran número de partidarios en el reino de Nápoles; a Venecia sólo la invitaremos, cuando las cosas prometan un bueno y seguro término, pues conocemos las consideracio-

(1) V. Pieper, 88-89; Hinojosa, 98; cf. Riess, 115, quien determinada-mente afirma, que Rebiba emprendió su viaje el 9 de junio; según la *relación de Juan Andrés Calegari a Commendone, fechada en Roma a 30 de mayo de 1556, Rebiba partió el 30 de mayo (*Archivo segreto pontificio*). Con esto concuerda Masio, Cartas, 263. Sobre la orden de volverse que se dió a Rebiba, v. Nonciat., II, 447, nota 1.

(2) V. la relación de Navagero, de 20 de junio de 1556, en Brown, VI, 1, n. 518; cf. además la carta de S. Aldobrandini a Carafa, de 21 de junio de 1556, comunicada en traducción por Ancel (Sienne, 20), sobre la cual llamó la atención Coggiola (A. d. Cornia, 249). No han reparado los dos que estaba ya impresa en Passarini, 124 ss.

nes que ha de tener la Señoría.» En esta audiencia, que duró dos horas enteras, Paulo IV volvía siempre a repetir, que su esperanza descansaba en Dios, que no abandonaría su causa (1).

La reconciliación, que consiguió entonces el cardenal Alvarez de Toledo entre el Papa y Sarria (2), ya no pudo alterar el curso de las cosas. La actitud de los imperiales y de los Colonnas pareció a Paulo IV tan amenazadora, que creyó haber de atender a su defensa. Presentábase siempre de nuevo ante sus ojos el terrorífico espectro de los sucesos del año 1527; y dominábale enteramente el temor de que le aconteciese lo que a Clemente VII. «Como se espera aquí un ataque de los imperiales, son llevadas a Roma nuevas tropas», notifica Navagero en 27 de junio. Cuando este embajador tuvo audiencia el 3 de julio, volvió a usar el Papa las más fuertes expresiones contra Carlos V, este hombre, dijo, triste y desgraciado, este lisiado en cuerpo y espíritu. Hizo notar Paulo IV, que si el emperador comenzaba realmente la guerra contra él, acudiría a las últimas y terribles armas, que Cristo le había dado, sustrayendo a Carlos V sus rentas eclesiásticas y privándole del trono (3).

La situación se empeoraba cada vez más. Como el Papa se sentía intranquilo por los preparativos de Alba, así éste por las precauciones que tomaba Paulo IV, no sólo en Roma, sino también en la frontera napolitana (4). El 5 de julio se depositaron 70000 ducados, como tesoro de guerra, en el castillo de Santángelo (5).

En medio de esta tirantez entre Roma y Nápoles, la cual se agravó todavía por algunas ingerencias del gobierno español en el terreno puramente eclesiástico (6), aconteció el 7 de julio

(1) La carta de Navagero de 24 de junio de 1556, que se le ha pasado por alto a Brown, se halla en la *Bibl. de S. Marcos de Venecia*, loc. cit.

(2) Cf. Brown, VI, 1, n. 518 y 528, como también el *Avviso de 27 de junio de 1556. Cod. Urb. 1038, pág. 145. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Brown, VI, 1, n. 529 y 534; cf. Masio, Cartas, 267.

(4) Cf. el *Avviso di Roma de 20 de junio de 1556, según el cual se enviaron entonces a Paliano trece piezas de artillería. Cod. Urb. 1038, pág. 141^b (*Biblioteca Vaticana*); ibid. pág. 146 un *Avviso de 4 de julio de 1556 sobre la prohibición de militar en ejércitos de príncipes extranjeros sin permiso del Papa, de la que se dispensó a Camilo Orsini, cuando éste declaró esser obligato al duca di Ferrara. Sobre la fortificación del Borgo v. Bull. bas. Vat., III, 26.

(5) Massarelli, 292; cf. Studi e docum., XIII, 304.

(6) El conocido teólogo M. Cano fué acusado en Roma, e intimado por una severa carta de 21 de abril de 1556, a comparecer allí en juicio so graves

el caso siguiente. El gobernador de la ciudad fronteriza de Terracina vió a un hombre, conocido de él como correo español, el cual por modo extraño, a pie y sin los distintivos de su cargo, quería traspasar furtivamente la frontera; hizo detener al sospechoso y registrarle, pues no llevaba ninguna de aquellas señales, que según el derecho internacional le protegían. Entonces halláronse en el mensajero una solicitud del correo mayor imperial, Juan Antonio de Taxis, para Alba, en la que le suplicaba le procurase la agencia postal entre Terracina y Velletri, y dos cartas de Garcilaso de la Vega, dirigidas asimismo a Alba; la una estaba escrita en cifra, y en la otra se decía, que Sarria era tan sencillo, que se dejaba ganar por dos palabras amistosas del Papa, siendo así que el camino seguro para alcanzar algo era éste: enviar por delante la caballería, ir contra Roma a marchas forzadas con 4000 españoles y 8000 italianos, y hacer zarpar los buques de guerra en dirección a Neptuno y Civitavecchia (1).

Estos importantes documentos fueron entregados a mano al duque de Paliano entrada la noche del 7 de julio. El Papa se había ido ya a descansar; por lo cual el duque por propia autoridad hizo prender aún aquella noche al correo mayor Taxis y embargarle sus bienes; esperando de este modo averiguar también el secreto, que le ponía muy intranquilo, de la carta cifrada, la cual fué enviada más tarde a Venecia para que la descifrasen los entendidos (2).

El duque de Paliano comunicó al Papa el descubrimiento que había hecho. Mientras los dos deliberaban el 9 de julio, además de Navagero, juntáronse también en la antecámara Garcilaso y Sarria, los cuales sólo tenían conocimiento de la prisión de Taxis, pero todavía no de la detención del correo. El Papa recibió sólo a Navagero y Sarria; cuando después quiso Garcilaso salir con

penas dentro de sesenta días. El gobierno español dispuso con todo, que esta carta de emplazamiento no fuese entregada a Cano, y que él así como el obispo de Lugo, citado asimismo a Roma, no saliesen de España; v. Caballero, M. Cano, 502 ss., 506 ss.; cf. Revista Histórica, XXXIX, 288.

(1) Cf. la *relación de G. A. Fachinetti al cardenal Farnese, de 8 de julio de 1556 (*Archivo público de Parma*), y la de Navagero de 9 de julio en Brown, VI, 1, n. 540; v. también Nores, 71 ss.; Rùbsam, J. B. v. Taxis, Friburgo, 1889, 19; Coggiola, A. d. Cornia, 266, 268 ss.

(2) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 540; Fachinetti en las Nonciat., II, 426, nota 4; Turnbull,² Cal. n. 522; cf. Róseo, l. 6, pág. 304.

Sarria del Vaticano, fué arrestado y conducido al castillo de Santángelo (1). Compartió su suerte el 10 de julio Jerónimo Capilupi, agente del cardenal Hércules Gonzaga (2). El palacio del cardenal Pacheco, donde vivía Garcilaso, fué registrado de arriba abajo (3). «Se cree que la guerra ya ha estallado», escribía después de la prisión de Garcilaso el embajador veneciano Navagero. Cuando éste el día siguiente tuvo audiencia, halló decidido al último extremo al Papa, que precisamente entonces había recibido buenas noticias acerca del auxilio de Francia. «Hemos descubierto su traición, dijo Paulo IV, y sabremos aún más cosas por los presos. Han recomendado marchar contra Roma, y dividido nuestros dominios; pero Dios Nuestro Señor vive todavía; quizá se verán forzados a defender su propio país; poderosos príncipes están de nuestra parte; si los españoles nos acometen, se arrepentirán de ello; el tirano, el emperador, no puede ya venir más en consideración, sus posesiones son como una casa vieja, de la que si se saca una piedra, toda ella se desmorona; si aquí en Italia le damos un pequeño empuje, toda se hundirá.» Entre las más vehementes quejas por la perversidad diabólica de Carlos, hizo notar el Papa cuánto esperaba, que tampoco Venecia faltaría en la lucha contra la tiranía española (4).

El 11 de julio fueron llamados al Vaticano todos los cardenales y embajadores. El Papa, que esta vez habló en italiano, alabó a la divina Providencia, que le había descubierto las tramas de sus enemigos, puso de realce la culpa de Garcilaso, y justificó su proceder contra los Colonnas y la elevación de su nepote al ducado de Paliano. Por consejo de los cardenales instituyó luego una comi-

(1) Además de la relación de Navagero, citada en la pág. 115, nota 1, y la carta de Fachinetti, que se halla en Coggiola loc. cit., 271 ss. y Nonciat., II, 427, nota 2, cf. también el *Avviso di Roma de 11 de julio de 1556, Cod. Urb. 1038, pág. 143^b. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. las relaciones que se hallan en Intra, Ipp. Capilupi: Arch. stor. Lomb., XX (1893), y en Coggiola loc. cit., 272 s.; cf. también Fuentes e investigaciones del Instituto de Prusia, III, 134 s. y los *Avvisi di Roma de 15 de julio, y di Bologna de 18 de julio de 1556, en la correspondencia de Madruzzo, que se halla en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(3) V. el *Avviso de 11 de julio de 1556, citado en la nota 1.

(4) V. Brown, VI, 1, n. 541; cf. n. 540 y Romanin, Storia di Venezia, VI, 234 nota; la carta de Buoncambi en Coggiola, A. d. Cornia, 277 ss.; la relación de Navagero en Brown, VI, 1, n. 543; Summarii, 347; la *carta de C. Paleotti, fechada en Roma el 11 de julio de 1556 (*Archivo público de Bolonia*); el *Avviso di Roma de 11 de julio, loc. cit. y las *Acta consist. *Archivo consistorial*.

sión que había de deliberar todavía sobre un arreglo pacífico. El Papa declaró que por más que detestaba la guerra, tenía con todo que prevenirse en su defensa para todo caso eventual, especialmente después del descubrimiento de las traidoras intenciones de los imperiales. «Si hemos de arriesgarnos a una guerra, lo que es de sospechar dado el natural falso de los españoles, dijo dos días más tarde a Navagero, entonces, con una sentencia tan terrible, que por ella quede el sol oscurecido, al emperador y a su hijo, como a vasallos nuestros que se han hecho culpados de felonía y rebelión, los desposeeremos de todos sus reinos, desligaremos a sus súbditos del juramento de fidelidad, y adjudicaremos sus dominios a los que los ocuparen; luego daremos a Nápoles como feudo al rey francés, y entregaremos a la República los puertos de Apulia, que antes había poseído, y además la isla de Sicilia.» (1)

Más que nunca estaba entonces dominado Paulo IV de la idea fija de que los españoles, esos marranos, como solía decir, amenazaban a Roma con un nuevo saco. Este lo quería él precaver; declaró que pensaba conquistar a Nápoles, aun cuando tuviese que ir él personalmente con una cruz delante; pero que quería hacer imprimir la diabólica carta cifrada, para que todo el mundo conociese la traición de los imperiales. Los presos habían de ser atormentados, hasta que nombrasen sus cómplices (2).

El 25 de julio dió el Papa rienda suelta a su pasión antiespañola en presencia de Navagero. Declaró que no quería que estos traidores y herejes, bajo apariencias de paz, hiciesen con él lo que se permitieron en tiempo de Clemente VII. Dijo que había descubierto sus planes homicidas, y que habían intentado ejecutar cosas peores que en el año 1527. Que antes quería morir, que soportar tantas indignidades como su predecesor Julio III; y que era imposible consentir la opresión tiránica, ejercida por el pueblo más bajo de la tierra. «En otro tiempo, continuó exponiendo, vimos a los ultramontanos en Italia, sólo como cocineros, panaderos y mozos de mulas; ahora son ellos los que mandan, para nuestra ruina y para nuestra afrenta. Donde ellos dominan, como en Nápoles y Milán, vemos lastimosas tragedias. El emperador, el

(1) Brown, VI, 1, n. 546; cf. Nonciat., II, 456, nota 2.

(2) V. Brown, VI, 1, n. 549. A Taxis le fué roto un brazo en el tormento. V. Riess, 124, nota 35; cf. Masio, Cartas, 277, 291.

tirano, el hereje y cismático, aspira a la monarquía universal. El ha fomentado las herejías para deprimir al papado, y elevarse al señorío de Roma, esto es, al señorío de Italia y del mundo entero.» Después ponderó Paulo IV al embajador los peligros que amenazaban a Venecia por parte de los españoles. Dijo que Toscana estaba ya en sus manos, y que ahora querían arrebatarse para sí también aún el resto de la península. Que si Venecia se ponía de parte del Papa, reportaría de ello provecho y honor, y se restablecería la celestial armonía que antes había reinado, y el mundo comenzaría a temblar al nombre italiano. Que la ocasión era favorable, y que él haría que no faltase nada para libertar a Italia. La gran reserva con que Navagero recibió estas declaraciones, no pudieron enfriar el fogoso ardor del Papa. Volvió a hablar de nuevo sobre los peligros que llevaba consigo la dominación de los imperiales en Nápoles, de la cual dijo que procedió el saco y la ruina de Italia. «Pero Dios nos ayudará. Quien hace la guerra al Papa, pierde como cismático todas las gracias que ha recibido de la Santa Sede. Por estas gracias percibe más dinero el rey de España que de todos sus demás reinos. Nosotros le sustraeremos todas estas gracias; ya sabemos que puede hacerse con España lo que no se puede con Alemania; allí se hallan muchísimos buenos, que no le seguirán (1).

Entre tanto había llegado una protesta de Alba contra la prisión de Garcilaso (2). Esto y las confesiones de los dos presos aumentaron la ira y al mismo tiempo el temor del Papa. Con febril apresuramiento hizo activar los preparativos bélicos (3). Camilo Orsini, que había llegado el 18 de julio, recibió la orden de poner la capital en estado de defensa. Fortificóse el Borgo, reparáronse los muros de la ciudad, reclutáronse nuevas tropas para reforzar la guarnición, prohibióse la exportación de oro y metales preciosos, y elevóse el tesoro de guerra del castillo de Santángelo a 100000 ducados. Causaba admiración cómo el Papa podía juntar

(1) * Carta de Navagero, de 25 de julio de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*, loc. cit.

(2) Traída por J. de Urrea; v. Brown, VI, 1, n. 550.

(3) Para lo que sigue cf. especialmente los * *Avvisi di Roma*, del 11, 18 y 25 de julio de 1556. En el del 25 se lee: * *Si fortifica il Borgo et si riparano le mura di Roma (Biblioteca Vaticana)*. V. también las relaciones que se hallan en Coggiola, A. de Cornia, 282, 284 s. y la * carta de A. Capilupi, fechada en Roma a 18 de julio de 1556. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

tanto dinero, dados los gastos que se hacían para mantener los 10500 soldados que estaban ya a su servicio (1). Dióse encargo al duque de Urbino de aportar otros 10000 hombres (2).

Entre los que mantenían relaciones traidoras con el emperador, había sido citado también Ascanio della Corgna, a quien estaba confiada la defensa de Velettri. El Papa hizo el 23 de julio llamar a Corgna a Roma para justificarse. Como éste difería el presentarse, aumentóse contra él la sospecha; por lo cual dióse al punto la orden de prenderle y llevarle a Roma. Esto con todo lo había sabido aún a tiempo el cardenal Fulvio della Corgna, de modo que pudo poner en conocimiento de su hermano el peligro que le amenazaba. Así logró éste felizmente huir a Neptuno, que entregó a los Colonnas, y desde allí embarcarse para Nápoles (3). Paulo IV no era hombre para sufrir semejante cosa de un miembro del Sacro Colegio. Cuando el cardenal Fulvio acudió al consistorio el 27 de julio, fué conducido al castillo de Santángelo. En el consistorio habló el Papa ante todas cosas sobre este suceso, y después se presentaron el abogado y el procurador de la Cámara Apostólica, Alejandro Pallantieri y Silvestre Aldobrandini, y expusieron un dictamen jurídico del tenor siguiente: Es notorio que algunos del reino de Nápoles, sabiéndolo Felipe II o Carlos V, se han conjurado contra la Santa Sede, lo que implica una violación del juramento de vasallaje, prestado por los soberanos de Nápoles a los Papas Julio III y Paulo IV. Es además notorio, que tanto el rey de España como el emperador auxiliaron con dinero y tropas contra la Santa Sede a los Colonnas, excomulgados y condenados como reos de lesa majestad; por lo cual, sin otro hecho que éste (ipso facto), han incurrido en la pena de excomunión mayor, de lesa majestad, y de pérdida de todas sus dignidades. El Papa admitió esta propuesta para enterarse de ella, pero declaró que sólo entonces pronunciaría una decisión, cuando

(1) V. Massarelli, 292; cf. Brown, VI, 1, n. 558 y Turnbull, n. 522.

(2) V. el *Aviso de 25 de julio, loc. cit., p. 148^b.

(3) Además de las importantes relaciones que se hallan en Coggiola, A. d. Cornia, 293 ss., v. también Massarelli, 293, la *relación de C. Paleotti, de 29 de julio de 1556 (*Archivo público de Bolonia*) y el *Aviso di Roma, de 1.º de agosto de 1556 (Cod. Urb. 1038, pág. 150. *Biblioteca Vaticana*), que da muchos pormenores sobre la huida. Según las circunstanciadas investigaciones de Coggiola, la sospecha contra el condottiere fué infundada y por lo menos precipitado el proceder contra él.

hubiese consultado maduramente el negocio con los cardenales (1).

Después de esta demostración, declaró Sarria al Papa, que había recibido orden de su gobierno de salir de Roma. Paulo IV quedó con esto no poco perplejo, porque tenía aún tan poco firmes seguridades de la suficiente ayuda de Francia, que Carafa se vió obligado a prolongar su permanencia en la corte de Enrique II. El Papa, por tanto, procuró diferir el rompimiento y retener al embajador. Cuando Sarria en 8 de agosto salió de la Ciudad eterna, hízose esto bajo la forma de un permiso para atender a negocios personales (2).

A las reclamaciones presentadas por el conde S. Valentino, en nombre de Alba, hizo dar el Papa una respuesta, que se propuso en el consistorio de 7 de agosto, la cual llevó al duque de Alba, Domingo del Nero, comisionado cinco días más tarde para ir a Nápoles. En ésta se negaba, que estuviese justificada ninguna de las reclamaciones presentadas por el virrey; y respecto de la prisión de Garcilaso decíase en la misma, que se había de tener presente, que éste, con sus maquinaciones contra el Papa, había perdido la inviolabilidad de embajador (3).

Aunque en 25 de julio llegaron a Civitavecchia ocho galeras francesas con 600 gascones, y en Roma activábanse los preparativos de guerra con grandísima diligencia (4), Paulo IV en modo alguno se sentía seguro, y procuraba tanto más conseguir por todas las vías posibles la alianza de Venecia. Por julio había sido enviado para este fin Antonio Carafa, que poco antes había sido llevado al marquesado de Montebello (5), a la ciudad de las

(1) V. * Acta consist. cancell., VII, 37-39^b (*Archivo consistorial*); cf. Navagero y Massarelli, loc. cit.; Lünig, Cod. Ital. dipl., IV, 255 s.; Nores, 110 s.; Passarini, 137 ss.; Riess, 132 s.; Nonciat., II, 453.

(2) Cf. Massarelli, 293-294; Brown, VI, 1, n. 572; Coggiola, Asc. d. Cornia, 310, nota 1; Riess, 135; Nonciat., t. I, xcii; II, 452, nota 1; cf. también la relación de las * Acta consist., VII. *Archivo consistorial*.

(3) V. las instrucciones de 11 de agosto de 1556 en Nores, 394 s.; cf. Massarelli, loc. cit.; Brown, VI, 1, n. 572.

(4) Cf. sobre eso las relaciones que se hallan en Coggiola, A. d. Cornia, 292 y 318. La situación militar de Roma la analiza el card. du Bellay en una carta de 25 de julio de 1556, publicada por Ribier, II, 650 ss.

(5) V. Massarelli, 292. Antonio Carafa en 27 de junio de 1556, al ser elevado a marqués, recibió los bienes que habían sido sustraídos al rebelde conde de Bagno. * Acta consist. cancell., VII (*Archivo consistorial*). Cf. Coggiola, loc. cit., 98, 120 s., 127 s., 136 s., 143 s.

lagunas, donde con todo nada pudo obtener (1). A pesar de eso, esperaba Paulo IV todavía mover a los venecianos a dejar su neutralidad.

El 13 de agosto trató sobre eso con Navagero después de comer; lamentóse ante todo de nuevo con las más violentas invectivas contra los Habsburgos, de la traición de los imperiales. Dijo que si estos cismáticos y herejes le echaban de Roma, se retiraría a una isla, y allí ejercería su cargo. Que esperaba con todo ver todavía la caída de la tiranía española; que Venecia debía saber lo que tenía que hacer, pues «a nuestra ruina seguirá necesariamente la vuestra; pero nosotros no queremos ser esclavos de los españoles, como otros Papas anteriores; queremos pelear valientemente contra ellos, cualquiera que sea el éxito de la lucha» (2).

Ahora como antes seguía considerándose Paulo IV amenazado personalmente por los españoles; e hizo tomar precauciones contra una tentativa eventual de envenenarle (3). Con semejante disposición de ánimo era inútil que el cardenal Médici desaconsejase de nuevo la guerra muy resueltamente, y a la verdad, sobre todo a causa de la insuficiencia de las fuerzas militares, pues las tropas pontificias huirían a la sola vista de los enemigos, como que desde la invasión de Carlos VIII un ejército compuesto sólo de italianos ni siquiera una sola batalla había ganado (4).

Toda esperanza de un amistoso arreglo de la contienda desapareció con la respuesta que firmó Alba el 21 de agosto, e hizo entregar al Papa por un especial mensajero. Decíase en ella, que después de la injusta propuesta, hecha en el consistorio de 27 de julio, no le restaba más al emperador y al rey de España, que lo que es lícito a todo hijo obediente, a quien el padre intenta acometer de improviso con arma blanca, conviene a saber, quitarle el arma de la mano (5).

(1) Cf. la nota 1 de Nores, 69 y Nonciat., II, 438, nota 3.

(2) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 578.

(3) *Da tre giorni in qua si è ristretto molto il servitio che si fa al pontefice alla tavola, perchè vogliono che tre soli camerieri suoi parenti portino le vivande. Si dubita che habbi suspition di veneno. Navagero en 15 de agosto de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 582.

(5) La carta está en español y en francés en Weiss, Pap. de Gran-

Este ultimátum fué entregado al Papa el 27 de agosto por Pirro dell' Offredo, tercer delegado de Alba. Como Offredo se expresara aún más duramente que la carta, llegóse a altercar con voces tan altas, que el maestro de cámara cerró las puertas exteriores, para que los que se hallaban en la antecámara no oyese la disputa (1).

Mientras tanto habían adelantado en Roma los preparativos para la guerra; el Papa imaginábase poder elevar sus fuerzas militares a 30000 hombres (2). El 15 de agosto llegaron todavía a Roma 1200 gascones, soldados valientes, pero disolutos e inclinados a robar (3). Para cubrir los gastos, tuvieron que imponerse nuevas contribuciones. Así esto como la destrucción sin miramiento alguno de las quintas y viñedos que había ante los muros de la ciudad, produjo extremado disgusto en el pueblo. En estos trabajos, ordenados por Camilo Orsini, tampoco se perdonó a iglesias y conventos. Como en el Borgo, así también en el Trastévere se hicieron fortificaciones, y en el castillo de Santángelo nuevas obras exteriores (4). A pesar de eso, todo ello no bastaba contra un serio ataque, porque por más baluartes que se comenzaron, ninguno estaba terminado. Mostróse ser aún más funesto el que las tropas pontificias estuviesen enteramente desparramadas por la Campaña, porque el Papa, desconocedor del arte de la guerra, rehusaba dejar ningún lugar fortificado sin guarnición, y abandonar algo que le perteneciese (5).

En un consistorio de 4 de septiembre de 1556 se deliberó toda-

velle, IV, 666 s., y en italiano en los suplementos de Nores, 400 ss.; ibid. hay una carta semejante dirigida al Colegio de cardenales. Cf. Riess, 138 ss.; Balán, VI, 467.

(1) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 589 y el ** *Avviso di Roma* de 29 de agosto de 1556. Cod. Urb. 1039, pág. 156. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. el ** *Avviso* citado en la nota anterior.

(3) Cf. Navagero en Brown, VI, 1, n. 577 y en Albèri, 401 ss.

(4) Además de Massarelli, 295, cf. Navagero en Brown, VI, 1, n. 588; Summari, 350 ss. y especialmente los ** *Avvisi di Roma*, del 8, 15 y 29 de agosto y 5 de septiembre de 1556 (*Biblioteca Vaticana*; loc. cit.). Cf. también Bicci, Not. d. famiglia Boccapaduli, Roma 1762, 112, y Pagliucchi, 128 s. sobre los trabajos que se hicieron entonces y posteriormente en el castillo de Santángelo. Sobre los gastos notifica Navagero en 22 de agosto de 1556: *Qui si fa conto chel pontefice habbi una spesa di c. 80000 scudi al mese ne si vede come possa lungamente sostenerla. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(5) V. las relaciones de Navagero publicadas por Brown, VI, 1, n. 646; VI, 2, n. 685, como también Riess, 146.

vía sobre la respuesta que había de darse a la carta de Alba, y se habló de la posibilidad de un pacífico ajustamiento (1). Con todo, la noche siguiente llegó la noticia de que Alba con sus tropas había pasado la frontera y tomado ya a Pontecorvo (2).

III

La resolución de oponerse al Papa con las armas no había sido fácil a Carlos V, Felipe II y Alba. Retardaron la decisión reparos no solamente políticos, sino también religiosos. El gobierno español hizo pedir a la Universidad de Lovaina un especial dictamen; éste ratificó a Felipe II, que ni contravenía a los deberes de hijo de la Iglesia, ni hacía contra las obligaciones contenidas en su título de rey católico, si prevenía el ataque inminente, dando comienzo a la guerra (3). Aun ahora interpuso todavía Alba dilaciones; sólo a un tercer mandato de Felipe II, que le reconvino levemente por su desobediencia (4), se puso en marcha desde Nápoles el 1.º de septiembre de 1556. Sus fuerzas militares constaban a la verdad sólo de 12000 hombres, pero éstos estaban bien disciplinados, y eran mandados por generales ávidos

(1) Massarelli, 295. Brown, VI, 1, n. 596, 600. Bonfigliuzzi en Nores, 122, nota 1.

(2) Massarelli, 295. Brown, VI, 1, n. 603. M. Róseo, 519 s. Nonciat., II, 470.

(3) Cf. la relación de Michiel de 1557 en Brown, VI, 2, n. 1062; v. también ibid. n. 687; Balán, VI, 468-469 y Riess, 134. El *Memoriale dato da parte de S. M^{ta} alli teologi circa il procedere di Paolo IV sopra il regno di Napoli*, no impreso correctamente por Riess (pág. 440 ss.), es por lo demás idéntico al escrito español «Consulta a los teólogos sobre el proceder de Paulo IV», que hace mucho tiempo está impreso en F. Caballero, M. Cano, Madrid, 1871, 508 s. Este mismo documento con el título de *Memorial que de parte de la M^{ca} cath. del Rey Felipe II se dió a los teólogos*, se halla manuscrito en el *Archivo de la embajada española en Roma*. No se menciona en Riess, que Felipe II presentó a los teólogos y juristas españoles en una junta convocada en Valladolid, este escrito acusatorio contra Paulo IV, y pidióles su dictamen sobre si le era lícito en las presentes circunstancias hacer guerra al Papa, y de qué medios se podía servir para esto. Casi todos respondieron a esta cuestión en sentido favorable al rey. Agradó a éste de una manera especial el dictamen de M. Cano, fechado el 1.º de noviembre de 1556, el cual a la verdad distingue agudamente entre el Papa como Cabeza suprema de la Iglesia y como Príncipe temporal, pero con todo, contiene palabras y opiniones, que cuadran mal a un dominico (v. Caballero, 277 ss., 395 s., 513 ss.; cf. también Laugwitz, Carranza, 42). El dictamen de Cano se halla impreso en el *Jugement impartial sur des lettres de la Cour de Rome en forme de Bref*, II, Madrid, 1770, 491 ss.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 758.

de venganza, entre los cuales se contaban Marco Antonio Colonna y el conde de Popoli, quien, aunque era pariente de Paulo IV, había sido despedido del ejército pontificio por sus simpatías españolas. Para los rápidos avances que hacían las tropas de Alba, fué decisiva la circunstancia de que ellas marchaban unidas y compactas, mientras que las pontificias estaban repartidas por muchos lugares. Así en breve tiempo se perdieron Frosinone, Veroli y Bauco. Alba marchó luego contra Anagni, después de lo cual se rindieron también Piperno, Terracina, Acuto, Fumone, Ferentino y Alatri. El virrey español mandó tomar posesión de los lugares conquistados, en nombre del Sacro Colegio, con la expresa declaración, de que estaba dispuesto a entregarlos de nuevo al Sacro Colegio o al Papa futuro (1).

Con el proceder de Alba, que súbitamente sin declaración de guerra había hecho irrupción en el Estado de la Iglesia, estaba Paulo IV en el mayor peligro; ni militar, ni económicamente podía competir con el poder español. Siendo por su edad proecta y su corto conocimiento de los negocios, poco apropiado para asuntos políticos, lo era todavía mucho menos para la dirección de una guerra (2). Con más dolor que nunca sintió la falta del nepote, muy experto precisamente en las armas (3). Fué por tanto grande su gozo, cuando el cardenal Carafa, que en 11 de agosto había dejado la corte de Francia, llegó a Roma al anochecer del 7 de septiembre. Trajo grandes promesas de parte del rey francés, como también una importante suma de dinero, y notificó además la llegada de 1500 gascones, que con él habían venido por mar (4).

(1) Cf. Massarelli, 297; Summarii, 355, 357 s.; Nores, 125 s.; *ibid.* 405 s. hay la carta de du Bellay, decano del Sacro Colegio, a Alba, de 13 de septiembre, y la respuesta de Alba, de 16 de septiembre.

(2) Cf. Pallavicini, 13, 19 y especialmente Brosch, I, 201 ss. sobre el estado dificultoso de los negocios rentísticos y militares del Papa. En 6 de septiembre juntó Paulo IV a los cardenales, quejóse de la invasión de Alba, como también de la conducta de la comisión de cardenales, y pidió cuenta a Offredo del rompimiento de la paz; cuando Offredo quiso retirarse, fué preso y llevado al castillo de Santángelo. V. Massarelli, 295 ss.; Navagero en Brown, VI, 1, n. 607; Summarii, 358 ss. y la *carta de C. Paleotti, de 7 de septiembre de 1556. *Archivo público de Bolonia*.

(3) V. la relación de Lanssac, éd. Sauzé, 488.

(4) V. Massarelli, 296, donde se dan también muchos pormenores sobre la entrada del cardenal Rebiba en 9 de septiembre; cf. además Brown, VI, 1, n. 607; Ancel, Sienne, 22 y Nonciat. I, xxxvi (aquí está indicado equivocadamente el 11 de septiembre como día de la vuelta).

Carafa halló la Ciudad eterna en un indescriptible desconcierto. Si no se hubiesen cerrado las puertas, la mayor parte de la población habría huído (1). Reinaba entre los romanos profundo descontento por las duras prevenciones, que suele llevar consigo el rompimiento de la guerra; quejábanse especialmente por los nuevos impuestos, y el ningún miramiento con que procedía Camilo Orsini en la disposición de las fortificaciones. Como la Puerta del Pópolo parecía sobre todo amenazada a causa del Pincio, fueron allí derribados unos cien edificios, entre los cuales también el convento de agustinos, en que en otro tiempo había morado Lutero; ¡y hasta se pensó un momento en echar al suelo la preciosa iglesia donde tenían sus sepulcros los Róveres! (2) La entrada de los gascones que habían llegado con Carafa, efectuada el 15 de septiembre, reanimó algo la esperanza de los romanos (3). Tanto mayor fué el desengaño, cuando se pasó revista a las fuerzas militares existentes: en el papel había escritos 17000 hombres, pero en realidad sólo eran 9000. Añadióse a esto la noticia, de que el 15 de septiembre había sido conquistada y saqueada por los españoles la plaza fuerte de Anagni. El terror pánico se apoderó de Roma, porque sus habitantes sabían bien que no se podía confiar en la débil guarnición que en ella había, y hasta que muchos mercenarios serían los primeros, que ofreciéndose ocasión, se pondrían a saquear con los enemigos. El temor de los habitantes, escribía Massarelli en su diario, es sumamente grande; las muje-

(1) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 609 y la *carta de C. Paleotti, de 14 de septiembre de 1556 (*Archivio público de Bolonia*). Ya a fines de agosto muchos romanos habían abandonado la ciudad. Navagero escribía el 29 de agosto de 1556: *In somma siamo qui tra li tamburi et le armi et ogni di si sentono natural et proprie insolentie delli soldati di questi tempi et molti dicono palesamente che tra la ruina che porterà seco la fortification et la spesa et le ingiurie che fanno li soldati Roma si potrà reputar mezza sacheggiata et che dalli inimici non si potrà essettar peggio. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Cf. los **Avvisi de 29 de agosto, 5 de septiembre y 19 de septiembre (Anagni perdida. La città sta in gran spavento et si fa un gran sgombrar. *Biblioteca Vaticana*), como también Massarelli, 297; Bonfigliuzzi en Nores, 125, nota 1; Navagero-Albèri, 394; Summarii, 359; M. Róseo, 515. Más tarde hasta corrió el rumor de que se quería derribar las basílicas de S. Pablo y Sta. Cruz (v. Brown, VI, 1, n. 631). Sobre los trabajos que entonces se emprendieron para la fortificación de Roma, v. Rocchi, 52 s., 59 s. y tav. 8; Rodocanachi, St.-Auge, 157.

(3) V. la *carta de C. Paleotti, de 16 de septiembre de 1556. *Archivio público de Bolonia*.

res han obtenido permiso para salir de la ciudad, y los hombres que han de permanecer en ella, ponen en seguridad todas las cosas de valor (1).

El único que en esta general perturbación mantuvo alta la cabeza, fué el cardenal Carafa. Desplegó en esos días críticos una extraordinaria actividad para los preparativos, para la justificación de Paulo IV en manifestos a los príncipes cristianos (2), para el definitivo convenio con Francia, como también para ganarse otros aliados. Para conquistar a la señoría de Venecia, que persistía aún en su neutralidad, se envió como delegado a mediados de septiembre a uno de los miembros más aptos de la cancillería pontificia, Francisco Commendone, obispo de Zante. Este comisionado había de pedir también ayuda en Urbino, Ferrara y Parma (3). Pero ahora como antes atendía Carafa muy diligentemente a asegurar a su familia un principado. El mismo hombre que en todas las partes del mundo concitaba el odio contra España, promovía con ardor febril la formación de una gran coalición antiimperial, y hasta se esforzaba por conseguir el auxilio de los turcos (4), entablaba al mismo tiempo ocultas negociaciones con

(1) V. Massarelli, 297; Turnbull, n. 538; Summarii, 359; Navagero en Brown, VI, 1, n. 609 y en Albèri, 394; cf. también Andrea, 41 s.; Riess, 142 s.; Arch. stor. Napolit., XXXV, 562.

(2) Sobre los manifestos cf. Propugnatore A. VIII, 1875, I, 345 s., 347 s.; II, 153 ss.; v. también Passarini, 213 s., 226 ss.

(3) Cf. Brown, VI, 1, n. 616; Gratianus, 57 s.; Ancel, Sienne, 31 ss. La correspondencia de Carafa con Commendone puede verse en las Lett. di princ., XXII^a (*Archivio segreto pontificio*); cf. Nonciat., II, 480, nota 1, 495, nota 1.

(4) Ya en la memoria secreta compuesta por Casa en mayo de 1556, se había indicado la utilidad que podía prestar la intervención de la flota turca, al estallar la guerra contra España (v. Martinetti en la Riv. Europ., 1877, IV, 229 y Ancel en las Nonciat., II, 602). Al Papa nada se dijo de este asunto al principio (v. las explicaciones de Ancel en las Nonciat., I, LXXXVIII, por las cuales queda refutada la afirmación de Brosch [Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 483], de que el pensamiento salió del Papa). Paulo IV no tuvo noticia de esto hasta septiembre de 1556 (v. Ancel, Disgrâce, 120). Por efecto de la inseguridad del auxilio de Francia, se había puesto entonces la situación en tanto peligro, que era de temer para Roma un segundo saco; a consecuencia de eso, César Brancaccio, enviado entonces a Francia, recibió en 23 de octubre de 1556, *por medio del card. Carafa*, la instrucción de que instase a Enrique II a hacer partir rápidamente la flota turca en caso necesario (Duruy, 377. Nonciat., II, 479). Más tarde Carafa en su proceso procuró negarlo todo al principio; pero se le demostró, que repetidas veces había invocado la ayuda de los turcos (v. los autos del proceso en el apéndice de

el enemigo para alcanzar sus fines personales, aun para el caso de que fracasase el plan de una gran guerra, por efecto de la inconstancia de Enrique II (1).

Las circunstancias favorecieron mucho por algún tiempo a Carafa en la ejecución de esta difícilísima parte de su programa. En vista de la ocupación de la mayor parte de la Campaña, llevada al cabo tan rápida como fácilmente, el partido de la paz ganaba en Roma cada día nuevos adictos. No solamente el cardenal Juan Alvarez de Toledo, sino también el francés du Bellay y el embajador de Francia, que en modo alguno tenían plena seguridad sobre si se decidiría Enrique II a una gran guerra, aconsejaron al Papa que concertase un ajustamiento (2). Como también Carlos Carafa y su hermano Juan, así como Pedro Strozzi trabajaron en este sentido, dió Paulo IV su asentimiento a entrar en negociaciones con Alba. El dominico Tomás Manrique (3) partió para Anagni

Nores, 483 ss., especialmente 500). En una carta dirigida a Pío IV por febrero de 1561 durante su prisión, confesó Carafa, que no solamente había pedido ayuda a los protestantes, sino que también había propuesto al sultán Solimán I por marzo de 1557, que desistiese de su guerra contra Hungría y se arrojase con todo su poder sobre Nápoles y Sicilia; pero que todo le había sido ordenado por Paulo IV (Bromato, II, 369, nota). En realidad el Papa al principio había hecho representaciones al embajador francés en contra de la alianza con los turcos (Ribier, II, 615), pero con todo después se había alegrado tanto más de semejante ayuda indirecta de los turcos, cuanto mayor era su situación peligrosa por la irrupción de Alba en los Estados de la Iglesia, y cuanto más enérgicamente aconsejaba eso el nepote (cf. Brown, VI, 1, n. 600; Riess, 161). Aunque muchas veces habló el Papa más tarde todavía de una ayuda por medio de los turcos, siempre con todo se trataba solamente de un auxilio indirecto, de la alianza de Francia con los turcos, la cual Paulo IV con su ciego ardor contra los españoles aprobó y fomentó sin duda alguna, porque esperaba por ese medio un mejoramiento de su mala situación (v. Brown, VI, 3, n. 1163; Ribier, II, 718). De una *directa* alianza de Paulo IV con los turcos, que muchas veces se ha afirmado, pero que ha sido negada ya por Bromato (II, 308), no he podido hallar ningún vestigio. Lo mismo me asegura Ancel, el mejor conocedor de la historia de Paulo IV. El rumor de que Paulo IV había pedido y solicitado ayuda de los turcos, se extendió pronto muy ampliamente (v. Hosii epist., II, 801, 845). Estas cosas son las horrendas de que escribe Canisio en 28 de julio de 1557, que se difundirían por todas partes contra el Papa (v. Braunsberger, II, 108).

(1) Cf. Ancel, Sienne, 35 ss.; v. también Riess, 180.

(2) V. Brown, VI, 1, n. 621. En 14 de septiembre de 1556 notifica C. Paleotti: *Tutto hoggi sono stati con S. S^{ta} li rev^{mi} S. Jacomo et Parisi per tal effetto (negociaciones de paz). *Archivio público de Bolonia*. Cf. también Cavalcanti, Lettere, 206.

(3) Profesor de Teología en la Universidad romana; v. el **Rotulo dello studio de 1559 en el *Archivio secreto pontificio*, Arm. 11, t. XLV, pág. 84.

el 16 de septiembre. Para el examen de las proposiciones de Alba nombró Paulo IV en 17 de septiembre una comisión de cardenales, compuesta de siete miembros. Al anochecer del mismo día fué de nuevo Manrique a verse con Alba, para volver el 19 con nuevas proposiciones, acompañado de Pacheco, secretario del virrey. Sobre ellas deliberó la comisión de cardenales el 20, 21 y 22 de septiembre, el 22 en presencia del Papa. Paulo IV dió su asentimiento para que el cardenal Juan Alvarez de Toledo y Carafa negociasen el 26 personalmente con Alba en Grottaferrata (1).

Parecía que Carafa había llegado sumamente cerca de su fin, de asegurar para todos los eventos un principado a su familia, por medio de negociaciones con los imperiales; pero no había contado con la naturaleza de su tío, que súbitamente mudaba de resolución. Este en el último momento revocó su asentimiento a la conferencia con Alba (2).

En Roma, donde se habían puesto las mayores esperanzas en el resultado de la entrevista (3), fué grande el desengaño por haberse ésta frustrado (4). Ahora más que nunca se hacían preparativos en previsión de un asedio. Todos los religiosos tuvieron que hacer atrincheramientos para su defensa. «No se puede absolutamente expresar con palabras, escribía Massarelli en su diario, cuánto tiemblan los romanos; sólo piensan en huir.» (5) Para tranquilizar al pueblo trasladóse Carafa el 24 de septiembre al palacio de S. Marcos, por incómodo que le fuese este alejamiento del Vaticano, donde a diario tenía que tratar negocios con el Papa. Estaban al lado del cardenal Pedro Strozzi y el duque de Somma (6).

(1) Cf. Brown, VI, 1, n. 616, 620; Massarelli, 297 ss.; Summarii, 360; la *carta de C. Paleotti, de 21 de septiembre de 1556 (loc. cit.); Nores, 129 ss., 360 ss.; Cavalcanti, Lettere, 207 s.; Coggiola, A. d. Cornia, 235; Ancel, Sienne, 36 ss.; Riess, 150 ss.; Nonciat., II, 466, 482 s.

(2) Cf. Brown, VI, 1, n. 630; *Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1556 (Cod. Urb. 1038, pág. 162; Biblioteca Vaticana); Ancel, Sienne, 37.

(3) *Si sta in speranza grandissima di pace, escribía C. Paleotti, cuando notificó en 23 de septiembre de 1556 la cercana conferencia. *Archivio público de Bologna*.

(4) V. la *carta de C. Paleotti de 26 de septiembre de 1556. *Archivio público de Bologna*.

(5) Massarelli, 298. Carta de C. Paleotti de 26 de septiembre, loc. cit. Brown, VI, 1, n. 631. *Avviso di Roma de 26 de septiembre de 1556, loc. cit.

(6) Estos tres, se dice en un *Avviso de 7 de noviembre de 1556, sono quelli che fanno et governano ogni cosa. Loc. cit., pág. 173.

El 25 de septiembre llegaron a Roma de Montalcino 350 infantes tudescos con Blas de Montluc, valiente defensor de Sena: gente ejercitada en la guerra, pero en su mayor parte luteranos alemanes, que se mofaban de la misa y de las imágenes de los santos, y en el Papa sólo veían al príncipe que les pagaba. De estos «defensores» tuvo ahora que sufrir Paulo IV cosas, que en otras circunstancias hubiese castigado con muchísimo rigor. También los romanos hubieron de padecer extremadamente de estos mercenarios; por espacio de muchas noches tuvieron alumbradas todas las ventanas, disposición de defensa que iba dirigida no solamente contra los enemigos que había delante de los muros, sino también contra eventuales tentativas de saqueo de parte de la guarnición (1).

Otras malas noticias del teatro de la guerra infundían a los romanos nuevos temores. El 26 de septiembre había Alba tomado a Tivoli, y el 1.º de octubre cayó en su poder Vicovaro, importante por su situación; y pronto se perdieron también Palombara y Neptuno (2). Ya se acercaban vagando los jinetes enemigos hasta llegar a los muros de Roma, la cual, si se daba un serio ataque, estaba perdida. Los campesinos tenían que sufrir las peores vejaciones de amigos y enemigos (3).

A excepción de Paliano y Veletri, casi toda la Campaña o campo romano había caído en manos del enemigo, y a la Sabina amenazaba la misma suerte. Pero todavía más que estos golpes, había de afligir a Paulo IV el quedar también ahora dudosa la intervención de Francia con todo su poder, y el haberse pasado por octubre los Farneses al partido de España. Octavio Farnese volvió a recibir a Plasencia y Novara, reservándose con todo los españoles el derecho de poner en ellas guarnición, y el cardenal Alejandro sus rentas sicilianas (4).

(1) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 620, 631 y en Albèri, 401, 408; Massarelli, 298; * *Avviso di Roma* de 26 de septiembre de 1556; cf. Duruy, 193 s. Sobre Montluc v. Courteault, Blaise de Montluc, París, 1910.

(2) Cf. Turnbull, n. 545. Sobre la suerte de Neptuno v. Tomassetti, *Campagna*, II, 331 s.

(3) Cf. Massarelli, 298 s.; Navagero en Brosch, I, 203, 210; Summarii, 365 s.; las *cartas de C. Paleotti, de 30 de septiembre y 7 de octubre de 1556 (*Archivio público de Bolonia*). Según el * *Avviso* de 3 de octubre de 1556, la noticia de la caída de Vicovaro llegó hacia medianoche; loc. cit., pág. 148; ibid. pág. 169 hay un * *Avviso* de 24 de octubre, en que se lee: La Campagna anderà vacua. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Ancel, Sienna, 30 s.

Mientras Paulo IV no se cansaba de desfogar su violento encono contra el emperador y su hijo en sus conversaciones (1), el cardenal Carafa seguía negociando con Alba por intermediarios. A fines de octubre y principios de noviembre tuvo a este fin entrevistas con el cardenal Santa Flora, que se celebraron con riguroso secreto. También Venecia hizo entonces trabajar en favor de la paz por medio de un enviado especial. El secretario Febo Capella negoció en la primera mitad de octubre con Alba y el Papa, pero sin resultado (2).

El 18 de noviembre terminaron los combates junto a Ostia, cayendo esta fortaleza en manos de los españoles, y con esto quedó también cortada la comunicación de Roma con el mar (3). Alba ofreció después un armisticio de diez días, que Carafa aceptó, sin dar parte de ello al embajador francés en Roma (4). No sin dificultad logró obtener el asentimiento de su tío, lleno de la más profunda desconfianza, a que se hiciesen nuevas negociaciones de paz; y para esto le expuso, cuando precisamente entonces se desbordaba el Papa en las más apasionadas declaraciones contra España, la necesidad de ganar tiempo, hasta que llegase el auxilio francés. Fuera de eso, Paulo IV no creía en el buen éxito de esas negociaciones (5); los romanos en cambio se lisonjaban de que se acercaba el fin de la guerra (6).

Como lugar de la entrevista de Alba y Carafa se eligió la

(1) Cf. las relaciones de Navagero publicadas por Brown, VI, 2, n. 669, 674, 695.

(2) Cf. Brown, VI, 1, n. 659 s.; VI, 2, n. 684, 701; Ancel, Sienne, 38 s.; Riess, 165 s.

(3) Cf. Massarelli, 299-300; Brown, VI, 2, n. 701, 711, 713; Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*); Andrea, 61 s., 72 s.; Cabrera, Filipe II, l. 2, c. 15; Carinci, Lett. di O. Caetani², Roma, 1893, 212 s.; Pratesi en Arte e Storia, XXVIII; Riess, 174 s.; ibid. 156 s. sobre el abastecimiento de Roma. La ciudad *mezo assediata sta molto male, notificó en 21 de noviembre de 1556 Jacobo Bannissio al card. Madruzzo. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(4) Cf. Ribier, II, 668; *Avvisi de 19 y 21 de noviembre de 1556, loc. cit., 175^b, 176 (*Biblioteca Vaticana*); la relación de Alf. Fantuzzi, fechada en Roma a 21 de noviembre de 1556 (*Archivo público de Bolonia*); v. también Coggiola, A. d. Cornia, 339 s. El texto de la Tregua se halla en el apéndice de Nores, 410 s.; Passarini, 135 s.; cf. Nonciat., II, 502, nota 2.

(5) V. Brown, VI, 2, n. 695, 707, 713, 714. Firmes promesas de Enrique II habían llegado a Roma hacia el 18 de octubre de 1556; v. Corresp. de Lansac, 515 s.

(6) Según el *Avviso di Roma de 21 de noviembre de 1556, se apostaba el setenta por ciento en favor de la paz.

Isla Sagrada, situada entre los dos brazos del Tiber, junto a Ostia. El 24, 25 y 27 de noviembre negocióse aquí con todo ardor. Es indudable que Carafa en estas conferencias pidió a Sena como recompensa por la restitución de Paliano a Marco Antonio Colonna, exigida por los españoles; en cambio de ello estaba dispuesto a ponerse enteramente de parte de España. Como Alba afirmase no tener poderes para tan importante concesión, se convino en que su secretario Pacheco y asimismo un hombre de la confianza de Carafa fuesen a verse con el rey Felipe. Para aguardar su respuesta se prolongó el armisticio otros cuarenta días (desde el 28 de noviembre hasta el 9 de enero) (1).

Mientras los romanos volvieron pronto a renunciar a sus esperanzas de paz (2), apoderóse la más profunda desconfianza de las potencias que habían estado hasta entonces al lado de Paulo IV, Francia y Ferrara (3). En este momento crítico desplegó Carafa todo el arte de su política maquiavélica. Hasta el presente había trabajado con tanta habilidad, que amigos y enemigos se afanaban con ardor por ganárselo (4); pero ahora se acercaba el peligro de que se descubriese su doble juego y saliese fallido. El cardenal hizo todos los esfuerzos posibles para impedirlo. Declaró a los embajadores de Francia, Ferrara y Venecia, que las negociaciones y el armisticio sólo tenían por fin ganar tiempo, hasta que llegase el ejército auxiliar de Enrique II (5). Cuando el 11 de diciembre Federico Fantuzzi, como estaba convenido con Alba, se partió para la corte de Felipe II, como representante de Carafa, ya el día antes Julio Orsini se había puesto en camino para verse con el rey francés, con el fin de tranquilizarle en lo tocante al armisticio, asegurarse de las intenciones de Francia respecto a España y

(1) V. los extractos de las relaciones de Alba según los *originales que se hallan en el *Archivo de Simancas*, en Riess, 446 s. y Nonciat., I, xcvi; II, 502, 504, 645 s., 647 s. La afirmación de Pieper (pág. 90), de que Carafa sólo entonces «súbitamente» puso los ojos en la adquisición de Sena, muestra que este investigador, tan excelente por otra parte, no ha penetrado los planes del nepote. Bien y severamente es criticada por Pallavicini (13, 20) la demanda de Carafa. Cf. también Pratesi, *Un storico incontro tra il card. Carafa e il duca Alba: Arte e Storia*, 1910.

(2) V. los ** *Avvisi* de 6 y 12 de diciembre de 1556. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Corresp. de Lanssac, 533 ss.; cf. Ancel, *Sienne*, 41 s. y Nonciat., I, xcvi s.; II, 507 nota, 515, 523 s.

(4) Cf. Ancel, *Sienne*, 46, nota 3.

(5) *Ibid.*, 41 s.

en orden a Sena, y según ellas tomar la decisión por la guerra o la paz; porque Carafa mismo no sabía aún entonces si sería más ventajoso dirigir su política, llena de intrigas, a uno u otro fin (1).

La misión de Fantuzzi no se efectuó en nombre del Papa, sino en el de Carafa; su instrucción oficial de concertar la paz sobre la base de las conferencias de Ostia, fué sólo escrita aparentemente. En realidad había él de averiguar, si Felipe II, en vista del peligro de una coalición antiespañola, se mostraba inclinado a conceder a Sena al hermano del cardenal; y en caso afirmativo, Carafa entonces con toda su familia se pondría de parte de España (2).

Por el mismo tiempo Carafa, que gustaba de jugar a dos manos, emprendió todavía otro lance. En la mañana del 15 de diciembre salió de Roma con gran acompañamiento, sin saber nadie qué era lo que intentaba (3). Sólo al día siguiente comunicó el Papa al Sacro Colegio, que su sobrino iba a Venecia para dar gracias a la Señoría por sus buenos servicios en procurar la suspensión de la guerra, requerir su ulterior mediación, y averiguar si, como se refería, el rey Felipe había invocado a los venecianos como jueces árbitros. En una junta de cardenales nombróse después el 20 de diciembre a Carafa legado para toda Italia, y a la verdad, como dicen las actas consistoriales, ¡para procurar la paz! (4)

Esto ciertamente no halló crédito, mayormente cuando el Papa, a pesar de hacer mucho hincapié en su anhelo por la paz, siempre con todo hacía resaltar, que en ello había de quedar enteramente a salvo la dignidad de la Santa Sede. Pero de esta dignidad tenía Paulo IV un concepto tan alto y extremado, que todo agravio a la misma lo tenía por ofensa de Dios, y estaba dispuesto a sufrir antes el martirio, que a sacrificar lo más mínimo de ella. Por eso el cardenal Morone dijo al secretario de Alba antes de su partida, que tres cosas había de tener siempre fijas ante los ojos:

(1) Sobre la misión de Fantuzzi y Orsini v. Pieper, 91 s.; Riess, 454 s.; Ancel, Sienne 45 s., 49 s., y Nonciat., I, xxxviii, xcvi s.; II, 520 s.

(2) Cf. la profunda investigación de Ancel, Sienne, 49. La instrucción oficial para Fantuzzi se halla en la edición de Nores (pág. 412 s.).

(3) Cf. las relaciones del embajador boloñés y del ferrarés en Ancel, Sienne, 50 y Nonciat., II, 537.

(4) V. las relaciones de Navagero, publicadas por Brown, VI, 2, n. 763, 766, 767, 768 y Acta consist. cancell., VII (*Archivio consistorial*). Un *breve credencial para Carafa, dirigido al duque de Ferrara, de 14 de diciembre de 1556, se halla en el *Archivio público de Módena*.

primeramente, que el Papa, aunque fuese preso y tuviese el cuchillo a la garganta, nunca asentiría a la reintegración de los Colonnas en Paliano, porque le parecía demasiado indigno, que como príncipe se le resistiese con fuerza en su propia casa, y que como Papa un rey de Nápoles, que era feudatario de la Iglesia, le hiciese violenta oposición; en segundo lugar, que Paulo IV, con la irrupción en el Estado de la Iglesia, se tenía por tan gravemente ofendido como príncipe así eclesiástico como temporal, que el rey de España tenía que pedirle disculpa por medio de un enviado especial; y en tercer lugar, que era indispensablemente necesaria la devolución de los lugares del Estado de la Iglesia que habían sido tomados. Según la opinión de Morone, si no se concertaba la contienda de este modo, era de esperar el último extremo, la excomunión y deposición de Felipe II, sin atención alguna a que sobreviniese luego la defección de España e Inglaterra. Opinaba Morone en una carta a Pole, que aun cuando no llegase el auxilio francés, y el Papa se viese desamparado de todo el mundo, no desistiría de las demandas que tenía por justas; y que ni siquiera el influjo de Carafa era capaz de hacer en esto mudanza alguna. En la misma carta hace notar Morone, cuán poco se fiaba Paulo IV de los españoles, porque miraba a los hechos y no a las palabras, y ahora como antes temía, que se negociase con él sólo en apariencia para ocupar aún el resto del Estado de la Iglesia (1).

Para precaver este último extremo, se afanaba Paulo IV arduosamente por ganarse la alianza de la poderosa Venecia. En 11 de noviembre manifestó al representante de la república de S. Marcos, que la paz sólo era posible para Italia, después de la expulsión de los bárbaros; y que Venecia y la Santa Sede eran las únicas que podían conseguir esto. Que pasarían centenares de años sin que volviese a aparecer un Papa que mirase tanto como él por la libertad de Italia (2).

De conformidad con esto, Carafa, que había llegado a Venecia el 21 de diciembre, propuso al senado una alianza ofensiva y defensiva. Pero los prudentes venecianos perseveraron en su rigurosa

(1) V. en los núms. 34 y 35 del apéndice las importantes *cartas de Morone de 28 de noviembre y 12 de diciembre de 1556. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Cf. las relaciones de Navagero y F. Capella, publicadas por Brown, VI, 2, n. 755.

neutralidad, por más que se les hiciesen seductoras ofertas. Cuando Carafa salió de la ciudad de las lagunas el 12 de enero de 1557, hubo de decir para sus adentros, que allí a la verdad había sido honrado como una testa coronada, pero no había conseguido el fin de su misión (1).

Julio Orsini, que llegó a la corte francesa el 2 de enero de 1557, trabajó allí grandemente por desvanecer la desconfianza de Enrique II. A pesar de todos sus esfuerzos no lo consiguió enteramente; en cambio logró mover al rey todavía moroso a obrar con decisión. A fines de enero rompió Enrique las relaciones diplomáticas con Felipe II, y se aprestó a hacer la guerra a los españoles, así en Italia como en Flandes. Felipe quedó totalmente sorprendido de esta súbita mudanza (2).

También en el teatro italiano de la guerra tomó Alba tan pocas prevenciones para el término del armisticio, que Pedro Strozzi, jefe ahora de las tropas pontificias, logró con facilidad reconquistar a Ostia, y pronto también a Tívoli, Vicovaro y la región marítima (3).

Con la impresión de estos sorprendentes triunfos fueron tanto más rechazadas las proposiciones de paz de Alba, cuanto Paulo IV no se fiaba en manera alguna de los españoles (4). Con la ayuda de Francia esperaba el Papa alcanzar entera victoria de ellos, y arrojar de Nápoles y de toda Italia esta mezcla de judíos, marranos y luteranos, como él decía. El 12 de febrero de 1557 instituyó una congregación especial, para instruir un proceso contra Carlos V y Felipe II por felonía y rebelión (5).

(1) Cf. *Corresp. polit. de Dominique du Gabre*, éd. A. Vitalis, Paris, 1903, 204; Nores, 156, nota 1; Duruy, 208 ss., 382 s.; *Comunicaciones del Instituto Austriaco*, XXV, 482; Ancel, Sienne, 51 s.; Riess, 184 s., 189 ss.; *Nonciat.*, I, xcix; II, 539 s., 544 s.

(2) V. Ancel, Sienne, 55; Riess, 207 ss.; *Nonciat.*, I, c s.

(3) Cf. Massarelli, 302; Turnbull, n. 572, 573; Róseo, 535 s.; los **Avvisi di Roma* del 9, 16, 23 y 30 de enero y del 6, 13, 20 de febrero de 1557 (Cod. Urb. 1038. *Biblioteca Vaticana*) y las **relaciones* de Alf. Fantuzzi, fechadas en Roma el 27 de enero y 12 de febrero de 1557 (*Archivio público de Bolonia*). Sobre el sitio de la guerra junto a Ostia cf. el raro grabado *Il vero disegno del sito di Hostia e di Porto con li forti fatti dal campo di S. S^{ta} et delli Imperiali, quali si resero a di 24 Gennaio*; v. Nordenskiöld, *Faksimile-Atlas* (1889), pág. 21, n. 114.

(4) Cf. Soranzo en Albèri, Ser. 1, II, 449.

(5) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 798, 812; Navagero-Albèri, 397; Massarelli, 303; Ancel, Sienne, 57 s.

Entre tanto el ejército auxiliar francés al mando del duque de Guisa había avanzado por el Piamonte, y mientras los Farneses observaron una neutralidad dudosa, también por el ducado de Parma-Plasencia hasta Reggio. Aquí el duque de Ferrara recibió de Guisa el 16 de febrero el bastón de mando, como generalísimo de las tropas aliadas. A este acto asistió también el cardenal Carafa, quien se vió ahora obligado a renunciar a su ambigüedad diplomática, y abrazar resueltamente el partido de los franceses, aunque en modo alguno se fiaba de ellos (1). En Reggio se celebró consejo de guerra sobre hacia dónde había de dirigir el ejército su primer ataque. Las opiniones estuvieron muy divididas; resolvióse al fin, con grave disgusto del duque de Ferrara, que era dejado indefenso, que el ejército francés entrase inmediatamente en la Romaña; si desde aquí se había de volver contra Toscana, como Carafa instantemente deseaba, o por las Marcas había de avanzar contra el reino de Nápoles, esto lo tenía que decidir el Papa (2).

Mientras las tropas se pusieron en movimiento hacia la Romaña, Guisa y Carafa se encaminaron aceleradamente hacia Roma, adonde llegaron el 2 de marzo, martes de carnestolendas. El más brillante recibimiento aguardaba al agasajado huésped, que se alojó en el Vaticano en las habitaciones de Carafa. Por más violentamente que se expresase ahora éste contra España, y por más resuelto que se mostrase el Papa a ir con Francia, halló con todo Guisa los preparativos bélicos muy inferiores a lo que esperaba; y advirtiéronse también al punto numerosas diversidades de opinión y contiendas personales (3).

Un desengaño de otra suerte sufrió aún Carlos Carafa. El nepote había vuelto a Roma con la opinión, de que no se había alterado el poderosísimo influjo que había ejercido antes sobre el Papa. Pronto con todo hubo de experimentar, que ya no poseía en modo alguno el poder de antes sobre su tío, tan sensible a

(1) Cf. Ancel, Sienne, 56, 58 y Nonciat., I, cii.

(2) V. Corresp. de D. du Gabre, éd. Vitalis, 155; Nores, 162 s. y las excelentes explicaciones de Ancel, Sienne, 61 s., 64 s.; cf. también los breves a Hércules en Raynald, 1557, n. 6 (de nuevo en Fontana, Renata, I, 554 s.) y Duruy, 356 s.

(3) V. Massarelli, 303 s.; Ribier, II, 678 s.; Brown, VI, 2, n. 825; Turnbull, n. 580; las *relaciones del vescovo di Anglona, fechadas en Roma el 3, 6 y 7 de marzo de 1557 (*Archivio pubblico de Modena*), y Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*). Sobre las fortificaciones para la defensa de las puertas de Roma, ordenadas el 6 de marzo de 1557, v. Lanciani, III, 153 s.

nuevas impresiones. El cardenal, como juzgaron sus mejores amigos, nunca hubiera debido alejarse del Papa (1).

La primera sorpresa que recibió Carafa en Roma, fué que Silvestre Aldobrandini, desde la muerte de Casa, primer secretario privado y confidente de todos los planes del cardenal nepote, había caído en la total desgracia del Papa. Carafa tentó todos los medios para salvar a su fiel ayudante. Pero el Papa permaneció inexorable. «Cuando doy una orden, gritó al nepote, hay que atenerse a ella. Usted, señor cardenal, ha de ejecutar mi voluntad.» El día siguiente hubo una conferencia con el Papa, a la cual, además de Carafa, asistieron Guisa, Strozzi y el embajador francés. Con esta ocasión volvió a hablar Paulo IV sobre Aldobrandini, a quien tachó de haber sembrado el descontento entre Juan y Carlos Carafa, y de no haberle dicho ni una palabra sobre un proceso contra algunos, que habían cometido faltas graves de inmoralidad. «Sí, dijo, ciertos hombres se toman demasiada libertad y olvidan, que los he levantado y los puedo también volver a abatir.» Expresándose aún con más claridad, gritó excitado a Carafa: «Tú quizá serás uno de éstos». Aunque el Papa y su sobrino aquella misma tarde se reconciliaron, lo cierto fué que Aldobrandini perdió su cargo (2).

Igualmente firme halló al Papa Carafa en la cuestión sobre dónde había de comenzar la guerra. Sin cuidarse de que el nepote deseaba una expedición contra Toscana por causa de Sena, Paulo IV persistió muy decididamente en que se había de acometer al reino de Nápoles.

No menos acerbo fué para Carafa el haberse alzado ahora también su hermano, el duque de Paliano, y los demás miembros de su familia contra sus inmoderadas ansias de dominar (3). Entre los hermanos nunca habían reinado buenas relaciones. Tanto Juan como Antonio Carafa no podían conformarse con que su hermano menor, cuyo talento mayor habían de confesar, se les antepusiese en gran manera en autoridad e influjo. El cardenal Carafa había

(1) *Carta del obispo de Anglona, de 7 de marzo de 1557 (*Archivo público de Módena*); v. Ancel, Sienne, 72. *

(2) Cf. la relación cifrada de Navagero, de 12 de marzo de 1557, en Brown, VI, 2, n. 831, y Ancel, Secrét., 22 s., donde se refiere muy circunstanciadamente la caída de Aldobrandini.

(3) Ancel, Sienne, 72, 78. La opinión de Brosch (I, 213), de que Carafa había hecho instancias para que se emprendiese la guerra contra Nápoles, es enteramente errónea.

esperado apaciguarlos y tenerlos ligados a sí, determinando a su tío a elevar al uno al ducado de Paliano, y al otro al marquesado de Montebello. Ahora se mostró que esta cuenta había salido falsa; después como antes envidiaban al hermano menor su grande influencia, y pronto volvió también a despertarse su antigua predilección por España. Como ya en septiembre de 1555, así también en febrero de 1556 había recomendado sin rodeos el duque de Paliano un ajustamiento con Felipe II; y había tenido parte esencial en la caída del belicoso Aldobrandini (1).

Hasta en el tiempo en que Carafa gozaba aún de todo el favor de Paulo IV, había éste reservado siempre para sí los asuntos puramente eclesiásticos. A pesar de eso, esperaba Carafa, que en atención a los auxilios tan necesarios de Francia se decidiría su tío a cumplir los vastos deseos de Enrique II en el próximo nombramiento de cardenales. Pero también en esto se vió el nepote engañado, cuando se efectuó dicho nombramiento en 15 de marzo de 1557. Carafa sintió este golpe con tanto mayor dolor, cuanto precisamente respecto a esto había hecho por cuenta propia al rey francés muy amplias promesas (2).

El descontento de Enrique II por no ver cumplidos sus deseos en el nombramiento de cardenales de 15 de marzo, acrecentóse con las relaciones que Guisa enviaba desde Roma. Allí todo faltaba, y muy especialmente dinero para las tropas; el avituallamiento estaba también mal ordenado. Añadíanse a eso diversidades de opinión sobre el plan de guerra, que dividieron pronto enteramente a los aliados. Mientras el duque de Ferrara deseaba avanzar contra Milán, y Guisa quería mandar que su ejército atacase a Toscana, Paulo IV, atento sobre todo a la seguridad de Roma, insistía más que nunca en que primero se había de acometer al reino de Nápoles (3). Con estas diversidades de opinión y recíprocas reconvenciones perdióse un tiempo precioso, que

(1) Cf. Navagero-Albèri, 386 s. y las importantes relaciones de embajada, que se hallan en Ancel, *Disgrâce*, 20. Duruy (pág. 46) atenúa mucho estas diferencias, y hasta habla de un *triumvirat fraternel*, pero que sólo existe en la fantasía de este escritor.

(2) Ancel, *L'activité réformatrice*, 22 s.

(3) Ancel, *Sienne*, 65 s., 71 s. y *L'activité réformatrice*, 27 s.; cf. también Riess, 236 s. Una larga relación enviada desde Roma el 31 de marzo de 1557, sobre la manera como se hacía la guerra en la Italia superior, está en Fillon, *Invent. d' autographes*, París, 1877 s., n. 2658.

Felipe II y Alba aprovecharon muy bien para tomar decididas disposiciones para su defensa (1).

A fines de marzo habían llegado finalmente a avenirse en Roma; la opinión del Papa había vencido. Quiso la fortuna del rey de España, dice Navagero, que se eligiese precisamente aquel plan de guerra, que para él era el menos peligroso.

El 5 de abril partióse para el ejército Guisa, descontento y sin confianza en el buen éxito; y el 9 le siguió el marqués de Montebello, Antonio Carafa (2). En el mismo día 9 de abril publicó Paulo IV en un consistorio la orden de hacer volver a todos sus agentes, nuncios y legados, y también al cardenal Pole, de los países de Carlos V y Felipe II (3). Esta disposición profundamente radical, así como la introducción del proceso para la deposición del rey de España, que causa grandísimo asombro, fueron la respuesta al mandato de Felipe II, por el que se hacía volver de Roma a todos los españoles, los cuales, según una ordenación del consejo de Estado, en vez de recurrir a la Rota pontificia, en adelante habían de acudir a un tribunal supremo eclesiástico, que se había de erigir nuevamente en España, mientras que al mismo tiempo se sustraja a la Santa Sede la disposición sobre todos los derechos, anatas y espolios, que fluían a la curia. Paulo IV no se dejó amedrentar por semejantes prevenciones. La bula de jueves santo *In cena Domini* presentó algunas adiciones contra los invasores de los Estados de la Iglesia; y el viernes santo se omitió en la liturgia la acostumbrada oración por el emperador (4). El

(1) V. Duruy, 223 s. y Riess, 227 s., 251, quien encarece con razón la importancia de lograr la ayuda de Inglaterra.

(2) V.-Navagcro-Albèri, 396 y Massarelli, 306. El *Avviso di Roma de 10 de abril de 1557 notifica, que el Papa el domingo por la tarde dijo al duque de Guisa, que comía con él: *Va figliuolo mio, che tu sia benedetto, va pur, che altro cavallier mai non tentò la più santa ne la più honorata impresa et dopo molte invective contra heretici gli donò un diamante di 3000 scudi. Loc. cit., pág. 213. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. Pieper, 102; Biaudet, 24.

(4) Cf. Brown, VI, 2, n. 855, 856, 859, 865; la relación portuguesa publicada por Santarem, XII, 451; *Avvisi di Roma de 17 y 24 de abril de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); Massarelli, 306-307; Riess, 218 s. Sobre el proceso contra Felipe II v. Gori, Archivio, I, 209. El decreto consistorial, por el que se mandaba volver a Roma a todos los agentes y representantes del Papa, es trasladado por Gulik-Eubel (III, 37) equivocadamente al 30 de marzo. Señalan el 9 de abril, no solamente todas las demás fuentes, sino también las *Acta consist. cancell., VII, que se hallan en el *Archivio consistorial*.

27 de abril dió Paulo IV un terrible ejemplo de su severidad, mandando destruir a Montefortino, lugar situado en las cercanías de Velettri, cuyos habitantes tenían fama desde hacía mucho tiempo, de rebeldes y bandidos (1). Poco antes habían llegado a Civitavecchia 1500 franceses, como primer refuerzo de tropas; habían de servir para la defensa de Roma (2), pero pronto tuvieron que ir a engrosar el ejército de Guisa.

Durante la larga dilación de los enemigos, Alba había terminado sus preparativos contra el inminente ataque (3). Cuando éste finalmente se efectuó, mostróse que el ejército franco-pontificio no podía hacer frente a los españoles. Desde el 24 de abril concentróse la lucha en el asedio de la ciudad de Civitella, que Alba había armado excelentemente, y ahora el conde de Santa Flora defendió con valentía. Había infundido alientos a los habitantes, hasta a las mujeres, para resistir, y logró rechazar repetidos asaltos (4).

Como sucede comúnmente en las desgraciadas operaciones de guerra, no faltaron recíprocas inculpaciones (5). El 1.º de mayo Guisa y Antonio Carafa trabáronse de palabras tan duramente, que éste todavía aquella misma tarde se fué del campamento.

Por el mismo tiempo celebráronse en Roma varias sesiones de la Inquisición, en las cuales el Papa quería proceder inmediatamente contra Felipe II con excomunión y deposición; pero se hizo valer en contra de ello, el no poder imponerse semejantes penas sin precedente citación (6). Para obtener claridad sobre el

(1) R. de la Blanchère en la Rev. hist., XXII, 364. Más tarde, edificado de nuevo, recibió Montefortino en 1873 el nombre de Artena. El cambio de nombre no aprovechó mucho, pues quedó siendo este lugar un nido de malhechores (v. Sighele en el Mondo Criminale, 1897, de Ferrero). La conquista de Montefortino, según el * Diario (*Bibl. Chigi*) de Cola Coleine, se efectuó el 22 de abril de 1557; v. también sobre eso a Róseo, 539 s.

(2) Cf. la *relación de Delfino, de 17 de abril de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

(3) *Discorso sopra la guerra di p. Paolo IV con M. A. Colonna. Cod. D. 21 del *Archivo Santacroce de Roma*.

(4) V. Andrea, 222 s.; Róseo, 541 s.; Cabrera, Filipe II, I, 3, c. 9; cf. Pitaluga en la Riv. milit. ital., XLI (1896) y Pedele en la Riv. Abruzzese, XI (1896); v. también las relaciones citadas en las Nonciat., II, 569, nota 3.

(5) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 878 y el *Avviso de 8 de mayo de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 879, 888; VI, 3, n. 167; cf. las Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 485, nota 1. La *minuta* de la bula de

estado de las cosas en el teatro de la guerra, fueron enviados allá el 12 de mayo el duque de Paliano y el mariscal Strozzi. Guisa fué pronto perdiendo las esperanzas hasta tal punto, que el 15 de mayo abandonó el sitio de Civitella; retiróse a los dominios pontificios y renunció por tanto a la empresa contra Nápoles. A fines de mayo supo el Papa, que el general francés había estado a punto de irse a Ferrara. El embajador romano de Fernando I era de opinión, que ahora el Papa había de concertar la paz, puesto que no era dudosa la superioridad militar de Alba (1).

Paulo IV no podía aún comprender, que su noble fin de la liberación de la Santa Sede y de Italia del dominio de los extranjerros, de los «bárbaros», había de fracasar. Las representaciones de los dos nepotes seglares, singularmente del marqués de Montebello, que se expresaba muy duramente sobre los franceses, y con mucha vehemencia contra la política guerrera, se perdían en el aire sin ningún efecto. Paulo IV creía aún en el buen éxito de su política, con tal que la poderosa Venecia se pusiese de su parte. Precisamente entonces empleó toda su elocuencia para ganar al representante de la república de S. Marcos. Conforme a su costumbre, tomó la cosa muy de atrás, y se remontó hasta los tiempos de Carlos VIII, en que, según decía, se había abierto a los bárbaros aquella puerta infausta, que él ahora deseaba cerrar. «No nos arrepentiremos, clamó excitado, de haber hecho lo que podíamos, y más quizá de lo que podíamos.» Añadió que a los que no le habían auxiliado, les dejaba para todo el tiempo futuro la vergüenza de que se contase más tarde alguna vez, cómo hubo en otro tiempo un débil anciano de ochenta años, que, cuando se creía que se retiraría a un rincón para lamentar sus achaques, se presentó valerosamente como campeón de la libertad de Italia. «El pesar se apoderará de vosotros, señores venecianos, y de todos los demás que no queréis reconocer la ocasión de libraros de esta peste. Comenzó ella en tiempo de un rey, que por sus buenas cualidades era todavía tolerable; pero después vino este linaje, mez-

deposición *entonces* preparada se halla en Döllinger, *Materiales*, I, 218 s. Felipe II tomaba ya disposiciones preventivas para impedir la difusión de esta bula por sus dominios; v. *ibid.*, 217 y la carta de 10 de julio de 1557 en Cabrera, I, 79.

(1) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 889; Massarelli, 309; la carta del embajador de Este en Ancel, *Secrét.*, 52, nota 3 y la *relación de Delfino, de 29 de mayo de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

cla de flamencos y españoles, en el que no hay rastro alguno de dignidad real ni cristiandad, el cual se adhiere tenazmente como el lampazo, donde una vez se ha fijado. Los franceses son de otra suerte; en medio de la obra, la dejan y no permanecen, aunque se les obligue. Los hemos visto señores de Nápoles y de Milán: y se fueron. Son inconstantes. Ilustrísimo embajador, os hablamos en confianza, como hablaríamos a la magnificencia del dux y a los consejeros y cabezas de la cristiandad; porque sabemos que durante el corto resto de nuestra vida nos hemos fatigado por la gloria de Dios y la salvación de esta pobre Italia, llevando una vida arrastrada sin quietud ni descanso.» También más tarde declaró el Papa a Navagero: «Advertid lo que os decimos. Nosotros somos viejos y partiremos de esta vida uno de estos días, si a Dios le place. Pero tiempo vendrá en que reconoceréis, ojalá no sea con vuestro daño, que os hemos dicho la verdad. Entrambos a dos son bárbaros (así los franceses como los españoles), y bueno sería que se quedasen en su casa, y no se hablase en Italia otra lengua que la nuestra» (1). A principios de junio corrió el rumor, de que Guisa había recibido ya de su rey la orden de volverse a Francia; en vista de lo cual Strozzi fué de nuevo enviado al campamento francés. El resultado fué el envío de Strozzi a Enrique II. El 15 de junio salió de Roma el mariscal, llevando consigo al hijo único del duque de Paliano; pues los franceses habían pedido a este niño en rehenes, porque a consecuencia de las intrigas de Carafa para la adquisición de Sena, ya no se fiaban del aliado (2).

La opresión de ánimo de la Ciudad Eterna desapareció de algún modo, cuando se anunció el 12 de junio que iban a llegar varios millares de suizos. Al cardenal Carpi, que abogaba animosamente por la paz, declaró Paulo IV que sin su aliado, el rey de Francia, no podía mezclarse en nada (3).

Entre tanto el peso de la guerra se hacía cada vez más abrumador. En 18 de mayo el Papa, a pesar de la contradicción de algunos cardenales, como Carpi, había mandado que

(1) V. las cartas de Navagero, de 21 de mayo y 28 de junio de 1557 en el apéndice de Nores, 307-308.

(2) V. Duruy, 229; Ancel, Sienne, 82 s.; Nonciat., I, xxxix; II, 573, nota.

(3) Cf. la *relación de Delfino, de 12 de junio de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

de todas las propiedades del Estado de la Iglesia se pagase un impuesto del uno y medio por ciento. Había elegido este tributo para no gravar a los menos acomodados. Aunque estaba éste ya introducido hacía mucho tiempo en otras partes, pareció a los súbditos de la Santa Sede cosa inaudita, y en su ejecución tropezó con grandísimas dificultades, y acá y acullá hasta con violenta resistencia. Los romanos procuraron mirar por sí, proponiendo en vez de ese tributo un impuesto de carne que rindiese 100000 escudos. Pareció al Papa esta suma demasiado exigua. Por fin se llegó a una avenencia, fijándose en 130000 el número de escudos; los eclesiásticos tenían que pagar todavía de por sí 50000 escudos (1).

Mientras la situación en el teatro de la guerra se presentaba cada vez más desesperada para la Santa Sede, Carafa había continuado su antiguo juego de intrigas para la adquisición de Sena. Con todo eso puso fin a todos sus astutos manejos la política de Cosme I, el cual, ciertamente no sin sensible sacrificio, logró a principios de julio obtener a Sena de los españoles. La primera noticia de este cambio, que hirió gravísimamente a Carafa, llegó a Roma el 25 de junio; el 3 de julio efectuóse la firma del contrato, a consecuencia del cual el duque de Florencia recibió el territorio de Sena como feudo de España (2).

Un enemigo sumamente peligroso se había levantado para los romanos en Marco Antonio Colonna. Este conquistó en 29 de junio a Valmontone y tomó a Palestrina; y en los primeros días de julio se aproximaron sus jinetes hasta a cinco millas de la Ciudad Eterna (3). «Roma está en peligro, escribía el embajador de

(1) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 893, 907, 932, 941; Raynald, 1557, n. 8; Massarelli, 309, 311; las *cartas de Tomás Cospio a Bolonia, fechadas en Roma el 9 y 12 de junio de 1557 (*Archivo público de Bolonia*); *Avvisi de 29 de mayo, 5, 12 y 18 de junio de 1557 (Cod. Urb. 1038. *Biblioteca Vaticana*); Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*). Un ejemplar del impreso ya raro de la Bulla Pauli IV subsidii dimidii et unius scuti respective pro centenario, fechada Romae, 1557, XV Cal. Jun., A.º 2.º, se halla en el *Archivo Colonna de Roma*. Comienza con estas palabras: Ubique terrarum... notissimum credimus quam impie et violenter superiori anno hostes Romanae ecclesiae, qui se christianos profitentur, re vero Turcis immaniores et efferatiores existunt, statum ipsius ecclesiae invaserint, etc.

(2) Cf. Reumont, Toscana, I, 222 s.; Ancel, Sienne, 85; Nonciat., I, cvi.

(3) V. Massarelli, 312 y *Avviso di Roma de 3 de julio de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

Fernando I el 3 de julio; a pesar de eso nada teme el Papa, y espera la respuesta, que trae Strozzi de Francia.» Después se dijo que Alba había ofrecido la paz sobre la base de las condiciones ajustadas por noviembre, pero que Paulo IV había declarado, que sin Enrique II nada podía concertar (1). Con vivas ansias se esperaba en Roma la pronta vuelta de Strozzi. El 19 de julio llegaron los 2000 suizos, anunciados hacía tiempo por el nuncio Raverta, gallardos hombres, pero mal armados. El Papa los saludó como a ángeles enviados por Dios para su liberación, y a los capitanes les dió cadenas de oro (2) y les concedió la dignidad de caballeros. Enviólos, reforzados por tropas italianas, para descercar a Paliano, duramente estrechado. Terminóse la expedición el 27 de julio con una total derrota de los pontificios (3).

Casi al mismo tiempo que esta terrible nueva, llegó a Roma Strozzi al anochecer del 30 de julio; traía noticias más favorables que las que nadie en la curia se había atrevido a esperar. Enrique II estaba dispuesto a perseverar al lado del Papa; éste debía determinar cuánto tiempo había de permanecer Guisa en Italia (4).

Paulo IV como Carafa lo esperaban de nuevo ahora todo de

(1) V. *las relaciones de Delfino, de 3, 11 y 17 de julio de 1557. *Archivo secreto de Estado de Viena*.

(2) Cf. Plon, Cellini, 394 s.

(3) V. la *relación española en el *Archivo público de Nápoles*, C. Farnes.; la *relación de Delfino, de 24 de julio de 1557 (*Archivo secreto de Estado de Viena*) y el *Avviso di Roma de 24 de julio de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); Brown, VI, 2, n. 969, 972, 976, 978; Massarelli, 312; Andrea, 273; Nores, 201; Cabrera, III, 139. La afirmación contenida en Cabrera y aceptada por Ranke, de que en la batalla se perdieron todas las banderas suizas fuera de dos, es falsa; salváronse cinco banderas, y una fué hecha pedazos por Fähnrich, para que no cayera en manos del enemigo (v. Lütolf, Guardia suiza, 58, y Feller, El caballero Melchor Lussy, I, Stans, 1906, 1; cf. también Wymann, Documentos concernientes a la guerra de los romanos de 1557: El amigo de la historia de Suiza, LXIV [1909], 277 ss.). Es una exageración que el cuerpo auxiliar suizo constase de 4000 hombres, como afirma Brosch (Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 485). Navagero-Albèri dice (pág. 401) expresamente: quattro milla Svizzeri in voce et forse in pagamento, ma non più di due milla in essere. También *Cola Coleine (*Bibl. Chigi*) indica 2000; Bernardino Pía dice en una *relación al card. Gonzaga, fechada en Roma el 30 de julio de 1557, que la rotta de los pontificios de 27 de julio ocurrió più tosto per imperitia et dell'i capitani et de soldati che d' altro (*Archivo Gonzaga de Mantua*). P. Segmüller prepara en Einsiedeln un trabajo especial sobre la batalla que se dió junto a Paliano.

(4) V. Ancel, Sienne, 85; Nonciat., I, cviii.

los franceses. De otra opinión era el duque de Paliano, que siempre había detestado toda la guerra. Más resueltamente que nunca se declaró por la paz; sin reparo censuraba él mismo al Papa y más aún la peligrosa política de su hermano. Con éste trabóse violentamente de palabras en la villa de los Carafas en el Trastévere, a principios de agosto, cuando se trataba del avituallamiento de Paliano. Strozzi estaba presente en la escena. El duque, sumamente indignado por el proceder ambiguo del cardenal, hizo cargo a éste de que él tenía la culpa de todo el daño, porque sólo pensaba en sí. Dijole que si el anciano Papa muriese, él seguiría siendo cardenal; mas ¿qué sería de sí mismo y de los demás miembros de la familia? Entrambos se iban poniendo cada vez más furiosos. «Monseñor, gritó el duque de Paliano, con tus mentiras engañosas al Papa, al rey de Francia y a sus ministros. Tú arruinas el mundo, asuelas a Italia, aniquilas nuestra familia y especialmente a mí, a quien has causado el peor de los males, robándome a mi único hijo. Hasta el presente me he contenido, pero ahora ya no puedo más; todo se lo comunicaré al Papa, y te pondré tal cual eres.» Enfurecido repuso Carlos: «Piensas ciertamente que este mi capelo me ha de obligar a tenerte consideración; lo echaré en tierra y te trataré como a una fiera sin razón». A esto el duque dió un paso atrás para sacar su espada, en vista de lo cual el cardenal, echando al suelo su capelo, quiso coger a su hermano por la garganta. Strozzi separó a los contendientes; el duque de Paliano, respirando furor y cólera, se alejó exclamando: «Este traidor ha nacido para daño del mundo». A ruegos del cardenal, Strozzi corrió tras él para impedir que el Papa tuviese noticia del suceso. En efecto, logró Strozzi apaciguar al furibundo de tal modo, que se comunicó a Paulo IV toda la escena sólo en forma muy atenuada. «Se ve, escribe el embajador florentino, que el Padre Santo no sabe la verdad.» (1)

Como Enrique II había indicado expresamente al duque de Guisa, que en todo condescendiese con el Papa, tuvo que acudir este general a socorrer a Paulo IV, que pedía su auxilio. Pero luego que el ejército francés se puso en movimiento, salió también Alba de los Abruzos, y por el valle del Sacco avanzó segunda vez contra Roma. Así parecía que se había de llegar a una batalla

(1) Cf. la relación de Navagero, de 3 de agosto de 1557, en Brown, VI, 2, n. 980, y la carta de Gianfigliuzzi de 18 de agosto en Ancel, Disgrâce, 20, nota 5.

decisiva en las cercanías de la Ciudad Eterna, donde reinaba ya sensible falta de víveres (1). Entonces llegó como un rayo del cielo sereno, el 23 de agosto, la noticia de la gran victoria, que el 10 habían conseguido los españoles de los franceses junto a San Quintín. En la mañana siguiente notificó un correo de Guisa, que éste había recibido orden de volver sus tropas a Francia lo más rápidamente posible. Los principales consejeros del Papa, el cardenal Carafa, el duque de Paliano y Strozzi se juntaron en la noche del 23 al 24 de agosto para tener una conferencia, que duró hasta las cuatro de la mañana. Después el duque y Strozzi fueron aceleradamente a verse con Guisa; pero sólo alcanzaron de él la promesa, de que el ejército francés al mando del duque de Aumale diferiría aún diez o doce días la partida, a fin de dar tiempo al Papa para ajustar la paz con Alba (2).

En aquellos días parecía faltar poco para que Roma hubiera tenido que sufrir de nuevo los mismos horrores que en el año infausto de 1527; porque Alba había avanzado el 25 de agosto hasta La Colonna, lugar situado en la última prolongación de los montes Albanos. En la noche del día siguiente 3000 españoles pusieron en marcha hacia la Puerta Mayor, llevando consigo escalas para subir a los muros junto a la puerta. Cuando se acercaban a la ciudad, vieron a toda Roma iluminada con luces; y oyeron también voces de mando y redobles de tambores. Estaban por tanto dentro preparados para el caso de un asalto repentino, pues un

(1) Según un *Avviso di Roma de 13 de febrero de 1557, era ya entonces tan escasa la introducción de víveres, que se ordenó, que ningún casado ni nadie que tuviese casa propia, pudiese comer en las hosterías, pues de lo contrario padecerían necesidad los que se viesen obligados a ir a las posadas. A los romanos que se quejaban, decía entonces Paulo IV «cose incredibili» (Cod. Urb. 1038, pág. 194). Un *Avviso de 7 de agosto da cuenta del temor de una gran carestía, por lo cual el Papa hizo traer trigo: Si ragiona che si caccierano di questa città le cortegiane, li poveri et gli giudei et ogni altra sorte di bocche inutili. Un *Avviso de 21 de agosto notifica: Qua si patisce d' ogni sorte de viver ne si puo comprar cosa alcuna senza bolettino et è andato il bando che tutte le genti inutili scombrino... et si ragiona di cacciar ancora una parte delle famiglie de cardinali. Loc. cit., págs. 253, 257. *Biblioteca Vaticana*.

(2) Cf. Brown, VI, 2, n. 999; Ancel, Sienne, 87-88; Nonciat., I, cviii; Malaguzzi, La battaglia di S. Quintino, Módena, 1890; Romier, Jacques d' Albon de St André (1909). Según una carta del cardenal de Lorena, de 21 de agosto (v. Revue des quest. hist. XXXII, 477), Enrique II quería dejar todavía una parte de las tropas para la defensa del Papa.

espía había avisado a Carafa. Alba resolvió ahora volverse a La Colonna; después marchó contra Paliano (1).

Es muy incierto, si fueron solas las prevenciones defensivas de Carafa las que contuvieron a Alba para que no se arrojase al asalto, el cual tenía tanto mayores probabilidades de buen éxito, cuanto los habitantes de Roma, cansados de la guerra, ansiaban la paz a toda costa. Antes bien es muy verosímil, que al general de Felipe II le detuviesen también reparos religiosos (2) y políticos a acarrear a la capital de la cristiandad la espantosa desgracia de un saqueo, que en aquellos tiempos iba casi siempre unida con una conquista violenta. Como Carlos V treinta años antes, así también ahora Felipe II se hubiese atraído con esto el odio de todo el mundo católico. Con la moderación con que Alba había hecho la guerra hasta entonces — sus propios soldados se quejaban de que era humo y niebla aquello, contra lo cual se les sacaba al campo — concuerda muy bien la suposición, de que el virrey sólo quería hacer ver al Papa con una demostración, cuánto le tenía en sus manos (3).

Por difícil que ello fuese a un hombre como Paulo IV, tan consciente de sí mismo, y tan firmemente persuadido de su derecho y de la protección de Dios (4), tuvo que entrar en negociaciones de paz, porque estaba casi indefenso en frente de un enemigo bien armado (5). La guerra fué voluntaria, dijo más tarde Navagero,

(1) Además de Massarelli, 313 v. Navagero-Albèri, 398 s.; Carafa en Duruy, 390; Andrea, 306 s. y Nores, 336; cf. el *Avviso de 28 de agosto de 1557 (*Biblioteca Vaticana*). *Il sig. duca d' Alba, escribía Delfino a Fernando I el 28 de agosto de 1557, si è molto avvicinato con le genti sue a questa città et se l' altra notte buona diligentia non ci aiutava questa città rimaneva in preda degl' inimici (*Archivo segreto de Estado de Viena*). Según Cola Coleine, *Diario (*Bibl. Chigi*), los imperiales llegaron hasta Acqua Bulicante.

(2) Cf. Navagero-Albèri, 407. Según este abonado relator bien informado, el tío de Alba, el cardenal Juan Alvarez de Toledo, recordó al virrey el mal fin de todos aquellos que tuvieron parte en el saco de 1527.

(3) Ésta fué la opinión de Navagero; v. Samm, Une question italienne au XVI^e siècle, 258; Duruy, 239; cf. Arch. stor. Napolit., XXXV, 561, 566.

(4) Cf. sus expresiones todavía de fines de julio en Brown, VI, 2, n. 963, 972; v. también Albèri, 390 y Manareus, 125. Sobre la escena con el cardenal Ghislieri v. en el n.º 40 del apéndice el *Avviso de 4 de septiembre de 1557.

(5) Según Massarelli, 314, la retirada de Roma de los gascones comenzó el 4 de septiembre, lo que puso a Paulo IV enteramente fuera de sí; v. la relación del embajador de Este, de 7 de septiembre de 1557, en los Annales de S. Louis, IX, 251.

pero la paz forzosa (1). El haberse llegado con relativa rapidez a un ajustamiento, hubo de agradecerse sobre todo a la hábil mediación de Venecia. El 8 de septiembre los cardenales Carafa, Santa Flora y Vitelli salieron para la pequeña ciudad de Cave, distante una hora de Palestrina, y situada sobre un collado cubierto de viñas. Debajo de uno de aquellos grandes nogales, en que era singularmente abundante aquella región, hallaron al duque de Alba. La moderación y condescendencia que manifestaron los vencedores en las negociaciones llevadas al cabo en Cave, mostró cuánto se veían obligados los españoles a una reconciliación con el Papa; favoreció a Paulo IV el no haberse retirado aún el ejército francés. La principal dificultad estaba en la devolución, exigida por Alba, de los bienes confiscados de Marco Antonio Colonna y de Ascanio della Corgna, a la que no quería acceder Paulo IV. Aceleróse la definitiva conclusión de la paz, cuando el 11 de septiembre llegó la noticia de que la fortaleza de San Quintín había caído en manos de los españoles. Esta noticia causó la más profunda impresión en todos, y también en el Papa. Guisa dijo que si la nueva se confirmaba, todas las cadenas del mundo no eran capaces de detenerle (2).

El tratado, sobre el que se llegó a una conformidad el 12 de septiembre, establecía lo siguiente: Alba prestará en nombre del rey de España aquellos actos de sujeción y obediencia que son apropiados para alcanzar el perdón del Papa. Para el mismo fin enviará aún Felipe II un delegado especial. El Papa promete de su parte recibir de nuevo al rey de España como a hijo bueno y obediente, deshacer la alianza francesa y permanecer neutral. Felipe devuelve los lugares y territorios pertenecientes a la Santa Sede. Quedan remitidas todas las penas, excepto las que fueron decretadas contra Marco Antonio Colonna, Ascanio Colonna, el marqués de Bagno y los otros rebeldes. Paliano ha de ser dejada al cuidado de un hombre de la confianza de entrambas partes, Bernardino Carbone, quien prestará juramento de fidelidad así a Paulo IV como a Felipe II, y observará las estipulaciones que especialmente sobre ello han establecido Alba y el car-

(1) Navagero-Albèri, 400. Sobre las negociaciones de paz cf. Samm, *Question*, 262 s.; Duruy, 241, 390 s.; Riess, 271 s., 463 s.

(2) V. la carta del duque de Paliano a Carafa, de 12 de septiembre de 1557, en Riess, 468.

denal Carafa. Esta determinación se refería a un secreto convenio secundario, acerca del cual Carafa hizo creer a sus hermanos y confidentes, que el Papa no lo conocía. Según este tratado secreto, firmado únicamente por Alba y el cardenal Carafa, el rey de España, otorgando una conveniente compensación a Juan Carafa, había de adquirir el derecho de nombrar al futuro poseedor de Paliano, quien con todo no podía ser ningún enemigo de la Santa Sede. Si la mencionada compensación no se otorga dentro de seis meses, Bernardino Carbone ha de entregar dicho lugar a Juan Carafa. En ambos casos las obras de fortificación han de ser demolidas (1).

El cardenal Vitelli, todavía al anochecer del 12 de septiembre, llevó a Roma los tratados de paz. El duque de Paliano salió hasta Santa Cruz para recibirle, y después lo manifestó todo al Papa. Éste firmó al punto el tratado público, y el 14 de septiembre también el secreto (2). En este día volvió también el cardenal Carafa a Roma, donde le saludó el pueblo lleno de júbilo. Fué en seguida a ver al Papa, quien fijó un consistorio para el día siguiente (3).

Con todo, este consistorio no pudo celebrarse, porque hacia medianoche se desbordó el Tiber e inundó una gran parte de la

(1) La capitulación pública se halla en Nores, 216 s. y Theiner, Cod. III, 539 s., la secreta ya Pallavicini la tuvo a la vista. Coggiola (Paolo IV e la capitulatione segreta, 10 s.) citó como documento de consulta una copia que se halla en el *Cod. 468 de la *Biblioteca palatina de Parma*, la cual muestra, que es exacta la relación de Pallavicini, y que es injustificada la polémica de Duruy, quien, lo mismo que Ranke (I^a, 194), cree (p. 246 s.) que el convenio secreto quedó oculto al Papa. Ya sólo las cartas que el duque de Paliano dirigió al cardenal Carafa durante las negociaciones, y que se hallan en el *Cod. Palat. 468 de Parma, muestran que Pallavicini tiene razón (Coggiola, 14, 20 s.). A Riess se le ha pasado por alto el trabajo de Coggiola, lo mismo que todos los estudios de Ancel. Este, a pesar de reconocer el mérito de Coggiola, se aparta de él muchas veces. Respecto de la pretensa ocultación del tratado, resume así el resultado de sus investigaciones: «Carafa donna connaissance au pape de la capitulation secrète, mais il laissa croire à ses frères et à ses plus intimes amis que le pape n'en savait rien. Ce fut une confidence qui n'eut pas de témoins, qui ne fut divulguée que lors de l'instruction du procès» (Disgrâce, 21; cf. *ibid.*, 126 s., 136 s.). La inscripción que se halla en Cave sobre la paz, puede verse en Marocco, Monumenti, VIII, 169.

(2) Cf. Coggiola loc. cit., 30, 35 s.

(3) V. Massarelli, 314. Guisa salió de Roma en la noche del 14 al 15 de septiembre (v. Brown, VI, 2, n. 1034). El breve dirigido entonces a Enrique II puede verse en Raynald, 1557, n. 16.

desgraciada ciudad. Sobrevino la catástrofe tan de repente, que nadie tuvo tiempo de salvar sus haberes. En los viñedos que había junto al castillo de Santángelo, fueron arrastradas por la impetuosa corriente muchas casas, cuyos moradores se habían refugiado en los tejados. Poco faltó para que las aguas llegasen a la altura de la inundación de 1530. Por la plaza de S. Pedro se iba en lanchas. Después de veinticuatro horas comenzó el agua a descender poco a poco, y se pudo ahora apreciar el daño. Quedaron enteramente destruídos el puente de Sta. María (Puente Roto) y nueve molinos del Tíber; mucho habían padecido el Puente Fabricio, el tránsito que va del castillo de Santángelo al Vaticano y las nuevas fortificaciones de la ciudad; la iglesia y convento de S. Bartolomé en la isla del Tíber, como también numerosas casas y palacios, estuvieron próximos a derrumbarse; y perdiéronse provisiones de trigo, vino y aceite en tan gran cantidad, que se temió sobreviniese el hambre. Las calles y plazas estaban hechas unas ciénagas y lodazales; en muchos sitios encharcóse el agua; levantáronse hedores pestilenciales y origináronse enfermedades de todo género. El embajador veneciano opinaba, que la catástrofe apenas era menos desastrosa que si Roma hubiese sido saqueada (1). Otro efecto de la inundación fué el cambio del lecho del Tíber, que se alejó ahora de Ostia más de mil metros (2).

(1) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1036, 1042; Carne en Turnbull, n. 664; *Avvisi di Roma de 18 y 25 de septiembre de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); la *carta de T. Cospio, fechada en Roma el 16 de septiembre de 1557 (*Archivio público de Bologna*); la *relación de B. Pía, de 22 de septiembre de 1557 (*Archivio Gonzaga de Mantua*); Lett. de' princ., I, 193 s.; Tarducci, 79 s.; L. Latinius, Lucubrat., II, 57; Massarelli, 315; Masio, Cartas, 299, 300; Cola Coleine en Cancellieri, Mercato, 21; Adriani, V, 267 ss.; Nores, 219, nota 1, 339; Fabricius, 166; Bacci, Del Tevere, 251 s.; Oldradi, Aviso della pace tra la S. di N. S. Paolo III ed il re Philippo con la narratione del Diluvio che è stato in Roma, con le gran ruine dei ponti, chiese, palazzi, vigne et il numero delle gente morte et le perdite de fromenti, vini et olii con altri successi e particolarità. In Roma, per Ant. Blado, stampator camerale, 1557 (traducción alemana: «Verdadera nueva noticia» etc. sin lugar de imprenta, 1557, 4.º, 8 hojas). V. además en Forcella, I, 146, la inscripción aun conservada, que hay en la fachada de Sta. María sopra Minerva. Sobre la apostilla al plano de Bufalini cf. Riv. Europ., XXII (1880), 8 s., 361 s. V. además Fanfani, Spigol., 141 s.; Bull. arch. com. (1895), 299 s.; Lanciani, Scavi, II, 23 s.; de Waal, Campo Santo, 87; Atti dei Lincei, V, 5, pág. 5; Rodocanachi, S. Ange, 157; Pagliucchi, 132. A. F. Rainerio publicó un Sonetto sopra l'inondatione del Tevere, s. l., 4.º Sobre los escritos de Andrés Speciale v. Tessier en la Revista Buonarroti, Ser. 3, I y Giorn. stor. d. lett. Ital., I, 511.

(2) Guglielmotti, Pirati, II, 317 y Spiaggia Rom., passim.

Al anochecer del 19 de septiembre entró en Roma Alba a caballo, acompañado del cardenal Carafa, el duque de Paliano y el marqués de Montebello. Encaminóse directamente al Vaticano por el puente de Santángelo, donde le saludó el estampido de todos los cañones del castillo. Por las galerías de Rafael se le condujo a la sala de Constantino. Aquí recibió el Papa, rodeado de veintiún cardenales, a su vencedor. Alba se arrodilló, besó lleno de reverencia y humildad el pie a Paulo IV y en pocas palabras le pidió perdón. El Papa le mandó levantarse, y ahora se deshicieron ambos en cortesías y mutuas disculpas. Después que Alba hubo saludado también al Sacro Colegio, se retiró a las habitaciones del cardenal Carafa, que habían sido adornadas para él con gran suntuosidad (1).

La comunicación oficial de la reconciliación con España a los cardenales, efectuóse en un consistorio secreto el 20 de septiembre. Con esta ocasión anunció el Papa su intento de enviar en interés de la paz general, legados a las dos majestades, al rey Felipe el cardenal Carafa, y a Enrique II el cardenal Trivulzio (2). El mismo día fueron puestos en libertad de su prisión del castillo de Santángelo Garcilaso de la Vega, Camilo Colonna, Pirro Offredo, Juan Taxis, Capilupi, Julián Cesarini y otros. El día siguiente cantóse un tedéum en la capilla pontificia, después del cual el Papa dió un banquete a los cardenales, al que asistió también Alba. El 22 de septiembre salió de Roma el virrey, a quien se había tributado toda la honra imaginable. El Papa envió a su esposa la rosa de oro (3).

(1) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1039; Carne en Turnbull, n. 666; Nores, 219, nota 1; Massarelli, 315 s.; la relación de A. Babbi, fechada en Roma a 20 de septiembre de 1557, en Ancel, *La nouvelle de la prise de Calais à Rome: Annales de St. Louis IX* (1904), 252 ss.; * *Avviso di Roma de 25 de septiembre de 1557 (Biblioteca Vaticana)*. El dato que se halla en diversas partes, de que Alba entró sin pompa, es contradicho por este último escrito. También B. Pía en su *relación al card. Hérc. Gonzaga advierte expresamente: *Domenica a sera et quasi di notte entrò in Roma il s. duca d' Alba con mons. ill. Caraffa accompagnato da tutta Roma a lume con torcie*. Menciona también el fuerte estampido de los cañones, cual ya no se había oído desde hacía años, y el alegre recibimiento por parte del Papa. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Acta consist. en Pieper, 97. Aquí (pág. 197) también se habla sobre las instrucciones para los dos cardenales.

(3) Massarelli, 316-317. Brown, VI, 2, n. 1039, 1041. * *Avviso de 25 de septiembre de 1557 y relación del enviado boloñés T. Cospio, de 22 de septiembre 557, que se halla en el Archivo público de Bolonia*.

Paulo IV, que se había hallado en la forzada situación de tener que concertar la paz a toda costa, pudo verdaderamente alegrarse de que Alba usase de su victoria con tanta moderación. Si a pesar de eso sintió gravemente el fracaso de sus grandes planes para la liberación de la Santa Sede y de Italia de la dominación extranjera española, es esto muy concebible. La guerra había durado un año entero, y devastado grandes partes del Estado de la Iglesia, especialmente la Campaña (1), había perjudicado gravemente a la hacienda pública (2) y a la reputación del Papa como príncipe temporal (3), y había ocasionado precisamente aquello que el Papa quería impedir.

El singularmente odioso a Paulo IV, Marco Antonio Colonna, había conquistado tal gloria militar, que pasaba por uno de los primeros generales de Italia. Más firmemente que nunca quedaba consolidada la dominación de los españoles en Milán y Nápoles; y podían ellos confiar en los Farneses, que consiguieron obtener a Plasencia, con tanta seguridad como en Cosme de Médici, quien, en posesión ahora de Sena, podía ser muy molesto a la Santa Sede (4).

Al estilo de una gran potencia había comenzado la lucha Paulo IV; en la conclusión de la paz hubo de alegrarse de que a lo menos salvaba lo que había constituido hasta entonces el Estado

(1) Cf. Mocenigo-Albèri, 47 y de Cupis, 144. Casi tantos estragos como los enemigos habían hecho los franceses aliados; v. las quejas de las Marcas en los Docum. di storia ital. publ. d. deput. di storia patria per Toscana, IV, 198.

(2) Según Navagero-Albèri, 400, la guerra había consumido más de millón y medio de ducados; cf. también Brown, VI, 2, n. 707. La deuda del Estado se aumentó considerablemente con la creación de nuevos Monti. En 1556 se fundó el Monte Novennale, al que se añadieron en el mismo año el Monte Religione y el Monte Allumiere. V. Coppi, Finanzc., 4. Los números aquí indicados (200000, 200000 y 60000 sc.) no son exactos; porque en una *memoria del *Archivio segreto pontificio* (Arm. 11, t. XCI: De reform. curiae), que ciertamente ha de tenerse por auténtica, se lee (p. 11^b): Monte Novennale non vacabile, establecido por Paulo IV, paga 400000 sc. Monte delle Lumiere vacabile, instituido por Paulo IV, paga l' anno 7000 sc. Sobre el primer Monte cf. ahora Nonciat., II, 417, nota; ibid., 418, nota, sobre operaciones rentísticas en el verano de 1556; sobre la creación aquí no mencionada, del Monte Religione v. la *relación de Navagero, de 12 de octubre de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*). Sobre las sumas sacadas del tesoro pontificio del castillo de Santángelo v. Studi e Docum., XIII, 304.

(3) Cf. Soranzo en Albèri, Ser. 2, IV, 89, quien hace resaltar, que la empresa de Paulo IV puso de manifiesto a todo el mundo la debilidad de los Estados de la Iglesia.

(4) Cf. Navagero-Albèri, 406 s.

de la Iglesia. Con todo, éste en adelante se consideró sólo como potencia de segundo orden. En lo por venir ningún Papa podía ya pensar, con esperanza de buen éxito, en la continuación de la política guerrera para sacudir la dominación extranjera.

Por más que todo el interior de Paulo IV se resistiese, pronto con todo se acomodó él a la nueva situación. Alguna que otra vez manifestábanse en él ciertamente todavía las antiguas ideas, pero ya no se atrevía a deshacer el hecho inmutable del predominio español (1).

Los negocios seculares entraron para él generalmente desde ahora en segunda línea. Aunque estaba resuelto a curar las graves heridas que su desconcertada política había causado al Estado de la Iglesia, sin embargo en lo por venir, como ya lo hizo resaltar en el consistorio de 20 de septiembre de 1557 (2), quería ante todo dedicarse de nuevo enteramente a las obligaciones espirituales de su cargo pontifical: la reforma de la Iglesia y la extirpación de las herejías. A esto fué dirigida en adelante su primera solicitud.

(1) Ancel (*La nouvelle de la prise de Calais à Rome*, loc. cit., 254 s.) muestra cómo los españoles, aun después de la partida de Alba, conservaron casi enteramente el predominio en Roma, y con qué celeridad los cardenales partidarios de los imperiales, Corgna, Fano y Santa Flora, fueron de nuevo recibidos en la gracia del Pontífice. Cae en ese tiempo la recogida de las Rime del poeta Pascual Malespini, amigo de los franceses, sobre la que ha publicado una disertación S. Bongi en los *Atti d. Accad. di Lucca*, XXX (1898). Mejores tiempos para los franceses no vinieron hasta fines de enero de 1558. Por entonces llegó a Roma la noticia, de que Guisa consiguió tomar a Calais a los ingleses aliados con España. El partido francés de Roma celebró este acontecimiento de una manera grandiosa. El Papa, que no pudo ocultar cierta satisfacción por este golpe dado contra su antiguo enemigo, no les puso ningún impedimento; la reacción española llegó ahora a su fin en Roma; con todo eso, guardóse Paulo IV, lo mismo que su nepote, el duque de Paliano, de ponerse de parte de Francia (v. Ancel, 264 s.). El Papa en general no se metió más en negocios políticos, aunque en conversaciones íntimas repetía su antigua opinión, de que los reyes franceses fueron siempre defensores de la Santa Sede, y los españoles siempre sus enemigos (cf. la relación del obispo de Angulema, de 11 de junio de 1558, en Ribier, II, 744 s.). Según eso, la conclusión de la paz de Cateau-Cambresis, desfavorable para Francia, tuvo que herir dolorosamente a Paulo IV (v. Ribier, II, 798); también lamentó mucho la muerte inesperada de Enrique II (v. *ibid.*, 810 s.).

(2) * *Affino che fusse poi più facile mediante il concilio generale riformar la chiesa et estirpar le heresie*. Avviso de 25 de septiembre de 1557, loc. cit., p. 266. *Biblioteca Vaticana*.

**IV. Trabajos reformatorios
y otros eclesiásticos de Paulo IV.
Renovación
del Colegio Cardenalicio.
Caída de los nepotes.
Cumplimiento de la obligación
de residencia de los obispos.
Las nuevas Órdenes religiosas.
Crítica situación de los capuchinos
y jesuítas**

I

En muchas cartas gratulatorias que recibió Paulo IV en su elección, de todas las partes de la cristiandad, junto con el dolor por la prematura muerte de Marcelo II, se expresa la firme esperanza, de que su sucesor emprenderá y llevará al cabo con no menor celo la importantísima obra de la renovación interior de la Iglesia (1). Los más fundaban su expectación en que Juan Pedro Carafa había sido el primero en abrir el recto camino para un mejoramiento del estado de la Iglesia, y en llevar siempre adelante este elevado fin (2). Un seglar de sentimientos rigurosamente cató-

(1) Casi todos los *escritos gratulatorios dirigidos a Paulo IV se conservan todavía en el *Archivo segreto pontificio*, Castel S. Angelo, Arm. 8, ordo 2, t. I y II. El primer tomo de esta preciosa colección de autógrafos contiene principalmente cartas de los príncipes, el segundo los discursos para prestar obediencia, las cartas gratulatorias de personajes eclesiásticos, además también las de seglares, y algunas poesías; así en la página 137 hay *una de Lelio Capilupi y en la 139 *otra de Francisco Modesto.

(2) V. la carta de Pole, de 6 de junio de 1555, en las *Nonciat.*, I, 232 s., y *la de Pablo Sadoletto, obispo de Carpentras, fechada Id. junii 1555, en la mencionada colección de autógrafos, II, 173.

de la Iglesia. Con todo, éste en adelante se consideró sólo como potencia de segundo orden. En lo por venir ningún Papa podía ya pensar, con esperanza de buen éxito, en la continuación de la política guerrera para sacudir la dominación extranjera.

Por más que todo el interior de Paulo IV se resistiese, pronto con todo se acomodó él a la nueva situación. Alguna que otra vez manifestábanse en él ciertamente todavía las antiguas ideas, pero ya no se atrevía a deshacer el hecho inmutable del predominio español (1).

Los negocios seculares entraron para él generalmente desde ahora en segunda línea. Aunque estaba resuelto a curar las graves heridas que su desconcertada política había causado al Estado de la Iglesia, sin embargo en lo por venir, como ya lo hizo resaltar en el consistorio de 20 de septiembre de 1557 (2), quería ante todo dedicarse de nuevo enteramente a las obligaciones espirituales de su cargo pontifical: la reforma de la Iglesia y la extirpación de las herejías. A esto fué dirigida en adelante su primera solicitud.

(1) Ancel (*La nouvelle de la prise de Calais à Rome*, loc. cit., 254 s.) muestra cómo los españoles, aun después de la partida de Alba, conservaron casi enteramente el predominio en Roma, y con qué celeridad los cardenales partidarios de los imperiales, Corgna, Fano y Santa Flora, fueron de nuevo recibidos en la gracia del Pontífice. Cae en ese tiempo la recogida de las Rime del poeta Pascual Malespini, amigo de los franceses, sobre la que ha publicado una disertación S. Bongi en los *Atti d. Accad. di Lucca*, XXX (1898). Mejores tiempos para los franceses no vinieron hasta fines de enero de 1558. Por entonces llegó a Roma la noticia, de que Guisa consiguió tomar a Calais a los ingleses aliados con España. El partido francés de Roma celebró este acontecimiento de una manera grandiosa. El Papa, que no pudo ocultar cierta satisfacción por este golpe dado contra su antiguo enemigo, no les puso ningún impedimento; la reacción española llegó ahora a su fin en Roma; con todo eso, guardóse Paulo IV, lo mismo que su nepote, el duque de Paliano, de ponerse de parte de Francia (v. Ancel, 264 s.). El Papa en general no se metió más en negocios políticos, aunque en conversaciones íntimas repetía su antigua opinión, de que los reyes franceses fueron siempre defensores de la Santa Sede, y los españoles siempre sus enemigos (cf. la relación del obispo de Angulema, de 11 de junio de 1558, en Ribier, II, 744 s.). Según eso, la conclusión de la paz de Cateau-Cambresis, desfavorable para Francia, tuvo que herir dolorosamente a Paulo IV (v. Ribier, II, 798); también lamentó mucho la muerte inesperada de Enrique II (v. *ibid.*, 810 s.).

(2) * *Affino che fusse poi più facile mediante il concilio generale riformar la chiesa et estirpar le heresie*. Avviso de 25 de septiembre de 1557, loc. cit., p. 266. *Biblioteca Vaticana*.

**IV. Trabajos reformatorios
y otros eclesiásticos de Paulo IV.
Renovación
del Colegio Cardenalicio.
Caída de los nepotes.
Cumplimiento de la obligación
de residencia de los obispos.
Las nuevas Órdenes religiosas.
Crítica situación de los capuchinos
y jesuítas**

I

En muchas cartas gratulatorias que recibió Paulo IV en su elección, de todas las partes de la cristiandad, junto con el dolor por la prematura muerte de Marcelo II, se expresa la firme esperanza, de que su sucesor emprenderá y llevará al cabo con no menor celo la importantísima obra de la renovación interior de la Iglesia (1). Los más fundaban su expectación en que Juan Pedro Carafa había sido el primero en abrir el recto camino para un mejoramiento del estado de la Iglesia, y en llevar siempre adelante este elevado fin (2). Un seglar de sentimientos rigurosamente cató-

(1) Casi todos los *escritos gratulatorios dirigidos a Paulo IV se conservan todavía en el *Archivo segreto pontificio*, Castel S. Angelo, Arm. 8, ordo 2, t. I y II. El primer tomo de esta preciosa colección de autógrafos contiene principalmente cartas de los príncipes, el segundo los discursos para prestar obediencia, las cartas gratulatorias de personajes eclesiásticos, además también las de seglares, y algunas poesías; así en la página 137 hay *una de Lelio Capilupi y en la 139 *otra de Francisco Modesto.

(2) V. la carta de Pole, de 6 de junio de 1555, en las *Nonciat.*, I, 232 s., y *la de Pablo Sadoletto, obispo de Carpentras, fechada Id. junii 1555, en la mencionada colección de autógrafos, II, 173.

licos, Jerónimo Muzio, recordó a Paulo IV unas palabras de Marcelo II, que encerraban en sí una profunda verdad. Declaró que el sobredicho Pontífice, que siempre había estado muy de acuerdo con Carafa, le había dicho antes de irse a Roma para el conclave, que todo Papa que luego al principio de su pontificado no ponía mano a la reforma, no tenía que esperar que más tarde podría conseguir todavía algo en este respecto (1).

De esto estaba también persuadido Paulo IV. Sus primeros pasos para la reforma, dados en el verano de 1555, mostraron que estaba resuelto a no apartarse un ápice de sus antiguas máximas, y a desplegar ahora, en posesión del poder, toda su severidad (2).

Una de las primeras cuestiones que el nuevo Papa había de resolver, era la de si había de llevarse a término la gran obra legislativa que Julio III había preparado, pero no concluido. No era conforme al carácter independiente de Paulo IV semejante aporvechamiento del trabajo de otro. A pesar de eso, pensó en ello un momento (3), pero luego tomó de nuevo otra resolución. Influyó en ello seguramente el que varios amigos de la reforma muy expertos e inteligentes le hubiesen representado del modo más enérgico, tan pronto como fué elevado al trono, que ahora importaba mucho menos dar nuevos decretos, que aplicar con rigor y decisión los ya existentes, pensamiento que se había expresado ya también en el dictamen de los cardenales del año 1537 (4). El obispo de Sessa, Galeazzo Florimonte, indicaba en su carta gratulatoria, que Marcelo II había estado penetrado asimismo de la persuasión, de que en adelante la práctica tenía que preceder a la teoría, de que primero se habían de poner en ejecución las necesarias disposiciones de reforma, y sólo después se había de pasar a establecerlas por

(1) V. el n.º 14 del apéndice. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Cf. nuestras explicaciones arriba, pág. 83 s.

(3) Deduzco esto de la minuta de una *bula, que he hallado en el *Archivo secreto pontificio* (Castel S. Angelo, Arm. 5, caps. 2, n. 18). En este documento, que comienza con las palabras «Varietas temporum», habían de insertarse la Bulla super reformatione conclavis y la Constitutio Iulii III pro securitate episc. resident. Según una nota contemporánea, que se halla escrita en el dorso, pertenece todavía este documento al año 1555. Léese aquí además: Rm^{is} dom. Ostien. Portuen. Tuscul. Alban. mittatur per manus. Una mano posterior designa su contenido del modo siguiente: Copia nonnullorum canonum super ordinatione cleric. et praelat. cum relat. qualit. quae in cardinalibus creandis et in promovendis ad cathed. vel alias ecclesias concurrere debent ex decret. concilii et consist. excerpt.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 159 ss.

escrito. Florimonte recordaba además una carta de Marcelo II, en la que le ordenaba, que hiciese una lista de los hombres idóneos para las sedes episcopales, a fin de que, cuando llegase el caso, pudiesen ser elegidos pronta y fácilmente los más dignos (1).

Otro amigo de la reforma, el excelente obispo de Verona, Luis Lipomano, que trazó al Papa un cuadro conmovedor de la corrupción eclesiástica, observó igualmente que hasta entonces se habían prometido suficientemente reformas con las más solemnes expresiones; y que ahora importaba sobre todo cuidar de que no fuesen letra muerta (2).

Estas opiniones eran enteramente conformes a las del Papa. Por sus primeras disposiciones se pudo ya conocer, que pensaba proceder puntualmente tal como deseaban los más celosos amigos de la reforma. Hasta entonces se había hablado, deliberado y resuelto en la más extensa medida sobre el mejoramiento del estado de la Iglesia; pareció por tanto ahora al sentido práctico de Paulo IV, que lo principal era obtener resultados palpables (3). Por eso desde el principio tampoco fué partidario de la continuación del concilio; pues creía que semejante asamblea encerraba en sí demasiadas dificultades, y procedía con excesiva lentitud. Probablemente sentía él mismo también, que su natural absolutista no se acomodaba a tal asamblea, la cual exigía además una inteligencia con todas las cortes católicas (4). Conforme a su genio impetuoso, el Papa, que siempre había sido el hombre férreo de la acción, quería comenzar al punto por la supresión de los abusos, y activar con el más extremado rigor la ejecución de las leyes dadas.

Con arreglo a esto procedió Paulo IV luego al principio de su pontificado. A las severas disposiciones del verano de 1555 (5) siguiéronse otras en el otoño e invierno. Los conventuales relajados del territorio de Florencia fueron reemplazados por observantes, al obispo de Siracusa se le confió la visita de los conventos de

(1) V. el texto de la **carta en la colección mencionada en la pág. 153, nota 1 (II, 156-157^b). *Archivo secreto pontificio*.

(2) V. la traducción de esta carta en Ancel, Concile, 4-5.

(3) V. las palabras del Papa en la carta de Navagero, de 8 de octubre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 242; cf. también la relación de Navagero, de 7 de diciembre de 1555, en Ancel, Concile 5, nota 3.

(4) Cf. Dembinski, 13.

(5) Cf. arriba, pág. 83 s.

Sicilia, y diósele por consejero un jesuita (1). Para la reforma de la Congregación benedictina de los olivetanos fueron enviados a España algunos comisionados (2). Limitóse la concesión de dispensas matrimoniales (3), y asimismo las encomiendas tan funestas para los monasterios (4). Toda la terrible severidad del nuevo Papa se muestra en un edicto del gobernador de la ciudad, perteneciente todavía al año 1555, el cual, con penas verdaderamente draconianas, como galeras, estiramiento en la cuerda, azotes, pérdida de bienes y destierro, iba dirigido contra los desórdenes morales introducidos en Roma. A todos los que tomasen parte en juntas tumultuosas, lo mismo que a los que llevasen pistolas, se les amenazó con el cadalso, y se suprimió enteramente el derecho de asilo (5). Varias especiales ordenaciones concernían a los abusos que se cometían durante el carnaval con las libertades que se tomaban las máscaras (6).

Es significativo para conocer el modo como Paulo IV quería ejecutar la reforma eclesiástica, su gran nombramiento de cardenales, de diciembre de 1555. Parecíale más importante que nuevas deliberaciones y nuevas ordenaciones por medio de un concilio, la creación de apropiados instrumentos para poner en ejecución las

(1) Cf. Mon. Ign., I, x, 220 s.; Polanco, V, 103. S. Ignacio dió entonces impulso a la reforma de los conventuales de España. En Zaragoza fueron más tarde sustituidos los conventuales por observantes; v. Polanco, V, 407.

(2) Además del breve citado por Bromato (II, 277), de 8 de noviembre de 1555, v. los *breves de 1.º de diciembre de 1555 para Ioanna princ. Portug. gub. Hisp., Nunt. in Hispania y Consiliariis regiis Hisp. en el Arm. 44, t. IV, n. 280-282 e ibid. n. 283 el *breve de 2 de diciembre de 1555 generali et monachis O. S. B. congreg. Vallis Oliveti (*Archivo secreto pontificio*). Un breve de septiembre de 1555, relativo a la reforma de los conventos de Ferrara, puede verse en Fontana, Renata, II, 549.

(3) V. Bull. VI, 507 s.; cf. Bromato, II, 482 s. Sobre cuán opuesto era el nuevo Papa a toda concesión, cf. la *carta característica de G. Aldrovandi, fechada en Roma a 24 de diciembre de 1555 (*Archivo público de Bolonia*). Al sucesor de Aldrovandi, C. Paleotti, dijo Paulo IV indignado: *Qui non si comprano le gratie de sudditi con vescovati. *Carta de C. Paleotti, de 3 de octubre de 1556, loc. cit.

(4) V. *Acta consist. cancell., VI, 277^b-278 (16 de diciembre de 1555). *Archivo consistorial*.

(5) V. el texto del *Bando generale (*Archivo secreto pontificio*) en el n.º 15 del apéndice. Que las penas draconianas eran ejecutadas, lo muestra el caso del año 1556, referido por Calvi en la N. Antología, Ser. 5, CXLII, 591.

(6) Estas ordenaciones pontificias, dadas al gobernador de la ciudad, que no se hallan mencionadas en la obra de Clementi, las cita Padiglione, La Bibl. del Museo Naz. di S. Martino, Napoli, 1876, 303.

leyes eclesiásticas, la elección de hombres que con su vida y sus obras representasen la misma reforma. Paulo III había sido el primero en seguir este camino con gran buen éxito; por el contrario, en tiempo de Julio III fueron de nuevo recibidos en el Colegio Cardenalicio algunos elementos del todo ineptos (1). Con Paulo IV comenzó respecto a eso la gran mudanza. En adelante habían de ser sólo respetos puramente eclesiásticos los que regulasen la elección de los miembros del Sacro Colegio. Sin cuidarse de todas las pretensiones de la política secular, el Papa se negó a acceder a las súplicas que le dirigieron el embajador veneciano, el imperial y el francés (2). Tampoco tuvo atención alguna a los deseos de sus nepotes (3) en el terreno eclesiástico.

Lo más extraño es que quedasen desatendidos todos los candidatos recomendados por los del partido francés, aunque precisamente entonces toda la política secular de Paulo IV se apoyaba en la alianza con Francia. No es de maravillar, que fuesen asimismo desoídas las súplicas presentadas por los cardenales Alvarez de Toledo, Truchsess y Morone, afectos al emperador. Nadie sabía en quién recaería la elección (4). El Papa se expresaba primeramente sólo en términos del todo generales (5).

En el consistorio de 18 de diciembre se presentó Paulo IV con claras señales de excitación; sus ojos chispeaban, dice el embajador de Ferrara (6). Al decano du Bellay dijo el Papa, que antes del comienzo del consistorio no concedería audiencias. Como a pesar de eso el cardenal Alvarez de Toledo quería alcanzar una, le fué denegada de un modo ofensivo. Después que los cardenales tomaron asiento, el Papa, con la desenfadada franqueza que le era propia, expuso sus principios respecto del aumento del Sacro Colegio. Dijo haber llegado a su conocimiento, que algunos cardenales habían manifestado, que no podía nombrar más que cuatro

(1) Cf. nuestras explicaciones del vol. XI, 139 s., 155 s., 173 ss., 180 ss., y XIII, 86, 171 ss.

(2) Cf. el *breve a Carlos V de 24 de diciembre de 1555, en el cual Paulo IV justifica el no haber atendido al deseo imperial. Arm. 44, t. IV, n. 309. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. sobre eso la *relación de Navagero de 14 de diciembre de 1555. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(4) Cf. las relaciones de los embajadores de Venecia, Ferrara y Florencia en Ancel, *L' action réform.*, 7.

(5) Sobre lo que pasó antes de la promoción v. ahora Nonciat., II, 274 s.

(6) V. Ancel, loc. cit., 8, nota 4.

nuevos, porque esto contradecía a la capitulación electoral por él jurada. En contra de eso mostró en una extensa exposición, alegando la Sagrada Escritura y las sentencias de calificados canonistas, que el poder absoluto del Jerarca supremo de la Iglesia no podía ser limitado de este modo, como tampoco otras personas podían ser obligadas a cumplir sus promesas, si en el decurso del tiempo advirtiesen que esto era perjudicial al bien común. Añadió que si algunos de ellos temían la excomunión, los absolvía de ella; y que él, Cabeza suprema de la Iglesia, tenía designio de hacer uso de su derecho de nombrar cardenales, sin sufrir contradicción; porque los miembros del Sacro Colegio no poseían voto decisivo, sino sólo consultivo.

Los cardenales, ya sorprendidos por esta declaración, tuvieron que oír todavía cosas más fuertes. Hizo notar Paulo IV, que la necesidad le obligaba a llamar nuevos miembros para el senado de la Iglesia, porque no veía en él personas idóneas: pues todos tenían su bando y su partido. Que por eso quería por impulso del Espíritu Santo nombrar algunas personas buenas, doctas e independientes, en quienes pudiese tener confianza, y de quienes se pudiese servir para los negocios corrientes, y sobre todo para la reforma. Que en la elección no le guiaría ni el parentesco de sangre, ni ninguna recomendación. Que si los cardenales tenían que decirle algo sobre este negocio, de buena gana los oiría, pero a cada uno enteramente a solas. Añadió que bien sabía que los cardenales faltos de bienes no deseaban nuevos nombramientos, puesto que la manutención de muchos exigía más que la de pocos; pero que con todo tomaría las necesarias providencias en este asunto, y no permitiría a los príncipes seculares, que concediesen o negasen a los miembros del Sacro Colegio la posesión de prebendas, porque esto contradecía a la libertad de la Iglesia (1).

Aun más duramente se expresó el Papa el día siguiente en presencia del embajador veneciano, a quien tan de buena gana descubría su corazón (2). Dijo que nunca en su vida había sido

(1) V. la ** carta de Navagero, de 18 de diciembre de 1555 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*); cf. Seripand, ed. Höfler, 354. Paulo IV había confirmado la capitulación electoral por una bula, que contenía agravaciones de penas; v. Lulves en las Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia, XII, 225.

(2) V. la ** carta de Navagero, de 19 de diciembre de 1555. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

tan apremiado con súplicas y demandas como esta vez; pero que era firme su resolución, de no nombrar a nadie por recomendación de príncipes o por ruegos de otros; y que elegiría también a extranjeros, con tal que fuesen personas independientes (1). ¡Qué vergüenza, exclamó Paulo IV, que los príncipes tengan sus servidores en el Sacro Colegio! ¿Cómo puede ser guardado el secreto por tales hombres dependientes y esperarse de ellos imparcialidad? Para decirlo francamente: ¿qué hombres han obtenido de esta manera la púrpura? «Puesto que alejar de una vez a estos ineptos es imposible, queremos ponerles poco a poco un contrapeso, con el nombramiento de buenos y capaces. Si hallamos alguno que sea digno, le nombraremos inesperadamente y fuera de tiempo.» Al fin hizo notar el Papa, que la elevación de cardenales idóneos era más apropiada que un concilio, para aumentar la autoridad de la Iglesia y llevar al cabo la reforma. También a los cardenales franceses Tournón y Lorena, les dijo el Papa, que en la inmediata creación sólo atendería a la honra de Dios y a su conciencia. El cardenal Carafa, que en unión con los franceses hizo increíbles esfuerzos en favor de su valido Juan de la Casa, y todavía a última hora intercedió por él hincado de rodillas, tuvo que oír de su tío estas palabras: «Tales hombres no» (2).

Los siete nombrados el 20 de diciembre de 1555 eran por la mayor parte hombres desconocidos, como lo había predicho el cardenal Armagnac (3), parte religiosos y parte teólogos, los cuales pertenecían a diversas naciones, se recomendaban únicamente por sus virtudes, manteníanse todos alejados de la política, y en el asunto de la reforma defendían enteramente las opiniones del Papa (4). En parte le eran desde antes bien conocidos; como Juan Bernardino Scotti, el primer novicio de la Orden de los teatinos, que siempre se había dedicado solamente a los estudios y a

(1) V. la **carta de Navagero, de 14 de marzo de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Cf. Ribier, II, 622; Bromato, II, 259 s., 284; Ancel, L' action réform. 10; Studi stor., XVII, 197. La preterición de Casa estaba justificada, porque respecto a moralidad su conducta dejaba mucho que desear.

(3) V. Tamizey de Larroque, Lett. inéd. du card. d' Armagnac, París, 1874, 79-80.

(4) Sobre cada uno de los cardenales cf. Petramellarius, 23 ss.; Ciacconius, III, 845 s.; Cardella, IV, 342 s.; Gulik-Eubel, III, 38 s.

la oración, y aun ahora quería conservar su pobreza (1), y Escipión Rebiba, que había estado muchos años al servicio de Carafa, desde 1549 fué su vicario en el arzobispado de Nápoles, y después gobernador de Roma. Paulo IV había ido también siguiendo desde hacía años los trabajos del gascón Juan Suario Reumano, auditor de la Rota; éste, como Juan Antonio Capizuchi, perteneciente asimismo a la Rota, fueron elegidos porque faltaban en el Sacro Colegio expertos canonistas (2). El quinto de los nuevos cardenales, Diomedes Carafa, debió la púrpura no a su relación de parentesco, sino a la circunstancia de que ya desde el año 1511 administraba excelentemente su obispado de Ariano.

Si Francia estuvo representada por Reumano en la nueva creación, Alemania lo estuvo por el docto Juan Gropper, el salvador de la Iglesia de Colonia contra los asaltos de los novadores, y España por Juan Siliceo, arzobispo de Toledo. El nombramiento de este varón docto y celoso del bien de la Iglesia (3) mostraba cuánto conservaba el Papa su independencia en las cosas eclesiásticas respecto de todos, aun del aliado francés.

Scotti y Diomedes Carafa vivían ya en el Vaticano; a los cardenales Reumano, Rebiba y Capizuchi asignó el Papa allí igualmente habitación (4); pues quería tener cerca de sí a estos varones, lo mismo que a Gropper, para el despacho de los negocios eclesiásticos, y sobre todo para los asuntos de la reforma. Por eso cupo también a Gropper la honra de morar en el Vaticano, cuando a fines de septiembre de 1558 fué a Roma. El digno campeón de la causa católica en Alemania (5) había por su modestia rehusado hasta entonces aceptar la púrpura, pero ahora le obligó a ello Paulo IV. El cardenal Carlos Carafa había hecho todos los

(1) Cf. la **carta de Navagero, de 4 de enero de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*), y los datos que se hallan en las Nonciat., II, 275, nota 6. El *Archivo general de los teatinos de Roma* conserva una *Vita B. card. Scotti, compuesta por J. Silos.

(2) V. la carta del card. de Lorena en Ribier, II, 622. Sobre Rebiba cf. Masio, Cartas, 250; Boglino, 47 s. y Nonciat., II, 405, nota 1.

(3) Cf. el *breve a Felipe II de 24 de diciembre de 1555 en el Arm. 44, t. IV, n. 310 e ibid. el *breve al mismo cardenal recientemente nombrado, de 29 de diciembre de 1555. *Archivo secreto pontificio*.

(4) V. la **carta de Navagero, de 4 de enero de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(5) V. el elogio en la carta del príncipe elector de Colonia, Adolfo, al card. Farnese, en Schwarz, El nuncio pontificio card. Gropper, Múnster, 1911, 10, nota 1.

esfuerzos posibles para tener alejado del Papa a este excelente varón. Él fué quien por medio de Delfino tramó una infamatoria intriga, y hasta puso sospecha en la fidelidad a la fe de este ardiente apologista. Pero Gropper se defendió tan bien ante la Inquisición, que el proceso contra él fué sobreesido. Esta excitación y la mudanza de clima quebrantaron las fuerzas del que sólo contaba cincuenta y seis años; falleció el 13 de marzo de 1559. Al día siguiente efectuóse su sepultura en la iglesia nacional alemana de Sta. María del Ánima. El mismo Paulo IV tuvo su oración fúnebre, honra única en la historia de los Papas. Repetidas veces exclamaba en ella: «En modo alguno se ha separado de nosotros Gropper, sólo se nos ha adelantado a ver a Dios» (1). No contento aún con esto, en el consistorio de 15 de marzo de 1559 volvió Paulo IV a hablar de nuevo sobre los méritos de Gropper, censuró duramente a los calumniadores de este insigne varón, y concedió a sus parientes todas las dignidades vacantes del finado (2).

El anhelo manifestado en el nombramiento de cardenales de diciembre de 1555, de poner fin al indebido influjo de los príncipes en asuntos puramente eclesiásticos, era un motivo de la aversión del Papa a la continuación del concilio. Añadíase a esto también el recuerdo de los sucesos de Constancia y Basilea, que le eran a Paulo IV extremadamente odiosos (3). Para el caso de que no se pudiese excusar un concilio, según su opinión en ningunas circunstancias había de celebrarse en suelo alemán, «en medio de luteranos», sino ante sus ojos en Roma. Este designio, unido a la exclusión casi absoluta de los príncipes seculares de semejante asamblea, parecía a varios cardenales, v. gr. a Médici, encerrar en sí el peligro de un cisma (4). Pero es probable que Paulo IV no

(1) Cf. Schwarz en el *Anuario Histórico*, VII, 396 ss.; Gulik, *Gropper*, 158 s.; Masio, *Cartas*, 248, 315; Esser, *S. Maria dell' Anima*, Roma, 1899, 56; Schmidlin, *Historia del Anima*, 294 ss.; Rev. *Bénédict.*, XXIV, 285 s. La losa que cubría el sepulcro de Gropper, con su escudo, capelo y una inspirada inscripción (Forcella, III, 458), tuvo que dejar su antiguo lugar por un interés mal entendido del adorno de la iglesia del Anima y se perdió; fué renovada en 1885 (v. Loschi, *Il card. G. Gropper*, Udine, 1896, 80) y se halla ahora en la nave lateral derecha delante de la capilla de S. Benón. La extensa bibliografía sobre Gropper puede verse en Pastor, *Esfuerzos de reunión*, 166; Jansen, VII^a, 575; Gulik, loc. cit. y en la *Real Enciclopedia de Herzog*, VII^a, 191.

(2) V. el *Diario* publicado por Laemmer, Melet., 210.

(3) Cf. Ancel, *Concile*, 7.

(4) Cf. *ibid.* 8-9.

111
NIHIL OBSTAT

El Censor,
DR. JOAQUÍN SENDRA PASTOR
CANÓNIGO

Barcelona, 14 de enero de 1927.

IMPRÍMASE

JOSÉ, OBISPO DE BARCELONA

Por mandato de S. E. I.
DR. FRANCISCO MARÍA ORTEGA DE LA LORENA
CANCELLER-SECRETARIO



LIBRO II

Marcelo II y Paulo IV

(1555-1559)

I. Marcelo II

Habíanse ya comenzado entre los cardenales algunas negociaciones sobre la elección de Papa aun antes de que fuese de prever el funesto desenlace de la enfermedad de Julio III (1), mientras la diplomacia imperial y la francesa, que un año antes se habían ocupado seriamente en la posibilidad de un conclave (2), fueron esta vez sorprendidas y no pudieron intervenir de un modo decisivo (3). La mañana siguiente a la muerte del Papa se reunió el Sacro Colegio en el Vaticano; confió a Ascanio della Corgna la guarda de la ciudad y del conclave, y fué confirmado en su cargo Jerónimo Federici, obispo de Sagona, nombrado por Julio III gobernador de Roma (4).

Para el mantenimiento de la seguridad, además de las tropas ordinarias, el Colegio Cardenalicio hizo aún alistar otros dos mil hombres. Que no era innecesaria esta precaución, mostrólo un tumulto estallado el 27 de marzo de 1555, después de cuyo apaciguamiento no se turbó más el orden (5). También en las provincias sólo exiguos alborotos ocurrieron (6).

(1) *Questa infermità del Papa anchor che non si giudicasse mortale nondimeno ha mosso di molti humori intorno al papato... Bellai si lascia intendere che gli pare di poter pensar così bene al papato come fa Morone, Ferrara, Mignanelli et Farnese... Ferrara non perde punto di tempo... Carpi, S. Jacomo non dormono. *Carta de C. Capilupi al card. Hérc. Gonzaga, fechada en Roma a 19 de marzo de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. las relaciones en Druffel, IV, 380.

(3) Cf. la carta de Carlos V a Fernando I, de 11 de abril de 1555, en Druffel, IV, 651; v. también Riess, 4.

(4) Cf. Massarelli, 248.

(5) Además de Massarelli, 248 y J. v. Meggen en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, cf. las *cartas de Bernardino Pía a Calandra, fechada en Roma a 27 de marzo de 1555, de C. Capilupi, con fecha de 28 y 30 de marzo (*Archivo Gonzaga de Mantua*) y de Ulises Gozzadini, de 28 y 30 de marzo y 3 de abril de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(6) V. la relación portuguesa de 6 de abril de 1555 en Santarem, XII, 424.

Es característico para ver el concepto mundano del papado que reinaba en gran parte de los romanos, el que el resultado conjeturable del conclave fuese ahora, como antes en los bancos, objeto de apuestas. Aun según la opinión de los que las hacían, el insigne cardenal Cervini tenía las mayores probabilidades; después de él venía inmediatamente el rico Hipólito Este de Ferrara (1). Hasta qué punto Cervini ocupaba el primer lugar, se ve claro por los despachos de los diplomáticos. Camilo Capilupi resumía así su opinión en 30 de marzo de 1555: Aunque es difícil hacer una predicción, dada la situación que varía casi cada hora, con todo Cervini, Bertano y Púteo son los que más probabilidad tienen de ser elegidos; si Pole estuviese presente, estaría muy en primera línea; pero su ausencia y la circunstancia de que reside precisamente en Inglaterra, le perjudican; si Morone llegase a tiempo, metería mucho ruido; Este hace para que le elijan cuanto está en sus fuerzas (2).

También en las relaciones de los demás agentes mantuanos, de 4 y 5 de abril de 1555, Cervini, Este y Bertano parecen ser los candidatos más probables (3). Juan Francisco Arrivabene hacía observar en 6 de abril, que era tal la situación, que ningún partido podía lograr sus intentos sin la ayuda del otro, y que por tanto sería el conclave de muy corta o de muy larga duración (4). Este juicio en tanto era exacto, en cuanto el partido imperial y el francés, que se hacían cruda oposición, eran igualmente fuertes; aquél trabajaba por Bertano, éste por Este. Los cardenales de Julio III habían al principio puesto los ojos en Púteo; pero cuando perdieron la esperanza de sacar a flote su candidatura, quisieron asimismo intervenir en favor de Bertano. La decisión dependía de los neutrales. A ellos pertenecían los cardenales más antiguos, pero éstos tenían sus propios candidatos (5).

(1) V. las noticias de los *Avvisi (*Biblioteca Vaticana*), publicadas por Segmüller en la Revista de Historia eclesiástica de Suiza, III, 1; cf. también la relación de Cocciano en Druffel, IV, 625, y la *relación de C. Titio, de 4 de abril de 1555, en el *Archivo público de Florencia*.

(2) V. la *carta de C. Capilupi al duque de Mantua, fechada en Roma el 30 de marzo de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) V. las *relaciones de B. Pía a Calandra, de 4 de abril, y de Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua, de 5 del mismo mes de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) En carta cuyo **original se halla en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) Cf. las relaciones publicadas por Petrucelli, II, 67 y Druffel, IV, 625, como también la carta de Ghisi, de 8 de abril de 1555, que se halla en el n.º 3 del apéndice (*Archivo Gonzaga de Mantua*); v. también Masio, Cartas, 199.

Durante las exequias de Julio III, celebradas en forma sumamente sencilla por falta de dinero (1), juntábanse diariamente los cardenales para deliberar. Antes de dar comienzo al conclave había de resolverse ante todo la importante cuestión, de si la nueva bula de Julio III sobre la elección de Papa era legalmente obligatoria. Las opiniones sobre esto eran muy divergentes. Los que sostenían la parte afirmativa, se apoyaban en que la bula había sido aprobada y firmada por Julio III y por todos los cardenales, y estaba hasta provista ya del sello de plomo. Los que se oponían a su fuerza legal, hacían valer que este documento no se había fijado todavía, como era costumbre, en el Campo di Fiore ni en las puertas de las basílicas de Roma. Como los cardenales no podían ponerse de acuerdo, fueron consultados peritos canonistas, a cuyo frente estaba el decano de la Rota. Fué su opinión, que la bula no obligaba a los cardenales. El decano del Sacro Colegio, el cardenal Carafa, comunicó esto a sus colegas el 3 de abril, día en que se terminaron las exequias, comenzadas el 26 de marzo (2). Dos días después se celebró la misa del Espíritu Santo, después de la cual tuvo el acostumbrado discurso el jurista Huberto Foglietta, muy elegante humanista. Luego entraron los cardenales en el conclave, que se había preparado en el Vaticano (3).

A la muerte de Julio III constaba el Sacro Colegio de 57 miembros, de los cuales 30 residían en Roma. De los 27 ausentes, sólo a pocos era posible venir aún a tiempo. El 28 de marzo llegaron Crispi y Savelli, el 1.º de abril Cervini y Ranuccio Farnese, el 3 Hércules Gonzaga y el 4 Madruzzo y Pisani (4). Por tanto, no menos de 20 cardenales tenían que quedar alejados del acto

(1) *Relación de U. Gozzadini, de 27 de marzo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(2) Cf. Massarelli, 249 s. y Acta consist. en Sägmüller, Bulas sobre la elección de Papa, 35, como también Schweitser, Reforma bajo el pontificado de Julio III, 63.

(3) Diseño de las celdas de los cardenales en el conclave factum in Vaticano post mortem p. Iulii III. Impreso contemporáneo que se halla en el *Archivo secreto pontificio*; aquí mismo hay un segundo impreso (Romae apud Valerium et Aloisium Doricos fratres Brixien. 1555), que se extiende a más pormenores.

(4) Estos datos se hallan con más precisión que en Panvinio (Merkle, II, 249, nota 2), en los impresos citados en la nota anterior. El cardenal Gonzaga llegó con un séquito de 300 caballos; v. la *relación de Ghisi al castellano de Mantua, fechada en Roma el 3 de abril de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

de la elección. De éstos se hallaban en Francia, además de Alejandro Farnese, Borbón, Tournón, Givry, Lenoncourt, Meudón, Annebaut, Carlos y Luis de Lorena, Vendôme y Châtillón, por tanto no menos de 10 cardenales adictos a Enrique II (1). No es de maravillar que los franceses se esforzasen por diferir el comienzo del conclave (2).

Como en éste entraron ya en 5 de abril los 37 cardenales presentes, llegaron demasiado tarde los miembros franceses del Sacro Colegio, como asimismo las instrucciones de Enrique II (3). El embajador de Carlos V, Juan Manrique de Lara, estaba en Sena, y por temor de caer en manos de los franceses, eligió hacer el camino por mar. El 5 de abril no se sabía aún en Roma dónde se hallaba (4). Su ausencia fué lamentada especialmente por los cardenales afectos al emperador, como Carpi, y por el embajador florentino Everardo Serristori. El duque Cosme I era decidido adversario del cardenal Este, favorecido por los franceses (5). En esto venía a coincidir con el partido de la reforma, cuyos principios rigurosamente eclesiásticos ganaron entonces por primera vez decisivo influjo en la elección de Papa (6). Según la opinión de estos hombres, que expresó abiertamente en Perusa el cardenal Marcelo Cervini en su viaje al conclave, ahora había llegado el tiempo, en que con la ayuda de Dios podía darse a la Iglesia afligida un Papa, que emulase con los santos y sabios Papas de los antiguos tiempos, y fuese verdadero Vicario de Cristo (7).

El mismo temprano comienzo del conclave, llevado al cabo a

(1) En Alemania se hallaban Truchsess y Morone; v. Massarelli, 251 s.

(2) Legaz. di Serristori, 347.

(3) Las instrucciones de Enrique II, de 4 de abril de 1555 (hay que apoyar en primera línea a Este, después a Tournón, du Bellay, Armagnac y eventualmente a Pole), pueden verse en Ribier, II, 604 ss.

(4) V. la *carta de Hipólito Capilupi a la duquesa de Mantua, fechada en Roma el 5 de abril de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. Petrucelli, II, 70 ss. Así como el emperador, deseaba también Felipe II en primera línea la elección de Pole; fuera de eso éranles también aceptos Bertano y Morone. Cervini esta vez ya no fué excluido expresamente por Carlos V. Por lo demás, todas las instrucciones llegaron de Bruselas demasiado tarde (cf. Sägmüller, Elecciones de Papa, 202 s.). Manrique no llegó a Roma hasta el 8 de abril; v. la *relación de B. Pía a Calandra, fechada en Roma el 8 de abril de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(6) V. Ranke, I^a, 182; Sägmüller, loc. cit., 204; Herre, 15; Wahrmund, El derecho de exclusión, Viena, 1888, 73.

(7) Panvinus, Vita Marcelli II; cf. también esta expresión en Ciacconius, III, 801.

pesar de la oposición de los franceses, fué un triunfo de los hombres que en tiempo tan calamitoso querían dar a la Iglesia lo más pronto posible una nueva cabeza suprema, y en ello sólo miraban a las cualidades del candidato, sin atender a si su elección contenía al rey francés o al emperador. Nadie sostenía esta opinión con tal ardor como el cardenal Carafa, quien también en esto se acreditó nuevamente de principal defensor de la reforma católica. Como Carafa por su rígida condición gozaba de pocas simpatías, Cervini, Pole y Morone tenían las mayores probabilidades de obtener la tiara para el caso de que sólo puntos de vista eclesiásticos viniesen en consideración. Contra los conventículos y tentativas de soborno con que Este procuraba conseguir su elección, se declaró Carafa del modo más severo (1). Sus representaciones no dejaron de producir impresión. Que respecto del anterior conclave se había efectuado una mudanza, vese claramente por el alejamiento en este último de todos los incompetentes (2), como también por la relación de Serristori de 4 de abril de 1555, quien asegura cuán reprobados eran ahora los abusos y la ingerencia de los príncipes seculares que había habido antes de la elección de Julio III. Esta disposición de ánimo era tan fuerte, que el prudente florentino tuvo por conveniente imponerse esta vez la mayor abstención cuanto al influir en favor de alguno (3). Fué también significativa para la nueva dirección la capitulación electoral, en la que se decía, que el Papa no haría guerra alguna con príncipes cristianos, ni concertaría ninguna alianza contra cualquiera de ellos, sino antes bien se mostraría padre común de todos y guardaría rigurosa neutralidad (4).

En oposición al ambicioso Este, que diligenciaba por todos los medios su propia elección (5), el cardenal Cervini, que después de él era el que mayor probabilidad tenía de ceñir la tiara, se portaba con modesta reserva. Su único deseo decía él que era, que fuese elevado un buen Papa a la silla de S. Pedro. Esta conducta llena

(1) V. la relación de A. Cocciano a Seripando en Druffel, IV, 624 s.

(2) Cf. Lett. de' princ., III, 233.

(3) Cf. en el n.º 1 del apéndice la * carta de 4 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

(4) V. Lulves en las Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia, XII, 225.

(5) Que no se perdonó dinero, lo dice también el embajador portugués en su relación de 6 de abril de 1555. *Corpo dipl. Port.*, VII, 363.

de dignidad granjeó al representante del partido de la reforma la veneración general, y le hacía parecer cada vez más como el hombre que estaba llamado por Dios para gobernar la Iglesia (1). A pesar de esto, oponíanse a su elevación no pequeñas dificultades. Era generalmente notorio, que no era acepto ni al rey francés ni al emperador. Con todo, el partido imperial no se podía cerrar a la consideración, de que Cervini poseía las más excelentes cualidades, y de que, por ser pobre, Carlos V nada tenía que temer de él en Italia (2). Así no puede causar admiración el haber notificado Serristori en 6 de abril, que muchos de los cardenales imperiales, como de los de Julio III, eran favorables a Cervini a causa de su vida intachable. Fuera de los franceses, eran irreconciliables adversarios de Cervini los italianos Capodiferro, Sermoneta, Julio della Róvere y Monte, y además otros cardenales más jóvenes, que temblaban a vista del rigor de tal representante de la reforma eclesiástica (3). Estos aseglarados cardenales se mantenían firmes en apoyar a Este. En favor de él se había también dejado ganar por el duque de Ferrara, el cardenal Hércules Gonzaga. El cardenal Madruzzo, que estaba enemistado personalmente con Cervini, no parecía desafecto a Este. Las probabilidades de este candidato tomaban aún mayor aumento por razón de estar desunidos los imperiales, y no haberse podido avenir sobre persona alguna determinada. Así pudo Este al principio del conclave entregarse a vastas esperanzas. Era sumamente probable, que si después del primer escrutinio se daba lugar al acceso, obtuviera él la necesaria mayoría de las dos terceras partes de votos (4).

(1) Cf. en el n.º 2 del apéndice la *carta de Serristori de 6 de abril de 1555. *Archivio pubblico de Florencia*.

(2) Cf. Sägmüller, Elecciones de Papa, 202, 205.

(3) V. la *carta citada en la nota 1.

(4) Para el conclave de Marcelo II era hasta ahora fuente principal la relación muy circunstanciada de J. Fr. Lottini, que se halla en los conclavi de' pontefici, I, 135 ss. (edición francesa Cologne, 1703, I, 110 s.), cuyos pormenores no se pueden verificar, pero de la que juzga acertadamente Sägmüller (Elecciones de Papa, 208), que en conjunto señala exactamente el lado político de este conclave. Viene en segundo término como complemento sumamente valioso la narración de Panvinio, que se remonta a testigos oculares y ahora debe ser considerada en primera línea. Sägmüller (Bulas sobre la elección de Papa, 35) ha citado esta narración en sus suplementos; ahora se halla impresa en Merkle, II, 253 s. Respecto a la iniciativa en promover la elección de Cervini, cree Sägmüller (loc. cit.), que Lottini la atribuyó de un modo inexacto a

Conociendo plenamente los peligros que la victoria del candidato francés había de acarrear a los intereses de Carlos V en Italia, los que estaban al frente de los imperiales, el camarlengo Guido Ascanio Sforza de Santa Flora y el cardenal Ranuccio Farnese, resolvieron a poner todo su empeño en impedir la elección de un afecto e inclinado a Francia. Fué de gran importancia, que el decano del Sacro Colegio, el cardenal Carafa, por razones de orden eclesiástico, fuese declarado adversario del aselarado Este, y como tal interviniese al punto decididamente. Apenas se leyeron públicamente los votos la mañana del 9 de abril, cuando Carafa declaró que, según la antigua costumbre, no se efectuaría acceso alguno después del primer escrutinio. Nadie se atrevió a contradecirle.

Este primer triunfo contra Este alentó a los cardenales Guido Ascanio Sforza y Ranuccio Farnese a ulteriores tentativas. Para hacer imposible a Este conseguir su intento, propusieron dos candidatos que, a la verdad, siempre habían sido favorables a los intereses franceses, pero al mismo tiempo eran muy conocidos como varones excelentes, enteramente dignos e intachables: Carafa y Cervini. No puede causar extrañeza, que Cervini hallase mucho mayor aceptación que el fogoso napolitano. Por él se declararon al punto Savelli, Carpi, Juan Alvarez de Toledo, Silva, Cueva, Médici, Crispi y Fulvio della Corgna. Juntóseles después también Carafa, quien ciertamente había quedado sorprendido al principio por la unanimidad, con que se dió preferencia sobre él a Cervini, que era más joven, pero pronto se había rehecho y hasta había vivamente recomendado luego a su competidor; influyó en ello en gran manera el ser Cervini intachable en punto de pureza de fe, en lo que Carafa ponía sospecha aun en varios cardenales llenos de celo por la reforma (1). Pronto fueron ganados también en favor de Cervini, Cesi, Verallo, Saraceni, Crispi, Tagliavía,

su señor, el cardenal G. A. Sforza. En contra de eso es de importancia, que también Agustín Gonzaga, en una *carta enviada todavía el 9 de abril de 1555 (v. el n.º 5 del apéndice. *Archivo Gonzaga de Mantua*), designa a Sforza como al que motivó el cambio en favor de Cervini. También C. Capilupi en su *carta de 10 de abril (v. el n.º 7 del apéndice. Loc. cit.), nombra a Sforza en primera línea, lo mismo que la relación que se halla en las Lett. de' princ., III, 234, y Serristori en la *carta de 10 de abril de 1555, citada más abajo en la pág. 14, nota 1. *Archivo público de Florencia*.

(1) Cf. la *relación de B. Pia, de 8 de abril de 1555, en el n.º 14 del apéndice. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Púteo, Mignanelli, Poggio, Cicada, Dandino, Pisani, Cornaro y Nóbili. También Madruzzo dejó al fin olvidar las desavenencias, que le habían hecho en Trento adversario personal de Cervini. En unión con Carafa fué el 9 de abril, al rayar el alba, a la celda de Cervini, para llevarlo a la Capilla Paulina, donde se hallaban reunidos sus partidarios. Desarrollóse entonces una escena dramática: Este les hizo resistencia personalmente y dirigió a Madruzzo vehementes reconvenciones por haber quebrantado su palabra (1).

Los cardenales congregados en la Capilla Paulina estaban resueltos a proclamar Papa a Cervini, y esperaban sólo a Ranucio Farnese y Corgna, que habían ido a ver a los parciales de Este para obtener de ellos todavía algunos votos. Como la llegada de entrambos se retardase demasiado, los reunidos en la Capilla Paulina se cansaron de esperar, y declararon que procederían inmediatamente a la elevación de Cervini. En vista de esto acudieron apresuradamente Farnese y Corgna, siguiéndoles los partidarios de Este. Estos llegaron precisamente aún a tiempo para ser testigos de la elección de Cervini. En la general agitación penetraron también los conclavistas en el local de la elección, donde al punto se quería tributar a Cervini los acostumbrados

(1) *Sendosi declarati pubblicamente Mantova, Urbino et Monte per Ferrara si messe inanzi gagliardo per tutti i versi che poteva, il che visto Carpi et il camarlingo ristrinsero la parte imperiale con le creature di papa Julio et si congregarono in capella avanti che Ferrara et la fattione Franzese ne intendesse cosa alcuna, quali con tutto che si aiutassero et facessero ogni forza per rompere la pratica fin col opporsi Ferrara in persona, mentre che il Teatino [Panvinio nombra aqui al camarlingo] et il car^{al} di Trento menavano S. St^a in capella, dicendo: «che volete fare», et al car^{al} di Trento intendo che disse: «a questo modo sigre? questa è la fede che mi havete data?» al qual dicono che S. S. R^{ma} rispose essere vero, che gl' havva promesso di non lo fare Papa, ma che adesso non poteva fare altro, comandandognene lo Spirito St^o, in modo che visto che in capella erano già circa 30 voti, tutti si risolvono a andare adorarlo et in questo atto il car^{al} camarlingo, Carpi, Perugia, San Vitale, San Clemente, Cornaro et Saraceno si sono portati valorosamente nell' opporsi a' Franzesi. Però l' E. V. non lasci di scrivere loro et alli altri amorevolmente, riconoscendo questa loro prontezza che hanno mostrata per il servitio et honore di Dio, di S. M^{ta} et suo, perchè invero, per quello che si intende, le cose di Ferrara erano tanto inanzi che se non pigliavano questo partito, portava periculo di riuscire Papa. Dio sia ringratiato etc. *Carta de Serristori, de 10 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*). Cf. también la carta de Madruzzo a Fernando I en los Estudios de la Orden Benedictina, II, 3 (1884), 457.

honores como Papa. A semejante procedimiento tumultuoso se opuso sin embargo con resolución el cardenal Médici, quien se había señalado también por su actividad en la formación de la capitulación electoral (1). Declaró que aunque él era partidario de Cervini, debía hacerse la elección con la exacta observancia de las normas legales, y ser alejados los conclavistas. Hecho esto, se levantó el primero el decano Carafa, y declaró que elegía por Papa al cardenal de Santa Cruz. Su voto y el de los demás fué apuntado por un secretario. Cuando quedó terminada la votación, hacia las siete de la tarde, sonó la campana del Avemaría. Todos rezaron la salutación angélica. Después declaró Cervini en un hermoso discurso en latín, que aceptaba la elección, aunque se tenía por indigno de la tiara, y sus fuerzas apenas eran proporcionadas para semejante carga. Que con todo se esforzaría por cumplir con su obligación, y tener siempre ante los ojos únicamente el bien general de la Iglesia. Después advirtió Carafa, que para observar las antiguas prescripciones, la mañana siguiente había de hacerse el escrutinio por escrito con papeletas abiertas, pero sin perjuicio de la elección ya efectuada. Realizóse este procedimiento en la madrugada del 10 de abril.

Todas las papeletas llevaban el nombre de Cervini, excepto una. Él mismo dió su voto a Carafa, y con esto manifestó claramente, que pertenecía a la dirección rigurosamente eclesiástica. Sin mudar su nombre, se llamó Marcelo II (2).

El partido de la reforma, que en el conclave de 1549-50 no pudo todavía prevalecer sobre las intrigas de España y Francia, había alcanzado un decisivo triunfo, porque el elegido para sucesor de Julio III era el hombre más excelente que podía presentar el Colegio Cardenalicio.

La familia Cervini trae su origen de Montepulciano en el territorio de Sena; pertenece a las más nobles de aquella pequeña

(1) Cf. sobre ella las Fuentes e investigaciones del Instituto Histórico de Prusia XII, 224; v. también Müller, Conclave de Pío IV, 234.

(2) Panvinus loc. cit., 255. Massarelli, 253. Firmanus, 507 s. Polanco (v. abajo p. 36, nota 1), 153. Lett. de' princ., III, 234. Memoria del cardenal Nóbili, publicada por Ciaconius, III, 804 s. U. Gozzadini en su *relación de 10 de abril de 1555, indica como hora de la elección la siguiente: fra le 23 hore et 24 fu fatto papa per adorazione; el escrutinio que confirmó la elección, se efectuó la mañana del 10 de abril entre 9 y 10 (*Archivo público de Bolonia*). Sobre la denegación a mudar de nombre cf. Pallavicini, 13, 11, 2.

pensase inmediatamente en serio en la celebración de un concilio; quería más bien hacer llevar a efecto las necesarias deliberaciones de tal manera, que se acercase a una especie de concilio, sin que encerrase en sí los perjuicios que se manifestaron en el siglo xv en semejantes asambleas. Claramente se mostró esto en las disposiciones que tomó a principios de 1556.

En un consistorio de 10 de enero de dicho año, en un largo discurso desenvolvió el Papa su plan de una reforma decisiva de la curia romana. Dijo que hacía sesenta años que se hablaba de eso; y que él quería, como elegido por Dios para ello, ejecutar al fin esta obra sin miramientos y efectivamente, y dar principio por la misma curia romana. Como prueba de ello, indicó el encargo que había dado algunos días antes a los cardenales Scotti, Rebiba y Reumano, de reformar la dataría. Declaró que si con esto se cerraba a sí mismo su fuente principal de ingresos, no le daba ello pena, que él sabría limitarse. Que los demás tenían que seguirle; porque no pensaba detenerse en esta sola disposición. Que sucesivamente intentaba reformar de igual modo la cancelaría, la penitenciaria, la cámara apostólica, el Colegio Cardenalicio y todo lo relativo a los beneficios, y después también sin ninguna contemplación a los príncipes seculares (1). Se ve que Paulo IV quería proceder según su antigua divisa, que el juicio comience por la casa del Señor.

Para deliberar sobre una extensa reforma de la curia romana, formó en enero de 1556 una especial congregación, que constaba de veinte cardenales, siete prelados de la curia, doce referendarios de la signatura de gracia, seis auditores de la Rota, los generales de los dominicos, franciscanos observantes y conventuales, nueve ministros curiales y cinco teólogos (Miguel Ghislieri, como comisario de la Inquisición, Diego Laínez, de la Compañía de Jesús, Juan Bautista Calderini de la Orden de los servitas y dos sacerdotes seculares) (2).

(1) Las breves comunicaciones de las *Acta consist. (*Archivo consistorial*; v. el n.º 16 del apéndice) son completadas por la *relación de Navagero, de 11 de enero de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*; v. el n.º 17 del apéndice). Cf. la **relación de Navagero de 4 de enero de 1556 sobre la reorganización de la dataría; v. también la carta de Casa, de 8 de enero de 1556, en Coggiola, A. d. Cornia, 125, y Masio, Cartas, 235.

(2) V. las listas de personas en el *protocolo escrito por Massarelli (*Archivo secreto pontificio*, Concilio, 79, págs. 33^b, 34). Ancel (Concile, 12) ha

Estos 62 miembros se juntaron en la tarde del 20 de enero en la sala constantiniana del Vaticano. El Papa mismo abrió la primera sesión de la congregación de reforma con un discurso, en el cual ante todas cosas expresó ahincadamente su deseo de suprimir los abusos, que por desgracia de los tiempos se habían introducido en la Iglesia de Dios, e hizo relación de los afanes y desvelos, que a ello habían consagrado los anteriores Papas, aun con ayuda de un concilio general. Dijo que aunque hasta entonces no se había obtenido ningún buen resultado, esperaba con todo que éste se podría alcanzar algún día con la ayuda de Dios. Que, como quiera que fuese, él por su parte empeñaría todas sus fuerzas y no rehuiría trabajo alguno, y respondería de ello hasta con peligro de su propia vida. Pero que pues toda la reforma había de fundarse en la total supresión de la herejía simoníaca, que formaba el mal principal, se debía aquí aplicar la segur sin contemplación alguna.

Massarelli, que en su protocolo de la sesión reproduce el discurso de Paulo IV, advierte que la Cabeza suprema de la Iglesia tenía que extirpar la simonía tanto más, cuanto todos los calumniadores y herejes señalaban ésta como la propia y casi única causa de que hasta entonces no se hubiese podido efectuar reforma alguna, pues los Papas, según ellos, la habían diferido por la pérdida de los ingresos, procedentes de la dataría. Pero que el presente Papa estimaba en poco cualquier ganancia y todo lo terrenal, sólo tenía ante los ojos a Dios y la salvación de las almas, quería la reforma a toda costa y ante todo intentaba desarraigar la simonía. Cuán justificada se halla esta observación, se saca del hecho de que Paulo IV en la misma sesión amonestó y exhortó del modo más enérgico a los cardenales, a que en virtud de la debida obediencia dijesen la entera verdad sin ninguna adulación, sobre todo acerca del importantísimo punto, si por el ejercicio del poder concedido por Cristo al apóstol S. Pedro como cabeza de su Iglesia, se podía recibir una ganancia temporal. Los cardenales habían de presentar por escrito la respuesta a esta cuestión (1). El Papa, refiere Navagero, habló con extraordinaria fuerza y elocuencia sobre la simonía; sus palabras hicieron la más profunda impresión en todos los reunidos, y lo fundado de su opinión los persuadió,

sido el primero en indicar este documento echado menos por Merkle (II, 287, nota 1).

(1) V. el * protocolo (*Archivio segreto pontificio*) en el n.º 19 del apéndice.

que la verdadera reforma de la Iglesia consistía sobre todo en hacer en este punto un cambio radical (1).

La cuestión que propuso Paulo IV a la nueva congregación había ya ocupado a la comisión de reforma del Papa Farnese. Pero entonces entre los rígidos y moderados amigos de la reforma manifestáronse tales diversidades de opinión, que el considerado Paulo III creyó haber de prescindir de una decisiva disposición (2). Paulo IV continuó este negocio suspendido, porque en la simonía veía la causa principal de todos los males (3). Aunque ahora como antes se mantenía firme en el concepto de rigidez, que había defendido invariablemente siendo cardenal, tampoco él se atrevió a proceder en este asunto sin un nuevo y detenido examen.

Cuán lleno de celo por la reforma estuviese el Papa en aquellos días, vese muy claramente por las cartas de Navagero. En 11 de enero tuvo éste una audiencia, en la que Paulo IV habló con la mayor franqueza sobre su programa así político como eclesiástico. Singularmente puso de realce su designio de comenzar las reformas por sí mismo, renunciando a las entradas procedentes de la dataría. Dijo que el Papa sólo podía confiar para su persona en estas tan grandes sumas; pero que a pesar de ello tenían que suprimirse. «¿Quién querrá dudar de que Dios me ayudará, si yo obro conforme a la sentencia de Cristo: Lo que de balde habéis recibido, dadlo de balde? Cuando lo renuncié todo y fundé la Orden de los teatinos, con no tener seguridad alguna sobre mi manutención, pude, sin embargo, llevar por muchos años una vida pasadera. Siendo cardenal, durante algún tiempo no tuve renta alguna; la toma de posesión del arzobispado de Nápoles me fué denegada por el tirano, pero no dije ni una palabra para obtenerlo. En todas estas críticas situaciones nunca me ha faltado lo necesario. ¿Cómo había de temer que ahora me sucediesen las cosas de diferente manera? Aun cuando Dios permitiera que yo viniese a padecer efectiva necesidad, antes querría ir a pedir limosna, que llevar una vida cómoda con rentas ilícitas. Pre-

(1) V. en el n.º 20 del apéndice la *relación de Navagero, de 24 de enero de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 168 ss.

(3) V. en el n.º 18 del apéndice la *relación de Navagero, de 18 de enero de 1556, loc. cit.

cisamente hoy, continuó observando, he mandado a algunos auditores de la Rota, que con los demás miembros de la comisión de reforma examinen maduramente lo que es preciso hacer, y no se dejen engañar. Nos hemos informado a fondo sobre la simonía, leyendo lo que dicen de ella teólogos y canonistas, y la doctrina de nuestro Santo Tomás nos ha determinado a tomar cristianas resoluciones, así en éstos como en todos los otros negocios.» (1) En 24 de enero da cuenta Navagero de un consistorio, en que Paulo IV expuso a los cardenales, que una reforma verdadera y decisiva no podía sino redundar aun en provecho de ellos mismos. Al día siguiente declaró el Papa al embajador veneciano, que estaba resuelto a ejecutar la reforma, aun cuando con ello viniese a perder sus fuerzas. Con su modo enérgico advirtió que quería desollarse a sí mismo, para poder después con la misma libertad reformar también a los demás, así a los eclesiásticos como a los seglares. Hizo especialmente hincapié en que ni por nuevas bulas con introducciones altisonantes, ni por concilios aparentes e infructuosas deliberaciones engañaría al mundo, sino que llevaría a efecto hechos reales por medio de la congregación de reforma. Añadió que tenía intención de reforzar aún esta congregación con otros eminentes personajes, para que pareciese concilio, sin llevar este nombre. Finalmente se extendió el Papa de un modo tan penetrante sobre la simonía, que, según él, se podía designar como herejía por sus consecuencias, que hasta el frío diplomático veneciano vió claramente cuán de la abundancia del corazón salían estas palabras (2).

Conforme al dicho anuncio, en la segunda sesión extraordinaria de la comisión de reforma, que se celebró el 29 de enero, además de los 62 miembros ordinarios, tuvieron también parte otros muchos; cuales fueron todos los prelados y generales de Órdenes religiosas que se hallaban en Roma, numerosos curiales y funcionarios de la ciudad y muchos teólogos, total unas 200 personas. Antes de que el Papa propusiese a los reunidos de qué

(1) Cf. en el n.º 18 del apéndice la *carta de Navagero, de 18 de enero de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(2) Cf. en los núms. 20 y 21 del apéndice las *cartas de Navagero, de 24 y 25 de enero de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*), y el *Avviso di Roma de 25 de enero de 1556 (*Biblioteca Vaticana*). Por enero de 1556, Paulo IV hizo rogar al rey de Portugal, que le indicase los abusos eclesiásticos de su reino, pues quería suprimirlos todos; v. Santarem, XII, 440.

manera habían de efectuarse las deliberaciones, habló de nuevo sobre la perversidad de la simonía. A la pregunta del cardenal Tournón, acerca de qué simonía quería significar, la prohibida por el derecho divino o por el positivo, rechazó Paulo IV absolutamente tal distinción por causa del fin que pretendía, y amonestó que en adelante le dispensasen de semejante vana palabrería y se atuviesen a la cosa misma. Después fué aprobado para las deliberaciones el modo propuesto por el Papa. Según eso, los miembros de la congregación, lo mismo que en un concilio, tenían que dividirse en diversas clases, las cuales habían de celebrar sus sesiones por separado. Cada clase debía constar de un número correspondiente de arzobispos, obispos, prelados y teólogos. El resultado de las deliberaciones de las clases tenía que presentarse al Papa en una junta general, después de la cual éste a solas con los cardenales había de tomar las resoluciones definitivas.

Luego al día siguiente el Papa, después de conferenciar con seis cardenales, designó tres clases con un cardenal como presidente de cada una de ellas. El 2 de febrero hizo que los obispos presentes en Roma eligiesen en votación secreta 24 de entre ellos para la congregación de reforma. Tres días más tarde a los 24 cardenales que moraban en Roma, les asignó su asiento en las tres clases, para presidentes de las cuales fueron nombrados, conforme al orden de categoría, los cardenales du Bellay, Cesi y Scotti (1).

El 24 de febrero, el Papa, que sin inquietarse por la cerrazón del horizonte político, quería continuar la obra de la reforma (2), a los 24 prelados elegidos añadió todavía 21, y el 2 de marzo, conforme a la propuesta de los cardenales presidentes, designó los teólogos, canonistas y empleados de la curia que se habían de agregar a las tres clases. Toda la congregación contaba ahora 144 miembros, 48 en cada clase. Entre los teólogos de la primera clase está Diego Laínez, de la Compañía de Jesús; entre los de la segunda el maestro del Sacro Palacio, además un segundo miembro de la Orden de los jesuitas y Guillermo Sirleto, conservador

(1) V. en los núms. 22, 23, 24 y 25 del apéndice las comunicaciones del protocolo de Massarelli y las *cartas de Navagero de 1.º y 8 de febrero de 1556; cf. también Ancel, Concile, 12, y los *Avvisi di Roma de 1.º y 8 de febrero de 1556 en el Cod. Urb. 1038, págs. 116, 129. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. las cartas de Navagero, de 15 y 16 de febrero de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*); cf. el n.º 27 del apéndice.

de la Biblioteca Vaticana; entre los canonistas de esta clase se hallaban Hugo Boncompagni y Hércules Severoli. En la tercera clase tenía asiento entre los procuradores de las Órdenes religiosas, el capuchino Francisco Soletto, y entre los canonistas Silvestre Aldobrandini (1).

Luego que se hubo establecido después el reglamento para las deliberaciones de la comisión de reforma, la cual con su casi centenar y medio de miembros representaba realmente una especie de concilio (2), pudieron tomar comienzo sus trabajos.

Antes, el 11 de marzo, convocó el Papa a todos los miembros al Vaticano. Los cardenales se juntaron en una estancia contigua a la sala de Constantino. Aquí les declaró el Padre Santo, que había llegado el momento de tomar disposiciones contra la «herejía simoníaca», y extirpar con eso la raíz y fuente de todos los males; después propuso con general asentimiento que se sometiese a deliberación el siguiente artículo: ¿Puede un superior eclesiástico, por el uso oficial de su poder espiritual, sin incurrir en simonía, aceptar dones voluntarios o pedirlos, o exigirlos con la sustracción de bienes espirituales? Después se hizo entrar a los prelados, y el mismo Papa les hizo de nuevo las correspondientes comunicaciones. Ahora se trasladaron todos a la sala de Constantino, donde estaban reunidos los demás miembros de la congregación. A éstos dirigió el Papa una tercera alocución, en la cual muy hábilmente expuso en otra forma lo mismo que había dicho antes a los cardenales y prelados (3). El artículo sobre que se había de deliberar, fué luego impreso y entregado a todos los miembros de la congregación. Algunos, como Laínez, se pusieron al punto a componer sus dictámenes (4).

(1) V. *Concilio, 79, f. 41^b ss.; cf. Ancel, Concile, 13 s. Navagero en su *carta del último de febrero de 1556, observa lo siguiente sobre los 21 nuevamente nombrados: *Questi non sono stati elletti con le fave come li primi, ma racordati dalli rev^{mi} decano, Cesis et Trani, presidenti delle tre classe per età al pontefice et dal medesimo confirmati di modo che con tanto numero le cose saranno piu longhe et haverà forma quasi de concilio. Biblioteca de S. Marcos de Venecia.*

(2) V. *Concilio, 79, f. 50-51; cf. Ancel, Concile, 14 s.

(3) V. *Concilio, 79, f. 48^b ss. (*Archivo secreto pontificio*); cf. Massarelli, 289, la primera carta de Navagero, de 14 de marzo, en Brown, VI, 1, n. 424 y Ancel, Concile, 15 s.

(4) Cf. Laínez, Disput. Trid. (ed. Grisar), II, 325 s.; cf. Anuario Histórico, VIII, 725. Pertenecen al mismo tiempo los tratados sobre la simonía de G. Sirleto y P. Draco, que cita Ancel (Concile, 16, nota 3). A Sirleto le nombró

Lo que movía entonces al Papa, se sabe por una conversación sumamente interesante, que tuvo con Navagero el 13 de marzo de 1556. En ésta hizo resaltar Paulo IV, que empleaba tanto tiempo en la reforma para que saliese ella bien; y que en negocio tan importante de ningún modo quería obrar según su propio parecer, sino oír también a otros. Dijo que cuanto más duramente se expresasen, tanto le era ello más grato, pues quería escuchar la verdad. Después volvió a hablar sobre la supresión de la simonía. «Magnífico embajador, observó, por largos años hemos tenido esto en el ánimo, porque veíamos pasar muchas cosas en la casa del Señor, que os pondrían espanto. Todo el que codiciaba un obispado, iba ante todo a un banco donde estaba expuesta la lista con el precio, y en el nombramiento de cardenales se calculaba cómo las decenas y centenas cediesen el lugar a los millares. Luego que Dios nos confirió esta dignidad sin procurarla de nuestra parte, nos dijimos a nosotros mismos: sabemos lo que el Señor exige de nosotros. Hemos de ir a las obras, y extirpar de raíz este mal. Si no lo hicimos en seguida, la causa fué porque quisimos primero nombrar cardenales, que fuesen idóneos para ayudarnos en esta obra. Ahora queremos poner en ejecución la reforma, aun con peligro de nuestra vida. Si se nos dice que con eso renunciaríamos demasiado, y andando el tiempo no podríamos vivir, no nos espanta esto en modo alguno, pues estamos seguros de que el que llamó todas las cosas de la nada al ser, no nos desampará. Es un milagro, señor embajador, cómo esta Santa Sede se ha mantenido, a pesar de que nuestros predecesores nada dejaron de hacer para arruinarla. Pero está fundada sobre una roca tal, que nada hay que temer. Si tampoco a nosotros nos hubiera de tocar en suerte un entero buen éxito, estaríamos contentos con limpiar este lugar santificado por Dios y después morir. Y para decíroslo todo, la nueva congregación tendrá el poder de un concilio. Hicimos imprimir el artículo sobre la simonía; porque aunque nos desdenamos de hacerlo llegar a las Universidades, pues no cumple a esta Santa Sede mendigar el juicio de otros, puede con todo circular bajo mano, porque queremos oír a todo el mundo, para poder dar mejor decisión.»

protonotario Paulo IV (v. Bromato, II, 485), y le confió la instrucción de los nepotes. Su tratado sobre la simonía se halla también en el *Cod. Vat. 3511 de la *Biblioteca Vaticana*.

En el ulterior decurso de la conversación advirtió el Papa, que su reforma traería tras sí grandes cosas, y que pensaba mostrar a los príncipes cómo en sus cortes había quizá más simonía que en Roma. «A esto queremos poner fin, pues nosotros tenemos potestad como sobre el clero, así también sobre ellos. Si fuere necesario, convocaremos un concilio, y en esta gloriosa ciudad, pues no hay necesidad alguna de ir a otra parte, y es notorio, cómo nunca fuimos partidarios de tener la asamblea eclesiástica en Trento, como si dijésemos en medio de los luteranos.» (1)

En una sesión de la primera clase de la comisión de reforma, que se celebró el 26 de marzo en casa del cardenal du Bellay, fué sometido a una detenida deliberación el artículo sobre la simonía. Hablaron no menos de dieciséis oradores, y pusieron de manifiesto grandísimas diversidades de opinión. Algunos, principalmente el obispo de Feltre, Tomás Campegio, defendieron la opinión, de que era lícita la aceptación de una recompensa pecuniaria por el ejercicio del poder espiritual. Otros, como el obispo de Sessa, combatieron esto muy resueltamente. Una tercera opinión, que sostuvo el obispo de Sinigaglia, Marco Vigerio della Róvere, propugnaba que la aceptación de una remuneración pecuniaria era a la verdad lícita, pero no siempre, y sólo con ciertas condiciones. Era de noche cuando se concluyó la sesión, que había durado cuatro horas enteras (2).

La próxima junta tenía que celebrarse después de Pascua; pero no se llegó a tenerla. Las grandes diversidades de opinión fueron tan contra los deseos del Papa, que ardía en ansias por resolver lo más pronto posible esta importante cuestión, que suspendió las sesiones de la comisión. Pensó por un momento en proceder con entera independencia (3), y decretar una prohibición absoluta de recibir presentes por servicios espirituales, aun de donantes voluntarios. Pero al fin parece que Paulo IV, con la impresión de las demandas del rey de Polonia, llegó a familiari-

(1) V. en el n.º 28 del apéndice la *carta de Navagero, de 14 de marzo de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*); cf. también Masio, *Cartas*, 239.

(2) V. Massarelli, 289 y *Concilio, 79, pág. 53 s. (*Archivio segreto pontificio*), como también la *carta de Navagero, de 28 de marzo de 1556 (*Biblioteca de S. Marcos de Venecia*); v. el n.º 29 del apéndice.

(3) Cf. la carta de Navagero, de 18 de abril de 1556, en el *Cod. Marc. 9445, p. 162^b, la cual se halla traducida en Brown, VI, 1, n. 459.

zarse con el pensamiento de un concilio (1). También entre tanto vió claramente lo peligroso que era la absoluta exclusión de las potencias seculares de una asamblea general eclesiástica. En la conversación que siguió al banquete por el aniversario de su coronación, advirtió, entre otras cosas, que haría con todo anunciar a las potencias seculares el concilio proyectado en Roma, pero sólo por cortesía, y sin ninguna obligación (2).

Fué grave daño para la obra de la reforma el que precisamente en el verano de 1556, cuando todos esperaban pasos decisivos en esta dirección (3), se empeorasen las relaciones políticas del modo más funesto, y se hiciese cada vez más probable la guerra con España. Con todo eso el Papa, aun durante este tiempo crítico, no perdió en modo alguno de vista el asunto de la reforma. Merece todo reconocimiento el que en este terreno, lo mismo que en los nombramientos de cardenales, no hiciese la menor concesión por respetos políticos. Por importante que fuera el apoyo que esperaba del duque de Ferrara, y por más intercesores que abogaran en favor del cardenal Este, tuvo que permanecer en el destierro este indigno príncipe de la Iglesia (4). Conforme Paulo IV con las máximas reformadoras del dictamen que emitió siendo cardenal en 1537, por el verano de 1556 tomó disposiciones contra los cardenales que se ausentasen de Roma. Al mismo tiempo se estableció, que todos los cardenales presbíteros dentro de tres meses habían de recibir las sagradas órdenes (5). Sobre el estado de los

(1) Cf. las instrucciones para Rebiba en el *Archivio segreto pontificio*, *Polit., 78, pág. 145 s., con las cuales concordaban las *commissioni pubbliche* para Carafa; v. Laemmer, Melet., 173, y Nonciat., II, 601; cf. también Hosii epist. II, 736.

(2) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 499, como también la *relación del embajador genovés, de 28 de mayo de 1556. *Archivio público de Génova*.

(3) El 3 de junio de 1556 notifica J. A. Calegari desde Roma a Commendone: *Si aspetta da tutti la publicatione de la bolla rigorosa de la riforma. Lett. de' princ., 23, n. 3. *Archivio segreto pontificio*.

(4) Ya el 2 de octubre de 1555 dirigió Hércules de Ferrara una *carta autógrafa a Paulo IV (que se halla en la colección de escritos gratulatorios mencionada arriba, pág. 153, nota 1, del *Archivio segreto pontificio*, II, pág. 191), en la cual anunciaba un enviado especial para interceder por su hermano. Se creía que también se había de proceder contra otros cardenales indignos. Así da cuenta de ello Navagero en 4 de enero de 1556: *Si dice per cosa certa che si attende a formar processo contra la vita et costumi del card. de Monte. Cod. 9445 de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(5) Cf. Acta consist. cancell. al 12 de junio y 17 de julio de 1556 (*Archivio consistorial*); cf. Gulik-Eubel, III, 37 y Bull. VI, 513 s. Los *breves origina-

monasterios y los abusos que se cometían en los hospitales, tomó el Papa minuciosas informaciones (1), porque en todos estos terrenos quería hacer mejoras. Con qué resuelta decisión mantenía fijo en la mente el gran fin que se había propuesto, muéstralo el hecho de haber ejecutado una reforma radical de la dataría, que le costó dos tercios de sus rentas, y esto en un tiempo, en que por causa de los preparativos para la defensa de sus Estados, necesitaba más que nunca grandes sumas de dinero. El nombrado en julio para datario, Francisco Bacodio, recibió la orden estricta de despachar gratuitamente todas las peticiones de gracias. El embajador veneciano, como legítimo representante de una ciudad comercial, calculó cuán grandes sumas se le iban al Papa por este camino (2). A Paulo IV no le daba esto la menor pena. De propósito había dado comienzo por la dataría, cuyos ingresos recaían en él personalmente, para mostrar cuán a pechos tomaba el cumplimiento de su promesa de comenzar la reforma por sí mismo; y porque en el modo como había procedido hasta entonces la dataría, veía él simonía, hizo aquí rigurosa mudanza. Aunque no se le ocultaba cuán peligrosa era semejante disminución de sus caudales precisamente entonces, en vísperas de la guerra con España, ejecutó con todo estas disposiciones, porque esperaba en Dios, que siempre le había ayudado. Al embajador veneciano le recordó, cómo él en otro tiempo con sus teatinos había llegado a Venecia enteramente pobre, y sin embargo había hallado su mantenimiento. «Y ahora, exclamó, después que hemos sido elevados a la silla de S. Pedro, ¿nos había de faltar lo necesario? Si esto temiésemos, mereceríamos ser de Dios castigados.» (3)

El 21 de agosto de 1556 dió el Papa un nuevo paso, que mues-

les a los cardenales ausentes, fechados en Roma a 16 de julio de 1556, que comienzan «Cogit nos» y todos son del mismo tenor, los he hallado en el *Archivio segreto pontificio* (Castel S. Angelo, Arm. 5, caps. 3). En total son quince breves, dirigidos a los cardenales Alejandro y Ranuccio Farnese, Ricci, Mendoza, Hérc. Gonzaga, Durante, Tagliavía, Cicada, C. del Monte, Crispi, Dandino, Madruzzo, Doria, Mercurio y J. della Róvere.

(1) Cf. la *Memoria per la cura delle cose spirituali pertinenti al viciariato di Roma en el *Archivio segreto pontificio*, Arm. 8, ordo 2, t. 5, p. 5 s.; v. *ibid.*, pág. 23 s. las *Informationi sobre el hospital del Espíritu Santo.

(2) V. la carta de Navagero, de 11 de julio de 1556, en Ancel, Concile, 18, nota 2; cf. Mocénigo-Albèri, 29 e *ibid.* 87 la relación de Soranzo; Róseo, III, 501.

(3) V. la relación de Navagero, de 22 de agosto de 1556, en Brown, VI, 1, n. 583.

tra con qué constancia llevaba adelante sus intentos de reforma. Un decreto publicado este día en el consistorio puso la segur a la raíz de uno de los más graves abusos en el terreno de los beneficios eclesiásticos. Además de las resignaciones anticanónicas de los cargos u oficios, contra las cuales había ya procedido Paulo III, se había introducido especialmente desde fines del siglo xv con extensión cada vez mayor, la llamada *Resignatio cum regressu*, esto es, una renuncia con la restricción del resignante, de que el beneficio resignado había de recaer de nuevo en él en ciertos casos, por ejemplo, si moría antes el adquiridor (1). Estas y parecidas renunciaciones, los llamados *Ingressus* y *Accessus*, no los quería tolerar con razón Paulo IV en modo alguno; pues veía en ellos lisa y llanamente invenciones diabólicas (2).

Ya en su primer año de pontificado había comenzado el Papa a proceder contra tales abusos, pero había tenido que otorgar todavía amplias excepciones respecto de los cardenales (3). Ahora (21 de agosto de 1556) fué enteramente suprimido y anulado todo acceso a beneficios, quienquiera que fuese el que lo hubiera concedido, y cualesquiera que fueran las cláusulas en él contenidas. Respecto de los regresos se prescribió, que los cardenales presentes en Roma dentro de quince días, los que moraban en Italia dentro de un mes, y los de la otra parte de los Alpes dentro de tres meses, habían de presentar al datario una lista de las resignaciones de este género que poseían. «Cuando hayamos recibido estos datos, declaró el Papa, diremos a los que gozan más de un regreso: esto no se puede permitir, elegid uno y renunciad a los demás. De este modo queremos ejecutar paso a paso la reforma. El infierno, a pesar de todos sus embates, nada podrá contra esta buena obra, que nos asegura un lugar en el cielo.» (4)

Esta disposición fué ejecutada con toda puntualidad y rigor.

(1) Cf. Hinschius, III, 283.

(2) Cf. la conversación característica de Paulo IV con Navagero en la *carta de éste de 28 de octubre de 1557 (*Biblioteca del palacio imperial de Viena*); v. también Brown, VI, 2, n. 937, 954.

(3) Cf. las relaciones de Navagero de 7 y 11 de septiembre de 1555 en Coggiola, A. d. Cornia, 99, y Ancel, Concile, 25, como también en los núms. 43 al 45 del apéndice la *carta del cardenal Vitelli, de 3 de diciembre de 1555 (*Bibl. Vatic.*), y las Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 37.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 1, n. 583 y Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 37. Una copia del *decreto de 21 de agosto de 1556 se halla en la *correspondencia de Madruzzo, existente en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

El Archivo secreto pontificio conserva todavía las listas de los regresos, que hubieron de presentar todos los cardenales; a la cabeza está Alejandro Farnese con una lista terriblemente larga (1). El daño económico, que amenazaba a diversos cardenales, era importante, y no faltaron por tanto vehementes quejas; pero el Papa permaneció firme (2).

A fines de septiembre anunció Paulo IV otras reformas, especialmente una prohibición para los obispos, de poseer cualesquiera otras prebendas. Las objeciones que pusieron los cardenales, no le persuadieron de la imposibilidad de ejecutar semejante disposición. A principios de octubre manifestó de nuevo su firme voluntad de continuar por el camino de reformas radicales. Dijo que no quería obrar de un modo aparente como los otros Papas, sino proceder de veras, de lo cual había dado la prueba con la renuncia de los centenares de miles que había redituado la dataría. Que el demonio había concitado la guerra con España para imposibilitarle ir adelante por el camino emprendido; pero que no se dejaría desconcertar, y cada día quitaría algunos de los muchos abusos (3).

La voluntad del Papa era ciertamente muy buena; pero pudieron más las circunstancias. Por septiembre de 1556 Alba había invadido los Estados de la Iglesia. La guerra con España naturalmente dejaba más y más en segundo término el asunto de la reforma, aunque el Papa al principio, con la tenacidad que le era propia, se afanaba por continuar desarraigando los numerosos abusos (4). Nuevas disposiciones generales no pudieron ejecutarse durante el tiempo de la guerra. Pero siempre merece singular reconocimiento el que Paulo IV, aun ahora, durante la estrechí-

(1) Después que en 4 de septiembre de 1556 se hubo prorrogado el plazo por otros quince días (v. * Acta consist. en el *Archivo consistorial*), los cardenales fueron presentando sucesivamente las listas prescritas; la * mayor parte de ellas se conservan en el *Archivo secreto pontificio*, Castel S. Angelo, Arm. 8, ordo 2, t. VI; la * lista del cardenal A. Farnese está fechada 18 Cal. Octobr. 1556.

(2) Junto con las relaciones de Navagero publicadas por Brown, VI, 2, n. 954, 1067 s., v. sus ** cartas de 14 de agosto y 28 de octubre de 1557 (*Bibl. del palacio imperial de Viena*); por la última se ve claro al mismo tiempo por qué las Acta consist. son tan pobres en datos respecto a los asuntos de la reforma.

(3) V. las relaciones de Navagero de 30 de septiembre y 2 de octubre de 1556 en Brown, VI, 1, núm. 636, 641.

(4) Cf. *ibid.*

sima penuria del erario, se mantuviese firme en la reforma de la dataría, así como en la limitación de la venta de cargos, y quisiese más bien imponer opresivos e impopulares tributos, que remitir algo de sus máximas reformadoras (1).

Cuán fiel permaneció a estas máximas también en otro respecto, pruébalo muy bien el *nombramiento de cardenales de 15 de marzo de 1557*.

Aun con más energía que en la última creación, habían procurado esta vez la diplomacia francesa y el cardenal Carafa influir en la decisión del Papa. Aunque los franceses dejaron ver la intención, de hacer depender la duración del socorro militar de la cuenta que se tuviese con sus candidatos, y a pesar de que Guisa, el cardenal Carafa y el embajador del duque de Ferrara tentaron todos los medios posibles, sin embargo de eso no consiguieron su fin (2). El Papa guardó su plena independencia, y quiso dejarse guiar solamente por respetos eclesiásticos. «La dignidad cardenalicia, dijo a Navagero, es de tal condición, que a los que son aptos para ella, se les habría de rogar que la aceptasen; debemos buscarlos con una vela en la mano, y toda recomendación de candidatos es inútil.» (3)

Como habían previsto los hombres expertos (4), el mayor número de los que fueron ornados con la púrpura el 15 de marzo, constaba de partidarios de la reforma y hombres de humilde nacimiento. El más insigne de los diez cardenales recién elegidos (5) era el dominico Miguel Ghislieri, que gozaba fama de santidad, y a quien Paulo IV siendo inquisidor había sabido apreciar desde hacía años. Antiguos conocidos del Papa eran también Virgilio Rosario y Consiglieri. Rosario, nacido en Espoleto, le había servido fielmente en negocios pecuniarios (6); fué vicario general

(1) V. el despacho de Navagero, de 8 de mayo de 1557, en Brosch, I, 202 s.

(2) Cf. Ancel, L' action réform., 22 ss.

(3) V. en el n.º 36 del apéndice la *carta de Navagero de 12 de marzo de 1557. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(4) En el * Aviso de 6 de marzo de 1557 se lee: Questi Franzesi dicono che il Papa farà buon numero di cardinali et alcuni vogliono che la maggior parte siano Chietini di poca consideratione. *Biblioteca Vaticana*.

(5) Cf. sobre ellos Petramellarius, 26 s.; Ciaconius, III, 854 ss.; Cardella, IV, 353 ss.; Bromato, II, 352 ss.; Gulik-Eubel, III, 39 s.

(6) Cf. el *Diurnale di tutti danari et entrate dell' ill. et rev. card. di Napoli che peverranno in mano di me Virgilio Ro. Ms. 140 de la *Biblioteca nacional de la Cartuja de S. Martín de Nápoles*.

de Paulo IV, cargo en el cual mostró gran severidad (1). El romano Juan Bautista Consiglieri era pariente de aquel Pablo Consiglieri, que había pertenecido con Carafa al Oratorio del Amor divino, fundado con él la Orden de los teatinos (2), y después había sido su maestro de cámara. El Papa ofreció la púrpura a este esclarecido varón, pero el modesto Pablo rehusó decididamente esta dignidad, y recomendó en su lugar a Juan Bautista Consiglieri. Éste había pertenecido anteriormente al estado seglar y contraído matrimonio dos veces; Paulo IV le conocía desde muy atrás y apreciaba singularmente su piedad (3).

Antes habían pertenecido también al estado seglar Lorenzo Strozzi, celoso impugnador de los calvinistas, y el arzobispo de Sens, Juan Bertrand, el único francés que recibió entonces la púrpura (4).

De los nombrados en 15 de marzo señalábanse por sus letras y erudición Tadeo Gaddi, arzobispo de Cosenza, Vitellozzo Vitelli, obispo de Città di Castello, y el nuncio de Venecia, Antonio Trivulzio, que en tiempo de Julio III había representado a la Santa Sede en Francia. Él y Lorenzo Strozzi, obispo de Bitetto, eran los únicos que fueron escogidos de la larga lista de Enrique II (5).

A los ocho sobredichos asoció el Papa todavía al celoso de la

(1) Como el Vicariato romano, esto es, la representación del Papa en Roma, así también los cargos de presidente de la Inquisición y de regente de la Cámara Apostólica habían de confiarse en adelante a solos cardenales, según la voluntad de Paulo IV; v. Massarelli, 327; Cf. Moroni, XCIX, 65, 67, 82, 94 (con fechas falsas).

(2) V. nuestras indicaciones del vol. X, 297, 303.

(3) Riess (pág. 238) llama a J. B. Consiglieri hombre dado a los placeres, pero sin alegar prueba alguna de ello. Lo opuesto dice *Delfino; v. abajo pág. 176, nota 2.

(4) Sobre su nombramiento v. el *breve a Enrique II de 16 de marzo de 1557. Arm. 44, t. II, pág. 61. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. Ancel, *L'action réform.*, 27 y *Nonciat.*, II, 342 nota; cf. *ibid.*, 357 ss. El cardinal Vitelli († 1568; cf. *Anecd. litt.* I, 436 ss.) fué muy benemérito de la ciencia histórica, por cuanto fué uno de los primeros que formaron una de aquellas colecciones de manuscritos históricos, que desde entonces fueron de moda en Roma. Obtuvo licencia de Paulo IV para hacer sacar copias en el Archivo del castillo de Santángelo, como en la Biblioteca Vaticana (v. Mercati, *Bibl. Apost.*, 77 nota). De su colección proceden no pocos de los manuscritos italianos, que en copias llegaron también a varias bibliotecas alemanas, v. gr. a *Berlín, Francfort, Gotha, Wolfenbittel*, y más tarde hasta Suecia (*Estocolmo, Upsala, Lund*) (Ranke, *Principes y pueblos*, I [1827], x s. Dudik, *Investigaciones en Suecia* 244). Vitelli coleccionó también antigüedades con mucha diligencia; v. Lanciani, Scavi, III, 170 s.

reforma y docto general de los franciscanos, Clemente Dolera (1), y a Alfonso Carafa, hijo de Antonio, marqués de Montebello. Alfonso tenía sólo dieciocho años; pero como generalmente se esperaba muchísimo de las virtudes de este joven, pareció al Papa justificada su elevación. El marqués, que en 9 de abril de 1557 recibió la administración del arzobispado de Nápoles, vino a ser el predilecto declarado de Paulo IV, que rezaba siempre con él el breviario. Las esperanzas con que inteligentes críticos saludaron a los nuevos cardenales, todos éstos las llenaron a excepción de Vitelli. Por lo demás, que éste andaba por otros caminos, fué ocultado a Paulo IV por su nepote (2).

Mientras tanto continuaba aún la guerra con España. Afligía gravísimamente al Papa el obstáculo que de ahí se originaba para sus trabajos reformatorios. Pero no dejaba dudar de que perseveraba inmutable en sus serios intentos de mejorar el estado de la Iglesia (3), así como manifestó por otra parte su buena voluntad de oír todas las quejas y reclamaciones de sus súbditos, con la ordenación de audiencias públicas, dada en 23 de enero de 1557 (4). Si por febrero del mismo año había publicado nuevas ordenaciones contra la inmoralidad que había en Roma (5), por junio dió prescripciones para que en adelante no se pudiesen cobrar más derechos ningunos por la concesión del palio (6). El

(1) Cf. Soranzo en Albèri, 102; Lauchert, 646 s.

(2) Que Vitelli vivía inmoralmente, es cosa cierta (v. Graf, Cincuenta, 265). Este hecho pasó por alto a Paulo IV acaso también por la razón de que Vitelli favorecía a los teatinos, que por eso le alababan ilimitadamente (v. Caracciolo, *Vita, 4, 13. *Biblioteca Casanatense de Roma*). Delfino con una *carta de 20 de marzo de 1557 envió a Fernando I la lista de los nuevos cardenales con observaciones que los caracterizaban. De Vitelli sólo dice: è dotto et pieno di spirito. Trivulzio es elogiado como nobilissimo, dottissimo et modestissimo, Gaddi como persona morigeratissima, Bertrand como homo di gran maneggio; la buena conducta la hace resaltar Delfino especialmente en Rosario, Dolera y Consiglieri. *Archivo palatino y público de Viena*.

(3) V. la *carta de Navagero, de 15 de mayo de 1557, y las relaciones publicadas por Brown, VI, 2, n. 946, 954.

(4) De Massarelli, 302 s., se ha de deducir, que esta ordenación fué decretada el 27 de enero, en que por primera vez fué ejecutada. Pero no es así. Según las *Acta consist., VII, p. 55, el 23 de enero de 1557 se celebró una congregatio generalis, en la cual efectuóse la institutio audientiae publicae. Ibid. hay el respectivo *decreto Cupiens quorumvis etc. (*Archivo consistorial*). Cf. además también Brown, VI, 2, n. 799 y n. 807 la descripción de semejante audiencia pública.

(5) Cf. el *Avviso di Roma de 13 de febrero de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(6) V. Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 37.

mes siguiente, en medio de lo más calamitoso de la guerra, dió un paso, del que esperaba los mayores bienes para la causa de la reforma. Las facultades de la Inquisición, a la cual ya antes, fuera de las cosas de fe propiamente dichas, se había también sometido el castigo de graves delitos morales, recibieron una ulterior extensión. El 15 de julio de 1557 fué a ella asignado todo lo que Paulo IV calificaba como «herejía simoníaca». A la penitenciaría, a la cancelaría, a la Cámara Apostólica y a la auditoría se dió la orden de no ocuparse ya en adelante en semejantes negocios. Por medio de la Inquisición quería el Papa poner fin de una vez para siempre a una serie de pésimos abusos, a la paga pecuniaria por la administración de los sacramentos, a las ordenaciones de los de menor edad, a la venta de beneficios y a todos los contratos ilegales. Como Paulo IV en ningún tribunal tenía tanta confianza como en éste, estaba persuadido de que con su nueva disposición había puesto un sólido fundamento, sobre el cual podía seguir edificando con segura esperanza de feliz éxito (1).

No dejaba el Papa lugar a duda sobre su firme voluntad de desterrar la venalidad de los beneficios y los numerosos abusos que se cometían en la cancelaría y penitenciaría. No se le ocultaba que con ello habían de quedar sensiblemente perjudicados los intereses de muchas personas; pero era de opinión, que esto no tenía proporción ninguna con el provecho que resultaba, de que en adelante no pudiesen ya alegar los luteranos los abusos de la curia (2).

En sus reformas daba Paulo IV especial importancia a que no se admitiesen excepciones, pues se había persuadido de que ésta era la causa por la cual tantas saludables ordenaciones de sus predecesores no habían producido los esperados frutos (3). Cuán firme se mantenía en sus severas máximas, hubieron de experimentarlo muy frecuentemente los representantes de las potencias. Entre las

(1) V. la *relación de Navagero, de 16 de julio de 1557 (*Biblioteca del palacio imperial de Viena*) y el *Avviso de 24 de julio de 1557 en el n.º 38 del apéndice. En las *Acta consist., que generalmente son muy incompletas, no está asentada esta disposición.

(2) V. en el n.º 38 del apéndice el *Avviso de 24 de julio de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); cf. también el *Avviso casi del mismo tenor, enviado desde Roma el 24 de julio de 1557, en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck* (hállase en la correspondencia de Madruzzo de 1555).

(3) V. la *carta de Navagero, de 26 de junio de 1557. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

relaciones del embajador veneciano hay una por extremo significativa respecto a eso, como también para conocer todo el modo de ser de Paulo IV. Descríbese en ella muy por menudo una audiencia de Navagero, de 16 de agosto de 1557. El embajador, conforme a la instrucción de su gobierno, pidió con mucha instancia la aprobación de la renuncia de un obispo veneciano en favor de un candidato, que gozaba de la plena confianza de la señoría. El Papa denegó redondamente la petición, diciendo que los obispos estaban unidos a su Iglesia con un vínculo, que era tan indisoluble como el matrimonio. «A pesar de eso, continuó Paulo IV, se ha acostumbrado conceder dispensas en este terreno por parte de la Santa Sede; pero mi maestro Santo Tomás y otros, que le siguieron, son de opinión de que los Papas en semejantes casos no pueden absolutamente dispensar.» El Papa se extendió después largamente sobre la dignidad del episcopado, y vino a hablar del primado, acerca del cual citó la sentencia de Homero: «Uno sea el que mande». Lamentó dolorosamente el descuido, con que en Roma se había procedido hasta entonces en la elección de los pastores del rebaño de Cristo; y dijo que no quería dejar de poner en esto toda la diligencia posible, porque sabía cuánto dependía de ello la salud de las almas. Desviándose enteramente del objeto primero de la negociación, se explayó Paulo IV en amplias explicaciones sobre los infortunios de la Iglesia, diciendo que en sus principios había tenido que luchar con tantas persecuciones de los infieles, y en todos tiempos con funestos herejes y otros adversarios; pero que la navecilla de Pedro nunca se había hundido, y que Cristo la gobernaba y dirigía. Que mientras los sectarios permitían a los suyos entera libertad en el vivir, el cristianismo exigía toda abnegación, y firme fe en tan grandes milagros como la encarnación de Cristo en las purísimas entrañas de la Virgen María y la conversión del pan en el verdadero cuerpo del Señor. Navagero, que conocía la índole del Papa, oyóle sosegado sin interrumpirle, aun cuando se extendió todavía más sobre los misterios de la fe católica, discurrió sobre la ordenación sacerdotal y los sacramentos, y expuso cómo el cristiano había de aprovecharse de los auxilios espirituales de la Iglesia. Después que Paulo IV hubo a su placer dado rienda suelta a su elocuencia, volvió súbitamente al objeto primero de la negociación, haciendo resaltar que su deseo era dar en todo gusto a

la señoría, con tal que esto no redundase en daño de la gloria de Dios y gravase su conciencia. Añadió que él nombraría un obispo, de quien todos en Venecia pudiesen estar contentos, desde el dux hasta el último gondolero; y que sólo hombres excelentes eran dignos de la mitra. El prudente embajador se dió por contento, y hasta dió gracias al Papa por la enseñanza que había recibido (1).

II

Cuanto más tiempo se prolongaba la lucha con los españoles, tanto más sentía el Papa la paralización de sus esfuerzos por la reforma. «Si Dios nos concede la gracia, dijo a principios de septiembre de 1557 al embajador Navagero, de librarnos de la guerra, como con viva ansia lo deseamos, prometemos dedicar todas las horas de nuestra vida al servicio de su divina Majestad, y llevar al cabo hechos que han de alegrar y consolar al mundo, porque queremos principiari por nosotros mismos, y después reformar a los demás.» (2)

Poco después se dió fin a la desgraciada guerra. Paulo IV volvió ahora con mucho mayor ardor a su primitiva y natural actividad. Concentróse tanto como pudo en los negocios puramente eclesiásticos, y hasta tal punto hizo de la reforma el objeto principal de sus esfuerzos, que se puede decir que ahora comenzó el verdadero gobierno del Papa teatino.

Luego en 1.º de octubre de 1557 juntó a los cardenales en un consistorio, y les expuso en un largo discurso, cómo las penas y trabajos padecidos hasta entonces, la guerra y la inundación del Tíber, los consideraba como un castigo de Dios y serio aviso de que se emprendiese la reforma. A esta reforma exhortó a los cardenales, declarando que ahora había de ser ella ejecutada, y que él mismo quería ser el primero en poner manos a la obra. Después se anunció un decreto, según el cual se prohibía absolutamente en adelante la concesión de monasterios como encomiendas; y ni aun en favor de los cardenales había ya de permitirse en este respecto

(1) V. la *relación de Navagero, fechada en Roma a 16 de agosto de 1557. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(2) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1015; cf. 1017.

ninguna excepción (1). Poco después experimentó también la penitenciaría una reforma (2); y al mismo tiempo quitáronse los abusos que había en la signatura. Al elogio que le dirigió el embajador veneciano, respondió el Papa que todo esto era de poca importancia, y que desde ahora por nada tendría tanta solicitud como por la verdadera reforma (3). Se tuvo noticia de que estaba en preparación una nueva bula rigurosa para suprimir los abusos en lo tocante a los beneficios (4). Este documento fué sometido aún a última hora a una nueva modificación; su definitiva redacción la recibió el 27 de noviembre de 1557 y fué luego al punto publicado (5).

Ya en el consistorio de 1.º de octubre de 1557 había anunciado Paulo IV a los cardenales su intento, de formar de entre ellos una comisión, que había de inquirir el provecho que resultaba de las reformas ya emprendidas, y cuidar, bajo la dirección personal del Papa, de lo que faltaba todavía (6). Este plan, que se dió a conocer por primera vez en agosto de 1556, vino a ponerse en ejecución en un consistorio de 3 de diciembre de 1557 en tal forma, que a los cardenales de la Inquisición se confiaron también los asuntos de la reforma (7).

(1) V. Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 37 y Santarem, XIII, 3, como también el *Avviso de 2 de octubre de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); cf. también la segunda *carta de Navagero, de 9 de octubre de 1557. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(2) V. en el n.º 41 del apéndice el *Avviso de 16 de octubre de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); cf. también Caracciolus, 88 y Göller, II, 1, 125.

(3) Cf. la segunda *carta de Navagero, de 9 de octubre de 1557. Las palabras del Papa fueron éstas: Magnifico ambasciatore questo è niente se bene è quel tanto che voi conoscete, nelle signature non sono più ammesse quelle cose che passavano per l'ordinario et hora a nessun altra cosa pensamo più che ad una vera riforma. *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

(4) V. en el n.º 42 del apéndice el *Avviso de 13 de noviembre de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(5) El Motu proprio contra eos qui pro obtinendis beneficiis se ipsos pro aliis supponunt vel annuas pensiones offerunt aut beneficia impetrant pro aliis, ut ab eis aliquid consequantur, vel pro se ipsis, ut aliis postea cum pensione resignent, se halla en el Bull., VI, 528 s. Cf. también el *Avviso de 11 de diciembre de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(6) Sobre el consistorio de 1.º de octubre v. la *relación de Navagero, de 2 de octubre (*Biblioteca del palacio imperial de Viena*); cf. el **Avviso de 2 de octubre de 1557. *Biblioteca Vaticana*.

(7) Lo que Ancel (Concile, 19) con perspicacia conjeturaba, viene a convertirse en certeza por lo que dicen las *Acta consist. del 3 de diciembre de 1557 (*Archivo consistorial*).

En el mismo consistorio de 3 de diciembre de 1557 fué llevada a término la supresión de los regresos respecto a los cardenales; y no fué permitido más que un regreso. Al mismo tiempo se ordenó para la provisión de los obispados, que la propuesta y el nombramiento no pudiesen ya efectuarse en un mismo consistorio (1). Al separar Paulo IV entrambos actos, quería dar tiempo para el examen de los candidatos. Procedió en esto con tal escrupulosidad, mediante la más exacta aplicación de los decretos del concilio de Trento, que en octubre de 1558 quedaron vacantes nada menos que cincuenta y ocho obispados (2). El Papa, que tenía un concepto sumamente elevado de la dignidad episcopal (3), tomó repetidas veces ocasión para exhortar también a los prelados recién nombrados, al fiel desempeño de su cargo y a recibir pronto las sagradas órdenes (4). Hosio, el excelente obispo de Ermland, hubo entonces de ser llamado a Roma en interés de la reforma; en el respectivo breve se hablaba también de la celebración de un concilio (5), para cuyo lugar sólo Roma venía en consideración (6).

El 14 de diciembre se aseguró el secreto de lo tratado en los consistorios con la amenaza de las más severas penas (7). Para Nápoles se ordenó una circunstanciada visita y reforma de todo el clero, secular y regular, y pronto también fué ejecutada (8). El Papa, refería en 1.º de diciembre el cardenal Vitelli a Carlos Carafa, que se hallaba en la corte de Felipe II, ha ordenado notables reformas y continúa constantemente en estos trabajos; no medita ni piensa otra cosa. En 17 y 24 de diciembre repetía Vitelli

(1) Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 37; cf. Bull., VI, 530 s.; Massarelli, 318 y la *carta del card. Vitelli, de 1.º de diciembre de 1557 (*Biblioteca Vaticana*); v. los núms. 43-45 del apéndice. El breve concerniente a los regresos, de 4 de diciembre de 1557, se halla en la *Bibl. Casanat.*, Editti, I, 102.

(2) V. las relaciones de Cés. Gonzaga en Ancel, Concile, 24, nota 6. Ya en un *Avviso di Roma de 18 de abril de 1556, se dice respecto de la aplicación de los decretos del concilio de Trento en la provisión de los obispados, que Paulo IV no hacía en esto ninguna excepción: *Et in queste concessioni questo papa è il più scrupoloso di tutti i passati. Cod. Urb. 1038, p. 134. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. la conversación de Paulo IV con Navagero en la *relación de éste, de 9 de octubre de 1557. Cod. 6255 de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*. V. también arriba, p. 178.

(4) V. Massarelli, 319.

(5) Cf. Raynald, 1557, n. 37; Eichhorn, I, 298; Hosii epist., II, 907, 931, 933.

(6) Cf. sobre eso Brown, VI, 2, n. 931.

(7) V. Massarelli, 319 y las *Acta consist. (*Archivo consistorial*).

(8) Cf. Tacchi Venturi, I, 454 s.

la misma notificación, diciendo que cada día se celebraban congregaciones, se daban santos decretos, y que el Papa era incansable en este sentido (1).

El comienzo del nuevo año 1558 lo señaló Paulo IV con nuevas disposiciones draconianas contra la retención y difusión de pasquines y escritos heréticos, y para determinados casos de alcahuetería se amenazaba con la pena de muerte (2). El 18 de enero exhortó a los cardenales a llevar una vida intachable (3). A principios de febrero habló nuevamente de promover por un concilio en Roma el asunto de la reforma, diciendo que esperaba dar en él disposiciones decisivas, que serían recibidas por todos con aplauso. Añadió que como él mismo había sido obispo residente, sabía bien con qué codicia se traía todo a Roma, y cómo con las muchas exenciones en favor de hospitales y hermandades, se había paralizado a los prelados en el ejercicio de su autoridad en tanto grado, que aun contra los peores sacerdotes no podían proceder. Opinaba el Papa con mucha verdad, que ésta era una de las principales causas de la corrupción eclesiástica (4). A fines de marzo fué enviado un comisario a Istria, Friul y Dalmacia, para reformar el clero de aquellas regiones (5). Por desgracia, dejáronse sentir entonces por primera vez de un modo inequívoco el peso y fatigas de la edad en el Papa de ochenta y cinco años, que hasta ahora había gozado en general (6) de una salud y robustez asombrosas. Quejábanse en la curia de que estaban estancados todos los negocios, excepto los de la Inquisición; hasta el datario y Barengo, que antes tenían siempre libre acceso al Papa, tenían ahora que aguardar muchas veces veinte días para ser admitidos a hablarle. El embajador francés a principios de abril esperaba todavía una

(1) V. estas *cartas (*Biblioteca Vaticana*) en los núms. 43-45 del apéndice.

(2) V. los **Avvisi di Roma* de 1.º y 8 de enero y 5 de febrero de 1558 (*Biblioteca Vaticana*); cf. Bull., VI, 537 y además Hinschius, V, 826; v. también Clementi, 214.

(3) V. Navagero en Brown, VI, 3, n. 1148.

(4) Brown, VI, 3, n. 1162.

(5) Junto con el breve de 24 de marzo de 1558, publicado por Fontana, 447, v. también *el dirigido al dux, de 2 de abril de 1558. Arm. 44, t. II, p. 111. *Archivo segreto pontificio*.

(6) Por agosto había padecido el Papa falta de apetito y de sueño, pero luego se repuso; cf. las *relaciones de Navagero de 5, 7, 14 y 16 de agosto de 1557 en el Cod. 6255 de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*.

audiencia, que cuatro semanas antes había solicitado. Aun fué puesta más a prueba la paciencia del cardenal Monte, que al cabo de tres meses no había conseguido su fin de hablar con el Jerarca supremo de la Iglesia (1). A mediados de abril corrió la voz de que el estado del Papa, que hasta entonces había sido satisfactorio (2), infundía recelo e inquietud. Sus fuerzas decaían; se creía que sólo aguardaba la vuelta del cardenal Carafa, para retirarse enteramente de los negocios políticos y dejarlos de todo en todo al cardenal nepote (3). La anhelada vuelta de Carafa efectuóse al fin el 23 de abril de 1558 (4).

Carlos Carafa había estado lejos de Roma seis meses enteros; aunque ya el 6 de octubre de 1557 fué condecorado con la cruz de legado, con todo eso, hasta el 22 no se había puesto en camino para la corte de Felipe II (5). El cardenal había retardado su partida, porque quería tomar precauciones para no ponerse nuevamente en peligro de perder su firme posición en Roma, como le había acaecido en su legación de principios de año. No pudo ciertamente el nepote tomar prevenciones contra eso tan extensas como había intentado; pero logró con todo, lo que le parecía principal: lleno de desconfianza para con su hermano mayor Juan, duque de Paliano, muy descontento del curso de la política seguida hasta entonces, consiguió que fuesen puestos al lado de éste para el manejo de los negocios políticos, los cardenales Rebiba y Alfonso Carafa (6). A ellos fueron también agregados el general Camilo Orsini, Luis Lipomano, obispo de Verona, y algunos otros prelados. Este consejo de Estado, que había de eximir al Papa cuanto fuese posible del cuidado de los negocios seculares, celebró el 23 de octubre su primera sesión (7).

(1) V. el *Avviso di Roma de 2 de abril de 1558. *Biblioteca Vaticana*.

(2) *Sta bene, participaba Lipomano al cardenal Carafa desde Roma el 2 de abril de 1558. Cod. Barb. lat. 5715 de la *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el *Avviso de 16 de abril de 1558. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Massarelli, 322, la relación publicada por Coggiola, Capitolazione, 103, y la *carta de Jacobo Banissio al card. Madruzzo, fechada en Roma el 23 de abril de 1558. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(5) V. Massarelli, 318; cf. también Coggiola, Capitolazione, 46.

(6) V. las *relaciones de Navagero de 16 y 23 de octubre de 1557 (*Bibl. del palacio imperial de Viena*). Según ellas hay que corregir a Riess, 288.

(7) Cf. Massarelli, 318. Sobre el valor entonces sólo teórico de esta mudanza v. Susta en las Comunicaciones del Instituto Austriaco, tomo suplementario VI, 552 s.

En Bruselas, adonde llegó el cardenal Carafa el 12 de diciembre de 1557, fué recibido con agrado por lo que tocaba a las negociaciones de paz; en cambio, respecto de sus asuntos privados, que consideraba como lo principal, de antemano tenía que esperar poco el nepote, y esto tanto más, cuanto sus antiguos enemigos mortales, Ascanio della Corgna y Juan de la Vega, trabajaban con ardor por llenar a Felipe II de desconfianza (1).

A fines de noviembre de 1557 había muerto en Bari Bona Sforza, reina viuda de Polonia, después de haber instituído a Felipe II por su heredero universal. Entre los Carafas se formó al punto el plan, de obtener el ducado de Bari como compensación para el duque de Paliano. Un enviado, Leonardo di Cardine, dió instrucciones al legado para que trabajase en Bruselas en este sentido (2) Cardine en su viaje había comunicado el plan al duque de Alba, pero con ello no suscitó ningún intercesor, sino un mal adversario. Al influjo de Alba se había de atribuir el haber dado el rey de España una respuesta evasiva, cuando el cardenal Carafa el día de año nuevo de 1558 presentó oficialmente la petición. En lo sucesivo perseveraba a la verdad la corte española en colmar de honores al nepote, pero a esta apariencia exterior no correspondía en modo alguno el arreglo del asunto de la compensación, el cual tomaba un cariz cada vez más desfavorable para los Carafas, por los manejos del duque de Alba, que en este intermedio había llegado a Bruselas. Todas las tentativas del legado para que se tuviese más cuenta con sus deseos, quedaron fallidas. Pero esto no impedía al aseglarado prelado el procurarse un desahogo de las fatigas de las negociaciones por medio de banquetes, juegos y cacerías (3). La propuesta definitiva del rey de España fué presentada oficial-

(1) Sobre la legación de Carafa a Bruselas cf. Pieper, 98; Coggiola, Cornia, 354 s. y Capitolazione, 70 s.; Riess, 288 s.; Ancel, Disgrâce, 21 s. Como el cardenal Carafa agenciaba en primera línea sus negocios privados, la correspondiente comisión de paz en Francia tuvo también que fracasar (v. Pieper, 100 s.). Para corregir los datos de Gothein, S. Ignacio, 478 y 755, hay que observar lo siguiente: Paulo IV agregó a Salmerón como consejero al card. Carafa, y Ribadeneira se juntó con Salmerón para aprovechar la ocasión del viaje (Astrain, II, 371. Epist. Salmeronis, I, xv, donde se dan también muchos pormenores sobre el regreso). Carafa llevó consigo a Bruselas al nuncio de Suiza Raverta, cuya nunciatura con eso llegó a su fin; cf. sobre ella Reinhardt-Steffens, xiv-xx.

(2) V. las instrucciones del duque de Paliano para Cardine en el apéndice de Nores, 432.

(3) Cf. Firmani Diaria, 512.

mente en los últimos días de febrero. Según ella, Juan Carafa había de recibir como compensación por Paliano, el ducado de Rossano, que rendía anualmente de 5000 a 6000 coronas, y fuera de eso una renta anual de 10000 coronas, procedente del tributo por la seda en el reino de Nápoles, y el cardenal Carlos una pensión anual de 12000 coronas. El cardenal, que había soñado en cosas mucho mayores, rechazó esta oferta. Aunque ahora Felipe II se allanó a remitir a Roma las ulteriores negociaciones sobre la cuestión acerca de la posesión de Paliano, con todo el legado hubo de decir para sus adentros, que su misión había enteramente fracasado. Como hábil diplomático evitó a la verdad un rompimiento exterior, pero profundamente disgustado, emprendió su vuelta a mediados de marzo (1).

Se ha creído por largo tiempo, que el mal éxito de la misión a Bruselas había desquiciado el valimiento de que gozaba el cardenal Carafa con su tío; mas lo directamente contrario es lo verdadero (2). Hasiado de las cosas políticas, y atendiendo más que nunca a dedicar todas sus fuerzas a la reforma eclesiástica, había esperado con ansia el anciano Papa la vuelta de su nepote (3). Apenas hubo éste llegado, su hermano, el duque de Paliano, pasó por entero a segundo término, lo que se manifestó exteriormente por su traslación del Vaticano a los Santos Apóstoles (4). El car-

(1) V. Coggiola, *Capitolazione*, 102. Sobre el viaje de vuelta observa L. Firmano: *12 Martii 1558 legatus cum tribus suis familiaribus incognitus nemine sciente discessit per portas cum maxima diligentia quia transire oportebat per loca suspecta Lutheranorum. *Diaria*, XII, 29. *Archivo secreto pontificio*.

(2) La opinión de que la caída del nepote se efectuó por motivos políticos, y especialmente de que estaba conexcionada con la desgraciada legación de Carafa a Bruselas, la ha defendido Ranke (*Papas*, I^a, 195) con tanta confianza y seguridad, que ha pasado a todas las exposiciones posteriores. En contra de eso Coggiola (*Capitolazione*, 104 s.) y especialmente Ancel (*Disgrâce*, 23 s.) han demostrado, alegando para ello relaciones que no se pueden impugnar, que esto es enteramente falso, y que, al contrario, el cardenal Carafa nunca fué más poderoso que en el tiempo que corre desde abril hasta diciembre de 1558.

(3) Esto consta particularmente por las *cartas del cardenal Vitelli al cardenal C. Carafa, fechadas en Roma a 8 de noviembre, 1.º y 17 de diciembre de 1557 (cf. los núms. 43-45 del apéndice. *Biblioteca Vaticana*), y por la relación de Buoncambi a O. Farnese, fechada en Roma el 26 de marzo de 1558. *Archivo público de Parma*.

(4) V. las relaciones publicadas por Ancel, *Disgrâce*, 27, nota 2; cf. Coggiola, *Capitolazione*, 108.

denal Carafa consiguió ahora de su tío, que dejase todo lo que pertenecía a los negocios políticos, administrativos, rentísticos y judiciales. Rodeó al Papa de hombres que tenía enteramente adictos a sí, de modo que el anciano sólo sabía lo que el nepote quería (1). Paulo IV mismo limitaba su actividad al terreno religioso. Comúnmente sólo se dejaba ver en los consistorios y en las sesiones de la Inquisición; y la restante parte del tiempo la dedicaba a reformas y a ejercicios espirituales. Su inseparable compañero en esto era el joven cardenal Alfonso Carafa. Cada mañana iba el Papa desde su habitación del Vaticano por el largo corredor de Bramante, al Belvedere, donde pasaba dos tercios del día. Las audiencias privadas eran ahora todavía más difíciles que antes, y el despacho de los negocios corrientes cada vez más lento y dilatado. Del Papa, que había llegado a hacerse casi invisible, sólo se sabía que se ocupaba constantemente en los negocios de la Inquisición y de la reforma eclesiástica (2).

Nadie se alegraba más del aislamiento y entera limitación del Papa al terreno puramente religioso, que el cardenal Carafa, el cual en todos los demás negocios podía ahora disponer a su gusto. Cuanto menor probabilidad tenían de llegar a cumplimiento sus vastos planes de colocar en posición de príncipes a la familia Carafa, con tanto mayor ardor procuraba ahora enriquecer a sí y a los suyos, y gozar de la vida como gran señor. De mejor gana que en las suntuosas salas de las habitaciones de los Borjas, moraba en su viña del Trastévere, la cual exornó de todos modos, aun con estatuas antiguas. Aquí daba a sus amigos, entre ellos a algunos cardenales mundanos, como Vitelli, Sermoneta y Ranuccio Farnese, espléndidos convites, después de los cuales se jugaban grandes sumas. Se reconoce de nuevo al antiguo soldado, sobre todo en la pasión del cardenal por la caza. Diversiones de este género eran inofensivas comparadas con otras. No puede caber duda de que Carlos Carafa llevaba constantemente una vida inmoral (3).

(1) Cf. Gratianus, 63.

(2) V. Ancel, *Disgrâce*, 23 s.; cf. también *Secrét.*, 12 s. y Coggiola, *Capitolazione*, 109.

(3) Cf. los testimonios contemporáneos en Ancel, *Disgrâce*, 25 s.; v. también Graf, *Cinquecento*, 265, 281; *Studi stor.*, VIII, 254. La pasión por la caza de los Carafas era tan grande, que tenían más de 1300 perros; de los cuales 400 pertenecían al cardenal, il che da da dire non poco in questa cares-

¡Qué oposición entre esta conducta disoluta de un prelado corrompido del Renacimiento, y la solitaria y piadosa vida monacal del Papa! La actividad de entrambos se movía en mundos enteramente diversos: Paulo IV se ocupaba con ardor en la reforma eclesiástica, y su sobrino dejaba ver de nuevo los peores aspectos del periodo del Renacimiento (1). Con magistral destreza sabía el nepote ocultar al Papa su vida escandalosa y su mala administración en Roma (2), y disipar al punto cualquier sospecha que se levantase contra él.

Por el verano de 1558 preparaba Paulo IV una bula general de reforma, que había de comprender todas las disposiciones particulares. Se había esperado ya la publicación de semejante documento en junio de 1556, y después se dijo que era sometido a una nueva redacción (3). El 8 de agosto de 1558 volvió a hablar del mismo el Papa en un consistorio (4). Pocos días más tarde lamentóse en otro consistorio, de que por causa de la guerra no había podido juntar el concilio, afirmando empero que ahora dedicaría también seria atención a este asunto (5). Para efectuar algunas reformas diéronse a fines de otoño dos ordenaciones, que causaron gran estruendo. El 21 de octubre mandó el Papa que nadie, ni siquiera ningún cardenal, pudiese abrir las cartas de príncipes

tia che hora regna, se dice en un *Avviso de 3 de diciembre de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 355^b. *Biblioteca Vaticana*.

(1) Hasta en relaciones que más se ocupan en lo exterior, resalta esto con frecuencia muy vivamente. Así en un *Avviso di Roma de 8 de octubre de 1558 se da cuenta primero de la actividad del Papa en los trabajos de reforma, y después se dice: Li signori Caraffa attendono alle caccie et piaceri. Cod. Urb. 1038, p. 342^b. *Biblioteca Vaticana*.

(2) Los impuestos suben, lamentase el embajador portugués en 10 de diciembre de 1558, reina falta de víveres, la justicia está por el suelo, y el Papa no interviene; v. Santarem, XIII, 13; cf. *ibid.*, 8, 10, 22 sobre el aislamiento de Paulo IV, con el cual alcanzar una audiencia era sumamente difícil. Sobre la carestía a principios de 1558 v. Clementi, 214.

(3) V. la carta de J. A. Calegari en Ancel, Concile, 23, nota 1.

(4) V. *Acta consist. (*Archivo consistorial*): *S. D. N. primo loco multa commemoravit quae sunt necessaria ut fiat reformatio universalis ecclesiae, postea vocatus d. Barenus ad formandam bullam super translatione festivitatis s. Dominici. Cf. sobre eso abajo, p. 209.

(5) *Avviso di Roma de 13 de agosto de 1558: *Lunedì si fece consistorio, ma non si fece parola di dar la croce al rmo. di Pisa. S. S.^{ta}. parlò di reforma, dicendo che non havendo per le guerre potuto congregare un concilio, non voleva più tardar a farlo. Cod. Urb. 1038, p. 330. *Biblioteca Vaticana*.

dirigidas a él, que se refiriesen a negocios de patronato (1). El 28 de noviembre estableció bajo pena de excomunión, que en lo por venir no se había de recibir dinero alguno por el palio (2). En el mismo consistorio unió la auditoría de la Cámara con el cargo creado por él recientemente, de regente de la Cámara, y confió este puesto al excelente cardenal Alfonso Carafa (3). Esperábanse y fueron anunciadas otras disposiciones reformatorias de carácter general (4).

Gran solicitud y cuidado tomó el Papa durante todo su pontificado por la reforma de los conventos (5). En qué relajamiento y disolución habían caído muchas casas religiosas, nada lo muestra mejor que el desorden y abuso de haber multitud de «frailes vagabundos». Designábanse así aquellos religiosos, que por medio de dispensas que habían obtenido con artificio parte de la penitenciaría y dataría, parte de sus superiores, o aun sin permiso, con diversos pretextos vivían fuera de sus casas, y muchas veces andaban de una parte a otra hasta vestidos de seglar. El mayor número de estos hombres causaba grandísima desedificación, con su vida escandalosa o sus falsas doctrinas. Paulo IV, ya en tiempo de Clemente VII había tenido ocasión de conocer este desorden en Venecia, y pedido que se procediese enérgicamente contra él (6); asimismo en los pontificados de Paulo III y de Julio III, se había esforzado por conseguir la supresión de este inconveniente. Pero las severas ordenaciones de Julio III, así como las particulares disposiciones que tomó Paulo IV mismo siendo Papa, casi no habían tenido

(1) V. *Acta consist. cancell. (*Archivo consistorial*) y Massarelli, 326.

(2) V. *Acta consist. cancell. en Gulik-Eubel, III, 37.

(3) V. el *Avviso de 3 de diciembre de 1558 en Gulik-Eubel, III, 37 (*Biblioteca Vaticana*) y Massarelli, 327, donde se dan también pormenores sobre la supresión de este cargo hecha por Pío IV.

(4) Además de la carta de Pasino di Giusti publicada por Ancel, Concile, 23, nota 1, cf. especialmente los *Avvisi di Roma de 19 de noviembre (el Papa en la congregación en que permanece tres horas, anuncia tres bulas: contra los sfratati, sobre la Inquisición y contra los hijos de sacerdotes) y de 26 de noviembre de 1558 (las bulas están dispuestas para la impresión). Cod. Urb. 1038, p. 351, 352. *Biblioteca Vaticana*.

(5) Sobre la reforma de los dominicos de Nápoles v. en el n.º 49 del apéndice el *breve de 25 de julio de 1558 (*Archivo secreto pontificio*). A este lugar pertenece también el *breve a Angelo de Mediolano et Augustino de Papia ord. praed. acerca de la reforma de los monachi herimit. S. Hieron. ordin., de 4 de abril de 1559 (Arm. 44, t. II, p. 135), y el de 2 de diciembre de 1558, publicado por Fontana, 448.

(6) Cf. nuestras indicaciones del vol. X, p. 314 s.

ningún buen suceso (1). Por junio de 1558 corrió el rumor, de que estaban para darse decisivas providencias de severísimo carácter contra los «frailes vagabundos» o «apóstatas». En 20 de julio se despachó una bula relativa a esto, que se publicó el 3 de agosto (2).

En este documento, que junto con el decreto dado ya el 16 de diciembre de 1555 contra la concesión de monasterios como encomiendas, forma un importante jalón respecto de la reforma de los conventos, dispone el Papa lo siguiente: 1.º Quien una vez se ha ligado con votos religiosos y después con algún pretexto vive fuera de los conventos de su Orden, pierde todas las prebendas y sus rentas, todos los grados académicos en todas las facultades y cualquier empleo eclesiástico. En adelante ha de quedar inhabilitado para todas las prebendas, grados, etc. Fuera de eso queda suspendido de toda función o ministerio eclesiástico, singularmente del sacerdocio. Las prebendas que poseía, son consideradas como vacantes y deben proveerse de nuevo, y se pone fin a las reservas de rentas. Por tanto, los apóstatas no pueden durante su vida obtener prebendas eclesiásticas, ni ejercer cargos eclesiásticos, ni recibir rentas ni pensiones eclesiásticas; tampoco pueden ejercer cura de almas o un ministerio eclesiástico, ni administrar sacramentos, ni decir misa; sus pensiones, encomiendas y reservas quedan anuladas, ni pueden percibir sus rentas. El que a pesar de eso ejerce cura de almas, administra sacramentos y dice misa, incurre en las penas debidas. 2.º Nadie ha de albergar o dar mantenimiento a un apóstata, o prestarle ayuda para que no vuelva a su convento; quien tal hiciere, si después de la precedente admonición no se enmendare, incurrirá en excomunión. 3.º Ningún patrono puede presentar a un apóstata para un beneficio, y si lo hace, pierde para este solo caso su derecho de presentación. 4.º Los competentes superiores de la Orden o los obispos pueden,

(1) Sobre Julio III v. vol. XIII, p. 163; sobre las diversas disposiciones de Paulo IV v. la *carta de Navagero, de 22 de mayo de 1557: Mando a V. S. la bolla in stampa contra li sfratati del ordine dei frati minori; il medesimo si aspetta anco dell'altre religioni (*Biblioteca del palacio imperial de Viena*); Diario di N. Turinozzi, 8.

(2) El *Avviso di Roma de 25 de junio de 1558, notifica: *È commessa una bolla gagliardissima contra gli sfrattati. El 20 de julio de 1558 fué la bula (impresa en el Bull., VI, 538 s.) expedida (cf. *Avviso de 23 de julio. *Biblioteca Vaticana*) y el 3 de agosto publicada; v. Gianfigliazzi en Ancel, Concile, 26, nota 3.

aun por la fuerza e invocando el brazo secular, hacer volver a los apóstatas a su convento, o mandarles dar mantenimiento en lugares adecuados cerca de los conventos, o en otros conventos de la misma Orden para que hagan penitencia. Si los apóstatas no obedecen, incurrn por el mismo hecho en excomuni3n mayor. 5.º Los ap3statas han de llevar constantemente un birrete negro con listas de lino blanco de un dedo de ancho. 6.º Quien ha hecho los votos religiosos y despu3s sostiene no estar agregado jur3dicamente a la Orden, y cree poder vivir fuera del convento, o hace una petici3n en este sentido, la licencia alcanzada del Papa o de la penitenciaria ha de presentarla al cardenal protector en la curia y al procurador general de la Orden, y ante 3l seguir su causa. 7.º El permiso concedido a los ap3statas de pasar a otra Orden es inv3lido, aun cuando haya sido otorgado por el Papa o por la penitenciaria, a no ser que se trate de pasar a una Orden de igual o mayor rigor. 8.º Quien se ha pasado y no vuelve, pierde la administraci3n de los beneficios, cargos y prelaturas eclesi3sticas. Lo que fu3 adquirido por los religiosos que viven fuera de su convento, pertenece a 3ste. 9.º Como enseña la experiencia, el privilegio concedido a casi todas las Ordenes de admitir a los pertenecientes a otras religiones ha dado ocasi3n a los ap3statas para andar vagueando fuera de su convento, especialmente cuando varios superiores religiosos reciben a semejantes ap3statas, les dan el h3bito y despu3s les otorgan permiso para vivir fuera de la Orden. Por eso queda sustra3do a las Ordenes su respectivo privilegio; s3lo lo conservan los cartujos y ermitaños camandulenses, si realmente viven como eremitas (1).

Paulo IV obr3 tambi3n esta vez conforme a su m3xima, de ejecutar *al punto* sin miramientos las reformas una vez decretadas. Al anochecer del 22 de agosto fueron cerradas todas las puertas de Roma; durante la noche emprendi3 la polic3a una extensa batida contra los «frailes vagabundos». Fueron arrestados unos ciento (2). Aunque el Papa precisamente entonces estaba muy enfermo (3), cuid3 de dar el m3s riguroso castigo a los que

(1) Bull., VI, 538 ss.

(2) Adem3s de las relaciones citadas por Ancel (Concile, 26, nota 4), cf. tambi3n el *Avviso di Roma de 27 de agosto de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 335b. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. el *Avviso de 3 de septiembre de 1558, loc. cit., 333b.

persistían en la desobediencia; los cuales parte fueron encarcelados, parte enviados a las galeras, y muchos huyeron. No amparaba contra la pena la autoridad de la persona; hasta un literato tan benemérito como Basilio Zanchi, conservador de la Biblioteca Vaticana, fué puesto en prisiones (1). El 3 de septiembre, el número de los que en Roma compartían su suerte, subía ya a más de doscientos. Después que quedó limpia la capital, las severas disposiciones fueron también extendidas al Estado de la Iglesia (2).

Con penas draconianas de semejante género había de procesarse también contra los indignos eclesiásticos seculares. Se esperaba que la correspondiente bula sería tan rigurosa, que muchos preferirían sustraerse al castigo, abandonando voluntariamente a Roma (3). El Papa, que ya antes había emprendido la reforma del breviario (4), quería llevar también a término este asunto a fines de este año (5).

A consecuencia de la provecsta edad de Paulo IV y de su salud precisamente entonces muy insegura (6), se había tratado con mucho ardor en el último tiempo el punto de la nueva elección. Singularmente el ambicioso cardenal Este diligenciaba su propia elección de un modo a todas luces escandaloso. Contra él se había levantado ya en el último conclave el celoso de la reforma, Carafa, comparándole con Simón Mago. Como Este y junto con él también otros cardenales ahora como antes, procuraban por todos los medios posibles asegurarse votos para el futuro conclave,

(1) Cf. Caracciolus, 84; Bromato, II, 491 s.; Pogiani, Epist., I, 25 nota; IV, 361. B. Zanchi murió en la prisión (v. el *Avviso de 8 de octubre de 1558, loc. cit., 342^b). El card. A. Carafa da cuenta del proceder contra los apostati: *Fece darsene notamento da tutte le religioni per sapere quali non obediavano, et se di questi tali alcuno se le fosse presentato avanti che fosse stato suo caro amico mentre era in religione, lo ributtava ne volea più vederlo dicendo che non lo conosceva. Apologia Cod. X, F. 55 de la *Biblioteca nacional de Nápoles*.

(2) *Avviso de 3 de septiembre y de 8 de octubre de 1558, loc. cit., 333^b, 342^b; cf. Bertolotti, Mártiri, 21 ss.

(3) *S'aspetta bolla di riformatione contra li preti, la quale si dubita che sarà tanto strana et rigorosa che molti cercheranno di partirsi da Roma. Aviso de 29 de octubre de 1558, loc. cit., 348.

(4) El 8 de agosto de 1558 prohibió Paulo IV el breviario de Quiñones (v. Massarelli, 325 y Revista trimestral de Tubinga, 1884, 481 s.). Bäumer, Historia del breviario (Friburgo, 1895, p. 415) indica equivocadamente el 10 de agosto de 1555.

(5) V. el *Avviso de 26 de noviembre de 1558, loc. cit., 352.

(6) Cf. abajo, p. 193, nota 2.

Paulo IV en 16 de diciembre de 1558 expidió una bula con clara indicación de estas ocultas maniobras, por la cual se prohibía con las más graves penas eclesiásticas y civiles, tanto a los cardenales como a todas las demás personas de cualquier estado que fuesen, toda suerte de negociaciones sobre la futura elección en vida del Papa reinante sin conocimiento de éste (1).

En su alocución de Navidad dijo el Papa a los cardenales, que no habían de maravillarse de que por las témporas no se hubiesen efectuado nuevos nombramientos, porque por una parte el Sacro Colegio estaba todavía bien proveído, y por otra no había hallado candidatos que poseyesen las cualidades necesarias para semejante dignidad (2).

Esto era al mismo tiempo una repulsa dada a los nepotes, que precisamente entonces molestaban a su tío con recomendaciones de candidatos adictos a ellos; ahora como antes no otorgaba Paulo IV a los suyos influjo alguno en los asuntos interiores de la Iglesia. Con tanto menor reserva se aprovechaban el cardenal Carafa y sus hermanos del poder omnímodo que les estaba concedido respecto a los negocios seculares; aquí mandaban y disponían ellos con una arbitrariedad, que era tanto mayor, cuanto faltaba toda inspección y vigilancia. Sus inicuas infamias y descaradas exacciones sobrepujaban toda medida. A consecuencia del aislamiento del Papa, de la conciencia de sí y por efecto de su impetuosidad, pasó mucho tiempo sin que llegase a sus oídos algo del desvergonzado proceder de los nepotes. El primero que tuvo el valor de comunicarle cosas desfavorables sobre el cardenal Carafa, fué un teatino, cuyo nombre por desgracia no es conocido. El Papa quedó enteramente asombrado, dió las gracias por la declaración, e hizo llamar a sí al punto al acusado cardenal.

Carafa delante de su tío, que ardía en cólera, mostró la mayor serenidad, y lo negó todo. Supo tan hábilmente fingirse víctima

(1) V. Bull., VI, 545 s.; cf. Hinschins, V, 729 s.; Sägmüller, Elecciones de Papa, 14 ss. y Bulas sobre elecciones de Papa, 40 s.; v. también Lorenz, La elección de Papa y el Imperio, Berlín 1874, 133 ss. La bula fué publicada el 3 de febrero de 1559 (v. Turinozzi, 12), pero prohibida su venta; v. el Aviso de 4 de febrero de 1559. Cod. Urb. 1039, p. 8. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. en el n.º 51 del apéndice el *Aviso de 24 de diciembre de 1558 (*Biblioteca Vaticana*). De los continuados esfuerzos del Papa por llevar adelante la reforma, daba cuenta el card. B. de la Cueva al card. Madruzzo en una *carta, fechada en Roma a 8 de enero de 1559. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

de una calumnia, que el anciano Papa le dió otra vez crédito. Después de este suceso, del que dió cuenta a su patria el embajador florentino el 13 de agosto de 1558, nadie se atrevía, menos aún que antes, a tocar en su honra al nepote (1).

Por septiembre de 1558 fué asaltado Paulo IV de una grave enfermedad, y pareció que llegaba su fin; pero su naturaleza de hierro venció la crisis con una celeridad que pone asombro (2). Ahora pudo el cardenal Carafa gozar y abusar tranquilamente aún algunos meses de su privilegiada posición. La catástrofe cayó de golpe muy súbitamente por enero de 1559, no solamente sobre el cardenal, sino también sobre sus hermanos.

Por un suceso en sí de bastante poca monta vino a rodar la piedra. El día de año nuevo de 1559 originóse en un banquete, entre el hermano del cardenal Carpi y el sobrino del duque de Paliano, Marcelo Capece, una escandalosa reyerta que casi degeneró en efusión de sangre. El cardenal Carafa procuró ocultar el suceso al Papa, pero a pesar de eso llegó éste a saberlo. El 6 de enero mandó llevar a Capece al castillo de Santángelo (3).

Por el mismo tiempo aconteció todavía otro incidente, que abrió al Papa de una vez enteramente los ojos. Hacía largo tiempo que el embajador florentino, Bongianni Gianfigliuzzi, procuraba inútilmente hablar con Paulo IV para despachar negocios urgentes; en un nuevo conato que hizo para alcanzar por fin audiencia, fué despedido de un modo ofensivo por el cardenal Carafa el 6 de enero de 1559. El día siguiente logró penetrar Gianfigliuzzi hasta verse con el Papa, contóle la injuria que se le había inferido, y con hábiles indicaciones suscitó profunda desconfianza en el anciano, que hasta entonces se había fiado ciegamente de sus nepotes (4).

(1) Sobre esta primera denuncia y la tragedia de la Plautilia del Lante, que con ella se enlaza, v. Ancel, *Disgrâce*, 30 s.

(2) Cf. Massarelli, 326 y los **Avvisi di Roma* de 27 de agosto, 3, 10, 17 y 24 de septiembre y 1.º de octubre de 1558, en el Cod. Urb. 1038 (*Biblioteca Vaticana*; cf. el n.º 50 del apéndice); v. también las relaciones publicadas por Coggiola, *Capitolazione*, 127, y la *carta de Ansaldo Giustinian a Génova, fechada en Roma a 9 de septiembre de 1558. *Archivo público de Génova*.

(3) Cf. las *relaciones de Gianfigliuzzi de 6 y 13 de enero de 1559, discrepantes de Nores (*Archivo público de Florencia*), ya utilizadas por Ancel, *Disgrâce*, 32 s.; cf. también Clementi, 216.

(4) V. la *relación de Gianfigliuzzi de 7 de enero de 1559 (*Archivo público de Florencia*), utilizada por Ancel, *Disgrâce*, 34 s., la cual es confirmada por un *Avviso* de 21 de enero de 1559 (*ibid.*, 35, nota 2).

Paulo IV por la conducta de Carafa respecto del escándalo provocado por Capece, había entrado en sospechas y comenzó ahora a hacer averiguaciones sobre la vida de su omnipotente nepote. Ante todo, llamó a sí al teatino Padre Jeremías Isachino, que era venerado como santo, y le mandó bajo pena de excomunión, que le dijese todo lo que sabía acerca de los nepotes. El Padre Jeremías sabía hartas cosas, especialmente por medio del cardenal Vitelli, que hasta el otoño de 1558 había estado en las más íntimas relaciones con el cardenal Carafa, pero después había roto con él. El Papa hubo ahora de oír cosas, que le llenaron tanto más de horror y espanto, cuanto no había tenido de ellas la más mínima sospecha. Hizo también venir al cardenal Ghislieri, menos para oír de éste todavía nuevos pormenores sobre la ignominiosa conducta de sus nepotes, que para hacerle reconvenções por no haberle dicho hasta entonces nada acerca de la misma (1).

Las revelaciones del P. Jeremías pusieron al anciano Papa en una febril excitación; breve tiempo luchó consigo mismo, pero después tomó su resolución. Cuando el cardenal Carafa, que nada malo presentía, acudió para la acostumbrada audiencia en la mañana del 9 de enero de 1559, tuvo que esperar primero algunas horas, para saber después que Su Santidad no quería recibirle. La misma respuesta se le dió el 12, en una nueva tentativa de presentarse ante el Papa; al mismo tiempo se ordenó al tesorero, que en

(1) Los datos de Campana, Thuanus y Adriani sobre la parte que tuvo el P. Jeremías en la caída de los Caratas, que Silos y otros han aceptado, son enteramente inexactos. Ancel, que ha sido el primero en difundir plena luz sobre estas cosas, los ha corregido teniendo a la vista las relaciones del embajador florentino (Disgrâce, 29). La narración de Nores, sostenida por diversos autores y también por Ranke (Papas, I⁶, 196) y Duruy (p. 298), acerca de la expresión que dijo el cardenal Pacheco el 5 de enero de 1559, en una sesión de la Inquisición: «Padre Santo, la reforma la hemos de comenzar por nosotros mismos...», la rechaza también Riess (p. 365, nota 25) como un «complemento psicológico posterior de este sorprendente suceso». El aquí (p. 363, nota 22) mencionado Diario di diverse cose notabili (Inf. polit., VIII, 401 s. de la *Biblioteca real de Berlín* y Addit. Ms. 20045 del *Museo Británico*) lo ha apreciado ya Ranke en sumo grado. Riess, con estimación todavía mayor, ve en él «la mejor fuente». Este Diario, compuesto por el romano Vicente Bello, se halla también manuscrito en muchas otras partes, como en *Florençia* (Bibl. naz., Cod. CXXI), en *París* (Bibl. nat., Ms. Ital., 10059, n. 1, 10075, n. 5 y 10077 [Colbert]; cf. Marsand, II, 167), en *Roma*, en la Biblioteca Corsini (Cod. 128) y en la Biblioteca de *S^{ta} Cruz en Jerusalén*. Según este último manuscrito fué publicado en parte por Lämmer (Melet., 207 s.), en lo que no ha reparado Riess.

adelante no diese cumplimiento a las órdenes de pago firmadas por el cardenal Carafa (1).

La noticia de que había caído en desgracia del Papa el hasta entonces omnipotente nepote, produjo en Roma el mayor estruendo. Se creía con todo que el tan versado en todas las artes del fingimiento y persuasión, lograría pronto recobrar el favor de su tío. Pero no fué así. El 17 de enero recibió la orden el cardenal Carafa de abandonar los aposentos de los Borjas, y el 23 se le dirigió la prohibición de asistir en adelante al consistorio (2).

De día en día se aumentaban los horribles descubrimientos que hacía el Papa acerca de la conducta de sus nepotes. Corrió la voz de saberse que se le había entregado una lista, en la que se enumeraban 1300 sentencias injustas que habían pronunciado sus parientes. Paulo IV quedó enteramente abatido; con vehementes lamentos alternábanse horas de muda melancolía. El consuelo lo buscaba y hallaba el gravemente atribulado anciano en la oración. En S. Pedro se le veía visitar los siete altares principales con los ojos arrasados de lágrimas (3).

Para el anochecer del 27 de enero de 1559, fueron llamados al Vaticano para un consistorio todos los cardenales, a excepción de Carlos Carafa (4). Al comparecer el Papa en la reunión se pudo

(1) V. las relaciones de los embajadores de Florencia y Ferrara en Ancel, *Disgrâce*, 33 s.

(2) V. las relaciones de embajada, *ibid.*

(3) V. el **Avviso di Roma* de 14 de enero de 1559 en el Cod. Urb. 1039, p. 1b. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Sobre el consistorio de 27 de enero de 1559, cf. Massarelli, 329; *Firmani Diaria* en Merkle, II, 513 s.; Masio, *Cartas*, 315; el **Avviso di Roma* de 28 de enero de 1559 en el Cod. Urb. 1039, p. 4 (*Biblioteca Vaticana*); *Diario di N. Turinozzi*, 10 s.; la *Relazione* que se halla en el Arch. d. Soc. Rom., XXXII, 222 s.; la *Relazione* de G. Salvago en los *Atti Lig.* XIII, 754 s. y las relaciones de los embajadores de Florencia y Ferrara, de 27 y 28 de enero de 1559, al citar las cuales hace observar Ancel (*Disgrâce*, 40) lo siguiente: «Dans aucun de ces documents authentiques on ne trouve une allusion permettant d'affirmer que Paul IV ait voulu punir ses neveux en tant qu'hommes politiques, c'est-à-dire les punir d'erreurs dans lesquelles il avait sa large part de responsabilité». En las **Acta consist. cancell.* VII, 144, se halla la siguiente anotación sobre el consistorio de 27 de enero de 1559: **In dicto consistorio fuerunt enunciata certe revocationes et decreta privationum que papa tribus secretariis vid. D. Bergomen., Barengo et Lavellino iussit et commisit annotari et ad se deinde adferri. Itaque de his nihil scribere potui neque indicio meo debui ad quos tamen et eorum acta habeatur relatio.* En las **Acta consist. camer.*, IX, se lee esto solamente: **S. D. N. Paulus Papa IV acri sermone usus est contra suos nepotes.* *Archivo consistorial.*

ya sacar por su semblante, que algo extraordinario había sucedido. Con sentida conmoción expuso en un largo discurso «los delitos de sus sobrinos», no tocando con palabra alguna sus actos políticos, sino estigmatizando sólo su moral comportamiento; llamó a Dios por testigo de no haber sospechado nada de la mala vida de sus parientes, por haber «tenido un velo ante los ojos» desde el principio de su reinado y haber sido siempre engañado; pero declaró que ahora quería limpiar su propia casa, y ordenaba que los tres nepotes habían de salir de Roma dentro de doce días, y los relevaba de todos sus cargos. Al cardenal Carafa se le dejó sólo la dignidad cardenalicia; perdió no solamente la legación de Bolonia, sino también toda la dirección de los negocios políticos de la Santa Sede y de los Estados Pontificios. Al duque de Paliano se le quitó la capitanía general de la Iglesia y el mando sobre el ejército y las galeras y todos los demás cargos, que le rentaban anualmente 72000 escudos, a excepción de Paliano, y al marqués de Montebello el gobierno de la ciudad leonina y el mando de la guardia pontificia.

Cuando hubo terminado el Papa, cuya voz era casi ahogada por el dolor y la ira, acercáronse a su trono seis cardenales, dos de cada categoría, a cuyo frente estaba el decano du Bellay, quien expuso la petición de que se suavizase la rigurosa sentencia. Paulo IV rechazó enérgicamente la intercesión y rehusó de una vez para siempre toda intervención por los culpados. Luego hizo conducir adentro a Camilo Orsini, Ferrante di Sanguine y al marqués de Montesarchio, y les confió al punto todos los negocios militares. Después fueron llamados el gobernador de Roma, el datario y los primeros secretarios, y se les prohibió severísimamente obedecer en cosa alguna a los nepotes. Acerca de todo esto habían de extenderse al punto los correspondientes decretos. Al final de la sesión, que duró dos horas y media, dijo el Papa al cardenal Ranuccio Farnese, que su padre no habría sido muerto tan afrentosamente, si Paulo III hubiese dado un ejemplo semejante de rigor contra sus nepotes. Al cardenal Vitelli, que había tenido próximas relaciones con los Carafas, le despidió del Vaticano; e hizo allí colocar una caja, en la que podían todos hacer constar ocultamente sus quejas (1).

(1) V. el *Avviso* de 28 de enero de 1558, loc. cit. y la *carta de G. Aldrovandi, fechada el 28 de enero de 1559. *Archivo público de Bolonia*.

Aun antes de cumplidos los doce días, tuvo que salir desterrado Carlos Carafa para Civita Lavinia, y sus hermanos para Gallese y Montebello. Toda su familia, sus mujeres e hijos y hasta su madre anciana y del todo inocente, fueron igualmente expulsados de Roma. Ninguna defensa se permitió a los acusados de gravísimos delitos, quienes no volvieron a ver a su tío. También a Diomedes Carafa se le retiró del cargo de alcaide del castillo de Santángelo (1). Solamente se hizo una excepción: al cardenal Alfonso, a quien no se le pudo probar culpa alguna, se le permitió quedarse en el Vaticano, pero había de guardarse bien de abogar por los culpados, contra los cuales empleaba el Papa continuamente las más duras expresiones sin citar sus nombres.

La caída de los nepotes efectuóse tan repentinamente, y fué tan miserable la situación de los reducidos durante la noche a ser unos desterrados pobres y destituidos de todo influjo, que no pudieron absolutamente conformarse con su desgracia, especialmente dada su falta de principios morales que les sirviesen de sostén. Los tres esperaban que el enojo de su tío tan gravemente ofendido se iría calmando con el tiempo y entonces alcanzarían perdón (2). Siempre entre sí desunidos, ahora en su desgracia lo estaban aún más que antes. El enfermizo duque de Paliano perdió enteramente la cabeza, y en su palacio de Gallese se consumía de dolor, temor y vanas esperanzas. Carlos Carafa, que fué el más gravemente herido, conservó aun ahora gran presencia de ánimo, pues ante todo puso en seguridad su correspondencia (3). En la pequeña Civita Lavinia tuvo que vivir en una pobre casa, donde faltaba toda comodidad. Allí a vista de la melancólica Campaña, hubiese tenido tiempo de entrar dentro de sí, pero tampoco ahora pensó en eso; todos sus esfuerzos iban más bien dirigidos a recobrar por todos los medios, aun los más ruines, su perdida posición. Hubieron de ser tentados los últimos extremos para

(1) V. Pagliucchi, 133.

(2) La opinión de que los nepotes serían de nuevo recibidos en la gracia del Papa, estaba muy extendida en Roma todavía a fines de febrero de 1559 (v. una *carta al cardenal Madruzzo, perteneciente a este asunto, fechada en Venecia el 4 de marzo de 1559. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*). El cardenal Médici, en una *carta a Carafa, fechada en Milán el 22 de febrero de 1559, se lamentaba de no haber estado presente en Roma para impedir el rompimiento; ahora io voglio ben sperare che le cose s'accomodino; ofrece para eso su ayuda. El original se halla en el Cod. Barb. lat. 5698, p. 20. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. las relaciones publicadas por Ancel, Secrét., 40 y Nonciat., I, VIII.

engañar de nuevo a su anciano tío y mover a clemencia su corazón; pero todo, la intercesión de las grandes potencias, singularmente de Felipe II, una simulada conversión, así como una fingida enfermedad del cardenal, habían de resultar inútiles (1).

Paulo IV, a cuya salud perjudicaban mucho la excitación y el dolor (2), parecía haber borrado enteramente de la memoria el recuerdo de sus nepotes (3), pues permaneció inexorable; y había de permanecer así, porque no había derribado a sus nepotes por causas políticas, sino únicamente por motivos morales. Cuanto más circunstanciadas indagaciones hacía, tanto más se persuadía de la moral depravación de los hermanos y de la infame desvergüenza, con que habían abusado de su confianza y puesto en peligro su gobierno y sobre todo su obra de reforma. En vez de disminuirse, se acrecentaba su enojo. El partido rígido, que ahora cobraba más y más crédito y autoridad, después de haber tenido que estar contemplando por tan largo tiempo con reprimida indignación el proceder de los nepotes, le confirmaba en su resolución de dejar a los culpados en el destierro, de despedir a sus partidarios y organizar de nuevo todo el Estado. Ahora por primera vez se sentía libre de todos los respetos mundanos. En este sentido observó Paulo IV, que el corriente año de 1559 había de ser el primero de su pontificado (4). Quiso conceder audiencia cada semana a los enviados del Estado de la Iglesia, para oír por sí mismo todas las quejas. Nadie podía escribir a sus nepotes; éstos no habían de saber lo que hacía. Compuso un libro especial sobre todas sus maldades. Tomó las llaves de las habitaciones de los Borjas, y corrió el rumor de que intentaba bendecir de nuevo estos aposentos con agua bendita, por haber habitado allí malos espíritus (5).

Ya el 31 de enero de 1559 llevóse a efecto una entera reorganización del Consejo de Estado, instituido por otoño de 1557. A su cabeza fueron puestos los cardenales Scotti y Reumano, como

(1) La narración del texto está hecha según la notable exposición de Ancel, *Disgrâce*, 42 s., 55 s.; v. también Riess, 368 s. Consta de cierto que Carafa, aun después de su caída, vivió todavía de un modo inmoral; v. *Studi stor.*, VIII, 255.

(2) Cf. los **Avvisi di Roma* de 4 y 11 de febrero de 1559. Cod. Urb. 1039, págs. 7 y 8. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. Salvago en los *Atti Lig.*, XIII, 757.

(4) V. Caracciolus, *Collectanea*, 65; cf. además la expresión referida por Pacheco en Ancel, *Disgrâce*, 182.

(5) **Avviso di Roma* de 8 de febrero de 1557, loc. cit.

también el anciano y desinteresado Camilo Orsini, a cuyo lado habían de estar insignes prelados, como Luis Lipomano y Hugo Boncompagni. Para el cargo de secretario nombró el Papa al obispo Angel Massarelli. El tan enérgico como idóneo Orsini, procedió al punto a limpiar la administración de los parásitos napolitanos, que había colocado en todos los cargos el cardenal Carafa; los más de estos hombres estaban maduros para un proceso (1).

El 17 de febrero recibió Paulo IV en la sala constantiniana a los senadores romanos y a los representantes del Estado de la Iglesia. En presencia de esta junta, que constaba de unas cien personas, confesó de nuevo abiertamente los errores que había cometido hasta entonces. Dijo que, incapaz de llevar solo en su proveccta edad las cargas del gobierno, y desconocedor siempre enteramente de los negocios rentísticos, había dejado gobernar a sus nepotes con demasiada libertad, y que éstos después habían defraudado su confianza del modo más ignominioso. Pero que ahora estaba bien informado acerca de su perversidad y quería hacer un cambio radical; que por tanto podían los reunidos exponerle sus quejas sin temor. Hiciéronlo éstos larga y plenamente. Cuando el Papa supo lo crecido de los nuevos impuestos, exclamó indignado: «Queridos hijos, de todo esto no sé absolutamente nada; pero no os maravilléis, porque estos malvados nepotes me han tenido aislado en mis habitaciones y sólo me dejaban saber lo que les parecía bien». Para mostrar su buena voluntad, suprimió una parte de los nuevos impuestos. Los romanos, que ya en octubre de 1555 habían resuelto erigir al Papa una estatua en el Capitolio, hicieron ahora poner en ella la correspondiente inscripción (2).

En el decurso de febrero efectuó el Consejo de Estado una entera renovación de los empleados públicos de Roma. En el mes siguiente llegó su turno a las provincias. Todas las criaturas de los nepotes habían de ser también aquí sustituidas por funcionarios nuevos y dignos de toda confianza. Primeramente fueron cambia-

(1) Cf. la notable disertación de Susta «El ensayo de una reforma de Constitución en los Estados de la Iglesia bajo el pontificado de Paulo IV» en las Comunicaciones del Instituto Austriaco, tomo suplementario VI, 557 s.

(2) V. Massarelli, 330 y la *relación de Gianfigliuzzi, de 18 de febrero de 1559, utilizada por Ancel, *Disgrâce*, 44. Sobre la estatua erigida en el Capitolio, obra de Vicente de' Rossi, v. los decretos fechados 1555 XVI Cal. Oct. y 1558 V Cal. Nov., en el Cod. G-III-58, p. 231 s. de la *Bibl. Chigi*; cf. además Rodocanachi, *Capitole*, 111, y Lanciani, III, 206.

dos los vicelegados, lo cual se ejecutó en varios lugares de una manera enteramente insólita. Así el nuevo gobernador de Perusa, Juan Bautista Castagna, arzobispo de Rossano, llegado a dicha ciudad ya muy entrada la noche, sin aguardar a que amaneciese, convocó al punto el concejo, le presentó la cédula en que se le nombraba para tal cargo, le tomó el juramento y puso preso al anterior gobernador. También los puestos administrativos inferiores fueron proveídos en todas partes de nuevos empleados, por la mayor parte de los que gozaban de la confianza de Orsini (1). Con todo, este hombre eminente quería mudar no solamente el personal, sino también el sistema de administración; y proyectó un decisivo cambio de Constitución para el Estado de la Iglesia y una reforma radical de la Hacienda pública. El déficit, que hasta entonces había subido constantemente, había de hacerse desaparecer, por una parte con economías y por otra con un prudente aumento de los ingresos (2). Orsini, el alma de esta reforma política, tenía también el encargo de vigilar a los nepotes desterrados. Cuando se puso enfermo el 31 de marzo y murió ya el 4 de abril, se habló generalmente de que lo debía de haber hecho envenenar Carlos Carafa. Nueva sospecha despertó la muerte súbita del riguroso cardenal Rosario, acaecida el 22 de mayo (3). Los cardenales Reumano y Consiglieri, nombrados miembros del Consejo de Estado el 27 de mayo en lugar del difunto, no poseían la necesaria energía y conocimiento de los negocios. Todavía más desgraciada fué la elección de Juan Antonio de Gravina, hecha ya el 3 de abril, para suceder a Camilo Orsini en el cargo de capitán general de la Iglesia (4). No es maravilla que el crédito y autoridad del

(1) V. Susta, loc. cit., 557 s., quien ha utilizado también el interesante **Diarium* de un curial no nombrado, que se halla en el Cod. Urb. 852 de la *Biblioteca Vaticana*. Cf. también Diario di N. Turinozzi, 13 s.; Bonazzi, Storia di Perugia, II, 224.

(2) Sobre eso cf. también las excelentes explicaciones de Susta, loc. cit. La **Diminutione* delle spese del stato ecc^{co} fatte nel mese di Marzo 1559 dal s. consiglio coram papa se halla en el Arm. 10, t. XLV, p. 100 s. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Ancel, *Disgrâce*, 57 s. Además de las fuentes allí citadas, v. también Diario di N. Turinozzi, 15 s. y **Avviso* di Roma de 8 de abril de 1559 (*Biblioteca Vaticana*, loc. cit.). Según estos documentos, el día cierto de la muerte de Orsini es el 4 de abril. Nores (p. 271) indica equivocadamente el 2, siguiendo a Massarelli (p. 330). El sepulcro de Rosario se halla en la iglesia de la Minerva; v. Berthier, 401.

(4) V. Massarelli, 331.

Consejo de Estado se hundiese visiblemente. Esto vino muy bien al cardenal Alfonso Carafa, que, prescindiendo de una pasajera desavenencia, conservaba la confianza de su tío y ganaba creciente influencia (1).

Así tampoco Paulo IV pudo alcanzar entera victoria del nepotismo; pero quédale el mérito de haber roto de un modo decisivo con el desmesurado nepotismo, que desde Calixto III y más aún desde Sixto IV tanto daño había causado. Con esto se quitó uno de los peores desórdenes del tiempo del Renacimiento, y se dejó lugar para la reforma católica. Por ésta trabajaba el Papa después de la caída de los nepotes, con más libre corazón y no disminuido ardor (2).

III

En la Ciudad Eterna se introdujo un régimen tan severo después de la caída de los nepotes, que el jesuita Nadal podía escribir, que se había llevado a efecto la reforma de las costumbres (3). Diéronse nuevas ordenaciones, que concernían principalmente a la observancia de los preceptos del ayuno (4) y a la represión de la pública inmoralidad (5); todas las faltas de esta especie eran cas-

(1) Cf. Susta, loc. cit., 563. Ya durante la legación del cardenal Carafa a Bruselas había Alfonso Carafa sustituido a éste en parte como secretario de Estado (v. Ancel, Secrét., 25). Sobre una desgracia transitoria en que cayó A. Carafa con el Papa a fines de marzo v. Diario di Turinozzi, 15. El traspaso formal de todas las funciones no parece haberse efectuado hasta muy entrado el verano. El 5 de agosto de 1559 notifica G. A. Aldrovandi: *Il card. di Napoli è adesso al governo delle cose appartenenti al stato. *Archivio pubblico de Bologna*.

(2) Riess (p. 373) impugna la idea sostenida también por Ranke (16, 198), de que Paulo IV después de la caída de los nepotes «volvió a sus antiguos intentos reformatorios», y en sus últimos seis meses de vida «promovió con ardor la reforma de la Iglesia», como «no asegurada por testimonios contemporáneos». En contra de eso hay que hacer constar también aquí, que a Riess se le pasó por alto la sustanciosa disertación de Ancel, Paul IV et le Concile, publicada ya en 1907, en la cual p. 25 s. está dada la prueba de que Paulo IV, precisamente por marzo de 1559, realizó «une réforme capitale», la residencia de los obispos. Otras pruebas presenta también la presente exposición en las págs. 201 s., 203 s., 205 ss.

(3) Nadal, Ephemerides: Epist. P. H. Nadal, II, 64.

(4) *Avviso di Roma de 4 de febrero de 1559. Cod. Urb. 1939, p. 8. *Biblioteca Vatic.*

(5) Cf. Coggiola, Capitolazione, 144.

tigadas, así en los seglares como en los eclesiásticos, con cárcel y pena de galeras (1). Paulo IV prohibió hasta diversiones en sí lícitas, como la caza y el baile, de modo que un informante notificaba el 21 de enero de 1559: «Todos los solaces y pasatiempos han cesado aquí, como si ya estuviésemos, por decirlo así, en mitad de cuaresma» (2). Un romano que quiso saber del Papa, si por carnaval se permitiría la libertad de las máscaras, fué rechazado con esta observación: Los nepotes nos han puesto por bastante largo espacio una máscara que se necesitará mucho tiempo para quitarla (3).

La más importante reforma que ordenó y ejecutó Paulo IV después de la caída de los Carafas, atañía al episcopado. Siempre había visto él en el descuido de la obligación de residencia de parte de los obispos, una fuente de los más graves abusos, y ya al Papa Clemente VII había hecho respecto a eso las más enérgicas representaciones.

En el gran memorial de la comisión de cardenales a Paulo III, del año 1537, se hizo también hincapié de un modo correspondiente en esta parte del programa de reforma (4). Más tarde en 1547 el concilio de Trento había prescrito en su sexta sesión, que si un patriarca, arzobispo u obispo estuviese ausente de su diócesis seis meses seguidos sin legítimo impedimento, o sin causas justas y razonables, ipso facto había de perder una cuarta parte de sus ingresos anuales en beneficio de los pobres o de la fábrica de las iglesias; y si permaneciese ausente otros seis meses, se le había de sustraer del mismo modo una segunda cuarta parte de sus rentas. Si la ausencia fuese todavía más larga, dentro de tres meses el obispo ha de ser denunciado por el metropolitano,

(1) Un *Avviso de 11 de marzo de 1559 notifica, que en el Vaticano fueron presos hacia medianoche tres camerieri con sus concubinas, y condenados por el Papa a perpetua galea (lo que más tarde fué mitigado; v. el *Avviso de 8 de abril). El obispo de Polignano, convicto de concubinato, fué condenado a cárcel perpetua por abril de 1559, debiendo ayunar a pan y agua una cuarta parte del año (v. el *Avviso de igual fecha. Cod. Urb. 1039, f. 15, 20, 24. *Biblioteca Vatic.*). V. también Caracciolus, 68; Rodocanachi, S. Ange, 161; Massarelli, 334.

(2) *Avviso de 21 de enero de 1559, loc. cit., 2^b.

(3) *Non vi pare egli che questi nostri nepoti ci habbiano messo una mascara al volto che vi bisognera molto tempo a levarcela. Avviso de 8 de febrero de 1559, loc. cit., 9 (con fecha equivocada en Clementi, 215).

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. X, 315 y vol. XI, 160 ss.

y éste por el obispo sufragáneo más antiguo de la provincia, al Papa por escrito, quien puede proceder al punto a disposiciones más severas, o aun a la deposición (1).

A pesar de eso, en modo alguno se extirpó el abuso tan profundamente arraigado. En la carta monitoria, en que Muzio solicitó del recién elegido Paulo IV la reforma del Colegio Cardenalicio y del episcopado, se indican los muchos obispos que residían en la curia sin causas legítimas, y se advierte que eran innecesarias en Roma estas plantas, que deberían ser transpuestas a otro terreno, donde podrían llevar fruto (2). Cuán justificada estaba esta petición, se saca del hecho verdaderamente espantoso de que por febrero de 1556 moraban en Roma nada menos que ciento trece obispos (3), aunque en enero se les había mandado bajo rigurosas penas la vuelta a sus diócesis (4). Por abril de 1556 hizo Paulo IV nuevas serias representaciones a los prelados olvidados de su deber (5). Como todo esto no produjese ningún fruto, se resolvió a proceder con severidad.

El 6 de marzo de 1559 todos los obispos que se hallaban en Roma, fueron convocados a un consistorio secreto, donde el Papa les hizo comunicar una bula, según la cual todos los obispos que no servían de hecho a la Santa Sede en determinados cargos, dentro de un mes habían de irse a sus diócesis. A los renitentes se les castigaría con la pena de la deposición (6). El Papa no dejó lugar a duda de que procedería conforme a esto. Advirtió en son de amenaza, que a los renitentes trataría aún con más severidad que a los frailes vagabundos (7). En 21 de marzo juntó otra vez en torno suyo a todos

(1) Sess. 6, de ref. c. 1.

(2) V. *la carta de Muzio, de 3 de noviembre de 1556, en el n.º 14 del apéndice. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. Ancel, Concile, 25.

(4) *Et di più che la S. S.^{ta}... voleva che tutti i vescovi andassino a risiedere ai vescovadi loro sotto protesto non vi andando privargli di vescovadi e d'ogni altra loro dignità ecclesiastica. Aviso de 18 de enero de 1556, que se halla en el Cod. Urb. 1038, p. 125 de la *Biblioteca Vaticana*; cf. también ibid. el *Aviso de 25 de enero de 1556.

(5) V. en el n.º 30 del apéndice la *relación de Navagero de 11 de abril de 1556. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(6) V. *Acta consist. (*Archivio consistorial*); cf. Massarelli, 330; Corpo dipl. Port., VIII, 103; Firmani Diaria, 514; Diario di V. Bello en Laemmer, Melet. 210, y el *Aviso de 11 de marzo, loc. cit., 15.

(7) *Se non obedirano li tratterà pegio di quello ha fatto li sfratati. Aviso de 18 de marzo de 1559, loc. cit., 17^b.

los obispos y les intimó de nuevo su ordenación (1). Sólo a diez o doce obispos que estaban ocupados en el inmediato servicio de la Santa Sede, se les permitió permanecer en Roma; todos los demás tenían que partirse. Ya en 1.º de abril pudo notificarse en una relación, que esta importante reforma había venido a ser enteramente una realidad (2). Análogas disposiciones anunciáronse para los párrocos, y en ejecutarlas se ocupaba ya la Inquisición (3). Fuera de esto se continuaba también la reforma de las Ordenes religiosas (4).

Cuando Paulo IV hacía cumplir a los obispos la obligación de residencia, la mano de la muerte le había ya tocado ligeramente. La excitación que llevaron consigo el quedar desenmascarados los nepotes y su caída, había dado el golpe decisivo a su constitución de hierro (5). Desde entonces padecía tanto moral como corporalmente. A pesar de eso, por febrero de 1559, ofició en las solemnes funciones de la Candelaria y miércoles de ceniza, celebró congregaciones y dió audiencias públicas y privadas (6). Precisamente entonces reformó su corte con la supresión de todos los gastos innecesarios, por donde se vinieron a obtener muy importantes economías (7). A fines del mes tuvo que dejar de tenerse el consistorio por no poder ir el Papa a causa de la hinchazón de una pierna (8). Por marzo vino a ponerse aún más delicado su estado de salud (9). En tiempo de Semana Santa se había vuelto a hallar algo mejor; y aunque débil todavía de los pies, pudo asistir a los oficios divinos y el día de Pascua celebrar en S. Pedro. Pero

(1) Ancel (Concile, 25) conoce sólo esta reunión, de la cual dan cuenta también V. Bello (loc. cit., 210 s.) y * J. A. Calegari en carta de 25 de marzo de 1559, dirigida a Commendone (Lett. di princ. 23. *Archivio segreto pontificio*).

(2) V. los *Avvisi de 18 y 25 de marzo, 1.º y 15 de abril de 1559 (Cod. Urb. 1039, p. 17^b, 19^b, 22^b, 26. *Biblioteca Vatic.*); cf. también la *carta de Gianfigliazzi, de 29 de marzo de 1559 (*Archivio público de Florencia*), y Ancel, Concile, 25.

(3) V. Caracciolus, 87; Ancel, loc. cit.

(4) Cf. arriba, p. 188 s.

(5) Cf. arriba, p. 195 s.

(6) V. en el n.º 52 del apéndice el *Avviso de 11 de febrero de 1559. *Biblioteca Vatic.*

(7) V. Diario di V. Bello en Laemmer, Melet., 209.

(8) V. el *Avviso de 25 de febrero de 1559. Cod. Urb. 1059, p. 11. *Biblioteca Vatic.*

(9) V. la relación portuguesa de 18 de marzo de 1559 en el Corpo dipl. Port., VIII, 103.

se le conocía claramente, que era molestado con dolores, no menos del alma que del cuerpo (1). A causa de su dolencia, hubo de desistirse de su traslación al aireado Quirinal, de la cual sus familiares esperaban su mejoría (2). A sus demás achaques se había añadido también la erisipela (3), que se presenta con frecuencia en los muy entrados en años, la cual le robaba enteramente el descanso de la noche. En la fiesta de la Ascensión tuvo que ser llevado por otros para asistir a la misa. Todos los presentes quedaron espantados de su mal aspecto. El color cobrizo de su rostro se había mudado en verde amarillo. Se extingue, opina un contemporáneo, como una vela que se está acabando (4). Era cosa asombrosa cómo todavía procuraba mantenerse en pie. Cuando el 7 de mayo la solemne procesión, ordenada por la paz entre Francia y España, pasaba por la plaza de S. Pedro, el Papa tomó parte en ella a pie, lo que tuvo por consecuencia un gran agotamiento de sus fuerzas (5). Pero no pensaba aún en morir, pues quería llevar todavía al cabo muchas cosas (6), y así precisamente entonces publicó nuevas y severas ordenaciones contra la inmoralidad en Roma (7), las cuales tuvieron por efecto la prisión de un gran número de mujeres públicas (8). El 1.º de junio fué de nuevo intimada la bula contra todos los religiosos vagabundos, la cual contenía las más rigurosas prescripciones (9). En pro de la reforma estuvo Paulo IV trabajando literalmente hasta el fin de

(1) *Il Papa ha assesso alli offitii con molta sollicitudine et benchè sia debole nelle gambe non ha voluto mancare. Si vede che sta affitto non meno della mente che del corpo. Avviso de 25 de marzo de 1559, loc. cit., 19^b (*Biblioteca Vaticana*); cf. Massarelli, 330.

(2) V. los *Avvisi de 15 y 22 de abril de 1559, loc. cit., 26, 28; cf. Massarelli, 326.

(3) La resipilla; v. los *Avvisi de 4 de marzo y 22 de abril de 1559, loc. cit., 12, 28.

(4) V. el *Avviso de 6 de mayo de 1559, loc. cit., 30^b.

(5) V. el *Avviso de 13 de mayo de 1559, loc. cit., 34.

(6) V. el *Avviso de 6 de mayo de 1559, loc. cit. En los banquetes para celebrar la elección pontificia y la coronación, que según costumbre, eran espléndidos, pidió el Papa a los cardenales que rogasen por el restablecimiento de su salud. *Avviso de 27 de mayo, loc. cit., 44^b.

(7) V. el *Avviso de 20 de mayo de 1559, loc. cit., 36^b. En 22 de abril de 1559 notificaba B. Pfa desde Roma: *Mons. Ferrantino è inquisito di simonia contratta nella risegna del vescovado d'Amelia che egli ha havuto et mi par che ci sia ordine ch'ei sia posto in prigione. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(8) V. Coggiola, *Capitolazione*, 144.

(9) V. Editti, I, 111. *Bibl. Casanat. de Roma*.

sus días. A principios de julio dió un decreto para declarar más la ordenación últimamente mencionada (1), y tomó disposiciones para la reforma de los conventos de Tortona (2). A fines del mes habló de expedir una bula contra aquellos obispos, que por medio de la renuncia de su sede intentaban comprar su presencia en la curia (3). Todavía un mes antes de su muerte, dió Paulo IV la severa prohibición de que los religiosos que habían recibido la consagración episcopal, a su vuelta al convento tuviesen allí cargos y dignidades. Con esto se había de obviar de una vez para siempre a los esfuerzos de los ambiciosos por ocupar altos puestos y prevenir las contiendas escandalosas que muchas veces se originaban (4).

La incansable y múltiple actividad reformatoria que desplegó Paulo IV durante su pontificado, la había notificado a Hosio con grandes elogios, a principios de marzo de 1556, el canónigo de Ermeland, Sansón de Worein, que se hallaba entonces en Roma, el cual en modo alguno estaba ciego respecto de las deficiencias del Papa. Descríbese muy al vivo en su carta cómo se ponía en ejecución la reforma católica, a pesar de que la Ciudad Eterna estaba entonces transformada en una plaza de armas. Por más que Sansón lamentaba la desgraciada política guerrera del Papa, le llenaba con todo de admiración la santa vida de Paulo IV y su gran rigor contra los delincuentes. «A los sodomitas, escribe, hace el Papa quemar públicamente; a los blasfemos y a otros criminales impone los más severos castigos. Los abusos en punto de beneficios, como las reservas, regresos, expectativas y otros semejantes desórdenes, los ha quitado enteramente; toda simonía ha sido rigurosísimamente prohibida, y por eso se han hecho desaparecer también las composiciones muy lucrativas; y diversos cargos curiales, que sólo se habían instituído para sacar dinero, los ha transformado o suprimido. Ha establecido además que sólo los dignos alcancen beneficios, y que nadie posea más que uno.» Fuera de eso menciona el canónigo los esfuerzos del Papa por la reforma del breviario, el castigo que aplicaba sin contemplación alguna a los que faltaban al precepto del ayuno, por cuya infracción se im-

(1) V. la *carta de G. A. Calegari a Commendone, fechada en Roma a 5 de julio de 1559. Lett. di princ., 23, n. 2. *Archivio segreto pontificio*.

(2) V. Fontana, 451 s.

(3) V. los *Avvisi de 22 y 29 de julio de 1559, loc. cit., 62, 63; cf. *Santarem*, XIII, 61.

(4) V. Ughelli, I, 763; Bull., VI, 565 s.

pusieron más graves penas, y las enérgicas disposiciones contra los judíos, rameras, usureros, comediantes y bufones (1). Tres años más tarde, los teatinos Jeremías Isachino y Andrés Avelino podían dar cuenta en extensa relación (2) a sus hermanos en religión de Nápoles, de cuán hermosos resultados se habían ya obtenido por la férrea severidad de Paulo IV contra los simoníacos, usureros, voluptuosos, los despreciadores del precepto del ayuno y los frailes vagabundos. Añadían en dicha información, que el aspecto de la ciudad estaba enteramente cambiado; que el pueblo frecuentaba las iglesias con más fervor y diligencia, y que en todas las clases de la sociedad había penetrado la renovación moral (3).

No solamente a la severidad de Paulo IV se había de agradecer esto, sino también al ejemplo que daba. Nunca faltaba a los sermones que se predicaban por cuaresma en el Vaticano, en la sala constantiniana, y habían de asistir a ellos todos los cardenales y prelados de la corte (4). En sus últimos años llegó a tal extremo, que prohibió a todas las mujeres la entrada en el Vaticano. A pesar de su edad provecta, observaba los ayunos con mucho rigor (5). Oficiaba siempre en las solemnidades litúrgicas, por poco que se lo permitiese su salud. El noble recogimiento y sincera piedad que manifestaba en estos actos, causaba en todos la más profunda impresión (6). En semejantes ocasiones, dice el

(1) Hosii epist., II, 673 674.

(2) Hállase en italiano en Caracciolo, *Vita di Paolo IV, en latín en su Collectanea, 62 s. y en Bzovius, Annales, 1559, n. 34 ss. Cosas del todo semejantes refiere un documento fechado en Roma a 17 de abril de 1559, que lleva el título: *De rebus novis urbis Romanae gestis in bona fide prescriptis in aulam Caesaream, y se halla en la *Biblioteca capitular de Zeitz*.

(3) Ya en el primer año del pontificado de Paulo IV, la ordenación por él dada, de que las mujeres públicas debían asistir a los sermones, produjo buenos frutos—82 de estas infelices se convirtieron al punto, y más tarde todavía más, de las cuales cuidaron después varias matronas nobles romanas,—sobre lo cual cf. la relación de 28 de marzo de 1556 en Zibaldone, Notizie, anedotti, curios. et docum. ined., I (1888), n. 1, p. 4 s. También en otras ciudades, v. g., Milán, apoyó Paulo IV la conversión de las meretrices; v. su *breve de 2 de mayo de 1558 en la *Bibl. de La Brera de Milán*, Miscell. B., II, n. 32.

(4) *Relación de uno no nombrado al cardenal Madruzzo, enviada desde Roma el 12 de marzo de 1558. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(5) V. *De rebus novis etc. (*Biblioteca capitular de Zeitz*); Bromato, II, 489, 495, 500 s. Sobre los rigurosos ayunos del Papa cf. Caracciolus, Collect., 72.

(6) V. la *carta de Navagero de 4 de abril de 1556 (*Biblioteca de San Marcos de Venecia*) y el *Avviso di Roma de 22 de enero de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 287. *Biblioteca Vaticana*.

embajador veneciano Mocénigo, mostrábase realmente como un Vicario de Jesucristo sumamente digno. Apenas se puede imaginar mayor cuidado que el que manifestaba él por la debida y conveniente celebración de los oficios divinos (1).

La mundanalidad y profanidad que se había introducido aun en los templos en la época del Renacimiento, halló en Paulo IV un inflexible combatidor. Así prohibió el irreverente vaguar y dar vueltas en las iglesias, y señaladamente el abuso de que varias señoras se dejasen acompañar allí por un séquito de caballeros. Impuso la pena de excomunión a los que pidiesen de limosna estipendios de misas, lo cual hacían algunos sacerdotes pobres en las iglesias. Nadie podía celebrar en los templos de Roma sin un permiso especial por escrito, que se daba de balde, pero sólo después de un riguroso examen. Quien se atrevía a ejercer funciones eclesiásticas sin estar autorizado para ello, tenía que ser entregado al punto al brazo secular para sufrir un severísimo castigo. Las imágenes indecorosas las hacía quitar el Papa de las iglesias (2). Trae a la memoria estos trabajos una de sus medallas, en la que está representado Cristo, cuando purifica el templo con el azote (3).

También con positivas prescripciones procuró Paulo IV levantar la solemnidad del culto divino. A este fin hizo una serie de nuevas ordenaciones especialmente respecto de la capilla pontificia. El adorno de la Capilla Paulina durante la Semana Santa, con la magnífica representación del santo sepulcro, procede de él; y asimismo el uso de cubrir con blancas lonas las calles del Borgo en la fiesta de Corpus, lo cual se hizo por primera vez en el año 1557. En éste como en los dos años precedentes y también en 1558, el Papa, a pesar de su proveccta edad, persistió en llevar por sí mismo el Santísimo Sacramento en la procesión (4).

(1) Mocénigo-Albèri, 48.

(2) Cf. Caracciolo, *Vita, 5, 8; Castaldo, 150 s.; Bromato, II, 497 s. Aquí se menciona solamente, que Paulo IV procedió contra los crocifissi in figura di vivi con quattro sole piaghe e hizo retirar de Sta. María la Mayor una imagen indecorosa, mas nada se dice de que ordenara repintar el Juicio final de Miguel Angel (cf. acerca de esto nuestras observaciones del vol. XII, 493). Como en muchas iglesias se habían colocado losas sepulcrales de modo que estorbaban, mandó Paulo IV quitarlas, ordenación que Pío IV quiso que continuase; v. Castaldo, 150; Silos, I, 417; Rodocanachi, Capitole, 198.

(3) V. Venuti, 104.

(4) V. Massarelli, 274, 291, 322, 323; la *relación del embajador genovés, de 28 de mayo de 1558 (*Archivo público de Génova*); Bromato, II, 499 s.; Rev.

Atestiguó también Paulo IV su veneración a la sagrada Eucaristía por el hecho de haber encargado a su paisano y arquitecto de palacio, Pirro Ligorio, que fabricase una suntuosa custodia que había de servir para la procesión de Corpus; y colocáronse en ella como adorno pámpanos de oro puro y racimos de esmeraldas y zafiros. El Papa quería hacer fundir para esta obra una porción de sus antiguas monedas de oro, mas se opuso a ello Ligorio, a quien dolía la destrucción de tan preciosos restos de la antigüedad (1).

Con singular esplendidez había de ser decorado el nuevo tabernáculo de la capilla privada pontificia. Juan Bautista da Pietrasanta tenía que suministrar para ello cuatro columnas de mármol cipolino, labradas con extremado arte y hermosura, sobre las cuales había de descansar una riquísima ornamentación de bronce, que mostrase artísticas representaciones (2).

Paulo IV por lo general era muy parco en la concesión de indulgencias (3); a él con todo se remonta la introducción de medallas enriquecidas con las mismas (4). La fiesta de Sto. Domingo, en cuya Orden había querido entrar el Papa siendo joven, fué por él trasladada en 1558 al 4 de agosto, pues el día 5 de este mes, en el cual se había celebrado aquélla hasta entonces, estaba ya ocupado por la fiesta de Santa María de las Nieves (5). Respecto a la fiesta de la Cátedra de San Pedro, hizo Paulo IV una ordenación, en la que le guió también en parte la oposición que se hacía, a la estancia de San Pedro en Roma, impugnada sin razón por los protestantes. Ya en tiempo de San León el Grande se celebraba con especial solemnidad la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma, el 22 de febrero, en la basílica del Príncipe de los Apóstoles. Más tarde, correspondientemente a las dos sedes episcopales

Bénédict., XXV, 62 s. Varias expensas para el Sepolcro (monumento) de la Capilla Paulina pueden verse en la *Tes. Segr., febrero y marzo de 1556. *Archivo público de Roma*.

(1) Caracciolus, Collect., 138 s.

(2) V. Caracciolus, Collect., 137; cf. además Rev. Bénédict., XXV, 51 s.

(3) V. Lea, Confession, III, 508; cf. 423, 555.

(4) V. Bromato, II, 499, nota. En 25 de febrero de 1559 restableció Paulo IV las antiguas estaciones en S. Silvestre y S. Martín in Monti; v. Bull., VI, 556 s.

(5) Bull., VI, 543 s. y Massarelli, 325. Los datos de Ciaconio (III, 831) y Bromato (II, 500) sobre la fiesta de la Asunción de la Virgen son erróneos; v. Moroni, IX, 84.

de San Pedro, se hizo distinción entre la fiesta de la Cátedra de Antioquía y la de la Cátedra de Roma. Esta, particularmente en los reinos francos, se celebraba el 18 de enero, mientras que en Roma seguía siempre solemnizando el 22 de febrero, y, cosa bien singular, desde hacía largo tiempo, como la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Antioquía. Parecióle extraño a Paulo IV, que precisamente Roma, que debía su privilegiada y única posición en el mundo cristiano ante todo al Príncipe de los Apóstoles, se dejase sobrepujar por Iglesias extranjeras en la piedad y veneración del primer Papa. Ordenó, por tanto, en 23 de enero de 1557, que en adelante en toda la cristiandad la fiesta de la Cátedra de Roma se celebrase el 18 de enero y la de la Cátedra de Antioquía el 22 de febrero. Una bula estableció esto solemnemente un año más tarde para todos los tiempos (1).

IV

En cuán grande aprecio tenía Paulo IV a las antiguas Ordenes religiosas, repetidas veces lo puso de manifiesto (2). De las nuevas Ordenes, los más allegados y queridos, como se deja entender,

(1) Esta bula *Ineffabilis* (Reg. Vat. 1851, p. 417), se halla con fecha verdadera en el Bull., VI, 530 s. y con falsa en el Bull. bas. Vat., III, 34; cf. Kraus, *Roma sotterranea*, Friburgo, 1879, 577 s.; *Léxico eclesiástico* de Friburgo, II^a, 2060 s.; Bäumer, *Historia del Breviario*, 416. La primera ordenación, tomada de las *Acta consist. (Romae die sabbati 23 Ianuarii 1557 Congregatio generalis)*, se halla en Raynald, 1557, n. 2. La bula de 6 de enero de 1558 fué acordada en un consistorio de 7 de enero (Massarelli, 320) y publicada en 14 de enero de 1558. Las **Acta consist.* dicen antes: *Primo introductus fuit dom. Guill. Sirleti [Ms: Ciurletti] protonotarius, qui legit libellum quandam continentem multas auctoritates, quod divus Petrus fuit Romae et ibi martirium sustinuit (Archivo consistorial)*. El Papa habló en el consistorio muy elocuentemente sobre la estancia de S. Pedro en Roma. V. la **carta del card. Vitelli*, fechada en Roma a 14 de enero de 1558 (Cod. Barb. lat. 5711, p. 59. *Bibl. Vatic.*); v. también Navagero en Browa, VI, 3, 1143 y el *Aviso* publicado por Baumgarten en la *Revista trimestral romana*, XXV, 53 *s., al que empero asigna este autor falsamente la fecha de 1556.—A los portugueses permitió Paulo IV el culto de su reina Isabel, que había muerto terciaria de S. Francisco (Castaldo, 151). Cuando a principios de abril corrió la voz de que se había hallado en Camerino el cuerpo de S. Venancio, dijo el Papa que quería ir personalmente a pie a dicha ciudad, para demostrar su veneración a este santo. Así lo *refiere B. Pía al card. Hérc. Gonzaga en carta fechada en Roma a 9 de abril de 1558. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Cf. Bull., VI, 490 s.; Ripoll-Bremond, V, 41 s., 44 s., 46 s.; Bromato, II, 276.

eran los *teatinos*, a quienes hizo volver a Roma luego en su primer año de pontificado, como lo había intentado Marcelo II. Asignóles la iglesia de San Silvestre en el monte Quirinal, el cual por estar entonces todavía casi sin edificio alguno, parecía singularmente apropiado para la vida de austeros religiosos. Los dominicos, que administraban dicho templo, fueron trasladados a San Nicolás en el Campo Marzio, y la parroquia fué incorporada a la de los Santos Apóstoles. El 17 de noviembre de 1557 tomaron posesión de su nuevo domicilio cuatro eminentes miembros de la Orden teatina, Juan Marinonio, Bernardino Scotti, Pablo Consiglieri y Juan Antonio da Prato. El Papa compró una espaciosa huerta para el convento, e intentó reconstruir la iglesia, la cual tenía que unirse con la plaza de los Santos Apóstoles por medio de una gran escalinata, semejante a la de Araceli. Los trabajos estaban sólo en los principios, cuando Paulo IV murió (1). En ninguna parte moraba el Papa tan de buena gana como entre sus teatinos en el Quirinal. Todavía en abril de 1559 quería retirarse allí para largo tiempo (2). Dos veces honró al convento celebrando en él consistorios.

Paulo IV mismo tomó el gobierno de la Orden teatina, cuyos privilegios fueron confirmados y aumentados. El 23 de diciembre de 1555 disolvió la unión con los somascos, que no había dado buenos resultados (3). Con predilección se servía el Papa en sus reformas de los teatinos, los cuales se mantenían en la mayor modestia y humildad posible. Juan Marinonio tenía que ser arzobispo de Nápoles, pero lo rehusó tan constantemente que Paulo IV hubo de renunciar a este plan. También Bernardino Scotti opuso larga resistencia antes que aceptase el cardenalato; ayudó al Papa en sus trabajos de un modo muy señalado, y le prestó importantes servicios en el asunto de la reforma. Pablo Consiglieri, uno de los cuatro fundadores de los teatinos, había tenido que aceptar el cargo de maestro de cámara; pero persistió en rechazar la púrpura (4).

(1) V. Silos, I, 325 s.; Castaldo, 147; Ancel, *Disgrâce*, 29. La inscripción que se puso en S. Silvestre, puede verse en Forcella, IV, 42.

(2) Cf. arriba p. 205 y el * *Avviso* de 15 de abril de 1559. *Archivo público de Florencia*.

(3) * *Brevia Pauli IV*. Arm. 44, t. XLIV, n. 170. *Archivo secreto pontificio*; el original se halla en el *Archivo general de los teatinos de Roma*. Cf. Silos, I, 336 s.

(4) V. Silos, I, 330 s.; Bromato, II, 274 s. Sobre las relaciones de Scotti con Paulo IV v. Masio, *Cartas*, 234, 249.

Apenas necesita ponerse de realce, que Paulo IV favoreció también a las residencias de los teatinos de Venecia y Nápoles (1). Como a franco e ingenuo consejero, apreciaba el Papa singularmente al teatino Jeremías Isachino, varón de oración y de rigurosísima penitencia. Paulo IV en 1556 le había llamado de Nápoles a Roma (2), donde le confió más tarde la dirección de la casa de su Orden (3).

Los *barnabitas*, después del conclave resolvieron enviar su general al nuevo Papa, y ofrecerse a él para todo aquello en que quisiese servirse de ellos. Paulo IV, que ya antes había apoyado según sus fuerzas a la nueva Orden, apreció en sumo grado esta demostración de afecto y rendimiento, y les prometió en todo su protección. La fama de los barnabitas se había entonces difundido ya tanto, que no solamente de varias ciudades italianas, sino también de Portugal e Irlanda llegaban a ellos invitaciones para la fundación de colegios. Éstas con todo fueron rehusadas, parte por falta de miembros, parte por seguir la máxima de los fundadores de la Orden, de no extender la congregación fuera de Milán. Finalmente en 1557 se dejaron mover a erigir en Pavia un colegio. Paulo IV confirmó la fundación de esta casa religiosa, que con gran gozo suyo trabajó de todo en todo según el espíritu de la reforma católica (4).

Paulo III había procurado dirimir la continua contienda entre *capuchinos* y *observantes*. Los capuchinos no podían ya recibir a los observantes sino con permiso de los superiores de éstos, y la misma prohibición valía para los observantes respecto de los capuchinos. A la muerte de Paulo III, los capuchinos consideraron esta ordenación como caducada; sin embargo, Julio III la renovó primero para los capuchinos, y a sus reclamaciones, en 15 de febrero de 1551, también para los observantes (5).

(1) Silos, I, 355. *Indulgenze di Paolo IV per la casa de' Teatini a Napoli. *Archivo general de los teatinos de Roma*.

(2) V. la *carta de Navagero, de 4 de enero de 1556. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(3) Ancel, *Disgrâce*, 29; cf. Bromato, II, 222.

(4) V. Barelli, 256, 258 s., 264, 266 s. La tentativa que se hizo ya en 1552, de unir a los barnabitas con los jesuitas, repitióse por agosto de 1559, pero también esta vez quedó frustrada; cf. *Arch. stor. Lomb.*, XXXVIII (1911), 152 s.

(5) Bull. Capuc., I, 24. A la Congreg. ord. min. Ulixbon. dió licencia Julio III el 4 de octubre de 1552 para llevar la cuculla de los capuchinos; v. Wadding, XVIII, 514.

Ya en los primeros años de Paulo IV (1) se agravó todavía más la oposición entre las dos Ordenes. Para defenderse mejor de las objeciones y dificultades que ponían los adversarios, el vicario general de los capuchinos, nuevamente confirmado en 1555, no salió de la Ciudad Eterna por espacio de dos años; sólo en 1557 dió comienzo a la acostumbrada visita de sus conventos (2). El vicario general Tomás de Tiferno, elegido en 1558, durante seis meses no pudo conseguir hablar a Paulo IV; la suplicada confirmación de la Orden y de sus privilegios la alcanzó después finalmente, pero el Papa se la concedió sólo de palabra, sin breve. Mientras el vicario general estaba ausente de Roma por hallarse pasando la visita, se trabajó de nuevo cerca de la curia contra los capuchinos. Los adversarios habían ganado para sí al omnipotente cardenal Carafa; la bula que enunciaba la supresión de los capuchinos, estaba ya bosquejada, y no parecía dudoso que Paulo IV la firmaría. Entonces aconteció la caída del nepote. El analista de los capuchinos designa esta tempestad contra la nueva Orden, como la más furiosa de todas, pues los capuchinos no habían tenido conocimiento alguno de las maquinaciones contra ellos, y por tanto tampoco habían podido defenderse (3).

Por tiempos muy difíciles tuvo que pasar también la *Compañía de Jesús* en tiempo de Paulo IV. El 23 de mayo de 1555 estaba conversando San Ignacio de Loyola precisamente con el P. González de la Cámara, cuando sonó la señal que anunciaba haberse ya efectuado la elección de Papa. Pronto se supo quién era el recién elegido: el cardenal Carafa. Al pronunciarse este nombre observó González cómo una densa sombra turbó el rostro del fundador de la Compañía de Jesús. San Ignacio mismo confesó más tarde a algunos confidentes, que le habían temblado entonces todos los huesos en el cuerpo (4). A la verdad esta elección podía reducir a la nada toda su obra principal.

San Ignacio y Carafa se habían ya conocido en 1536 en Vene-

(1) Sobre las anteriores relaciones de Paulo IV con los franciscanos observantes italianos cf. ahora el sólido trabajo de Ed. d'Alençon, provisto de rico material de documentos: G. P. Carafa, vesc. di Chieti (Paolo IV) e la riforma nell'ordine dei Minori dell'Osservanza, Foligno, 1912.

(2) Boverius 1555, n. 3 s., p. 527.

(3) Boverius 1558, n. 3, p. 552 s. Nulla hac saevior tempestas etc. (p. 553). El cardenal no está nombrado, pero era seguramente Carafa.

(4) Todos os ossos se lhe reuoluerão no corpo. Mon. Ign., Ser. 4, I, 198.

cia, y comunicado sus opiniones sobre varios puntos de la vida religiosa, acerca de lo cual hubo entre ellos importantes diversidades de pensar (1). Creóse en Carafa una profunda aversión a San Ignacio, que pronto se aumentó todavía (2). Estos dos varones tan radicalmente diferentes por su carácter tuvieron aún otro choque, cuando en los años de 1553 a 1556, los parientes de un novicio jesuita de familia principal procuraron inducir a éste a que saliese de la Orden, y Carafa alcanzó para ellos un indulto pontificio. San Ignacio por medio de representaciones en contra que hizo al Papa, logró que se revocase dicho indulto (3). Carafa pudo sentirse por esto tanto más ofendido, cuanto sufrió contradicción en un asunto que fué en Roma muy sonado (4). Ya antes, en la lista en que los cardenales tenían que asentar sus subvenciones para el Colegio Germánico, había faltado el nombre de Carafa (5).

Por consiguiente, no es maravilla que San Ignacio recibiese con temor e inquietud la noticia de la elevación de Carafa. Con todo eso, después de breve rato de oración, recobró su entera serenidad, e hizo ahora todo lo que pudo con el fin de ganar los corazones para el nuevo Papa (6). El 25 de mayo dió parte a sus hermanos en religión de la elección hecha y alabó las eminentes cualidades del nuevo Jerarca supremo de la Iglesia (7). Algunos meses más tarde hizo una extensa relación sobre el celo del Papa por la reforma y sobre el afecto y benevolencia, que había mostrado hasta entonces a la Compañía de Jesús (8).

Paulo IV, en efecto, parecía haber olvidado siendo Papa los resentimientos del cardenal Carafa. El primer jesuita que le visitó, fué Bobadilla. Paulo IV le recibió con sumo agrado, abrazándole y besándole. En presencia de los cardenales Morone y Truchsess habló de la nueva Orden con expresiones muy honoríficas. Envió

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 19.

(2) Cf. Astrain, II, 29 ss.; Nadal, Epist., II, 15.

(3) * Los parientes del novicio pedían que éste fuese trasladado a Nápoles, permaneciendo aún en la Compañía, y esto fué lo que concedió Julio III por su indulto. — (N. DEL T.)

(4) Tratan sobre este asunto toda una serie de cartas; cf. Mon. Ign., Ser. 1, tomos 5-10, índice s. v. Cesari; Epist. mixtae, tomos 3-5; Polanco, tomos 3-6, índice s. v. Cesari.

(5) Steinhuber, I, tabla II.

(6) V. Gonçalves: Mon. Ign., Ser. 4, I, 198.

(7) Mon. Ign., Ser. 1, IX, 75 s.

(8) Ibid., 463-468.

a llamar cuanto antes a San Ignacio, insistió en que le hablase con la cabeza cubierta, se puso a pasear con él en afable conversación y otorgóle las gracias que le pidió el santo (1). A las palabras correspondieron también las obras. Al nuncio Lipomano para su embajada a Polonia, le dió el Papa por agregado a Salmerón, y confería sus planes de reforma con Bobadilla, el cual le podía decir francamente su opinión. Todavía de más aprecio y reputación gozaba Láinez con Paulo IV. Prohibiéndole salir de Roma por necesitar de su consejo, hizo aderezar para él en el Vaticano un aposento propio, y pensó elevarle a la dignidad cardenalicia (2). Como los miembros de otras Ordenes religiosas eran llamados a predicar en las fiestas solemnes ante el Papa y los cardenales en la capilla del Vaticano, la misma honra cupo también a los jesuitas por primera vez en tiempo de Paulo IV (3). Agradaba singularmente al Papa que los jesuitas declarasen la doctrina cristiana al pueblo ordinario en las calles de Roma; y solía alabarlos por ello frecuentemente con expresiones de mucho elogio (4).

Pero a pesar de eso pronto se volvió a excitar la desconfianza que había dominado al cardenal Carafa. Cuando en la tirantez siempre creciente entre España y Roma se esparció el rumor de que los jesuitas, que casi todos eran españoles, hacían acopio de armas para en caso dado prestar ayuda a sus paisanos, mandó Paulo IV hacer un registro en su domicilio. El gobernador de Roma había querido desistir de la pesquisa, si S. Ignacio le daba palabra de que no había en casa arma alguna. Agradeció Ignacio cortésmente esta confianza, pero persistió en que se escudriñase en toda forma la casa de arriba abajo. Por este medio se quitó entonces radicalmente toda sospecha (5).

Mucho más duro que este incidente hubo de ser para S. Ignacio el que Paulo IV no favoreciese sus empresas predilectas. En favor del Colegio Romano, por el cual miraba S. Ignacio como por la niña de sus ojos, nada hizo Paulo IV; prometió ciertamente al principio proveerlo de rentas, pero pronto se desvaneció la esperanza de alcanzar de él cosa alguna (6). Respecto del Colegio Germánico, de

(1) Mon. Ign., Ser. 1, IX, 359-363.

(2) Ibid., X, 310 s., 419.

(3) Ibid., X, 438 y Massarelli, 304, 320.

(4) Nadal, Epist., IV, 496.

(5) Astrain, II, 32.

(6) Mon. Ign., Ser. 1, X, 533.

ningún modo comprendía Paulo IV su razón de ser (1). Los subsidios que Julio III había concedido, no se continuaron pagando, y a consecuencia de eso la mayor parte de los cardenales retiraron también sus subvenciones antes prometidas. Por esto, como también por la carestía del año 1555, el colegio llegó al borde del abismo (2). Ya por septiembre de 1555 no pudo admitir S. Ignacio a nueve jóvenes bohemos, que el rey Fernando había enviado para el Colegio Germánico; y les dió alojamiento y manutención en la Casa profesa de los jesuítas (3). A los cuarenta y ocho jóvenes que por el otoño de 1555 habían solicitado ingresar en el Colegio Alemán, hubo de denegarse a todos la admisión. Por espacio de dos años ningún alemán absolutamente entró ya en dicho colegio (4). Ya por febrero de 1555 el mismo ardiente promovedor del citado establecimiento, el cardenal Otón de Truchsess, estaba tan desalentado, que quería abandonar esta empresa (5).

La tenaz constancia con que S. Ignacio se mantuvo firme en lo una vez comenzado, con inquebrantable confianza en Dios, quedó brillantísimamente probada en estas difíciles circunstancias. Había subido tanto en Roma la carestía, que varios cardenales y ricos señores hubieron de despedir una parte de su servidumbre. Fuera del Germánico, tenía que sustentar S. Ignacio el Colegio Romano y la Casa profesa. No poseía dinero, y por considerársele incapaz de pagar las deudas, tampoco podía obtenerlo prestado de sus amigos o de los bancos. A pesar de eso, declaró a sus confidentes, que no miraba ahora lo por venir con menor ánimo y confianza que entonces, cuando Julio III y Marcelo II le prometían sus socorros. Que el Colegio Romano, pasado medio año, tendría vencidas en gran parte las presentes dificultades (6), y que vendría tiempo para el Germánico en que más bien le sobraría renta que le faltaría. Conforme a esto mandó decir a Otón de Truchsess, que quería tomar solo sobre sus hombros el establecimiento tudesco, si el cardenal se sustraía al mismo, y que antes se dejaría vender como esclavo que desampararía a sus alemanes (7). En efecto, algunos buenos ami-

(1) Steinhuber, I, 33 ss.

(2) Cf. Hosii epist., II, 673.

(3) Mon. Ign., Ser. 4, I, 161 s.

(4) Steinhuber, I, 34.

(5) Mon. Ign., Ser. 4, I, 405.

(6) Mon. Ign., Ser. 4, I, 352, 404-405.

(7) Ibid., 257. Steinhuber, I, 36.

gos le prestaron socorro en sus aprietos. Los alumnos alemanes que no podía sustentar en Roma, los hizo repartir por los colegios de los jesuitas de Italia y Sicilia, donde recibían su manutención al igual que los demás de casa (1). Ciertamente hasta 1558 los germánicos quedaron reducidos a pocos sujetos; y cuando desde este año comenzó a aumentar su número, Láñez unió al Germánico un colegio para estudiantes que pagaban, de todas las naciones, con cuyas pensiones podían mantenerse los alumnos alemanes (2).

Más dolorosamente aún que la suerte desgraciada de los establecimientos de Roma, afligiría a S. Ignacio el que al fin de sus días tuviese que ver puesta también en peligro su verdadera obra principal, la organización recién terminada de la Compañía de Jesús. Dadas las ideas peculiares de Paulo IV, era siempre de temer que uniese la naciente Orden con los teatinos, o alterase sus Constituciones, por donde fuese aniquilado el carácter de la Compañía de Jesús.

Estos temores no tomaron forma más palpable hasta después de la muerte de S. Ignacio (3). Hasta la elección de nuevo general había sido elegido Láñez vicario de la Compañía. Cuando éste por septiembre de 1556 se presentó al Papa y le pidió la bendición para la próxima Congregación general de la Orden, recibióle a la verdad Paulo IV benignamente, pero luego, tomando un tono más severo, le advirtió que la Congregación general se convenciese, de que nada podía determinar sin la aprobación y confirmación del Papa; que no confiaran demasiado en las concesiones de los anteriores Pontífices, pues lo que otorga un Papa, lo puede anular otro (4). Como la primera Congregación, fuera de la elección de general, había de dar la última mano principalmente a las Constituciones de la Orden, era evidente adónde ascataba esta observación. Algunas duras expresiones del Papa sobre el fundador de la Compañía, como la de que había sido un tirano, no podían sino aumentar las inquietudes (5).

(1) Mon. Ign., Ser. 4, I, 352, 404 s. Steinhuber, I, 36.

(2) Steinhuber, I, 45 s., 49 s.

(3) Para lo que signe cf. Astrain, II, 1 s., 7 ss.; Nadal, Ephemerides (Epist., II, 12-16, 50-59), y los documentos que se hallan en Nadal, Epist., IV, 98-147, 729-734.

(4) Astrain, II, 7.

(5) Nadal, Ephemerides (Epist., II, 50): *Erat etiam minatus P. Ignatio: «o colui»* etc. *Dixerat P. Ignatium tyrannice gubernasse societatem* (cf. *ibid.*, 54). Ignacio, decía, ha sido el ídolo de los suyos (*ibid.*, 15).

La Congregación había sido convocada para la primavera de 1557; pero para este término no podían hallarse presentes los jesuitas de España, pues a causa de la guerra con Paulo IV, Felipe II había prohibido a todos los españoles el viaje a Roma. A consecuencia de lo cual entre los Padres reunidos en Roma nació la idea de trasladar la Congregación a España (1). Este arbitrio era muy natural, pues tenía que ser sumamente importante para la Orden establecer lo más pronto posible las Constituciones y con ellas el fundamento jurídico de su existencia. Pero por otra parte, por razón de la guerra, era muy arriesgado hablar con el Papa de semejante proyecto. Con todo, Paulo IV no opuso serias objeciones cuando Laínez le indicó en la conversación el plan de celebrar la Congregación en España. Aunque desechada al principio resueltamente por la mayor parte de los jesuitas reunidos, halló con todo al fin la propuesta casi general aprobación, ciertamente sólo en el supuesto de que el Papa no rehusase dar su consentimiento.

Para conseguirlo, pidió de nuevo Laínez una audiencia. Paulo IV le recibió bondadosamente, y escuchó con benignidad las razones en favor de la propuesta demanda, pero no quiso dar al punto la decisión definitiva. Por eso después de pocos días se presentó de nuevo Laínez en el Vaticano; y el religioso, que en otras ocasiones había recibido de Paulo IV tantas muestras de consideración, con todo esta vez no fué admitido a la presencia de su elevado favorecedor. Repitió su tentativa por segunda y tercera vez; pero todavía no le fué permitido hablar al Papa. Finalmente, el 20 de junio de 1557 se encontró con él en un tránsito del Vaticano; pero Paulo IV pasó de largo, sin dignarse dirigirle una mirada. En vez de esto, por medio de los cardenales Scotti y Reumano recibió la orden de entregar las Constituciones y Reglas de la Compañía de Jesús, como asimismo las bulas pontificias. Además se prohibió a los jesuitas congregados en Roma salir de la ciudad sin licencia del Sumo Pontífice.

Estas órdenes inesperadas produjeron el efecto de un rayo

(1) Ya en 28 de octubre de 1556 escribe S. Francisco de Borja, que se habría visto con mejores ojos, que la Congregación se celebrase tal vez en Aviñón, por estar Roma tan distante de España (S. Franc. Borgia, III, 267). A principios de febrero de 1557, los jesuitas españoles y portugueses estaban ya dispuestos a emprender el viaje a Roma, cuando se vieron obligados a quedarse por haber estallado de nuevo la guerra (ibid., 276, 279).

en el vicario de la Compañía, pues las Constituciones, el sagrado legado del fundador de la Orden, estaban en peligro! Fueron ordenadas y hechas de muy buen grado oraciones y penitencias, como si se temiese la proximidad de una grave desgracia.

La causa de tan repentino cambio de pensar del Papa había procedido de un jesuita mismo, de Nicolás de Bobadilla.

Bobadilla, uno de los primeros compañeros de Loyola, genio descontentadizo, que ya antes había ocasionado varios disgustos (1), no se hallaba de acuerdo con las Constituciones de la Orden compuestas por S. Ignacio. Parecíanle un «laberinto» lleno de exigencias menudas, innecesarias y excesivamente difíciles (2), y creía por tanto haber de trabajar por conseguir una reforma radical. Además de eso, no estaba contento con la elección de Laínez para vicario general. De las bulas pontificias pensaba deducir, que el gobierno de la Orden, después de la muerte de S. Ignacio, había de pasar al conjunto de los primeros fundadores que todavía viviesen. La administración de Laínez la sometió en muchos escritos a una severa crítica; en especial, creía que había sido en sumo grado imprudente el proponer aquél repetidas veces la traslación de la Congregación a España. Un partidario de sus ideas halló Bobadilla en el descontento francés Cogordán; éste hizo llegar a manos de Paulo IV un memorial en que se decía, que el vicario y algunos otros intentaban trasladar la Congregación al suelo español, únicamente para poder mejor a su antojo, lejos de Roma, arreglar las Constituciones y hacer la elección de general (3). De ahí provino la ira del Papa, que se manifestó en exigir que se le entregasen las Constituciones, y en las demás órdenes que dió.

Laínez desplegó una ardiente actividad en desviar la tempestad que amenazaba. Hizo refutar los argumentos de Bobadilla por mejores conocedores del Instituto de la Compañía de Jesús, y señaladamente por Nadal (4). Como Bobadilla quería que se decidiese su causa por sentencia judicial del protector de la Orden, el cardenal Carpi, Laínez estuvo dispuesto a comparecer ante éste, aceptándolo como juez. Pero ahora se mostró, que Bobadilla mismo

(1) Su genio característico hállase descrito en Nadal, Epist., II, 52 ss.; Astrain, II, 12 s.

(2) Nadal, Epist., IV, 101, 110.

(3) Reclamaciones de Bobadilla, *ibid.*, 98 ss., 729 ss.

(4) *Ibid.*, 133-147.

comenzaba a desconfiar de su causa, buscando pretextos para no tener que presentarse ante el juez. Laínez por tanto propuso una decisión extrajudicial del cardenal protector; dióla éste diciendo, que Laínez era vicario general, pero que en las cosas importantes había de oír el consejo de los profesos de la Orden. Ahora sólo restaba aún a Bobadilla la apelación al Papa. Para prevenirla, adelantóse Laínez a ver a Paulo IV y le rogó, que hiciese tomar información de todo el negocio por medio de un cardenal. El Papa escuchó bondadosamente al vicario general, y hasta quiso dejar a su arbitrio la elección del cardenal. Finalmente, confió la decisión al cardenal Ghislieri.

Mejor elección no podía hacerse. Ghislieri fué por sí mismo a la Casa profesa y oyó y examinó personalmente a cada uno de los Padres (1). Bobadilla y Cogordán no aguardaron la decisión, y lograron que se les enviase antes a Foligno y Asís para ocuparse en diversos ministerios con los prójimos.

Paulo IV quedó sumamente maravillado, cuando Ghislieri le dió cuenta de las mezquinas reclamaciones de Cogordán. Alzóse ahora la prohibición de salir de Roma. Los cardenales encargados de examinar las bulas y Constituciones las devolvieron, sin hacer en ellas ninguna modificación. La Congregación fué aplazada para mayo de 1558.

Finalmente, después de casi dos años de esperar, pudo ésta reunirse el 19 de junio de 1558, para dar a la Orden una nueva cabeza (2). Luego, en el primer escrutinio, de los veinte votos se juntaron trece en favor de Laínez. Paulo IV había enviado al cardenal Pacheco para presidir la elección. El 6 de julio recibió el Papa en audiencia a toda la Congregación, se expresó en términos muy afables y laudatorios acerca de la Orden, y dió su bendición a cada uno de los Padres en particular (3).

La Congregación dirigió luego sus trabajos al examen de las Constituciones de la Orden. La cuestión sobre si se habían de

(1) El interrogatorio hecho a Bobadilla puede verse en Nadal, Epist., IV, 109 s.

(2) Un extracto de las actas (perdidas) de esta Congregación se halla en el Institutum Soc. Iesu, II, Florentiae 1893, 151-188. Un memorial de S. Francisco de Borja para la Congregación puede verse en los Mon. hist. Soc. Iesu: S. Franc. Borgia, III, 342-353; la respuesta de Laínez a este memorial se halla ibid., 353-359.

(3) Braunsberger, II, 286-291. Nadal, Ephemerides en sus Epist., II, 62.

modificar, fué resuelta en el sentido de que dichas Constituciones «habían de tenerse por firmes y válidas, y se habían de observar así como estaban en el ejemplar original del Padre Ignacio» (1). La Congregación renunció hasta el derecho de mudar algo en los puntos esenciales de la creación de S. Ignacio (2). Por eso la deliberación versó sólo o sobre cosas secundarias, o sobre algunos proyectos de ley, hallados fuera de las Constituciones, de los que no se podía asegurar que estuviesen aprobados por S. Ignacio (3).

Ya se acercaban a su fin los trabajos de la Congregación general, cuando en 24 de agosto el Papa, por medio del cardenal Scotti, hizo llegar a ella el mandato, de que se considerase si se había de introducir el coro en la Orden, y si la duración del cargo de general tenía que limitarse a tres años.

El haber S. Ignacio renunciado al coro como incompatible con el fin de su fundación (4), había dado en rostro a muchos. Domingo Soto, de la Orden de Predicadores, afirmaba que una asociación religiosa sin coro apenas merecía el nombre de Orden (5). Paulo IV tenía personalmente opiniones semejantes. En las audiencias que Laínez tuvo con él con motivo de la Congregación, había hecho el Papa varias veces indicaciones en este respecto. Al devolver las exigidas Constituciones, en 20 de junio de 1557, observó el cardenal Scotti, que quizá sería conveniente deliberar sobre la introducción del coro en la Compañía de Jesús.

Tampoco la perpetuidad del cargo de general suscitaba ahora por primera vez dificultades. No mucho antes de la elección de general había el Papa dado a entender, que se reflexionase sobre si sería mejor mudar esta prescripción. Como por lo demás dejaba entera libertad, declaró la Congregación, que deseaba seguir observando las Constituciones. El cardenal Pacheco advirtió expresamente antes de la elección, que el general tenía que ser elegido para toda la vida, y Paulo IV había aprobado y alabado la elección.

Por consiguiente, como no había ninguna orden expresa pontificia, y las bulas de Paulo III y Julio III habían confirmado la renuncia al coro, así como el generalato vitalicio, respondió

(1) Tit. 2, decr. 15.

(2) Tit. 2, decr. 16.

(3) Tit. 4, decr. 72 ss.

(4) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 62.

(5) V. Astrain, I, 184.

la Congregación el 30 de agosto a la renovada propuesta del Papa, que estaba dispuesta a obedecer, pero que deseaba, en cuanto de ella dependía, permanecer en la observancia de esta prescripción de las Constituciones. Con una carta que contenía esta declaración, fueron enviados Laínez y Salmerón a Paulo IV (1).

Con todo, no se llegó a entregar esta declaración, sino que en vez de eso ocurrió una extraña escena. Apenas hubieron sido recibidos Laínez y Salmerón, cuando el Papa mismo tomó la palabra. Primeramente habló en voz baja como para sí, diciendo que Ignacio había sido un tirano, y que él quería que en lo futuro el generalato durase sólo tres años, porque este uso había tenido buen resultado así en los benedictinos de Santa Justina, como en los de España. Después con creciente excitación habló del coro, llamando a los jesuitas rebeldes, porque no lo aceptaban, y añadiendo que respecto a eso se ponían de parte de los herejes (que ayudábamos a los herejes en esto), y que temía que algún día no saliese un diablo de entre nosotros. Que el rezo del oficio en el coro era cosa esencial al religioso y se apoyaba en precepto divino, pues en el salmo se dice: Siete veces al día te alabo; y que por eso estaba resuelto a introducir el coro en la Compañía. Con las más duras expresiones recalcó su voluntad, «mirándonos, añaden los Padres a quienes se dirigía, con extraños ojos y con turbación de rostro» (2).

Continuó todavía un rato Paulo IV en este tono, mientras los Padres estaban arrodillados delante de él. Pero al fin dió licencia a los dos comisionados para defenderse, y con las explicaciones de Laínez visiblemente se apaciguó de tal modo, que al fin dió objetos bendecidos a los dos para repartirlos a los Padres cuando volvieran a sus Provincias. Declaró, sin embargo, que el cardenal Alfonso Carafa comunicaría en su nombre sus órdenes a la Congregación, lo que se hizo también el 8 de septiembre. Como las Constituciones se imprimieron en el mismo año 1558, hubo de añadirse en la última hoja el mandato pontificio sobre la duración trienal del generalato y sobre el coro (3).

(1) Esta carta se halla en las Actas de la primera Congregación general. Institutum Soc. Iesn, congr. 1, decr. 47.

(2) Lainez ha transmitido esta escena en un documento firmado por él y Salmerón; hállese impreso en Astrain, II, 613-614.

(3) Esta última hoja se halla reimpressa en Sommervogel, Bibl., V, 76 s. Después de la muerte de Paulo IV esta hoja fué sustituida por otra.

Pero con eso no quedaban aún elevadas ambas ordenaciones a leyes permanentes; faltaban para eso las formalidades requeridas por el derecho canónico para la promulgación. Eran simples preceptos, que con la muerte del que los da, caducan (1). Así, pues, por consejo de algunos doctos canonistas, cesó el coro después del fallecimiento de Paulo IV. Pasado el término de los tres años, Láinez se declaró dispuesto a abdicar el generalato. Pero también en esto se procedió al fin según el principio, de que la ordenación de Paulo IV había perdido su valor después de su muerte (2). Fuera de esto, Pío IV revocó expresamente el decreto de Paulo IV, y confirmó las Constituciones de la Orden (3).

(1) El derecho canónico distingue entre leyes y preceptos (generales y particulares). La ley se refiere en primer término a un territorio y continúa durando después de la muerte del legislador. El precepto particular se refiere ante todo a personas, y, según la común opinión de los canonistas, caduca en sí y por sí a la muerte del que lo ha dado. El proceder de Paulo IV en nuestro caso se ha de explicar por la razón de que temió alterar las bulas de Paulo III y Julio III, deseó por eso que los jesuitas aceptasen por propia voluntad el coro y el generalato trienal, y expresó su indignación por el mandato de 8 de septiembre, cuando sus repetidas indicaciones respecto a eso no tuvieron el deseado efecto. Pues sabía sin duda, que por una orden dada sólo de palabra no cambiaría él de un modo duradero lo que había sido confirmado por las bulas de Paulo III y Julio III, si no derogaba expresamente esta ordenación de sus predecesores.

(2) Astrain, II, 36 ss. Mon. hist. Soc. Iesu: S. Franc. Borgia, III, 576. También Bobadilla se había ahora reconciliado enteramente con Láinez y las Constituciones. Escribió a Láinez: «El voto mío cuanto al generalato es que sea siempre perpetuo: *ad vitam*; y que en V. R. sea tan firme que dure por cien años, y que si muriendo tornase luego a resucitar, mi voto es que le sea confirmado [hasta el día del juicio universal]». Astrain, II, 37.

(3) H. Natalis, Scholia in Constitutiones, Prati, 1863, 275. S. Franc. Borgia, III, 671 s.

V. Represión de los herejes e infieles.

Inquisición romana e Índice de los libros prohibidos.

El movimiento protestante en España, los Países Bajos, Francia y Polonia

I

El ardor con que Paulo IV se opuso al espíritu mundano y corrupción de la Iglesia, fué todavía sobrepujado por su solicitud en preservar de todo riesgo la verdadera fe. Siempre le parecieron la defensa de este precioso bien y la conservación de su pureza, como una de las principales incumbencias de la autoridad eclesiástica (1). Elevado a la silla de S. Pedro, como supremo maestro y custodio de la fe colocado por Dios, quiso tanto más empeñar todas sus fuerzas en el mantenimiento de la entera, pura e inalterada verdad, cuanto mayores peligros de todas partes la amenazaban.

Más aún que en sus disposiciones reformatorias, desplegó Paulo IV, en su modo de proceder contra los que se desviaban de la verdadera fe, aquella draconiana severidad e impetuosa violencia que eran propias de todos sus actos. Si se resistía a la peste por todos los medios, aun con la quema de las casas y vestidos inficio-

(1) Además de nuestras indicaciones del vol. X, 314 ss., XII, 404 ss., 408 s. y XIII, 209, cf. el testimonio del card. Ant. Carafa en su *Apologia (*Biblioteca nacional de Nápoles*); v. también la carta de S. Ignacio de Loyola, de 13 de agosto de 1555, en los Mon. Ign., Ser. 1, IX, 465.

nados, de igual modo creía él que se había de combatir y extirpar la peste del alma, que vale sin comparación más que el cuerpo (1).

Las terribles armas que el tribunal de la Inquisición romana, reorganizado por Paulo III, ofrecía contra los sembradores de herejías: la cárcel, la ejecución y la confiscación de los bienes de los ajusticiados, habían sido manejadas hasta entonces con relativa moderación y blandura. Como de este modo no se conseguían buenos sucesos duraderos, quiso Paulo IV oponerse por todos los medios que estaban a su disposición, a los esfuerzos de la propaganda protestante por conquistar a Italia para sí. Procediendo con unidad de acción y con un plan metódico, desplegó en eso una severidad, que nada menos que el célebre agustino Seripando la calificó de inhumana (2). Este inmoderado proceder tuvo por consecuencia a la muerte del Papa, que la furia del pueblo se dirigiese principalmente contra el edificio de la Inquisición. Con los destrozos que allí se hicieron, quedaron destruidos en gran parte los autos y documentos de este tribunal. Así faltan las fuentes auténticas; y es muy poco lo que puede servir para suplirlas. No se puede fijar con individualidad ni siquiera el número de los procesos, ni el de las ejecuciones que se efectuaron parte en la Plaza Navona y parte en el Campo di Fiore y en la Plaza Judía (3).

(1) Repetidas veces se expresó así Paulo IV en presencia de Navagero. V. la *relación de éste, de 1.º de mayo de 1556, en la cual se citan las siguientes palabras del Papa: L'heresia è da esser perseguitata con ogni rigor et asprezza come la peste del corpo, perche ella è peste dell'anima. Se si appartano, si abbrugiano, si consumano li lochi et robbe appestate, perché non si dee con l'istessa severità estirpar, annichilar et allontanar l'heresia, morbo dell'anima, che val senza comparatione più del corpo (Cod. 9445, f. 180^b de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*). Una declaración semejante de Paulo IV delante de Navagero se halla en Jensen, G. P. Caraffa, Kjöbenhavn, 1880, 137, nota 1. Parece dudoso que sean auténticas las cuatro reglas, que según Caracciolo, *Vita 3, 5 (Ranke, 16, 137 las toma de este autor con cita inexacta), trazóse Carafa para el modo de tratar a los infieles. Yo las tengo por una compilación posterior.

(2) Merkle, II, 405; cf. nuestras explicaciones del vol. XII, 408. Es por tanto enteramente falso lo que afirma Moroni (XXXV, 46), cuando dice: dolcissima e paterna fu sempre la condotta tenuta dal tribunale di Roma.

(3) Los datos de Caracciolo, *Vita di Paulo IV, 4, 8 (*Bibl. Casanat.*), son muy pocos y no siempre seguros; tienen mucha necesidad de un examen crítico (cf. Amabile, I, 138 nota). Absolutamente seguros, pero en manera alguna completos son los datos de los *Libri delle giustizie della confraternità di S. Giovanni decollato (ahora se hallan en el *Archivio pubblico de Roma*), de los cuales se aprovecha Orano (p. 4 s.). Según ellos, fueron ejecutados en Roma por causa de hereja: en 15 de junio de 1556 Ambrogio de Cavoli di Milano

Los decretos generales de la Inquisición escaparon de la destrucción en los tumultos de agosto de 1559; y se hallan en el archivo del Santo Oficio (1). Como éste está todavía cerrado desgraciadamente a la investigación científica, gana en importancia un feliz hallazgo en una biblioteca privada de Roma. Dos manuscritos de la casa de los príncipes Barberinis contienen varios decretos generales de la Inquisición romana desde el año 1555, por los cuales se pueden fijar la composición del tribunal y una serie de importantes decisiones.

Al subir al trono Paulo IV, pertenecían al Santo Oficio como inquisidores generales cuatro cardenales: Juan Alvarez de Toledo, Carpi, Púteo y Verallo. De éstos sólo Toledo y Carpi asistieron a la sesión de la Inquisición que celebró Paulo IV el 1.º de septiem-

(cf. la *carta de J. A. Calegari a Commendone, fechada el 17 de junio de 1556: *Domenica alli 14 fu una solenne abiuratione de'heretici ne la Minerva; il lunedì seguente fu strangolato et arso un frate Ambrosio da Milano sfratato già più anni, non volse mai veder il crucifisso ne esser confortato. Lett. di princ. XXIII, n. 8. *Archivio segreto pontificio*; cf. Arch. stor. Napol., 593, nota 4), en 19 de agosto de 1556 Pomponio de Algerio di Nola (cf. Brown, VI, 3, App. n. 155; Amabile, I, 166 s.; de Blasiis en el Arch. stor. Napol., XIII, 569 ss.; Bertolotti, Mártiri, 19; Volpicella, Racconti di stor. Napol., Napoli 1909, 27-88), en 15 de junio de 1558 Gisberto di Milanuccio Poggio di Cività di Penne, en 8 de febrero de 1559 Antonio di Colella Grosso della Rocca di Policastro, Leonardo di Paolo da Meola da Pontecorvo y Giovanni Antonio del Bo; uno de estos tres no era con todo hereje, como se saca del *Avviso de 11 de febrero de 1559 (v. el n.º 52 del apéndice). Cf. también Bertolotti, Mártiri, 26 y Turinozzi, 7. Bromato (II, 454) menciona la quema de un valdense en 1558. Carne-secchi fué citado a Roma el 25 de octubre de 1557, y como rehusase comparecer, fué condenado en ausencia el 6 de abril de 1558. Sobre él daránse más pormenores en el tomo siguiente de esta obra. Sobre el proceso contra Andrés Centani, obispo de Limosso en Chipre, además de Buschbell, 81, nota 6, v. las *Acta consist. cancell., VII, al 4 de febrero de 1558: *R. Saracenus proposuit unam causam contra episcopum Limosien. depositionis ipsius ab episcopatu propter heresim (*Archivio consistorial*). Sobre el curso ulterior de esta causa v. *Acta consist. de 24 de julio y 9 de agosto de 1559. Según Navagero (Amabile, I, 141), a la muerte de Paulo IV se hallaban unos sesenta (según Bromato [II, 577] setenta y dos) presos en las cárceles de la Inquisición. No respecto de Roma, pero sí respecto de Bolonia se puede demostrar, que allí fueron quemadas también hechiceras por mandato de Paulo IV; v. Battistella, Il S. Officio e la riforma religiosa in Bologna, Bologna 1905, 168.

(1) Cf. nuestros datos del vol. XII, 407 s. En dicho Archivo se escaparon también otros documentos de la destrucción, después de la muerte de Paulo IV, como consta por un manuscrito de la *Bibl. Classense de Ravenna*, que contiene: *Gabrielis patriarchae Alexandrini litterae ad Paulum IV arabice scriptae ex ipsis originalibus quae cum sua versione latina in officio s. Rom. et univ. Inquisitionis servantur transcriptae.

bre de 1555, en su residencia de verano, el palacio de S. Marcos. Entonces el Papa otorgó al comisario general por mucho tiempo acreditado, Miguel Ghislieri, y al asesor Juan Bautista Bizzoni, los mismos poderes que poseían los cardenales inquisidores, para procesar en cosas de fe a cualesquiera personas, por más elevada que fuese su categoría (1).

Una sesión singularmente solemne del tribunal supremo de la fe celebró Paulo IV el 1.º de octubre de 1555. De los cardenales inquisidores estuvieron presentes Toledo, Carpi y Púteo, y faltó Verallo por estar gravemente enfermo. El Papa había convocado también para esta sesión a los funcionarios más elevados de la ciudad de Roma. Delante de éstos expuso en un largo discurso, que después que Dios le había elegido para Cabeza suprema de la Iglesia, consideraba como su deber anteponer los negocios de la fe a todos los demás, porque la fe era la esencia y el fundamento del cristianismo. Que determinaba, por tanto, que la Comisión de la Inquisición tuviese la primacía respecto de todas las otras autoridades de Roma, y que sus miembros habían de ser respetados del modo correspondiente por todos los funcionarios. Que éstos tenían que prestar a los miembros de la Inquisición toda clase de ayuda, aun el brazo secular; y que del grado en que cada uno favoreciera a la Inquisición, dependería también la gracia y favor que le dispensaría él, el Papa (2).

Los tres cardenales inquisidores mencionados, como asimismo el comisario general y el asesor, hacía años que eran miembros muy expertos de la Inquisición. Con esto parecían dadas todas las seguridades de que el tribunal desempeñaría su oficio con aquella severidad, que Paulo IV tenía por necesaria para hacer frente a las revueltas religiosas. A pesar de eso, el Papa no dejó de asistir a todas las sesiones principales de la Inquisición. En 18 de abril de 1556 fijóse para ellas el jueves de cada semana (3). Nada era capaz de estorbar al Papa el tomar parte en aquellas sesiones, novedad que maravilló mucho (4). El cumplimiento de este deber parecíale el más importante de todos. Navagero refiere: «De los

(1) V. Pastor, *Decretos de la Inquisición romana*, 14.

(2) V. Pastor, *Decretos*, 15 s.

(3) V. *ibid.*, 18.

(4) Cf. la *relación de los enviados genoveses Justiniano Fiesco y Lorenzo Grimaldi, fechada en Roma a 28 de mayo de 1556. *Archivo público de Génova*.

tres días que están dedicados a los consistorios, lunes, miércoles y viernes, y de los dos destinados a audiencias, martes y sábado, omite el Papa muchos; pero la sesión de la Inquisición del jueves, en la que suele tomar parte personalmente, nunca la descuida, por más dificultades que se le atravesasen. Recuerdo que a la noticia de que Anagni había sido tomada, muchos en Roma corrieron a las armas, y a todos asaltó el temor de perder los bienes y la vida. Pero el Papa permaneció intrépido, por ser aquél el día que le tocaba en turno a la Inquisición, y habló de las cosas pertenecientes a ella, como si no hubiese la menor sospecha de guerra, o los enemigos no se hallasen junto a las puertas» (1).

Todos los demás informantes están también conformes en que Paulo IV nada tenía tanto en el corazón como su Inquisición (2). A pesar de la penuria del erario, destinó 12000 escudos para reconstruir el edificio que estaba a ella asignado en la Vía Ripetta (3). Por un motu proprio de 11 de febrero de 1556 concedió a esta casa todos los privilegios que gozaban los palacios del Papa y de los cardenales, y a los oficiales de la Inquisición exención de tributos (4).

El número de los miembros de este tribunal ya por el otoño de 1556 fué elevado a ocho; además de Toledo, Carpi y Púteo, pertenecían ahora también a él los cardenales Médici, Scotti, Rebiba, Reumano y Capizuchi (5). Los cuatro últimos, ornados con la púrpura por Paulo IV, compartían en sumo grado sus rígidas opiniones. Rebiba había dado de ello enérgicas pruebas cuando era comisario de la Inquisición romana en Nápoles (6).

En 23 de abril de 1556 se estableció, que el que perjudicase a la Inquisición, violando el secreto, incurriría en la excomunión

(1) Navagero-Albèri, 382.

(2) Dedicaba a ella la mayor parte de su tiempo, dice Adriani (V, 239; cf. 344). *Il pontefice, escribe Navagero el 5 de agosto de 1557, mangia ancor ritirato, pur vien detto che sta bene et hoggi è stato nella congregazione sull'inquisitione fin 23 hore (*Biblioteca del palacio imperial de Viena*). Este celo y ardor aumentaba constantemente.

(3) *De rebus novis urbis Romanae gestis (v. arriba p. 207). Manuscrito de la *Bibl. capitular de Zeitz*.

(4) *Motu proprio de 11 de febrero de 1559 (*Archivo secreto pontificio*); v. el n.º 26 del apéndice. Sobre el sitio de la casa de la Inquisición v. Arch. d. Soc. Rom., I, 139.

(5) Cf. Pastor, Decretos, 20. Según esto, hay que corregir a Massarel-li, 302, quien para enero de 1557 nombra sólo seis cardenales inquisidores.

(6) V. Amabile, I, 214 s.

latae sententiae. Un año más tarde se determinó, que a los miembros de la Inquisición pertenecientes al estado eclesiástico, cuyo dictamen y juicio tuviera por consecuencia efusión de sangre en el tormento o la pena de muerte, no les alcanzase ninguna censura o irregularidad. En 28 de octubre del mismo año se extendió el mismo privilegio a todos los empleados de la Inquisición (1).

Refiere un testigo fidedigno, que Paulo IV había recordado en una sesión de la Inquisición, cuán frecuentemente el Papa Julio III había dirigido advertencias sobre el proceder demasiado mirado y circunspecto de la Comisión (2). Ahora sucedía lo contrario. La Inquisición obraba de un modo, que hasta críticos de riguroso catolicismo no disimulaban el reprobarlo y con serias palabras recordaban, que aunque se procediese enteramente según pedía el deber, no se había de olvidar aquel amor hacia los que yerran, que Cristo había enseñado y practicado (3).

Fué ante todo muy fatal la extensión que dió Paulo IV al círculo de acción de la Inquisición, mucho más allá del dominio de los dogmas propiamente dichos. Los negocios políticos, que en España y también en muchos países protestantes se amalgamaban con frecuencia con los asuntos religiosos en los procedimientos judiciales contra los herejes, hasta entonces los había excluido en Roma la Inquisición. Paulo IV no tuvo cuenta con eso. En la guerra con España, el conde Nicolás de Pitigliano, de la familia Orsini, que tenía a su mando la caballería ligera del Papa, había caído en sospecha de una inteligencia con el enemigo y sido conducido al castillo de Santángelo como prisionero de Estado. Allí estuvo detenido aun después de la paz de Cave. El embajador francés, que por octubre de 1557 intervino en favor de la libertad del conde, supo que a éste le había procesado la Inquisición por haber tenido por querida a una judía. A su pregunta de si se quería considerar esto como herejía, se le respondió que el conde había sido acusado de herejía por haber arrojado de sus dominios a varios religiosos y tenido opiniones heréticas. El embajador hizo resaltar respecto a esto, que el conde había procedido contra los religiosos como traidores políticos, para conservar sus

(1) V. Pastor, Decretos, 18.

(2) V. las declaraciones del card. Reumano, tomadas de los autos del proceso de Carafa, y comunicadas por Bruzzzone en *La Cultura*, N. S., I (1891), 434.

(3) V. Seripando en Merkle, II, 405.

dominios, pero no para fomentar la herejía o despreciar la religión. La acusación, en efecto, no pudo probarse, en vista de lo cual el conde fué puesto al fin en libertad (1).

Una serie de delitos morales, que nada tenían que ver con la autoridad que velaba por mantener la pureza de la fe católica, se pasaron asimismo a la Inquisición para que entendiese en ellos y los castigase, lo cual tenía por consecuencia un aumento de los empleados de la Comisión. Ya el 17 de octubre de 1555 hizo Paulo IV renovar la ordenación de su predecesor, de que el crimen de blasfemia fuese de la competencia de la Inquisición (2). Un decreto de febrero de 1556 prescribía, que todos aquellos que pecasen quebrantando el precepto del ayuno, fueran castigados por la Inquisición (3). Las fuentes auténticas refieren que los violadores de doncellas, los alcahuetes y los sodomitas caían bajo el poder de la Inquisición (4).

Pero no solamente el castigo de estos delitos y otros semejantes, sino también todo lo que el Papa designaba como «herejía simoníaca», como la venta de los sacramentos, la ordenación de menores de edad y los abusos en lo tocante a prebendas, habían de estar sometidos a la Inquisición. «Somos de opinión, manifestó Paulo IV en julio de 1557, que ningún tribunal trabaja con más integridad y con mayor celo de la gloria de Dios, que la Inquisición, y por eso nos hemos resuelto a asignarle cuanto tiene conexión con los artículos de la fe, o puede estar con ellos relacionado.» (5) Con esto va enlazado seguramente el haberse elevado a quince cardenales los miembros de dicho tribunal (6). En 21 de octubre de 1557

(1) Cf. Ribier, II, 671, 710, 715, 720. El haber venido también ante la Inquisición la contienda con Felipe II (v. Brown, VI, 3, App. n. 167), en tanto puede considerarse justificado, en cuanto en ella se trataba también de cosas eclesiásticas; cf. arriba p. 114.

(2) V. Pastor, Decretos, 17.

(3) Navagero notifica el 16 de febrero de 1556: «Sua S^{ta} a fatto far un bando che siano comessi al inquisitione colloro che non farano la quadragesima, eccetti li amalati, a quali sia licito romperla con consenso de' medici et con licentia delli deputati a tal cargo; ha comesso similmente all' inquisitione li biastematori. Cod. Marc. 9445, f. 120^b. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(4) V. el *Aviso de 21 de agosto de 1557 (*Biblioteca Vaticana*) en el n.º 39 del apéndice y Nonciat. de France, I, xxix s.; cf. también Orano, XIV y Pastor, Decretos, 18.

(5) V. la *relación de Navagero de 16 de julio de 1557 (*Archivo público de Venecia*), que se halla traducida en Brown, VI, 2, n. 966; cf. arriba p. 177.

(6) En el Index auctorum et librorum qui ab officio s. Rom. et univ.

fueron revocadas todas las facultades que poseían los miembros de la Fábrica de S. Pedro y de la Penitenciaría respecto de la absolución de simonía. En 25 de noviembre decidió Paulo IV, que los simoníacos en todo caso, aun en asuntos de derecho civil, habían de ser tratados como herejes (1). Por diciembre del mismo año confió al temido tribunal todos los negocios de la reforma (2). Ya en 16 de julio de 1556 se había establecido, que en adelante nadie pudiese fundar una Orden religiosa sin licencia de la Inquisición (3).

De este modo la Comisión de la Inquisición era recargada con un número enorme de negocios ajenos a ella; muchas veces funcionaba lisa y llanamente como tribunal supremo de moralidad (4). Hasta un artista que había pintado un crucifijo que parecía inconveniente, ¡fué citado ante la Inquisición y sometido a tormento! (5) Mayor terror se extendió, cuando todo el riguroso aparato que se dirigía contra los herejes, se puso ahora también en movimiento contra los simoníacos (6). Acrecentóse el terror,

Inquisitionis caveri mandantur (Rimini, 1559; cf. Hilgers, 492), sumamente raro, del cual sólo se ha conservado un ejemplar (*Roma, Bibl. Alejandrina*, N. f. 204), están indicados p. 27 los *Nomina ill. rev. cardinalium inquisit. general. per univ. orb. christ. contra haeretic. pravit. a S. Sede Ap. deputatorum*; son Carpi, Pacheco, Saraceni, Púteo, Scotti, Diomedes Carafa (¡más adelante es de nuevo citadol), J. Savelli, G. Asc. Sforza, Rebiba, Reumano, Capizuchi, V. Rosario, Ghislieri, Olera y Médici. En esta lista está el miembro más antiguo del tribunal, el card. Juan Alvarez de Toledo, que murió en 14/15 de septiembre de 1557. Como el card. Pacheco tuvo sólo hasta el 20 de septiembre de 1557 el título S. Balbinae, que lleva en la lista, hubo ésta de haberse formado entre el 15 y el 20 de septiembre. A fines de 1558 el joven cardenal Alfonso Carafa fué llamado a ser miembro de la Inquisición, lo cual pareció ser muy singular honor: *dove non si soleva admettere se non li vecchi*. * Aviso de 3 de diciembre de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 355. *Biblioteca Vaticana*.

(1) V. Pastor, Decretos, 22 s.

(2) V. arriba p. 180.

(3) V. Pastor, Decretos, 19 s.

(4) En 20 de noviembre de 1557 participa Bernardino Pía al card. Hérc. Gonzaga desde Roma: *Non heri l'altro in congregatione d'inquisitione S. S^{ta} fece un ragionamento molto longo contra a ruffiani di donne dishoneste et de'giovannetti, et vuole che la S^{ma} Inquisitione severissimamente proceda contra quelli et massimamente contra i padri, madri e fratelli che ne fanno professione in servizio delle loro figliuole o sorelle. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) V. la relación del embajador portugués, dè 10 de diciembre de 1558, en el Corpo dipl. Port., VIII, 73.

(6) Un ejemplo refieren las Acta consist. cancell., VII, al 11 de octubre de 1557: *Commissio causae contra Io. Franc. Poliasca, episcopum Lunen. et

cuando no solamente los herejes incorregibles, sino también los sodomitas y polígamos que incurrían en la pena de muerte (1).

Aunque la gran corrupción moral, que en Roma había dejado en pos de sí la época del Renacimiento (2), hace parecer todavía explicable tan duro proceder, es con todo inconcebible, cómo Paulo IV podía someter también a la Inquisición los asuntos de la reforma. Lo que aquí había de corregirse, provenía de relaciones tan complicadas y estaba tan extensamente ramificado, que por la nueva disposición tenía que borrarse enteramente el carácter primitivo de un tribunal al que estaba confiada la conservación de la pureza de la fe, y había de concederse al mismo una desmesurada preponderancia en el organismo eclesiástico. Y ¿qué era lo que no se hacía entrar en el concepto de herejía simoníaca? Pues se perseguía ya como herejes a hombres que realmente sólo se habían hecho culpables de algunas indiscreciones.

El derecho concedido ya por Paulo III a los inquisidores, de delegar en todas partes con extensos poderes a clérigos muy versados en teología o jurisprudencia, o a otros dignatarios eclesiásticos, fué puesto en práctica repetidas veces por Paulo IV. Sirvióse en esto principalmente de los dominicos, a quienes de antiguo estaba confiada la incumbencia de descubrir herejes. Ya por junio de 1555, y después de nuevo por octubre de 1557, envió dominicos con el título de comisarios generales, que, no atados a ningún lugar fijo, habían de proceder en todas partes contra la propaganda de herejías. Tenían facultades para procesar a todos aquellos cuyas opiniones pareciesen sospechosas, hasta a obispos, arzobispos y patriarcas; y a los obispos e inquisidores

Sarzan.... Et quia materia concernebat materiam symoniacam S^{tas} Sua cognitionem et decisionem causae quoad symoniam commisit officio sanctissimae inquisitionis. *Archivo consistorial*.

(1) V. el *Aviso de 11 de febrero de 1559 (*Biblioteca Vatic.*). El proceder contra los sodomitas fué confiado en 25 de noviembre de 1557 a los inquisidores Rebiba y Ghislieri (v. Pastor, *Decretos*, 23). De la obra sumamente rara de Albicio: *De inconstantia in iure admittenda vel non* (Amstelaedami, 1663, 349), se saca que un decreto de Paulo IV, de 17 de junio de 1559, prescribía quod miscentes in sortilegiis hostiam consecratam debent etiam pro prima vice tradi brachio seculari.

(2) La sodomía y la blasfemia parecían a los romanos delitos usuales, que no se debían juzgar severamente (v. el Aviso que hay en la relación de Challoner, public. por Stevenson, I, n. 1287). Sobre con cuánta inmoralidad vivían entonces los estudiantes romanos, cf. *Giorn. stor. d. lett. Ital.*, II, 141 s.

que ejerciesen su cargo con negligencia, también habían de inducir al más riguroso cumplimiento de sus obligaciones (1).

Estaba especialmente al lado de Paulo IV el dominico Miguel Ghislieri, a quien en 1551 había nombrado Julio III comisario general de la Inquisición romana. Ghislieri empleó todas sus fuerzas en precaver todo peligro que amenazase a la pureza de la fe. De la correspondencia que tenía con los diversos inquisidores, sólo se ha conservado íntegra la mantenida con el inquisidor de Génova, el dominico Jerónimo Franchi, que consta de unas cincuenta cartas, desde 1551 hasta 1559 (2). Por estas comunicaciones epistolares, las más de ellas autógrafas, de fray Miguel Alejandrino, como se llamaba Ghislieri, por haber nacido en la provincia italiana de Alejandría, se conoce cuán incansablemente se dedicaba a su cargo. Tratábase en ellas por la mayor parte de religiosos del territorio de Génova, que se habían extraviado en la fe; una carta se refiere también a herejes de la isla de Quío (3). Luego que se había dado comienzo a una averiguación jurídica, ante todo ponía la mira Ghislieri en llegar a conocer los «cómplices». La observación de un biógrafo de Ghislieri, de que éste había sido sumamente severo con los obstinados, y al contrario, suave y blando con los arrepentidos (4), está auténticamente confirmada por estos documentos. Es interesante una carta de 20 de junio de 1556, en la cual, de conformidad con los miembros de la Inquisición romana y hasta con Paulo IV, se encarga que se imponga la pena de galeras sólo a aquellos eclesiásticos cuya huida no se pudiese evitar de otro modo. A los que concierna, se añade, se ha de hacerles llevar por algunos años el vestido amarillo con la cruz roja, quitarles las facultades de confesar y predicar, recluirllos en un convento y darles por penitencia ayunos y oraciones. El castigo de galeras sólo corresponde a los marranos, casi todos los cua-

(1) V. Ripoll, *Bull. praed.*, V, 43 s.; Bromato, II, 457.

(2) Descubrí esta importante fuente histórica, que ha pasado por alto tanto a Buschbell como a Rosi (*La riforma religiosa in Liguria: Atti d. Soc. Lig.*, XXIV, 557 s.), en el *Cod. E., VII, 15 de la *Biblioteca de la Università de Génova*. Este código, que contiene también una porción de cartas del tiempo de Pío IV, sobre las cuales volveré a hablar más adelante, procede del archivo de la Inquisición de Génova, que en 1797 fué desparramado. Rosi (loc. cit., 595) conoce sólo las pocas cartas que han venido a parar al *Archivio público de Génova*; le altre, dice, presero vie che non abbiamo potuto scoprire.

(3) V. la **carta de 11 de noviembre de 1557.

(4) Maffei, *Vita di Pio V*, I, 7, p. 35.

les no habían intentado sino engañar, y a los bribones incorregibles (1).

Vese hablar al más tarde santo Papa Pío V en diversas cartas, en las cuales se exhorta a sufrir con paciencia las calumnias, pues con ellas más se dañaban a sí mismos los que las forjaban, que a los que las padecían. Quien quiere servir a Dios y al Santo Oficio, advierte fray Miguel en 3 de septiembre de 1556 al inquisidor de Génova, no ha de temer amenazas, sino sólo a Dios, y debe tener ante los ojos la verdad y la justicia, venga lo que quiera (2). Cuando Paulo IV, en 4 de septiembre de 1556, elevó al obispado de Sutri y Nepi a este varón incansable en combatir la herejía (3), tuvo cuidado de que no fuese enteramente sustraído de los trabajos en que se había ocupado hasta entonces. Como el cargo de comisario general de la Inquisición era incompatible con la dignidad de obispo, fué nombrado Ghislieri prefecto del palacio de la Inquisición (4). La recepción de Ghislieri en el Colegio cardenalicio, efectuada por marzo de 1557, tuvo por consecuencia otro cambio de su posición y de la extensión de su autoridad. El 14 de diciembre de 1558 fué elevado el cardenal Alejandrino a ser de por vida inquisidor mayor de la Iglesia romana. Este cargo, lo mismo que el de penitenciario mayor, en adelante había de ser siempre ejercido solamente por un miembro del Sacro Colegio, y continuar aun en la vacante de la Silla pontificia; todos los inquisidores, así los delegados como los obispos, tenían que considerar al inquisidor mayor como su suprema cabeza en los negocios tocantes a la fe (5).

La solicitud por la conservación de la pureza de la fe fué también la causa de las ordenaciones en extremo severas que dió

(1) V. la *carta de 20 de junio de 1556 en el n.º 31 del apéndice.

(2) V. las *cartas de 29 de agosto y 3 de septiembre de 1556 (*Biblioteca de la Universidad de Génova*) en los núms. 32 y 33 del apéndice.

(3) M. Ghislieri se resistió a aceptar esta dignidad; v. Soriano en Albèri, *Relaz.*, Ser. 2, IV, 200 s.

(4) Maffei, Pío V, 38 s.

(5) Ghislieri fué hecho por Paulo IV no «comisario general» de la Inquisición, como indica Benrath (*Real enciclopedia de Herzog*, XV^a, 439), sino inquisitor mayor et perpetuus. El pasaje respectivo de las *Acta consist.* lo ha comunicado ya Maffei (Pío V, 45), ciertamente con la falsa fecha de 14 de septiembre, aceptada también por Bromato (II, 458). La verdadera fecha: die *mercurii* 14 Decembris 1558 se halla en las *Acta consist. cancell., VII, 136^b (*Archivo consistorial*). Die martis 15 Decembr. 1558 que se lee en Raynald, 1558, n. 23, es un error. Ghislieri prestó juramento el 16 de diciembre de 1558 (v. Gulik-Eubel, III, 38). Así se explica el dato de Firmano (p. 512).

Paulo IV contra los judíos, luego al principio de su pontificado. La natural reacción contra la grande indulgencia, muchas veces ciertamente excesiva, que los Papas de la época del Renacimiento, señaladamente Alejandro VI, León X y al fin también Paulo III, habían manifestado con los judíos, comenzó ya en tiempo de Julio III. Paulo IV fué aún mucho más allá que su predecesor. En una bula de 14 de julio de 1555 se ordenaba, para suprimir los abusos introducidos, que los judíos de Roma y de las demás ciudades del Estado de la Iglesia habían de vivir enteramente separados de los cristianos en un barrio o una calle con sola una entrada y una salida. Estatuyóse además lo siguiente: en cada ciudad no está permitida más que una sinagoga; los judíos no pueden adquirir bienes inmuebles, y los que posean, los han de vender a los cristianos dentro de un tiempo determinado. Como señal que los distinguiese, prescribiéronse a los judíos sombreros amarillos. Prohibióseles tener criados cristianos, trabajar públicamente en las fiestas cristianas, mantener relaciones demasiado estrechas con los cristianos, redactar contratos fingidos, y usar en sus libros de cuentas otro calendario y otra lengua que los italianos o latinos. Las prendas a ellos dadas para la seguridad del dinero prestado, sólo podían ser vendidas a los dieciocho meses después del vencimiento del plazo. Finalmente, los judíos no habían de comerciar en trigo u otras cosas necesarias para el consumo, ni ejercer la medicina con los cristianos, ni hacerse llamar señor por los cristianos pobres, y tenían que observar puntualmente los estatutos comunales allí donde viviesen (1).

Comenzóse al punto a poner en ejecución estas prescripciones extremadamente rigurosas. A fines de julio de 1555 aparecieron por primera vez los judíos con sus sombreros amarillos, que habían de llevar también en Venecia. Muchos quisieron vestir enteramente de amarillo para que la señal distintiva llamase menos

(1) Bull., VI, 498 s. En muchos autores, ni aun en Reumont, III, 2, 532, no se indica exactamente el contenido de esta bula. Cf. Erler en el *Archivo de derecho canónico*, LIII, 46 s., donde se censura también con razón, el que Grätz haya aceptado las noticias absurdas del historiador judío José ha Cohen. Vogelstein-Rieger (II, 152) ponen a la bula la fecha de 12 de julio, y se lamentan de que Paulo IV haya sido canonizado! La fecha equivocada también se halla en Berliner, II, 2, 3; *ibid.* 5 hay la orden de que se ponga en ejecución lo prescrito sobre el sombrero que debían llevar los judíos.

la atención. Habían ofrecido al Papa 40000 escudos para que retirase su bula, pero inútilmente (1). Por el otoño comenzó en Roma a acotar un barrio rigurosamente cerrado, como lo había ya en Venecia. Este cuartel de judíos rodeado de muros estaba situado en la parte baja del río, extendiéndose cuanto a su longitud desde el teatro de Marcelo y el Puente de las Cuatro Cabezas, río arriba, hasta la colina del palacio de los Cencis, y cuanto a su anchura, entre el Tíber y las ruinas del pórtico de Octavia (2).

Ya por agosto de 1555 la bula fué llevada también a ejecución en Bolonia. El Ghetto o judería de allí recibió el nombre de Infierno (3). La venta de los bienes raíces de los judíos en el Estado de la Iglesia rindió medio millón de escudos, ciertamente sólo la quinta parte del valor efectivo (4).

Por medio de dos sabios judíos convertidos, el dominico Sixto de Sena y José Moro, hizo Paulo IV predicar sermones a los judíos para traerlos a la fe católica (5). Como muchos judíos abrazaban el cristianismo (6), renovó Paulo IV en marzo de 1556 la prescrip-

(1) V. la relación contemporánea que se halla en la Rev. des études juives, XX, 68; cf. Masio, Cartas, 515; Berliner, II, 2, 7; Rodocanachi, 40 s.; v. también Cartas de S. Ignacio, V, 288 s.

(2) En los *Introitus et exitus 1555 (*Archivo público de Roma*) hallo asentado p. 94: *13 Sept. scuta 100 Silvestro de Peruzzis architecto pro fabrica muri pro claudendo Iudaeos; p. 99: 9 Octob. scuta 100 para el mismo; p. 108: 14 de noviembre otra vez scuta 100 para el mismo con igual fin (cf. Berliner, II, 2, 4-5; Rodocanachi, 41). En el escrito citado arriba p. 207, nota 2, *De novis etc., de la *Bibl. capitular de Zeitz*, refiérese en 17 de abril de 1559: *Iudaei separatim vivunt. Sobre el Ghetto (judería) romano v. Moroni, XXI, 23 ss., quien da más noticias que Gregorovius, Wanderjahre, I, 95 ss. Sobre el Ghetto cf. también Hojas histórico-políticas, LVII, 515 s. Gregorovius deriva el nombre Ghetto, que sólo más tarde se introdujo — el antiguo nombre es vicus judeorum,—del ghet talmúdico, apartamiento. Otros ven en esta palabra una abreviación de traghetto, camino desviado, apartado, que expresa la idea de separación o aislamiento. Este vocablo es seguramente de origen veneciano. El Ghetto de esta ciudad es tenido como el más antiguo (cf. Zangwill, Dreamers of the Ghetto, Leipzig, 1899); estaba aún mucho más aislado que el romano. Éste fué suprimido por Pío IX y enteramente derribado en 1887. La obra de Natali Il Ghetto di Roma (Roma, 1887) nada trae de nuevo; en cambio Rodocanachi (p. 43 s., 49 s.) tiene muchos datos aprovechables.

(3) V. Battistella, S. Ufficio in Bologna, 148. Una *carta de los boloñeses sobre su Ghetto, fechada el 18 de enero de 1556, se halla en el *Archivo secreto pontificio*, Castel S. Angelo, Arm. 8, ordo 2, t. III, p. 62.

(4) Vogelstein-Rieger, II, 154.

(5) Cf. Grätz, VIII, 366.

(6) V. el escrito citado arriba p. 207, nota 2, *De novis etc., de la *Bibl. capitular de Zeitz*.

ción de su antecesor, que imponía a las sinagogas del Estado de la Iglesia una contribución para la casa de los catecúmenos de Roma (1).

A los judíos de Ancona había concedido Paulo IV algunos alivios de sus cargas en beneficio del comercio de la ciudad (2). Como por medio de la usura se iban apoderando de los bienes de los cristianos, cometían violencias y se mezclaban con ellos (3), Paulo IV por febrero de 1556 mandó establecer también en Ancona un Ghetto (4). Los procedimientos algo más rigurosos contra los judíos de esta ciudad (5) están conexonados con la conducta de los marranos portugueses. Ya por el otoño de 1555 se había mostrado, que muchos de estos nuevos cristianos sólo en apariencia se habían convertido (6). En una sesión de 1.º de octubre de 1555, celebrada en presencia de Paulo IV, resolvió la Inquisición proceder con todo rigor contra los renegados (7). Un napolitano fué enviado por comisario a Ancona; pero éste con todo se dejó sobornar y después huyó (8). En 30 de abril de 1556 decretó la Inquisición romana, que los judíos que sólo aparentemente hubiesen abrazado el cristianismo y se hubieran establecido en Italia, habían de ser castigados como apóstatas (9). Un nuevo comisario hizo ahora en Ancona una diligentísima averiguación y prendió a los culpados; doce de ellos, según otras fuentes veinticuatro, fueron quemados (10); otros cuarenta y dos, cuyos

(1) V. los *breves al duque de Ferrara y al duque de Urbino de 20 de marzo de 1556 (Arm. 44, t. IV, n. 343. *Archivo secreto pontificio*) y la bula de 23 de marzo de 1556. Bull., VI, 509.

(2) V. el *breve de 28 de septiembre de 1555 en el *Arch. municipal de Ancona*; cf. Leoni, *Ancona illustr.*, Ancona, 1832, 291.

(3) V. el *breve a Génova de 11 de diciembre de 1555. Arm. 44, t. IV, n. 258. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Cf. Rev. des études juives, III, 95.

(5) V. el breve de 23 de marzo de 1556 en *Ancona illustr.*, Ancona, 1870, 240.

(6) V. el breve de 11 de diciembre de 1555, citado en la nota 3.

(7) V. Pastor, *Decretos*, 16.

(8) V. el breve citado en la nota 3.

(9) V. Pastor, *Decretos*, 18.

(10) La tentativa de C. Garibaldi (Un asserto autodafé sotto Paolo IV, Bologna, 1876), de relegar esta quema al reino de las fábulas, no es sólida; cf. Feroso en el *Arch. stor. per le Marche*, I, 689 s. y D. Kaufmann en la Rev. des études juives, XI, 149 s. A entrambos se les ha pasado por alto el dato de Navagero (Brown, VI, 1, n. 463), quien indica haber sido veinticuatro el número de los quemados. Un breve de 30 de mayo de 1556 a los comisarios de la Inquisición en Ancona puede verse en Fontana, 440 s.

cargos no eran tan graves, consiguieron, pagando cuantiosas sumas, que la condenación a muerte se les conmutase por la pena de galeras. Contribuyó a esto una carta del sultán Solimán, dirigida al Papa, en la cual se indicaba que entre los presos se hallaban súbditos turcos, y se amenazaba con hacer sufrir la misma pena capital a los cristianos de Turquía (1).

Muchos de estos fingidos conversos habían huído de Ancona, y hallado un refugio en Ferrara y en Pésaro, ciudad que pertenecía a Guidobaldo della Róvere, duque de Urbino. Este esperaba mediante los mismos dirigir el comercio hacia Pésaro, lo cual parecía al principio tener buen suceso. Los judíos levantinos excluyeron de toda relación comercial con ellos el puerto de Ancona; por lo cual quedó esta ciudad tan sensiblemente perjudicada, que se dirigió al Papa en demanda de remedio (2). Asociáronse también a esta súplica los judíos de Ancona. Paulo IV, que ya antes había demandado al duque de Urbino la entrega a la Inquisición de los fingidos conversos que se habían refugiado en sus dominios, dirigió ahora nuevas representaciones a Guidobaldo della Róvere; pero éstas no dieron buen resultado hasta 1558. También se instó en dicho año al duque de Ferrara a expulsar a estos «pérfidos y detestables» renegados. Al mismo tiempo el inquisidor Ghislieri rogó al duque, que procediese contra un escrito difundido en Ferrara en alabanza de los quemados en Ancona (3). Fuera de

(1) La carta del sultán (con fecha 9 de marzo A.º del profeta 963 [= 1556], que se halla en traducción italiana contemporánea en el *Archivio segreto pontificio*, Castel S. Angelo, Arm. 8, ordo 2, t. III, p. 80 s., y está impresa en las Lett. de' princ., I, 190 s.; cf. Makuscev, *Mon. Slav. merid.*, I, 29; *Nonciat. de France*, II, 510, nota) dió ocasión al rumor de una directa alianza con el Papa; v. arriba p. 126 s.

(2) El *Memoriale* se halla en Feroso, loc. cit., 693 s.

(3) V. Fontana, 435 s.; Cibrario, Lett. di Santi, 11 s., 17 s.; Grätz, IX, 349 s.; Feroso, loc. cit., 707 s. Kaufmann ha dado a conocer este escrito en la *Rev. des études juives*, XI, 150 s.; cf. *ibid.*, XX, 47 s., sobre los esfuerzos por salvar a los renegados del territorio de Urbino, procurándoles su huida a Turquía. De cristianos fingidos se trató también en la *Inquisición portuguesa*, cuyos negocios ocuparon mucho a Paulo IV desde el principio de su pontificado (v. Santarem, XII, 431, 443 s.). En 18 de abril de 1559, la reina portuguesa Catalina, como gobernadora del reino, dirigió una carta a Paulo IV, en la cual pedía un nuevo arreglo y disposición de la Inquisición de Portugal (*Corpo dipl. Port.*, VIII, 142). Conforme a eso había de ser revocada la ordenación dada por Paulo III (v. nuestras indicaciones del vol. XII, 39), como ya antes lo había demandado en vano Portugal (v. Santarem, XIII, 19, 23). Paulo IV al principio se negó a ello resueltamente (*Corpo*, VIII, 193, 195 s.);

eso también ordenó Paulo IV la destrucción de los libros talmúdicos y anticristianos de los judíos. No solamente en Roma, sino también en Cremona, con permiso del gobierno español, fueron embargadas y quemadas por un delegado de la Inquisición grandes cantidades de talmudes (1).

Juan Pedro Carafa había recomendado ya en su Memorial a Clemente VII una guerra de exterminio contra los libros malos, porque ellos eran, junto con las malas predicaciones y la vida inmoral, la verdadera fuente de la herejía (2). Sobre la vastísima actividad que desplegó siendo Papa respecto a esto, las noticias no son tan completas como se podría desear. Consta por una carta del comisario general de la Inquisición, Miguel Ghislieri, al inquisidor de Génova, de 27 de junio de 1557, que aquél tenía que exhortar a usar de moderación. El prohibir libros como el *Orlando* de Ariosto, o las *Cento novelle*, lo califica Ghislieri con razón de ridículo (3).

Por septiembre de 1557 formó la Inquisición una muy larga lista de libros heréticos que habían de ser quemados. El embajador veneciano notificó entonces, que Paulo IV había mandado proceder

pero al fin el embajador portugués logró hacerle mudar de opinión. Ya estaba compuesto un breve conforme a los deseos del gobierno portugués (cf. Santarem, XIII, 59), cuando el ojo perspicaz del Papa descubrió en él una falta, de tal manera que todo había vuelto a quedar suspendido y dudoso, cuando Paulo IV murió (v. Corpo, VIII, 195 ss.; Santarem, XIII, 62). Repetidas veces Paulo IV ordenó la inversión de rentas eclesiásticas en fomentar y favorecer a la Inquisición portuguesa; v. *Regesta Later. 1837, p. 240, 275. *Archivio segreto pontificio*.

(1) Cf. Caracciolo, *Vita, 4, 11; Erler, loc. cit. 49; Reusch, I, 48; Vogelstein-Rieger, II, 156 s.; Berliner, II, 2, 8 s. y el mismo autor, Censura y confiscación de libros hebreos en los Estados de la Iglesia, Francfort, 1891, 4 s.

(2) V. nuestras indicaciones del vol. X, 314.

(3) Esta carta, sumamente interesante, es del tenor siguiente:

*Rev^{do} padre. Li mando lo esamine di fra Eggidio. ... Di prohibire Orlando, Orlandino, cento novelle et simili altri libri più presto daressemo da ridere ch'altrimente, perche simili libri non si leggono come cose a qual si habbi da credere, ma come fabule, et come si legono ancor molti libri de gentili come Luciano, Lucretio et altri simili: nondimeno se ne parlerà nella congregatione de' theologi et poi a S. St^a et alli rev^{mi}. Pregate il Signore che ne ispiri a fare quanto sii spediante et alle sue oratione mi raccomandando.

Di Roma li xxvii di giugno M.D.L.vii.

Di V. R. P^{ta} Fra Michele Alessandrino.

[Dirección] Al molto rev^{do} padre fra Geronimo de Genova contra l'heretica pravità Inquisitore, [padr.] oss^o. Genova a S^{to} Dominico.

Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

y hermosa ciudad y cuenta entre sus miembros muchos hombres insignes (1).

El padre del Papa, Ricardo Cervini, nacido en 1454, había adquirido una sólida formación en Florencia, de donde procedía su madre Isabel Machiavelli, y después había servido a Inocencio VIII como notario de la Penitenciaría Apostólica (2). El trato y amistad con la noble familia Spannocchi de Sena fué de grandísima importancia para el curso de su vida.

Ricardo moró tan frecuentemente y por tan largo tiempo en casa de Antonio y Julio Spannocchi, que Sena vino a ser para él la segunda patria (3). El influjo de los Spannocchis con Alejandro VI le alcanzó el empleo de vicetesorero de la Marca de Ancona. Durante nueve años administró este cargo, arrendado a los Spannocchis, de una manera ejemplar, y también de otros modos trabajó en bien de esta provincia. En Macerata y otros lugares

(1) Cf. Benci, *Storia di Montepulciano*, Firenze, 1641, 101 s.; Buschbell en el *Anuario Histórico*, XXI, 423 ss.; v. también la monografía todavía útil de P. Polidoro *De vita Marcelli II (Romae, 1744)*, escrita a instigación de Benedicto XIV, la cual se apoya en el aprovechamiento de todas las fuentes impresas entonces accesibles y también de algunas manuscritas, entre las cuales está la *Vida de Marcelo II*, compuesta por su hermano Alejandro. Ya Polidoro se lamentaba, de que a consecuencia de un incendio que estalló en 1598 en el palacio de los Cervinis, en Montepulciano, sólo hubiese quedado de esta importante fuente la primera parte (que llega hasta 1538). Polidoro con razón ha hecho uso frecuentemente de esta **Vita di Marcello II scritta di propria mano del sig. Alessandro Cervini suo fratello*. Ranke (*Papas*, III, apéndice n.º 28) cita una copia de la *Vita*, que había en la *Biblioteca Albani de Roma*, pero de ella sólo toma un pasaje sobre la corrección del calendario en tiempo de León X. La Biblioteca Albani se fué a fondo en 1857 junto con el navío, que había de transportarla a Prusia (cf. Pastor, *Le Biblioteche private di Roma*, Roma 1906, 5). Hay que acudir, por tanto, a la copia de la *Vita*, que se halla en Ferrara, de la cual se sacaron y se publicaron algunos datos en 1849, en el *Arch. stor. Ital.* App. VII, 248 ss., sin designar el manuscrito circunspectivamente. Con ayuda del profesor Agnelli logré hallarlo de nuevo en la *Biblioteca municipal de Ferrara*, en las *Miscellanea Riminaldi*, t. 1 (Ms. Cl. I, n. 264). Cf. además Panvinus, *Vita Marcelli II* (como apéndice a las ediciones de Platina), la que dadas las próximas relaciones del autor con su héroe es de mucho valor y segura. Una redacción más breve puede verse en Merkle, II, 255 ss. La **Vita di Marcello II*, de A. Cervini, se halla también en las *Carte Cerv.* del *Archivio público de Florencia*. Cf. Buschbell en el *Anuario Histórico*, XXI, 424.

(2) Como tal se halla en 1487; v. Del Lungo, *Florentia*, Firenze, 1897, 269, nota 2.

(3) En 1493, por medio de los Spannocchis fué admitido en la nobleza de Sena (v. Gigli, *Diario Sanese*, Lucca, 1723, 113, 141), de donde procede el nombre de cardenal Spannocchi Cervini.

se veía aún mucho tiempo después, como señal de su desvelo y solicitud, el escudo de los Cervinis en varios edificios públicos y en los muros de la ciudad. Con feliz éxito procedió Ricardo Cervini contra las interiores disensiones y los desórdenes de los bandoleros, que formaban una plaga especial para aquella región (1). Cuando en 1501 se hallaba en Montefano (2), no lejos de Macerata, su esposa Casandra, de la ilustre familia Benci, de Montepulciano, le dió allí a luz, en 6 de mayo, un hijo, que recibió el nombre de Marcelo. Un astrólogo predijo por la hora del nacimiento, que el niño sería un tiempo gran lumbrera de la Iglesia. El cumplimiento de esta profecía, a la que también el padre dió crédito (3), lo que no puede maravillar dadas las ideas de entonces, pareció inmediatamente poco verosímil, porque la salud de Marcelo estuvo tan en peligro en la misma cuna, que la familia asediaba al cielo con misas, limosnas y ayunos, rogando incesantemente por la conservación del pqueñue-

(1) *Esercitò quell' offizio con honore e fama e benevolenza grandissima di que' popoli, di che si vede in Macerata, Montefano et altri luoghi di quella provincia ancora segno e l' arme de' Cervini ne torrioni delle muraglie et altri luoghi publici in pietre bianche elegantemente scolpite. Questo offizio esercitò m. Ricciardo nove anni continui per se et per la ragione delli Spanocchi... per mezzo de' quali m. Ricciardo hebbe principio a questa grandezza... Más adelante vuelve a hablar otra vez A. Cervini de la actividad de Ricardo en la Marca de Ancona, y hace resaltar lo siguiente: oltre l' haver pacificato que' popoli che da gravi inimizie e sanguinose erano vessati, frenato le incursioni de banditi haveva nel castigo de' rei et esaltazione de' buoni lassato di se memoria e benevolenza grande in quel paese. *Biblioteca de Ferrara*.

(2) L. Cardauns ha puesto en duda recientemente (Relaciones de nunciatura, V, xxii) la indicación hecha por la mayor parte de los biógrafos, de que Marcelo nació en Montefano, pero con razones faltas de solidez. El pasaje del despacho publicado por Gentile, Política de Paolo III: «il revmo Marcello da Montepulciano», como la palabra del epitafio «Politianus» se explican por proceder su familia de Montepulciano; pero el pasaje de Panvinio en su Epítome Pontif. Rom. de 1557, se refuta por el texto de la Vita Marcelli II del mismo Panvinio (loc. cit.), donde expresamente se dice: in agro Piceno oppido Montis Fano natus. Lo mismo refieren otros dos contemporáneos, que estuvieron en estrechas relaciones con Marcelo II: Massarelli (Merkle, II, 261) y A. Cervini (* Vita di Marcello II, loc. cit.). También en la carta sobre la elección de Marcelo, que se halla en las Lett. de' princ., III, 234^b, se dice: Il Papa, benche sia nato a Monte Fano... pure é da Montepulciano. A todo esto se añade todavía el testimonio del mismo Marcelo II en su carta a los habitantes de Montefano, que puede verse en Pollidorus, 130.

(3) Ancorché poco attendesse alle cose pertinenti alla divinazione (no divozione, como está impreso en el Arch. stor. Ital., App. VII, 250), hay que leer en la * Vita di Marcello II.

lo (1). Las instantes súplicas fueron oídas. Marcelo adquirió con el tiempo un admirable desarrollo, no sólo en cuanto al cuerpo, sino también en lo tocante al espíritu. Ya en muy temprana edad mostraba aquella mezcla de gravedad y apacibilidad, que le ganaba los corazones de todos. Vivo, sin ser parlero, era al mismo tiempo afable y modesto. El amor de Dios y del prójimo, en que se señalaban también sus excelentes padres, le era propio en sumo grado. Después de la temprana muerte de su madre, elogiada especialmente por su gran piedad, no se apartó un punto del lado de su padre, a quien tenía extraordinario respeto y veneración. Refiere su biógrafo, que aun siendo hombre de treinta años no salía de casa sin pedir a su padre el permiso y la bendición, y sin presentarse a la vuelta de nuevo ante él. Estas íntimas relaciones hallábanse fundadas en la circunstancia, de que el padre mismo dirigió la primera formación de su hijo. En Castiglione d'Orcia, junto a Montepulciano, donde los Cervinis poseían una hacienda, le dió la enseñanza elemental de la gramática, retórica, aritmética, geometría y astronomía. En la astronomía poseía el padre tan grandes conocimientos, que León X le consultó cuando intentaba reformar el calendario (2). Como su padre tenía una extensa y variada formación, le enseñó también prácticamente algunas artes mecánicas y la agricultura. Marcelo era el discípulo más diligente que se puede pensar. Por medio de una circunstanciada distribución del tiempo y limitación del trato y comunicación con otros, que sólo tenía raras veces, y siempre únicamente para descansar y distraerse algún tanto, sabía lograr el tiempo necesario, tanto para sus estudios como para sus ejercicios religiosos. Daba comienzo a sus ocupaciones diarias con la oración. Su mayor placer era estar sentado junto a sus libros. Decía que el trato con los muertos, significando con esto sus escritos, era el más útil y más seguro (3).

(1) *Oltre a ogni costume ordinario de putti, cuenta A. Cervini de su hermano consanguíneo, non voleva in modo alcuno gustare latte, pero la madre infinitamente dogliosa et il padre similmente non si quietarono ne giorno ne notte sempre pensando e cercando, come potessero aiutare il povero figliuolo che non mancasse per diffeto di cibo, e fra gli altri rimedi si ricorse a Dio nostro signore e con messe e sacrifici e con elemosine et orazioni e digiuni. *Biblioteca de Ferrara*.

(2) Cf. Arch. stor. Ital. App. VII, 248; v. también nuestras indicaciones del vol. VIII, 314.

(3) *Dicendo il ragionare con i morti era il più utile e più sicuro esercizio. *Biblioteca de Ferrara*, *Vita etc.

Absteníase sumamente de juegos, bebidas y diversiones. Nunca se le veía ocioso; aun las horas desocupadas sabía emplearlas útilmente, dibujando, esculpiendo, haciendo modelos, encuadrando libros o mejorando árboles (1).

Para el ulterior perfeccionamiento fué Marcelo enviado por su padre a Sena, donde se dedicó preferentemente a la dialéctica y matemáticas de los griegos. En el tiempo del Renacimiento era famosa esta ciudad por la vida licenciosa que allí reinaba (2). Marcelo quedó enteramente exento de esta disolución, por cuanto siempre buscaba sólo hombres buenos con quien juntarse. Así lo hacía también en sus estudios: en la filosofía, lo mismo que en la astronomía, evitaba cuidadosamente lo malo y peligroso. El estudiante ejemplar, y harto grave y serio para sus años, se granjeó presto en Sena el amor y aprecio general. Cuando sus amigos y jóvenes de su misma edad tenían a veces por chanza conversaciones ligeras y frívolas, luego enmudecían cuando Marcelo se acercaba a ellos (3).

Ya en Sena se extendieron también los estudios de Marcelo a la astronomía, matemáticas, arquitectura y arqueología. Pero sobre todo se dedicó a las humanidades, de modo que pronto pudo expresarse tan elegante como fácilmente en prosa y en verso (4).

Después de la elección de Clemente VII, fué enviado Marcelo

(1) El pasaje tomado de la *Vita di Marcello II, que se halla en el Arch. stor. Ital., App. VII, 250, se le ha pasado por alto a Cardauns (Relaciones de nunciatura, V, xxiv, nota 6).

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. II, 444 s.

(3) En Sena, así lo refiere A. Cervini, *sotto la disciplina di m. Ugo imparò lettere greche e sotto m. Giov. Batt. Politi dialettica e mattematica. Quivi trovandosi il giovine libero et in città licenziosa mostrò grandissimo segno della sua natural prudenza. Prima fu alli precettori carissimo, alli compagni carissimo. Avertito a fuggire la conversazione de tristi etiam di alcuni noti e della patria sua, che in quel tempo si trovarono a Siena sapendo che la prattica e la consuetudine suol dare occasione al vizio ed alla virtù, però sempre conversò con uomini ottimi e letterati... Dell' astrologia e filosofia lasciando quel che era particolarmente pericoloso quel solo che era utile elesse. *Biblioteca de Ferrara*. Cf. también Panvinus en Merkle, II, 255. A pesar de eso, Marcelo no quedó libre de las falsas creencias astrológicas de aquel tiempo, como lo muestra el pasaje de la carta que ha publicado Cardauns en las Relaciones de nunciatura, V, xxiii, nota 1.

(4) *Negli studi di humanità fu veramente eccellente come ne fanno ampia fede quelli che vivono e le sue scritture in prosa et in versi con summa facilità et eleganza da lui formate. *Biblioteca de Ferrara*, *Vita etc.

a la Ciudad Eterna para terminar sus estudios. Pronto allí se le ofreció ocasión de señalarse y descollar entre los demás. Por aquel tiempo se había esparcido por toda Italia el temor de un inminente diluvio. Largas lluvias y las predicciones de célebres astrólogos confirmaron aun a hombres graves en esta creencia; el mismo Clemente VII pensaba ya lleno de timidez huir a Tivoli. Pero Marcelo, cuyo padre siempre había combatido esa terrorífica ilusión, supo maravillosamente hacer ver claro al Papa cuán infundado era el miedo general. Clemente VII le confió el acabar, junto con su docto padre, el escrito sobre la corrección del calendario, que éste había ya comenzado en tiempo de León X. Con el trabajo terminado volvió Marcelo a Roma a principios de 1525 (1). Fué tratado con singular estimación por Clemente VII, que se interesaba vivamente por la reforma del calendario, y pudo asistir repetidas veces a las sabias disputas que se tenían durante la comida del Papa (2).

Marcelo aprovechó diligentemente esta su permanencia en la Ciudad Eterna para darse a estudios científicos. Frecuentaba las bibliotecas y trataba con los numerosos literatos y hombres doctos que vivían en la curia. Entonces fué cuando contrajo íntima amistad con Lampridio, Tebaldeo, Lascari, Bembo, Angel Colocci y otros humanistas (3), que cultivó desde ahora con la fidelidad que le era propia. A consecuencia de estas relaciones y del favor singular del Papa, parecía tener segura una honrosa colocación

(1) Cf. Arch. stor. Ital. App. VII, 249, 254 s. y Marzi en los Atti del congresso stor. di Roma, III (1906), 649. Sobre las profecías para 1524 v. nuestras indicaciones del vol. IX, 306, nota 4.

(2) Cf. los pasajes de las cartas de Cervini (Carte Cerv. que se hallan en el *Archivio público de Florencia*), publicados por Cardauns en las *Relaciones de nunciatura*, V, xxiii, que son aquí utilizados por primera vez para dar luz sobre la vida de este Papa. A la pregunta de Buschbell (*Anuario Histórico*, XXI, 423, nota 5), «si *todo* el archivo de su familia ha venido a parar a Florencia», ha de responderse en sentido negativo, porque en la *Biblioteca de Sena* se hallan varios manuscritos, que seguramente proceden de este archivo; así especialmente Codex B. V. 18 y D. V. 13 (cf. Ilari, *Bibl. di Siena*, VI, 274, 491). Fueron a parar allí sin duda con los escritos del arzobispo Alejandro Cervini; cf. Druffel, *Mon. Trid.* I, 4. La hipótesis aquí sentada, de que Cervini entregó de intento sus papeles a los parientes cuando fué elegido Papa, difícilmente es exacta. El que pasasen a sus parientes se explica muy naturalmente, por haber muerto Marcelo II antes de poder llevar al cabo su intento de reformar la cancillería pontificia (v. Laemmer, *Mon. Vatic.*, 461), con lo cual iba también proyectada la reforma del archivo.

(3) Cf. A. Cervini, * *Vita di Marcello II. Biblioteca de Ferrara.*

en la curia, cuando la invasión de la peste en Roma obligó al cuidadoso padre a hacerle volver a su patria por mayo de 1526 (1). El inoportuno ocio lo ocupaba Marcelo con trabajos literarios. Tradujo al italiano el libro de Cicerón sobre la amistad, así como ya antes había trasladado al latín varios trozos de Euclides y de otros autores griegos, y había compuesto un poema sobre baños y aguas minerales. Demás de esto ayudaba a su padre, que ya envejecía, en la administración de los bienes, en lo cual mostróse, como éste, excelente agricultor, y también solícito protector de los pobres trabajadores (2).

Durante el tiempo de guerra, que siguió al saco de Roma, no había que pensar en volver a la Ciudad Eterna. Las revueltas de aquellos días obligaron al cardenal Alejandro Farnese a una larga permanencia en Castro. Cuando desde allí fué a visitar a los miembros de su familia en Farnese, se encontró con Ricardo Cervini, que había sido en otro tiempo su condiscípulo en Florencia, en la Academia de Lorenzo de Médici, y de cuyos gloriosos trabajos en la Marca de Ancona guardaba todavía muy buena memoria. La antigua amistad de entrambos, que ahora se renovó, había de ser de decisiva importancia para el hijo. Con un nuevo trabajo de su padre sobre la reforma del calendario, Marcelo volvió a Roma en 1531, donde fué recibido con mucha afabilidad por el cardenal Farnese, y residió casi un año. El tiempo inmediato siguiente lo pasó Marcelo de nuevo en su tierra, si se exceptúa una breve permanencia en Roma por la primavera de 1533 (3). Por una de sus cartas a su padre, de febrero de 1534, consta que no tenía intención de casarse; propuso entonces a su padre, que en su testamento le consignase un capital de 1000 ducados con una renta de 100, para que sin estorbos domésticos pudiese dedicarse a la ciencia y vivir para ello en un lugar apropiado, como Roma o

(1) Según Poilidorus, 12, Marcelo se había ido de la Ciudad Eterna, después de haber ganado en Roma todavía el jubileo de 1525. Esto es ciertamente inexacto, pues consérvese de él una carta escrita desde Roma aun el 5 de mayo de 1526; después no hay más noticias auténticas hasta 1528 (v. Cardauns, loc. cit. xxiii). La mayor invasión del contagio, que es designada expresamente por Cervini (loc. cit.) como causa de habersele ordenado volver de Roma, se puede fijar por lo que dice Sanuto, Diarii, XLI, 346, para el tiempo que corre desde el 13 de mayo de 1526.

(2) V. A. Cervini, * Vita di Marcello II (*Biblioteca de Ferrara*). Sobre la traducción de Cicerón cf. Pollidorus, 13.

(3) V. Cardauns, loc. cit., xxiv.

Venecia (1). No se sabe si su padre antes de su muerte, acaecida el 2 de abril de 1534 (2), tomó una determinación conforme a este deseo.

Poco después murió también la segunda esposa de Ricardo, Leonora Egidi Cacciaconti, que le había dado cinco hijas y dos hijos. Recayó ahora sobre Marcelo, como hijo mayor que era, el cuidado de la gran familia. Con toda escrupulosidad cumplió esta incumbencia; con todo mantuvo firme su plan de, una vez ordenados los negocios domésticos, ir de nuevo a Roma, donde por octubre de 1534 había cabido en suerte la tiara a su favorecedor Farnese. La administración de los bienes la confió Marcelo a sus hermanos de padre Alejandro y Rómulo; al mismo tiempo cuidó de la suerte y bienestar de sus hermanas, de las cuales la una entró en la Orden de las clarisas, y las otras tres se casaron; una de ellas, Cintia, fué madre del célebre cardenal Beato Belarmino. En la Ciudad Eterna pronto se abrieron a Marcelo las más favorables perspectivas. Paulo III acogió al hijo de su antiguo amigo con tanto mayor gozo, cuanto más pudo conocer sus excelentes cualidades. Marcelo fué agregado al número de los familiares del Papa, quien le confió la educación de su nieto, el joven cardenal Farnese (3). En este cargo se granjeaba en medida creciente la confianza y el amor, así de su educando como de Paulo III. Cuando éste, a principios de 1538, encargó al cardenal nepote la dirección de los negocios de Estado, obtuvo Cervini, como su primer secretario, uno de los puestos más influyentes en la curia; fué ahora nombrado protonotario (4). Aunque Cervini había estado hasta entonces alejado enteramente de la vida política, supo con todo familiarizarse prontamente con su nuevo círculo de acción, que era tan extenso como importante. Siendo secretario del cardenal nepote, fué presto también el más íntimo secretario del Papa. Verdad es que la correspondencia diplomática iba dirigida al carde-

(1) V. *ibid.*

(2) El dato de Cardauns (*loc. cit.*), de que Ricardo murió a fines de marzo, es falso. Tanto A. Cervini (* *Vita di Marcello II* [*Biblioteca de Ferrara*]), como también una * *Biografia di Ricciardo Cervini* (Carte Cerv. [*Archivio pubblico de Florencia*]); cf. sobre este trabajo Buschbell en el *Anuario Histórico*, XXI, 424) nombran la fecha indicada en el texto.

(3) Además de A. Cervini, * *Vita di Marcello II*, cf. los pasajes de las cartas publicados por Cardauns, *loc. cit.*, xxvi, nota 1.

(4) V. Ehse, *Conc. Trid.* IV, 145, nota 2; cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 53.

nal nepote, y que éste firmaba las cartas, pero su composición estaba enteramente bajo el influjo de Cervini. Con cuánta atención revisaba los documentos curiales, muéstranlo las numerosas correcciones que proceden de su fina y segura mano. Como consejero del cardenal nepote, era al mismo tiempo la mano derecha para la ejecución de las ideas de Paulo III. En la cancellería fué ilimitado su influjo; formaba aquí una escuela de inteligentes funcionarios y diplomáticos, que consideraban como un riguroso deber la buena administración de los negocios y la cuidadosa conservación de todos los documentos. La negligencia con que la época descuidada del Renacimiento había tratado los documentos que llegaban, tuvo ahora fin, lo cual significa también una gran ganancia para la investigación histórica (1).

La dirección de los negocios de Estado exigía una constante comunicación con el Papa. A Cervini se le dió para habitación una estancia inmediata a los aposentos privados de Paulo III, con quien todas las mañanas trataba los negocios corrientes (2). Cuando el cardenal Alejandro Farnese, por mayo de 1539, con motivo de la muerte de la emperatriz, desempeñó su primera legación yendo a España, Cervini fué su compañero. Desde este tiempo, en vez de la cancellería, fué su campo de acción la elevada diplomacia; en ella se acreditó de ser uno de los más activos, más capaces y más desinteresados servidores de la Santa Sede (3).

Cuánto apreciase el Papa sus servicios, mostróse claramente al serle confiada, a fines de agosto de 1539, la administración del obispado de Nicastro en Calabria, el que Cervini cambió con el de Reggio en septiembre de 1540 (4). Ya antes, el 19 de diciembre

(1) Cf. Sickel, *Relaciones romanas*, I, en la *Relación de sesiones de la Academia de Viena*, CXXXIII, 13; Richard en la *Rev. d'hist. eccl.*, XI, 518; cf. también Friedensburg, *El Instituto Histórico de Prusia: Disertaciones de la Academia de Berlín*, 1903, 74 s.

(2) *Hora così vivendo era molto grato a S. S^{ta} e già nell' opinione universale stimato fra i favoriti di questa corte, dove dovendo continuamente per l' offizio, ch' egli esercitava e per la tenera età del cardinale suo padrone trattare col papa negozi gravissimi gli fù dato per camera proprio luogo da pochi scalini separato da quello dove dormiva S. S^{ta} d'ordine dello quale ogni mattina andava mentre S. B. era in letto a trattenerla ragionando di varie cose per certo spazio di tempo. A. Cervini, *Vita di Marcello II (*Biblioteca de Ferrara*). Cf. también I. Poggiani Oratio in funere Marcelli II: Poggiani *Epist.*, I, 106.

(3) Juicio de Cardauns (V, xxvii).

(4) V. Acta consist. en Cardauns, loc. cit., xxvii. Cf. Taccone-Gallucci, *Regest. d. pontif. Rom. per le chiese della Calabria, Reggio*, 1902, 272 s.

de 1539, había recibido Cervini la púrpura (1). Por más que en pocos años había subido tan rápidamente de simple hombre de letras particular al supremo senado de la Iglesia, con todo no se excitó envidia alguna contra él. Todos se alegraron de la dicha del cardenal de Sta. Cruz, como se llamaba ahora Cervini, por su iglesia titular, Sta. Cruz de Jerusalén. Contarini, Sadoletto, Pole, Aleandro y Bembo le saludaron con las más gozosas cartas, por las cuales habla la unánime persuasión, de que el penetrante conocimiento de los hombres de Paulo III, con este nombramiento, había elevado el mérito y la virtud al debido lugar (2).

El motivo inmediato del nombramiento fué para que Cervini, como acompañante del cardenal Alejandro Farnese, nombrado legado cerca de Francisco I y Carlos V por noviembre de 1539, pudiese tratar, sin obstáculo alguno, personalmente con estos monarcas. El joven legado cedió a su antiguo secretario el manejo de las negociaciones propiamente dichas. Cuán dificultosa era para Cervini esta incumbencia, consta por sus relaciones. No sobresalta él mucho en el campo de la política; sin embargo de eso, con su laboriosidad, con su fidelidad y escrupulosidad en cumplir con su deber, procuraba suplir lo que le faltaba en dotes diplomáticas (3).

Ya antes que Paulo III en 24 de abril de 1540 otorgase al cardenal Farnese la suplicada orden de volver, había corrido el rumor, de que Cervini habría de quedarse en la corte imperial. El cardenal procuró impedir esto por medio de instantes representaciones hechas a sus amigos Bernardino Maffei y Dandino. Con todo, el Papa no se dejó mover a mudar de resolución. Tampoco a las ulteriores súplicas de Cervini en demanda de su llamamiento a Roma accedió el Papa hasta que se publicó la decisión del emperador sobre la suspensión y traslación del congreso de Haguenau.

A consecuencia de eso, hasta el 18 de septiembre de 1540 no pudo Cervini salir de Bruselas, donde se hallaba entonces Carlos V. A mediados de octubre estaba de vuelta en Roma. En su relación final dió cuenta de sus negociaciones con el emperador tocante a los asuntos religiosos y del estado de la Iglesia en Ale-

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. XI, 180 s., 320 s.

(2) V. Ciaconius, III, 806; Pollidorus, 26 s.; Cardauns, loc. cit.; Hefner, apéndice, 4.

(3) Cf. Cardauns, loc. cit.

mania. Con la franqueza que le era propia, designa aquí como causa del decidido enajenamiento de Roma de la nación alemana, la negligencia de lo que en otros tiempos había ganado a los alemanes para la Iglesia: la negligencia del modo de vivir apostólico, puesto antes de manifiesto por la Santa Sede, de la fervorosa y pura práctica de la religión en las iglesias, del ejercicio de la caridad con el prójimo y de la sólida predicación; finalmente hace resaltar la decadencia del episcopado alemán, que elegido sólo por respetos mundanos, dejaba abandonado a su rebaño (1). Cervini durante su misión había hecho cuanto estaba de su parte para mejorar la situación de la Iglesia en Alemania. Mérito suyo fué el no haber recibido Farnese dinero alguno por el uso de sus muy extensas facultades, así como también el haber hecho notar en sus relaciones enviadas a Roma la mala impresión que hacían las colectas de dinero para la fábrica de S. Pedro, y haber excitado a la reforma de la curia (2).

El cardenal Farnese hizo observar una vez por donaire, que Cervini era aún más teatino que Carafa (3). Estas palabras correspondían enteramente a la verdad. Desde que Cervini recibió las sagradas órdenes, fué modelo de sacerdotes. Celebraba la misa con tiernísima devoción, rezaba de rodillas su breviario y con los brazos extendidos las oraciones de la mañana y de la noche. La lectura espiritual, el examen diario de la conciencia, el ayunar puntualmente, el dar abundantes limosnas y sobre todo la incesante oración eran para él una regla fija y estable, de la que no se dejaba apartar ni aun por los negocios más apremiantes ni por los más molestos incidentes (4).

Aunque Cervini no podía vivir en su obispado de Nicastro, lo administraba, sin embargo, con solicitud y vigilancia. Al mejor sacerdote que pudo hallar, le nombró su vicario general; y no contento con esto, encomendó su diócesis a la inspección de los obispos vecinos y de otros excelentes varones, especialmente de Galeazzo Florimonte, a quien apreciaba de un modo singular por su amor a la verdad. Para Cervini la verdad estaba sobre todo. Su

(1) V. Relaciones de nunciatura, editadas por Cardauns, V, xxx, 246. nota 1, 405, nota 1, 408 s.

(2) V. Relaciones de nunciatura, V, xxix; sobre la legación de Cervini cf. también nuestras indicaciones del vol. XI, 320 s., 336 s., 341, 343 s., 349 s.

(3) V. Relaciones de nunciatura, V, 269, nota 1.

(4) Cf. Pollidorus, 20 s.

poco a poco en la destrucción de estos escritos, para que a los libreros no se les originase súbitamente un perjuicio excesivo. Dos cardenales tenían que examinar los intereses de los libreros. Entre los libros que se habían de quemar en seguida, se hallaban todas las obras de Erasmo; y además también escritos no teológicos, como los de Maquiavelo y las *Facecias* (colección de cuentos graciosos) de Poggio (1). Todavía en el año 1557 tuvo terminada Antonio Blado la primera impresión de este Índice, pero no se publicó (2). Por febrero de 1558 una comisión de cardenales deliberó sobre este negocio (3). El 21 de diciembre apareció un breve pontificio, que revocaba todas las facultades para leer libros prohibidos; sólo habían de quedar exceptuados los inquisidores generales y los cardenales a quienes el Papa había dado una comisión especial (4).

Entre tanto Blado había dispuesto una nueva y mejor edición del Índice. Los rumores que corrían sobre su contenido, eran tales, que produjeron en todos los libreros la mayor excitación. Diversas personas doctas, y especialmente también el jesuita Nadal, hicieron representaciones a la Inquisición, que tuvieron por consecuencia, que con el nuevo Índice diese ésta un decreto que mitigaba algo su excesivo rigor (5). A pesar de eso, las prescripciones que entraron en vigor hacia fines de 1558 y principios de 1559, eran aún tan desmedidas, que nada menos que S. Pedro Canisio llamó al nuevo Índice piedra de escándalo, a causa de su dureza (6). Este juicio no es demasiado severo.

El nuevo Índice — «Catálogo de escritores y libros de que manda guardarse a todos los cristianos la romana y general Inquisición bajo amenaza de censuras y penas» — distinguía tres clases

(1) V. la relación de Navagero, de 7 de septiembre de 1557, en Brown, VI, 2, n. 1024, en la que no han reparado, tanto Reusch, como Hilgers. Varios trabajos preparatorios para el Índice pueden verse en *Concilio LXXIV (*Archivo secreto pontificio*); cf. Revista trimestral romana, XVII, 296 s.

(2) V. Hilgers, 490 s.; Reusch, Los Índices librorum prohibitorum del siglo XVI, Tubinga 1886, 176 ss.

(3) *Avviso di Roma de 5 de febrero de 1558: *Si è fatto una congregatione in casa del card. di Trani sopra le cose dell'heresia et libri heretici. *Biblioteca Vaticana*.

(4) Schelhorn, Colecciones para la historia, I, 143. Fontana, 448 s. Una determinación semejante de 14 de abril de 1559 respecto de los libros hebreos se halla en los Editti, V, 30, 2. *Archivo secreto pontificio*.

(5) V. Hilgers, 8 s., 198, 489 s. y Hoja central para las bibliotecas, XXVIII (1911), 118 s., donde se corrigen los datos de Reusch.

(6) Braunsberger, II, 380.

de libros, cada una en orden alfabético. La primera clase enumeraba los nombres de aquellos autores que habían errado, por decirlo así, exprofeso, por lo cual se prohibían absolutamente todos sus escritos, aunque no contuviesen nada sobre la fe. De un modo muy especial se nombra aquí a Erasmo. En la segunda estaban los nombres de escritores de quienes sólo se condenaban *algunos* libros, por haber enseñado la experiencia que a veces inducen o a la herejía o a alguna especie de impiedad hechiceresca, o en general a intolerables errores. En la tercera clase se citaban los títulos de aquellos libros que contenían doctrinas perniciosas y estaban compuestos en su mayor parte por herejes anónimos. En el preámbulo se decía aquí, que habían de quedar prohibidos todos los libros que estuviesen compuestos o en lo futuro se compusiesen por herejes, o se imprimiesen con el nombre o la denominación de herejes. Además, de conformidad con el decreto del concilio tridentino de 8 de abril de 1546, se prohibían todos los escritos que se habían publicado desde cuarenta años atrás sin indicación de autor o de impresor, o de tiempo y lugar, aun aquellos que no trataban de religión, y asimismo para lo futuro todos los que se imprimiesen sin licencia eclesiástica. Acerca de una serie de ediciones latinas de la Biblia y respecto de todas las traducciones del Nuevo Testamento en lenguas vulgares, se estaba en el apéndice del Índice, que sin permiso de la Inquisición no pudiesen imprimirse, leerse o retenerse. Finalmente, se añadió todavía una lista de sesenta y un impresores, y se prohibieron todos los libros que éstos habían estampado (1).

A la ejecución de estas prescripciones, ciertamente demasiado extensas, dióse al punto principio en Roma y Bolonia. En ambas

(1) V. Reusch, I, 263 s., donde se dan pormenores sobre el contenido, los autores y las fuentes de este primer Índice romano; *ibid.*, 369 se habla acerca de la prohibición de varios escritos de Savonarola y de las deliberaciones que precedieron a su prohibición, tenidas ante Paulo IV (cf. Arch. stor. Ital., Ser. 5, XXVIII, 288 s.). Maquiavelo, a consecuencia del Índice de 1557, fué impreso en país extranjero (v. Arch. stor. Ital., XIX [1896], 126 s.), y el *Decamerone* de Boccaccio fué prohibido con una fórmula semejante al *donec corrigatur* (v. Reusch, I, 389). Sobre el proceder contra Erasmo v. también Pirrenne, III, 487, n. 2 y Revista histórica, XC, 176. Sobre cómo Luciano fué puesto en el Índice de Paulo IV, cf. Jöris en el Suplemento científico de la Germania, 1908, n.º 48. Dos licencias de la Inquisición, de 1559, respecto a traducciones italianas de la Biblia, pueden verse en la revista Romania, XXIII, 416.

ciudades hizo quemar la Inquisición un gran número de libros heréticos (1). Al inquisidor de Génova tuvo que desaconsejar repetidas veces el cardenal Ghislieri el proceder con demasiado rigor y precipitación (2); pero, como se deja entender, insistió en la ejecución del Índice. Donde faltaban inquisidores, los obispos tenían que tomar en sus manos este negocio (3).

No solamente los libreros, sino también los hombres de letras se quejaban en todas partes del grave perjuicio de sus intereses (4). El número de los libros sospechosos remitidos era muchas veces tan grande, que los encargados de la revisión apenas podían salir al cabo con tanto trabajo (5). Paulo IV y la Inquisición velaban en todas partes por el riguroso cumplimiento de las nuevas determinaciones. Publicáronse éstas en Milán, y asimismo se llevaron a ejecución en Nápoles. El número de los libros quemados en Venecia la víspera del domingo de Ramos se fija en más de diez mil. En Florencia, donde había escasez de inquisidores, suplió el duque con su celo lo que faltaba (6). En los Estados menores italianos, los gobiernos, como se deja entender, se aco-

(1) Respecto de Roma v. Firmanus, 513 y Turinozzi, 6, y respecto de Bolonia, Serapeum, III, 155.

(2) El 27 de enero de 1559 escribía el card. Ghislieri desde Roma a Jerón. Franchi: *I libri d'umanità de buoni autori, riconosciuti, scholiati o commentati da altri reprobati nell'Indice, si possono concedere deletis delendis, si come anche si concedono i libri de santi dottori. El 10 de febrero de 1559 se envió a Franchi la siguiente instrucción: *Rev^{do} padre. Oltre l'altre cose che mi sono occorse scrivere a V. R.^{za} con quest'ordinario, mi rimane hora dirle che, per non illaqueare nelle censure molte anime circa l'esshibition de libri prohibiti per causa di un termino troppo repentino, potrà prefiggerli uno over due mesi di tempo dalla publicatione dell'Indice, et spirato quello, prorogarli poi anco di più quendici altri giorni, acciochè non siano escusabili se in detto tempo mancheranno di haver fatta la purgatione et correctione debita et ubedito in tutto all'ordine di esso Indice. El 25 de febrero escribe Ghislieri: *A quegli che V. R. conoscerà catholici potrà lasciare l'evangeluario et epistolario volgare ecc. et potrà anco lasciare la Biblia volgare a ms. Agostino Pinello. Alla presentatione de libri tutti debbano essere eguali, et di lasciare quei che si possono concedere anco bisogna aprirvi bene gli occhi. Cod. E., VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

(3) *Carta a Jerón. Franchi, fechada en Roma a 10 de marzo de 1559, loc. cit.

(4) Cf. Pogiani, Epist., III, 149; Dejob, 74 s.

(5) V. Tacchi Venturi, I, 316.

(6) Cf. en el n.º 54 del apéndice la carta sumamente interesante del cardenal Ghislieri, de 31 de marzo de 1559 (*Biblioteca de la Universidad de Génova*). Sobre una quema de libros en Nápoles (Sesa) v. Arch. Napol., I, 645. Respecto de Toscana cf. también Ciampi, I, 307.

modaron asimismo a lo prescrito; aunque en algunas partes, como, por ejemplo, en Génova, llegó a haber diferencias de opinar entre los magistrados y la Inquisición romana (1).

Fuera de Italia, con todo, no fué posible dar entero cumplimiento a los nuevos estatutos. No solamente la Sorbona, sino también la Inquisición española ignoraban el Índice de Paulo IV. El inquisidor general español Valdés publicó en 1559 un Índice independiente de libros prohibidos (2).

En Roma y en el Estado de la Iglesia se pudo servir Paulo IV a su gusto de sus propias autoridades para proceder contra los herejes (3). En lo restante de Italia reclamó para ello de un modo extenso la ayuda de los gobiernos. Así ya en 1.º de octubre de 1555 dirigió a Hércules, duque de Ferrara, la orden de prender en Módena a algunos sospechosos en materias de fe y entregarlos al vicelegado de Bolonia, quien los transmitiría a la Inquisición romana. Nómbranse en esta carta como sospechosos dos individuos de la familia Valentini, de los cuales uno era preboste de la catedral de Módena, el librero Antonio Gadaldino y el literato Ludovico Castelvetro, que había traducido al italiano varios escritos de Melanchton (4). El duque quería hacer seguir en Módena el proceso contra los acusados, pero en vista de los apremios del Papa, tuvo que publicar la citación por julio de 1556 (5). En Módena protestaron ahora los conservadores o concejales; y Castelvetro se salvó con la fuga. El preboste Valentini compareció en Bolonia, y después de la abjuración de sus errores fué puesto en libertad. El librero Gadaldino, que se negó a toda retractación, fué condenado a cárcel perpetua (6). En 24 de noviembre de 1555 se hizo al du-

(1) Cf. la *carta de Ghislieri, de 21 de julio de 1559, en el n.º 58 del apéndice.

(2) Cf. Reusch, I, 298, 300 s.

(3) V. el *breve de 3 de agosto de 1555 para el vicelegado Camillus episc. Satrian. (ut transmittat gubernatori civit. Spoleti Hieronymum Mediolan. qui ob haeret. pravit. causam in carcere traditur. *Archivo de breves de Roma*), el breve que se halla en Fontana, 435 y en el n.º 53 del apéndice el dirigido al presidente de la Romaña, de 27 de febrero de 1559. *Archivo secreto pontificio*.

(4) Este breve, que se halla en Tiraboschi, Bibl. Mod., VI, 59, ha sido publicado de nuevo por Fontana (p. 434 s.).

(5) Cf. las relaciones de embajada enviadas desde Roma, en Sandonini, L. Castelvetro, 288 s.

(6) Tiraboschi, Bibl. Mod., I, 447 s.; Tassoni, Cronaca: Mon. di stor.

que Hércules el requerimiento de prender a dos herejes que vendrían de Alemania a Ferrara, y remitirlos a Roma. También más tarde se enviaron aún al duque órdenes semejantes, por ejemplo, el 3 de febrero de 1559, respecto de un médico preso en Reggio (1). Al gobierno de Luca se le exhortó el 31 de marzo de 1556 a apoyar a los inquisidores de allí, cuando procediesen contra los herejes esparcidos por la ciudad y la diócesis. La república de Génova no tuvo necesidad de semejantes exhortaciones; espontáneamente expulsó de sus dominios a los ermitaños de S. Agustín que habían caído en herejía, por lo cual recibió dos breves laudatorios del Papa (2).

En gran solicitud ponía a Paulo IV la continuación de la propaganda protestante en la Italia superior; especialmente el ducado de Milán corría mucho peligro por causa de su vecindad con Suiza. Por eso, al representante de Felipe II, el cardenal Madruzzo, se le exhortó en 20 de mayo de 1556, a que aumentase la vigilancia. A qué medios recurrían los herejes, vese claro por esta carta: Un ermitaño de S. Agustín convicto de herejía, había sido entregado en Milán por el inquisidor al brazo secular; por medio de una orden falsificada logró ser libertado de su prisión y después algunos auxiliares del tribunal civil le facilitaron la fuga; el Papa instó al cardenal a que hiciese con ellos un riguroso castigo. En 1.º de agosto de 1556 tuvo que dar de nuevo algunos pasos para que se prendiese a un hereje, escapado de la cárcel de la Inquisición en Milán. Dos años más tarde fué quitada la Inquisición en la capital lombarda al monasterio de S. Eustorgio y confiada al convento de Sta. María de las Gracias. Fué hecho ahora inquisidor general en el ducado de Milán el dominico Juan Bautista de Cremona (3).

patria, XV, 341 s.; Fontana, Renata, II, 420 s.; Sandonini, 295 s.; Cavazzuti, L. Castelvetro, Módena, 1903, 210.

(1) V. Fontana, 436, 451. Por lo demás, este breve está ya impreso en Raynald, 1559, n. 22.

(2) Fontana, 437 s., 443 s. Respecto de Luca v. Donadoni, Di uno sconosciuto poema eretico, Napoli, 1900; Giorn. stor. d. lett. Ital., XXXVII, 420; Tacchi Venturi, I, 347. Sobre la Inquisición en Florencia cf. Le Bret, Magazin, VIII, 549. Según una noticia que me ha comunicado el prelado Lämmer, la cual se halla en el *Cod. A, D, 9 (63) de la *Bibl. de S. Pedro in Vincoli*, el 4, 15 y 25 de junio de 1556, cierto número de ciudadanos de Luca fueron por el obispo de esta ciudad per commissione di Roma, como eretici pubblicamente citati in pergamo nella chiesa di S. Martino a costituirsi nelle carceri di Roma ad istanza de quattro cardinali inquisitori sotto pena della vita e confiscazione de' beni.

(3) V. Fontana, 438 s., 443 s., 448 y Fumi, L'Inquisizione, 211 s.

Tampoco en el territorio de Venecia quedaba aún en modo alguno vencido el protestantismo. El Papa advirtió repetidas veces al representante de la república de S. Marcos, que su gobierno no dejase ganar terreno en sus dominios a herejía alguna. Con esta ocasión indicó Paulo IV las malas consecuencias que semejante tolerancia trae en pos de sí aun para el Estado (1).

En Bérghamo, donde ya en tiempo de Clemente VII, habían tenido que tomarse disposiciones contra varios secuaces de las doctrinas luteranas, el obispo Víctor Soranzo, descendiente de una familia principal de la ciudad de las lagunas, había sido suspendido de su cargo en 1552, como sospechoso de herejía, encarcelado en el castillo de Santángelo, y dos años más tarde absuelto y restituido a su oficio y dignidad (2). Julio III, con esta ocasión, le dió por coadjutor al canónigo Julio Augusto. Éste, con todo, incurrió en excomunión en 1556 por desobediencia a la Inquisición romana, en vista de lo cual Paulo IV, en 1.º de junio de 1556, le relevó también de su cargo de coadjutor (3). Un año más tarde el obispo Soranzo fué de nuevo preso por habersele acusado de herejía, y la Inquisición le formó proceso. Éste terminó con la condenación a la abjuración de sus errores y privación del obispado. En un consistorio de 20 de abril de 1558 fué anunciada por el Papa esta sentencia (4).

(1) *Scrivete a quella Signoria che non lascia firmar nel stato l'heresie, perchè dopo quella viene la destruttione come si puo esser chiari a mille esempi. Relación de Navagero, de 1.º de mayo de 1556 (*Bibl. de S. Marcos de Venecia*). Cf. también el pasaje de la *relación de Navagero, de 30 de octubre de 1557 (*Archivo público de Venecia*), publicado por De Lea, *Degli eretici di Cittadella*, Venezia 1873, 61. El jesuita B. Palmio escribía el 11 de febrero de 1558, que Padua estaba llena de herejes, los cuales vivían allí casi sin ser molestados; v. Tacchi Venturi, I, 549.

(2) V. Ughelli, IV, 292 s. y Buschbell, 15.

(3) Fontana, 441 s.

(4) V. Ughelli, IV, 496; Bromato, II, 453; Amabile, I, 140; cf. *Acta consist. en Gulik-Eubel*, 147. Los esfuerzos de Paulo IV por conseguir que Soranzo fuese remitido a Roma (v. Brown, VI, 2, n. 920, 1156), fueron inútiles. Soranzo murió en Venecia en 1558. Contra las predicaciones de una española en Venecia se dirigió el breve al nuncio de esta ciudad, publicado por Raynald, 1557, n. 52. Al pasarse la visita en Istria y Dalmacia se tuvo también que cuidar de proceder contra varios herejes (v. el *breve al dux de 2 de abril de 1558. Arm. 44, t. II, f. 111. *Archivo secreto pontificio*). Un decreto para amparar y proteger a la Inquisición de Cerdeña, se halla en Fontana, 433. Paulo IV en 16 de junio de 1559 dió facultades para absolver a algunos luteranos arrepentidos de Brescia; v. Raynald, 1559, n. 22.

Muy grandes eran los peligros que la propaganda protestante preparaba a la Iglesia católica en el reino de Nápoles. En 20 de julio de 1556 revocó Paulo IV una disposición de su predecesor, según la cual los bienes de los herejes de este reino no habían de ser confiscados (1). Cuando después estalló la guerra con España, quedó paralizada la Inquisición en Nápoles por un año entero hasta el otoño de 1557 (2). Cuán peligrosa situación se formó allí, vese claro por la autobiografía de Julio Antonio Santorio. Siendo éste vicario general del obispo de Caserta, apartó las mayores dificultades para contrarrestar la difusión del protestantismo. Lleno de celo por la religión católica, empeñó Santorio todas sus fuerzas y la autoridad de su cargo en conservarla incólume, se esforzó por medio de la oración y la predicación, y con disputas públicas y privadas, por mantener en su patria la unidad de la fe, fortalecer a los flacos y reducir a los extraviados. «Por ello, refiere, coseché una furiosa persecución de los herejes, que intentaron injuriarme y matarme, como lo he expuesto en un librito propio.» Santorio procuraba fortalecerse para la lucha por medio de la oración y mortificación (3).

Concertada la paz con España, volvióse a desplegar la actividad de la Inquisición en Nápoles; y también en Roma tomó un empuje todavía mayor que hasta entonces (4). Por octubre de 1557 aumentóse aún en cuatro el número de cardenales que pertenecían a este tribunal (5), y por noviembre fueron asociados a los consultores el gobernador de Roma y los obispos de Conza y Verona (6). Todas las noticias están conformes en que los trabajos y desvelos del Papa por la Inquisición llegaron a su punto culmi-

(1) Fontana, 442.

(2) V. Amabile, I, 223.

(3) V. Autobiografía del card. J. A. Santorio, ed. Cngnoni en el Arch. Rom., XII, 335.

(4) Cf. Amabile, I, 223, 226. También Seripando corrió entonces peligro; v. *ibid.*, 229.

(5) *Heri poi in concistoro aggonse alli cardinali del inquisitione li revmi Pacheco, S. Fiore et Savello et il giorno avanti ve haveva posto Ariano [Diomede Carafa] et Triulci, il qual Triulci ha anco fatto entrare in signatura. Navagero en 16 de octubre de 1557. *Bibl. del palacio imperial de Viena*.

(6) *Giobbia nella congregatione del inquisitione il pontefice fece entrare in essa al numero dell'altri consultori li reverendi governatore di Roma, arcivescovo di Conza et vescovo di Verona. Navagero en 6 de noviembre de 1557. *Bibl. del palacio imperial de Viena*.

nante en el año 1558 (1). También desde Nápoles eran remitidos ahora herejes a Roma para ser castigados. Varios de ellos murieron en la hoguera, y éstos fueron los que se negaron obstinadamente a toda retractación (2).

Pero Paulo IV no se detenía en la persecución de tales herejes indubitables. Aun personas del todo inocentes eran citadas a juicio por la Inquisición. Como de todas las partes del mundo, hasta de España, llegaban noticias cada vez más amenazadoras sobre la propagación de las herejías, y en algunos lugares de Italia, como, por ejemplo, en Cremona, familias enteras apostataban de la fe y huían a Ginebra o a Alemania (3), acrecentábanse en Roma de día en día el terror y la angustia. La viva fantasía meridional del Papa aumentaba aún desmedidamente los peligros, con que la propaganda herética amenazaba la subsistencia de la Iglesia, así en el sur como en el norte de la península italiana, y así perdía él más y más el exacto punto de vista para combatir al enemigo. Su justificada solicitud por el mantenimiento de la fe católica degeneraba en un pesimismo, que veía muchas veces los mayores peligros donde realmente no había ninguno. Una ligera indiscreción, una expresión equívoca bastaban para suscitar la sospecha de herejía. Con imprudencia y nimia credulidad daba oídos Paulo IV de muy buen grado a cualquiera denuncia, aun la más absurda (4). No se tenía cuenta ni con la categoría, ni con la dignidad, ni con los méritos del que una vez caía en sospecha; era tratado de parte de la Inquisición con la misma inflexible severi-

(1) Cf. en el n.º 48 del apéndice el * Aviso de 2 de abril de 1558 (*Biblioteca Vaticana*). En una *relación de Claudio Malopera al card. Madruzzo, fechada en Venecia a 30 de abril de 1558, va adjunta otra *relación enviada desde Roma, de 23 de abril, en la que se dice del Papa: *Et ha precipua cura delle cose pertinenti all'inquisitione et per meglio attendervi dicono che rimetrà tutti i negotii al card. Carafa et lui attenderà solo a intervenire alle congregationi, qual si farano delli casi de l'inquisitione (*Archivo del Gobierno de Innsbruck*). Un * Aviso de 31 de diciembre de 1558 (*Biblioteca Vaticana*) refiere de nuevo cuánto tiene en el corazón el Papa a la Inquisición.

(2) V. Amabile, I, 230.

(3) Cf. la **carta de G. Garimberto al card. Carafa, fechada en Roma a 18 de junio de 1558. *Archivo secreto pontificio*.

(4) El piadoso cardenal Alfonso Carafa, en quien Paulo IV tenía especial confianza, por agosto de 1559 se quejaba vivamente al embajador francés de la malice de ces cagots, desquels une grande partie estoient eux memes heretiques et remplissoient de calomnies les oreilles et le cerveau de S. S^{te}. Ribier, II, 815.

dad que el abierto y declarado enemigo de la Iglesia. Los inquisidores, como el Papa que los estimulaba sin cesar, oían en numerosos casos herejía, donde un moderado y sensato observador no podía reconocer ni rastro de ella, por más rigurosamente que aplicase la medida de la doctrina de la Iglesia católica. Envidiosos y calumniadores andaban solícitos en el trabajo de sacar violentamente del contexto alguna palabra sospechosa, y después dirigir la infundada imputación de herejía contra hombres, que habían sido firmes columnas de la Iglesia contra los innovadores (1). Así se llegó a acusaciones y procesos contra obispos y hasta cardenales, que son tan inconcebibles como infundados. Comenzó un verdadero régimen de terror, que en Roma llenó a todos de miedo (2).

Sólo con profunda tristeza puede hacerse mención de aquel tiempo de temor, de desconfianza y de confusión, en que artificiosamente se ponía sospecha de extravío en la fe católica en varones, que en realidad estaban a ella adictos con toda su alma (3). Varios sucesos que acontecieron entonces en Roma, traen a la memoria aquellas terribles escenas que acaecen a veces en el belicoso ardor de la batalla, cuando el soldado ya no distingue a los suyos de los adversarios y por error cubre al amigo de mortíferos proyectiles.

El 31 de mayo de 1557 corrió por Roma una noticia, que provocó sincero dolor en todas las clases sociales de la ciudad (4): que había sido preso y conducido al castillo de Santángelo uno de los

(1) La susodicha acusación fué dirigida nada menos que contra Gropper (v. Anuario Histórico, VII, 596), en cuyo elogio dijeron los cardenales Truchsess y Madruzzo, que siempre fué una firme columna contra los herejes en Alemania; v. Revista de Historia Eclesiástica, V, 613 s.

(2) En los Avvisi se dice esto abiertamente; v. por ejemplo el *Avviso de 31 de diciembre de 1558. *Biblioteca Vatic.*

(3) A consecuencia de la confusión y falta de claridad sucedía también, que personas muy católicas intercedían por hombres indudablemente culpados. El más extraño ejemplo de esto es P. Carnesecchi. Éste había sido citado en 1557 ante la Inquisición romana, y como no compareciese, fué condenado el 6 de abril de 1558 in contumaciam. En 11 de abril de 1558 recomendó el card. Madruzzo este hombre al card. Carafa y al obispo de Pola (Revista de Historia Eclesiástica, V, 612 s.). La *carta por la cual Carnesecchi era recomendado al card. Madruzzo como amigo de Pole y Morone, está fechada en Venecia a 22 de marzo de 1558; la firma es ilegible. Hallé esta carta en la correspondencia de Madruzzo, que está en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(4) Esto lo atestigua Delfino en su *relación a Fernando I, fechada en Roma a 5 de junio de 1557. *Archivo palatino y público de Viena*.

miembros del Sacro Colegio más ilustres, más beneméritos y más celosos de la reforma, el cardenal Morone.

Siendo nuncio y legado había prestado Morone a la Iglesia eminentes servicios en las más difíciles circunstancias, y cuando fué obispo de Módena, había combatido a los herejes de esta ciudad, introducido reformas y apoyado enérgicamente a los jesuitas (1). En tiempo de Julio III hasta había pertenecido a la Inquisición romana. Sin embargo de eso, Paulo IV no atendió a todos sus méritos, que iban unidos con un porte de vida siempre irreprochable; apartándose de las normas legales, hizo echar a la cárcel sin reparo alguno a un cardenal, que era uno de los mejores hombres que vivían en la curia. No es maravilla, que semejante procedimiento produjese el más penoso asombro, no solamente en Roma, sino en todas partes, hasta en Polonia (2).

Ya en 22 de mayo había sido preso en presencia de Morone su mayordomo y transmitido a la cárcel de la Inquisición (3). Se atribuyó este proceder a la circunstancia de que Morone era tenido como imperial y desfavorable a los Carafas. El cardenal sabía bien que tenía esta fama, y tampoco se le ocultaba que se ponía sospecha en su ortodoxia. Con su modo franco e ingenuo habló hasta con el cardenal Carafa acerca de las acusaciones dirigidas contra él, y demostró cuán infundados eran los rumores que sobre él se habían esparcido, mencionando también enérgicamente la gran parte que había tenido en la elección de Paulo IV. El cardenal Carafa respondió, que no tenía sospecha alguna contra Morone; que por lo demás todo el mundo era libre en cosas políticas, y que él no se ingería en asuntos religiosos (4). Así transcurrió la plática a satisfacción de entrambos. Por efecto de ello, Morone, que nada tenía que echarse en cara, no tuvo reparo en ir a ver de nuevo por la mañana del 31 de mayo al cardenal Carafa, que le había llamado para participarle una importante

(1) Cf. nuestros datos del vol. XI, 366 y abajo p. 254 s., como asimismo Tacchi Venturi, I, 184, 284, 509 ss., 541 nota 5. También como administrador del obispado de Novara había trabajado Morone por la reforma; v. los números 46-47 del apéndice; ibid. sobre el cuidado de Morone de que en Módena y Novara hubiese predicadores muy católicos.

(2) Cf. la carta de A. Patricio, fechada en Cracovia a 6 de julio de 1557, en Morawski, A. *Patrycy Nidecki*, Kraków, 1884, 105.

(3) V. la relación de Navagero publicada por Brown, VI, 2, n. 898 y Amabile, I, 150.

(4) V. Brown, VI, 2, n. 913.

comunicación. Apenas hubo llegado Morone a la antesala, cuando fueron allí cerradas todas las puertas. Después se presentó el cardenal Carafa y comunicó a su colega, que el Papa había dispuesto su encarcelación en el castillo de Santángelo. Sin señal alguna de excitación, repuso Morone: «No tengo conciencia de ninguna falta; por lo demás, aun desde muy lejos acudiría presuroso para obedecer a los mandatos del Padre Santo». Luego el cardenal fué conducido a la prisión por el tránsito cubierto, que une al Vaticano con el castillo de Santángelo. Se le dejaron tres de sus criados, pero diéronle una guardia de cuatro soldados que custodiasen su celda, a los que él mismo tenía que pagar. Morone se hallaba en su penosa situación con aquella paz del alma que dan la profunda religiosidad y el conocimiento de la propia inocencia. Hizo escribir a su madre, que respecto de él estuviese enteramente tranquila (1).

Aun aquel mismo día los oficiales de justicia embargaron todos los escritos y libros que había en el palacio de Morone, contiguo a Sta. María del Trastévere, y llevaron a su secretario particular a la cárcel de la Inquisición. No era, pues, dudoso de que se trataba de una inculpación de herejía. A pesar de eso, se creía que debería de haber también otras causas para prender a un miembro tan eminente del Sacro Colegio, que repetidas veces había sido llamado futuro Papa por los imperiales y gozaba de gran reputación con Felipe II y María de Inglaterra. Muchos juzgaban que se trataba de un delito de Estado, de relaciones traidoras del cardenal con los enemigos políticos del Papa (2).

Con todo, esta opinión fué muy pronto desmentida por la más elevada autoridad. El 1.º de junio comunicó Paulo IV a los cardenales en una congregación general, que había dispuesto la prisión de Morone por haber sido éste sospechoso de herejía ya en tiempo

(1) Además de Massarelli, 310, la relación de Navagero, de 31 de mayo de 1557 (que se halla traducida en Brown, VI, 2, n. 910) y la de Carne publicada por Turnbull, n. 625, y junto con Masio, Cartas, 291, v. especialmente la relación procedente de persona muy bien informada, *Captura del card. Morone in Roma all'ultimo di Maggio 1557 (*Biblioteca Ambrosiana de Milán* R. 833), utilizada por Sclopis (p. 22 s.). Benrath (Real Enciclopedia de Herzog, XIII³, 481) traslada equivocadamente al 12 de junio la encarcelación de Morone, Bernabei (p. 70) al mes de junio, Riess (p. 249) al 30 de mayo y Amabile (I, 229) al 2 de junio. Navagero en su carta de 31 de mayo dice expresamente: questa mattina (*Archivo público de Venecia*). La mala impresión del prendimiento la atestigua Delfino; v. Steinherz, I, xxxvii, nota 2.

(2) V. la relación de Navagero citada en la nota anterior.

de Paulo III. Añadió que la Inquisición seguiría el proceso, y que la sentencia había de ser presentada ante el Sacro Colegio (1). En el mismo sentido se expresó el Papa al día siguiente en presencia de Navagero. Díjole que no se trataba de un delito contra el Estado, sino contra la fe. Que había llegado a su noticia, que hasta en el Sacro Colegio tomaban asiento hombres que estaban inficionados de doctrinas heréticas; y que había tenido que oponerse resueltamente a los peligros notorios que de ahí se seguirían. «Para deciros la verdad, quisimos obviar el peligro que ya amenazó en los últimos conclave, y tomar precauciones en vida nuestra para que en lo futuro no siente el demonio a uno de los suyos en la silla de San Pedro.» Terminó indicando que si respecto a eso se dejaba él caer en falta de previsión, se le podrían hacer justificadas reconvencciones en un concilio (2).

El 3 de junio, en la sesión de la Inquisición, que, como de costumbre, se celebraba el jueves, se confió el seguimiento del proceso contra Morone a los cardenales Rebiba, Reumano, Ghislieri y Rosario (3). Pronto se supo que, como también el Papa había luego indicado, todavía a otro cardenal se había de pedir cuenta de sus ideas heréticas, y que éste era Pole, íntimo amigo de Morone, contra el cual no podía a la verdad proceder directamente la Inquisición, porque moraba aún en Inglaterra y estaba protegido por la reina María. Con las acusaciones contra Pole se hacía también relacionar la instrucción comenzada entonces, de un proceso inquisitorial contra el vicario del cardenal Carpi, y la reciente convocación a Roma de todos los cardenales (4). Que Paulo IV tenía a Pole por tan culpado como Morone, consta por

(1) V. en el n.º 37 del apéndice las *Acta consist. (*Archivio consistorial*) y la relación de Navagero, de 1.º de junio de 1557, en Brown, VI, 2, n. 913; cf. también la relación de Carne publicada por Turnbull, n. 625.

(2) V. la relación de Navagero, de 2 de junio de 1557, en Brown, VI, 2, n. 915.

(3) *Nella congregazione passata dell'inquisitione (jueves; v. el *Avviso di Roma de 5 de junio de 1557. Cod. Urb. 1038, p. 234. *Biblioteca Vaticana*) il pontefice aggiunse alli tre cardinali primi cioè Pisa, Reumano, Alessandrino il revmo Spoleti a vedere le cose del rev. Morone. Navagero en 5 de junio de 1557 (Cod. 6255, p. 427 de la *Biblioteca palatina de Viena*). La observación de Tacchi Venturi (I, 539, nota 1) respecto del rev. de Spoleto es errónea. También el motu proprio de 11 de junio de 1557 (v. los núms. 46-47 del apéndice) nombra cuatro cardenales.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 914, 932, 933, 938; cf. Bertolotti, Mártiri, 20.

el hecho de que fracasaron todos los esfuerzos de la reina María por frustrar la relevación de Pole de su legación inglesa, dispuesta el 9 de abril de 1557; el 14 de junio del mismo año le fué asignado un sucesor en la persona del franciscano Peto (1).

Dos días antes había comenzado en el castillo de Santángelo el interrogatorio de Morone (2). Los cuatro cardenales a quienes se había confiado esta penosa incumbencia, expresaron al reo su sentimiento por el cargo que les había tocado, y le exhortaron a hacer espontáneamente una franca confesión, indicándole que después, en caso de que necesitase indulto, no le faltaría la gracia y perdón del Padre Santo. Morone se declaró dispuesto a ello, afirmando que, fiel a la verdad, quería decir todo lo que se le acordase. Advirtió después también ante el cardenal Ghislieri, que ya antes, a los principios del pontificado de Paulo IV, se había ofrecido a hacer tal ingenua manifestación, lo cual también el Papa tenía que saber (3).

Morone dió el 18 de junio de 1557 una circunstanciada respuesta por escrito, en que rebatía todas las acusaciones lanza-

(1) V. *Acta consist. (*Archivio consistorial*); Brown, VI, 2, n. 937, 938; Zimmermann, Pole, 330 s. Cf. abajo p. 258 ss.

(2) V. *Avviso di Roma de 12 de junio de 1557. Cod. Urb. 1038, p. 236. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Una *copia contemporánea de los autos del proceso de Morone se halla en Milán en el *Archivio del duque Gallarati Scotti*, XLI, E. n. 5. El primero que la utilizó, fué Cantù, el cual (*Eretici*, II, 176 ss.) comunica completa la Difesa (más exactamente Confessione) de Morone, de 18 de junio de 1557, y hace resaltar lo siguiente: In tutto il processo non v'è menzione di tortura. Cf. también Cantù, Il card. G. Morone: Mem. dell'Ist. Lombardo, Ser. 3, I, fasc. 4 (1866), 1 ss., donde en la p. 24 s. está impresa de nuevo la Difesa. Tacchi Venturi (I, 533 ss.) ha publicado completas las testificaciones de Salmerón. Causa extrañeza a primera vista la fecha de la primera de estas declaraciones, que es de 25 de julio de 1555. Pero esta fecha se explica por la razón de que Paulo IV ya poco después de su subida al trono, en 26 de junio de 1555, había nombrado en la persona del dominico Tomás Scotti un comisario para hallar testigos con que instruir un proceso contra Morone. Esta manera de proceder dió más tarde motivo a los defensores de Morone para combatir de raíz como nulas, por ser ilegales, todas las actuaciones judiciales contra el cardenal. Sobre eso cf. en los núms. 46-47 del apéndice los *autos originales que yo he descubierto en la *Biblioteca del Seminario de Foligno*. Sobre el Compendium Inquisitorium, que publicó Corvisieri en el Arch. d. Soc. Rom., III, 261 ss., 449 ss., ha difundido Ranke (Papas, I^a, 92, 96) conceptos del todo falsos. Éstos los ha corregido Benrath (*Revista histórica*, XLIV, 461 ss.) y al mismo tiempo ha hecho probable, que respecto a este documento se trata de un extracto del proceso de Morone, que compuso Santorio hacia 1565-1566 para su propia instrucción como consultor de la Inquisición.

das contra él (1). Respecto a la lectura de libros prohibidos, pudo remitirse a las extensas facultades que había tenido como nuncio pontificio, y demostrar también que había procedido contra la difusión de semejantes escritos. Por lo que tocaba a la acusación de haberse apartado de la doctrina sobre la justificación, declarada en el concilio, fijó Morone primeramente su relación con la fórmula de Ratisbóna de 1541. Dijo que ésta la había defendido, pero antes del concilio; mas que después de la decisión de la asamblea general de la Iglesia, había tomado por norma el decreto tridentino, aunque todavía no estaba dada una auténtica confirmación pontificia del mismo. Respecto de su comunicación con Pole y el familiar de éste Flaminio, pudo Morone alegar que éstos generalmente, aun por Paulo III, habían sido tenidos por buenos católicos. El yerro sobre la difusión del escrito «Del beneficio de Cristo», lo disculpó el acusado diciendo que entonces no estaba aún prohibido, y que él nada malo había hallado en este tratado; y al mismo tiempo indicó enérgicamente la confusión que por aquel tiempo reinaba en Italia. Expuso cómo antes de la erección y robustecimiento de la Inquisición romana no había habido tan firme vigilancia sobre las cosas de la fe; y que en todas partes se había hablado acerca de los dogmas de la Iglesia y vendido sin reparo libros de religión. Que como muchos lugares habían estado sin inquisidor, y en otros numerosos los inquisidores no habían tenido ninguna importancia, todo el mundo había podido hacer de teólogo y hablar lo que le daba gusto. Respecto de la contienda que tuvo Morone, siendo obispo de Módena, con el jesuita Salmerón, concedió el cardenal, que entonces con la excitación había dicho algunas expresiones sobre las buenas obras, que eran capaces de muy mala interpretación; pero que había dado satisfacción por ello, como en general había reparado todo aquello en que faltó en aquel conflicto, apoyando enérgicamente a los jesuitas en Módena y el Colegio Germánico en Roma.

La dispensación de donativos aun a herejes la justificó Morone con su buena intención, y asimismo la blandura que había mani-

(1) *Articuli contra card. M. de Luteranismo accusatum et in carcerem coniectum...* 1558, publicados por primera vez por Vergerio con «escolios» de apasionada polémica (v. Hubert, *Actividad de Vergerio como publicista*, 309) y reimpresos más tarde por Fricke en Schelhorn, *Amoenit. lit.*, XII, 570 ss.; cf. Wolf, *Lect. mem.*, II, 655 s.; *Arch. Rom.*, III, 665 s.; v. también Bertolotti, *Mártiri*, 19 s.

festado años antes hacia algunos luteranos en Trento y Bolonia. En favor de su fidelidad a la fe pudo citar el testimonio de sus vicelegados y sus ordenaciones en asuntos religiosos, que más de cuatro años antes había hecho, y que a ninguna otra cosa se dirigían que a conservar al pueblo en la verdadera religión. La sospecha de que rechazaba la veneración de los santos, pudo asimismo repelerla Morone remitiéndose a su conducta real y efectiva. Repetidas veces tocó también el acusado sus relaciones con hombres, cuyos perversos sentimientos religiosos no se hicieron patentes hasta más tarde. Demostró que respecto a eso sólo se le podía reconvenir por su imprevisión. Como prueba especial de la pureza de su fe, alega Morone finalmente, que por este celo había sacrificado su obispado; diciendo al efecto que como le había faltado erudición y no podía guardar residencia, había renunciado la dignidad episcopal en favor de un docto dominico, y exhortado a éste a luchar contra las maquinaciones heréticas en Módena.

En una nota que adicionó a su confesión, hacía observar aún Morone, que todas aquellas cosas con las cuales podía haber suscitado sospecha y causado escándalo por ignorancia o inadvertencia, habían pasado unos diez años atrás; y que como desde este tiempo ya no habían ocurrido cosas semejantes, le parecía conveniente que Su Santidad pronunciase la sentencia, no según la sospecha de tiempos anteriores, sino según las circunstancias presentes.

El defensor de Morone pudo también indicar, que éste en sus obispados de Módena y Novara sólo había hecho predicar la pura doctrina católica. Presentóse la prueba de ello, así respecto de la doctrina de la justificación, definida en Trento, como en lo tocante a la doctrina católica sobre el poder del Papa, las buenas obras, la veneración de los santos y sus reliquias. Había además pruebas auténticas, de que Morone desde el principio se opuso en Módena a los herejes (1) y llamó la atención de la curia

(1) Cuán pronto se opuso Morone en Módena a los innovadores, se saca de la *carta que en 9 de mayo de 1540 dirigió desde Gante a su vicario general en Módena. En ella se lee: *L'inquisitione contra li heretici mi piace somamente, ma è necessario sia fatta per homini prudenti, dotti e vivaci che habbiano forza di poterla essequire perchè altrimenti non si farebbe buon effetto alcuno, anzi si perderebbe la riputatione. Ya en 7 de diciembre de 1540 escribe Morone desde Mons al sobredicho: *In queste travagli publiche mi rincesce fuor di modo il pericolo di quella città di queste nove sette et vi prego vogliate esser diligente et aprir gli occhi, accioche si scoprino questi principii quali dubito siano troppo radicate, ma sappiate che

sobre el peligro que allí amenazaba (1); hízose también observar, que él había aconsejado a Paulo III la alianza con los católicos, por la cual los protestantes habían de ser combatidos con las armas. Respecto del escrito «Del beneficio de Cristo», había de tenerse muy presente en favor del cardenal, que este librito había estado a la venta en todas partes, y también en Roma, que varios teólogos, y hasta inquisidores, a quienes Morone lo dió a leer, recomendaron el escrito, y finalmente, que el cardenal, después de la condenación de este tratado por la Inquisición, lo había asimismo condenado. El cardenal podía también alegar, que luego que uno de sus familiares había errado en cosas de fe, le obligaba a la abjuración. Hízose ver también que Morone en Módena, Bolonia y Novara favoreció a los inquisidores, y en Bolonia castigó a dos herejes. Una capciosa expresión ante los novadores de Bolonia, de que él los avisaría a tiempo, fué declarada por la defensa como una frase general de cortesía. Como quiera que fuese, no podía tomarse en cuenta a vista del efectivo proceder del cardenal contra los herejes (2).

Muy singular y característico fué el modo como se procedió respecto de los testigos llevados a la arena contra Morone. Algunos de ellos habían profesado opiniones heréticas, otros eran manifestamente hostiles al cardenal, y uno había retractado más tarde su declaración; era por tanto su veracidad más que sospechosa, y con razón protestó Morone contra tales testigos. Otros varios testigos, como el prior de los dominicos de Módena y el obispo de Civita Castellana, habían depuesto, excusando al cardenal de los cargos que se le hacían, y en sentido favorable. ¡Diversos de estos testimonios favorables no fueron por cierto incluídos

di minor favilla di questa s'è eccitato questo gran foco di Germania et se alcuna cosa bisognerà ch'io possi far in questa absentia avisatemi perchè sto con l'animo tutto inquieto. El *29 de diciembre escribió Morone de nuevo a su vicario, poniendo adjunta una carta para Farnese (ésta se halla impresa en Tacchi Venturi, I, 509 s.), en la que se proponía circunstanciadamente la manera como se había de proceder en Módena. Cuánto le ocupaban también en Ratisbona los herejes de Módena, lo muestran sus *cartas al vicario, fechadas el 7 de febrero, 18 de abril y 3 de mayo de 1541. Estos y otros *documentos que llegan hasta 1545, se hallan en el código de la *Biblioteca del Seminario de Foligno*, del cual se trata en los núms. 46-47 del apéndice.

(1) V. las Relaciones de nunciatura, editadas por Cardauns, VI, xvii, nota 1.

(2) Cf. en los núms. 46-47 del apéndice los extractos de los autos, que yo he descubierto en la *Biblioteca del Seminario de Foligno*.

en los autos del proceso! No fué ésta la única falta en el procedimiento seguido contra el cardenal. Morone hubo de quejarse también, de que su defensa se hacía dificultosa y en parte imposible, por razón de que, a pesar de haberlo pedido solemnemente, se le detentaban los nombres de diversos testigos y de sus fiadores, como también la indicación de dónde y cuándo había faltado (1).

Como de las declaraciones de los testigos, así tampoco de los libros y cartas, confiscados en la morada del cardenal, se pudo sacar ningún cargo; al contrario, los títulos o inscripciones que Morone había puesto en los libros heréticos, demostraban que los condenaba y no quería que se leyesen. Las cartas de Victoria Colonna a Morone mostráronse ser puras cartas de negocios, en las cuales no se hablaba de religión (2).

De todo eso se deducía claramente, que Morone no podía ser inculpado con fundamento del delito de herejía. Sólo fué posible probarle algunas inconsideraciones. Pero éstas se explicaban muy fácilmente por razón de que el cardenal era de un natural noble y conciliador, que personalmente condescendía hasta donde era posible con los herejes, y procuraba ganarlos por la mansedumbre antes de acudir a medios rigurosos. Con esto era inevitable que hubiese faltas, porque siendo prelado del tiempo de León X, carecía de sólida formación teológica. Aunque a consecuencia de eso se expresó alguna que otra vez en un sentido materialmente erróneo, con todo en ningún tiempo se hizo culpable de una herejía formal, y después de la decisión del concilio su proceder fué enteramente intachable.

A pesar de eso, Paulo IV no se dejó persuadir de la inocencia de Morone; la persuasión de lo contrario estaba demasiado firmemente arraigada en él. El cardenal permaneció en rigurosísimo arresto, y fué tratado desde el principio no como un preso cuyo proceso se está instruyendo, sino como un hereje convicto. Se rechazó su súplica de poder decir la santa misa, más aún, ni siquiera se le concedió el oírla (3). A mediados de julio le quitó el

(1) V. *ibid.* Un * *Avviso di Roma* de 30 de marzo de 1560, notifica, que se habían hallado escritos que fueron ocultados por orden de Paulo IV, porque hablaban en favor de Morone. Cod. Urb. 1039, p. 144. *Biblioteca Vaticana*.

(2) V. los núms. 46-47 del apéndice.

(3) V. la relación de Navagero, de 19 de junio de 1557, en Brown, VI, 2, n. 941. Un * *Avviso* de 21 de agosto de 1557 participa sólo para este tiempo la privación de oír misa; pero se confunde aquí dicha privación con la denega-

Papa su cargo de gobernador de Sutri (1). Y con todo, hasta entonces ninguna de las acusaciones lanzadas contra el cardenal habían sido probadas. Por este motivo se negó Morone a comprar su libertad, abjurando en general la herejía. Juzgaba con razón que si consentía en ello, confesaba que había faltado en cosas de fe (2).

A principios de agosto los afectos al cardenal solicitaron su libertad. Fuéles respondido que si Morone pedía al Papa indulto, se podría hallar camino para su liberación. Pero Morone no se dejó mover a ello. El indulto, declaró, supone culpa, por lo cual no puedo solicitarlo; añadiendo que lo único que pedía, era justicia, y esto aunque se le hubiese de tener preso por toda la vida en el castillo de Santángelo (3).

Como Morone, consciente de su inocencia, persistió en este modo de sentir (4), tuvo que permanecer en el oscuro calabozo de dicho castillo hasta la muerte de Paulo IV. Parecía como si además de Morone y Pole, también a otros cardenales hubiese de pedir cuenta la Inquisición. En la segunda mitad de agosto de 1557 dispuso el Santo Oficio la prisión del secretario del cardenal Bertano, de un familiar del cardenal Farnese y de un teólogo del cardenal du Bellay. Suponíanse relacionadas estas prisiones con la violación de la ortodoxia. Pero esto parece haber sido un error. Otros fundan el procedimiento contra los sobredichos en graves faltas morales, de que éstos se habían hecho culpables.

Ahora por algún tiempo ya no se habló absolutamente del cardenal Morone; parecía, refiere un contemporáneo, como si estuviese borrado del libro de los vivos (5). Cuando después Alba

ción de permitir a Morone que ganase el jubileo entonces publicado, lo cual éste había pedido.

(1) *Il Papa ha levato il governo di Sutri al rev. Morone et datolo al card. di Napoli. Navagero en 17 de julio de 1557 (Cod. 6255 de la *Biblioteca del palacio imperial de Viena*). La casa de campo de Morone, situada junto a Sutri, pertenece ahora al seminario de esta ciudad; una chimenea (que se halla ahora en el palacio episcopal) lleva esta inscripción: Io. Card. Moronus.

(2) V. la relación de Carne, de 2 de julio de 1557, en Turnbull, n. 641. Cuánta razón tenía Morone, se saca de la relación publicada por Masio, Cartas, 297.

(3) V. la **relación de Navagero, de 5 de agosto de 1557. *Bibl. del palacio imperial de Viena*.

(4) V. la carta de 18 de septiembre de 1557 en las Lett. de' princ., I, 195.

(5) V. en el n.º 39 del apéndice el * Avviso di Roma de 21 de agosto de 1557; cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 996. Bernardino Pía por *carta de 21 de agosto de 1557 notifica al card. Hérc. Gonzaga, que el card. Bertano estuvo al principio muy inquieto por haber prendido la Inquisición a su secretario

dirigió de nuevo la atención sobre el detenido en rigurosísima cárcel e intercedió por él, sólo tuvo esto por consecuencia que volviese a seguirse el proceso (1). La rápida terminación del mismo, prometida a Alba (2), no se llevó a efecto. Como el cardenal refutó de un modo convincente todas las acusaciones lanzadas contra él, y demostró que había procedido precisamente contra hombres que habían defendido las opiniones heréticas, que se le oponían (3), su larga encarcelación ha de ser severísimamente condenada. Paulo IV estaba dominado por una especie de idiosincrasia, de que así Morone como Pole estaban tocados de herejía. Angustiábale constantemente el terrorífico espectro, de que un sospechoso en la fe pudiese subir alguna vez a la silla de S. Pedro (4).

Entre tanto María, reina de Inglaterra, había opuesto resistencia a la orden de Paulo IV en que se mandaba la vuelta de Pole. Como fuesen inútiles sus apremiantes representaciones, de que semejante disposición encerraba en sí el manifiesto peligro del retroceso del movimiento católico en Inglaterra, se resolvió a dar un paso arriesgado: publicóse el mandato de que todo portador de cartas pontificias fuese detenido. Muy de otro modo se portó Pole. Aunque no se le había entregado a mano el breve del Papa, bastóle la noticia de él. Al punto depuso el título y las insignias de legado y se abstuvo al instante de todo acto que se relacionase con este cargo. Para conocer puntualmente la voluntad de la Cabeza suprema de la Iglesia, y también para justificarse de las acusaciones dirigidas contra él, envió a Roma a su confidente Nicolás Ormanetto. Este, con todo, nada consiguió. Paulo IV persistió en que Pole era sospechoso de herejía y había de justificarse personalmente en Roma, y en que también era necesario que fuese oído junto con Morone (5).

Adriano, ma poi ch'ella è chiarita che tal captura è per interesse particolare del med^{mo} M. Adriano imputato per heretico et d'haver mangiato carne il venerdì ella si è consolata. El teólogo de Bellay, que entonces fué asimismo prendido por la Inquisición, tampoco es aquí mencionado con su nombre. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1041 y 1042, el **Avviso de 9 de octubre de 1557 y Tacchi Venturi, I, 538 s., nota 3.

(2) V. la *carta de B. Pía al card. Hérc. Gonzaga de 22 de septiembre de 1557. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1062.

(4) V. *ibid*.

(5) Cf. Beccadelli, Vita del card. R. Polo, en los Monum., II, 318 s.

El cardenal Carafa, antes de ir a desempeñar su legación española, recibió en octubre de 1557 el encargo de justificar ante Felipe II el procedimiento contra los dos cardenales y agenciar la extradición de Pole. Es inconcebible cómo Paulo IV podía esperar que el rey de España accediese a esta demanda, pues todo el mundo sabía que Pole, si era llevado a Roma, tenía que aguardar allí el mismo trato que Morone, que desde hacía meses estaba en la cárcel del castillo de Santángelo y allí permanecía, a pesar de que la Inquisición en los interrogatorios no pudo señalar culpa alguna (1). Por más que en lo sucesivo se esforzaron los inquisidores por descubrir pruebas de culpabilidad contra él, con todo no lo consiguieron. Al contrario, se hallaron documentos que no dejaban duda alguna sobre los sentimientos católicos del cardenal (2). A pesar de eso, el desgraciado no fué puesto en libertad.

Paulo IV tenía al cardenal Pole por el culpado principal. Morone, según él, sólo había sido discípulo dócil, que había llegado a ser peor que el maestro. Lamentóse el Papa hablando con Navagero, de que también Priuli, secretario de Pole, fuese uno de esta maldita escuela y de esta casa de apóstatas, como asimismo Marco Antonio Flaminio, quien si no hubiese muerto, habría de haber sido quemado. «A su hermano César Flaminio le hemos hecho quemar en la plaza que hay delante de la iglesia de la Minerva.» Dijo que había sido compañero de Priuli Galeazzo Caracciolo. Al mencionar este nombre se apoderó de Paulo IV una singular excitación, porque el sobredicho, nieto de la hermana del Papa, había huído a Ginebra abandonando a su familia. «Pasemos esto en silencio, exclamó Paulo IV; ¡si mi propio padre fuese hereje, traería yo la leña para hacerle quemar!» (3) A vista de estas horribles palabras, es muy comprensible el haberse temido seriamente por la suerte de Morone, cuando su proceso se alargó hasta el año siguiente (4).

Dada la terrible severidad de Paulo IV, no es extraño que casi nadie en Roma se atreviese a intervenir en favor del desgraciado.

(1) V. Turnbull, n. 641; Pallavicini, 14, 5, 2; Zimmermann, Pole, 332, 337.

(2) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 1086.

(3) V. la *relación de Navagero, de 23 de octubre de 1557 (*Archivo público de Venecia*), que se halla traducida en Brown, VI, 2, n. 1067; cf. Bertolotti, Mártiri, 20.

(4) V. *Avviso di Roma de 4 de febrero de 1559. Cod. Urb. 1039, p. 8. *Biblioteca Vaticana*.

Entre los pocos que se interesaron con mucho empeño por el preso, contáronse algunos miembros de la Compañía de Jesús. Nada menos que Láinez, general de la nueva Orden, hizo escribir a Bruselas, al P. Ribadeneira, en 24 de enero de 1558, que junto con el P. Salmerón se dirigiese al confesor de Felipe II, para que por su mediación intercediese el rey en Roma por Morone y también por Pole (1).

Cuanto menos sólidas pruebas se hallaban de la culpabilidad de Morone, tanto más se aumentaba el temor de Paulo IV de que este hombre, a quien tenía ahora por hereje, pudiese ser su sucesor. A semejante contingencia tenía que echarse un candado con las más rigurosas prescripciones. A fines del año 1558 corrió la voz de que Paulo IV preparaba una bula, por la cual a aquellos cardenales que fuesen convictos de herejía, o aun sólo por sospecha de opiniones heréticas hubiesen sido acusados ante la Inquisición, se les había de sustraer el derecho electoral activo y pasivo en los conclaves (2). En efecto, el 8 de febrero de 1559 hizo el Papa presentar en el consistorio un documento de este contenido. Pero no pudo hacerlo admitir; los cardenales declararon, que aun el hombre mejor podía tener un enemigo que testificase de él cosas malas; y que antes que un cardenal fuese convicto, no podía ser excluido del conclave (3). A consecuencia de eso se dió nueva forma a la bula. Tal como se redactó últimamente, fué suscrita el 15 de febrero por todos los cardenales, y en ella se declaraba solamente, que no había de tener validez la elección de un hombre que realmente se hubiese apartado alguna vez de la fe. Al mismo tiempo las antiguas rigurosas prescripciones penales contra los herejes, así seglares como eclesiásticos, aun cuando estuviesen revestidos de las más altas dignidades, renovábanse en este documento de un modo solemne,

(1) V. Epist. P. Salmeronis, I, 235.

(2) V. la relación de Carne, de 31 de diciembre de 1558, en Stevenson, I, 54, y las relaciones mantuanas en Ancel, Secrét., 53, nota 1.

(3) Por la relación de Carne, publicada por Stevenson, I, 136, y por lo que Laemmer, Mant., 209 ha entresacado ex actis consist. et diar., ha hallado Müller (Conclave de Pío IV, 25) el verdadero estado de este asunto; sólo es inexacta la fecha que establece, de 15 de febrero. Dan claridad las auténticas Acta consist. cancell., VII (*Archivo secreto pontificio*), en las que se halla la siguiente anotación: *Die merc. 5 [exactamente 8] febr. 1559 Consistorium: S. D. N. primo iussit bullam legi per dom. Barengum secretarium contra de heresi convictos et condemnatos vel qui convincti aut condemnari poterunt, ad quem et eius totum tenorem prout in illa latius continetur me refero.

y se agravaban en el sentido de que todas las personas de elevada categoría y condecoradas con dignidades, ya después de la primera caída habían de ser tratadas como relapsas, porque se había demostrado cuán malas consecuencias traía en pos de sí su apostasía (1).

Paulo IV, con todo, no renunció a su plan primitivo. En 6 de marzo dió un decreto de que nadie que aun sólo hubiese sido acusado de herejía, podía ser Papa. Con esto no se sustraía ciertamente a este tal el derecho electoral activo, pero sí el pasivo (2). A nadie era dudoso que entrambas ordenaciones iban dirigidas sobre todo contra Morone (3).

A principios de mayo se supo de nuevo que el Papa había ofrecido indulto a Morone, si éste lo solicitaba. La respuesta de Morone fué también esta vez que nada pedía sino justicia (4). En vista de esto, los cuatro cardenales de la Inquisición reanudaron las actuaciones judiciales contra él (5). Cuando después, en 22 de mayo,

(1) Éste es el contenido esencial de la bula *Cum ex apostolatus officio* (Bull., VI, 551 s.), de que tanto se ha hablado. En las luchas que hubo antes y después de la declaración de la infalibilidad pontificia, los adversarios de esta doctrina, sobre todo Döllinger (Janus, 405 s.), quisieron atribuir a esta bula de Paulo IV un carácter dogmático y de cátedra. Con todo, no puede absolutamente decirse que tenga dicho carácter. El exordio de la bula expone sólo motivos sobre el poder pontificio. Pero los motivos de la decisión en sí nunca se consideran como normas propiamente dichas aun en concilios generales, sino sólo la misma decisión. En el documento presente la sustancia y lo principal está contenido en las sanciones penales; encuéntrase ciertamente en la bula la palabra *definimus*, pero esta expresión se halla también en documentos no dogmáticos; v. Hergenröther, *La Iglesia y el Estado*, 767, donde se demuestra clarísimamente, que aquí no se trata de una decisión dogmática, sino de un acto disciplinar. También el autor de la crítica de la *Historia eclesiástica* de Kraus hace resaltar en las Hojas Histórico-políticas, CII, 352 s., que el descubrimiento del partido de Janus, de que la bula quiso sancionar los «principios romanos sobre la relación de entrambas potestades», es enteramente falso, pues este documento ninguna otra cosa contiene que simples prescripciones disciplinarias, que se dieron para la defensa de la fe católica y del orden público contra sus quebrantadores, en la suposición del derecho público hasta entonces subsistente. Efecto del error de Döllinger es la opinión de Hugo Koch (v. *Hoj. Histór.-polít.*, CXX, 849), asimismo del todo infundada, de que en la bula de Paulo IV tomó nueva vida la «idea hierocrática». Cf. también Fèvre, *Hist. de la Papauté*, VII, 275 ss.

(2) Laemmer, *Mant.*, 210. Müller, loc. cit.

(3) V. los ***Avvisi di Roma* de 18 de febrero (*Si crede fatto per convincere et privare Morone*) y 8 de abril de 1559 (v. el n.º 55 del apéndice). *Biblioteca Vaticana*.

(4) ***Avviso di Roma* de 6 de mayo de 1559; *ibid.*

(5) V. el ***Avviso di Roma* de 20 de mayo de 1559 (n.º 56 del apéndice); *ibid.*

murió súbitamente el riguroso cardenal Rosario, uno de aquellos cuatro, se esperaba un cambio favorable para Morone (1). El 2 de junio comenzóse, en efecto, a leer a la congregación general de los cardenales el proceso que la Inquisición había seguido contra Morone. Como ahora se celebraban diariamente sesiones de los cardenales sobre este negocio, se esperaba su pronto acabamiento. El 15 de junio se dió un mes de tiempo al cardenal para dar nuevas explicaciones sobre todas las acusaciones dirigidas contra él. Podía ahora también conferenciar con otros (2). A principios de julio fuéronle dados varios defensores, entre otros Marco Antonio Borghese (3). Los inquisidores tenían entonces consulta casi diariamente sobre este negocio (4). El Papa parecía no tener tiempo para ninguna otra cosa; su proceder había provocado general terror (5).

A qué confusión y perplejidad había venido a parar la causa del preso cardenal, cuya vista había padecido gravemente por efecto de la cárcel (6), se ve claro por una relación de Bernardino Pía al cardenal Hércules Gonzaga, de 28 de julio de 1559. Pía el día antes había mostrado al preso la copia de una carta, en la cual el cardenal Gonzaga intercedía con el emperador en favor de Morone, y había examinado con él por menudo su situación. Refiere Pía que era cosa clara para Morone, que si el Papa moría antes de la decisión de su negocio, podía él tener parte en el conclave. Que Paulo IV y los cardenales de la Inquisición sabían muy bien esto, y que por este motivo activaba ahora el Papa la terminación del proceso. Que por lo demás se ponían dificultades en restituir a

(1) V. el ***Avviso di Roma* de 3 de junio de 1559 (n.º 57 del apéndice); *ibid.*

(2) V. los **Avvisi di Roma* de 10 y 17 de junio de 1559 (*Bibl. Vatic.*). G. A. Calegari notifica en 10 de junio a Commendone: **E stato ogni dì congregatione d'inquisitione avanti S. S^{ta} dove si sono letti sempre i processi di Morone.*

(3) Al card^{al} Morone sonno stati dati advocati et defensori ms. Marc' Antonio Borghese et altri, fa copiar il processo per darglielo. **Avviso di Roma* de 1.º de julio de 1559. *Biblioteca Vaticana.*

(4) Así lo refiere G. A. Calegari a Commendone en una **carta*, fechada en Roma a 5 de julio de 1559. Lett. di princ., XXIII, n. 2. *Archivio segreto pontificio.*

(5) V. la relación portuguesa de 17 de junio de 1559 en el *Corpo dipl. Port.*, VIII, 150.

(6) V. en el n.º 48 del apéndice el **Avviso* de 2 de abril de 1558. *Biblioteca Vaticana.*

Morone los papeles que hablaban en su favor. Continúa exponiendo Pía, que Morone reconocía que tenía razón el cardenal Gonzaga al opinar, que era ahora más ventajoso que se diesen aún largas al proceso, y por tanto que no urgía ni hacía instancia, pero que hallaba en el Papa y los jueces, singularmente en Rebiba, demasiada pasión. Pues como sigue contando Bernardino Pía en su carta, Paulo IV había manifestado algunos días antes, que no era absolutamente necesario un procedimiento judicial, que él sabía cómo estaban las cosas y que él era el verdadero juez, ¡que sin otras formalidades podía dar la sentencia! Semejantes amenazas no espantaron a un hombre que, como Morone, estaba consciente de su inocencia. Confiaba en Dios y esperaba que los cardenales, especialmente Pacheco y Púteo, no sufrirían que se le hiciese injusticia. Pacheco había hecho copiar los autos del proceso para tenerlos siempre a mano. Si a este negocio se le daba un curso legal, esperaba Morone salir del proceso enteramente justificado (1).

No sonó la hora de la libertad para el tan gravemente atribulado, que se defendió siempre con intrepidez (2), sino cuando Paulo IV murió. Dos días más tarde resolvió el Colegio cardenalicio, ciertamente no sin que varios se opusiesen, que fuera admitido en el conclave, y con derecho electoral activo y pa-

(1) S. S. R. [Morone], escribe B. Pía, è chiara che se il papa morisse prima che fosse espedita la sua causa ei potrebbe entrar in conclave et questo istesso lo sa S. Sia et i cardinali giudici et per questo rispetto il papa sollecita l'espeditone con molta fretta et se gli fanno degli aggravii et fra gli altri questo in non restituirli le scritture che le tolsero fin da principio et che fanno a suo proposito talchè non hieri l'altro fu forzato a far una protesta che il tempo non corresse fin che dette scritture non fossero interamente restituite. Conosce benissimo S. S. R. che ciò che V. S. I. dice che sarebbe bene che la causa andasse in lungo et che l'esempio che da di p. Paolo III et del card. di Ravenna [B. Accolti] serve alla pura verità et non è essa per affrettare, ma trova tanta passione nel papa et nei giudici et fra gli altri primi in M. Pisa [Rebiba] che non sa bene come poter ritardar la fuga che le danno. Dice che el papa quattro di sono bravò gagliardamente saper i casi suoi che non occorrevano tanti processi, scritture ne giustificazioni ne servar termini che sapeva benissimo come si stesse il fatto, che esso era il giudice vero che senza altro poteva et doveva dar la sentenza et altri simili et terribili parole, pure spera in Dio che i cardinali habbino a non le lasciar far torto et massimamente Pacecco et Puteo, i quali hanno il processo in mano et Pacecco lo fa copiar per tenerne copia appresso di se et poter vederla a tutt'hore. Se non se le fa torto è per S. S. R. sicuro di giustificarsi benissimo. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) V. las relaciones de Ascanio Caracciolo en Müller, Conclave, 26, nota 1.

sivo (1). Pero el nuevo Papa ordenó al punto una revisión del proceso seguido contra Morone. Después de minuciosa investigación hecha por los cardenales Púteo y Ghislieri, de los cuales el uno tenía notoria celebridad como jurisconsulto y el otro como teólogo, pronunció Pío IV la sentencia definitiva el 13 de marzo de 1560. Ésta censura en los procedimientos judiciales de la Inquisición en tiempo de Paulo IV, una serie de faltas, así en la sustancia como en la forma; y declara que la encarcelación de Morone se efectuó sin el más mínimo motivo legítimo de sospecha. La información, así como todas las actuaciones del proceso, en el cual no se observaron las formas necesarias prescritas, son estigmatizadas como nulas, inconsideradas e injustas. Fuera de eso se establece, que no se halla ni motivo para la condenación del cardenal, ni siquiera alguna insignificante sospecha contra su ortodoxia, más aún, que de los autos resulta lo contrario de las acusaciones lanzadas contra él, por lo cual el cardenal ha de ser absuelto como inocente (2).

Al cardenal Pole no le pudo caber en suerte semejante justificación, pues había muerto ya el 18 de noviembre de 1558. Por más benigno y manso que fuese el noble inglés, sintió con todo profundísimamente la afrenta que se le hizo. No podía recordar que alguna vez un cardenal durante la administración de su cargo de legado, hubiese sido depuesto sin precedente averiguación, por la sola sospecha de herejía. La acusación dirigida contra él parecía tanto más extraña, cuanto que antes de su partida para Inglaterra había tenido una larga e íntima conversación con Paulo IV, entonces todavía cardenal Carafa, en la cual demostró su ortodoxia con plenisíma satisfacción de éste. Añadíase a esto el honorífico testimonio que había dado de él el Papa mismo en el consistorio al conferirle el arzobispado de Cantorbery. «¿Por qué, se preguntaba, había de sospechar el Papa de mi ortodoxia, cuando

(1) V. Massarelli, 334; Vargas en Döllinger, Documentos, I, 272; Ribier, II, 829.

(2) V. Raynald, 1560, n. 98; Massarelli, 343; Pallavicini, 14, 15, 2-3; Sichel, 8, 10, 46. En la *Vita di Morone (Varia Polit., XIX, 502 del *Archivio segreto pontificio*) se dice, que al cardenal se le tuvo preso por espacio de veintiséis meses per false calumnie et maligne persecutioni. Cuán justificados están los severos juicios sobre el procedimiento de Paulo IV, se saca de los autos de la *Biblioteca del Seminario de Foligno*, comunicados en los núms. 46-47 del apéndice.

estoy envuelto en constantes luchas y disputas con los herejes y cismáticos, y he alcanzado brillantes triunfos en pro de la religión católica? Porque mis activos trabajos en Inglaterra son tan molestos a los herejes, por eso nada les alegra tanto como el calificativo de «hereje» que se me ha dado. En el supuesto de que antes hubiese yo tenido algunas doctrinas falsas por verdaderas, lo cual en modo alguno es verdad, ya no había ahora causa alguna para proceder contra mí, después que he conseguido aquí tan gloriosas victorias de los herejes, y con mis esfuerzos y combates he salvado tantas almas y restablecido en Inglaterra la autoridad de la Santa Sede.» (1)

Con razón hace observar un biógrafo de Pole, que éste tuvo que sufrir una prueba que es la más penosa que se puede pensar para un fiel hijo de la Iglesia, una prueba en que se había de mostrar, si el cardenal ponía sobre su interés y sobre su persona la santa causa a que se había consagrado (2). Pole salió de esta prueba brillantemente. Con humilde obediencia a la más elevada autoridad puesta por Dios, consideró la injusticia que se le hizo, como un golpe procedente de manos paternas, que ha de soportarse con respeto y paciencia.

En la primera excitación había Pole bosquejado un escrito especial para su justificación; pero al examinarlo de nuevo halló con todo, que en algunos pasajes se había expresado con excesiva acerbidad sobre los defectos del Papa; por lo cual arrojó el escrito a las llamas con estas palabras: «No has de descubrir la deshonra de tu padre» (3).

Sin embargo de eso, Pole no renunció a la esperanza de hacer mudar de opinión a la Cabeza suprema de la Iglesia. Es muy significativo para sus sentimientos genuinamente católicos, el haber primeramente y ante todo tomado interés por su amigo Priuli y alzado también su voz en favor del preso Morone, en la carta que

(1) V. Strype, *Memorials*, VI, 35, y Zimmermann, Pole, 341 s. Sobre la conversacion entre Pole y Carafa v. la carta de F. Gherio a L. Beccadelli, fechada en Roma a 29 de abril de 1553, en Beccadelli, II, 348 s. Cuán infundada fué la acusación de herejía contra Pole, lo hace notar bien y con singular energía entre los modernos Cuccoli, M. A. Flaminio, Bologna, 1897, 107 s.

(2) Kerker, Pole, 115.

(3) Beccadelli, II, 325-326. Antes de ser arrojado al fuego este escrito, un amigo de Pole había sacado una copia, que todavía se conserva; v. Zimmermann, Pole, 338 s.

dirigió a Paulo IV el 30 de marzo de 1558. En ella advirtió para su propia defensa lo siguiente:

«Precisamente yo he de ser más que ningún otro, adversario de los herejes y cismáticos, pues como sabe bien Su Santidad, entre los muchos y graves golpes que me han afligido, ninguno hubo que no viniese de este lado, y únicamente por causa de la religión católica. Pero se me objetará, ¿qué peso puede tener tu recomendación en este negocio, si has sido acusado de herejía ante el mismo tribunal de la fe? Como quiera que sea, tantos hechos patentes en favor de la Iglesia y de la religión tienen que pesar más que los dichos y atestaciones de los que ni palabras ni hechos pueden sacar a la publicidad contra mí, porque no los tienen. Pero ya se comenzó a instruir el proceso contra ti, cuando tu íntimo amigo Morone fué echado a la cárcel, porque era sospechoso de herejía; tu deposición es señal de tu culpa.

»¿Qué he de decir a esto? Primeramente, que las palabras de Vuestra Santidad son más fidedignas que cualesquiera indicios y rumores extraños. Ahora bien, Vuestra Santidad ha declarado al embajador inglés y a mis agentes enviados a Roma, que me había quitado la legación, no porque me hubiese yo hecho culpable de alguna falta, sino porque no había tenido por conveniente hacer una excepción respecto de Inglaterra y dejarme por legado cerca de un rey que tenía guerra con el Papa, mientras todos los demás legados acreditados cerca del rey de España habían sido mandados volver. He aceptado la declaración dada por Vuestra Santidad sobre el motivo de mi deposición, aunque las circunstancias en este reino no eran enteramente las mismas que en los países españoles. Después de la reconciliación con el rey se restablecieron las legaciones para las diversas partes del imperio, y su sobrino fué enviado como legado a la corte española; pero a pesar de las instancias de la reina, de las súplicas del Colegio cardenalicio y de la petición de todas las clases sociales de Inglaterra, mi reposición fué siempre de nuevo aplazada, y hasta permitió Vuestra Santidad la difusión del rumor de que se había instruido contra mí un proceso de herejía. ¿Cómo tengo que explicarme las intenciones y el ánimo de Vuestra Santidad? ¿He de creer que se trata aquí de un negocio de Dios, como respondió Vuestra Beatitud a las instantes preguntas del embajador inglés? ¿He de creer que su presente modo de obrar tiene su fundamento en la persuasión de que cumple con esto

la orden de Dios, y satisface a su obligación y a la veneración a Dios debida? ¿Cómo puedo creer esto? ¿Manda Dios acaso la inmolación del hijo? Mandólo Dios una vez, cuando ordenó a Abrahán sacrificar a su hijo Isaac, a quien amaba y en quien estaban vinculadas las promesas. ¿Qué otra cosa traza Vuestra Santidad sino mi muerte, cuando intenta quitarme la gloria de la ortodoxia? ¿Qué vida, pregunto a Vuestra Beatitud, se deja al pastor en su rebaño, después que se le ha arrebatado la fama de su ortodoxia? El género de muerte a que me ha destinado Vuestra Beatitud, me aniquila con mucha más seguridad que el de Isaac, quien a vista de los preparativos para el sacrificio, preguntó: Padre, aquí está el fuego y la leña, ¿dónde está la víctima? Como veo el fuego y la espada en las manos de Vuestra Santidad, y siento cargados mis hombros con la leña del sacrificio, no necesito preguntar por la víctima; al contrario, he de preguntar por qué Vuestra Santidad, preocupado por falsos motivos de sospecha, piensa inmolarme por causa de la religión, al hijo que siempre le ha amado y tiene conciencia de no haber merecido por nada su presente desafecto, sino más bien su mayor benevolencia, pues con la gracia de Dios ha llevado al cabo para gozo de la Iglesia y gloria de la Santa Sede la obra cuya terminación se esperaba de él. ¿Cómo así? En pago de ello, ¿va a atravesar mi alma Vuestra Santidad con la espada de dolor? Si hace esto Vuestra Santidad, para cumplir, como dice, un deber para con Dios, péguese fuego al sacrificio. Pero si con todo eso obra Vuestra Beatitud por orden divina, espero que no permitirá Dios que lo consume, como tampoco lo permitió en Abrahán.» (1)

En su testamento declaró Pole de nuevo de un modo solemne, que perseveraba entera y firmemente en la fe que habían recibido sus antepasados de la Iglesia romana, que permanecía en la obediencia a la única, santa y católica Iglesia de Cristo, y al que estaba sentado como Papa romano en la Silla Apostólica, y que suplicaba con todo respeto la bendición de Paulo IV, a quien había servido lo mejor que sabía, no habiendo buscado, como siempre, en todos sus actos en pro de la Sede Apostólica ninguna otra cosa que la gloria de Dios y la utilidad de su Iglesia (2).

(1) Quirini, V, 31-36.

(2) V. Ciaconius, III, 637. Julio Gonzaga y Carnesecchi censuraron esta declaración católica como «superflua, per non dire scandalosa, in quel tempo

Como Pole y Morone, así también todavía otros dos prelados fueron mandados comparecer ante la Inquisición por la infundada sospecha de herejía: Egidio Foscarari y Juan Antonio Sanfelice. Foscarari pertenecía a la Orden dominicana y gozaba de gran reputación como teólogo y como sacerdote. Paulo III le había nombrado maestro del sacro palacio, y como tal examinó el libro de los Ejercicios de S. Ignacio de Loyola. Su aprobación de este magnífico escrito se leía al principio de las ediciones impresas. En 1550 Foscarari fué hecho obispo de Módena para suceder a Morone, y al año siguiente asistió al concilio de Trento. Vuelto a Módena, señalóse allí como obispo en todos conceptos. Ahora este docto y piadoso prelado cayó también en sospecha, en 21 de enero de 1558 fué encarcelado en el castillo de Santángelo, y formóse proceso la Inquisición. No se hallaron pruebas ningunas de culpa; por lo cual Foscarari pidió una solemne declaración de su inocencia, que le fué denegada. No alcanzó su libertad hasta el 18 de agosto de 1558, después de haberse obligado a comparecer ante el tribunal de la Inquisición siempre que fuese necesario (1).

El procederse contra el antiguo obispo de Cava, Sanfelice, preso simultáneamente (2) con Morone, es por lo menos en tanto comprensible, en cuanto que este fogoso meridional, en 1547, al deliberarse en el concilio de Trento sobre la doctrina de la justificación, había defendido con apasionamiento opiniones, que eran objetivamente erróneas (3). Pero no se podía demostrar que Sanfelice hubiese sostenido obstinadamente doctrinas heréticas; no había excedido los límites de la libertad de discusión permitida en un concilio; en julio de 1559 fué dado por libre después de veinticinco meses de prisión (4).

massimamente» (Amábile, I, 177). Las consideraciones que a ella agrega Amábile, muestran completo desconocimiento de la doctrina católica.

(1) Cf. Massarelli, 465; Pallavicini, 15, 11, 2; 24, 13, 4; Quétif, II, 184 s.; Tiraboschi, VII, 1, 271 s.; Bromato, II, 452 s. La sentencia de absolución no dada sino por Pío IV, puede verse en Cantú, II, 193 s.

(2) V. Massarelli, 310.

(3) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 274.

(4) V. Massarelli, 350; Pallavicini, 15, 11, 1; Ughelli, I, 618; VII, 177 s.; Amábile, I, 146; Bertolotti, Mártiri, 102. Rodocanachi (S. Ange, 160) en vez de Sanfelice indica equivocadamente a su sucesor. También un conocido literato, Nicolás Franco, que por el verano de 1558 había sido preso por haberse burlado de la Inquisición, tuvo que ser puesto en libertad por febrero de 1559, por

El agustino Jerónimo Negri con sus fructuosísimas predicasiones contra los luteranos se había atraído su odio. Éstos al fin propagaron la calumnia de que Negri defendía opiniones no católicas. La sospecha tuvo por consecuencia, que en 1556 se le quitó a Negri por orden de Roma la licencia de predicar. Esta disposición fué para los herejes un triunfo, y para los católicos un escándalo. Cuán precipitada e imprudente había ella sido, se mostró en la circunstanciada averiguación, que terminó en 1557, con la solemne declaración de la inocencia de Negri (1).

Paulo IV hubiese tenido que decirse para sus adentros, que con la injusta persecución de los inocentes perjudicaba de un modo muy sensible a su propia reputación, así como a la del tribunal de la Inquisición, que tanto apreciaba (2). Pero esto no lo llegaba a conocer. Si se le hacían representaciones por su inmoderación, replicaba que por efecto de la excesiva circunspección de otros la Iglesia había perdido nueve décimas partes de sus seguidores (3). Sólo una vez, por febrero de 1559, hizo sobreseer el proceso instruído contra un inocente—se trataba nada menos que de Juan Gropper (4).

El demasiado celo y la impetuosidad del Papa condujeron por fin hasta el punto, de que llegase a tener un litigio y desavenencia con su inquisidor mayor (5). La ocasión fué la siguiente.

no podersele demostrar que había defendido doctrinas heréticas. V. Gnoli en la *Raccolta di studi dedic. a A. d'Ancona*, 550; cf. *Giorn. stor. d. lett. Ital.*, XXVI, 224, nota 3.

(1) V. Tiraboschi, VII, 1, 248 s. (edición romana).

(2) Se presumía que en estos como en otros casos sólo se había dejado guiar por odio personal; cf. los juicios reunidos por Müller (*Conclave de Pío IV*, 23, nota 1), respecto de los cuales se hubiese ciertamente debido observar, que son enteramente injustos e inexactos, como lo puso ya de realce Pallavicini (14, 5, 3-4) contra Sarpi. Lo que hay de cierto y seguro es que Paulo IV creía sinceramente que Pole, Morone y los otros, a quienes perseguía, estaban inficionados de herejía. Esta opinión la tenía fija desde largo tiempo. Por eso tampoco están en la verdad algunos contemporáneos, cuando atribuyen el proceder contra Pole y Morone a una intriga de los nepotes; éstos no hicieron más que fomentar la disposición de ánimo ya existente.

(3) Castaldo, 118.

(4) Cf. arriba, p. 161.

(5) Ya antes no hablan faltado pequeñas diversidades de opinar. Así escribe Ghislieri en 11 de marzo de 1558 a Jerón. Franchi: *Ho parlato a N. S. qual con suo solito santo zelo mi ribuffò con dirme che senza dar altra dilatione si doversi procedere ne la causa. Cod. E., VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

La Inquisición había vigilado hasta entonces en España con tanto rigor, que no podían prosperar opiniones algunas discrepantes de la fe católica (1). Esto parecía ahora que había de mudarse en lo peor. Entre los años de 40 a 50 del siglo xvi se había ya formado en Sevilla una junta o conciliábulo de protestantes ocultos, a que pertenecían también algunos eclesiásticos y frailes. A qué medios éstos recurrían, verás por este solo ejemplo. Constantino Ponce de la Fuente, que desde fines de 1555 volvió a predicar en la catedral, había suscitado últimamente sospechas; para encubrirse a la Inquisición y poder continuar oculta-mente su propaganda protestante, pidió ser recibido en la Orden de los jesuitas, que desde 1554 poseían un colegio en Sevilla; pero le fué denegada la admisión (2). A la Inquisición no se le ocultó el movimiento peligroso para la fe católica que había en Sevilla, por más astucias de que usasen los innovadores. Cuando a principios de 1557 comenzó a inquirir contra algunas personas principales sospechosas, once monjes del monasterio de jerónimos de S. Isidro abandonaron su morada para huir a Ginebra. Este sorprendente acontecimiento aumentó las sospechas de la Inquisición, la cual, luego por julio de 1557, después de descubrirse un envío de libros anticatólicos, que habían sido introducidos fraudulentamente en la ciudad, logró dar con la pista de la comunidad protestante. Hiciéronse poco a poco unos cien arrestos, y fueron también encarcelados cinco monjes de S. Isidro. Algo semejante sucedió en Valladolid (3). Por las declaraciones de los presos vino a caer también sospecha sobre el arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza. Este varón benemérito de la Iglesia, e insigne por su ciencia y celo de las almas, que hasta repetidas veces procedió contra los herejes, había publicado en 1558, en lengua española, una obra intitulada: «Comentarios sobre el Catecismo cristiano». En este libro defendía a la verdad en general la doctrina católica, pero en algunos puntos se expresaba de un modo inexacto o ambiguo y expuesto a malas interpretaciones. Las indulgencias

(1) Sobre el rigor de la Inquisición v. la relación de la corte de Carlos V, del año 1535, en el Anuario Histórico, XIII, 194.

(2) V. Astrain, II, 94 ss.

(3) V. Schäfer, Documentos, I, 264 ss., 348 s., 373 ss. Los datos hasta ahora conocidos sobre el gran número de protestantes en España, son aquí reducidos a la justa medida mediante una serena investigación. V. también Schäfer, Sevilla y Valladolid, Halle, 1903.

las mencionó Carranza únicamente en un solo pasaje de su libro, de más de 800 páginas, y en sentido despreciativo (1).

Las primeras noticias sobre el descubrimiento de comunidades protestantes en España habían producido luego al punto en Roma la mayor consternación (2). El Papa olvidó casi todo el antiguo rencor contra Carlos V, y alabó su vigilancia (3). El rumor agrandó aún considerablemente el peligro. El mismo inquisidor general español, Fernando de Valdés, en su relación a Paulo IV, trató del descubrimiento de las dos comunidades de Sevilla y Valladolid con expresiones tales, que si no constase por otra parte su extensión, se podría creer que toda Andalucía y Castilla habían sido invadidas por la «peste de la herejía» (4). Cuando ahora corrió la voz de que en una obra del primer dignatario de la Iglesia española se habían descubierto proposiciones heréticas, Paulo IV quedó asaltado de un asombro y espanto todavía mayor.

Por una serie de severísimas ordenaciones procuró el Papa obviar según sus fuerzas el peligro que amenazaba. El 4 de enero de 1559 otorgó al inquisidor general Valdés los poderes extraordinarios, pedidos por éste, para entregar al brazo secular a fin de que fuesen ejecutados, aunque no fueran relapsos, a los heresiarcas y maestros de herejías, como también a otros herejes, de quienes se podía suponer con fundamento, que no querían abjurar sus errores seria y sinceramente, sino sólo para verse libres, y que puestos en libertad, podrían propagar las herejías, enseñarlas de nuevo o favorecer a la herejía, y así perjudicar a la Inquisición (5). A este decreto, que dejaba sin vigor las normas ordinarias, siguió al día siguiente una ordenación relativa a la pesquisa y destrucción de libros heréticos (6). El 7 de enero efectuóse la asignación de rentas mayores para la Inquisición española (7). En el mismo día

(1) V. Laugwitz, Carranza, 29 ss. La posición que tomó Carranza respecto del protestantismo, no ha sido a la verdad puesta aún del todo en claro, pero algunas veces parece no haber sido enteramente excusable; v. Schäfer, I, 265, nota.

(2) V. la **carta de Garimberto, de 18 de junio de 1558. *Archivo secreto pontificio*.

(3) V. el * Aviso di Roma de 25 de junio de 1558. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Schäfer, I, 186; III, 104 ss.

(5) V. Raynald, 1559, n. 18; cf. Llorente, II, 261; Schäfer, I, 316 s.

(6) V. Raynald, 1559, n. 15.

(7) V. Raynald 1559, n. 16. Cuando en la primavera de 1559 fué confiada la nunciatura española al obispo de Chiusi, éste, junto con la instrucción de

fué autorizado el inquisidor general, por tiempo de dos años, para hacer averiguaciones judiciales en cosas de fe contra todos los obispos, arzobispos, patriarcas y primados, formarles proceso, y para el caso de que hubiera de temerse su huida, prenderlos y ponerlos en cárcel segura, pero con la condición de que al punto se diese al Papa relación de todo, y los reos junto con los autos sellados del proceso fueran enviados a Roma lo más pronto posible (1).

Este breve iba dirigido contra Carranza, para cuya prisión tomó ahora sus disposiciones la Inquisición española. Por más que Felipe II estaba conforme con su riguroso proceder (2), con todo sólo después de larga dilación permitió que se instruyese proceso contra Carranza, exigiendo que se obrase con el debido respeto (3). El arzobispo se esforzó por trasladar la decisión de su causa de España a Roma, y envió allá para este fin a un dominico (4), el cual halló acogida y apoyo en el cardenal Ghislieri. Esto irritó de tal suerte al Papa, a quien sus dolencias hacían cada vez más congojoso y violento (5), que al hasta entonces tan sumamente apreciado cardenal le hizo en el consistorio por espacio de media hora tan vehementes reconvenciones, que el cardenal Consigliieri manifestó que ya no se podía vivir ni negociar con el Papa. En un nuevo consistorio repitió Paulo IV sus reconvenciones contra Ghislieri,

proteger la libertad eclesiástica contra las usurpaciones del poder real, recibió el encargo especial de promover la Inquisición con todas sus fuerzas (v. Laemmer, Melet., 174 s.; Pieper, 105). Sobre un breve de 1555 a la Inquisición de Granada v. Lea, *Celibacy*, Boston, 1884, 568. El mismo autor (*Confession*, I, 385) observa que el breve de Paulo IV a la Inquisición española contra la sollicitación no es de 1556, como dice Llorente, sino de 18 de febrero de 1559. Paulo IV estaba de suyo contra la excesiva independencia de la Inquisición española. Según Riess (p. 295) Paulo IV, por otoño de 1557, procuró traer a Roma todos los procesos de herejes de los reinos españoles, especialmente de los de Sicilia.

(1) V. Raynald, 1559, n. 19; *ibid.*, n. 20, un breve a Felipe II de 11 de enero de 1559, en el cual se exhorta al rey a apoyar las nuevas disposiciones pontificias.

(2) Cf. la *carta del confesor del rey Bernardo de Fresneda al card. Carafa, fechada en Bruselas a 12 de febrero de 1559 (Lett. di princ., XI, 269. *Archivo segreto pontificio*).

(3) V. Laugwitz, 53.

(4) Fr. Fernando de San Ambrosio; v. Colección de doc. inéd., V, 505, y Döllinger, Documentos, I, 259 s.

(5) Esto lo hace resaltar expresamente el médico de Paulo IV, A. Ricchi, en su *Memoria sobre la última enfermedad del Papa (*Biblioteca Vaticana*; v. el n.º 60 del apéndice).

calificó de indigno de su posición, y aseveró que sentía remordimiento de conciencia de haberle conferido la púrpura. Una relación de 5 de agosto de 1559, enviada de Roma, notifica que se temía allí, que el inquisidor mayor Ghislieri ¡fuese conducido preso al castillo de Santángelo! (1) Fué por estos días cuando Paulo IV declaró ante el embajador francés, que la herejía era tan grave delito, que por poco que estuviese un hombre de ella contaminado, no había otro remedio que entregarlo al punto a las llamas, sin cuidarse de si ocupaba hasta la más elevada categoría (2). Es también característico, que Paulo IV en los últimos días de su vida tenía calurosas palabras de elogio para su antiguo adversario Felipe II, porque éste procedía en España rigurosamente contra los herejes (3). El 21 de mayo de 1559 se había celebrado en Valladolid el primer gran auto de fe público. Según la sentencia que en él se pronunció, la mayor parte de los presos fueron indultados; y trece, entre los cuales había tres sacerdotes, cinco mujeres y un judío, fueron relajados al brazo secular para su ejecución. Todos estos desgraciados se arrepintieron de sus errores, excepto uno, que como hereje enteramente obstinado, fué quemado vivo (4).

II

En otra parte del gigantesco imperio español, en los *Países Bajos*, hacia el fin del pontificado de Paulo IV, se llegó asimismo en un asunto eclesiástico a un concorde proceder del poder pontificio y real. La población de estas regiones, que habían alcanzado un gran desenvolvimiento así en lo material como en la cultura y civilización, en su predominante mayoría conservábase hacia mediados del siglo XVI, fielmente adherida a la religión de sus padres (5).

(1) V. el n.º 59 del apéndice.

(2) Ribier, II, 815.

(3) Ribier, II, 814 s. Según el *Avviso di Roma de 24 de junio de 1559, Paulo IV hizo llamar el jueves a los inquisidores a su cámara, y les dirigió un largo discurso en alabanza de Felipe II por los castigos que ejecutaba contra los luteranos. *Bibl. Vatic.*

(4) V. Schäfer, I, 324 s.; Riess, 371 s.; S. Franc. Borgia, III, 505 ss.; Atti d. Soc. Lig., XXXVIII, 104 s.

(5) Según los testimonios acordes de Enrique Dionisio (1553; v. Hansen, Documentos para la historia de la Orden de los jesuitas, Bona, 1896, 247) y Badoer (1557; v. Albèri, Ser. 1, III, 291) no puede haber sobre esto duda alguna; v. Pirenne, III, 452.

En este país tan eminentemente cosmopolita, no se había logrado dominar enteramente el movimiento protestante. Durante el quinto decenio del mencionado siglo, la oculta propaganda protestante tomó en los Países Bajos un carácter tanto más peligroso, cuanto ahora, el revolucionario calvinismo, que ya antes había penetrado en las provincias valonas del sur, se arraigaba también en las regiones del norte por medio de los fugitivos franceses e ingleses (1). A Felipe II no se le ocultaba el empeoramiento de la situación. Aunque al principio se limitó a la confirmación de los edictos publicados por Carlos V contra los herejes, mostró con todo claramente, que no quería tolerar el descuido con que hasta entonces se habían aquéllos aplicado (2). Fundándose en la opinión muy verdadera de que las disposiciones puramente represivas nada aprovecharían, por medio del fomento de la reforma católica, procuró desterrar los diversos abusos eclesiásticos, de los cuales procedía en no pequeña parte el movimiento de defección religiosa. Ya en 20 de agosto de 1556 concedió a los jesuitas permiso para fundar casas, aunque Viglio, presidente del Consejo privado, hacía a ello resistencia (3). Pero todavía de otro modo procuró el rey oponerse a los graves desórdenes que había en el terreno religioso, y a la apostasía de la fe católica; resolvióse a poner la segur a una de las principales raíces de la confusión eclesiástica.

En las diecisiete provincias, cuya población era más considerable que la de cualquier otra región europea al norte de los Alpes (4), había sólo dos obispos nacionales propiamente dichos, los de Tournay y Arrás (5). El obispo de Lieja era príncipe del Imperio, independiente en los territorios de su obispado, y su diócesis abarcaba también varias partes del Imperio alemán; lo mismo que el de Utrecht, estaba sujeto al príncipe elector de Colonia. En la parte sur de los Países Bajos, Cambray dependía de un arzobispo francés; y una cosa semejante sucedía también en otras partes de dichos Estados. Los prelados extranjeros estaban demasiado alejados de las cosas de Flandes; y además no raras veces ejercían

(1) Cf. Rachfahl, Orange, I, 409 s.; Pirenne, III, 525 ss.

(2) V. *Bullet. de la Comm. Roy. d'hist.*, Ser. 2, XI, 231; Pirenne, III, 461.

(3) Cf. vol. XIII, p. 203.

(4) Cf. Pirenne, III, 358 s.

(5) Sobre el estado y disposición de las diócesis antes de 1559, cf. Laenen en los *Annales de l'Acad. archéol. de Belgique*, Ser. 5, VI, 67 s.

su poder en este país contra derecho y en perjuicio del soberano. Añadíanse a esto varias dificultades, que tenían su fundamento en la diversidad del idioma, y otras aún mayores, por razón de que habían de ir a país extranjero para pedir justicia o para comparecer ante su juez. Las diócesis de la nación no correspondían a los distritos o divisiones políticas de la misma; y además eran tan extensas y estaban tan pobladas, que *un solo* pastor no podía absolutamente velar sobre ellas. A consecuencia de eso pudieron introducirse en el clero secular y regular los mayores escándalos respecto a moralidad. Estaba muy descuidado el dar instrucción religiosa en sermones y catecismos, y había aún más negligencia en administrar los sacramentos. En muchos lugares la juventud padecía extremada falta de cultivo y educación (1). Aun aquellos obispos que deseaban el bien y reforma de la Iglesia, dado el estado caótico y nada práctico de la jurisdicción eclesiástica, no eran poderosos para remediar estos inconvenientes.

Para poner remedio a esta confusión y desorden, Felipe II propuso en Roma una total reorganización de la jerarquía, con la cual mediante el aumento del número de obispos y reducción de la diócesis confiada a cada uno de ellos, pudiesen los prelados proceder con energía, así contra los abusos eclesiásticos, como contra la penetración de las herejías. El Papa encargó este importante negocio a una comisión, que constaba de los cardenales Pacheco, Saraceni, Púteo, Reumano, Capizuchi y Rosario. Estos reconocieron las buenas intenciones del rey de España, quien, aunque influían también mucho en él motivos políticos, sin embargo tenía sobre todo ante los ojos el socorro de las necesidades religiosas de sus provincias flamencas. A ellas había de resultar en sumo grado saludable la propuesta reorganización (2).

Después de largas y detenidas deliberaciones se decretó en

(1) V. Janssen, Sobre el primer período de la revolución de los Países Bajos en el siglo xvi, en la edición alemana de la *Civiltà catt.*, I, Münster, 1855, 34; Holzwarth, I, 107 s.; cf. Rachfahl, I, 306 s., 610.

(2) V. Miraeus, *Opera dipl.*, III, 523 s.; cf. A. Jansen, *Het advies der commissie van zeven Kardinalen: Archief v. d. geschiedenis v. h. Aartsbisdom Utrecht*, IX (1881), 1-22; Brom, *Archivalia*, II (1911), 147. Las *instrucciones para el agente enviado a Roma, Sonnio, fechadas en Bruselas a 8 de marzo de 1558, se hallan en el *Archivo público de Bruselas*. Sobre las intenciones de Felipe II y la justificación de su propuesta, v. Gachard, *Corresp. de Philippe II*, I, xcii s.; Koch, *Defección religiosa*, 44 s.; Holzwarth, I, 69 s.; Pirrenne, III, 501 s., 504.

Roma, que en adelante cesase la jurisdicción de los obispos alemanes y franceses en los Países Bajos, y fuera de las antiguas diócesis se erigiesen catorce nuevas, conviene a saber, las de Namur, Saint-Omer, Malinas, Amberes, Gante, Brujas, Iprés, Herzogenbusch, Roermond, Haarlem, Deventer, Leeuwarden, Groninga y Middelburgo. Estas diócesis, adaptadas en cuanto era posible a los límites de las diversas provincias y a la división de los dos idiomas del país, fueron sometidas a las tres iglesias metropolitanas erigidas en Cambray, Utrecht y Malinas. Según eso, al arzobispado de Malinas habían de estar subordinados los obispados de Amberes, Herzogenbusch, Gante, Brujas, Iprés y Roermond; al arzobispado de Cambray los de Tournay, Arrás, Saint-Omer y Namur, y al arzobispado de Utrecht los obispados de Haarlem, Middelburgo, Deventer, Leeuwarden y Groninga.

Para esta reorganización, excelente desde el punto de vista eclesiástico, debía el Papa hacer una importante concesión a los designios político-eclesiásticos de Felipe II. El rey de España recibía el derecho de presentar a la Santa Sede candidatos idóneos para los catorce nuevos obispados, como también para los de Utrecht, Tournay y Arrás; el rey tenía que pagar de sus propios caudales a los nuevos prelados, hasta que se les asignase renta fija, y elegir cuidadosamente a los que se habían de nombrar, de entre los doctores o licenciados en teología. A pesar de esta limitación, la disposición robustecía y fortalecía notablemente el poder real. Era muy dudoso si la aceptarían tranquilamente los flamencos, tan celosos de su libertad. Añadíase a esto, que los nuevos obispados no podían ser dotados de otro modo, ni ser compensados los obispos extranjeros de otra suerte, que a costa de los monasterios e iglesias colegiales (1). A consecuencia de eso, se apoderó de la nobleza flamenca una gran excitación, que se extendió también por el clero capitular y regular, que gozaba de gran influencia. De suyo ya se entiende, que a todos los afectos a las nuevas doctrinas la perspectiva de la vigilancia eclesiástica aumentada y más rigurosa les fué sumamente desagradable.

(1) En el dictamen de los cardenales citado arriba, p. 275, nota 2, la razón que se da de esta compensación, es que los *bona monasteriorum hodie non Christo, sed privatorum commodis et vitae voluptatibus servant, eo quod in eis non admodum regulariter vivatur*.

De este modo la nueva disposición (1), que fué publicada por una bula de 12 de mayo de 1559 (2), aunque de suyo estaba muy justificada y era muy saludable, con todo encerraba en sí el germen de graves complicaciones.

En el *vecino reino de Francia*, estrechamente unido con los Países Bajos por tantos intereses morales y materiales, velaba *Enrique II*, no menos resueltamente que Felipe II en sus dominios, por el mantenimiento de la subsistencia exterior de la antigua Iglesia, la cual por medio del concordato tantos provechos traía a la corona (3). Las esperanzas que los innovadores habían puesto en la liga del rey francés con los príncipes protestantes alemanes, dirigida contra el emperador, no habían de realizarse. Únicamente motivos políticos habían conducido a Enrique II hacia este lado; la persecución de los protestantes continuó durante la alianza lo mismo que después. A la muerte de Julio III, fué de nuevo la política la que movió a Enrique II a unirse estrechísimamente con el Papa.

Paulo IV no descuidó el utilizar también para fines eclesiásticos la alianza con Francia. Si el nuncio Gualterio había trabajado ya antes en exhortar e inducir al rey a un proceder enérgico contra las innovaciones en religión (4), el cardenal Carafa, al presentarse en la corte, propuso en nombre de Paulo IV la introducción de la Inquisición romana en Francia (5). El rey prometió gustoso hacer todo lo posible para reprimir las herejías en su reino. Dió también palabra de observar el convenio concertado con Julio III, pero muchas veces violado, sobre el concordato (6). Por causa de la resistencia que el Parlamento de París oponía a la

(1) * Questa sera N. S. ha fatto congregatione di molti cardinali sopra la divisione et erectione dei vescovadi di Fiandra. Carta de B. Pía al card. Hérc. Gonzaga, fechada en Roma a 22 de abril de 1559. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(2) Bull., VI, 559 ss.; cf. Gulik-Eubel, III, 38; Masio, Cartas, 318-319; Brown, VII, n. 75. Riess (p. 373) conexiona equivocadamente la bula de 12 de mayo de 1559 con el auto de fe de 31 de mayo de 1559; afirma también que Felipe II no obtuvo el derecho de nombramiento para Malinas y Amberes, lo que contradice al texto de la bula; sólo Cambray no está en ella nombrada. Ya en 8 de agosto de 1559, escribió Felipe II una carta a los obispos de Flandes tocante a la extirpación de las herejías; v. *Compte rendu de la Comm. d'hist.*, Ser. 3, IX, 300 ss.

(3) Sobre el procedimiento contra los herejes en Francia desde 1551 v. Aubert en la *Rev. des quest. hist.*, LXXXIII (1908), 107 s.

(4) V. Nonciat., II, 340.

(5) V. Ribier, II, 677.

(6) V. Nonciat., II, 354, 415, 459; cf. Raynald, 1555, n. 41.

introducción de la Inquisición romana, Enrique II y Paulo IV convinieron en tomar un término medio, según el cual tres cardenales franceses habían de ejercer la Inquisición en Francia, bajo la dirección de la Santa Sede. Un breve de 25 de abril de 1557 daba para eso los necesarios poderes a los cardenales de Lorena, Borbón y Châtillon (1). Este concierto, al que hizo resistencia otra vez el Parlamento, quedó tan poco acreditado, que el Papa lo anuló ya por junio de 1558, y puso de nuevo la Inquisición en manos de los obispos diocesanos (2). Pero a éstos, lo mismo que a los tribunales civiles, les faltaba con mucha frecuencia resolución. No es por tanto de maravillar, que los herejes levantasen cabeza cada vez con mayor osadía. Su número iba en constante crecimiento, principalmente porque el rey sin conciencia abusaba muy ignominiosamente de las prerrogativas que le otorgaba el concordato. Las prebendas eclesiásticas se destinaban a remunerar los servicios prestados en la guerra o en la corte; algunos jóvenes nobles las recibían como medio de mantenerse, en cuyo caso la prebenda iba escrita a nombre ajeno. Así sucedía que varios capitanes que servían en el ejército, percibían al mismo tiempo las rentas de ricas abadías. Y lo que era todavía peor: muchos de estos poseedores de prebendas querían administrar también por sí mismos el cargo que les había cabido en suerte. Con asombro observó un embajador veneciano, con cuánta rapidez en Francia muchas veces soldados y comerciantes se convertían súbitamente en obispos o abades. A consecuencia de eso, el estado de la religión iba decayendo cada vez más. No raras veces estaban algunas diócesis abandonadas de sus pastores, o enteramente sin ellos. El olvido que había en los superiores de sus obligaciones, repercutía de muy mala manera en el clero inferior. A pesar de eso, la Iglesia tenía aún profundas raíces en el pueblo; pero los grandes males que la desfiguraban y alteraban, la hacían incapaz para resistir eficazmente a los innovadores (3). Los jesuítas hubie-

(1) Raynald, 1557, n. 29. Ribier, II, 677. La carta en que el cardenal de Lorena daba las gracias a Paulo IV por el breve, se halla en la Revista de Historia eclesiástica, V, 611.

(2) Este hecho, desconocido hasta ahora de todos los investigadores, aun de Hinschius (VI, 342), lo saco de un *Avviso di Roma de 2 de julio de 1558 (*Biblioteca Vaticana*). Sobre la resistencia del Parlamento v. Soldán, I, 252.

(3) V. Soranzo en Albèri, Ser. 1, II, 409; de Meaux, Luttés religieuses, 46 ss.; Marcks, Coligny, 262 s.

sen podido abrir camino a una regeneración del estado en que se hallaba la Iglesia; pero precisamente entonces la Universidad y el Parlamento ponían los mayores obstáculos a la extensión de su actividad (1).

De este modo los católicos quedaban débiles, desunidos y mal organizados. Los herejes, por el contrario, estaban fuertemente unidos y compactos, y desplegaban una gran propaganda, dirigida metódicamente por Calvino. No puede por tanto maravillar que consiguiesen crecientes triunfos. Por la primavera de 1559 se manifestó hasta en el Parlamento de París una minoría que les era favorable, y combatía el riguroso procedimiento usado hasta entonces contra los innovadores. El rey, que desde la conclusión de la paz con España, hecha en Cateau-Cambresis por abril de 1559, estaba más dispuesto que nunca a resistir decididamente a la herejía (2), intentó reducir al silencio a la oposición, presentándose inesperadamente en el Parlamento el 10 de junio. Tuvo que ver, sin embargo, que se le contradecía con gran vehemencia. Si antes se había combatido en el Parlamento de un modo verdaderamente galicano, a la curia romana, como causa de todos los males, ahora se dirigían también contra el rey, cuya vida inmoral presentaba bastantes puntos por donde acometérselo. Con clara alusión a esto exclamó Ana Dubourg: «El adulterio y la disolución se pavonean; pero ¿a quién se condena a muerte? A aquellos cuyo delito consiste en haber descubierto la ignominia de Roma, y en haberse esforzado por introducir una salvable reforma». La respuesta de Enrique II fué hacer prender a Dubourg y dirigir una circular a los parlamentos y tribunales, en que se les exigía proceder con el más extremado rigor contra los apóstatas de la fe (3).

Se esperaba que Enrique II velaría personalmente por la ejecución de su mandato, recorriendo las provincias de su reino, y confederado con el duque de Saboya, emprendería una campaña militar para destruir a Ginebra, foco del calvinismo. Todos

(1) Cf. vol. XIII, p. 198 s.

(2) Cf. Soldán, I, 266 ss., donde se ponen en claro las determinaciones e influjo de la paz en los asuntos religiosos, y se demuestra que no existió un artículo secreto sobre la extirpación de los herejes.

(3) V. de Meaux, *Luttes relig.*, 56 ss.; cf. Soldán, I, 277 s. y Ranke, *Historia de Francia*, I^a, 187 s. Ranke hace equivocadamente aparecer el rey en el Parlamento ya el 10 de marzo. V. también Aubert, loc. cit., 111 s.

los planes de esta especie quedaron reducidos a la nada por la súbita muerte del rey que sólo contaba cuarenta y dos años, el cual murió por julio de una herida recibida en un torneo. Dos meses antes se habían reunido ocultamente en el arrabal de S. Germán los predicantes de once comunidades heréticas, y habían compuesto una profesión de fe y una constitución eclesiástica, entrambas enteramente según el espíritu de Calvino (1). El número de los adictos al calvinismo subía ya entonces a cuatrocientos mil (2), si ha de creerse al embajador veneciano Soranzo. En tales circunstancias había de ser singularmente funesta para Francia, la regencia que entraba a gobernar a la muerte de Enrique. Paulo IV temía que se mostrase floja con los disidentes, y le propuso a Felipe II como modelo (3).

No menores peligros que en Francia amenazaban a la Iglesia católica en *Polonia*. Como nuncio cerca del último rey de la dinastía de los Jaguelones, Segismundo Augusto, cuya debilidad e inconstancia hacían esperar las cosas peores, había sido ya destinado por Julio III el docto y excelente obispo de Verona, Luis Lipomano. El 13 de junio de 1555 llevó a efecto Paulo IV su nombramiento (4). Lipomano, ricamente provisto de cartas de recomendación del Papa y del cardenal Farnese, protector entonces de Polonia, tomó su camino por Augsburgo, donde desde fines de julio hasta el 7 de septiembre asistió a la dieta como comisionado extraordinario. En esta ida a Polonia fué agregado al nuncio por el Papa el sabio jesuita Salmerón (5). El viaje de Augsburgo a Varsovia duró treinta y dos días, y prolongóse aún más allá otros quince, hasta que finalmente el 28 de octubre llegaron a Vilna, donde residía a la sazón el rey polaco. De las fatigas del largo camino y de las privaciones a que estuvieron expuestos los viajeros, trazó Salmerón un cuadro pintoresco en una carta a S. Igna-

(1) V. Real Enciclopedia de Herzog, III^a, 784 s.; VI^a, 232 s.

(2) V. Albèri, Ser. 1, II, 409; cf. ibid., III, 425 s.

(3) Además de Ribier, II, 811, 815, cf. la relación de B. Pía a Hérc. Gonzaga, fechada en Roma el 19 de julio de 1559. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(4) V. Raynald, 1555, n. 56; ibid., n. 57-61; Theiner, II, n. 662-664; Caro-Farnese, II, 314 s., 326 s., 328 s.; cf. Dembinski, Rzym, 191; Ehrenberg, 69 s.; v. también L. Latinus, Lucubrat., I, 50 ss., y Hosii epist., II, 597, 606. Sobre Lipomano, cf. también Lauchert, 570 s.

(5) V. Polanco, V, 177. El 12 de julio de 1555 recibió Salmerón scuta 60 pro itinere in regno Poloniae. *Intr. et Exit. 1555. *Archivo público de Roma*.

cio de Loyola. «Quien ha recorrido una vez esta tierra, pensaba él, ha hecho penitencia por todos sus pecados, y además ha ganado todavía una indulgencia plenaria.» (1)

Admitido en Vilna a una audiencia con el rey, recibió de éste el nuncio la declaración, de que sólo había dos vías para poner remedio al desconcierto de su reino en lo tocante a religión: un concilio general, que en aquellas circunstancias era imposible, o un concilio nacional (2). Este, según los principios católicos, no podía resolver definitivamente sobre cosas de fe; y dada la situación de entonces, encerraba en sí el peligro de la formación de una Iglesia nacional independiente y de una entera separación de la Santa Sede. Lipomano no descuidó el representar esto al rey, y demandar que en vez de la tolerancia que se había guardado hasta entonces, se procediese rigurosamente contra los innovadores. Pero en sus razonamientos con los personajes más principales e influyentes halló «todas las puertas cerradas» (3). También a los obispos faltaba claridad y valor; el estado de la Iglesia estaba en todos respectos muy necesitado de mejoramiento (4). A excepción del excelente Hosio y del noble Nicolás Dzierzgowski, arzobispo de Gniezno, la mayor parte de los demás prelados carecían de celo por el cumplimiento de las obligaciones de su cargo y estaban llenos de débil condescendencia, y algunos hasta eran sospechosos de tener inclinación a las innovaciones religiosas (5). El Papa, en respuesta a su pregunta, les había ya declarado en 8 de octubre de 1555, que sólo en un concilio general, y no en uno provincial o nacional, podían decidirse los dogmas de la Iglesia católica, y al mismo tiempo los había exhortado a que por ningún peligro se deja-

(1) Epist. Salmcronis, 130; cf. Hosii epist., II, 622.

(2) Carta de Salmerón a S. Ignacio de 1.º de enero de 1556, loc. cit., 132.

(3) Ibid., 133; cf. también una relación de Lipomano en Dembinski, Rzym, 191, nota 2.

(4) Cf. la relación de Lipomano a Hosio de 1.º de junio de 1556 en Cyprian, Tabular. eccl. Rom., Francof., 1743, 67; Hosii epist., II, 713.

(5) Cf. Eichhorn, Hosio, I, 205 ss. Parecía singularmente sospechoso Juan Drohojowski, obispo de Leslau (Cujavia); cf. Ehrenberg, 74. Sobre él como también sobre el obispo de Cracovia A. Zebrzydowski oyó Lipomano a varios testigos, cuyas declaraciones envió a Roma (v. Relacye, I, 26 s.; ibid. una carta de justificación de Drohojowski a Paulo IV). El párroco católico Bukowski, en su Historia de la Reforma en Polonia (Dzieje reformacyi w Polsce, II, Kraków, 1883, 9), juzga que tres o cuatro obispos no guardaron la honra y dignidad de su estado, y las más de las veces dejaron crecer el mal hasta el último extremo.

sen acobardar en la defensa de la fe. A los herejes arrepentidos habían de otorgarles perdón, y a los obstinados castigarlos con toda severidad (1). Con todo, dada la flaqueza de ánimo del blando y bondadoso monarca, no había que pensar en severidad. Muchos cortesanos influyentes, parte públicamente, parte en privado, profesaban las nuevas doctrinas y se valían de todo su influjo para apoyarlas. Por eso eran infructuosos todos los esfuerzos que se hacían para defender la Iglesia católica contra las acometidas de los herejes, por más ilegales que éstas fuesen. Los nobles podían apoderarse tranquilamente de los bienes eclesiásticos. Faltaba en los católicos tanto unión como valor. La erección de un colegio de jesuitas, como Salmerón había deseado, mostróse ser enteramente imposible (2).

Lipomano resolvió continuar aún entre tanto en Vilna, y envió a Roma a Salmerón para que informase al Papa también de palabra sobre el estado en que se hallaba Polonia. Este tenía que ir siempre de mal en peor, desde que el rey había permitido a los nobles introducir en sus habitaciones privadas cualquier culto que les pareciese adecuado, con tal que tuviese por base y fundamento la Sagrada Escritura. Que Segismundo Augusto, a pesar de todas las representaciones del Papa y de su nuncio, persistía aún en la idea de restablecer la tranquilidad en su reino por medio de un concilio nacional, y por amplias concesiones a los innovadores, vese claramente por las instrucciones que dió a su embajador Estanislao Maciejowski, enviado a Roma a principios de 1556 (3). Cuando éste llegó por mayo a la Ciudad Eterna, se le recibió con todos los honores (4). El 5 de mayo prestó solemnemente obediencia al Papa (5). La buena impresión que esto produjo, quedó enteramente destruída por las demandas que presentó Maciejowski en nombre del rey en una audiencia privada. El Papa tenía que conceder el casamiento de los sacerdotes, la comunión bajo ambas especies, la celebración de la misa en la lengua del país, y final-

(1) Raynald, 1555, n. 61.

(2) Salmerón a S. Ignacio en 1.º de enero de 1556, loc. cit., 133.

(3) Dembinski, Diputación enviada al Concilio Tridentino, 55 s., donde se trata también por menudo sobre la atenuación de las instrucciones.

(4) V. la *relación de Navagero, de 2 de mayo de 1556. *Bibl. de S. Marcos de Venecia*.

(5) V. *Acta consist. cancell., VII (*Archivo consistorial*); Masio, *Cartas*, 259; Massarelli, 290.

mente un concilio nacional, en caso de que el general no pudiese continuarse (1). Paulo IV quedó dolorosísimamente sorprendido de que un rey católico llegase hasta el punto de atreverse a hacer suyas las pretensiones de aquellos, a quienes hubiese debido castigar con toda severidad. Ni por un momento pensó Paulo IV en acceder a estas demandas. En una carta al rey se remitió a su nuncio, que había recibido cumplidas instrucciones para todo; y al mismo tiempo advertía con serias palabras qué cuenta tendría que dar un día el monarca ante el tribunal de Dios (2).

Lipomano entre tanto había visto por experiencia un estado de cosas capaz de desalentar en gran manera. No era el rey quien gobernaba, lo que cada vez veía él más claramente, sino la alta nobleza, y sobre todo el pariente del rey, el príncipe Nicolás Radziwill, el cual favorecía por todos los medios posibles a los innovadores. Para hacer mudar de ideas y sentimientos a Radziwill, le dirigió Lipomano una carta enérgica. Como respuesta recibió otra, compuesta por el apóstata Vergerio, la cual estaba llena de ofensas e injurias personales, especialmente contra el Papa, y poco después se imprimió también y difundió por todas partes (3). La situación del nuncio se empeoró todavía más, cuando se hizo público por una indiscreción, que había aconsejado al rey, de todo en todo según la mente de Paulo IV, el poner fin a las revueltas religiosas con la ejecución de ocho o diez de los peores caudillos de las mismas. Con libelos y caricaturas se escarneció ahora al representante del Papa, quien al fin hasta se vió amenazado en su vida. Enteramente desalentado, pidió Lipomano a principios de abril de 1556 que se le mandase volver del «infierno» en que se hallaba. Juzgó muy precipitadamente, que lo mejor era dejar absolutamente sin nuncio a Polonia, por no poder éste permanecer allí con dignidad, donde públicamente se hacía mofa de frailes y cardenales y se armaban asechanzas a la vida del representante del Papa (4). A pesar de eso, Lipomano tuvo que

(1) V. la carta del duque de Paliano a Lipomano de 30 de mayo de 1556, en traducción polaca, en las *Relacye*, I, 29 s.; cf. Brown, VI, 1, n. 484.

(2) Raynald, 1556, n. 29; cf. Turnbull, n. 508; Masio, *Cartas*, 263 s., 277 s.

(3) Krasinski, 121. Sobre Radziwill v. Koniecki, *Historia de la Reforma en Polonia*, Breslau, 1872, 47; Rostowski, *Lituanicarum Sec. Iesu historiarum libri 10*, ed. Martinov, París, 1877, 5, 7.

(4) La carta de Lipomano a P. Contarini escrita desde Lowicz el 8 de abril de 1556, se halla en el Cod. Barb. lat. 822, p. 329 s. (*Biblioteca Vaticana*);

continuar todavía casi nueve meses en su difícil puesto. Era para él singularmente doloroso hallar en los católicos no solamente increíble debilidad, sino también celos infundados. Cuando logró por fin en septiembre juntar en Lowicz un sínodo provincial del clero polaco, se le quiso excluir de las deliberaciones; y fué necesaria toda su energía y prudencia para impedirlo. El sínodo tomó saludables resoluciones para el mejoramiento de la disciplina eclesiástica y para la defensa de los católicos contra las seducciones de los herejes, y alejó el peligro de un concilio nacional (1), aunque en modo alguno quedó aún dicho peligro apartado enteramente.

Con cuidado y recelo aguardaban, así Lipomano como el Papa, la dieta que se había de celebrar en Varsovia. Ambos temían que, dada la flaqueza del rey, sería inevitable la ruina de la Iglesia católica en Polonia.

A fines de septiembre de 1556 Lipomano había de nuevo dado cuenta a Roma extensamente de las persecuciones a que estaba expuesto por parte de los herejes. Hacía notar el nuncio que, conforme al mandato del Papa, emplearía en Varsovia todas sus fuerzas en defensa de la Iglesia, pero después haría uso del permiso que se le había concedido, de volver a Italia. Decía que le bastaba haber demostrado, que no dependía ni del Papa ni de su representante el no mejorarse el estado de las cosas. Este estado lo caracteriza Lipomano con estas palabras: «En esta tierra todo el mundo hace impunemente lo que quiere» (2).

Que el nuncio no juzgaba con demasiada dureza, mostráronlo los sucesos siguientes acaecidos en la dieta de Varsovia. Paulo IV, por una encíclica de 4 de diciembre de 1556, había exhortado con gran viveza y energía a los obispos polacos, a que empleasen todos los medios posibles para impedir las resoluciones perjudiciales de

también en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*, It. V, 16, p. 279 s.; en polaco en las *Relacye*, I, 13 ss. Sobre los libelos contra Lipomano y el Papa v. Hosii epist., II, 670, 751; Hubert, 304 s.; Völker, 29 s.

(1) Cf. Krasinski, 116 s.; Eichhorn, I, 268 s.; *Relacye*, I, 33 s., 40 s.; Troskolanski, *Dzieje reformacyi polskiej*, 1556-1560, Lwów, 1905-1907.

(2) Ognuno fa ciò che gli piace nec est qui visitet aut qui corrigat. Carta de Lipomano al duque de Paliano, fechada en Lowicz a 22 de septiembre de 1556 (Cod. Barb. lat. 822, p. 355 de la *Biblioteca Vaticana*, e It. V, 16, p. 292 s. de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*). La carta en que hace notar Lipomano, que no hizo uso de sus facultades, porque no quiso llevarse ningún dinero de Polonia, está en traducción polaca en las *Relacye*, I, 32-40.

esta asamblea (1). Esto tuvo por consecuencia, que fuese en efecto desechada la demanda de una absoluta libertad religiosa, que presentaron las ciudades prusianas, en unión con la nobleza polaca, por cuanto declaró el rey, que la dieta sólo se había de ocupar en la deliberación sobre la defensa del país. Antes de su partida, Segismundo Augusto hasta ordenó todavía una prohibición de todas las innovaciones religiosas; ¡pero este edicto ni fué publicado ni ejecutado! (2)

A principios de 1557 salió Lipomano del reino de Polonia (3), el cual se quedó ahora año y medio sin nuncio (4). Pero cuando por el verano de 1558 se notificó la inminencia de un nuevo asalto contra la Iglesia católica en Polonia, reconoció Paulo IV haber sido erróneo el consejo de Lipomano de dejar este reino sin representante pontificio. En 14 de julio el excelente cardenal Rebiba fué nombrado legado cerca del emperador y del rey de Polonia. Como se opusiesen impedimentos a su misión, efectuóse en 11 de agosto el nombramiento de un nuevo nuncio para Polonia (5). Fué éste Camilo Mentuato, que ya en tiempo de

(1) Raynald, 1556, n. 41.

(2) V. Eichhorn, I, 273-274; cf. Hosii epist., II, 879.

(3) Cf. Eichhorn, I, 275, nota 1. El 7 de marzo de 1557 notifica *Lipomano a Paulo IV desde Verona, que está muy cansado del viaje y además enfermo de gota, por lo cual le envía entre tanto a su auditor para que le informe (la carta original se halla en el Cod. Barb. lat. 5715. *Biblioteca Vaticana*). En una *carta fechada en Verona a 18 de mayo de 1557, expresa la esperanza de poder ir pronto a Roma. De su llegada a esta ciudad da cuenta Navagero en 26 de junio de 1557: *Gionse qui domenica il rev. di Verona; hoy ha estado dos horas con el Papa (*Bibl. del palacio imperial de Viena*, loc. cit.). La *Relatione di Polonia de Lipomano (está muy difundida en manuscritos, así en el Cod. Urb. 822, p. 634 s.; Ottob. 2433, p. 172 s., 2510, p. 69 s. *Biblioteca Vaticana*. También hay copias en las *Bibliotechas Chigi y Corsini*; hállase traducida en las Relacye, I, 64 s.) no es importante.

(4) Que Pánfilo Strasoldo en 1557 sólo era nuncio designado, lo admite también Wierzbowski (Synopsis legat. nuntior. etc. in Polonia, Romae 1880, 59). Las instrucciones para él se hallan en la *Bibl. Altieri de Roma*, Miscell., VI, 161 s., y están impresas en Ciampi, II, 33. Cuán odiosas mentiras se difundieron en Polonia sobre Paulo IV en el verano de 1557, se ve claro por la carta que se halla en las Opera ined. St. Orzechowski, ed. Korzeniowski, I, Cracoviae, 1891, 481 s.

(5) V. Pieper, Legados, 117 s., donde con todo se han pasado por alto los breves de Paulo IV concernientes al nombramiento de Mentuato, los cuales se hallan impresos en las Relacye, I, 69 s., 71 s., cf. también L. Latinus, Lucubrat., I, 131 s.; Coggiola, Capitolazione, 126; Ehrenberg, 76 s. Los datos que hay en Ciampi, I, 169 y II, 32, son enteramente falsos. Sobre Rebiba v. Dembinski, Rzym, 195.

Julio III había estado en dicho reino, y sus gestiones no habían de tener mejor resultado que las de Lipomano. Paulo IV había determinado que dos miembros de la Orden de los jesuitas, Pedro Canisio y Teodorico Gerhard, acompañasen al nuncio. Por hallarse enfermo, tuvo que ser reemplazado Gerhard por otro jesuita. Como también éste enfermase en el camino, llegó Canisio solo con el legado a Cracovia el 12 de octubre de 1558, después de un viaje sumamente penoso. Halló allí a la Iglesia católica exteriormente con grande esplendor, pero duramente amenazada de un asalto de los innovadores. La poderosa nobleza había casi toda apostatado; pero la gran masa del pueblo permanecía aún fiel a la antigua Iglesia, y daba pruebas en abundancia de sus piadosos sentimientos (1).

Al nuncio no le faltaba celo (2), y Canisio estaba fielmente a su lado (3). Después de una entrevista con el arzobispo de Gniezno, se partió por noviembre, acompañado de Canisio, a Pétrikof, donde había de celebrarse la dieta.

Cuanto más tiempo permanecía Canisio en Polonia, tanto más claramente conocía el peligro que amenazaba a la Iglesia y sus causas. «Todo, participó a Roma, depende aquí del rey y de los obispos. El rey tiene para nosotros buenas palabras; pero quien conoce de cerca su ánimo, nada espera de ellas. Toda la culpa de la decadencia religiosa en los últimos cuatro años la echa a los obispos. Estos a su vez se quejan del rey.» (4) Semejantes quejas parecen bien justificadas, porque ahora como antes (5), a las palabras no se seguían obras ningunas. Pero también a los obispos alcanza grave culpa. Esto lo hace notar Canisio, quien juzga que casi parecía como si desesperando de todo se hubiesen dispuesto para el último extremo y únicamente pensasen en una sola cosa, en salvar para sí lo necesario de la general ruina. Dice que, además, muchos eran ya ancianos; que en algunos tampoco se podía tener confianza; y que de uno solo, Uchanski, a quien el Papa con justicia había denegado la confirmación, había más que temer que

(1) Braunsberger, II, 294 s., 301 s., 303, 310 s., 319 s., 831; cf. Zaleski en la Revista Przegląd Powszechny, LI (1896), 155 s., 326 s.

(2) Braunsberger, II, 325.

(3) Cf. Boletín de la Academia de Ciencias de Cracovia, 1894, 228 s.

(4) Braunsberger, II, 341.

(5) Cf. el juicio de Lipomano en su carta de 30 de septiembre de 1557, que se halla en Hosii epist., II, 879.

esperar de todos los demás. Los herejes se atrevían ya a celebrar públicamente cultos religiosos, y fuera del nuncio casi nadie protestaba contra esto. En todas partes los delegados del Papa hallaban gran desconfianza; sólo un consuelo tenía Canisio: el recién nombrado arzobispo de Gniezno, Przerembski, primado del reino, iba de su propia voluntad a verle para tratar sobre la fundación de colegios de jesuitas en Polonia (1).

La incumbencia principal de Mentuato consistía en impedir que en la dieta se hiciese algo perjudicial para la Iglesia (2). Como se viese que el concilio general tardaría mucho en poder continuarse, esto avivó más de nuevo la idea de un sínodo nacional. Canisio procuró quitar al proyecto su peligro, proponiendo que se celebrase el sínodo bajo la presidencia de un cardenal. Cuán peligrosa disposición de ánimo se manifestaba en la dieta, muéstralo el hecho de que no solamente la nobleza, sino también las ciudades demandaban la exclusión de los obispos de la futura elección de rey, porque su juramento al Papa no se compadecía con el juramento de fidelidad al rey (3). Si al fin pasó la dieta sin daño para la Iglesia, en este resultado tuvo grandísima parte el nuncio. No consiguió, ciertamente, que el rey prohibiese las predicaciones heréticas; y añadióse a esto que, como antes Lipomano, así ahora Mentuato tuvo que luchar con la envidia de los prelados católicos, que procuraban excluirle de sus negociaciones, y en general tomaban una posición ambigua (4). En 11 de febrero de 1559 participó el nuncio, que la dieta había terminado con gran desorden, sin resolución ninguna (5). A lo menos se había conseguido tanto, que el rey no había permitido dar ningún paso contra los obispos, ni consentido una mudanza de religión (6); pero por lo demás, podían los herejes, como Lasco, continuar tranquilamente su propaganda. Notificaba Mentuato el 11 de abril de 1559 desde Cracovia, que la situación religiosa iba siempre de mal en peor; y que él nada

(1) V. Braunsberger, II, 341 s., 346, 351 s., 359.

(2) Cf. Zakrzewski, *Powstanie i wzrost reformacyi w Polsce*, Lipsk, 1870, 260 s.; Dembinski, *Rzym*, 196 s.

(3) V. Braunsberger, II, 342, 355; Dembinski, 196.

(4) V. la *relación de Mentuato escrita desde Pétrikof el 28 de enero de 1559 (Lett. di princ., XI, 252 s. *Archivo secreto pontificio*); cf. Dembinski, 197 s.

(5) *Carta de Mentuato, loc. cit., XI, 254-256.

(6) Cf. Braunsberger, II, 361.

podía alcanzar por efecto de la debilidad del rey (1), que no quería desagradar a nadie.

Por este tiempo se dirigió Paulo IV al mismo rey por una carta en extremo franca y sincera. Decíale en ella, que su deber de supremo pastor le obligaba a tratar abiertamente con él sobre lo que se le había notificado desde Polonia. Que según ello, el rey favorecía a los herejes, a quienes, conforme a las prescripciones del apóstol S. Juan, ni siquiera se les había de saludar; los llevaba a su mesa, mantenía con ellos correspondencia epistolar, permitía la difusión de sus escritos y consentía que tuviesen ocultas reuniones y predicasen públicamente contra la fe católica. Que le llenaba del más profundo dolor, que el rey, en vez de defender a la Iglesia, apoyase a los adversarios de ella con su favor. «¿Tanto te has olvidado, observaba Paulo IV, de tus padres y de tus ascendientes, los célebres reyes, que tomas a tu cargo favorecer a los herejes, y vives en íntima familiaridad con aquellos cuyos solos escritos han de evitarse como una peste?» En especial hacía el Papa al rey la reconvencción de que, sin aguardar la confirmación de la Sede Apostólica, había dado el obispado de Cujavia a Uchanski, obispo de Chelm, inficionado de los más detestables errores, y confiado los primeros cargos del Estado al príncipe Radziwill, notorio defensor y cabeza de los herejes. Agregaba que la propagación de la herejía traería en pos de sí la ruina del reino; y que todavía era tiempo de volver atrás y suprimir de nuevo las innovaciones introducidas en el reino. Concluía el Papa que esperaba que su amonestación sería oída; pero que si fuese ineficaz, no solamente mandaría llamar a su nuncio, sino que también emplearía aún otros medios según Dios le inspirase (2).

En Roma, donde Hosio personalmente daba informaciones (3), se temía ya la entera apostasía del rey polaco, a quien también el

(1) * Tanto mite che difficilmente s'induce a dispiacere ad alcuno. Lett. di princ., XI, 263-264. *Archivo segreto pontificio*.

(2) La carta sin fecha que se halla en Raynald, 1556, n. 34, pertenece, como se saca del contenido, no al año 1556, sino a la primavera de 1559 (bondadosa comunicación del doctor Kuntze). Sobre la contienda respecto de la provisión del obispado de Cujavia cf. Wierzbowski, Uchanskiana, I-V, Varsaviae 1885 ss., y J. Korytkowski, Los arzobispos de Gniezno, III, Posen, 1889 (en polaco).

(3) Cf. Eichhorn, I, 303 s. Según un * Avviso di Roma de 13 de mayo de 1559, Paulo IV retuvo a Hosio en Roma; se creía que le nombraría cardinal. Cod. Urb. 1039, p. 35. *Biblioteca Vaticana*.

cardenal Púteo, viceprotector de Polonia en la curia, dirigió una enérgica carta monitoria (1). Estos temores mostráronse ser infundados. Si el rey por flaqueza y motivos políticos no protegió seriamente a la antigua Iglesia contra los innovadores, tampoco, sin embargo, se pasó a su partido (2).

(1) L. Latinus, *Lucubrat.*, II, 138 s.

(2) Cf. Dembinski, *Concilio*, 62 s. y *Rzym*, 199.

**VI. La confirmación de la
disidencia religiosa en Alemania.
Litigio de Paulo IV
con Fernando I sobre el Imperio.
María la Católica y la legación
inglesa del cardenal Pole.
La subida al trono de la reina Isabel
y la erección de la Iglesia
nacional anglicana.
Últimos días del Papa**

Mientras en Polonia vacilaba todavía la balanza, en Alemania se inclinaba cada vez más de parte del protestantismo. El cambio decisivo se efectuó en la dieta de Augsburgo. La Santa Sede estaba allí representada por el nuncio Delfino, y además también por el cardenal legado Morone, quien con todo, lo mismo que el cardenal Truchsess, ya a fines de marzo de 1555 fué llamado a Roma para la elección de Papa. Truchsess, seguramente de acuerdo con Morone, en 23 de marzo de 1555 había protestado contra el plan de ordenar los asuntos religiosos del Imperio en favor de los protestantes. Qué importancia tenían estos dos hombres, vese claramente por el hecho de que ahora la resistencia de los católicos a las vastas pretensiones de los herejes comenzó a paralizarse (1). Por las relaciones de Delfino supo Paulo IV, que los protestantes no se arredraban ni siquiera de ame-

(1) V. Maurenbrecher, Carlos V, 332. Sobre la protesta de Truchsess v. Steinberger, Los jesuitas y la cuestión de la paz, Friburgo, 1906, 10. De paso llamo la atención sobre un manuscrito de la *Biblioteca del Seminario de Tréveris*, II, 14, no examinado todavía atentamente: *Protocollum

nazar que quebrantarían por fuerza de armas la resistencia de los católicos (1). Paulo IV, que ya siendo cardenal había seguido con grandísima atención y creciente recelo el desenvolvimiento del estado de las cosas alemanas (2), resolvió hacer cuanto estaba de su parte para impedir un éxito de la dieta, desfavorable para la Iglesia. Ordenó por tanto al designado para nuncio cerca del rey de Polonia, Luis Lipomano, quien en los últimos años de Paulo III había estado en Alemania con Pighino por espacio de dos años, y podido conocer con exactitud el estado de dicha nación (3), que se encaminase primero a Augsburgo, y llamó a Delfino a Roma para que le informase de palabra (4).

En las instrucciones dadas a Lipomano, se le indicaba que trabajase por conseguir de Fernando I y los príncipes católicos de Alemania, que la dieta terminara sin que se redactase decreto alguno, o no tomase resoluciones perjudiciales a los católicos. En especial había de hacer observar el nuncio al rey de romanos, que si las agresiones luteranas lograsen arruinar los obispados católicos, los protestantes no cesarían hasta destruir la casa archiducal de Austria (5). En este sentido escribió Paulo IV a Fernando I en 6 de julio de 1555. Al mismo tiempo exhortó el Papa por especiales breves a los príncipes católicos de Alemania, Alberto V de Baviera, Enrique de Brunswick y Guillermo de Cléveris, como también a todo el episcopado, a defender los intereses católicos (6). Singulares esperanzas ponía Paulo IV en Alberto V, a

actorum in Comitibus Augustanis, incipiens a. d. 31 Dec. 1554 et finiens d. 25 Sept. 1555, scriptum a quodam qui interfuit comitiis et cardinali legato ibidem praesenti fuisse videtur amicus.

(1) V. la relación de Delfino, de 2 de junio de 1555, en Maurenbrecher, 169*. Paulo IV en el *breve en que agradecía la gratulación de Fernando I, fechado a 19 de junio de 1555, hacía resaltar las esperanzas que ponía en el rey de romanos cuanto a la causa de la religión. Brev. ad princ., Arm. 44, t. IV, n. 131. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Carafa había estado en el Bajo Rin en 1515 (no en 1514, como dice Lossen, *Cartas de Masio*, 250); cf. nuestros datos del vol. X, 300.

(3) Cf. las Relaciones de nunciatura, XI, xiii s.

(4) V. los *breves de 9 de julio de 1555 a Delfino y Lipomano y *el de 10 de julio a Fernando I (Brev. ad princ., loc. cit., n. 158, 159, 160. *Archivo secreto pontificio*); cf. Pieper, 109; Steinherz, I, xxxiv.

(5) Las instrucciones de 3 de julio de 1555 se hallan en Maurenbrecher, 169*.

(6) El *breve a Fernando I, de 6 de julio de 1555, se halla en los Brev. ad princ., loc. cit., n. 148; el dirigido a Alberto V en Raynald, 1555, n. 44; los otros *breves a los arzobispos de Maguncia y Salzburgo, a Enrique de Brunswick

quien en 26 de julio dirigió todavía una carta particular de acción de gracias y de alabanza, en la que se manifestaba el reconocimiento de la creciente importancia de Baviera para la causa católica (1).

Los dos representantes de la Santa Sede no dejaron de desplegar activísimo celo en Augsburgo; si con las incansables representaciones que hicieron al rey Fernando, a Alberto V y a los obispos no consiguieron más que lo que realmente alcanzaron (2), no puede imputárseles esto a culpa. Fernando I como Alberto V en modo alguno conocían todo el alcance de las pretensiones de los herejes. Demás de eso, se hallaban en una situación violenta tan grande, que había que alegrarse de que principalmente por efecto de la actividad de los nuncios se evitaran los peores males, y se rechazasen a lo menos aquellas demandas de los protestantes, que iban enderezadas a introducir en las restantes partes de Alemania, que habían permanecido aún católicas, el nuevo sistema de las iglesias territoriales. Con todo eso, lo que consiguieron los herejes, fué de tan graves consecuencias, que con ello quedó decidida la victoria de la disidencia religiosa en Alemania (3).

Mientras Delfino en 14 de agosto se encaminaba presuroso a Roma para informar al Papa, Lipomano continuó en Augsburgo hasta la primera semana de septiembre (4). Entregó una nota enérgica en que se declaraba, que los litigios religiosos no podían ser resueltos por ningún otro tribunal que por la Santa Sede. Cuando ya no se podía dudar del éxito desfavorable de la dieta, se fué de Augsburgo para no tener que representar el papel de pasivo espectador, mientras se establecían determinaciones que habían de redundar en grandísimo perjuicio para la religión católica (5).

y Guillermo de Cléveris, como también a diversos obispos alemanes, pueden verse en los Brev. ad princ., loc. cit., n. 151-156. *Archivio segreto pontificio*

(1) Raynald, 1555, n. 45; cf. Druffel, IV, 701, nota 1.

(2) V. las relaciones de los nuncios en Maurenbrecher, 177* s.; cf. Wolf, Historia de Alemania, I, 728 s.

(3) Cf. Pastor, Esfuerzos de reunión, 466 s.; Janssen-Pastor, III, 794 ¹⁷⁻¹⁸ ss.

(4) V. las relaciones de nunciatura en Maurenbrecher, 178* ss. La llegada de Delfino a Roma se retardó por su enfermedad; v. la *carta de Delfino, fechada en Venecia a 7 de septiembre de 1555, en el Cod. Barb. lat. LXI, 23. *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. la Informazione de Delfino, abajo, p. 293, nota 2.

El Papa todavía a última hora había intentado por una carta enérgica de 6 de septiembre de 1555, inducir al emperador a que influyese con su hermano (1), pero fué inútil. Carlos V, que no juzgaba ser compatibles con su conciencia las concesiones exigidas por los protestantes, pero las tenía con todo por inevitables por efecto de la situación real de las cosas, dejó todo este asunto en manos de Fernando I, a quien había concedido ilimitadas facultades. Extenuado por una lucha que habría desgastado hasta a una naturaleza de hierro y nervios más fuertes, precisamente entonces tomó todas las disposiciones para retirarse enteramente de la escena del mundo. Así se llegó en 25 de septiembre de 1555 a la llamada paz religiosa de Augsburgo, por la cual Fernando I, apremiado en extremo por la actitud de los turcos, franceses y príncipes protestantes (2), otorgó su asenso al reconocimiento legal de la escisión religiosa. Los príncipes y Estados del Imperio que abrazaron la confesión de Augsburgo, consiguieron ahora lo que por largo tiempo habían procurado alcanzar: la ilimitada duración legal de la paz, la tranquila posesión de los bienes eclesiásticos, secuestrados hasta 1552, la suspensión de la jurisdicción episcopal en sus dominios y con esto entera libertad en el ejer-

(1) Este breve con lagunas, según un manuscrito de Simancas, se halla en Maurenbrecher, 183* s., y completo en los *Brev. ad princ., loc. cit., n. 232. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Esta apremiante situación la hicieron notar ya los dos nuncios en su relación de 31 de julio de 1555 (Maurenbrecher, 177*), y más tarde la puso de realce especialmente Delfino en su Informazione. Esta interesante relación, que defiende a Fernando I cuanto es posible, se halla con frecuencia en bibliotecas italianas, en Roma en el *Archivo segreto pontificio*, Cod. Urb. 851, P. 1, p. 14 s., Vat. 5666, Polit. 10, p. 264 s.; en la *Bibl. Altieri*, Miscell., XI, p. 116 s.; en la *Bibl. Barberini*, LVIII, 40, p. 38 s.; en la *Bibl. Corsini*, Cod. 677 (ahora 35-B. 6), p. 415 s.; en la *Bibl. de S. Marcos de Venecia* (v. Valentinelli en las Disertaciones de la sección de historia de la Academia de Baviera, IX, 763); en el *Archivo Grassiani de Città di Castello*, Istruz., I, 389 s., y también en la *Bibl. nacional de París*, St. Germain, 278 (v. Marsand, II, 80) e Ital. 1171 (v. Pieper, 206). Las más de las veces se cita solamente la que se halla impresa en Döllinger (Documentos, I, 228 s.), la cual tiene muchas lagunas y está llena de faltas. Esto lo han hecho notar ya Reimann (Investigaciones, V, 323), Pieper (loc. cit.), Steinherz (I, xxxvi) y Postina (Revista para la historia del Alto Rin, N. S., XV [1900], 366), pero todos ellos no han reparado en que ya mucho tiempo antes de la edición de Döllinger (desde 1844) había en la Revista Saggiatore, I, 2, 130 ss. una impresión bastante buena, hecha según un manuscrito del *Archivo Colonna*. El tiempo de su composición lo ha fijado Reimann (loc. cit., 294, nota 1) exactamente para principios de 1559 (no de 1557, como supuso Döllinger).

cicio del régimen eclesiástico, por ellos reclamado. Los Estados del Imperio que fuesen de la confesión católica o de la de Augsburgo, tenían desde ahora el derecho de determinar la religión de sus súbditos; quien no quería acomodarse a él, quedábale la libertad de expatriarse después de haber vendido sus bienes. Quien no podía o no quería hacer esto, debía regirse según la religión del príncipe del país (1). La máxima de los que defendían el nuevo sistema de las iglesias territoriales: «A quien pertenece la región, pertenece la religión», el absolutismo secular en el terreno eclesiástico había vencido. Con todo los herejes, llenos de gozo por lo que habían llegado a alcanzar, no reparaban en que esto era una espada de dos filos, que podía esgrimirse también algún día contra ellos, cuando se mudase la convicción religiosa de un príncipe. Los protestantes no se consideraron obligados a la restricción eclesiástica (*reservatum ecclesiasticum*), según la cual los clérigos que abrazasen las nuevas doctrinas, habían de perder sus cargos y dignidades, pues esta cláusula había sido incluida en el texto de la paz religiosa sólo como una prescripción dada por Fernando I, en virtud de sus poderes imperiales, con la expresa declaración de que sobre ella los Estados no se habían puesto de acuerdo. Éstas y otras oscuridades llevaban en sí el germen de nuevas y graves desavenencias. La paz era en general más un efugio y expediente, que un efectivo ajustamiento; en más de un respecto asemejábase sólo a un armisticio, que se utilizó para juntar nuevas fuerzas a fin de comenzar la lucha aún con más exacerbación que antes. Este concepto era el que reinaba así entre los protestantes como entre los católicos (2).

Conforme a eso procedió también Paulo IV. Aunque sintió profundamente el daño causado a la Iglesia por los decretos de Augsburgo, se abstuvo con todo de una solemne protesta (3); por

(1) Cf. Paulus, Libertad de religión y paz religiosa de Augsburgo: Hojas Histórico-políticas, CXLIX, 356 ss., 401 ss.

(2) Cf. Ritter, Historia de Alemania, I, 85. Cómo los protestantes dispusieron al punto los ánimos en Alemania contra Paulo IV, como anticristo, consta por el libelo: Nueva noticia de Roma acerca del nuevo Papa Paulo IV, A.º 1555 (hay un ejemplar en la *Biblioteca real de Berlín*).

(3) En las expresiones de severa desaprobación que se leen en los breves a Fernando I y al obispo de Passau (v. Raynald, 1555, n. 51, 53), no puedo hallar ninguna solemne protesta; para esto hubiera sido necesaria una bula, como se expidió más tarde en 1648. Dejóse ésta de publicar, porque en Roma no se consideraban como definitivas las determinaciones de Augsburgo. Pero

especiales negociaciones pensaba hacer ineficaz el convenio que consideraba como inválido, o si esto no fuera posible, impedir según sus fuerzas, sus perjudiciales consecuencias. A este fin, hacia fines del año 1555 fué enviado de nuevo Delfino como nuncio extraordinario a Fernando I, que había deseado instantemente la vuelta de este hombre muy adicto suyo (1). Precedieron a su misión detenidas consultas con Morone. Este cardenal, muy conocedor del estado de Alemania, bosquejó también las instrucciones para el nuncio. Los puntos y materias que se asignaron a Delfino para sus negociaciones, primeramente con los príncipes obispos de Trento y Brixen, después con el duque de Baviera, Alberto V, y los prelados de Salzburgo, Eichstätt, Bamberg, Würzburg y Passau, y finalmente con el mismo rey de romanos, fueron en todas partes las mismas. En primera línea tenía el nuncio que hacer representaciones por el ilícito asentimiento a las perniciosas resoluciones de la dieta de Augsburgo, y precaver sus dañosos efectos y sobre todo impedir, que en la próxima dieta de Ratisbona se hicieran aún otros decretos desfavorables a los católicos. Pero en segunda línea debía instar Delfino en todas partes a que se llevase al cabo una reforma según los principios católicos, en lo cual se veía en Roma con razón el mejor y más eficaz medio para oponer un dique a la progresiva separación de la Iglesia en Alemania (2).

Para el duque de Baviera, cuya importancia para la causa católica se reconocía bien en Roma, tenía Delfino aún el especial encargo de fundamentar la negativa de la Santa Sede a las demandas que este príncipe había hecho con todo secreto al Papa

es indudable que Paulo IV condenó este convenio, que perjudicaba y violaba de tan diversos modos los derechos de la Iglesia, y lo tuvo por inválido. Las reconvenções infundadas dirigidas contra esta apreciación jurídica del Papa, las ha refutado Hergenröther (*La Iglesia y el Estado*, 703).

(1) V. Raynald, 1555, n. 51; Steinherz, I, xxxiv-xxxv. Además de las cartas citadas por Raynald, loc. cit., a Fernando I y al obispo de Passau, enviáronse también en 18 de diciembre breves semejantes al cardenal Madruzzo como príncipe obispo de Trento, a los arzobispos de Colonia, Salzburgo, Maguncia y Magdeburgo, a los obispos de Brixen, Tréveris, Eichstätt, Würzburg y Bamberg, a Alberto V de Baviera, como también a varios miembros de la casa de Habsburgo (*Maxim. regi Bohemiae, Ferdinando archiduci Austriae, Carolo archiduci Austriae*; v. *Brev. ad princ.*, Arm. 44, t. IV, n. 158, 165). Delfino salió de Roma el 27 de diciembre; v. la *relación de Navagero, de 28 de diciembre de 1555, loc. cit. *Bibl. de S. Marcos de Venecia*.

(2) V. Pieper, 199 s.; cf. *ibid.*, 110 s.

en nombre de sus súbditos. Baviera deseaba que se concediese la administración del cáliz a los legos, se permitiera a los casados tener cargos eclesiásticos y se mitigase el precepto del ayuno (1). Si se pensaba por parte de Baviera, que sólo otorgando estas concesiones se podía evitar mayor defección, en Roma se tenía opinión contraria. A fines de febrero y principios de marzo de 1556, Delfino expuso al duque en Munich las razones por las cuales el Papa rehusaba acceder a sus peticiones. En vista de esto dió el duque las seguridades más terminantes, de que aunque tuviese que perder la vida y el Estado, nada concedería contra la voluntad del Papa. Pero cuando los Estados renovaron sus pretensiones, el débil príncipe en 31 de marzo extremó tanto su condescendencia, que con varias restricciones y cláusulas declaraba impune la administración de la comunión al pueblo bajo ambas especies, y la inobservancia de la abstinencia (2).

Delfino entonces se hallaba ya en Viena. Lo que le aconteció allí con Fernando I, fué todavía más triste y desconsolador que lo que le pasó con el duque de Baviera. Las reclamaciones elevadas por orden del Papa sobre las concesiones otorgadas a los herejes en Augsburgo en daño de los católicos, fueron rechazadas duramente por el rey de romanos, quien declaró que tanto éstas como sus concesiones a los herejes de Austria se había visto obligado a hacerlas por necesidad (3). En esta actitud influyó seguramente el conflicto que empezaba entonces de Paulo IV con la casa de Habsburgo. Tomó éste ya por abril de 1556 formas tan duras y ásperas, que el Papa hablaba de deponer a Carlos V y Fernando I por haber asentido a las resoluciones de Augsburgo (4). Nadie

(1) Cf. Schwarz en el Anuario Histórico, XIII, 146 s.; Masio, Cartas, 255-256.

(2) Cf. Riezler, IV, 505 s. Sobre la actitud entonces todavía muy vacilante de Alberto V en la cuestión religiosa v. Janssen-Pastor, IV^a-^a, 112, nota 6. También A. Masio desde abril hasta julio de 1556, procuró alcanzar en Roma, por encargo del duque de Cléveris, la concesión del cáliz a los legos para sus dominios, pero inútilmente (v. Masio, Cartas, 215 s., 241 s., 245 s., 266 s., 271 s., 277 s.). Sobre el mal desenvolvimiento de las cosas en el territorio de Cléveris v. la Revista Histórica, L, 16 s.

(3) Cf. las *relaciones de Delfino, que se conservan copiadas en *Simancas* (Libros de Berzosa), y han sido utilizadas por Maurenbrecher en la Revista Histórica, L, 12 s. Algunas relaciones de julio de 1556 se hallan impresas en Pieper, 113, nota.

(4) V. la relación de Badoer, de 31 de mayo de 1556, en Brown, VI, 1, n. 501.

se alegró más por esta desdichada contienda, que los protestantes alemanes (1), a quienes fué al mismo tiempo muy útil, que los príncipes católicos de Alemania por negligencia u optimismo dejasen de poner cuidado en que a las concesiones hechas no se diese una extensión aún mayor que la que contenía el riguroso sentido literal de los decretos de Augsburgo. Grande era la aflicción que sentía Delfino en Viena, pues conocía cada vez más cuán poco podía conseguir. Poco antes de su vuelta, en 21 de septiembre de 1556, notificaba que la causa de la fe se hallaba en extremo peligro en todo el Imperio, y especialmente en los países hereditarios de los Habsburgos. Que las causas eran por una parte la persistente necesidad de Fernando I, y por otra la tibieza y flojedad de casi todos los prelados. Por eso propuso que a éstos y también al rey de romanos y a todos los príncipes seculares de Alemania se les dirigiese una seria amonestación, la cual se hiciera imprimir en tiempo oportuno (2). Cuando Delfino, a fines de octubre dió cuenta al Papa y a una congregación de cardenales de la creciente ruina de la Iglesia católica en Alemania, Paulo IV se exacerbó tanto contra los Habsburgos, que atribuyó a ellos, muy sin razón, toda la culpa del funesto desenvolvimiento de las cosas en Alemania (3). Inútilmente los cardenales Médici y Morone, como también Delfino, indicaron cómo la guerra del Papa contra los españoles tenía que ejercer de rechazo muy mala influencia en los progresos del protestantismo en Alemania y Austria. La respuesta de Paulo IV consistió en decir a voces a Delfino en presencia de Morone: «Vuestro rey de romanos es hermano de aquel hereje; sólo le toleramos porque al momento no sabemos a quién hemos de poner en su lugar» (4).

(1) V. Brosch en las Comunicaciones del Instituto Austriaco, XXV, 477, nota.

(2) **Relación de Delfino a Paulo IV, fechada en Viena a 21 de septiembre de 1556, que está en la *Bibl. Casanat.*, XXI, 1, 36, y se halla también copiada en *Simancas*, Libros de Berzosa.

(3) Steinherz, quien, I, xxxv, nota 2, rehusa admitir con mucho acierto como increíbles las palabras llenas de odio, de Vergerio sobre la nunciatura de Delfino, hace al nuncio volver a Roma ya por julio de 1556. Que esto sea falso, se saca del **escrito de Delfino, citado en la nota 2, según el cual éste estaba todavía en Viena el 21 de septiembre de 1556. Un *Avviso de 31 de octubre de 1556 (Cod. Urb. 1038, p. 171. *Biblioteca Vaticana*) refiere además expresamente que Delfino llegó a Roma el domingo (25 de octubre), donde el Papa lo alojó en el Vaticano; el miércoles el nuncio dió informes en la congregación de cardenales.

(4) V. la relación de Navagero, de 2 de enero de 1557, en Brown, VI, 2, n. 781; cf. *ibid.*, n. 686, 695. A principios de diciembre de 1556 parece haber

En estas circunstancias no puede causar extrañeza, que quedase sin proveer la nunciatura en la corte de Fernando I. Como aun después de concertada la paz con Felipe II, continuase este estado violento, se levantó en la curia abierta oposición. Por una relación del embajador veneciano de 6 de noviembre de 1557, se sabe que los cardenales se quejaban de que el Papa juntaba a la verdad la Inquisición cada jueves para perseguir a un hereje particular, pero con eso no reparaba en cosas importantísimas, la pérdida de reinos enteros, como Polonia y Alemania, a las que dejaba sin nuncio (1). Tales quejas tuvieron por consecuencia, que se reanudasen las rotas relaciones con Fernando I. Ante todas cosas, el 14 de noviembre de 1557 fué enviado a Fernando I un delegado especial en la persona del notario pontificio, Jacobo Linterio, el cual había de instar a dicho príncipe a que hiciese cerrar el coloquio religioso de Worms. Al mismo tiempo se dieron esperanzas de que se proveería de nuevo la nunciatura en la corte del rey de romanos (2). Pero pasóse todavía hasta enero de 1558 sin que esto se efectuase (3). El nombrado, Antonio Agustín, obispo de Lérida, se encaminó inmediatamente a Francfort del Main, donde a la sazón se hallaba el rey Fernando, a cuya ciudad llegó el 6 de marzo de 1558 (4).

Además de los generales encargos para la protección de los católicos alemanes, tenía Agustín también la orden especial de defender los derechos pontificios en la aceptación, que intentaba efectuar Fernando I, de la dignidad imperial depuesta por Carlos V (5).

pensado Paulo IV de nuevo en enviar otra vez a Delfino (v. Steinherz, I, xxxv). Maurenbrecher (Revista Histórica, L, 37) supone, sin razón, que volvió realmente a Alemania.

(1) V. la relación de Navagero, de 7 de noviembre de 1557, en Brown, VI, 3, n. 1076.

(2) V. el breve a Fernando I, de 14 de noviembre de 1557, en Raynald, 1557, n. 32; *ibid.*, n. 33, un breve al episcopus Labacensis (no Lubecensis, como está en Raynald), Urbano Textor, que había sido confesor de Fernando y predicador de su corte. Al mismo tiempo escribió Paulo IV a Martinus Gusmanus, prepos. regii cubic. (v. Brevia ad princ., loc. cit., f. 67. *Archivo secreto pontificio*). Sobre el coloquio de Worms, junto con Janssen-Pastor, IV 12-16, 21 s., v. Braunsberger, II, 789 s. y Cardauns, Esfuerzos de unión, 281 s.

(3) En la resolución del Papa había influido el proceder de Felipe II (v. Bromato, II, 421). En 14 de diciembre de 1557 fué anunciada en el Consistorio la misión de Agustín; v. *Acta consist. *Archivo consistorial*.

(4) V. Despachos de la corte imperial, III, 17, nota.

(5) Para completar los datos que se hallan en Reimann, Contienda, 301 s., y Pieper, 115 s., v. *Brevia, Arm. 44, t. II, p. 65: a Fernando I; *ibid.*, p. 88: al

Cuán poco deseada era del rey de romanos la presencia del nuncio, vese claro por el hecho de haber negado a Linterio el salvoconducto para la dieta de Francfort (1). Como Fernando I no pudo ya rechazar al nuevo representante del Papa, que inesperadamente se había presentado en Francfort, procuró tranquilizarle con la declaración de que en la asamblea no se trataría la cuestión religiosa (2). Esto no correspondió a la verdad, porque la capitulación electoral establecida en Francfort contenía una obligación sumamente rigurosa de cumplir los decretos de Augsburgo de 1555. En 14 de marzo de 1558 los juró Fernando I en presencia de los electores, tres de los cuales pertenecían a la confesión protestante, en la capilla electoral de la catedral de Francfort, después de lo cual Joaquín II de Brandeburgo, como camarero mayor del Imperio, le puso la corona de oro. Luego se trasladaron todos a un estrado levantado delante del coro. Aquí se leyeron ante todo el pueblo los documentos sobre la renuncia de Carlos V al Imperio, admitida por el príncipe elector, y la aceptación de esta dignidad por parte de su hermano. Juntóse con esto la solemne proclamación de Fernando como electo emperador romano (3). Al representante del Papa le había sido denegada toda participación en este acto, sumamente importante; vióse obligado a representar el papel de pasivo espectador, y tuvo que presenciar ¡un hecho consumado! (4) Los protestantes saltaban de gozo. Pedro Mártir escribía a Calvino, que por este suceso enteramente nuevo la autoridad del anticristo romano había sido más que nunca quebrantada (5).

Difícil es de concebir cómo pudo creer Fernando I, que un Papa como Paulo IV, tan penetrado de su posición y de sus derechos, aceptaría tranquilamente semejante proceder (6); pues ya

rey de Bohemia Maximiliano, fechados ambos a 18 de diciembre de 1557; p. 92; al duque de Cléveris, fechado a 4 de enero de 1558, todos concernientes a la misión de Agustín; *ibid.*, p. 105, otro *breve a Fernando I, fechado a 20 de febrero de 1558, por el cual es acreditado Agustín para el *negotium ecclesiae Aquilej*. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cf. Schmid, Elección de emperador, 5 s., 39 s.

(2) Despachos de la corte imperial, III, 17, nota.

(3) Cf. J. G. Hofmann, Colección de noticias inéditas, I, Halle, 1736, 1 ss.; Häberlin, III, 404 ss.

(4) V. Reimann, Contienda, 301; Schmid, Elección de emperador, 6.

(5) Calvini Opera, XVII, 144.

(6) Ranke (Historia de Alemania, V, 420) hace notar, que nadie podía maravillarse de que el Papa se opusiese.

en 1551 había declarado Julio III, que era inválida la cesión del Imperio sin consentimiento pontificio, y que el derecho electoral sólo pertenecía a electores católicos (1).

Cuando Maximiliano, por febrero de 1508, tomó antes que nadie el título de electo emperador romano, apartándose de la antigua costumbre, por expresa declaración había reconocido el derecho de coronación que tenía el Papa, y hecho posible por este medio a Julio II el dar ulteriormente su asentimiento. También Carlos V, cuando en 1520 tomó el título de electo emperador romano, se aseguró el asentimiento de León X. En su coronación imperial en Bolonia observáronse escrupulosamente todas las formalidades de costumbre (2). Ahora, no solamente la abdicación de la corona imperial por parte de Carlos V, sino también la proclamación de Fernando I como electo emperador romano, efectuáronse sin tener cuenta para nada con el Papa. Y no sólo esto. Todavía en 1531, en la elevación de Fernando I a rey de romanos, se había alcanzado un breve de Clemente VII para que la participación del elector protestante de Sajonia no fuese obstáculo a la validez de la elección (3). En el acto mucho más importante de Francfort habían tenido parte tres electores, que estaban separados de la Iglesia y combatían furiosamente a la Santa Sede. Con esto se creaba innegablemente una situación enteramente anormal y nunca vista. Si ya en la elección de rey tenía el Papa que intervenir, ¡cuánto más en la proclamación de un emperador, que había de ser protector de la Santa Sede! Y ahora el nuevo emperador en tal forma proclamado, por su capitulación electoral se había obligado también a mantener el estado por extremo desfavorable a los católicos, que fué introducido por los decretos de la dieta de Augsburgo. Sin embargo, no era éste en modo alguno el único hecho, por razón del cual Fernando no podía ser considerado como idóneo para tomar sobre sí la representación de protector de la Iglesia. En Roma se sabía bien que Fernando había mitigado recientemente el rigor de sus anteriores ordenaciones contra los protestantes, y en Hungría había nombrado y trasladado a otras sedes a obispos, que no procuraron alcanzar la confirmación de la

(1) V. Relaciones de nunciatura, XII, XLV.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. VI, 220 s., X, 50 ss. y Turba, Documentos para la historia de los Habsburgos, III, Viena, 1901, 86.

(3) V. Bucholtz, IX, 18.

Santa Sede. Pero sobre todo Paulo IV hacía a Fernando I la reconvencción de tolerar la herejía de su hijo Maximiliano (1).

Todo esto hace muy explicable el que la noticia de los sucesos de Francfort produjese la mayor excitación en Paulo IV, lleno siempre de desconfianza y desafecto hacia los Habsburgos; no era para él dudoso, que no debía reconocer una renuncia hecha en tal forma, y además unilateral, al Imperio, el cual llevaba consigo obligaciones con la Iglesia, muy determinadas y prometidas con solemne juramento.

Fuera de eso, era de opinión que no podía tolerar la sucesión de un hombre como Fernando I. Paulo IV no pensaba en examinar serenamente los motivos, que hacían parecer no conveniente sostener con todo empeño las razones jurídicas. Y esto no obstante, era indudable que a consecuencia del gran poder que habían alcanzado los protestantes en los últimos veinticinco años, nadie hacía caso en el Imperio de la oposición de la Santa Sede a los sucesos de Francfort; al contrario, si el Papa quería excluir al Habsburgo de la ya tomada posesión del Imperio, dejábase prever que los protestantes, aun por hacer la contra al «anticristo» romano, saldrían en defensa de Fernando con todo su poder, y hasta con la fuerza de las armas. Pero era claro que Fernando tenía que hacer todavía a los protestantes muy amplias concesiones, si había de agradecerles la obtención de la corona imperial. Demás de eso, hubiese debido considerarse en Roma, que por más que Fernando I pudiera haber faltado, no podía haber duda alguna sobre sus personales sentimientos católicos. Finalmente, era notorio que todas las concesiones que este príncipe hizo a los herejes, las efectuó únicamente por verse apremiado de la más acerba necesidad (2).

(1) Cf. los despachos de Pacheco, utilizados en la Revista Histórica, XXXII, 266, y los dictámenes de la comisión pontificia en Schmid, Elección de emperador, 16 s. Sickel (p. 30 ss.) ha publicado una enumeración muy extensa de las tachas y defectos de Fernando mismo, la cual procede de Delfino. «Se ve por esto entre otras cosas, juzga Reimann (Paulo IV, 32), cuán bien informada estaba Roma sobre el estado religioso de las regiones austriacas, a pesar de no haber tenido desde años hacía ningún nuncio estable en Viena.» Análoga a la relación de Delfino es la *Relatio Aloysii Lippomani episc. Veron. quoad fidem, que se halla en el *Archivio Graziani de Città di Castello*, Istruz., I, 241 s. Por desgracia, este documento no lleva fecha.

(2) Cf. arriba, p. 292 s. Fernando se había opuesto con buen éxito a la exigencia de los electores protestantes, de que en el juramento de la coronación no se obligase más a proteger a la Iglesia.

Todas estas consideraciones persuadían a limitarse a una protesta, y en lo demás tener indulgente tolerancia para evitar mayores males (1).

Por desgracia, Paulo IV estaba muy lejos de pensar en esto. Sin cuidarse del completo cambio de la política general de Europa y de todas las perjudiciales consecuencias, hizo valer con gran dureza e inflexibilidad el antiguo orden jurídico. Con la tenacidad que le era propia, se mantuvo firme en que la elección de los principes electores y la persona del elegido estaban sometidas al examen pontificio, con derecho de confirmación o recusación, y que antes de dada su aprobación no podía el emperador gobernar el Imperio. No solamente para la sucesión de Fernando, sino también para la abdicación de Carlos V reclamaba el derecho de dar su aprobación. Todavía por marzo convocó un consistorio secreto, en el cual dió rienda suelta a su enojo por la afrenta inferida a la Santa Sede; y declaró con precisión su sentir diciendo, que la abdicación de Carlos V era inválida, por haber sido efectuada sin consultar al Papa por un soberano que ya no era dueño de su inteligencia, y después que la sucesión de Fernando carecía de toda fuerza jurídica, por la participación de algunos apóstatas en el acto de la elección. Mandó a los cardenales guardar el más riguroso silencio, y al mismo tiempo los exhortó a que considerasen qué disposiciones se habían de tomar. Que estaba resuelto a ventilar de nuevo con toda extensión las antiguas cuestiones sobre la relación entre el Imperio y el Papado, mostrólo su ulterior comunicación, de que el docto conservador de la Biblioteca Vaticana, Guillermo Sirleto, presentaría a los cardenales los documentos relativos a esto (2). Pronto se hizo también pública la contienda entre el Papa y el emperador. El viernes santo, 8 de abril de 1558, se omitió la oración acostumbrada por la suprema potestad secular

(1) Dos caminos, opina Reimann (Contienda, 299), hubiesen podido seguirse: «O el Papa difería la discusión de la cuestión sobre el derecho de los electores protestantes, hasta la próxima elección de un nuevo rey de romanos, y reconocía desde luego como emperador al muy católico Fernando por razón de la elección de 1531, o hacía esto último, como se efectuó más tarde, con una declaración análoga a la del segundo breve de Clemente VII [cf. arriba, p. 300], para ir de este modo con más seguridad y no arriesgar nada para lo por venir».

(2) V. la relación de du Bellay, en Ribier, II, 623, con fecha falsa. Cf. Reimann, Contienda, 318 s., como también Schmid, Elección de emperador, 7.

de la cristiandad (1). Un mes más tarde se mandó volver a Roma a Agustín, que con Fernando se había trasladado a Viena (2). De aquí partió para Roma, el 22 de abril, el camarero mayor del emperador, Martín de Guzmán. Habiendo recibido en Venecia las primeras noticias sobre la disposición de ánimo del Papa, continuó a pesar de eso su viaje a Roma, adonde llegó en la noche del 12 al 13 de Mayo. El Papa había mandado comunicarle por el cardenal Pacheco, que tenía que denegarle un solemne recibimiento como a embajador *imperial*, y hasta le rehusó después una audiencia privada (3).

Persistióse en esta actitud tanto más cuanto que Paulo IV era confirmado por los más eminentes cardenales, teólogos y canonistas de la curia, en su brusco proceder en negarse a recibir al enviado imperial. Para deliberar sobre la cuestión de derecho, ya por mayo se había formado una comisión, que constaba de diez cardenales (Vitelli, Rebiba, Carlos y Alfonso Carafa, Púteo, Reumano, Ghislieri, Scotti, Saraceni y Pacheco) y seis prelados (Lipomano, Agustín, Sirleto, Camerario, Hugo Buoncompagni y Restauro Castaldo). En doctos dictámenes sacaron éstos al campo más o menos felizmente todas las armas de argumentos de los teólogos y canonistas medievales, para demostrar la invalidez del imperio de Fernando (4). Apoyándose en el derecho legítimo, probaban que a Guzmán no podía concedérsele audiencia pública como a embaja-

(1) *Avvisi di Roma de 9 y 16 de abril de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 299^b, 301. *Biblioteca Vaticana*.

(2) El *breve para Agustín, en que se le daba orden de volver, fechado en Roma a 9 de mayo de 1558, se halla en los Brevia, Arm. 44, t. II, p. 114 (*Archivio segreto pontificio*). Sobre la partida v. Despachos de la corte imperial, III, 28 s.; cf. la Revista de historia de Schmidt, VIII, 4.

(3) Cf. Reimann, Contienda, 303, 321; Paulo IV y el Imperio, 27 ss.; Schmid, 8 s.; v. ahora también Despachos de la corte imperial, III, 51 s.

(4) Cf. Schmid, Elección de emperador, 13 s., donde se traen tres dictámenes según el Cod. Barb. XXXIII, 65; v. también Daunon, Essai hist. sur la puissance temp. des Papes, II, París 1818, 156. La noticia que se halla en un *Aviso de 28 de mayo (loc. cit., 310^b. *Biblioteca Vaticana*), de una incipiente oposición de la comisión a Paulo IV y de una consulta hecha a los jurisperitos de Padua y Bolonia, no está confirmada en otra parte. En cambio consta por una relación de 6 de junio de 1558, enviada desde París al cardenal Farnese (Bibl. de l'École des Chartes, LXXI, 328), que Paulo IV se dirigió a la Sorbona en demanda de un dictamen. En los dictámenes, como hace resaltar Hergenröther (La Iglesia y el Estado, 222), no son de importancia los diversos motivos y argumentos, sino la decisión jurídica. También Commendone compuso entonces un tratado sobre esta controversia; v. Gratianus, 63 s.

dor imperial, y que los sucesos de Francfort eran nulos y de ningún valor. Que aun para el caso de que fuesen válidos, no se podía confiar a un hombre como Fernando el puesto de protector imperial de la Santa Sede, por razón de que no solamente se había tomado la libertad de hacer usurpaciones en el terreno eclesiástico, y se había hecho sospechoso por tolerar las herejías de su hijo, sino que tampoco había guardado su juramento de proteger la religión, por cuanto permitía la apostasía, y en Francfort juró lo contrario de aquello a que le obligaba su anterior juramento. Pero que, aunque Fernando fuese capaz respecto de su persona, su elección, con todo, era nula, a causa de la participación en ella de electores heréticos, prescindiendo enteramente de que todo el colegio electoral no había sido autorizado para proceder en vida del emperador a la elección de otro.

Entre los pareceres sobre lo que ahora había de hacerse, se hallan sólo dos, los de los cardenales Pacheco y Púteo, que resueltamente aconsejan tener cuenta con la cambiada situación de los tiempos, y ponen de realce los grandes peligros que había de acarrear a la Santa Sede una actitud de áspera repulsión. Púteo era de opinión que, como se trataba sólo de una cuestión de derecho positivo, podía el Papa aceptar la obediencia de Fernando I, en cuanto se mantuviese firme la voluntad de Carlos de renunciar a su jurisdicción, y el embajador se hubiese legitimado. Que respecto a los cargos que se hacían contra la persona de Fernando, había que indagar si se podían hallar motivos de excusa. Estos los alegó Pacheco circunstanciadamente, conjurando al Papa, que con justo reconocimiento del estado del negocio y de la situación de los tiempos, usase de benignidad y clemencia. También Felipe II interpuso toda su autoridad en favor de su tío. Pero todo fué inútil. La comisión se atuvo con firmeza al antiguo derecho, y resolvió definitivamente, que se había de negar a Fernando la confirmación, si no hubiese probado su derecho y tributado a la Santa Sede todo el honor debido (1). Entonces Guzmán recibió desde Viena, la orden de que, en caso de que en los tres

(1) V. Schmid, Elección de emperador, 20 ss. En los * *Avvisi di Roma* de 9 y 16 de julio de 1558 (loc. cit., 324, 327. *Biblioteca Vaticana*) menciónanse también varias sesiones de la comisión, haciéndose notar que nada se sabía, pues estaba mandado guardar silencio, bajo pena de excomuni6n. Sobre la intervenci6n de Felipe II v. la Revista de historia de Schmidt, VIII, 7 s.

días siguientes después de recibida la carta, no pudiera obtener audiencia, emprendiese la vuelta, tanto si hubiese desempeñado su encargo como si no. Sólo ahora, el 13 de julio, le fué concedida una audiencia medio pública. El Papa se mostró extraordinariamente benigno, y anunció el envío de una embajada especial para Fernando I; pero en el negocio no cedió. En un consistorio puso las condiciones siguientes para el reconocimiento: comprobación de la abdicación de Carlos V, examen de la vida y conducta de Fernando I, promesa del soberano de desterrar el luteranismo de su casa y de sus países hereditarios, y exclusión de los herejes de ulteriores elecciones y de actos semejantes (1).

Guzmán partió de Roma el 14 de julio; y el mismo día fué destinado Hugo Buoncompagni para nuncio en la corte de Fernando I. El 20 de julio el cardenal Rebiba, nombrado legado para Polonia, recibió la orden de pasar en su viaje por Viena. Pero difirióse la misión de entrambos, porque estaba próxima la llegada del embajador español en Venecia, Vargas. Interinamente el nuncio destinado para Polonia, Mentuato, debía sólo dar cuenta en Viena de las demandas de Paulo IV (2).

Todas las esperanzas que se pusieron en las negociaciones de Vargas (3), habían de resultar vanas. Entre tanto Fernando I se armaba para la seria defensa. El 5 de septiembre comunicó oficialmente a los príncipes electores su desavenencia con el Papa (4), y los invitó a la próxima dieta. Al mismo tiempo se encargó al canciller imperial Seld la composición de un largo escrito político, en que se habían de rechazar las reclamaciones del Papa. Por este importante documento se ve claro qué exacerbación y peligrosa disposición de ánimo había provocado en la corte imperial la actitud de Paulo IV. El vicescanciller, que sin duda quería ser todavía católico, usa en el dictamen un lenguaje que muchas veces no se diferencia del de los protestantes (5). «Mientras en otro tiempo, dice, se temía la excomunión pontificia más que la muerte temporal, ahora se hace burla de ella; y mientras antiguamente lo que

(1) Cf. Ribier, II, 759; Reimann, Contienda, 303 s.; Schmid, Elección de emperador, 25 s.; Despachos de la corte imperial, III, 52 s.

(2) V. Massarelli, 324; Pieper, 117 s.; cf. arriba, p. 287.

(3) V. *Avviso di Roma de 1.º de octubre de 1558, loc. cit., 341. *Biblioteca Vaticana*.

(4) V. Sattler, Historia de Wurtemberg, IV, Suplemento, n.º 48.

(5) Así juzgó ya Häberlin (III, 555).

venía de Roma, era tenido por divino y sagrado, ahora el modo de ser y vida romana son de tal modo conocidos de todo el mundo, que casi todos, sea quien quiera, de la antigua o de la nueva religión, hacen de ello escarnio.» Los defectos de Paulo IV los exagera Seld de una manera desmedida, niégale todo mérito en el asunto de la reforma, y dice abiertamente que «¡Su Santidad, a causa de la edad y otros accidentes, no está ya en su juicio y razón!» El acceder a las demandas hechas por Paulo IV, lo disuade Seld incondicionalmente, ya sólo por la razón de que, de lo contrario, todo el Imperio se rebelaría contra el emperador y el Papa. Añade que lo mejor era no cuidarse del consentimiento o denegación del Papa; y que si se llegase al extremo, podía Fernando apelar a un concilio libre cristiano, conforme a los decretos de Constancia y Basilea (1).

La tirantez había llegado a su punto culminante, cuando la muerte de Carlos V (21 de septiembre de 1558) removió la dificultad originada por su abdicación. Esperábase ahora la terminación de la desgraciada contienda, tanto más cuanto que también Gropper, que gozaba de gran reputación con el Papa, señaló enérgicamente los peligros que traía consigo el no reconocer a Fernando (2). Pero la principal piedra de escándalo, la conducta no católica de Maximiliano, hizo a Paulo IV seguir aún persistiendo en su protesta. Antes de la celebración de las exequias de Carlos V, en 12 de diciembre, el Papa ante los cardenales y embajadores protestó en contra de que por la celebración de los funerales se crease un prejuicio a la autoridad de la Santa Sede en el asunto de la cesión del Imperio, y se derivase un derecho para un tercero (3). Al

(1) Este dictamen se halla impreso en Goldast, *Contiendas políticas del Imperio*, V, 167-199. Ritter (I, 145 ss.) hace notar que en él Seld se pone resueltamente sobre la base de los decretos de Basilea y Constancia. Grauert con su acostumbrada solidez ha demostrado en el *Anuario Histórico*, XVI, 519 y en las *Hojas Histórico-políticas*, 643 s., cómo entonces los protestantes metieron también el nombre de Dante en esta contienda político-eclesiástica.

(2) V. Schmid, *Elección de emperador*, 28 s. La conjetura aquí expresada, de que por octubre reinaba en la curia una disposición de ánimo más conciliable, es confirmada por los **Avvisi* de 22 y 29 de octubre de 1558. Cod. Urb. 1038, p. 346, 348. *Biblioteca Vaticana*.

(3) Cf. Ribier, II, 774; Massarelli, 328; Firmanus, 574; *Revista de historia de Schmidt*, VIII, 11. Sobre la repulsión de Juan Figueroa, enviado a Roma en noviembre por Felipe II, v. Massarelli, 327; Laemmer, *Melet.*, 208 s.; **Avviso di Roma* de 10 de diciembre de 1558 (loc. cit., *Biblioteca Vaticana*); Reimann, *Contienda*, 329 s.; Schmid, *Elección de emperador*, 32. Sobre el

mismo tiempo se ordenó a los nuncios, que comunicasen a los reyes de Polonia y Francia esta protesta y el no reconocimiento de Fernando. Esta fué la respuesta a la declaración hecha por Vargas, de que Fernando tenía intento de tratar esta cuestión con los príncipes electores (1). Estaba ya redactado un severo breve al rey de romanos (2), cuando la caída de los nepotes hizo pasar la contienda a segundo término. Pero tampoco ahora se llegó a un ajustamiento, a pesar de la renovada mediación de España (3). Afortunadamente cesaron de darse ulteriores pasos de parte del Papa, pues una seria defensa de su derecho en este asunto temporal contra el Imperio hubiese tenido que repercutir también de la peor manera en el respeto y consideración a los derechos espirituales de la Santa Sede.

Es natural que nadie se desprenda de buena gana de los derechos que posee. Por tanto, tomada la cosa humanamente, no se puede tachar en Paulo IV el que, como representante de un poder eminentemente conservador, no quisiese abandonar la relación idealmente considerada de las dos potestades, y la posición que había ocupado la Santa Sede en la edad media. Pero Paulo IV hubiese debido decirse para sí, que no se hacía un servicio a la causa de la Iglesia en Alemania, si ateniéndose él rigurosamente a la idea medieval del Imperio, sostenía pretensiones, que no se podían llevar adelante sin impeler al Habsburgo a la más estrecha unión con todos los Estados del Imperio, aun los protestantes (4).

arreglo y concierto hasta ahora desconocido de este asunto, da cuenta B. Pía al card. Hércules Gonzaga desde Roma el 19 de julio de 1559: *Fu hieri quasi all'improviso fatta congregatione inanzi a N. S. nell'anticamera dell'inquisitione per la cosa del s. Don Giov. Figheroa, il quale con molta lode che la S. S. disse di lui et col voto dei cardinali fu rimesso et adnesso nella gratia di S. B. et per ambasciatore della M^{te} Catt. (*Archivio Gonzaga de Mantua*). El incidente que se ocasionó por la celebración de las exequias de Carlos V en Santiago de Roma, el 4 de marzo de 1559, está tratado en los Annales de S. Louis, IX, 265 s.

(1) V. Schmid, Elección de emperador, 31 s.

(2) Está en el * Vat. 6216, p. 301 (*Biblioteca Vaticana*). Cf. Schmid, loc. cit., 33-34, quien del documento que se halla en Sickel, 29, infiere con razón que no fué expedido.

(3) Cf. Reimann, Contienda, 314 s. En la Revista Histórica, XXXII, 268 s. afirma Maurenbrecher, que Paulo IV al fin se declaró dispuesto a desistir de la prosecución oficial de este negocio, y concertarlo pacíficamente, y alega para ello la relación de F. v. Thurn, que se halla en Sickel, 27 s., pero que se refiere a Pío IV.

(4) Cf. Bucholtz, VII, 461.

Cuán gran peligro había en ello, vese muy bien por las esperanzas que ponían los herejes en la oposición pontificia a la cabeza suprema del Imperio, la cual representaba todavía el apoyo más importante de la Iglesia en Alemania (1).

La reconvención de imprudente rigidez, que no se puede perdonar a Paulo IV por su proceder contra Fernando I, se le ha dirigido también por causa de la posición que tomó respecto del *reino de Inglaterra*. Con todo, aquí la censura sólo en parte se halla justificada.

En la segunda semana después de la coronación de Paulo IV, el 6 de junio de 1555, llegó a Roma la embajada, que todavía en tiempo de Julio III había sido comisionada (2) para ir a prestar obediencia al Papa. A los enviados, que eran Thirlby, obispo de Ely, Eduardo Carne y el vizconde Montague, hicieron un honorífico recibimiento los familiares del Papa, los cardenales y la nobleza romana. La dificultad de que en la carta credencial se nombraba también el título real de Irlanda, la removió Paulo IV elevando a reino a Irlanda por bula de 7 de junio (3). Después, el 10 de junio, celebróse en la Sala Regia del Vaticano consistorio público, en el cual los representantes de Inglaterra prestaron solemnemente obediencia. El obispo de Ely hizo referencia expresamente en su discurso a la derogación de las leyes antipontificias hecha por el Parlamento, y pidió la reunión con la Iglesia. Paulo IV respondió con mucha benignidad, ensalzó los méritos de los reyes y del cardenal Pole, y recordó también que en otro tiempo había estado en Inglaterra como colector del dinero de S. Pedro, y con esta ocasión había podido conocer la generosidad del pueblo inglés. Para el 10 de junio ordenó todavía un especial tedéum en la iglesia de Sta. María de Aracehi. A los embajadores dió en este día un banquete, y por la noche fué iluminado espléndidamente el castillo de Santángelo (4).

Semejantes demostraciones de alegría hallábanse en tanto justificadas, en cuanto que Inglaterra se unía de nuevo ahora oficialmente con la Santa Sede. Pero lo por venir de la Iglesia en

(1) V. Janssen-Pastor, IV ¹⁵-¹⁶, 69 s.

(2) Cf. vol. XIII, 271. El diario que hizo Thirlby de su viaje de embajada, está impreso en Hardwicke, State Papers, I, 62-102.

(3) Bull., VI, 489 s.; cf. Bellesheim, Historia de la Iglesia en Irlanda, II, 108.

(4) Cf. Massarelli, 273, 274, 275; Coggiola, Farnesi, 76; Pagliucchi, 134.

modo alguno estaba allí todavía asegurado. Un partido activo trabajaba por todos los medios, no solamente por arrojar de nuevo de la nación la religión católica, sino también por socavar su principal apoyo, la soberanía de la reina María.

Ya las rebeliones de Northumberland y Wyatt habían sido en gran parte obra del partido protestante (1). Las calumnias y fábulas con que se ponía sospecha en los españoles y en el casamiento español, procedían principalmente del mismo lado (2). Cuando las sediciones fracasaron, se continuó la lucha contra la reina por medio de impresos. Como ya en tiempo de Enrique VIII el embajador imperial Chapuys podía decir, que las invectivas de los predicantes luteranos alemanes eran literalmente nada en comparación de los denuestos e injurias de sus correligionarios ingleses (3), por la misma manera dichos impresos se extremaban por demás en personales difamaciones de la reina y sus ministros. Por todas partes fueron ellos difundidos; hasta sobre la mesa de la cocina de la reina se halló uno por abril de 1554, que estaba lleno de ultrajes contra María y sus ministros, y le hacía las peores amenazas para el caso de la llegada de Felipe (4).

Una de las principales cuestiones que se trataban en esos escritos, versaba sobre si era lícito que las mujeres en general reinasen. Mientras los predicantes nada habían objetado contra la realeza de Juana Grey, en tiempo de María hallaron que era contra la palabra de Dios y las leyes de la nación, que el supremo poder sobre varones estuviese en manos de una mujer. Por eso el segundo Parlamento de María tuvo que declarar expresamente por abril de 1554, que, según las leyes del reino, no se hacía diferencia alguna sobre si el supremo poder político era administrado por un rey o una reina (5). Afirmábase además muchas veces en aquellos escritos, que no se debía dar obediencia a la reina por ser idólatra. Según un tratado de Cristóbal Goodman, Cristo y su Evangelio habían sido desterrados, y colocado en su lugar el anticristo, cuando se ponía el poder político en manos de una mujer idólatra. «Por la obediencia a ella, escribía Goodman, descontenten-

(1) V. vol. XIII, 232, 251.

(2) V. vol. XIII, 248, 249.

(3) Gayangos, V, 1, n. 26, p. 83.

(4) Green en la Dublin Rev., CXVII, 118.

(5) Lingard, VII, 169 s.

tasteis a Dios, por la desobediencia a la misma alcanzaréis de nuevo el agrado divino..., y por la resistencia a ella y a sus impíos decretos habéis de volver a ser verdaderos adoradores de Dios e ingleses fieles a vuestro reino.» (1) En estilo semejante escribían Juan Bale, Tomás Becon y Bartolomé Traheron. Hizose especialmente notable por el número y fogosidad de sus libelos el escocés Juan Knox, que en su patria había aprobado el asesinato del cardenal Beaton, y en 1549 buscó y halló un refugio en Inglaterra, pero después de la subida de María al trono tuvo que huir al continente. Una mujer que ejerce soberanía sobre varones es, según él, un monstruo, y la reina es para él «la maldita Jezabel» o la «impía María» (2). Ponet, obispo calvinista depuesto de Winchester, que había tenido parte en la campaña de Wyatt, pero pronto, desesperando del buen éxito, había tomado la huida, escribió en el continente una obra enteramente revolucionaria (3) sobre el poder político, en la cual afirmaba que, según el derecho divino y humano, María debía ser castigada con la muerte (4).

Contra semejantes desahogos no se levantó públicamente de en medio del partido de los herejes una seria protesta, como ni tampoco contra la conducta de los que acometían violentamente a los predicadores católicos en el púlpito, ultrajaban de un modo grosero los usos católicos, o con pretensas voces de espíritus incitaban al pueblo contra la reina (5).

No podía el gobierno a la larga contemplar ocioso semejantes agitaciones y tumultos. Ya desde el casamiento de María se consideraba seriamente en el Consejo real qué disposiciones se habían de tomar (6). Llegóse finalmente a la resolución de renovar las antiguas leyes contra la herejía, que en tiempo de las revueltas de los partidarios de Wiclef habían dictado los reyes Ricardo II, Enrique IV y Enrique V, para proteger el orden civil y eclesiástico. En estas leyes, las actuaciones judiciales estaban divididas entre los obispos y el tribunal secular. Los obispos habían de citar a los que eran sospechosos de herejía, y averiguar si realmente

(1) En Green, loc. cit.

(2) Ibid.; cf. Dictionary of National Biography, XXXI, 312.

(3) Gairdner, 332.

(4) So that now both by God's laws and man's she ought to be punished with death. Ponet, Short Treatise on Political Power, 96, en Green, 119.

(5) V. vol. XIII, 255 s.

(6) Lingard, VII, 189.

habían incurrido en ella. El que persistía obstinadamente en sus opiniones heréticas, era entregado al juez secular, y condenado por éste a la hoguera por delito de herejía (1). No se puede afirmar que el Consejo real, que se declaró por estas leyes, fuese en su mayoría resueltamente católico (2); fueron por tanto sin duda consideraciones políticas las que decidieron en sus deliberaciones.

No sin vacilar dió la reina su consentimiento a la renovación de las leyes penales. María estaba inclinada por naturaleza a la blandura y mansedumbre. Su consejero, el embajador imperial Simón Renard, acreditado por larga experiencia, hizo notar al rey Felipe, que las duras disposiciones darían ocasión a los herejes para nuevas rebeliones. Felipe desaconsejaba asimismo el rigor (3). El cardenal Pole ya en Italia había recomendado usar de benignidad con los herejes (4), y se expresó de nuevo en el mismo sentido cuando por enero de 1555 cerró la asamblea del clero (5). Pero no se veía medio de poder reprimir las excitaciones de tantos oradores y predicantes de los herejes, si no se extirpaba el mismo protestantismo, al cual se consideraba como la raíz de las sediciones y de las continuas revueltas de la nación. Mas según las ideas antiguas, las penas y el miedo eran los medios para dominar la herejía. Cranmer, en su bosquejo de código canónico, mandaba entregar los herejes obstinados al tribunal secular, para que se les diese castigo; y lo que con este castigo se intentaba, no podía ser dudoso (6). Calvino, consejero de los protestantes ingleses, había declarado en una carta a Somerset que, según el derecho riguroso, propiamente debían emplearse contra los católicos disposiciones violentas (7); éstas se habían ya usado también desde mucho antes contra los anabaptistas.

(1) Lingard, IV, 331.

(2) Green, 115. La relación de Soranzo, de 18 de agosto de 1554, se halla en Brown, V, n. 934, p. 559.

(3) Gairdner, 355 s.

(4) V. vol. XIII, 214.

(5) Gairdner, 355 s. Indultó a tres herejes condenados en la diócesis de Londres, cuando apelaron a él. Gairdner en el Dictionary of National Biography, XLVI, 44; cf. la carta de Pole a Otón de Thruress, de 20 de junio de 1554, en Brown, V, n. 901, p. 514; Spillmann, II, 124.

(6) Lingard, VII, 187 s.

(7) A ce que ientendz, Monseigneur, vous avez deux especes de mutins qui se sont eslevez contre le roy et lestat du royaume les ungs sont gens fantastiques qui soubz couleur de l'Evangile voudroient mettre tout en confusion. Les aultres sont gens obstinez aux superstitions de l'antechrist de Rome. Tous

Por estas ideas se explica también el que en el Parlamento la propuesta sobre la renovación de las antiguas leyes contra los herejes casi no hallase resistencia alguna. En los tres días del 13 al 15 de diciembre de 1554 se deliberó sobre ellas en la Cámara Baja, y en otros tres días, del 15 al 18 de diciembre, en la Cámara Alta. Sólo en ésta se levantó alguna oposición (1).

ensemble meritent bien destre reprimez par le glayve qui vous est commis, veu quilz sattachent non seulement au roy, mais a Dieu qui la assis au siege royal. Carta a lord Somerset: Calvini Opera, XIII (Corp. Reform., XLI), 68.

(1) Gairdner, 346. J. Gairdner, el mejor conocedor de la historia de la Reforma en Inglaterra, conviene en que la persecución de los protestantes en el reinado de María tuvo su origen en motivos políticos. «Precisamente la benignidad de los primeros años de María, dice (p. 336), había dado alientos a la vez a la herejía y a la traición (The very mildness of Mary's beginnings had encouraged both heresy and treason).» «La rebelión y la alta traición, se lee en la p. 353 s., habían sido fomentadas por la herejía; más aún, la herejía era precisamente la raíz de la cual ellas procedieron (Rebellion and treason had been nourished by heresy, nay, heresy was the very root from which they sprang). Y a los ojos de María era más importante arrancar la raíz que cortar solamente las ramas. Ella tenía todo el deseo posible de otorgar perdón a los extraviados, cuando podían ser traídos a mejores sentimientos; y se podía tener confianza en los obispos, especialmente en Bonner, que harían lo sumo para aconsejar mejor a los obstinados. Pero para la incurable perversidad ya no había tolerancia, porque se habían renovado las leyes contra los herejes.» «La llamada sanguinaria María fué en realidad la de corazón más benigno» entre los Tudors, dice Gairdner en la *English historical Review*, XXI (1906), 373. Contra A. Innes (*England under the Tudors*, London, 1905), que hace derivar la persecución que María levantó contra los protestantes, de su intensa persuasión de los efectos perniciosos que la herejía causa en las almas, contra la cual ningún medio le pareció demasiado riguroso, si por él se salvaban las almas, observa Gairdner, *ibid.*: «No sé dónde él [Innes] halla las pruebas de esta opinión. La cosa sencillamente era ésta: Si había de restablecerse la antigua religión, debía ser protegida contra el insulto y la violencia, que abundaban en demasía, y las antiguas leyes contra los herejes parecían el único medio decisivo». Maitland (*Essays on subjects connected with the reformation in England*, London, 1849), que da extractos de los escritos instigadores de los fugitivos protestantes, designa como una de las causas principales de la persecución de los protestantes en el reinado de María «el acre y provocador espíritu de algunos de aquellos que trabajaban mucho y eran los caudillos en promover los adelantos de la Reforma, las opiniones políticas que defendían, y el lenguaje con que las difundían, las furiosas acometidas personales a los que consideraban como a sus enemigos, y finalmente en aquellos que eran guiados realmente por motivos religiosos, y anhelaban una verdadera reforma de la Iglesia, para decir lo mínimo, el poco cuidado de castigar a la baja plebe, desenfrenada e impía, que hacía suya la causa del protestantismo», para dar un asalto a las leyes, a las clases hacendadas, al clero y a los poderes públicos. «Parece imposible, añade Maitland, que un hombre reflexivo, aun cuando esté extraviado por relaciones parciales o preocupado por prejuicios religiosos, pueda desconocer el mero hecho real, de que la persecución de los protes-

El 20 de enero de 1555 tenían que entrar en vigor las leyes contra los herejes, publicadas por diciembre. Pero en el interin el fanatismo de algunos protestantes hizo ya necesaria una nueva ley. El 16 de enero declaró el Parlamento, que era crimen de lesa majestad rogar por la muerte de la reina. Pues hay que saber que el 1.º de enero se dió con la pista de nocturnos conventículos, en los cuales la oración usual era que Dios convirtiese de la idolatría el corazón de la reina, o abreviase sus días. Estas reuniones nocturnas, para evitar sospechas, se celebraban ora aquí, ora allí, en Londres y sus cercanías, y eran muy concurridas; pues algunas veces, en una sola noche se colectaban diez libras esterlinas para «los presos de Cristo» (1).

Esta renovada demostración de hostilidad no era apropiada para disponer al gobierno a ser más benigno con los protestantes. Cuando en 18 de enero de 1555 los presos políticos de la Torre de Londres obtuvieron la libertad, quedó excluida de este indulto una clase de los encarcelados; eran éstos los predicadores protestantes, que como cómplices de Northumberland, Suffolk y Wyatt, se hallaban en la Torre por causa de sus no permitidas predicaciones o de su proceder instigador. Su prisión no era rigurosa; pudieron hacer circular escritos entre sí y preparar una declaración común, en la cual «como pobres presos de Cristo», rogaban seriamente al Parlamento «en nombre de Cristo, nuestro querido Redentor», que volviese sobre sí y se arrepintiese de haber dado su asentimiento a la derogación de tantas piadosas leyes, que habían sido establecidas por dos nobles reyes en lo tocante a religión, con satisfacción y contentamiento de todo el país. Mas ahora, añadían, la superstición se ha levantado de nuevo despreciando a Dios y su palabra, y cometido tan manifestos latrocinios, violencias y crueldades, cuales ni siquiera en Turquía están en uso. Al fin pedían permiso para poder probar que los oficios divinos y las homilias del rey Eduardo eran verdaderamente católicos, diciendo que si no conseguían esta licencia, estaban dispuestos a morir en la hoguera (2).

El reto fué aceptado. El 22 de enero tuvieron que compa-

tantes ingleses fué motivada en sumo grado por la conducta de sus correligionarios desterrados [los autores de los escritos instigadores]. Cf. Green, 114.

(1) Gairdner, 348.

(2) Ibid., 349.

recer los infelices predicantes en el palacio episcopal, donde Gardiner les dió a conocer las leyes que habían entrado ahora en vigor. El 28 efectuáronse en la iglesia, con gran concurrencia del pueblo, las actuaciones judiciales propiamente dichas. De los seis citados a juicio dos se retractaron, uno de los cuales ciertamente más tarde revocó su retractación. Los cuatro restantes fueron excomulgados como herejes obstinados, en vista de lo cual el tribunal secular los condenó al suplicio de la hoguera, que sufrieron con constancia en diversos lugares a principios de febrero (1).

El 9 de febrero el obispo de Londres, Bonner, condenó a otros seis protestantes. Pero al día siguiente el franciscano Alfonso de Castro tuvo ante el rey y la reina un sermón, en el cual censuró el proceder del gobierno, y alcanzó efectivamente que entre tanto no se efectuasen más ejecuciones (2).

Mientras la persecución estaba en sosiego, descubrió el Con-

(1) Gairdner, 349-352.

(2) Según el martirologio de Foxe, de Castro declamó «contra la impiedad de estas ejecuciones, diciendo atrevidamente, lo que es la verdad, que los obispos ingleses no habían aprendido en la Escritura el quemar herejes». Alfonso de Castro escribió todo un libro *De iusta haereticorum punitione* (Salamanca, 1547, y otras muchas ediciones), por el cual se puede venir en conocimiento de su verdadera opinión, mejor que por Foxe. En la introducción dice que sobre el castigo de los herejes había dos opiniones extremas, en medio de las cuales estaba la verdad. Los unos eran demasiado prontos en imponer castigos, los otros afirmaban que absolutamente no se podía castigar a los herejes. Sobre la primera opinión, que es la que aquí sólo viene en consideración, dice de Castro que algunos que tenían en sí mucho de la soberbia de los fariseos, eran tan desabridos e intransigentes, que, según su opinión, se había de perseguir a todos los herejes con odio irreconciliable y sin ninguna indulgencia. El odio a los herejes lo consideraban ellos como la más segura señal de un ardiente celo de la fe católica. Tales hombres tenían a la verdad celo, pero no celo ilustrado. S. Pablo enseña que se ha de corregir con discreción a los que resisten a la verdad, por si Dios les concede que muden de sentir para que conozcan la verdad. Un buen superior debe juzgar la flaqueza de los otros acordándose de la suya propia, y ha de esforzarse más en librar a los que yerran, del lazo del error, por humildad y mansedumbre, que en empujarlos por rigor al abismo de la perdición. Tampoco el médico echa mano al punto del cauterio (*Opera Alphonsi a Castro, Parisiis 1571, 1037*). Pensamientos semejantes se hallan *ibid.*, l. 1, c. 17, p. 1160 s., v. gr.: *non tamen statim, cum deprehensus est, digna poena illi infligitur, sed prius oportet ad illius emendationem laborare, ut si possibile fuerit, ab errore ad fidem catholicam prius revocetur, et sic spiritus eius in Dei indicio salvus fiat. Blanda admonitione est opus, non severa, quia nimia severitas saepe frangere et raro corrigere solet*. La otra extrema opinión, que impugna de Castro, según la cual nunca absolutamente se ha de imponer castigo por causa de herejía, sólo la defienden los mismos herejes, como dice de Castro.

sejo real una nueva conjuración (1). Varios moradores protestantes de Cambridge, a quienes eran demasiado pesadas las obligaciones de la religión católica, juntaron gran cantidad de armas y trazaron el plan de una sublevación contra los «papistas» y el gobierno, la cual esperaban que verían todos con mucho agrado. Los conjurados pensaban marchar sobre Londres, y con el auxilio de sus correligionarios de esta ciudad, por el asesinato y la violencia no sólo expulsar a todos los extranjeros, sino también tomar venganza del rey y de la reina por el restablecimiento de la antigua religión. Como escribía en 26 de marzo el embajador veneciano Michiel, esperábase ahora un riguroso proceder del gobierno; pues poco a poco iba viendo claro todo el mundo, que la bondad y mansedumbre que habían mostrado hasta entonces sus majestades perdonando a todos, no hacía sino dar ocasión diariamente a nuevos excesos. Así, de nada había servido que el gobierno usase de indulgencia en una conjuración semejante que hubo en Ipswich (en Suffolk) el verano anterior. Cuando a principios de febrero de 1555 se envió a Suffolk (2) a uno de los herejes condenados para que allí fuese quemado, habían resuelto los campesinos levantarse en el día y hora de la ejecución y pegar fuego a una porción de casas, no solamente para salvar al condenado, sino también para vengarse de los católicos.

En efecto, todavía no estaban terminadas las pesquisas y averiguaciones sobre la conjuración, cuando ardían de nuevo las hogueras. En 26 de marzo, poco tiempo después que el conjurado principal Bowes había sido encerrado en la Torre de Londres, se dió orden a los magistrados de velar por la paz pública, prender a los propagadores de escritos sediciosos, a los divulgadores de doctrinas falsas y a los dispendedores de ocultas reuniones, y remitir los herejes obstinados a los obispos (3).

Estos generalmente no mostraban gran celo en el cumplimiento de la ingrata incumbencia que les había cabido, sino que usaban de indulgencia en cuanto les era posible (4). En muchas

(1) Carta de Michiel, de 26 de marzo de 1555, publicada por Brown, VI, n. 37.

(2) Michiel dice equivocadamente Norfolk en vez de Suffolk; v. Brown, VI, p. 31, nota.

(3) Lingard, VII, 193.

(4) It is quite untrue, as Foxe and his school have made the world believe, that the authorities were savage or ferocious (Gairdner, 349; cf.

diócesis ni un solo hereje fué quemado; sólo en tres o cuatro obispados fué violenta la persecución (1), y naturalmente, en ninguna parte arreció tanto como en la capital del reino, la cual designa el embajador veneciano como la «fuente principal de embustes y motines populares» (2). Pero tampoco el obispo de Londres, Bonner, fué en modo alguno cruel, como le ha pintado una historia parcial (3). En 24 de mayo de 1555 el Consejo real le dirigió una

arriba, p. 312 s.). En muchos obispados no hubo absolutamente ejecución ninguna. Gilberto Bourne, obispo de Bath y Wells, en las actuaciones judiciales por causa de herejía, hizo por los presos «siempre lo que pudo, exhortándolos seriamente a salvarse por medio de una retractación... En su propia diócesis parece que nadie fué ejecutado por razón de opiniones religiosas» (*Dictionary of National Biography*, VI, 29). Cutberto Tunstall de Durham «se contuvo cuanto le fué posible, de perseguir a los protestantes, y a ninguno de ellos condenó a muerte» (*ibid.*, LVII, 314). De Guillermo Glyn de Bangor dice Fuller (*Worthies of England*, ed. Nichols, II, 571): «Aunque estaba firme en su propia opinión, con todo no fué cruel contra los que pensaban de otro modo, como se deduce de no haberse efectuado en su diócesis ninguna persecución» (*ibid.*, XXII, 11).—Muchos obispos no tuvieron parte alguna en las ejecuciones habidas en sus diócesis. Juan Holyman de Bristol, «aunque ferviente adicto a Roma, nunca participó activamente en la persecución». Se negó a hallarse presente, cuando su canceller Dalby envió tres hombres a la hoguera (*ibid.*, XXVII, 215). Jorge Day de Chichester «no persiguió, como se dice, pero algunos fueron quemados en su diócesis» (*ibid.*, XIV, 232-233). De otras diócesis son conocidas sólo muy pocas ejecuciones de protestantes. Tomás Thirlby de Ely sancionó, a lo que parece, la ejecución de Juan Hullier por causa de herejía; pero fuera de eso sólo dos todavía padecieron la muerte en su diócesis por causa de religión, y sin el concurso de Thirlby (*ibid.*, LVI, 137). Jaime Turberville de Exeter (*ibid.*, LVII, 325), David Pole de Peterborough (*ibid.*, XLVI, 20), y Antonio Kitchin de Llandaff (XXXI, 230) sólo hicieron ejecutar un protestante cada uno en su diócesis. Sobre Gardiner v. p. 317.—La mencionada obra nada enteramente refiere de ejecuciones, a lo sumo de participación en interrogatorios, o en la quema de los cadáveres de Bucero y Fagio, en las biografías de Roberto Warton de Saint Asaph (LIX, 431), Tomás Watson de Lincoln (LX, 32), Jaime Brooks de Gloucester (VI, 438), Rodolfo Baynes de Lichfield-Coventry (III, 456), Mauricio Griffith de Rochester (XXIII, 234), Tomás Goldwell de Saint Asaph (XXII, 97), Nicolás Heath de York (XXV, 345), Ricardo Pate de Worcester (XLIV, 11), Cutberto Scott de Chester (LI, 15), Tomás Stanley de Sodor y Man (LIV, 50), Owen Oglethorpe de Carlisle (XLII, 48) y Enrique Morgan de Saint Davids (XXXIX, 16).—Procedieron rigurosamente contra los protestantes además de Bonner, Juan White de Lincoln (LXI, 53), Juan Christopherson de Chichester (X, 294), Juan Hopton de Norwich (XXVII, 347) y Roberto King de Oxford (XXXI, 154).—Sobre el canceller de la diócesis de Oxford, Juan Storey, v. Spillmann, II, 129.

(1) Trésal, 322. Zimmermann en el *Anuario Histórico*, XXIII, 833.

(2) Carta de Michiel, de 9 de julio de 1555, publicada por Brown, VI, 1, n. 154, p. 133.

(3) Foxe manifiesta en su martirologio, como dice Gairdner, extreme desire to make out charges of cruelty against Bonner (*Dictionary of National*

censura por mostrar tan poco celo contra los herejes, significándole que procediese según las leyes «para gloria de Dios y para mejor conservación de la paz del reino» (1). En vista de esto, Bonner tuvo que someter a un interrogatorio y condenar sucesivamente a ciento veinte acusados que le fueron remitidos; pero hizo todo lo posible para salvar de la ruina a los desgraciados. En muchos casos sus esfuerzos y afanes lograron también feliz suceso, mas precisamente el gran número de los inducidos por él a retractarse le acarreó el odio de los herejes (2). También se oye hablar otras veces de conversiones. Cuando el doctor Juan Cheke, antiguo preceptor de Eduardo VI, volvió a la Iglesia católica, siguiéronle treinta protestantes a quienes amenazaba ya la hoguera (3). En un caso se dió libertad a todos los presos al solo juramento de ser fieles a Dios y a la reina (4). En Londres trabajó activamente el doctor Juan Storey, quien, como se dice con significativa reunión de palabras, tenía que purificar la ciudad de «cisma, rebelión y herejía». A mediados de junio de 1555 opinaba, que el estado de la capital había mejorado considerablemente (5).

El obispo Gardiner tuvo parte en los primeros interrogatorios y condenaciones de herejes cuando era canceller del Estado, y después nunca más (6). Siendo Pole arzobispo de Cantorbery, sólo una vez, el 10 de noviembre de 1558, fueron ejecutados cinco protestantes cuando el cardenal estaba ya en el lecho de muerte, y difícilmente tuvo noticia de lo que se hizo (7).

Biography, V, 359). La injusticia de las acusaciones de Foxe, que aceptaron sencillamente los historiadores siguientes, la demostró S. R. Maitland, *Essays on the reformation*, London 1849, 409; cf. Zimmermann, 98.

(1) Lingard, VII, 194.

(2) Zimmermann, 100.

(3) Michiel en 2 de noviembre de 1556, en Brown, VI, 2, n. 690.

(4) Lingard, VII, 207.

(5) Su carta a Courtenay de 17 de junio de 1555 se halla en Brown, VI, 1, n. 137.

(6) Lingard, VII, 192; cf. 189, nota.

(7) Ibid., 205; cf. Martin, 111 s. Unos delegados de Pole, que visitaban las Universidades del reino, en 1557 hicieron sacar de la iglesia principal de Cambridge los huesos de Bucero y Fagio y quemarlos, a petición de la Universidad (*Briefe Treatise concerning the Burnynge of Bucer and Fagius*, translated by Goldyng 1562; cf. *Dictionary of National Biography*, X, 294). Los restos de la monja Catalina casada con Vermigli, que para escarnio de los católicos, habían sido enterrados al lado del arca de las reliquias de Sta. Fridesvida en la iglesia de Cristo de Oxford, fueron asimismo exhumados, pero en 1561 fueron mezclados con dichas reliquias de Sta. Fridesvida, y sepultados

Qué parte tuvo la reina personalmente en las condenaciones, no es fácil determinarlo. A Pole escribía ella por noviembre de 1555, que en el tratamiento de los herejes se habían de evitar, según su opinión, gran dureza y apasionamiento, pero que respecto de los seductores del pueblo se había de dejar seguir su curso a la justicia. Que el pueblo había de conocer claramente, que no se condenaba a nadie sin justa causa, y que sólo así muchos serían conducidos al conocimiento de la verdad y quedarían preservados de la reincidencia. Añadió que deseaba especialmente que en Londres nadie fuese quemado, a no ser en presencia de un miembro del Consejo real, y que durante las ejecuciones se habían de predicar en Londres y en otras partes buenos sermones para la enseñanza del pueblo (1). Por lo demás, desde principios de 1555 María tuvo ya poca parte en los acontecimientos públicos (2). Ya al comienzo del año se hallaba enferma. Por abril se retiró a Hampton Court, donde permaneció varios meses en total retraimiento. Extendióse el rumor y halló crédito de que ya había muerto (3). Inmensa muchedumbre del pueblo afluyó presurosa y con señales de la mayor alegría, cuando a la vuelta de la reina de Hampton Court se pudo persuadir que aún vivía (4). María al principio había

de nuevo solemnemente en la iglesia de Cristo. Cf. (I. Calfhill,) *Historia de exhumatione Catharinae, nuper uxoris doctissimi theologi D. Petri Martyris ac eiusdem ad honestam sepulturam restitutione Oxonii facta* III. id. Jan. 1561, Oxford 1561; (Konr. Hubert,) *Historia Catharinae Vermiliae P. Martyris coniugis exhumatae*, Argentorati 1561; *Acta Sanctorum* Octob., VIII, 533 ss. (donde está reimpresso el escrito de Calfhill); *Dictionary of National Biography*, XX, 276; Reusch, Índice, I, 420.

(1) Brown, VI, 3, App. n. 136, p. 1647. Lingard, VII, 189. La fecha de este documento se saca de su contenido; cf. la carta de Pole a Morone de 11 de noviembre de 1555 en Brown, VI, 1, n. 276.

(2) Green, 111 s.

(3) Brown, VI, 1, n. 85, 174, 200.

(4) Michiel en 27 de agosto de 1555, en Brown, VI, n. 200. «No se puede decir, escribe Michiel, qué inmensa multitud se apiñaba en todo el trayecto del muy largo camino, y qué demostraciones de gozo daba la gente a la vista de las Majestades. La alegría era tanto mayor, cuanto estaba firmemente persuadida la población de Londres de que la reina había muerto. Al aparecer ella, la gente como frenética, cual si se hubiese de ver algo enteramente nuevo, corría de un lugar a otro, para cerciorarse de que realmente era ella. Y cuando se hubo persuadido y la vió en mejor estado que nunca, entonces con gritos y saludos y de mil otros modos, daba todavía mayores señales de gozo, especialmente cuando para mayor satisfacción suya y de Su Majestad, vió a un lado de la reina al rey, y al otro al cardenal Pole, los cuales ambos son generalmente muy queridos a causa de su gran benignidad.»

interpretado su estado en el sentido de que se cumpliría su esperanza de dar un heredero al trono. Pero cada vez se ponía más de manifiesto, que estaba acometida de hidropesía y había entendido mal las señales de ésta. Por septiembre se sintió aliviada e hizo tentativas un corto tiempo por volver a tomar parte en los negocios de Estado. Pero pronto empeoró de nuevo, y desde entonces nunca volvió a presentarse en el Consejo de Estado, y difícilmente ejerció influjo alguno en las condenaciones por causa de religión.

El número de estas condenaciones sube a 277 según el martirologio de Foxe. Pero no todos los que él admitió en sus listas, padecieron la muerte; muchos de los enumerados no son mártires, pues sufrieron el merecido castigo como comunes malhechores, y otros no son mártires del protestantismo, pues fueron ejecutados por doctrinas cuya profesión solían también los herejes penar con la muerte. Con todo quedan aún restantes unos 200 que padecieron una muerte terrible por sus opiniones protestantes (1). La mayor parte de ellos la arrostraron con constancia (2). Por lo demás se permitía que los condenados sujetasen entre las piernas o ante el pecho un saquito de pólvora, que estallaba al primer contacto con el fuego y acarreaba una muerte súbita, o a lo menos privaba del conocimiento (3). Fuera de eso, hay que decir también para honra del gobierno, que no se manchó con las crueldades que se emplearon de un modo tan exquisito contra los católicos en tiempo de Isabel. A pesar de eso, precisamente sobre María ha quedado adherida la tacha de inhumanidad. Juan Foxe, que antes de la persecución había huido a Alemania, reunió las relaciones sobre los padecimientos de sus correligionarios, y sus narraciones, desfiguradas por el odio, han provocado y fomentado durante siglos el aborrecimiento a María y a la Iglesia católica en los protestantes ingleses (4).

(1) Lingard, VII, 207.

(2) Esta constancia en las víctimas de la justicia era en Inglaterra algo ordinario. Los ingleses, escribe Litolfi, son por naturaleza obstinados y sumamente valerosos; se ha visto con frecuencia cómo han ido riendo a la hoguera y a la horca, burlándose, por decirlo así, de semejante martirio; muchos solían gloriarse de que alguno de su familia hubiese sido ahorcado o descuartizado. Así lo escribe Aníbal Litolfi al duque de Mantua, Guillermo Gonzaga, el 20 de junio de 1557, en carta publicada por Brown, VI, 3, App. n. 171, p. 1672; cf. la anécdota que allí se cuenta.

(3) Zimmermann, 103.

(4) El martirologio de Foxe (Acts and Monuments) fué libro usual y casero en casi todas las familias inglesas de dirección puritana, y el principal arsenal

En la predominante mayoría, sólo gente de la clase trabajadora tenía el valor suficiente para hacer rostro a la hoguera. La nobleza, entre la cual seguramente también muchos se inclinaban a las ideas protestantes, sólo está representada entre los condenados por nueve nombres. La clase media falta enteramente; de los predicantes padecieron muerte por mano del verdugo dieciséis y de los obispos protestantes cinco (1). Entre los ejecutados casi no hay más hombres de importancia que los

de donde sacar armas contra los católicos. Los eclesiásticos tomaban ejemplos de él como materia para sus sermones; la Convocación (el sínodo) del clero decretó en 1571, que cada iglesia catedral había de adquirir este libro, y en muchas parroquias estaba expuesto al público, sujeto a una cadena, para el uso general (St. L. Lee en el *Dictionary of National Biography*, XX, 146 ss.). Sobre la confianza que merece Foxe, dice Lee (p. 148 s.): «La enorme extensión de la obra de Foxe era obstáculo para una averiguación crítica de su totalidad. Pero lo que hasta ahora se ha examinado, ha puesto ya de manifiesto, que Foxe era un partidario tan ardoroso, que no podía escribir con la exactitud del historiador. Es un abogado apasionado que está dispuesto a admitir el primer testimonio que se presente... Los errores de Foxe nacen con frecuencia de copiar defectuosa y precipitadamente documentos originales, pero en la mayor parte de los casos proceden de intencionada exageración (*wilful exaggeration*). Un crítico con él muy benigno, Juan Deighton, demostró, que la relación de Foxe sobre el martirio de Juan Horne y una mujer, efectuado en Newent el 25 de septiembre de 1556, es un arreglo exagerado de la quema de Eduardo Horne, acaecida el 25 de septiembre de 1558 (Nichols, *Narratives of the Reformation*, 69). Estos errores de fecha y de nombre de pila en nuestro caso son típicos. Además Foxe ha admitido indudablemente entre sus mártires a personas que fueron ejecutadas por delitos comunes y no religiosos. Un error confesó él en el caso de Juan Marbeck de Windsor, «mártir» de 1543, quien según el texto del martirologio de 1563 fué quemado, mientras que en realidad fué ciertamente condenado, pero se le concedió indulto. Foxe con frecuencia era menos sincero. Escribió que cierto Greenwood o Grimwood, procedente de Hitcham junto a Ipswich en Suffolk, que había salido al cabo con la condenación de un mártir, Juan Cooper, murió poco después de muerte miserable. Se participó a Foxe que Greenwood vivía todavía, y que la historia de su muerte era una ficción. Fué a Ipswich para oír a varios testigos, pero en su relación nunca cambió nada. Más tarde... un eclesiástico por nombre Prick contó en el púlpito de la iglesia de Hitcham la historia de Greenwood según Foxe. Greenwood estaba entre los oyentes y presentó querrela contra Prick por la calumnia; sin embargo, el tribunal supuso que no hubo difamación maliciosa (Croke, *Reports*, obra editada por Leach, II, 91)... Se ha demostrado con razones decisivas, que el capítulo de Foxe sobre los valdenses es una traducción directa del catálogo de Ilírico, aunque en el índice de sus fuentes históricas no se enumera a Ilírico. Foxe dice que ha consultado «documentos en pergamino», mientras que sólo conoce el texto de Ilírico. Esto descubre un concepto laxo de lo que es permitido literariamente, y justifica los severísimos juicios que se dieron sobre Foxe.»

(1) Zimmermann, 104.

tres obispos Latimer, Ridley y Cranmer. Todos tres, ya antes de la renovación de las leyes, habían sido encerrados en la Torre de Londres por delitos políticos (1). En marzo de 1554 se los condujo a Oxford, para que en pública disputa diesen cuenta y razón de sus opiniones (2). Como permaneciesen en sus errores, fueron declarados herejes obstinados en 20 de abril de 1554; pero las actuaciones judiciales sobre ellos no comenzaron hasta septiembre de 1555. La sentencia contra Cranmer, por ser arzobispo, fué reservada al Papa.

Por encargo del cardenal Jacobo dal Pozzo (3) dirigió el interrogatorio el obispo de Gloucester, doctor Brooks. El 7 de septiembre se puso a Cranmer un plazo de ochenta días, dentro de los cuales había de justificarse en Roma, y el 12 tuvo que comparecer ante Brooks (4). Las acusaciones contra él versaban no solamente sobre herejía, sino también sobre quebrantamiento del celibato prometido y del juramento hecho al Papa. Transcurridos los ochenta días, Paulo IV en 4 de diciembre de 1555 pronunció la sentencia, que ordenaba la excomunión y deposición y entregaba al depuesto al brazo secular (5). Ridley y Latimer tuvieron que comparecer el 30 de septiembre de 1555 ante Brooks y otros dos obispos que intervinieron en el juicio por orden de Pole. En 16 de octubre hubieron ambos de subir a la hoguera en Oxford. Latimer murió casi inmediatamente después de encendida la pira por la explosión del saquito de pólvora que tenía ante el pecho, pero Ridley tuvo que padecer más largo tiempo por la poca destreza de algunos amigos, que querían aliviarle la muerte (6).

En el primer tiempo después de su encarcelación Ridley había vuelto al culto de la antigua Iglesia, pero pronto se arrepin-

(1) V. vol. XIII, 236.

(2) V. vol. XIII, 259.

(3) Este cardenal es el que sale muchas veces en esta obra con el nombre de Púteo. Algunos autores españoles le han llamado también Pozo. Su nombre propio es Jacobo Puy. Era natural de la ciudad de Niza en Provenza, no de Mallorca, como equivocadamente dice el P. Astrain en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, t. II, p. 36.—(N. DEL T.)

(4) Gairdner, 364 s.

(5) Raynald, 1555, n. 30.

(6) Después que el pueblo hubo adquirido la persuasión de que nada había dejado de hacerse para salvar a entrambos, no vió con desagrado su ejecución (Pole en carta de 26 de octubre de 1555, publicada por Brown, VI, 1, n. 256, p. 226). Por lo común al pueblo londinense le disgustaban las ejecuciones de los herejes. Michiel en 1.º de junio de 1555, *ibid.*, n. 116; cf. n. 49, p. 45.

arcipreste temía al principio comunicárselo todo abiertamente. Cervini respondió, que por más que le desagradaba lo malo, estaba con todo muy agradecido al que se lo descubriese (1). Siendo obispo de Reggio en la Emilia, llamó al punto para la reforma de los eclesiásticos al jesuita Lafnez, así como más tarde envió al P. Broet a Montepulciano (2); en 1543 hizo hacer una circunstanciada visita de la diócesis, a consecuencia de la cual publicó después varios estatutos de reforma, que aprobó Paulo III (3).

En la primavera de 1544 permutó Cervini el obispado de Reggio por el de Gubbio. También aquí trabajó en favor de la reforma. La diócesis le debió la preservación de herejías y una nueva división de parroquias, como también la restauración y embellecimiento de la catedral. Todo lo que se hacía y había de emprenderse, lo asentaba en un libro particular. También mandó que de tiempo en tiempo se le diese exacta cuenta de la observancia de sus ordenaciones. Sus incesantes trabajos hallaron tal reconocimiento, que los ciudadanos de Gubbio le erigieron una estatua de mármol en señal de gratitud (4).

Un rasgo singularmente hermoso del carácter de Cervini es el haber conservado la mayor humildad en medio de todos los honores que le fueron concedidos. Escribía a su hermano, que todo el bien que recibía, lo consideraba como un beneficio, por el que estaba obligado al Papa, a la Iglesia y a Dios, y como una invitación a cumplir fiel y lealmente sus obligaciones: «Pero tú, prosigue, si realmente me amas, ruega constantemente a Dios

(1) V. Pollidorus, 22-24, quien utilizó el *Archivio episcopale di Nicastro*. Cómo Cervini entendió el cargo episcopal, se refleja en una dedicatoria de Genciano Herveto, a él dirigida; v. S. Chrysostomi Opera, I, Venetiis, 1583, 232.

(2) V. Tacchi Venturi, I, 578 y nuestras indicaciones del vol. XII, 67 s.

(3) V. nuestros datos del vol. XII, 571 s., tomados del *Archivio episcopale di Reggio*.

(4) V. Pollidorus, 49 ss.; Buschbell, 14, 207 s. En la sala capitular de la catedral de Gubbio se conserva la casulla de seda que Marcelo II regaló a la iglesia; es obra muy artística, trabajada en Flandes, en la cual está representada en círculos la historia de la Pasión de Cristo. La división de parroquias de 1.º de enero de 1545 está registrada en el *Lib. delle Riforme del *Archivio municipale di Gubbio*; ibid. Miscell. II, hay un *Bando del luogotenente del duca d' Urbino de 1549, publicado a instigación de Cervini, en favor del descanso dominical y contra el porte irreverente en la iglesia. Las *Synodales constitutiones Eugubinae per card. S. Crucis (*Archivio episcopale di Gubbio*), importantes para la historia de la reforma católica, las publicaré en otro lugar.

que me dé luz y ayuda, de que muchísimo necesito, para no hallarme lleno de faltas y sin mérito alguno después de haber recibido tantas mercedes, que no las puedo agradecer bastante al dador de todo bien» (1).

No es maravilla que semejante varón se mantuviese en la confianza de Paulo III. Por otoño de 1541 se lo llevó consigo el Papa a Luca para encontrarse con Carlos V; antes de la entrevista tenida en Busseto por junio de 1543, le envió como legado al emperador. Dos años después siguió su nombramiento para legado en el concilio de Trento (2). Con esto comenzó para Cervini un nuevo período de actividad eclesiástica y diplomática. Su cargo de representar, junto con los cardenales Pole y Monte, al Supremo Jerarca de la Iglesia en el sínodo general, era el más difícil que se puede imaginar. Cervini se mostró muy apto y muy a propósito para el mismo. Su severidad en punto de disciplina eclesiástica, sus muchas letras y su carácter puro le hicieron pronto ponerse en primer término. Con la vastísima erudición que le era propia, trataba de las materias más diversas y agenciaba cada negocio con tal celo y solicitud, como si ésta fuese su única incumbencia. Con notable decisión combatió la teoría de los sínodos de Constancia y Basilea, opuesta al dogma católico, acerca de la superioridad del concilio sobre el Papa (3); con prudencia y suavidad supo componer los conflictos que provocó la vehemencia de su colega Monte, y con maravilloso conocimiento de la materia, profundidad y diligentísima atención se dedicaba a las cuestiones teológicas. En todos los asuntos dogmáticos muéstrase en el concilio como la persona que los dirige, al paso que el cardenal Monte se aplicaba más a las cuestiones de derecho canónico y de reforma (4). Las actas auténticas atestiguan la colaboración de Cervini en la composición del decreto sobre el canon de la biblia y la tradición, así como su relevante parte en el decreto sobre la justificación. Señalóse su actividad en esta importantísima cuestión, que tocaba el punto esencial y como el nervio de la herejía, singularmente desde la minuta de 23 de septiembre

(1) Pollidorus, 42-43.

(2) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 102, 140, 169.

(3) Cf. la interesante memoria de Ehses en el tercer número del Boletín de la Sociedad Görres para 1911, Colonia, 1911, 13 s.

(4) V. los testimonios en Ehses, Conc. Trid., V, 780, 961.

de 1546, en cuya formación se mostró muy activo, trabajando en ella con todas sus fuerzas (1).

Con los esfuerzos extraordinarios padecía la flaca salud del cardenal, quien ya en junio de 1545 había tenido una enfermedad de riñones, y en mayo de 1546 tuvo de nuevo que guardar cama (2). Durante la difícil situación que sobrevino por el verano de 1546, a consecuencia de la conducta de los imperiales, procedió Cervini según puntos de vista rigurosamente eclesiásticos, decidiéndose por la traslación del concilio a un lugar, donde no pareciese amenazada su seguridad (3). Carlos V había procurado ganar antes al cardenal con el otorgamiento de una elevada pensión, pero recibió de varón tan incorrupto una resuelta negativa (4). Ahora se esforzó el emperador por intimidar a Cervini con las más vehementes amenazas, pero en vano. Cervini declaró, que el emperador podía a la verdad hacer violencia a su cuerpo, pero no tenía ningún poder sobre su alma; que el juicio sobre su conducta lo remitía tranquilamente a Dios Nuestro Señor (5). Cuando después fué trasladado el concilio a Bolonia (6), Cervini era considerado por muchos como el futuro Papa. Para impedir su elección, el emperador a la muerte de Paulo III excluyólo nominalmente, poniéndole su veto (7).

Aunque Cervini recomendaba francamente al nuevo Papa Julio III el cumplimiento de sus obligaciones, éste con todo le

(1) V. *ibid.*, 4, 8 s., 11, 26 s., 36, 420 ss., 500 ss.; cf. también nuestras indicaciones del vol. XII, 274 s.; Hefner, 33; Lauchert, 542 nota.

(2) V. Massarelli en Merkle, I, 202 s., 545, 548. Sobre posteriores enfermedades cf. *ibid.*, 743, 869.

(3) Cf. nuestras indicaciones del vol. XII, 246 s.

(4) En una *memoria de A. Cervini sobre las legaciones de Marcelo cerca del emperador en 1538-1539, se lee: *Contro quello leggesi nel Platina nuovamente stampato, dove pare si voglia dar a Marcello qualche taccia d'interesse, stimo bene d'opporre oltre le qualità del suo vivere sempre lontano da ogni sorte di studio d'accumular ricchezze i rifiuti di ricchi doni fatti da esso in più occasioni sapendo per cosa certa che nell'abboccamento che fece Carlo V imperadore col pontefice Paolo III avendo il detto imperadore destinato a Marcello allora cardinale una pensione di 10000 scudi esso la ricusò costantemente e solo ne accettò scudi 1000 sopra la chiesa di Vagliadolid di commandamento espresso del pontefice. En el código de la *Biblioteca de Ferrara* indicado arriba p. 16, nota 1.

(5) Cf. las informaciones auténticas en Merkle, I, 565 s.; v. también Panvinius, Vita Marcelli II.

(6) Su motivo para la traslación del concilio a Bolonia lo expresa claramente Cervini el 10 de marzo de 1547; v. Ehses, Conc. Trid., V, 1024.

(7) Cf. vol. XIII, p. 35.

apreciaba sobremanera y trataba con él con mucha confianza; repetidas veces se sirvió de su consejo y cooperación, sobre todo en asuntos de la reforma (1). En 1552 confió a Cervini la presidencia de la comisión de reforma, en cuyos trabajos tuvo el cardenal activa participación (2). Fuera de eso se mantenía reservado todo lo posible, y no disimulaba que no podía aprobar muchas cosas que hacía Julio III. Grande fué su dolor, cuando el Papa, con la cesión de Camerino a su hermano, entró por los caminos del nepotismo. Cervini había hecho todo lo posible para impedirlo. Para mostrar públicamente su desaprobación, se partió al instante a su diócesis de Gubbio (3).

Como en tiempo de Paulo III, así también en el pontificado de Julio III perteneció Cervini a la Congregación de la Inquisición romana. Dedicóse a este cargo con el mayor ardor y abnegación (4). Aunque se mostraba riguroso contra los propagadores de las nuevas doctrinas, se mantenía con todo alejado de toda exageración. La carga de los negocios de Cervini fué aumentada todavía con el protectorado sobre los servitas, el cual, lo mismo que el que se le confió sobre los eremitas de S. Agustín, no solamente no lo administró como un puro cargo honorífico, sino que lo ejerció con aquella solicitud con que trataba todo cuanto emprendía. Lo que hizo en favor de los eremitas agustinos, lo reconoció con los mayores elogios nada menos que el General de la Orden, Seripando (5).

Faltaría un rasgo esencial a la descripción del carácter de Cervini, si no mencionásemos su amor a la ciencia. Esto como docto le había sobre todo llevado a Roma, y cuando allí llegó a desempeñar cargos muy ajenos a sus aficiones literarias, siempre con todo volvía a los estudios. Por esto Paulo III, con la mirada certera que le era propia, había confiado en 1548 al eru-

(1) V. arriba vol. XIII, 160 s., 119 s. y Massarelli, 171 s., 174, 193, 197, 198, 199, 200, 202 s., 207, 209, 211, 215, 216. Sobre la parte que tuvo el cardenal en la reforma de los Regulares v. *Concilio LXXVIII, 188 s. *Archivo segreto pontificio*.

(2) Cf. vol. XIII, 165.

(3) V. Panvinus loc. cit.; Pollidorus, 92 s., 101.

(4) Además de nuestros datos del vol. XII, 406 y XIII, 210, v. especialmente el trabajo fundamental de Buschbell: *Reforma e Inquisición en Italia*, 174 ss., 210 s.; cf. también Tacchi Venturi, I, 523 s.

(5) Cf. Massarelli en Merkle, I, 845; Pollidorus, 93 s., 103 s.

dito cardenal la Biblioteca Vaticana (1). Ya como hombre de letras particular había sido diligente coleccionador de libros y manuscritos, y también siendo cardenal había aprovechado toda ocasión de aumentar su biblioteca (2). Después de muchos años que había tenido que emplear el cardenal preferentemente en negocios eclesiásticos y diplomáticos, pudo ahora como rejuvenecerse y verse restituído a la actividad de anteriores tiempos, pero con grandísima y extensísima amplitud. Con verdadero ardor se dedicó al presente a la gran colección que estaba bajo su custodia. Debiéronse a su genio emprendedor nuevos catálogos de los manuscritos griegos y latinos (3). Como administrador de la más rica biblioteca, tampoco perdió de vista su antiguo plan de hacer accesible al mundo docto, por medio de la imprenta, los manuscritos griegos más importantes todavía inéditos (4). El registro de los gastos para la Biblioteca Vaticana muestra con qué celo e inteligencia se afanaba Cervini, no solamente por conservar y aumentar los tesoros a él confiados, sino también por hacerlos accesibles (5). En agradecimiento a sus trabajos, Julio III le confirmó en su puesto, y ordenó que lo ocupase durante toda su vida (6). Cervini hizo tan grandes mejoras en la Vaticana, demostró tal amplitud de intentos y designios, y desplegó tan ilimitada generosidad, que sobrepujó a todos sus predecesores. Como acrecentó el caudal de manuscritos de las

(1) Cf. nuestros datos del vol. XII, 438 s., y la bibliografía allí indicada.

(2) *E sebbene Marcello era allora in privata fortuna non mancava di ricercare libri rari e farne ricerca per ogni via possibile, dice A. Cervini loc. cit. (*Bibl. de Ferrara*) del tiempo anterior a 1534. Sobre compras de libros y manuscritos, que hizo Cervini cuando era obispo de Gubbio, v. Pollidorus, 51 s. Los manuscritos de Cervini fueron a parar después a la Biblioteca Vaticana; v. Tiraboschi, VII, 1, 210.

(3) V. nuestras indicaciones del vol. XII, 438, notas 3, 4, 5 y 6.

(4) Cf. Dorez, Le card. M. Cervini et l'imprimerie à Rome: Mél. d'archéol., XII, 289 ss. La monografía de Dorez sobre Cervini, anunciada ya en 1895, que tratará todas las cosas mencionadas con la solidez propia de este autor, por desgracia todavía no se ha publicado. Precursores de este trabajo son las memorias que han salido a luz en las Mél. d'archéol. (v. arriba) y en la Rev. d. Bibl., V, 14 s. (L'exemplaire de Pline, etc.), 139 ss., 153 ss. (Rómolo Cervini).

(5) Cf. Dorez en el Fasciculus Io. W. Clark dicatus, Cantabrigae, 1909, 142 ss. De los vastos designios del cardenal da muestra su plan de hacer publicar las actas originales completas del concilio de Trento, sobre todo de las sesiones; v. Ehses, Conc. Trid., V, xiii s., xxvii.

(6) V. vol. XIII, 305 y el n.º 5 de su apéndice. *Archivo secreto pontificio*.

más diversas clases, llegando hasta adquirir manuscritos orientales, así aumentó también el número de los empleados. Simultáneamente velaba por la conservación de los manuscritos deteriorados. Un edicto de 1554 aseguró la apertura de la biblioteca para los hombres de letras a horas determinadas (1). Repetidas veces prestó ayuda a este establecimiento con subsidios suyos particulares. No contento con todo lo que hizo, pensaba incesantemente en levantar más y más la Biblioteca Vaticana, que decía ser el mayor tesoro que poseía la Silla Apostólica (2).

Cuanto apreciaba Cervini los buenos libros, tan profundamente detestaba los malos. Refiérese que por el año 1541 el cardenal hacía acopio de libros obscenos para quemarlos (3).

Siendo hombre que se interesaba por los más variados estudios y tenía vastísimo saber, a quien hasta hombres como Sangallo y Miguel Angel apreciaban por sus conocimientos en el campo de la arquitectura y de la arqueología (4), no se limitó en modo alguno Cervini a coleccionar libros y manuscritos; también había juntado en considerable número antigüedades, inscripciones y medallas antiguas (5). Su casa, que encerraba estos tesoros, estaba abierta para todo el que daba esperanzas de producir notables obras de ingenio. El cardenal gustaba de alentar singularmente a los talentos jóvenes; sin pretensiones, con gran llaneza, sin mostrar la superioridad

(1) Cf. Dorez en el *Fasciculus*, loc. cit., 158 s.; Mercati, *Bibl. Apost.*, 38, 44, 57. Según Tiraboschi, VII, 1, 221 (edición romana), Cervini puso también el fundamento a la colección de antigüedades anexa a la Biblioteca Vaticana; cf. Pollidorus, 48.

(2) Carta al card. Farnese de 17 de septiembre de 1554, publicada en las *Mél. d'archéol.*, XII, 311.

(3) Cf. Gori, *Arch. stor.*, III, 40.

(4) *Nell'architettura e cognizione delle cose antiche non fu a nessuno de' suoi tempi secondo e sanno ancora molti che oggi vivono che ne 'l San Gallo ne il Buonarrotti si sdegnava d'intendere il suo consiglio, dice A. Cervini, *Vita di Marcello II (Bibl. de Ferrara)*; cf. también Merkle, II, xxv. Cervini era también miembro de la Academia de Vitruvio, fundada en 1542, y había confiado a Sangallo los diseños para su casa de campo en el monte Amiata (v. Müntz, III, 109, 240). Los conocimientos en arquitectura indujeron a Cervini a ingerirse en la edificación de S. Pedro, lo que rechazó Miguel Angel con su porte áspero (v. vol. XIII, 311 s.). Cervini en tiempo de Clemente VII se dedicó a los estudios arqueológicos con tal ardor, que en una visita que hizo a las ruinas subterráneas de las termas de Trajano, corrió peligro de la vida; v. esta noticia en Contelorus, *Vita Marcelli II. Archivo segreto pontificio*, XI, 48, p. 291.

(5) Cf. Pollidorus, 155; Reumont, III, 2, 695; Dorez, *A. Eparque: Mél. d'archéol.*, XIII, 322.

de su saber, conversaba con ellos sobre sus estudios. No raras veces revisaba por sí mismo los trabajos de algunos jóvenes literatos y cuidaba de buscarles editores. Donde observaba serios intentos, era muy generoso, no sólo indicando libros y manuscritos, sino también dando preciosos incitamentos y consejos. Toda una serie de hombres doctos, con quienes estaba en comunicación de palabra o por cartas, tuvo a sí obligados Cervini de este modo. En los trabajos teológicos de Sirleto y Seripando tuvo parte muy principal. A Luis Lipomano animó a la publicación de las vidas de los santos, y al docto Pedro Vettori a una mejor edición de las obras de Clemente de Alejandría. A Nicolás Beni le excitó a una traducción italiana del célebre *Commonitorium* de San Vicente de Lerins. Asimismo indujo a Aníbal Caro y a Pedro Francisco Zeno a trasladar al italiano los discursos de S. Gregorio Nacianceno y S. Juan Damasceno. Genciano Erveto compuso a impulso suyo una traducción latina de los comentarios de S. Crisóstomo sobre los salmos. Cervini fué por cuya instigación Onofre Panvinio se dedicó a la antigüedad cristiana y a la historia eclesiástica. Al incansable cardenal se debió también la traslación de los cuatro evangelios a la lengua etiópica, como también las traducciones de Teodoreto, Metafrasto y otros. Para la publicación de los comentarios de Eustacio sobre Homero no rehuyó sacrificio alguno. De sus variadísimos conocimientos da también testimonio el apoyo que prestó a la obra de Hipólito Salviani sobre los peces (1).

Lo que más amaba Cervini aun entre los literatos era los naturales serios, que con sólida ciencia juntaban una sincera piedad. En este respecto eran significativas sus íntimas relaciones con Guillermo Sirleto. En la elección de sus familiares había mostrado siempre Cervini singular solicitud. Solía decir, que precisamente tanto como uno tiene cuenta con la honra y buen nombre, había de tenerla con rodearse de buenos criados (2). Como en todo, mostraba también en esto, que no solamente predicaba la reforma, sino que también la practicaba. Presentaba esta severa

(1) Además de Tiraboschi, VII, 1, 30 s. (edición romana) y Pollidorus, 75 ss., cf. también Dorez en las *Mél. d'archéol.*, XII, 291 s.; Merkle, II, xxvii s., cxxiv s.; Mai, *Spicileg.*, IX, xvi; *Léxico eclesiástico* de Friburgo, XI^o, 359 s.; Mercati en la *Revista Teológica*, VIII (1909), 61 s.; Hefner, 32.

(2) V. Pollidorus, 22.

dirección del modo más eficaz y atractivo. Con las más puras costumbres, la más profunda piedad y la más rígida ortodoxia juntaba una muy cordial protección de las ciencias profanas y teológicas, y con moderada prudencia unía ardiente celo de la reforma. ¡Qué esperanzas se abrían con el llamamiento de semejante varón a la silla de S. Pedro! Gozoso júbilo se apoderó en la curia romana de los buenos, y temor de los malos (1).

Raras veces se ha mostrado en la opinión pública tal conformidad en el juicio sobre un nuevo Papa como en Marcelo II. Todo el mundo estaba unánime, en que se había elegido al hombre más digno y más apropiado para guiar la nave fluctuante de la Iglesia por las olas procelosas de aquellos tiempos (2). Aun los franceses, contra cuyo deseo había sido la elección de Cervini, no se cansaban de reconocer sus excelentes cualidades (3). A consecuencia de lo cual el resultado del conclave fué bien recibido en la corte de Enrique II. También el emperador olvidó su antiguo enfado, y su representante en Roma dijo expresiones de gran elogio sobre el nuevo Papa (4).

Como se deja entender, los defensores de la reforma católica fueron los que dieron más grandes muestras de regocijo, pues sabían por la experiencia de muchos años, que Cervini era el hombre a propósito para llevar al cabo con su ejemplo y con firmeza

(1) *Par che Roma poco si rallegrì di questa elezione, escribe ya Ghisi el 9 de abril de 1555. Agustín Gonzaga, obispo de Reggio, escribe en *12 de abril de 1555: Se espera que Marcelo II será un buen Papa para la religión cristiana, pero en la corte se teme su rigor (*Archivo Gonzaga de Mantua*). V. además Montesa en Druffel, IV, 652, nota 3. El gran gozo de todos los que deseaban sinceramente el bien de la Iglesia, está atestiguado por numerosas manifestaciones; además de las citas que se hallan en Pollidorus, 112 ss., cf. también Corpo dipl. Port., VII, 385; la carta publicada por Gatticus, 332, nota; L. Alamanni, Canzone a Marcello II, que se halla en la colección de Atanagi II, Venezia, 1565, 172. Otras poesías mencionan Polidoro (p. 113). Sobre el gozo de Venecia v. Studi stor., XVII, 528. El nuncio en la corte imperial, J. Muzzarelli, escribía el *22 de abril de 1555, desde Bruselas a los cardenales, que Marcelo velaría velut alter Aaron por la afflicta et desolata ecclesia. Benedictus Deus etc. Lett. di princ. XV, n. 71. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Además de los testimonios alegados en la nota anterior, v. también Masio, Cartas, 200, la carta gratulatoria de P. Manucio (Epist., I, 7), Hosii epist., II, 1025 y la carta de Seripando s. d. que se halla en las Miscell., Arm. 2, t. LX, p. 320 s. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Cf. Ribier, II, 607; Druffel, IV, 660 s.

(4) Cf. Brown, VI, 1, n. 62, 64; Druffel, IV, 652 s.

acompañada de suavidad, la anhelada reforma del estado de la Iglesia (1). Nunca hubiese pensado, escribía Seripando, que recayera la elección en un cardenal, cuyos principios eran tan inflexibles, que antes bien le cerraban el camino para el supremo poder, que se lo allanaban. Por esta causa vió Seripando en la elevación de Cervini una merced especial de la divina gracia, que había dirigido los votos hacia el que salvaría a Israel. Por eso decía que había rogado que viniese un Papa, que a las voces Iglesia, Concilio, Reforma, les quitase aquel sentido despreciable que se daba a estas palabras de suyo tan hermosas; y que ahora quedaba cumplida su esperanza y su deseo se había convertido en realidad (2).

Efectivamente, los defensores de la reforma católica podían ahora esperar la terminación de la grande y dificultosa obra que Paulo III y Julio III habían comenzado, pero dejado sin acabar, porque, prescindiendo de otros impedimentos, vivía aún demasiado en ellos el espíritu mundano del Renacimiento. De él estaba enteramente libre el varón, cuyo nombre se hizo proverbial en la obra de la renovación eclesiástica (3).

También en el Colegio Cardenalicio reinaba unanimidad acerca de que si Cervini permanecía siendo el que había sido hasta entonces, se mejoraría el estado de la Iglesia. Un hermoso y valioso testimonio de eso está contenido en una carta del cardenal Hércules Gonzaga, que éste dirigió a Ferrante Gonzaga inmediatamente después de concluido el conclave. Hércules Gonzaga había sido partidario de Este, y había pasado sin dormir la noche del 9 al 10 de abril. Sumamente cansado compuso su carta. Decíase en ella, que si Cervini fuera siendo Papa como había sido cuando era cardenal, se podía esperar el mayor bien para toda la Iglesia; y que a aquellos que querían vivir relajadamente, desagradaba su elevación de un modo extraordinario. Que era generalmente conocida la vida pura de Cervini, su amor a la ciencia, su gravedad y su dignidad. Que raras veces se le había visto jovial; y que luego que oía o veía alguna cosa ridícula, sonreía sólo ligeramente, y pasaba de largo sobre ella en silencio con seriedad

(1) Cf. la carta de Dionisio Atanagi en las Lett. di princ., I, 185.

(2) Lett. de' princ., III, 187^b s.

(3) Cf. la *carta de G. Florimonte a Marcelo II, fechada en Sessa el 15 de abril de 1555. Castel S. Angelo, VIII, 11, p. 160. *Archivio segreto pontificio*.

catoniana. Que nunca había tomado contentamiento en suntuosos banquetes, en fiestas o bufones; que había reprobado la disolución del clero, odiado a los frailes vagabundos y perseguido a los sospechosos de herejía, y siempre, así en tiempo de Paulo III como de Julio III, había promovido la obra de la reforma. Que era lo opuesto de su predecesor, y que Dios en su misericordia le había dado a la Iglesia, de modo que ahora se podía esperar la supresión de innumerables abusos (1). De una manera semejante juzgaron en Roma todos los que conocían de cerca al recién elegido (2). El embajador florentino Serristori, diplomático sereno y tranquilo, notificaba ya en 11 de abril, que aunque Marcelo II no sufriría ingerencia alguna de seglares en los negocios de la Iglesia, y sería muy parco en conceder mercedes, creía, sin embargo, que en lo demás todo el mundo podría estar contento, pues todo su porte y apariencia son, en sustancia, los de un santo (3).

Marcelo II se mostró luego en el primer día de su pontificado genuino representante de la reforma católica. Terminado el escrutinio, efectuóse inmediatamente su consagración episcopal, y luego en S. Pedro la coronación, la cual se aceleró tanto, para que pudiese celebrar las funciones de Semana Santa, que ya había comenzado; al mismo tiempo hubieron de excusarse los gastos superfluos en la fiesta de la coronación.

Todos los Papas del Renacimiento, a las solemnidades que eran usuales en la coronación, les habían dado la forma de una fiesta suntuosa, cuidadosamente preparada, que consumía las enormes sumas de 20000 ó 30000 escudos. Esto lo tuvo con razón Marcelo por una prodigalidad. Con sencillez apostólica y sin la pompa hasta entonces usada, quiso él recibir la tiara. Hasta las públicas demostraciones de gozo, los cañonazos del castillo de Santángelo y los fuegos artificiales de que tanto gustaban los romanos, los prohibió por respeto a la Semana Santa. Una

(1) V. el texto (*Biblioteca de la Universidad de Bolonia*) en el n.º 6 del apéndice.

(2) Así sobre todo Massarelli (p. 255 s.).

(3) *Credo bene che habbi a essere acerrimo difensore dell'autorità sua et cose ecclesiastiche et che chi vorrà stare bene seco, bisognerà che non metta mano nell'offitio suo, nè si impacci molto di benefitii et cose di chiesa, et in quanto alle gratie sia per andare assai più stretto che non hanno fatto molti dei suoi antecessori et nel resto credo che ogn'huomo da bene se n'harà da contentare. In sustantia il modo, l'apparentia et demonstrationi sono come d'un santo. *Archivio público de Florencia*.

tió de su declaración y se retractó (1). A mayor condescendencia mostró hallarse dispuesto Cranmer. En su primer interrogatorio de 12 de septiembre se negó inflexiblemente a deponer sus errores; cuando se le puso delante, que si el rey era señor aun en lo espiritual, también Nerón en tiempo de S. Pedro y el sultán de Turquía debían ser considerados como cabezas de la Iglesia, concedió sin titubear esta conclusión (2). Pero poco a poco se hizo más dócil y reducible. Paso a paso fué firmando siete declaraciones, en las cuales reconoció al fin al Papa y a la Iglesia católica, rechazó las doctrinas de Lutero y Zuinglio y reprobó la conducta que había observado hasta entonces (3).

Pero todas estas concesiones eran inútiles; la reina no se fiaba de la sinceridad de este hombre sin carácter (4); y en esto había tenido buen acierto. La mañana de su ejecución, en 21 de marzo de 1556, firmó Cranmer la séptima y última retractación, que prometió leer en público inmediatamente antes de su muerte. En ella asevera primero, que admite todos los dogmas de la Iglesia católica, y después, que nada oprime tanto su conciencia, como el haber escrito contra estos dogmas. La primera de estas declaraciones la leyó, con efecto, públicamente, aunque, como luego se mostró, no la entendió en sentido católico. Pero en vez de la segunda aseguró que nada oprimía tanto su conciencia, como el haberse dejado inducir a hacer aquellas siete retractaciones; añadiendo que la mano derecha que las había firmado, debía en expiación sentir también la primera el fuego. Efectivamente extendió la mano derecha metiéndola dentro de la hoguera, cuando ésta fué encendida. Pocos instantes después estaba muerto (5).

Muchos protestantes ingleses huían al continente desde 1554; pero no les era fácil hallar un lugar de refugio. En Francia se los veía con desagrado, y los luteranos alemanes eran tan desafectos a los sacramentarios ingleses como a los católicos. Algunos fueron a Wesel, donde se los toleraba de mala gana (6). Pedro Mártir

(1) Lingard, VII, 195 s.

(2) Gairdner, 365.

(3) Ibid.

(4) Brown, VI, 1, n. 434, p. 386.

(5) Ibid. y Gairdner, 370 ss.

(6) Melancthon intercedió por ellos con el ayuntamiento de Wesel en un dictamen de 19 de noviembre de 1556 (Corp. Reform., VIII, 908), pero escribe en 29 de marzo de 1557: *Exulibus Gallicis et Anglicis doleo meam*

Vermigli procuró a otros lugar de morada en Estrasburgo; muchos se encaminaron a la calvinista Suiza, Juan a Lasco fué al fin a Polonia y Coverdale a Dinamarca (1).

Un punto principal de reunión para los fugitivos fué Francfort del Main. Allí obtuvieron de los protestantes fugitivos franceses el uso común de una iglesia, con cuya ocasión se suscitó al punto la cuestión sobre si también en Francfort se había de usar el Libro de la Oración Común, propio de los ingleses. Primeramente se llegó a una avenencia, muy luego volvió a haber división, después que Juan Knox se presentó como predicante, por segunda vez se vino a una conciliación, y poco después vióse «hervir ardorosamente» de nuevo la contienda. Cuando Ricardo Cox llegó de Inglaterra con nuevos fugitivos, la pequeña comunidad de Francfort se dividió en knoxianos y coxianos. Juan Knox predicaba desde el púlpito contra Cox; pero un amigo de éste halló medio de alejar de Francfort al incómodo agresor. Acusó a Knox ante el magistrado de que en uno de sus escritos (2) decía, que el emperador no era menos enemigo de Cristo que Nerón, y de que lanzaba imprecaciones contra la reina de Inglaterra (3). Calvino, que ya antes había intervenido en la contienda (4), pidió cuenta a la comunidad inglesa de Francfort de la expulsión de Knox. Ella se defendió en una carta que, entre otras cosas, contiene la notable confesión de que al furioso escrito incendiario de Knox se debía en no pequeña parte la persecución inglesa (5).

intercessionem lenissime scriptam non profuisse apud Fesulanos (= los de Wesel; *ibid.*, IX, 121). Asimismo aconsejó Melanchton, en 13 de julio de 1557, que se permitiese estar en Francfort a los fugitivos ingleses (*ibid.*, IX, 179).

(1) Gairdner, 391 s.

(2) Faithfull Admonition of Christians, concerning the present troubles of England: Works, III, 257.

(3) Calvini opera, XV (Corp. Reform., XLIII), 337, 370, 393, 422, 447, 523, 551, 558. Dictionary of National Biography, XXXI, 312 s. Gairdner, 391 s.

(4) Carta de 18 de enero de 1555, loc. cit., 393 ss.

(5) Hoc tibi affirmare possumus, vesanum illum Knoxi libellum plurimum olei igni persecutionis in Anglia addidisse. Nam ante illum editum libellum ne unus quidem ex fratribus nostris mortem fuerat perpressus: simul atque ille prodiit, in quam multos optimos viros flammis saevitum sit ad vos pervenisse non dubitamus. Angli Francofordienses Calvino 20 sept. 1555 (Opera Calvini, XV [Corp. Reform., XLIII], 780 s.). Porque los fugitivos ingleses en todas partes, en Italia, Alemania, Francia, esparcían malos rumores contra el gobierno y la religión, por noviembre de 1555 se presentó al Parlamento un proyecto de ley, que obligaba a todos los ingleses residentes en países extranjeros, a volver a su patria. Michiel en carta de 11 de noviembre de 1555, publi-

A pesar de reconocerse esto, Inglaterra había sido inundada de libelos por los herejes también durante el año 1555. Escribe Michiel en 13 de mayo, que diariamente se esforzaban algunos bribones por turbar la paz para provocar donde fuese posible una insurrección; y que hacía poco había sido difundido un diálogo lleno de las peores instigaciones contra la religión y el gobierno y contra la persona del rey y de la reina (1). Especialmente produjo mucho estruendo hacia fines del año un escrito, que se dirigía personalmente contra el rey Felipe. En él se pone como un espectro ante los ojos de los ingleses, cómo Felipe II en el reino de Nápoles hollaba los derechos de los naturales del país; y se añade que si María quedaba sin hijos, le haría dar muerte y se apoderaría de Inglaterra. Se conjeturaba que el autor del escrito estaba en Estrasburgo, entre los fugitivos ingleses allí residentes, «los cuales procuraban por todos los medios empujar al pueblo a la rebelión» (2).

También desde Italia trabajaban los fugitivos ingleses contra la reina. Cuando Paulo IV hubo publicado su bula contra la enajenación de los bienes de la Iglesia (3), enviaron ellos al punto este documento a Inglaterra, para aparentar que habían sido revocadas las concesiones de Pole respecto a las propiedades eclesiásticas de Inglaterra (4). Escribe Pole, cuando dió cuenta de ello a Muzzarelli, que nadie se podía figurar cuántos falsos rumores se propagaban para enajenar al Papa los corazones; y que si hablaba sobre ello con la reina, respondía ésta con suspiros y lamentos, diciendo que no tenía ánimo para comunicar a Pole todo lo que a ella se le contaba (5). Especialmente después que Gardiner, cuya mano enérgica era temida de sus adversarios,

cada por Brown, VI, 1, n. 274.—Cf. R. Jung, *La comunidad de fugitivos ingleses en Francfort del Main, desde 1554 hasta 1559*, Francfort, 1910.

(1) Brown, VI, 1, n. 80, p. 70. El rey Felipe consultó por medio de un propio al emperador, si había de proceder contra estos libelos. Carta de Badoer, fechada en Bruselas a 19 de mayo de 1555, *ibid.*, n. 85.

(2) Carta de Badoer, fechada en Bruselas a 3 de diciembre de 1555, *ibid.*, n. 300. El título de este escrito (*A Warninge for Englande etc.*) se halla en Lee, *Dictionary of National Biography*, XXXVI, 348. Cf. la carta de Pole, de 23 de noviembre de 1555 (publicada por Brown, VI, 1, n. 287), quien indica asimismo que este escrito procede de pluma protestante.

(3) V. arriba, p. 84.

(4) Carta de Michiel, de 16 de septiembre de 1555, publicada por Brown, VI, 1, n. 215.

(5) Pole a Muzzarelli en 26 de octubre de 1555, *ibid.*, n. 255.

hubo cerrado los ojos el 12 de noviembre de 1555, tomó creces el aliento de los elementos revolucionarios (1).

La disposición de ánimo que se provocaba en muchos con estas incesantes instigaciones, se manifestaba en estallidos del más crudo fanatismo, y en las conjuraciones y planes subversivos que se estaban siempre renovando. Cuando el domingo de Pascua, 14 de abril de 1555, el sacerdote distribuía la sagrada comunión en la iglesia de Sta. Margarita de Westminster, le hirió un antiguo fraile en la cabeza y en la mano, de modo que quedó tendido como muerto. El malhechor creyó ser impulsado por «el Espíritu Santo» a esta protesta contra la «idolatría»; y declaró que no había tenido valor para ejecutar su empresa ya por Navidad, pero que ahora estaba dispuesto «a morir por el Señor». Foxe dió cabida entre sus «mártires» a este hombre furioso (2). Ya antes había sido mutilada varias veces por la noche una estatua de Sto. Tomás de Cantorbery que estaba sobre la puerta de Mercers Chapel (3); repetíanse con frecuencia violentas irrupciones en las iglesias y profanaciones del Santísimo Sacramento (4), ni tampoco faltaban tumultuosas interrupciones de los divinos oficios después de la ejecución de Cranmer (5).

Por mayo de 1555 un joven se hizo pasar por Eduardo VI, quien, según él, en realidad todavía no había muerto; algunos hicieron ver que le creían y excitaron una sedición (6). Por enero del año siguiente vió la luz pública un impreso, en el que se afirmaba de nuevo que el rey Eduardo vivía aún en Francia, y sólo esperaba un levantamiento del pueblo para desembarcar en Inglaterra (7). Más peligro amenazó otra conspiración, que ya a fines de 1555 había sido tramada por Enrique Dudley, pariente del duque de Northumberland, y sólo a principios de marzo de 1556 llegó a conocimiento del gobierno por la denuncia de uno de los conjurados. Se tenía intento de pegar fuego a Londres por diversas partes, con la con-

(1) Pole al rey Felipe en 23 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 287.

(2) Michiel en 15 de abril de 1555, en Brown, VI, 1, n. 57, p. 50 s. Gairdner, 355.

(3) Michiel en 19 de marzo de 1555, en Brown, VI, 1, n. 32, p. 28. Gairdner, 355.

(4) Michiel, *loc. cit.*

(5) Michiel en 24 de marzo de 1556, en Brown, VI, 1, n. 434, p. 386.

(6) Michiel en 27 de mayo de 1555, *ibid.*, n. 97.

(7) Michiel en 21 de enero de 1556, *ibid.*, n. 358; cf. n. 377.

fusión que tenía que originarse, robar el tesoro real, establecerse en la isla de Wight y desde allí excitar una insurrección en todo el reino (1). Por las declaraciones que se tomaron a los numerosos presos, se puso de manifiesto que los conjurados fueron apoyados por Francia (2), y que la reina con todos los extranjeros había de ser asesinada (3), y en su lugar elevada al trono Isabel (4). Como esposo suyo y soberano consorte estaba designado Courtenay. Las averiguaciones sobre la muy ramificada conjuración duraron todavía hasta bien entrado mayo (5). Apenas se habían terminado, cuando por junio se levantó ya otra nueva revuelta. Un joven, por nombre Cleobury, se hizo pasar por Courtenay, a quien se parecía mucho, y en Sussex se proclamó a sí rey y reina a Isabel. Pero el pueblo nada quiso saber de él; y Cleobury murió el 20 de septiembre la muerte de los reos de lesa majestad (6). En la sedición de Cleobury estaba complicado «un notable hereje, que tenía muchas relaciones con Alemania», de quien da cuenta Michiel por agosto de 1556. Para su mayor seguridad vivía oculto en los bosques, pero de cuando en cuando, disfrazado de diversos modos, salía a los pueblos para alentar a sus correligionarios con la esperanza de mejores tiempos, cuando la religión sería restaurada y tendría fin la «esclavitud» (7). Por marzo de 1557 varios protestantes franceses en unión con algunos fugitivos ingleses intentaron poner en manos de los franceses las dos fortalezas de Hammes y Guisnes, situadas en el territorio de Calais (8). El mes siguiente trajo ya otra nueva traición. Tomás Stafford, hijo de la hermana del cardenal Pole, Ursula, ya antes había sido ardiente adversario del casamiento español de la reina, y probablemente había tenido participación en el levantamiento de Suffolk. Pero se escapó de la prisión, huyendo a Francia,

(1) Michiel en 17 y 24 de marzo de 1556, *ibid.*, n. 429, 434.

(2) Michiel en 30 de marzo y 14 de abril de 1556, *ibid.*, n. 440, 458.

(3) Michiel en 21 de abril de 1556, *ibid.*, n. 461; cf. Soranzo, 14 de abril de 1556, *ibid.*, n. 457.

(4) Lingard, 216 s. Gairdner, 379.

(5) Michiel en 5 de mayo de 1556, en Brown, VI, 1, n. 477.

(6) Lingard, 219. De sus cómplices algunos fueron ya ahorcados por agosto. Murieron arrepentidos y confesando que habían sido inducidos a dar aquel mal paso, por perversas opiniones religiosas. Michiel en 18 de agosto de 1556, en Brown, VI, 1, n. 580.

(7) Michiel en 25 de agosto de 1556, en Brown, VI, 1, n. 585, p. 578.

(8) Lingard, 226.

y allí tuvo parte activa en las intrigas de los protestantes fugitivos de Inglaterra. Su intento era, no solamente derribar a María, sino también hacerse a sí mismo rey. En dos navíos que le había dado el rey de Francia, se embarcó el 18 de septiembre para Inglaterra, e incitó al pueblo a resistir «a los diabólicos planes de María, reina ilegítima e indigna», que quería entregar su país a la esclavitud de los españoles. Pero salió fallida su esperanza de que se le juntarían los hombres a millares. Casi sin sacar la espada fué hecho prisionero Stafford, y acabó su vida el 28 de mayo en Tyburn (1).

Aunque ninguna de estas sediciones tuvo buen éxito, con todo eso perjudicaron a la reputación de la reina. Vióse obligada a condenar a muerte a los culpados o confiscar sus bienes, y con eso su popularidad padeció notablemente. Escribe el embajador veneciano Miguel Surián, que el pueblo bajo de Inglaterra se gozaba en motines y sediciones (2), y su predecesor Michiel dice (3) que los instigadores de revueltas eran disculpados casi por todo el mundo, y que sus pretextos, la expulsión de los extranjeros o la religión, hallaban tácita aprobación. Que tan pronto como un hombre de importancia se pusiese a la cabeza, habría indudablemente un levantamiento en todo el reino y correría peligro la vida de la reina.

Acerca de semejantes juicios se habrá de tener ciertamente ante los ojos, que los embajadores no conocían de cerca más que el estado de la capital. La gente campesina estaba a la verdad descontenta, porque en los años de 1555 a 1557 la cosecha fué extraordinariamente mala y reinaba el hambre (4). Si, pues, a pesar de eso, las rebeliones de Stafford y de otros hallaron tan poco apoyo y favor, el descontento de las extensas clases populares no puede haberse dirigido contra el gobierno en la medida que creían los embajadores venecianos, y la excitación de las mu-

(1) A. F. Pollard en el *Dictionary of National Biography*, LIII, 460. Lingard, 226 s. Surián (embajador de Venecia en Londres) en 29 de abril de 1557, en Brown, VI, 2, n. 870. El rey de Francia negó tener parte en la conjuración; v. *ibid.*, n. 896, 926; pero cf. n. 926, p. 1150.

(2) En 29 de abril de 1557, en Brown, VI, 2, n. 870.

(3) Relación de 13 de mayo de 1557, *ibid.*, n. 884, p. 1056.

(4) Relación de Michiel al senado de Venecia de 1557, en Brown, VI, 2, n. 884, p. 1068, 1085. Michiel en 27 de octubre de 1555, *ibid.*, VI, 1, n. 258. Surián en 21 de abril y 1.º de junio de 1557, *ibid.*, VI, 2, n. 863, 912.

chedumbres fué provocada por otros motivos que por las severas disposiciones contra los protestantes (1).

Mientras el gobierno se esforzaba a su modo con medios de fuerza y de rigor en proteger a la antigua Iglesia restablecida, el cardenal Pole consideraba como incumbencia suya la renovación y cuidado de la vida religiosa entre los católicos.

De todo en todo no podía ciertamente sustraerse Pole de la política. No solamente era legado para la Iglesia de Inglaterra, sino también para la reconciliación de los príncipes contendientes, y el Papa Marcelo II, tan pronto como subió al trono, le había confirmado por un breve entrambas legaciones (2). Pole se dedicó con gran celo al cargo de pacificador (3). El 23 de mayo, día de la elección de Paulo IV, bajo la personal presidencia del legado se abrió una conferencia de la paz en Marck, junto a Gravelines. Había sido elegido como lugar de las negociaciones este insignificante pueblecillo, porque en él concurrían en un punto el territorio inglés, flamenco y francés (4). La conferencia terminó el 7 de junio sin ningún resultado (5). Paulo IV confirmó asimismo entrambas legaciones de Pole, primeramente de palabra, y después por un breve particular de 23 de diciembre de 1555 (6). En la nueva conferencia de la paz que se celebró en Vaucelles desde el 25 de diciembre de 1555 hasta el 5 de febrero de 1556, no tuvo parte a la verdad personalmente el cardenal inglés, pero su delegado Parpaglia ejerció no pequeño influjo sobre las negociaciones (7). Demás de eso trabajó también Pole con mucho celo en favor de la paz por medianeros y cartas al rey de Francia, a Felipe II y al emperador (8).

Hacia fines de agosto de 1555 el legado había tenido que tomar a su cargo todavía otra incumbencia política. Antes de salir el rey Felipe del suelo inglés, ante el Consejo real reunido expresó a Pole el deseo de que en su ausencia fuese el apoyo y

(1) Nonciat. de France, II, 359.

(2) Michiel en 6 de mayo de 1555, en Brown, VI, 1, n. 72.

(3) Michiel en 6 de agosto de 1555, *ibid.*, n. 176.

(4) Michiel en 27 de mayo de 1555, *ibid.*, n. 92; cf. Michiel en 9 de mayo de 1555, *ibid.*, n. 75.

(5) Priuli en 7 de junio de 1555, *ibid.*, n. 126.

(6) Raynald, 1555, n. 35; cf. Pole a Paulo IV en enero de 1556, en Brown, VI, 1, n. 360.

(7) Riess, 85; cf. Brown, VI, 1, n. 322, 363.

(8) Cf. Brown, VI, 1, n. 258, 269, 293, 329, 400, etc.

consuelo de la reina, y tuviese una especie de intendencia o inspección sobre el gobierno. Pole contestó con frases corteses, que sin permiso del Papa no podía ocupar semejante posición (1). Para el consuelo personal de la reina estableció su morada por largo tiempo en el palacio real (2), pero se sustrajo de los negocios seculares cuanto era posible, y parece que nunca asistió al Consejo de Estado (3).

Después de la partida de Felipe fué especialmente la cuestión de los bienes eclesiásticos todavía no del todo resuelta, en la que demandó la reina el consejo de Pole. Con el despojo de las posesiones de la Iglesia perpetrado en tiempo de Enrique VIII, quedó el clero empobrecido (4). En particular había una serie de cargos de cura de almas, llamados rectorados, que anteriormente fueron administrados por las Órdenes religiosas, pero desde la supresión de los conventos, a causa de la absoluta insuficiencia de la renta, se hallaban en manos de gente sin ciencia ni firmeza moral (5).

Un cambio de este estado lamentable sólo podía esperarse de la generosidad de los fieles. Aconsejada por Pole (6), resolvióse María a proceder aquí con su ejemplo. Más de ochocientos rectorados se hallaban en posesión del gobierno (7). Además Enrique VIII, como cabeza de la Iglesia, había reclamado para sí los diezmos y frutos del primer año de las prebendas eclesiásticas. María sentía ahora su conciencia intranquila por razón de que, a pesar de haber renunciado al derecho de supremacía sobre la Iglesia, seguía aún percibiendo estas rentas (8). Añadíase a esto, que si bien era verdad que Pole en la reunión de Inglaterra con Roma había prometido, que la Iglesia no reclamaría sus robadas propiedades, con todo rehusaba dar la otra declaración de que los poseedores de bienes eclesiásticos podían estar tranquilos en conciencia (9).

(1) Michiel en 3 de septiembre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 204. Pole a Carafa en 10 de octubre de 1555, *ibid.*, n. 244. Paulo IV aprobó la conducta de Pole en este asunto; v. Michiel en 25 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 289, p. 261.

(2) Brown, VI, 1, n. 200, 251.

(3) Michiel en 3 de septiembre de 1555, *ibid.*, n. 204, p. 178 s.

(4) Cf. Brown, VI, 1, n. 14.

(5) Michiel en 25 de noviembre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 289.

(6) Michiel en 1.º de julio de 1554, *ibid.*, n. 150; cf. n. 14, p. 10.

(7) Michiel en 25 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 289, p. 261. *Ibid.*, n. 14, p. 11, se dice que el número de estos rectorados subía a 700.

(8) *Ibid.*, p. 260.

(9) *Ibid.*, n. 14; VI, 2, p. 1075.

De mala gana había consentido Felipe antes de su partida, en la inmediata renuncia a los bienes eclesiásticos; también los ministros suscitaron dificultades, porque la corona misma padecía falta de dinero, y precisamente en octubre de 1555 tuvo que pedir subsidios al Parlamento. Pero María permaneció inmutable, afirmando que para asegurar la salvación de su alma no le sería demasiado renunciar a diez coronas reales (1). Ya a principios de abril había prometido la reina a Pole la devolución de los bienes eclesiásticos; pero varios expertos jurisconsultos declararon, que el secuestro de estos bienes fué confirmado por el Parlamento, y por eso tampoco podía ser anulado sin aprobación del mismo Parlamento (2).

Con todo, no era tan fácil alcanzar esta aprobación. El Parlamento, que se reunió el 21 de octubre, contaba entre sus miembros a muchísimos que eran poseedores de bienes de la Iglesia, y en modo alguno deseaban que les precediese el trono con un ejemplo de generosidad y sacrificio (3). Demás de eso, no había aún desaparecido el recelo y temor de que la Iglesia, a pesar de todas las concesiones, quisiese al fin obligar todavía a la devolución de los bienes robados; al contrario, había recibido nuevo pábulo con la bula de Paulo IV sobre la restitución de las propiedades eclesiásticas, y los enemigos del gobierno andaban diligentes en aprovecharse de esta situación de las cosas (4). Por eso, según opinión de Pole, era enteramente necesaria una declaración del Papa, de que esa bula no tenía aplicación ninguna a Inglaterra, y repetidas veces suplicó a Roma que se le enviase tal declaración (5). Gardiner en 23 de octubre leyó en el Parlamento una bula, que confirmaba las concesiones de Pole; y al mismo tiempo aseguró el canciller de Estado, que no se pensaba en exigir de otros la generosidad que manifestaba la reina (6).

La Cámara Alta se acomodó ahora a los deseos de María con

(1) Lingard, 212 s.

(2) Pole a Morone en 9 de agosto de 1555, en Brown, VI, 1, n. 179.

(3) Michiel en 27 de octubre y 3 de diciembre de 1555, *ibid.*, n. 258, 297.

(4) Cf. arriba, p. 324; Pole a Muzzarelli en 26 de octubre de 1555, *ibid.*, n. 255.

(5) En 9, 18, 28 de agosto, 16 de septiembre y 11 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 179, 188, 196, 217, 276.

(6) Michiel en 27 de octubre de 1555, *ibid.*, n. 258. Ya por septiembre se había leído públicamente la bula en la catedral de S. Pablo. Tytler, *Edward and Mary*, II, 483; *Dictionary of National Biography*, XLVI, 43; cf. abajo, p. 332 s.

todos sus votos fuera de dos, pero en la Cámara Baja continuó todavía la resistencia. Entonces María llamó a sí a sesenta miembros del Parlamento, y con la voz profunda y sonora que le era propia, les dirigió ella misma una conmovedora alocución sobre sus intentos. Declaró que la Providencia la había elevado al trono para que restableciese la religión. Pero que los esfuerzos que había hecho hasta entonces respecto a eso, no le podían traer a ella misma ninguna utilidad, si no descargaba su conciencia de una doble injusticia, de la posesión de los rectorados, como también de los diezmos y frutos del primer año. Terminó diciendo con «acento muy enérgico», que si hasta el presente habían mostrado tanto amor a su persona, acreditasen un amor todavía mayor de la salvación de su alma; que de lo contrario cualquier otro amor no tendría a sus ojos valor ninguno (1).

Después que hubo concluido, uno de los miembros del Parlamento quiso replicarle; pero sus propios colegas obligaron a callar al atrevido, pues sólo el presidente de la Cámara, el llamado *speaker*, tenía el derecho de responder al soberano. Después expuso Pole, que de la renuncia a los diezmos y a los primeros frutos no se originaba ninguna pérdida real a la corona, puesto que al mismo tiempo quedaba también ella libre de la obligación de pagar sus pensiones a los frailes expulsados y a los sacerdotes que en el cambio de religión se habían retirado como laicos a la vida privada; pero que los estipendios de los rectorados, después de su restablecimiento, redundarían en provecho de los hijos de la nobleza y del pueblo, lo cual era de mayor utilidad para el bien común que si pasasen al erario (2).

El discurso de Pole había sido oído con señales de general aprobación; pero el temor de las consecuencias que tal vez podían resultar de la aceptación del real proyecto de ley, dominaba todavía los ánimos. El 2 de diciembre entregóse el proyecto a una comisión para que deliberase sobre él; y el día siguiente hubo debate acerca del mismo a puertas cerradas, desde el amanecer hasta las tres de la tarde, después de lo cual llegó a aceptarse la ley por 183 votos contra 120 (3).

(1) Michiel en 25 de noviembre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 289.

(2) Ibid.

(3) Michiel en 3 de diciembre de 1555, *ibid.*, n. 297; en 3 de diciembre de 1555, n. 298.

En este proyecto, como en la concesión de subsidios, había empeñado sus últimas fuerzas el canciller Gardiner, aunque ya enfermo de muerte (1). El 12 de noviembre sucumbió a tan excesivos esfuerzos, profundamente llorado, así de Pole como de la reina. Había sido un fiel y sumamente hábil servidor de su princesa; todos convenían, refería Michiel el día antes de la muerte de Gardiner, en que para el cargo de canciller no se podía desear persona mejor ni más idónea (2). Pero Pole escribía el mismo día, que no parecía sino que la justicia y la religión habían de morir junto con Gardiner, pues tanto alentaba su desaparición de la vida pública a los elementos inquietos, a los cuales tan varonilmente había combatido (3).

A la muerte de Gardiner la mayor parte de la nobleza deseaba ver a Pole investido de la dignidad de canciller. El legado rehusó este ofrecimiento; pues, como advirtió él, tenía que dedicar su actividad a los negocios eclesiásticos, y no podía encargarse de ningún otro (4). Paulo IV aprobó la conducta de su legado (5).

Los asuntos puramente eclesiásticos ofrecían ciertamente ancho campo para el celo reformador de Pole. Estaba resuelto a consagrar toda su energía a la renovación religiosa de su patria; ni siquiera para asistir al conclave después de la muerte de Julio III, quiso el «desinteresado» (6) asceta dejar a Inglaterra (7), aunque el emperador le exhortó a partir para Roma (8), y lo mismo que Felipe de España (9), estaba dispuesto a apoyar su elección para Papa (10).

Las primeras disposiciones y concesiones de Pole en el terreno eclesiástico (11) las había Paulo IV no solamente aprobado de palabra en presencia de la embajada inglesa, sino también confir-

(1) Pole al rey Felipe en 26 de octubre de 1555, *ibid.*, n. 256.

(2) 11 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 274, p. 245.

(3) *Ibid.*, n. 275.

(4) Michiel en 18 de noviembre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 282, p. 252. Soranzo en 27 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 293.

(5) Pole a Morone en 5 de febrero de 1556, *ibid.*, n. 378.

(6) Michiel en 8 de abril de 1555, *ibid.*, n. 48.

(7) Sobre los motivos que le retuvieron, v. su carta a de las Naves de 8 de abril de 1555, *ibid.*, n. 51.

(8) Badoer en 31 de marzo de 1555, *ibid.*, n. 41.

(9) Michiel en 15 de abril de 1555, *ibid.*, n. 57.

(10) Badoer en 7 de abril de 1555, *ibid.*, n. 48; cf. arriba, p. 8 ss.

(11) V. vol. XIII, 270 s.

mado de nuevo expresamente por una bula formal en 20 de junio de 1555 (1). Según ella, habían de tener validez la renuncia a los bienes eclesiásticos y todo lo que se había ordenado y dispuesto conforme a derecho durante el cisma; pero a los clérigos que habían recibido las órdenes de obispos inválidamente consagrados, se les imponía la obligación de hacerse ordenar por su obispo. Como se suscitasen dudas sobre el sentido de esta última prescripción, expidióse en 30 de octubre de 1555 un nuevo breve pontificio, del cual se saca claramente, que las órdenes que se confirieron según el formulario de Eduardo VI, en Roma fueron consideradas como inválidas (2). Ya antes, de los siete prelados anglicanos que en 1554 perdieron sus sedes, tres habían sido depuestos por causa de la invalidez de sus consagraciones (3).

El proveer en sujetos dignos las sedes episcopales y parroquias huérfanas, lo consideraba Pole como la primera y más importante disposición de reforma. Julio III en 6 de julio de 1554 había ya aprobado la elección y consagración de cinco obispos ingleses (4), y Paulo IV en el consistorio de 21 de junio de 1555 dió la confirmación pontificia a otros seis prelados de Inglaterra (5). Los vacíos originados por la muerte fueron otra vez llenados por medio de nuevos nombramientos (6). En el reinado de María, las

(1) Bula *Praeclara carissimi*, descubierta por Gasquet en 1895 (cf. *Civiltà catt.*, 1895, II, 562 s.), e impresa en parte en la *American Eccles. Review*, XIII (1895), 42, y en su totalidad en los *Docum. ad legat. card. Poli spect.*, 18 s., en *The Tablet*, LXXXVI (1905), 499 s. y en Brandi, *Delle ordinaz. anglic.*, Roma, 1908, 171 s.

(2) Breve *Regimini*, asimismo descubierto por Gasquet en 1895, e impreso en la *American Eccles. Review*, XIII (1895), 43 s., en los *Docum. ad legat. card. Poli*, 27 s. y en el *Katholik*, 1895, II, 275; cf. Bellesheim en las *Hojas Histórico-políticas*, CXIX, 436 s.

(3) Green en la *Dublin Review*, CXVII (1895), 109.

(4) V. vol. XIII, 258. Eran Juan White de Lincoln, Mauricio Griffith de Rochester, Jaime Brooks de Gloucester, Enrique Morgan de St. Davids, y Gilberto Bourne de Bath y Wells. Al mismo tiempo aprobó Julio III la traslación de Roberto Warton a St. Asaph, y confirmó a Jorge Day para Chester.

(5) Raynald, 1555, n. 25. Eran Juan Hopton de Norwich, Juan Holyman para Bristol (v. *Engl. Hist. Rev.*, XII [1897], 303-307), Jaime Turberville para Exeter, Guillermo Glyn para Bangor, Tomás Stanley para Sodor y Man, y Rodolfo Baynes para Coventry-Lichfield. Al mismo tiempo fueron confirmados Nicolás Heath para York y Tomás Thirlby para Ely, y nombrado para Dublín Hugo Curwin. Goldwell fué consagrado en Roma.

(6) Así Cutberto Scott recibió en 1556 el obispado de Chester, en 1557 fueron nombrados David Pole para Peterborough, Juan Christopherson para

sedes episcopales fueron provistas generalmente en varones doctos e idóneos (1). Christopherson, obispo de Chichester, es tenido como el fundador de los estudios griegos en Cambridge, y suministró la primera traducción, aunque todavía imperfecta, de los historiadores eclesiásticos griegos (2). Baynes fué uno «de los principales restauradores de las letras hebreas» en las Islas Británicas (3), y Glyn, obispo de Bangor, según testimonio de los protestantes, «un notable literato y gran hebraísta», y un «varón bueno y religioso a la manera de aquel tiempo» (4). Holyman, prelado de Bristol, opuesto al divorcio de Enrique VIII, se había conquistado «gran fama por su ciencia y la santidad de su vida», y Scott obispo de Chester, «excitó la admiración de sus amigos y la ira de sus enemigos», por el celo con que velaba por su diócesis (5). Al igual que él, se habían señalado por su fidelidad a la Iglesia en tiempo de Eduardo VI, Christopherson, Goldwell, Glyn y Holyman (6); y si bien otros no salieron en todo intachables de este tiempo de prueba, sin embargo Day, Heath, Bonner y Gardiner habían sufrido por su fe la cárcel y la deposición (7), y con sola una excepción, demostraron todos más tarde en el reinado de Isabel con su firmeza, que el celo que manifestaron en tiempo de María, por el restablecimiento de la religión católica, estribaba en una sólida persuasión. Cuando al llamamiento del legado se juntaron en sínodo los obispos de Inglaterra, escribía el embajador veneciano Michiel, que Pole como todo el mundo los tenía por hombres ejemplares, que eran doctos, guardaban residencia y que no les faltaba celo en el predicar y enseñar (8).

El sínodo había sido convocado para tomar determinaciones

Chichester, Owen Oglethorpe para Carlisle y Roberto King fué trasladado a Oxford.

(1) Cf. T. E. Bridgett and T. F. Knox, *The true history of the Catholic Hierarchy deposed by Queen Elizabeth*, London, 1889; Spillmann, II, 34 ss. Sobre Goldwell v. Th. Knox en *The Month*, 1876, I, 53 ss., 129 ss.; Hojas Histórico-políticas, LXXX (1877), 962 ss.; sobre Watson v. Bridgett en el prólogo de la nueva impresión de los *Sermons on the Sacraments* de Watson, Londres, 1876; cf. Hojas Histórico-políticas, loc. cit., 866 ss.

(2) *Dictionary of National Biography*, X, 294.

(3) *Ibid.*, III, 456.

(4) *Ibid.*, XXII, 11.

(5) *Ibid.*, LI, 15.

(6) *Ibid.*, X, 293; XXII, 11, 97; XXVII, 214.

(7) V. vol. XIII, 229.

(8) Michiel en 4 de noviembre de 1555, en Brown, VI, 1, n. 269.

sobre la distribución de los bienes eclesiásticos cedidos por la corona y suprimir abusos (1). En el asunto de los bienes de la Iglesia, la asamblea del alto clero, que solía siempre celebrar sus sesiones al mismo tiempo que el Parlamento, había ya compuesto el bosquejo de un decreto. El ulterior arreglo de este negocio prolongó mucho el sínodo. Abierto el 4 de noviembre de 1555 (2), no tuvo fin provisionalmente sino a mediados de febrero, cuando al comenzar la cuaresma los obispos tuvieron que volverse a sus diócesis (3). El 10 de noviembre de 1556 había de juntarse de nuevo el sínodo; pero fué diferido para el 10 de mayo de 1557, y después no llegó a reunirse más (4). Además de las negociaciones sobre los bienes eclesiásticos, ocupóse principalmente la asamblea en la reforma del clero. Al cerrarse el sínodo, publicáronse el 10 de febrero los decretos de reforma (5). En general nada nuevo contienen, sino inculcan la observancia de las leyes eclesiásticas que desde mucho antes estaban vigentes. Con todo, uno de los decretos forma el germen de un desenvolvimiento muy fructuoso, y ha ejercido influjo mucho más allá de los confines de Inglaterra. Es el caso que para remediar en Inglaterra la falta de sacerdotes, ordenó Pole la institución de seminarios de jóvenes. Este decreto (6) fué para el concilio de Trento el ejemplar y el modelo de su célebre ley sobre los seminarios, de tan importantes consecuencias (7). La palabra y el concepto de

(1) Así indica Pole mismo (carta al rey Felipe de 11 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 275) el fin del sínodo.

(2) Michiel en 4 de noviembre de 1555, *ibid.*, n. 269.

(3) *Carta de Pole a Paulo IV (*Bibl. Casanat. de Roma*, XX, 1, 36. Un extracto de ella se halla en Brown, VI, 1, n. 395, con la fecha exacta de 19 de febrero de 1556). El discurso que tuvo el deán de Durham, Tomás Watson, al cerrarse el sínodo, ha sido publicado en traducción inglesa por J. Moyes en la *Dublin Review*, CXIX (1896), 415 ss.

(4) Paulo IV envió una carta laudatoria al sínodo y a Pole; ambas se hallan en Raynald, 1555, n. 33 y 34.

(5) *Reformatio Angliae ex decretis Reginaldi Poli*, Roma, 1562, escrito que se halla reimpresso en Labbe, *Concilia*, XIV, 1733 ss.; Le Plat, IV, 570 ss.; Rocaberti, *Bibliotheca maxima Pontificia*, XVIII, 350 ss. Un resumen de los decretos da Pole mismo en su carta a Morone de 19 de febrero de 1556, publicada por Brown, VI, 1, n. 396. Cf. Zimmermann, *María*, 120 s.

(6) Decr. 11, Rocaberti, 362.

(7) Sess. 23, de ref. c. 18. La consonancia es en parte literal. Afinidad mucho mayor todavía con el decreto de Pole se halla en el primer bosquejo del decreto del Concilio Tridentino; está impreso en Martène - Durand, *Amplissima Collectio*, VIII, París, 1733, 1335, y traducido al alemán en M. Sieben-

Seminario hallaron acogida en Trento por el decreto de Pole (1).

La falta reinante de sacerdotes la remediaron también Pole y María con la restauración de los monasterios destruidos. Los dominicos y franciscanos, que habían huído de la persecución refugiándose en Flandes, volvieron en parte y fueron tratados por el pueblo con gran honra (2). Por marzo de 1555, dieciséis benedictinos habían vestido de nuevo su hábito, y vuelto al monasterio, aunque ellos, como el abad Feckenham, con carácter de sacerdotes seculares, habían ejercido cargos honrosos y lucrativos (3). El convento de franciscanos de Greenwich, por noviembre de 1555 contaba otra vez veinticinco religiosos, los benedictinos volvieron a obtener su abadía de Westminster, los cartujos su célebre monasterio de Sheene, y también fué restablecido el convento de religiosas de Sión (4). Michiel escribe en 1.º de julio de 1555, que de día en día renacían de las ruinas, por los afanes de Pole, hospitales, monasterios e iglesias (5).

En todo lo concerniente a la religión desplegó Pole generalmente una extensa actividad reformatoria. Nombró visitadores para las Universidades de Cambridge y Oxford (6). Aparecieron nuevas impresiones de libros litúrgicos, que en tiempo de Eduardo VI habían sido en gran medida destruidos (7), algunas de las cuales se hicieron en París y Ruán. Publicáronse libros auxiliares para los predicadores y escritos para instrucción de los católicos, entre los cuales las obras de Tomás More (8). El 20 de marzo de 1557 fué ordenado Pole de sacerdote, y el 22 consagrado arzobispo de Cantorbery, y como tal supo «con su mansedumbre, prudencia y sabiduría», reformar de tal modo esta diócesis, «la más pervertida» de todo el reino, que, a juicio del embajador veneciano, podía ser tenida como ejemplo, no sólo para Inglaterra,

gartner, *Escritos e instituciones para la formación de los eclesiásticos*, Friburgo, 1902, 361, donde se señalan las consonancias.

(1) Así lo dice Siebengartner, loc. cit., 85.

(2) Michiel en 19 de marzo de 1555, en Brown, VI, 1, n. 32.

(3) Ibid.; cf. Martín, Pole, 113.

(4) Michiel en 4 de noviembre de 1555, 28 de septiembre y 16 de noviembre de 1556, en Brown, VI, 1, n. 269, 634, 704. Ibid., VI, 2, p. 1074, nota, hay una enumeración de las casas restablecidas.

(5) Brown, VI, 1, n. 150.

(6) Gairdner, 381 s.

(7) F. G. Lee, *Reginald Pole*, London, 1888, 211.

(8) Zimmerman, *María*, 117.

sino también para Francia y muchas partes de Italia (1). Fuera de esto, también en todas las demás comarcas de Inglaterra volvió a florecer la religión católica. El protestante Jewell, en una carta a Vermigli de 20 de marzo de 1559, se lamentaba de que en Oxford había retrocedido de tal suerte el protestantismo, principalmente por la actividad del docto dominico Domingo Soto, que apenas se hallaban ya dos protestantes (2). También en otras partes, según testimonio de Jewell, en tiempo de María muchos herejes volvieron a la antigua Iglesia y permanecieron constantemente fieles a ella aun más tarde en los primeros años del reinado de Isabel (3). Los sacerdotes mostraron en una epidemia heroico espíritu de sacrificio; y el clero y los seglares competían en adornar de nuevo las iglesias restauradas y proveerlas de todo lo necesario para la digna celebración de los divinos oficios (4).

Pero a pesar de estos progresos que tanto prometían, y «aunque la parte mucho mayor y más influyente del pueblo era aún sinceramente adicta a la fe y al culto de los antepasados» (5), era con todo imposible, que durante su corto reinado pudiese María desarraigar el protestantismo, especialmente entre la nobleza, en Londres, en las ciudades industriales y marítimas. Dice Michiel en 1557 (6) de esta clase de gente, que es la única que conoce de cerca, que exteriormente y según las apariencias, gracias a la autoridad de la reina y al celo del legado, crecía en ella de día en día y echaba raíces la religión católica; pero que a la apariencia no correspondía la realidad. Que los ingleses estaban dispuestos a mudar de religión según la voluntad del príncipe, y serían capaces de hacerse hasta mahometanos y judíos, para agradarle; y que de este modo volverían a aceptar también con el tiempo la religión católica, si no temiesen que algún día se les hiciera devolver los bienes eclesiásticos.

Grave perjuicio amenazó al buen éxito de la restauración católica, cuando Inglaterra en la guerra de Felipe contra Francia y el Papa, tomó las armas en favor de España.

(1) Surián en 21 de abril de 1557, en Brown, VI, 2, n. 863.

(2) Zürich Letters, translated by Robinson, First series, London, 1848, 10. Zimmermann, María, 121 s.

(3) Zimmermann, 122 s.

(4) Ibid., 114, 118.

(5) Juicio de J. Stevenson en The Month, LXXIX (1893), 24.

(6) Brown, VI, 1, n. 884, p. 1074 s.

Inglaterra tenía suficiente motivo para declarar la guerra a Francia. En todas las rebeliones y conspiraciones contra la reina inglesa había intervenido el rey francés o su embajador Noailles, y en todas partes procuraba suscitarle dificultades la política francesa. A pesar de eso, no le fué fácil a Felipe, que desde el 17 de marzo hasta el 6 de julio residió de nuevo en el suelo inglés, conseguir la declaración de guerra. Los consejeros de la reina hacían valer la pobreza de la corona, que no permitía una guerra, y alegaban los capítulos matrimoniales de María, que excluían expresamente la participación de Inglaterra en las guerras de España. Efectuóse entonces por abril, con apoyo de Francia, la tentativa de levantamiento de Stafford, y la irritación por esta nueva indignidad alcanzó lo que Felipe hasta entonces no había podido conseguir. Declaróse la guerra a Francia, y con esto se creó para Pole la difícil situación, de que su soberano era enemigo del Papa y su reina combatía al aliado del Sumo Pontífice (1).

Pole había disuadido la guerra con Francia (2); y cuando Felipe residía en Inglaterra, evitaba públicamente al adversario del Papa, y sólo en la oscuridad de la noche, y sin ningún acompañamiento, iba a hacerle una visita como a su soberano (3). A pesar de este discreto proceder, quedó también complicado en el conflicto que se había originado entre Paulo IV y los españoles.

Felipe había dado orden a todos los súbditos de España de salir de Roma. El Papa respondió a eso, mandando en el consistorio de 9 de abril de 1557 hacer volver de los países de Felipe a todos los nuncios y enviados, para que el rey no los tratase como a rehenes. Pole no fué llamado de Inglaterra, pero, como Paulo IV declaró expresamente, perdió su dignidad de legado, la cual, a la verdad, difícilmente se podía juntar con el cargo de presidente del Consejo de Estado. A ninguno de los cardenales se le consultó en el consistorio su opinión sobre este paso, y nadie se atrevió a oponer contradicción (4).

(1) Lingard, 228 s.

(2) Soranzo en 7 de febrero de 1557, en Brown, VI, 2, n. 810.

(3) Soranzo en 13 de abril de 1557, *ibid.*, n. 858, p. 1015. Navagero en 8 de mayo de 1557, *ibid.*, n. 880, p. 1039.

(4) Navagero en 10 de abril de 1557, en Brown, VI, 2, n. 855; cf. n. 856; v. también Turnbull, n. 586, 589 s. Ya a fines de 1556, Paulo IV había sido de opinión de que Pole tenía que salir de Inglaterra; en ello persistió a pesar de las representaciones en contra de Morone; v. la *carta de Morone a Pole, fechada

La noticia de estos sucesos, que se extendió rápidamente hasta Inglaterra, produjo allí asombro general, y entre los amigos de Pole la mayor consternación. La reina y los obispos dirigieron al punto cartas al Papa, suplicándole dejase a Pole en sus dignidades (1). El embajador inglés en Roma, Eduardo Carne, trabajó con mucho ardor en el mismo sentido. El 15 de mayo obtuvo de Paulo IV una audiencia, en la que explicó qué desconcierto habría de originarse en Inglaterra si Pole ya no fuese legado. El Papa comprendió lo precipitado de su paso; con todo, no quiso deshacer al punto lo que se había hecho públicamente. Pero cuando el cardenal Médici le preguntó cómo se había de asentar en las actas consistoriales la deposición de Pole, declaró que Pole conservaba la dignidad de *legatus natus*, la cual quedaba unida de una vez para siempre con la sede arzobispal de Cantorbery, y que se anotase esto en las actas.

Hasta entonces Pole había tenido conocimiento de su deposición sólo por los rumores que corrían, porque la reina hizo interceptar y retener el breve pontificio sobre la deposición del legado hasta haber hecho representaciones en Roma (2). En 25 de mayo expuso el cardenal en una carta al Papa la situación de las cosas de Inglaterra (3). Díjole que su deposición la interpretaba de tal suerte, que había de perder *entrambas* legaciones, tanto la dignidad de *legatus a latere*, como la de *legatus natus* (4). Pero que si absolutamente ningún legado residiese ya en el país, resultaría de ello gran daño para el progreso de la religión y para el crédito de la Silla romana. Que, por tanto, si el Papa no estaba contento del que hasta entonces había sido legado, nombrase a otro para esta dignidad. Qué no importaba tanto la personalidad del legado; y que él de buena gana favorecería y apoyaría de todos modos al nuevo nombrado, si el Papa estaba conforme con ello. En una carta a Esteban Sauli, de la misma fecha, añadía aún el aseguramiento de que obedecería al Papa con pronta voluntad;

en Roma a 28 de noviembre de 1556. Arm. 64, t. XXXII, p. 215 s. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Pole en 25 de mayo de 1557, en Brown, VI, 2, n. 899. El escrito apologético de Pole se halla en Zimmermann, Pole, 340.

(2) Escrito apologético de Pole, loc. cit.

(3) Publicada por Brown, VI, 2, n. 899, p. 1114; cf. n. 900.

(4) Parece que más tarde mudó su opinión sobre esto, porque hasta su muerte se firma *legatus natus*. Lingard, 234, nota.

pero decía que como su mensajero no había traído de Roma ninguna otra orden pontificia, esperaba ulteriores mandatos (1).

El medio que había indicado Pôle, halló la aprobación del Papa. En 14 de junio nombró en el consistorio cardenal y legado para Inglaterra al franciscano Guillermo Peto (Petow) (2), quien en tiempo de Enrique VIII se había atraído la ira del monarca por su firmeza en la defensa de la Iglesia, por lo cual tuvo que vivir largo tiempo en Roma como desterrado, y ahora había vuelto a su restablecido convento de Greenwich. Junto con el nombramiento de Peto envió un breve a Pole, en el cual se mandaba a éste volver a Roma (3). La elección de Peto fué en todos conceptos desdichada. Carne, a quien el cardenal Carafa la comunicó, replicó con expresiones duras (4), que Peto era un anciano quebrantado, que ya no era capaz de esfuerzo alguno y no servía para el cargo de legado. Peto mismo rehusó el capelo cardenalicio, así como la dignidad de legado, la cual dijo ser para él una carga demasiado pesada (5). María no dejó pasar en Calais al mensajero que traía los breves para Peto y Pole. En común con Felipe había ya ella, a fines de mayo, renovado la súplica de que el Papa dejase en su puesto a Pole (6). Ahora escribió de nuevo, diciendo que si el Papa hasta entonces no había prestado favorable oído a su petición, esperaba que lo haría ahora; y que perdonasen en Roma, si creía ella saber mejor quién era apto para el gobierno del reino (7).

No fué, con todo, posible hacer mudar de sentir a Paulo IV. Mantúvose firme en la designación de Peto, aunque éste mismo escribió a Roma, que no podía dejarse ver en las calles de Londres sin ser escarnecido (8). Asimismo persistió Paulo IV en que Pole se presentase en Roma; porque en el ínterin su causa había

(1) Brown, VI, 2, n. 900.

(2) Actas consistoriales publicadas por Raynald, 1557, n. 43. Carta a los obispos ingleses de 20 de junio de 1557, en la que se comunica la elección de Peto, *ibid.*, n. 44. El breve a Felipe y María del mismo día se halla en Turnbull, n. 637; v. también Massarelli, 311 y Cardella, IV, 369 s.

(3) Navagero en 18 de junio de 1557, en Brown, VI, 2, n. 937.

(4) Se había hecho cardenal a un legno. Al Papa dijo Carne que Peto era un vecchio rebambito (*ibid.*).

(5) Navagero en agosto de 1557, *ibid.*, n. 981.

(6) Navagero en 18 de junio de 1557, *ibid.*, n. 938.

(7) Navagero en 5 de agosto de 1557, en Brown, VI, 2, n. 981.

(8) Instrucciones para Stella de 10 de enero de 1558, *ibid.*, VI, 3, n. 1135.

tomado un rumbo enteramente diverso. La antigua tacha de herejía había sido renovada contra Pole, y en adelante ya no se podía hablar de Pole como legado (1). Por lo demás, Pole mismo había intercedido con la reina para que el mensajero que traía el nombramiento de Peto, pudiese atravesar el canal, y no ejerció más sus poderes como legado, aunque se le instaba a hacerlo (2).

Entre tanto la guerra con Francia se acercaba a su término. Después del glorioso día de S. Quintín (10 de agosto de 1557), siguióse en 8 de enero de 1558 el grave golpe de la pérdida de Calais. La plaza era importante como mercado para el comercio inglés; y tenía aún más elevada significación a los ojos de los ingleses, en cuanto era el último trofeo de las célebres guerras francoinglesas de fines de la edad media. Por eso fué grande la consternación del pueblo y el dolor de la reina, cuando llegaron las nuevas de la pérdida de la fortaleza; las cuales perjudicaron no sólo a la reputación de María, sino también al aprecio y estima de la religión que ella protegía. Desde la conquista de Calais, escribe el conde de Feria a don Felipe (3), ya no se ve en las iglesias sino una tercera parte de los que antes solían allí concurrir para asistir a los divinos oficios.

Calais fué el último gran dolor de la vida de María. Ya hacía mucho tiempo que estaba enferma; a principios de noviembre su estado de salud no ofrecía esperanza alguna. El 6 envió sus joyas a Isabel, suplicándole que mantuviese la antigua religión y tomase a su cargo las deudas de la reina (4). En la mañana del 17 de noviembre, mientras un sacerdote decía misa en su presencia, terminó su vida llena de padecimientos. El cardenal Pole le sobrevivió sólo pocas horas; ya por marzo estaba enteramente quebrantado, de modo que Feria escribía al rey que ya no era más que un hombre muerto (5).

(1) V. arriba, p. 251 s.

(2) Navagero en 7 de septiembre de 1557, en Brown, VI, 2, n. 1024.

(3) Londres 2 de febrero de 1558, en Kervyn de Lettenhove, *Relations politiques des Pays-Bas et de l'Angleterre*, I, 130.

(4) Cristóbal d'Assonville al rey Felipe, Westminster 7 de noviembre de 1558, *ibid.*, 277.

(5) Es un hombre muerto (*ibid.*, 153). Pole fué enterrado en la catedral de Cantorbery (v. Bonelli, *Il sepolcro del card. Polo: Rassegna d'Arte*, 1907). El anillo pontifical que Pole había recibido en la reconciliación de Inglaterra con Roma, se pudo ver en 1910, en la exposición que iba unida al congreso de ingleses católicos, celebrado en Leeds. La noticia de la muerte de María y Pole llegó a Roma el 10 de diciembre de 1558; v. Massarelli, 328.

María fué, sin duda, la mejor de las reinas inglesas; no solamente perteneció al número de las mujeres más cultas de su tiempo—pues sabía cinco lenguas y poseía muchos conocimientos en la literatura latina,—sino que, junto con una inmaculada pureza de costumbres, mostró singularmente gran bondad de corazón. Para distraerse, iba de buena gana con sus damas, sin ser conocida, a las chozas de los pobres, se enteraba de sus necesidades y las remediaba donde podía (1).

Pero como es la mejor, así es también la más desgraciada de las princesas que se han sentado en el trono de Inglaterra. Prescindiendo de los primeros años de su niñez, su vida fué sólo una cadena de penas y profundos dolores interiores, que minaron tempranamente su salud corporal. En los años de su juventud tuvo que ver pospuesta y menospreciada a una madre querida y ser testigo de la pasión criminal de su padre. En el reinado de Eduardo padeció persecución de parte de su hermano; después que subió al trono contra toda esperanza, se vió abandonada de un esposo a quien idolatraba, rodeada de intrigas por su hermana consanguínea, y amenazada en su vida por conjurados a quienes había otorgado la vida. Su popularidad se desvanecía cada vez más, y no se cumplió su esperanza de tener un heredero del trono, que tan ardientemente deseó; aun en el terreno a que iban dirigidos todos sus esfuerzos, estuvo envuelta en un conflicto con el Papa, cuya autoridad había defendido con los mayores sacrificios, y hubo de temer que en pocos años se hundiese de nuevo toda su obra principal. Aun después de su muerte ha sido todavía condenada a aparecer como espectro sanguinario en las narraciones de la historia parcial. Pero, a pesar de todo eso, la vida de María no fué inútil. En el estado religioso de Inglaterra ha ejercido ella profundísimo influjo. Antes de ella la posición de los católicos no es resuelta y clara, dejábanse empujar más y más lejos, y habían llegado cerca del cisma y de la herejía casi sin advertirlo. Un cambio de esta situación producen los acontecimientos en tiempo de María; después de su reinado, cuenta la Iglesia católica de Inglaterra mártires y confesores en gran número. También fuera de la Iglesia católica ha ejercido María su influencia. Si Isabel no pudo atreverse a restablecer lisa y llanamente el calvinismo en Inglaterra,

(1) H. Clinton, *Life of Jane Dormer, Duchess of Feria*, ed. by Estcourt and Stevenson, London, 1887, 64 s.

si todavía hoy el protestantismo de Inglaterra tiene un carácter que muchas veces concuerda con las ideas católicas, hay que atribuirlo no en último término a María, que impidió la desaparición del pensamiento y sentimiento católico en Inglaterra.

Inmediatamente después de la muerte de María, el arzobispo de York, Heath, como lord canceller, comunicó a la Cámara Alta el fallecimiento de la reina, y conforme al estatuto del trigésimo año del reinado de Enrique VIII, designó a su hija Isabel por legítima heredera del trono; y sin contradicción fué reconocida como tal. El júbilo con que el pueblo saludó a la nueva soberana, fué tanto más vivo cuanto que ningún inglés quería saber nada de la sucesión al trono de María Estuardo, casada con el delfín de Francia, nieta de la hermana mayor de Enrique VIII, la cual al punto puso en su escudo las armas de Inglaterra. En vista del peligro de que esta nación viniese a estar bajo el influjo escocés-francés, hasta los católicos disimularon el que Isabel fuese la hija de Ana Bolena, y respecto a religión tomase una posición muy dudosa.

Por su mismo nacimiento estaba Isabel indicada para militar en el bando antipapal. Su educación había sido guiada enteramente en esta dirección; con todo, su protestantismo no resistió a la prueba en tiempo de María. Como Knox más tarde le echó en cara, renegó entonces la princesa de su religión y se inclinó ante lo que se le había enseñado a considerar como idolatría (1). Aunque Isabel, después de corta resistencia, se mostró exteriormente fervorosa católica durante todo el reinado de María (2), sin embargo de eso, casi nadie creía en la sinceridad de su conversión. El embajador veneciano Michiel atestigua en su relación del año 1557, que se tenía a Isabel por una hipócrita, que en su interior era adicta más que nunca a ideas hostiles al Papa. Con esto no hacía sino aumentarse aún la profunda aversión de la reina María a su hermana ilegítima. De buena gana la hubiese hecho privar de la sucesión al trono; pero se lo impidió Felipe II, cuya voluntad había sabido captarse Isabel (3). Por la primavera de 1554 había sido encarcelada Isabel en la Torre de Londres, como sospechosa de haber tenido parte en la conjuración de

(1) Cf. Strype, *Annals*, I, 2.

(2) Llegó hasta el punto de ganar un jubileo publicado por el Papa en septiembre de 1555; v. Machyn, *Diary* (Camden Society, London, 1848), 94.

(3) Michiel en Brown, VI, 2, p. 1058 s.

Wyatt. Puesta en libertad al cabo de dos meses, fué en adelante vigilada cuidadosamente, aunque con toda atención y miramiento; porque nadie conocía mejor que María con qué habilidad sabía Isabel fingir y engañar. Este extraordinario arte de disimular e impenetrable astucia (1), así como la desmedida ambición y la perspicacia política, las había heredado de su padre la hija de Ana Bolena. En todo una genuina Tudor, juntaba con una ardiente pasión una reflexión fría y bien conocedora del blanco a que anhelaba. Conforme a eso, fué también su proceder sumamente cauteloso y circunspecto, principalmente en materia de religión, durante los primeros meses de su reinado.

La proclama, por la cual anunció Isabel su subida al trono, no tocó los asuntos religiosos; con todo, un pasaje del fin, en el cual se prohibía bajo cualquier pretexto el quebrantamiento o la mudanza de un orden de cosas o costumbre, subsistente ahora en el reino, podía interpretarse como un rompimiento con los innovadores en religión. Todavía mucho más apropiado para tranquilizar a los fervorosos católicos fué el hecho, de que el culto católico continuó sin alteración alguna, y lo que es más, de que la reina, como en el reinado de María, asistía a misa y a vísperas. En conformidad con esto, celebráronse también los funerales de María enteramente según el rito católico (2).

A pesar de todo eso, el embajador español Feria no estaba sin temores por el ulterior curso de las cosas; pues no se le escapaba que todos los recién llamados al Consejo privado y al servicio de la corte eran adictos a las ideas protestantes. «Estos evitaban al representante de Felipe II como al diablo.» Una tentativa de Feria de sondear los verdaderos sentimientos de la reina en materias religiosas, salió enteramente frustrada (3). Con todo, un cortesano afecto al protestantismo hubo de obtener también el mismo resultado cuando, con ocasión de la amnistía para los presos, se tomó la licencia de hacer una inequívoca alusión a la ayuda y protección de la causa protestante (4).

Sin embargo, nada sería más falso que suponer, que Isabel

(1) V. Meyer, I, 11.

(2) Cf. las relaciones publicadas por Kervyn de Lettenhove, I, 310, 313 y Brown, VI, 3, n. 1287, como también Haywards Annals (Camd. Soc., 1840), 12.

(3) V. la carta de Feria en Kervyn de Lettenhove, I, 338 s.

(4) Cf. Meyer, I, 13 s.

entonces no había aún decidido qué camino seguiría respecto a religión. Al contrario, estaba resuelta de mucho antes a ejecutar una revolución religiosa en Inglaterra en sentido antipapal para asegurar su legitimidad, como también para satisfacer su inmoderada ansia de reinar; y fué trazado un bien meditado plan para la subversión y ruina de la religión católica (1). La reina era muy discreta para acometer esta obra luego inmediatamente. Quería primero pisar terreno firme, captarse el favor del pueblo, llenar de elementos protestantes la corte y los cargos administrativos, antes que diese a conocer a sus súbditos católicos lo que habían de esperar para sus más santos bienes. Y con todo, los católicos habían saludado a la reina con la misma lealtad que los herejes.

Por Navidad creyó Isabel llegado el tiempo de dejar en algunos puntos la reserva que hasta ahora había guardado. Demandó entonces al obispo de Carlisle, Oglethorpe, que en la misa omitiese la elevación de la sagrada hostia. El obispo se negó a ello, diciendo que de su vida podía la reina disponer, pero no de su conciencia. Para no tributar veneración alguna a la sagrada hostia, salía Isabel de la capilla antes del ofertorio (2). Dos días más tarde publicóse una proclama, en que se prohibía predicar hasta nueva orden, y se introducía en la misa la lengua inglesa para la epístola y el evangelio. Esta innovación vino a ejecutarse al punto en la capilla real. Isabel colocó allí sacerdotes herejes casados, que en las oraciones omitían los nombres de la Madre de Dios, de los Santos y del Papa (3).

Después de estos sucesos, no puede causar extrañeza que los obispos tuviesen reparo en ejercer su cargo en la coronación de una princesa, que con sus patentes usurpaciones de los derechos de la Iglesia daba a conocer suficientemente, que estaba resuelta a quebrantar el acostumbrado juramento que la obligaba a la defensa de estos derechos. La negativa de los prelados puso a Isabel en no pequeña perplejidad, porque así ella como su principal consejero, Guillermo Cecil, daban la mayor importancia en

(1) V. Burnet, *Hist. of the Reformation*, ed. Pocock, V, 497 s.; cf. Stevenson en la *Revista The Month*, LXXIX (1893), 26 s.

(2) Cf. la relación de Feria en Kervyn de Lettenhove, I, 365 y la del embajador de Mantua en Brown, VII, n. 2.

(3) V. Brown, VII, n. 28; Kervyn de Lettenhove, I, 366.

atención al pueblo, a que la solemne coronación se ejecutase todavía antes de la reunión del nuevo Parlamento. Después de largas negociaciones dejóse al fin inducir el obispo de Carlisle a efectuar la ceremonia, flaqueza de que más tarde se arrepintió amargamente (1).

Celebróse esta solemnidad el 15 de enero de 1559 en la abadía de Westminster, desplegándose en ella gran pompa y magnificencia. Consta de cierto que se hicieron entonces diversas modificaciones en las ceremonias de la misa católica de la coronación, y especialmente que se omitió la elevación de la hostia (2). Persistiendo en esto Isabel, no daba lugar a duda sobre su resolución de quebrantar al punto el solemne juramento de proteger a la Iglesia en sus derechos, que acababa de prestar en la coronación. Quien acerca de esto se forjase aún ilusiones, habían de desengañarle los siguientes acontecimientos. Cuando en 25 de enero se abrió el Parlamento, el nuevo lord canceller Bacon comunicó a los diputados que, aunque la reina podía determinar esto aun por su propia soberana potestad, se confiaba a ellos la incumbencia de establecer una sola profesión de fe y una común liturgia para todo el reino (3).

A principios de febrero dióse la orden al embajador inglés en Roma, Eduardo Carne, de romper las relaciones diplomáticas con el Papa (4).

Se ha creído durante varios siglos, conforme a una calumnia difundida por Sarpi, que Paulo IV había acelerado este cambio de las cosas con la «respuesta retrayente y desdeñosa» (5), de que la reina debía ante todo dejar al juicio de la Santa Sede sus pretensiones al trono. En modo alguno puede decirse, que el Papa desbaratase por sí mismo de esta manera la última posibilidad de un arreglo (6). Según las declaraciones que hizo Carne a su gobierno,

(1) V. Strype, *Annals*, I, n. 50.

(2) Cf. los artículos de Bayne, Wilson y Lockhart-Ross en la *Eng. hist. Review*, XXII, 650 ss.; XXIII, 87 s., 533 ss.; XXIV, 322 s.

(3) V. d'Ewes, *Journal of both houses*, 11 s.; Lingard, VII, 257; Meyer, I, 15 s.

(4) V. *Acts of Privy Council*, VII, 50; *State Papers. Foreign*, 1558-1559, n. 299, 474; cf. Strype, *Annals*, I, 1, 51.

(5) Así la estigmatiza Ranke, *Papas*, I^a, 203; cf. también Ranke, *Historia de Inglaterra*, I, 301.

(6) V. la sólida investigación de Maitland en la *Eng. hist. Review*, XV, 324 ss., por la cual se prueba de un modo definitivo, que la narración de

por encargo de éste, Paulo IV hubo de creer, que estaba próxima a llegar a Roma una gran embajada inglesa para prestarle obediencia (1). Conforme a esto, la conducta de Paulo IV respecto de Isabel de ninguna suerte fué hostil. De la relación del obispo de Angulema al rey de Francia, de 25 de diciembre de 1558, se saca claramente que el Papa por ese tiempo no tenía aún presentimiento alguno de que era inminente la separación de Isabel de la Iglesia. Los franceses, en una audiencia con Paulo IV, procuraron disponer el ánimo del Pontífice contra un casamiento de Isabel con Felipe II, pero sin buen éxito. El Papa, que habló con mucho agrado sobre la reina, replicó que no podía creer en el enlace de Isabel con un español; pero que si se llegase a esto, no podría por ningún caso acceder a la demanda de los franceses, de negar para ello la necesaria dispensa matrimonial (2). Además de eso, refirió también Carne que el embajador francés se esforzaba inútilmente por que Paulo IV declarase ilegítima a Isabel (3). Cuando Carne el 10 de marzo recibió la carta en que se le ordenaba volver, con pretexto de que quería ir a ver a su familia, pidió permiso al Papa para salir de Roma. Paulo IV se lo negó, pues no tenía aún noticia cierta de la defección de la reina (4). Esperaba evidentemente, que la oposición de los católicos en el Parlamento impediría un rompimiento con Roma.

Estas esperanzas no parecían enteramente infundadas. A consecuencia de un extenso influjo ejercido sobre las elecciones, había logrado ciertamente la reina conseguir en la Cámara Baja una segura mayoría para sus planes; pero menos favorables estaban las cosas en la Cámara Alta. La tercera corporación del Parlamento, el sínodo de los obispos, declaró expresamente, que se mantenía firme en los dogmas católicos de la transustanciación, del santo sacrificio de la misa, como también de la supremacía pontificia, e hizo especial hincapié en que la decisión sobre los puntos

Sarpi es una odiosa invención. Con la destrucción de esta leyenda cae una de las piedras fundamentales en que descansa la opinión de Ranke (Papae, I, 202), de que Paulo IV «fomentó más quizá que ninguno de sus predecesores la extensión del protestantismo, al cual odiaba, detestaba y perseguía».

(1) V. Maitland, loc. cit., 326 s.

(2) Ribier, II, 776. Maitland, 327.

(3) State Papers. Foreign, 1558, n. 160, 161; cf. Kervyn de Lettenhove, I, 333, 455.

(4) Cf. Maitland, 328.

de fe, los sacramentos y la disciplina no pertenecía a una asamblea de laicos, sino a los pastores legítimos de la Iglesia (1).

La adjudicación de los diezmos y anatas a la corona fué aprobada en el Parlamento sin dificultad; en cambio se levantó violenta resistencia contra el proyecto de ley tocante a la supremacía real sobre la Iglesia. Los obispos no dejaron de hacer valientes representaciones contra el mismo. Ante todos el venerable arzobispo de York, Heath, expuso con serenidad y claridad y con razones bien objetivas, por qué los católicos no podían dar su asentimiento a la supremacía real. Explicó cómo dos eran las cosas que se contenían en el proyecto, la separación de la Sede romana y la transferencia del poder gubernativo de la Iglesia a la reina. Dijo que por lo que tocaba a la separación del Papa, se considerase bien que en ella iba incluida también la separación de los concilios generales, del derecho canónico, y finalmente de la unidad de la Iglesia de Cristo. Demostró además el arzobispo, produciendo honda impresión, que según el claro texto de la Sagrada Escritura, la mujer no podía enseñar en la Iglesia ni cumplir las obligaciones del cargo de pastor supremo, y por tanto tampoco ser Cabeza de la Iglesia (2).

El peso y fuerza de semejantes razones tampoco se le pasó por alto a la reina Isabel. Por eso en la ley hizo sustituir la expresión «cabeza de la Iglesia» por «supremo gobernador (governor) de todos los negocios religiosos o eclesiásticos» (3). En esta forma

(1) Cf. Birt, *The Elizabethan religious settlement*, London, 1907, 44 s.; Spillmann, II, 18; Meyer, I, 16.

(2) Strype, I, App. 6. Sobre este discurso cf. el juicio de Meyer, I, 21.

(3) Meyer (I, 19 s.) ha sido el primero en hacer reparar en que el primado de Isabel fué más tarde restringido en los 39 artículos por la siguiente adición: *We give not our princes the ministering either of God's Word or of the Sacraments, the which thing the injunctions also set forth by Elizabeth our Queen do most plainly testifie, but that only prerogative which we see to have been given always to all godly princes in holy Scriptures by God himself, that is that they should rule all estates and degrees committed to their charge by God, whether they be Ecclesiastical or Temporal, and restrain with the civil sword the stubborn and evil doers.* Con todo, esta atenuante restricción nada alteraba en el hecho de que la ley adjudicaba a la reina la soberanía aun en asuntos religiosos y eclesiásticos, anulaba la jurisdicción y potestad del Papa y transfería éstas a la corona. Los enemigos de Roma reconocieron esto muy bien. Parkhurst escribía en 21 de mayo de 1559 a Bullinger: «La reina no quiere a la verdad llamarse Cabeza de la Iglesia de Inglaterra, aunque se le ha ofrecido este título; pero acepta de buena gana el título de Gobernadora de la Iglesia, y esto viene a reducirse a lo mismo. El Papa es de nuevo arro-

fué aceptado el proyecto el 22 de marzo. Después se suspendió el Parlamento hasta Pascua. En su resistencia a que se disgregase de Roma la Iglesia de Inglaterra, fuera de los obispos y el abad de Westminster, al fin sólo permanecieron firmes el lord Montague y el conde de Shrewsbury. El embajador español Feria hizo aún a última hora una tentativa para impedir que Isabel confirmase el acta fatal de la supremacía.

A sus representaciones replicó la astuta reina, que ella no aceptaba el título de «Cabeza de la Iglesia» ni tampoco quería administrar los sacramentos. Preguntó con altivez al embajador si Felipe II se irritaría contra ella, si hiciese decir la misa en lengua inglesa. Sobre su resolución de proceder de un modo enteramente autocrático en los asuntos religiosos, no daba lugar a duda. Feria era de opinión, que ahora se había de informar al Papa acerca de la situación de las cosas. El embajador, que debía de haber apreciado excesivamente el fervor de los católicos ingleses, parece haber sido de la opinión errónea de que Isabel no podría sostenerse, si Paulo IV fulminase ahora contra ella la excomunión (1).

Por grande que fuese la consternación en la curia por el mal desenvolvimiento de las cosas en Inglaterra (2), no se pensaba con todo en proceder rápidamente con los más extremados castigos. En tales casos suele siempre la Santa Sede agotar primero con indulgencia todos los medios de bondad. Precisamente hombres rígidos en materias religiosas, como el jesuita Ribadeneira, que se hallaba en Londres, recomendaron a la curia gran circunspección respecto de la nueva reina (3). Demás de eso,

jado de Inglaterra con gran dolor de los obispos y de todo el gremio de los curas tonsurados. Zurich Letters, I, n. 12. Spillmann, II, 28; cf. también Lilly en la Dublin Review, CIX, 14 s.

(1) Las relaciones de Feria se hallan en Kervyn de Lettenhove, I, 475 ss. y 481 s. El dato del embajador, de que las dos terceras partes de los ingleses eran católicos, es puesto en duda por Meyer (I, 7); con todo, dice también Ribadeneira en su relación de 20 de enero de 1559 (Précis hist., 1890, 348), que los católicos eran «muchos más sin comparación que los herejes». Con esta apreciación puede también compadecerse el hecho, de que el número de los católicos *fervientes* era pequeño; cf. los datos de Michiel en Brosch, VI, 453, nota 1.

(2) Cf. las comunicaciones del Diario de la *Bibl. Corsini* (38—F. 6), que trae Maitland en la Engl. hist. Review, XV, 330, pero no puede determinar con más pormenores. Es el Diario de Cola Coleine.

(3) Cf. la interesante carta de Ribadeneira a Lafnez, fechada en Londres a 20 de enero de 1559, que publicó Delplace en los Précis hist., 1890, 348.

Felipe II aconsejó también al Papa el aguardar (1). Con todo, el rey de España, en quien los católicos ingleses ponían grandes esperanzas, veía con más gusto a Isabel en el trono de Inglaterra que a María Estuardo, adicta al interés de Francia. También Felipe II se forjaba todavía la ilusión de poder ganar la mano de Isabel para sí o un vástago de la casa de Habsburgo. Paulo IV esperaba aún a principios de mayo de 1559, que el rey de España lograría conservar a Inglaterra para la Iglesia (2).

Isabel se aprovechó de esta situación favorable a fin de dar rápidamente el segundo paso para establecer la Iglesia nacional inglesa. Después que se hubo cortado la unión con Roma, tenía también que abolirse el culto católico. Como preludio para esto, mandó la reina celebrar un coloquio religioso durante la semana de Pascua en la Iglesia de Westminster. Como se manifestó que en él todo se había dispuesto en daño de los católicos, negáronse éstos a presentarse en adelante. La respuesta de Isabel consistió en hacer echar en la Torre de Londres a los obispos de Winchester y Lincoln (3). A pesar de esta tentativa de intimidar a la oposición en el Parlamento, encontró allí enérgica resistencia el proyecto sobre la supresión de la misa y la introducción de la nueva liturgia anglicana; y en la Cámara Alta fué aprobado sólo con tres votos de mayoría (4). Fuera de los miembros eclesiásticos, que votaron compactos contra la nueva ley, de los demás pares, lord Montague, el anciano marqués de Winchester, el conde de Shrews-

Dadas las estrechas relaciones de Láinez con Paulo IV, es muy probable que este consejo fuese decisivo para la conducta del Papa.

(1) V. Kervyn de Lettenhove, I, 508; cf. Spillmann, II, 25; Brosch, VI, 459.

(2) V. el breve a Felipe II de 4 de mayo de 1559 en Reynald, 1559, n. 1. Según un *Avviso di Roma de 13 de mayo de 1559, en una scisión de la Inquisición de 11 de mayo se leyó públicamente una carta de Felipe II sobre la situación de Inglaterra (Cod. Urb. 1039, p. 35. *Biblioteca Vaticana*). Por junio creía el embajador de Venecia en Bruselas, que Paulo IV procedería contra Isabel a causa de su defección de la Iglesia; pero hasta ahora nada sabemos de cierto sobre las intenciones que tenía entonces el Papa (v. Martín, *L'église cath. et la conversion d'Angleterre*, VI, 58 s.). Aunque Paulo IV después que llegaron noticias más particulares sobre la separación de Isabel de la Iglesia, expresó su aversión a la reina, con todo no dió paso alguno decisivo. La narración de que procuró dar a María Estuardo la corona de Inglaterra, se ha demostrado ser enteramente falsa por una profunda investigación de Pollen, publicada en la Revista *The Month*, XCVI, 392-402.

(3) V. Kervyn de Lettenhove, I, 487 s., 489; Brown, VII, n. 58; Lingard, VII, 261.

(4) V. Kervyn de Lettenhove, I, 519.

bury, los lores Morley, Stafford, Wharton, Rich, North y Ambrosio Dudley se declararon en favor de la liturgia católica, que desde hacía casi mil años estaba enlazada con la vida nacional y religiosa del pueblo inglés. El 24 de junio, fiesta de S. Juan Bautista, tenía que entrar en vigor el nuevo orden de cosas y cesar en todo el reino la celebración del santo sacrificio de la misa.

La nueva liturgia se ajustaba, con algunas variaciones, al segundo Libro de la Oración Común (*Book of Common Prayer*) de Eduardo VI, de 1553. Los eclesiásticos que se resistiesen, primero tenían que perder toda la renta de un año y estar encarcelados por seis meses; para el caso de reiteración, eran amenazados los culpados con deposición y un año de cárcel, y a la tercera resistencia con prisión perpetua. Cuanto a los laicos, había que obligárseles con multas pecuniarias a asistir a los nuevos oficios divinos. Quien éstos impugnase, o indujese a un sacerdote a actos de culto diferentes, debía pagar a la primera infracción 100 marcos, a la segunda 400 (según el valor de la moneda de hoy, 50000 marcos = 40000 pesetas) (1) y estar un año en prisiones, y al tercer caso punible, perder todos sus bienes y consumirse en la cárcel toda su vida. Penas draconianas semejantes amenazaban a los que se negaban a prestar el juramento de supremacía y se mantenían firmes en reconocer la jurisdicción espiritual del Papa. En este punto la tercera transgresión era castigada con pena de muerte.

Con estas armas en la mano emprendió Isabel la obra de aniquilar en Inglaterra la jerarquía católica, e imponer por fuerza a sus súbditos la nueva Iglesia nacional. Su prudencia evitó con todo al principio el aplicar todo el rigor de la ley; pues sabía bien cuán grande es la fuerza que tiene el martirio cruento. Poco a poco, con gran circunspección y cautela habían de ser transformados los ingleses en anglicanos. Ante todas cosas se les privó de sus prelados. Por julio de 1559 se hizo a éstos la intimación oficial de reconocer las nuevas leyes. Sólo uno, Antonio Kitchin, obispo de Llandaff, que ya en tiempo de Enrique VIII había sido cismático, en el reinado de Eduardo VI calvinista, y en el de María católico, se doblegó y se hizo ahora anglicano. Todos los demás obispos permanecieron fieles a su juramento. Isabel se guardó a los principios de dar a los católicos un mártir; la deposi-

(1) Cf. Spillmann, II, 32.

ción, el despojo de los bienes, la internación y la cárcel le eran suficientes para hacer inocuos a los obispos fieles (1). Esperaba ella que después de ser heridos los pastores, se dispersarían también las ovejas.

Paulo IV había sido tocado ya por la mano de la muerte, cuando se cometieron estos atentados contra la fe católica en Inglaterra. El ulterior desenvolvimiento de las cosas ya no pudo verlo. Su constitución de hierro sucumbió al fin a la hidropesía. Aunque los médicos habían asegurado que no curaría de este mal, todavía por mucho tiempo esperó el Papa sanar del mismo (2). Su Santidad, notifica un informante el 3 de junio, se esfuerza por parecer sano, y su médico, a quien se prometió un importante aumento de sus honorarios, hace cuanto es posible; pero su estado de salud va empeorando cada vez más (3). Aunque se dejaba ya sentir mucho el calor del verano, el Papa padecía frío, de tal manera que se tenía que calentar su aposento. Reinaba allí tan alta temperatura, que al cardenal Alfonso Carafa se le hubo de dispensar de rezar el breviario con Paulo IV, e hízolo en su lugar el teatino Padre Jeremías. Pero por más enfermo que se sintiese el Papa, volvió a asistir el 14 de junio a la sesión de la Inquisición. Estaba tan débil, que se le hubo de retirar aun antes de terminarse las deliberaciones. Corrieron los rumores más alarmantes. El 17 de junio se decía que Paulo IV había muerto, noticia que halló tanto más crédito, cuanto que la noche antes se pretendió haber visto un cometa sobre el Vaticano. La hidropesía aumentaba y fueron llamados dos nuevos médicos. El enfermo disputaba con ellos sobre su estado y citaba pasajes de Avicena y Galeno (4). El 22 de junio hizo el Papa celebrar en su aposento la congregación de la Inquisición, y en un largo discurso se explayó en alabanzas de Felipe II, por su proceder contra los luteranos de España. De nuevo aseveró

(1) Cf. Bridgett-Knox, *The true history of the Cath. Hierarchy deposed by Elizabeth*, London, 1889; Gee, *The Elizabethan clergy and the settlement of religion, 1558-1564*, Oxford, 1898, y especialmente G. E. Phillips, *The extinction of ancient Hierarchy*, London, 1905; cf. Bellesheim en las *Hojas histórico-políticas*, CXXXVI (1905), 891 ss. De las otras disposiciones de Isabel contra los ingleses católicos se ha de tratar seguidamente en el tomo séptimo de esta obra.

(2) Cf. los * *Avvisi* de mayo de 1559, arriba citados.

(3) * *Avviso di Roma* de 3 de junio, loc. cit., 47 s. *Biblioteca Vatic.*

(4) * *Avvisi di Roma* de 10, 17 y 24 de junio, loc. cit., 49 s.; cf. Santarem, XIII, 46, 49. Sobre los médicos de Paulo IV v. Marini, I, 420 s.

en esta ocasión cuánto tenía en el corazón la extirpación de las herejías. Añadió que las ordenaciones relativas a este punto las quería ver ejecutadas rigurosísimamente, como asimismo las dadas contra los frailes vagabundos. El Papa no podía ya tenerse en pie. La debilidad era tan grande, que sólo se le daban catorce días de vida, y se hablaba ya abiertamente del conclave (1).

Sólo uno no quería creer todavía que se acercaba el fin: Paulo IV mismo. Es cosa pasmosa y casi milagrosa, notifica un contemporáneo en 8 de julio, que Su Santidad, a pesar de todos los padecimientos de su cuerpo, se mantenga con una fuerza de espíritu, como si quisiese alcanzar los años del pontificado de S. Pedro. Él mismo tiene todavía esperanza, y dice que llegará a la edad de su padre, quien teniendo una enfermedad igual, vivió aún doce años y murió centenario. Efectivamente, Paulo IV concedía aún audiencias, firmaba súplicas, tenía sesiones de la Inquisición, y hablaba de hacer por agosto una peregrinación a Loreto. Dió órdenes de preparar este viaje, y para evitar excesos, publicó un riguroso edicto, en que se prohibía llevar armas en Roma. El 15 de julio se participa que el Papa va mejor, y se ha hecho llevar al Belvedere; y que el jueves, día 13, estuvo por espacio de dos horas en la sesión de la Inquisición (2).

Aunque se procuraba ocultar cuanto era posible el estado real de la salud del Pontífice, se hizo con todo público, que la hidropesía hacía incesantes progresos (3). A fines de julio tomó parte todavía el enfermo en una sesión de la Inquisición que se tuvo en su aposento; el 31 del mismo mes y el 2 de agosto, celebráronse allí

(1) V. los *Avvisi di Roma de 24 de junio y 1.º y 8 de julio de 1559.

(2) *Avvisi di Roma de 8 y 15 de julio, loc. cit., 58^b. En el de 8 de julio se lee: Cosa veramente maravigliosa et quasi sopernaturale è quest'infermità del Papa, che così si mantiene con tanti mali che questo corpo patisse et ch'il sta tanto gagliardo d'animo che pare vi sia vita sin'alli giorni di Pietro, ancora ch'il sia hidropico con i testicoli gonfiati, patiss'di renella et h'una gamba grossa et immobile che si cerca di purgare quanto più si può, ha poi il catarro ch'alle volte lo molesta, nondimeno con tutto questo ha speranza et dice che viverà sin'al età di suo padre, che con tal infermità visse anni 12 et era di cent'anni quando morì. Cf. además la carta de A. Verancsics en los Mon. Hung. hist. Script., XXXII, 333 y las *relaciones de Gianfigliuzzi de 8 y 14 de julio de 1559. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. la relación de Selvago de 10 de julio en los Atti Lig., XIII, 757. El cardenal Médici pensaba ya en partir para Roma, notifica *Clara de Ems a Aníbal de Ems desde Milán en 16 de julio de 1559. *Archivo de Hohenems*.

también consistorios (1). En el del 2 de agosto inculcó Paulo IV a los cardenales con serias palabras, que guardasen imparcialidad en el tratamiento de los negocios (2). Creían ya los optimistas que el Papa volvería a ponerse bueno (3). Aceleróse el fin por una circunstancia, que es característica de Paulo IV. Siempre había observado rigurosísimamente los ayunos, aunque en su edad decrepita estaba dispensado de ellos y repetidas veces había corrido peligro su vida por su abstención de comer carne. Por más oposición que hicieron el cardenal Alfonso Carafa y los médicos, el Papa también ahora en los grandes calores estuvo durante tres días sin comer carne ni tomar otro alimento sustancioso (4). Un grave desmayo fué el precursor de la muerte, que sobrevino la tarde del 18 de agosto de 1559. Antes de su fallecimiento recomendó el moribundo a los cardenales los negocios de la Iglesia, singularmente la Inquisición y la fábrica de S. Pedro (5).

Aún no había expirado Paulo IV, pero se le creía ya muerto, cuando el populacho de Roma, no contento con abrir las cárceles ordinarias, cosa usual en la vacancia de la Sede Apostólica, corrió presuroso al edificio de la Inquisición, situado en la calle Ripetta, maltrató a los empleados que allí había, destrozó muchos procesos y libros confiscados, y al fin pegó fuego al edificio. Se había soltado a los presos, después de haber ellos antes prometido, que

(1) V. *Avvisi di Roma de 22 y 29 de julio y 5 de agosto, loc. cit., 62 s.; cf. la relación de B. Pía, fechada en Roma a 19 de julio de 1559. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

(2) V. Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 38, nota.

(3) V. las relaciones de G. Aldrovandi, fechadas en Roma el 2, 5 y 16 de agosto de 1559. *Archivio pubblico de Bologna*.

(4) V. el *testimonio del médico A. Ricchi (*Biblioteca Vatic.*) en el n.º 60 del apéndice.

(5) V. Massarelli, 332; Firmanus, 516; Diario en el apéndice de Nores, 451; Santarem, XIII, 64; Corpo dipl. Port., VIII, 202 s.; una *doble relación de Gianfigliazzi y del obispo de Cortona, de 18 de agosto de 1559, en el *Archivio público de Florencia*. G. Aldrovandi participa en 18 de agosto: *Questa notte passata alle 7 hore venne un accidente a N. S. chel tenne fuori di se un hora; circa le 8 ritornò alquanto in se et è andato cosi temporeggiando fin'a quest' hora che sono le 12 nella quale ha fatto chiamare tutti li carli a quali ha raccomandato questa s. sede, la inquisitione, fabrica di S. Piero et altro. Una segunda carta de 18 de agosto (2 h. di notte) notifica la muerte fra le 21 e 22 hore (*Archivio público de Bologna*). Un *Avviso di Roma de 19 de agosto hace resaltar, que el estado del Papa se empeoró a causa de su dolor por la muerte de Lipomano y por el crimen del duque de Paliano (asesinato del presunto amante de su esposa). Cod. Urb. 1039, p. 71. *Biblioteca Vatic.*

querían vivir en adelante católicamente. Como a autores de los sucesos tumultuosos señaló la opinión pública a los enemigos personales del Papa (1). No era cosa difícil excitar al pueblo a la revuelta. Demasiado fijos estaban aún en la memoria de los romanos los padecimientos sufridos durante la guerra contra los españoles, y la mala administración de los odiados nepotes. Lo bueno que los romanos debían a Paulo IV, quedó enteramente olvidado (2). El 18 de agosto una gran muchedumbre de pueblo subió precipitadamente al Capitolio y mutiló la estatua de mármol del Papa allí colocada; la cabeza de la estatua permaneció también el día siguiente siendo objeto de las burlas e insultos de los muchachos de la calle. Un judío pudo atreverse a ponerle su gorra amarilla. Al fin se arrastró la piedra por la ciudad, y después se la hundió en el Tíber (3). Un decreto del pueblo romano, de 20 de agosto, ordenó que se quitasen todos los escudos e inscripciones «de la casa tiránica de los Carafas». En pasquines y sátiras se hacía mofa de todas maneras de Paulo IV y sus nepotes (4). Varios escritores, contra cuyas obras inmorales había procedido el Papa, tomaron ahora sangrienta venganza (5). Sólo en 22 de agosto se apaciguaron de alguna manera los tumultos; la ciudad con todo perma-

(1) Mocénigo, 37. Sobre los tumultos de entonces, además de las fuentes citadas en la pág. 354 nota 5, cf. también las relaciones publicadas por Ribier, II, 827 s.; París, *Négociations relat. au règne de François II*, II, 98 s.; Vogelstein, II, 158 s., 423 s.; Rule, *Inquisition*, II, 206; Revista trimestral romana, XVI, 309; Guidus en Merkle, II, 606 s.; «Nueva noticia verdadera» (v. Müller, 18 s.); Masio, *Cartas*, 321; **Avvisi di Roma* de 19 y 26 de agosto, loc. cit., 71 s. (*Biblioteca Vatic.*); la *relación de E. Stanghelini, fechada en Roma el 21 de agosto de 1559 (*Archivio Gonsaga de Mantua*); la *carta de Gianfigliazzi, de 18 y la del obispo de Cortona de 19 de agosto de 1559. *Archivio público de Florencia*.

(2) Por ejemplo, el cuidado del Papa por hacer importar trigo a Roma (cf. Moroni, II, 146; Benigni, 34 s.) y por extirpar los bandoleros (cf. Cod. Barb. LVI, 29, p. 90^b s. y Cod. XXVIII, D. 11, p. 61 s. de la *Biblioteca de la Soc. di stor. patria de Nápoles*).

(3) Además de las fuentes históricas citadas en la nota 1, cf. también Forcella, I, 34; Rodocanachi, *Capitole*, 111, 113; Lanciani, III, 206 s. y Cod. G. III, 78, p. 210 de la *Bibl. Chigi de Roma*. E. Stanghelini escribe el 21 de agosto de 1559: **Et il capo d'essa [statua] hieri si vedeva per Roma in poter de' fanciulli, i quali lo sputavano et burlavano nel modo che si suol beffare M. Pasquino, al quale si havrebbe maggior rispetto*.

(4) Cf. *Cod. Urb. 1205, p. 46 s. y Cod. Pal. 1913 (*Biblioteca Vatic.*); el *Archivio de Gori*, II, 172 s.; Duruy, xvi ss.; Sickel, *Concilio*, 14 s.; v. también Simiani, 36 y N. *Antología*, 1872, I, 541.

(5) Cf. Bongi, *Annali Gioliti*, I, 17.

neció en agitación y desorden. Chusma de todas clases, desterrados y bandidos vagaban por las calles y cometían asesinatos. Roma se asemejaba, como juzgó el embajador veneciano Mocénigo, a la selva de Baccano. Todos los palacios estaban defendidos por hombres armados, y de noche nadie se atrevía a ir por la calle (1).

Por temor a los excesos del populacho, el cadáver de Paulo IV fué enterrado lo más profundamente que se pudo, al anochecer del 19 de agosto en S. Pedro, junto al sepulcro de Inocencio VIII, y se le puso una guardia (2). Aquí descansaron los restos mortales, hasta que S. Pío V, el 2 de octubre de 1566, los hizo trasladar a Santa María de la Minerva y ponerlos en el monumento sepulcral, por él erigido, que adorna aun hoy la hermosa capilla de Oliverio Carafa. Levántase con mucha oportunidad en el muro izquierdo precisamente enfrente del magnífico fresco de Filippino Lippi, denominado «Triunfo de Sto. Tomás sobre los herejes». El dibujo lo suministró Pirro Ligorio, quien vigiló y dirigió también su ejecución. Varias columnas jónicas, agrupadas de dos en dos, de color negro y con sus peculiares capiteles de volutas, rodean el monumento, en el cual es característico el empleo de mármol precioso de varios colores. En un nicho rectangular se levanta sobre el sarcófago, con sus ornamentos de forma antigua, la estatua del difunto de tamaño más que natural, cincelada por Jacobo Cassignola. Muestra a Paulo IV sentado y revestido de pontifical, como en las mayores solemnidades, con la derecha levantada para bendecir, y llevando en la izquierda las llaves de S. Pedro. La cabeza, caracterizada con mucha viveza, reproduce excelentemente las facciones ascéticas de Carafa. El coronamiento que hay sobre el nicho está sostenido por dos Hermes coronados de flores; en los ángulos de la cornisa estaban antiguamente las blancas estatuas de mármol de la Fe y de la Religión, que, desgraciadamente, se quitaron más tarde y ahora se conservan en la sacristía. Labrólas Tomás della Porta. La inscripción que hay debajo del sarcófago, elogia a Paulo IV como castigador sin mácula de todo lo malo y campeón acérrimo de la fe católica (3).

(1) Mocénigo, 38 s.

(2) V. Firmanus, 517; cf. Bollet. d. Suizz. ital., VII, 35.

(3) V. Ciaconius, III, 834; Vasari, VII, 551; Reumont, III, 2, 735 s.; Müntz, III, 364; Friedländer, 13; Berthier, 191 s. Cuánto veneraba S. Pío V al Papa

El homenaje que ofreció S. Pío V a la memoria de su predecesor, muéstrase mucho más significativo, si se considera que había él podido conocer exactamente las grandes faltas del finado, y tenido que padecer mucho por ellas. Por lo demás, Paulo IV mismo en presencia de la muerte había reconocido sus faltas principales, y se había arrepentido de ellas amargamente. Tres días antes de su fallecimiento hizo llamar a sí al general de los jesuitas, Láinez, y se lamentó ante él de esta manera: «Cuán mal me han engañado la carne y sangre. Mis parientes me precipitaron a la infausta guerra, de la que se originaron tantos pecados en la Iglesia de Dios. ¡Desde el tiempo de S. Pedro no ha habido pontificado más desgraciado en la Iglesia! Mucho me arrepiento de lo hecho; rogad por mí» (1).

Aunque esta franca confesión es exagerada, con todo, nadie querrá repetir la tentativa de antiguos escritores y defender los graves yerros de Paulo IV. El investigador libre de preocupaciones no puede cerrar los ojos a las grandes faltas, que junto con grandes méritos, fueron propias del Papa Carafa; y ha de apreciar también lo que con su breve pontificado se llegó a alcanzar para la causa de la reforma.

Paulo IV fué, sin duda, un varón extraordinario, un carácter de notabilísimo realce, de gran entereza y de inusitada fortaleza e inflexibilidad. Sinceramente piadoso, siempre intachable en su vida y lleno de celo apostólico, el cofundador de los teatinos defendió en todo tiempo sin miramientos la dirección eclesiástica de severidad y rigidez. Aunque muy bien formado en humanidades, y en modo alguno sin gusto por el arte (2), ni pudo, ni quiso semejante varón ser un mecenas, como los Papas del Rena-

Carafa, puede verse en Silos, I, 401 s. y Bromato, II, 616 s. El contrato acerca de la erección del monumento a expensas de la cámara pontificia (por 3000 escudos) lleva la fecha de 9 de abril de 1566. Fuera de Jacobo Cassignola y Pirro Ligorio, también tuvieron en él parte Tomás della Porta, Juan Pedro Annone de Como, Roque de Montefiascone y otros artistas; v. Bertolotti, *Art. Subalp.*, 99 s.; *Studi e doc.*, XV, 131 s.; cf. también Castaldo, 175 s.

(1) V. O. Manareus, *De rebus Soc. Iesu, Florentiae*, 1886, 125 s. Según Seripand, ed. Höfler, 55, dijo Paulo IV antes de su muerte, *se in pontif. sede non pontificem, sed servum fuisse*.

(2) Cf. el inventario de su herencia, publicado primero por Bertolotti en el *Archivio de Gori*, II, 51 ss., e ilustrado después circunstanciadamente por Barbier de Montault (*Inventaire du P. Paul IV en 1559, Montauban, 1879, y Œuvres compl.*, I, Poitiers, 1889).

cimiento (1). La sentencia que se le atribuye, de que era más necesario fortificar a Roma que adornarla con estatuas, puede ser una anécdota (2), pero caracteriza la situación política, que no era

(1) La guerra con España, la penuria del erario y el cuidado de la reforma eclesiástica, fueron las causas principales que impidieron a Paulo IV llevar adelante la tradicional protección, que los Papas dispensaron a las ciencias y a las artes. Ni para la universidad, ni para la biblioteca se hizo cosa especial. Un precioso evangeliario griego fué destinado para S. Pedro (v. Castaldo, 71-72). Dedicatorias de escritos no son frecuentes, y conciernen por la mayor parte a tratados de materias eclesiásticas (cf. Lauchert, 617, 619, 629, 632). U. Folietae, *De philos. et iuris civilis inter se comparatione ad Paulum IV libri tres* se publicó Roma, 1555; sobre la dedicatoria de una obra de medicina v. Roth, Vesalio, 259. Para imprimir obras teológicas, dirigidas contra los luteranos, fué llamado a Roma Pablo Manucio (v. Rodocanachi, Capitolet, 115 s.). Santoro (Giampaolo Flavio da Altovito, Pisa, 1907) trata de uno de los pocos humanistas favorecidos por Paulo IV. Sobre Casa, Barengo y otros humanistas que recibieron empleos de Paulo IV, v. arriba, p. 78 ss. Sobre Sirleto v. L. Latinius, *Lucubrat.* II, 45 s., 49; *Léxico eclesiástico* de Wetzter y Welte, XI², 360; Taccone-Gallucci, G. Sirleto, Roma, 1909. El filósofo B. Tesio poseía el favor de Paulo IV, como lo hace notar Ritter, *Historia de la Filosofía*, IX, 565. Por un breve de 31 de julio de 1559 aprobó Paulo IV la fundación deseada por Felipe II, de la Universidad de Douai (v. Lemán en la *Revista Les Questions ecclésiast.*, V, Lille, 1912, 43 ss.). Para empresas artísticas le faltaron a Paulo IV tiempo y dinero. Tenía en el corazón sobre todo la nueva construcción de S. Pedro, sobre la cual, como sobre las relaciones del Papa con Miguel Angel, trataré seguidamente en la historia de Pío IV. En el Vaticano, prescindiendo de algunas restauraciones y transformaciones de los aposentos, fué objeto de su actividad ante todas cosas la terminación de la Capilla Paulina (cf. el n.º 28 del apéndice) y el arreglo y disposición de su capilla privada del Belvedere; cf. sobre eso Ancel en la *Rev. Bénéd.*, XXV, 49 ss.; v. *ibid.*, 63 s. sobre el pabellón del jardín que se comenzó a construir por mayo de 1559 (cf. Friedländer, 2 s.), y sobre las demoliciones que amenazaban a la sala de Constantino; sobre éstas cf. también Massarelli, 325 y el * *Avviso di Roma* de 13 de agosto de 1558 (*Biblioteca Vaticana*). Hoy en el Vaticano sólo una inscripción en la Sala Ducal recuerda a Paulo IV (v. Forcella, VI, 71). Entre los artistas que el Papa ocupó, se halla ante todos Pirro Ligorio, el arquitecto oficial del Papa, y además también Tadeo Zúcher y Guillermo della Porta (v. Ancel, loc. cit., 71). Para sus monedas y medallas empleó Paulo IV los mismos artistas que sus predecesores, aunque presentanse también nuevos nombres (v. Plon, 394 s.; sobre las monedas Serafini, 246 s.). De un plan de Paulo IV no llevado al cabo da cuenta su * *Motus proprius*, fechado el 30 de enero de 1556, per quem conceditur facultas rev. gubernatori alme Urbis conducendi unum palatium magnum sumptibus Cam. Ap., in quo omnes causae pro tempore decidantur et terminentur (Editti, I. *Archivo secreto pontificio*). El gobernador de Asís, Marcelo Tuto, hizo colocar en la Fontana Marcella el nombre y escudo de Paulo IV, aunque no hay testimonio alguno de haber sido esta obra, que aun se conserva, subvencionada por el Papa, cuyo escudo se ve también en las pinturas que hay en los ciellorras del palacio de los gobernadores de Asís.

(2) Se puede esto inferir del hecho mismo de que Paulo IV precisamente

favorable a las artes. Añadíase a esto también otro motivo. Profundamente penetrado de la alteza de su posición y de la enormidad de los abusos que había en la Iglesia, veía Paulo IV que su principal incumbencia consistía en restablecer lo que la corrupción moral del tiempo del Renacimiento y la furiosa tempestad de la escisión religiosa habían quebrantado o deshecho. Lo que en medio del aseglaramiento de los Papas Médicis había él procurado conseguir con sólo algunos pocos escogidos, lo creía poder realizar en grande una vez elevado a la silla de S. Pedro. Exasperado por el largo aguardar e impaciente por naturaleza, en seguida después de su elevación se aplicó a la gran obra con el ardiente celo que le era propio. Parecía llegado el Papa reformador, a quien todo el mundo esperaba, después de la actividad que hasta entonces había desplegado Carafa. Con todo, si su pontificado sólo en parte correspondió a tan intensas esperanzas y hasta muchas veces lisa y llanamente las defraudó, esto fué sobre todo consecuencia de las debilidades que oscurecieron demasiado frecuentemente los méritos y grandes cualidades de Paulo IV.

Verdadero meridional, en quien el pensamiento se convierte al punto en palabras, se dejaba llevar por las excitaciones del momento a expresiones que serían increíbles, si no estuviesen atestiguadas con entera exclusión de todo reparo sobre su autenticidad. Pero a las palabras correspondían también asimismo hechos precipitados. En todas ocasiones se mostraba, que faltaban a Paulo IV así conocimiento del mundo y de los hombres como moderación y prudencia, que hubiesen sido doblemente necesarios en un tiempo de transición y de efervescencia. Por efecto de su naturaleza colérica, propendía siempre a llevar las cosas al último extremo. De su impetuoso proceder, que nos recuerda muchas veces a su paisano, el desgraciado Urbano VI, sopla como una ardiente ráfaga de lava que todo lo derrite. Sin reflexionar qué consecuencias habían de resultar de un rompimiento con España, la primera gran potencia católica, para su actividad religiosa y reformadora, se arrojó Paulo IV a una lucha contra el monarca más poderoso del mundo, que terminó de modo lastimoso, perjudicó profundamente a Roma y a los Estados Pontificios, retardó la ejecución de la reforma y causó vivísimo gozo a los enemigos de la Iglesia y a sus ami-

en los trabajos que hizo en el castillo de Santángelo, cuidó de adornar también con estatuas dicho castillo; v. Rodocanachi, St. Ange, 157.

gos profundo dolor. Sentimientos semejantes provocó la contienda con Fernando I, en la cual luchó Paulo IV por ideales cuya realización se había hecho imposible (1). Mientras el Papa trataba a los cardenales con inusitada aspereza y desestima (2), se fiaba ciegamente de su sobrino Carlos Carafa, tan astuto como desalmado, cuyo impulso condujo a la suprema Cabeza de la Iglesia, en todos respetos, a una posición torcida e irregular. El engañado y cegado llegó demasiado tarde a conocer a qué hombre tan indigno había otorgado su favor y su confianza. La terrible severidad que ahora desplegó, no fué en sí de modo alguno reprehensible; pero en esto no tuvo cuenta Paulo IV con la circunstancia, de que fué él quien había engrandecido a los nepotes y los había dejado mandar y disponer sin inspeccionar su conducta (3). Si antes fué desmedida su confianza, ahora lo era su rigor, que hirió aun a inocentes (4). El resto del pontificado perteneció de nuevo únicamente a aquella actividad que había ocupado la vida anterior de Carafa: es a saber, la reforma y la Inquisición. Pero también en esto procedió muchas veces de suerte, que sus exageraciones pusieron en peligro el feliz éxito de lo que pretendía conseguir. Su sucesor tuvo que suavizar el procedimiento de la Inquisición, como asimismo muchos de los decretos de reforma. El prudente Pío IV fué también quien restableció las relaciones diplomáticas con las potencias, que habían sido rotas en tiempo de su predecesor (5).

Con todo eso, a pesar de todos los desaciertos y errores, el pontificado de Paulo IV señala un importante jalón en la historia de la reforma católica, cuya victoria preparó (6). Francamente y

(1) Un juicio muy severo sobre la lucha de Paulo IV contra España y los Habsburgos católicos dió ya Hosio (Epist., II, 667) y más tarde Pallavicini (14, 9, 5). V. también Dembinski, Rzym, 13 s.; cf. 103, 141.

(2) De la inobservancia de la capitulación electoral hace derivar todos los lados sombríos del pontificado de Paulo IV, la *memoria del cardenal du Bellay, compuesta en octubre de 1559 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. Fuentes e investigaciones del Instituto Prusiano, XII, 226.

(3) Esto lo pone de realce con razón Ancel (Disgrâce, 179).

(4) Esto lo concede también * A. Ricchi; v. el n.º 60 del apéndice.

(5) V. Biaudet, 24. No solamente la nunciatura imperial, sino también las de Venecia y Florencia, estaban vacantes al fin del pontificado de Paulo IV. Sólo funcionaban con regularidad las nunciaturas de Francia, Nápoles, Portugal y Polonia.

(6) V. Segmüller, 29; cf. también Herre, 18. Muratori sólo hizo resaltar los lados oscuros de Paulo IV y no le hizo justicia, como lo expuso J. Catalani en la Prefazione al tomo X de los *Annali d'Italia*, Luca, 1764, xxxvi.

sin rebozo, como en otro tiempo Adriano VI, anunció las máximas de una reforma en la cabeza y en los miembros; y más decisivamente que Paulo III y Julio III, trabajó por introducirla en realidad. El rompimiento con la tradición de nombrar los cardenales según la voluntad de los príncipes, el llamamiento de excelentes varones al senado de la Iglesia, la lucha sin contemplación contra la simonía en todas sus formas, la supresión de las encomiendas, de los regresos y cargos venales; la reforma de los monasterios, de la Dataría y Penitenciaría, y finalmente, como coronamiento del todo, la introducción de la obligación de residencia para los obispos, todo esto son grandes y perdurables méritos de Paulo IV. La energía que demostró en la caída de sus parientes, puso fin por largo tiempo al desmesurado nepotismo, y fué un hecho reformador de grandísima importancia (1).

Aunque el proceder inmoderadamente violento de Paulo IV provocaba en muchos temor y odio, sin embargo, su vida, por otra parte piadosa y ejemplar, excitaba frecuentemente admiración. Un anciano, «que se presentaba como soberano nato, enteramente penetrado de la alteza de su cargo, que no se dejaba agobiar ni por la carga de sus ochenta años, ni por la desgracia, y de un modo tan intrépido persistía constante en lo que tenía por justo, frente a los más poderosos príncipes», tenía que causar profunda impresión en los contemporáneos (2). Nada menos que el historiador Panvinio, en manera alguna afecto al Papa Carafa, ha expresado que Paulo IV fué el primero en restablecer y consolidar la disciplina eclesiástica, y que a él hay que reducir el origen de muchos de los decretos posteriores tan saludables del concilio de Trento (3). Guillermo Sirleto conviene en esto con él enteramente (4). Contemporáneos bien informados, como Julio Pogiano,

(1) V. el juicio del cardenal A. Carafa en su * Apología (*Biblioteca de Nápoles*; cf. los núms. 61-62 del apéndice) y Ancel, *Disgrâce*, 183.

(2) V. Müller, *Conclave de Pío IV*, 9.

(3) Sobre Panvinio, Vita cf. los núms. 61-62 del apéndice. Sobre el respectivo pasaje ha llamado ya la atención Bromato (II, 504, nota). Ranke (I, 199), Reumont (III, 2, 529), Beaufort (*Hist. des Papes*, IV, Tournay, 1841, 201) y Mathieu (*Pouvoir temp. des Papes*, París, 1863, 504) se han adherido al juicio de Panvinio. También Benrath (*Anuario de Teología protestante*, 1878, 123, 143) califica a Paulo IV como un «notable espíritu, un Papa dotado de eminentes cualidades», que se apoderó de los elementos y los disciplinó para una reacción decisiva en el terreno eclesiástico.

(4) V. Silos, I, 393; cf. 232.

apenas pueden hallar bastantes palabras para poner de realce la mudanza que los trabajos reformatorios de Paulo IV habían obrado, especialmente en Roma. El embajador veneciano juzgaba que la ciudad había quedado transformada en un observante monasterio (1). Lo que el noble último Papa alemán, Adriano VI, había intentado inútilmente, el romper con las malas tendencias del Renacimiento, lo consiguió el ardoroso napolitano.

Hay que representarse las perversas condiciones de los tiempos de Alejandro VI y León X, para poder apreciar de un modo cabal el mérito de Paulo IV. La supresión de abusos tan antiguos, tan profundamente arraigados y tan generalmente extendidos, sólo era posible por un proceder violento, que llevase en sí todas las durezas de una represión inexorable. Pero para eso Paulo IV fué el hombre adecuado. Su alma de fuego, que se inflamaba en viva ira si se encontraba con un abuso de las cosas sagradas, nunca le parecía haber hecho lo bastante para cauterizar con hierro candente las heridas que unos tiempos desgraciados habían producido a la Iglesia. La reforma y preponderancia de los principios de severidad eclesiástica, introducidas por Paulo III, las continuó tan enérgicamente el Papa Carafa y las llevó a la práctica con tal rigor, que los Papas posteriores del tiempo de la restauración pudieron seguir edificando con buen suceso sobre este sólidamente asentado fundamento.

(1) V. Mocénigo-Albèri, 48, y Cantú, II, 27; cf. arriba, p. 206 ss. Esta transformación se deja ver también en las medallas, en las cuales las representaciones mitológicas son sustituidas enteramente por cristianas; v. Müntz, III, 119.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

1. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (1)

Roma, 4 de abril de 1555.

... Perchè invero da S^{ua} Croce infuori i Franzesi non hanno subbietto da potere riuscire loro, se già Dio non volessi rovinare interamente questa S^{ua} Sede, et se bene dalla banda Imp^{le} et di casa Monte ci è poca unione, nei Franzesi, non vi è anco molta. Et questo modo di procedere che si è tenuto fino a hora di non eccettuare particolarmente persona nè insistere in uno più che in un altro, come si fece nel conclave passato, ma dire che si faccia un huomo da bene, che sia il servizio di Dio et se ne possa sperare la quiete universale, è piaciuto molto a ciascuno et credo sia stato meglio. Staremo a vedere il fine, il qual piaccia a Dio che sia conforme al desiderio dell' E. V. et stia sicura che da me non si è fatto nè farà instantia particolare nè in prò nè in contro, se non tanto quanto mi ordinerà l' E. V., giudicando che il procedere in questo negotio per questa via sia più honesto et migliore...

Orig. Archivo público de Florencia.

2. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (2)

Roma, 6 de abril de 1555.

... Il cardinal S^{ua} Croce è stato molto reservato et si è governato con modestia infinita, non si sendo mai potuto scorgere nelle parole sue altro che desiderio di vedere un buon papa in questa S^{ua} Sede, il qual

(1) Cf. arriba pág. 11.

(2) Cf. arriba pág. 12. Petrucelli, II, 74 s.

apenas pueden hallar bastantes palabras para poner de realce la mudanza que los trabajos reformatorios de Paulo IV habían obrado, especialmente en Roma. El embajador veneciano juzgaba que la ciudad había quedado transformada en un observante monasterio (1). Lo que el noble último Papa alemán, Adriano VI, había intentado inútilmente, el romper con las malas tendencias del Renacimiento, lo consiguió el ardoroso napolitano.

Hay que representarse las perversas condiciones de los tiempos de Alejandro VI y León X, para poder apreciar de un modo cabal el mérito de Paulo IV. La supresión de abusos tan antiguos, tan profundamente arraigados y tan generalmente extendidos, sólo era posible por un proceder violento, que llevase en sí todas las durezas de una represión inexorable. Pero para eso Paulo IV fué el hombre adecuado. Su alma de fuego, que se inflamaba en viva ira si se encontraba con un abuso de las cosas sagradas, nunca le parecía haber hecho lo bastante para cauterizar con hierro candente las heridas que unos tiempos desgraciados habían producido a la Iglesia. La reforma y preponderancia de los principios de severidad eclesiástica, introducidas por Paulo III, las continuó tan enérgicamente el Papa Carafa y las llevó a la práctica con tal rigor, que los Papas posteriores del tiempo de la restauración pudieron seguir edificando con buen suceso sobre este sólidamente asentado fundamento.

(1) V. Mocénigo-Albèri, 48, y Cantú, II, 27; cf. arriba, p. 206 ss. Esta transformación se deja ver también en las medallas, en las cuales las representaciones mitológicas son sustituidas enteramente por cristianas; v. Müntz, III, 119.

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

1. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (1)

Roma, 4 de abril de 1555.

... Perchè invero da S^{ua} Croce infuori i Franzesi non hanno subbietto da potere riuscire loro, se già Dio non volessi rovinare interamente questa S^{ua} Sede, et se bene dalla banda Imp^{le} et di casa Monte ci è poca unione, nei Franzesi, non vi è anco molta. Et questo modo di procedere che si è tenuto fino a hora di non eccettuare particolarmente persona nè insistere in uno più che in un altro, come si fece nel conclave passato, ma dire che si faccia un huomo da bene, che sia il servizio di Dio et se ne possa sperare la quiete universale, è piaciuto molto a ciascuno et credo sia stato meglio. Staremo a vedere il fine, il qual piaccia a Dio che sia conforme al desiderio dell' E. V. et stia sicura che da me non si è fatto nè farà instantia particolare nè in prò nè in contro, se non tanto quanto mi ordinerà l' E. V., giudicando che il procedere in questo negotio per questa via sia più honesto et migliore...

Orig. Archivo público de Florencia.

2. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana (2)

Roma, 6 de abril de 1555.

... Il cardinal S^{ua} Croce è stato molto reservato et si è governato con modestia infinita, non si sendo mai potuto scorgere nelle parole sue altro che desiderio di vedere un buon papa in questa S^{ua} Sede, il qual

(1) Cf. arriba pág. 11.

(2) Cf. arriba pág. 12. Petrucelli, II, 74 s.

modo di procedere lo fa venerando sopra ogn' altro et si vede che ha gran parte nel pontificato, perchè ancora che la maggiore parte giudichi che l'assumptione sua fussi per essere poco a proposito per il servizio di S. M^{ta}, non di meno la vita sua esemplare fa che molti della banda Imp^{le} et di casa Monte vi andranno, chi per credere che habbi a essere Papa, altri per guadagnarselo per la promotione di lor medesimi et alcuni per non li parere potere ragionevolmente negargnene; non di meno si crede, che dalla banda franzese harà delle difficoltà, perchè Ferrara dicono che non andrà in lui per rispetto di casa Farnese, et S. Giorgio, Sermoneta, Urbino et altri giovani, che sono avezzi a vivere licentiosi, lo fuggiranno, come uno scoglio, sendo loro tremenda la sua severità, in modo che anco il fatto suo harà delle difficoltà et così ce ne potremmo facilmente andare con la creatione in lungo...

Orig. *Archivo público de Florencia.*

3. El preboste Ghisi a Ludovico Strozzi (1)

Roma, 8 de abril de 1555.

... La imperiale vorrebbe Fano, il qual hoggi è stato molto molto presso al segno, se li Francesi unitamente propongono et gagliardamente fin qui aiutano S^{ta} Croce et Ferrara, a quali si dice ch' una parte de imperiali consentono, ma il resto per quel che s' intende tirano a traverso, acennando ad altri soggetti, et la parte de vecchi che è chiamata neutrale ecclesiastica non ha mai fin qui voluto lasciarsi intendere di voler dar voti ad alcuno delli nominati, parendo a tutti loro che a questa propositione essi sieno degni soggetti a par di qual si voglia altri di questi predetti, in modo che stando si discordi si da materia et campo alle fationi di darne conto all' Imp^{re} et al re, et per ciò spogliati della loro propria autoritate indignamente fanno che la creatione del Papa, con molto dispiacere de tutti, vaddi così di longo in infinito. A me pare che in questi negotii del far il Papa sien tante difficoltà, diversitati et mutationi che mal si possi giudicare chi habbia ad essere quello che gionga a questo ultimo segno...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua.*

4. Bernardino Pia a Sabino Calandra (2)

Roma, 8 de abril de 1555.

... Questa notte passata Fano è stato tanto vicino al Papato che se S. Giacomo et Theatino non si sforzavano con mille false imputationi

(1) Cf. arriba pág. 8.

(2) Cf. arriba pág. 13.

che le danno e di Lutherano e d'altro, egli riusciva. Vogliono che si sia scoperto un buco nel muro che entrava nella sua camarella, s'intende che ha Theatino un fascio de processi contra di lui e di tutti i soggetti papabili. S^{ta} Croce medesimamente è andato molto al basso non sendo reuscita a un gran pezzo una pratica che fu fatta per lui non questa notte l'altra, et dicono che si è scoperta non so che promessa di dar Camerino al S^r Baldovino, riuscendo a l'uno e l'altro Monte con tutto che habbi tanto obbligo come si sa al S^r Baldovino per essere chiamato suo figliolo e aggradito da suo fratello, si è mostro contrario, et insieme S^{to} Angelo, il quale è venuto fino a parole rigorose con S^{ta} Fiore...

Orig. Archivo Gonzaga de Mantua.

5. Agustín Gonzaga, obispo de Reggio, al castellano de Mantua (1)

Roma, 9 de abril de 1555.

... Questa matina si è penetrato chel cardinale Ferrara fu per essere adorato et uscire Papa dominica sera, che mons^r ill^{mo} nostro con altri amici gli diede il voto, ma essendone avertito S^{ta} Fiore, il quale in absentia di questi altri signori imperiali ha sin qui fatto il capo della fatione imperiale, si voltò con una grossa banda alla volta di S^{ta} Croce, et fece così fatta diversione che Ferrara non hebbe più che vintidua, o vintitre voti, et si è saputo per certo chel cardinale di Trento concorse con S^{ta} Fiore per divertire. Basta che mons^r di Ferrara ha fatto prova de la volontà et animo di mons^{re} nostro ill^{mo} et che a lui ha detto il vero; se esso corrisponde per la pariglia con sua s. ill^{ma}, puotriamo havere assai presto una buona nova. Si sono ben anche dette alcune cianze in banchi del cardinale di Fano, che sia stato vicino al Papato, ma sono vanità et pratiche fatte da mercanti per conto delle scommesse ..

Orig. Archivo Gonzaga de Mantua.

6. El cardenal Hérc. Gonzaga a Francisco Gonzaga (2)

Roma, 10 de abril de 1555.

Noi havemo fatto molto presto questo nostro Papa laudato Dio per cio che non siamo stati più che 4 di chiusi in conclave che la cosa si è risolta nel card. di S. Croce non per via di scrutinio, ma di negotiatione, et di pratiche, et se così tosto non si conchiudeva senza dubbio riusciva Papa nello scrutinio della mattina seguente il card. di Ferrara.

(1) Cf. arriba pág. 13.

(2) Cf. arriba págs. 34 s., 37, 47.

M. Cervini fué siempre di costume grave e severo. Se sarà tale Papa quale è stato cardinale, se ne puo aspettar gran bene alla chiesa christiana universale. Fué siempre muy severo y era de opinión que a un Papa no dicen bien ciancie, motti ridicoli e tratenimenti piacevoli. Temor de los disolutos, gozo de los demás.

Egli è d'età di 54 o 55 anni, di persona assai grande, di viso estenuato e di complessione delicata. È stato tenuto fin qui di buona vita, di belle lettere et d' honesta et grave conversatione et poche volte è stato visto a ridere, et s'ode pur o vede qualche cosa ridicola fa un poco di ghignetto et se la passa con una severità catoniana. Non si è diletato di mangiare molto nè di feste nè di buffoni. Gli sono spiaccinte le licenze pretesche, ha havuto in odio gli sfratati, ha perseguitato i sospetti di heresia et ha sempre procurata la reformatione della chiesa sotto Paulo et Giulio predecessori suoi. In somma egli è di diretto il rovescio di Papa Giulio, il quale haveva messe le cose in tal termine che si conosce chiaramente che Dio ci ha dato questo per pietà che ha havuto della chiesa sua santa, onde... possiamo sperare la reformatione et la correctione d' infiniti scandalosi abusi...

Hoggi ha parlato alla sua famiglia (cf. arriba pág. 37).

Quiere la residencia de los obispos.

Al card. Nobili, che è d'età di 15 anni et tutto dato alle lettere, ha fatto una bella esortatione dicendo: Figliuol mio, ho inteso che voi sete su una bona via da farvi da bene, dotto et virtuoso cardinale; vi prego che vogliate caminar animosamente, se amate la gratia mia... Medesimamente ha parlato a Monte ricordandogli che fin hora è vivuto molto licentiosamente et che se pensava di mutar vita gli sarà in luogo di figliuolo, se anco vorrà continuare la vita che ha fatta fin qui non potrà S. S^{ta} per debito suo mancar di tentar ogni via per ridurlo alla buona strada...

Copia. Cod. 2425, 4-6. *Biblioteca de la Universidad de Bolonia.*

7. Camilo Capilupi a Ferrante Gonzaga (1)

Roma, 10 de abril de 1555.

... Non essendo nel scrutinio di non hieri l'altro che fu il primo, riuscito Papa il cardinale di Ferrara per cagione che nel primo scrutinio non si possono dare gli accesi, et essendosi da gli avversarii suoi scoperto, il negocio esser tanto inanci, che se questa matina si faceva un altro scrutinio egli riusciva Papa, subito si voltorono a S^{ta} Croce, al quale questi signori Imperiali si voltorono anch' essi, giudicando più servizio di S. M^{ta} l' ellegere S^{ta} Croce che Ferrara; fra quali, che furono li principali, fu il Camerlengo, la Cueva, Carpi, Saraceno, Napoli et

(1) Cf. arriba pág. 13.

molti altri, li quali hieri sera circa alle XXIII hore andorono per adorarlo sicome fecero. Mons^r ill^{mo} nostro anch' esso v' ha parte perchè quando fu chiamato all' adoratione, rispose, che havrebbe fatto mons^r di Trento, perciocchè a lui haveva obligata la parola sua, e però essendosi voltato Trento anche mons^r ill^{mo} andò ad adorarlo molto voluntieri, havendolo per huomo da bene et persona digna di questo carico et dignità... S. S^{ta} ha voluto che si faccia senza sorte alcuna di pompa per fuggire la spesa et per essere nei giorni santi. S. S^{ta} non ha voluto signare nè far gratia alcuna, che le fosse dimandata nella creatione. Ha confirmati alcuni ufficiali, come il Datario, il Vicario, il Barengo che è sopra i brevi et il Governatore; ella s' è mostrata amorevole a tutti i cardinali anche a quelli che le sono stati contrarii, si è mostrata d' un animo molto composto, perchè non ha fatto segno alcuno di mutatione per allegrezza, nè con gesti, nè con fatti. Pare che la corte in generale tema la severità sua, la quale però si spera che [sia] per moderare accompagnandola con equità...

Copia en una carta de Camilo Luzzara. *Archivo Gonxaga de Mantua*.

8. Jerónimo Muzzarelli, arzobispo de Conza, al Colegio Cardenalicio (1)

Bruselas, 12 de mayo de 1555.

Illustrissimi et amplissimi domini.

Quum per unum tabellarium, quem oratores Angli, qui sunt in Italia, et paulo post per alterum, quem huc ex Urbe caesariani ministri destinarunt, auditum fuit ab ipso Caesare et a tota eius curia de morte foe. rec. S. D. N. Marcelli II pontificis maximi, visa est una cuiusdam communis luctus acerbitas et Caesaris et omnium ferme animos continuo occupare. A me vero potissimum nil poterat hoc tempore acerbius audiri. Eo in pontificem maximum electo orta simul et erecta fuit spes dignitatis christianae reipublicae restaurandae et illustrandae. Hoc effecit notissima ipsius vitae sanctitas et prudentia gerendarum rerum. Confirmarunt eandem spem prima semina studiorum pontificatus ipsius, quae nil prius quam splendorem divini cultus et rectam morum institutionem constantissime pollicebantur. Optata fruges tantorum seminum sine maxima molestia non potuit tam repente extinguui, quae cum summa omnium laetitia et commoditate expectabatur. Hinc vero eo amplius videtur dolendum esse, quo magis verendum est, ne publica haec et ingens iactura extincti dignissimi pastoris inflicta sit a divina iustitia secundum culpam indigni gregis christiani. Inter tot aerumnas et luctus Ecclesiae catholicae, non video quomodo mihi respirandum sit, nisi

(1) Cf. arriba pág. 51.

in cinere et cilitio preces et lachrimas convertam ad Christum, ut sibi in hac sanctissima sede vicarium constituat qui cum populum tum clerum ecclesiasticum velit ad formam orthodoxae professionis pio zelo et paterna solertia revocare.

Aspiret divina clementia, ita ut aliqua lux consolationis recuperetur ex sapientissimo consensu ill^{marum} amplitudinum vestrarum, quibus cum humillima affectus observantia me ipsum offero et dedo illisque omnia precor foelicia in Christo Jesu domino nostro.

Datum Bruxellae, quarto idus maii MDLV.

Ill^{marum} et r^{marum} dominationum v^{rum}

[Autogr.] Humillimus et obsequentissimus servus
f. Hieronymus episcopus Consanensis.

Orig. Lett. di princ., XV, 105. *Archivo secreto pontificio*.

9. Camilo Olivo a Sabino Calandra (1)

Roma, 23 de mayo de 1555.

... La creatione sua è stata tale che manco male è tacerla o dirla a bocca che scriverla, perciocchè non è stata per buona volontà di quei che l' hanno eletto, ma per dispetto di coloro che praticavano di fare il Puteo et per ambizione di voler essere quelli che facciano il Papa di lor mano, et la cosa passò con molto tumulto et non senza scandolo de gli amatori del bene et con pericolo di scisma, perciocchè fu detto il Puteo da alcuni et alcuni altri Chieti et da hieri alle vinti hore fin hoggi alle dieciotto s' è stato con due Papi in conclavi. Ma la misericordia di Dio, la bontà del Puteo et la pia mente di coloro che l' havevano eletto, accompagnata dalla facilità d'alcuni di loro che per natura si mutano volentieri ha rimediato a tanto male, et concordemente sono venuti tutti i cardinali in Chieti, di cui si promette per ogniuno poco più lunga vita di quella che habbia havuto Papa Marcello, essendo in settantanove anni, che questo basta quando fosse il più sano homo del mondo, senza che ha pur anch' esso catarro et alle volte patisce di flusso, il che per secondo che dicono i suoi è la sua sanità et la sua purgatione, perciocchè affermano che non prese mai medicina in vita sua et con quel flusso purga tutti gli humori cativi. La patria sua è Napoli et è di casa Caraffa et zio del principe di Stigliano, onde la signora donna Hippolita nostra potrà farci con S. S^{ta} qualche favore. Chi spera da questa eletione assai di bene et chi non molto. La vita sua riformata di tanti anni promette riforma nella Chiesa di Dio, ma la patria e la natura sono di qualche consideratione et forza. Dio benedetto, se così è suo servizio, gli dia lunga vita acciochè ogni tratto non habiamo a torre su questo viaggio...

Orig. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(1) Cf. arriba págs. 61, 85.

10. El Papa Paulo IV a Jerónimo Muzzarelli, arzobispo de Conza (1)

Roma, 2 de junio de 1555.

Venerabili fratri Hieronymo archiepiscopo Consano
apud ser^{mum} Caesarem nostro et Sedis Apostolicae nuntio.
Paulus pp. IIII.

Venerabilis frater, salutem et apostolicam benedictionem. Cum in earum curarum et laborum partem, qui ad pastorale hoc munus nostrum obeundum a nobis sunt suscipiendi, etiam dilectum filium nobilem virum Ioannem Caraffam, comitem Montorii, nostrum secundum carnem nepotem, vocaverimus deque illius fide ac virtute rerumque tractandarum peritia plurimum nobis possimus polliceri, volumus ac tuae fraternitati mandamus ut, quoties ei ad te scribere aut internuncios mittere, quavis de re aut quavis de causa, contigerit, non minorem ei fidem perpetuo habeas quam si a nobismetipsis et scriptae literae et missi internuntii essent. Datum Romae apud sanctum Petrum sub anulo piscatoris, die secunda iunii M. D. LV, pontificatus nostri anno primo.

[Item:] Venerabili fratri Sebastiano episcopo Viterbiensi apud Christianissimum regem nostro et Sedis Apostolicae nuntio.

Ven^{li} fratri Zachariae episcopo Pharensi apud regem Romanorum nostro et Apostolicae Sedis nuntio.

Ven^{li} fratri Philippo episcopo Salutarum apud dominium Venetorum nostro et Apostolicae Sedis nuntio.

... provinciae nostrae Romandiolae vicelegato.

... civitatis nostrae Perusiae et Umbriae vicelegato.

... in provincia nostra Patrimonii commissario generali.

... provinciae nostrae Campaniae vicelegato.

... in provincia nostra Marchiae Anconitanae vicelegato.

... Episcopo Veronensi.

Borrador. Arm. 44, t. IV, n. 113. *Archivo secreto pontificio*.

11. Consistorio de 5 de junio de 1555 (2)

Apud sanctum Marcum.

Romae die mercurii quinta mensis iunii (3) 1555 fuit consistorium in quo...

Sanctissimus dominus noster dominus Paulus divina providentia

(1) Cf. arriba pág. 77.

(2) Cf. arriba pág. 83.

(3) Gulik-Eubel (III, 37), enteramente equivocados, ponen este consistorio en 26 de mayo de 1555, siguiendo en esto la redacción de las Acta consist. que se halla en Barb. lat. 2873, lo cual es imposible, ya por sola la razón de que en este día se efectuó la coronación. También es cosa segura que el primer consistorio no se celebró hasta el 29 de mayo; v. arriba pág. 74.

papa IV, de salute animarum sollicitus, ut persone ecclesiastice absque alicuius symonie aut ambitionis suspicione ad ecclesiarum et monasteriorum regimina promoveri et persone ipse puro corde et sincera conscientia presidere valeant, de fratrum consilio statuit et ordinavit quod de cetero futuris temporibus patriarchalibus, metropolitanis et cathedralibus ecclesiis ac monasteriis pro tempore vacantibus, de quibus consistorialiter disponi contigerit, non ad personarum promovendarum huiusmodi requisitionem supplicationem aut instantiam, sed iis, que de iure patronatus fuerint aut ad quas seu quae idonearum personarum presentatio seu nominatio ad Imperatorem, reges aut alios principes pertinuerit, ad presentationem seu nominationem Imperatoris, regum seu aliorum principum, ius patronatus seu facultatem presentandi aut nominandi huiusmodi habentium, et ^{rm} cardinalis huiusmodi negocium in consistorio proponentis, aliis vero ecclesiis seu monasteriis ad solius cardinalis proponentis relationem duntaxat provideri debeat.

Acta consist. cancell., VI, 243^b-244. *Archivo consistorial del Vaticano.*

12. Consistorio de 17 de julio de 1555 (1)

Apud sanctum Marcum.

Rome die mercurii decima septima mensis iulii 1555 fuit consistorium in quo haec acta sunt.

Sanctissimus dominus noster, indemnitati patriarchalium, metropolitanarum et cathedralium ecclesiarum providere cupiens, de fratrum consilio statuit atque decrevit, ut de cetero perpetuis futuris temporibus in provisione seu alia dispositione ecclesiarum earundem non dispensetur cum aliquibus super defectu etatis nisi iuxta decreta concilii Lateranensis novissime celebrati et concordata Gallie desuper cum Sede Apostolica inita, quae super hoc inviolabiliter observari voluit et expresse mandavit.

Acta consist. cancell., VI, 250^b. *Archivo consistorial del Vaticano.*

13. Bernardo Navagero a Venecia (2)

Roma, 12 de octubre de 1555.

... Su Santidad me dijo: Quel che habbiamo a dirvi, magnifico ambasciator, è che heri il cardinal S. Iacomo, che è nostro amico antico et buono, vene à pregarne che fossamo contenti di udir l' ambasciator dell' Imperatore, che è il marchese di Sarria, l' insolentia del qual veramente non habbiamo potuto tollerar et per mostrarglielo nullum reliquimus locum, se non questo che non gli habbiamo commandato che in

(1) Cf. arriba pág. 83.

(2) Cf. arriba pág. 97.

termine di tanti giorni uscisse del stato nostro. Noi, si ben conoscemo haver da far con gente infidele et che sempre cercha inganarci, pur havendo rispetto, non a loro, ma al grado che tenimo, che, dovendo esser noi li authori della pace, non par che convenga che accendiamo un focco che abbrugieria più che tutti li altri, et considerando a chi è morto per me in croce, fossemo contenti che venisse, il qual con molte parole humane et riverente ne disse non voler guerra con noi et che questa era intention delli soi principi et che havea ordine di far retirar le gente; al che respondesemo: Si voi non volete guerra con noi, nè noi con voi. Dicendomi a questo proposito S. S^{ta}: Vi vogliamo dir liberamente, s^{or} ambasciator, da una parte ne pareria esser il più fortunato homo del mondo, quando per mezo nostro havesse piaciuto a S. M^{ta} Divina di cacciar questi barbari d' Italia, liberar il regno di Napoli, il stato di Milano, che all' hora possiamo dir alla nostra ser^{ma} Signoria et alla nostra Venetia: Questa è una republica libera et grande; siamo pregati a questo, siamo sollicitati et havessamo ancho da noi forze non contemnendae, perchè ne basteria animo di haver 20 mila fanti et 2 mila cavalli, et l' Imperatore ne volesse voltar la faccia, haveria da guardarsi le spalle, gli possiamo far molto maggior danno che non pensa et non teme. Dall' altra parte siamo vecchio, ne vossamochel nostro animo fosse vires ultra sortemque senectae. Colligarsi col rè, che lo desidera nè aspetta altro, non vogliamo, per non haver l'un inimico aperto, l'altro compagno et per questa via superiore, perchè spendendo et agiutandosi, vorria poi da noi molte cose che per avventura non sariano honeste. Vogliamo, magnifico ambasciator, star liberi, oltra che il rispetto, che habbiamo particular a quella Signoria non ci lassa entrar in guerra, perchè non si potria far senza di lei, et havuto che havesse notitia in quel medesimo tempo bisogneria che noi gli domandassemo agiuto. Le guerre non fanno per voi: sapiamo come si governa quel stato, che a longo andar bisogna ricorrer alle borse de particulari, li quali diventano poi poveri, et la pace vi arricchisse con tanti commertii quanti havete. Credete voi che ci siamo scordati quanto prontamente per la fede et religion nostra entraste con papa Paulo III et Carlo Quinto in una guerra, et come ancho fosti illusi et abbandonati? Noi per amor che vi portiamo non vi consigliessamo mai ad entrar in guerra. Questo medesimo animo habbiamo anchor noi, et se habbiamo bravato et bravamo, è che conosciamo la debolezza di questi imperiali. La summa è, per dirvi l'interno del cor nostro et in confessione, che noi non vogliamo guerra se non più che astretti. Fatte intender questo a quelli miei signori, fattelo intender per quelli cauti modi che saperete. Conchiudendo, come ha fatto tante altre volte, nella laude di quella eccma. republica, la conservation et grandezza della quale disse desiderare come la sua istessa, dicendomi: Questa è stata una digressione un poco longa; ritornamo à dirvi che questa matina, oltre ogni nostra expectatione, è venuto il secretario del cardinal S^{uo} Iacobo, che intendete che è qui, et ne ha dimandato che per poter scrivere all'Imperatore, l'

ambasciator desidereria sapper con quanta gente armata restaremo. Vi confessiamo la verità, mag^{co} ambasciator, che se alterasemo grandemente, lo cacciassemo dal nostro conspetto, dicendoli che non conoscevimmo alcun che ne potesse dar legge, et che non conoscevimmo altro patron che Christo et che volemo tenir et cavalli et fanti quanti ne piaceva... Finito che hebbe S. S^{ta} la ringratiai con quella forma di parole che mi parve conveniente, dicendo che mi partiva sempre con maraviglia dalli prudenti et savii soi discorsi et che V. Ser^{ta} rimaneria molto consolata di tanta confidentia che mostra haver S. S^{ta} in lei. Ben disse: Parleremo sempre così con voi come col cor nostro et con questo, abbracciatomi teneramente, mi licentiò; et nel ussir dalla camera molti di quelli camerieri et prelati, che stano in l'anticamera, mi dissero che il cardⁱ S^{to} Jacobo havea ditto pubblicamente d'esser venuto per far tutto quello che volea il pontifice...

Copia. Cod. 9445, f. 9^b-10. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia.*

14. J. Muzio al Papa Paulo IV (1)

Pésaro, 3 de noviembre de 1555.

... Hora è il tempo, santo padre, di metter mano ad eseguire i santi pensieri; hora è il tempo da levar col coltello dello spirito gli abusi introdutti dalla affettione della carne e del sangue. Il cardinal Marcello, che fu poi Papa Marcello precessor di V. S^{ta}, discorrendo meco in Ugubio nella materia della riformatione, il giorno avanti che egli quindi si partisse per venire a Roma, quando seguì la sua esaltatione, mi disse, tra le altre cose, che il papato è come il zambelotto, il quale sempre conserva quella piega che egli prende da principio et che qual Papa dal principio del suo papato alla riformatione non mette mano, non bisogna che sperì di poter più far cosa buona. Così diceva egli et si come V. S^{ta} con lui fu di animo conforme, credo anchora che ella sia della medesima opinione. Se nel principio adunque si ha da cominciare, si ha anche da metter mano al principio et al capo della chiesa. Il capo è Roma, dalla quale tutti gli stati et tutte le conditioni delle persone hanno da prender la regola. Et in Roma dopo V. S^{ta} (dalla cui vita et dalla cui dottrina ogniuno si puo riformare, se vuole haverla per esempio) principale è il collegio de' cardinali; tra quali prego il Sig^r Dio che non vi sia oppositione di vita nè di dottrina. Dopo questi sono i vescovi, i quali in Roma sono piante inutili et doverebbono esser trapiantati in terreno dove havessero da far frutto. Ma pur che non ve ne sieno di quelli, che in luogo di fruttificare ad utilità de popoli, apportino mortifero veleno. Colpa di chi infino ad hora ha dato le prelature et i beneficii senza guardare a cui. Et che abuso è questo? Ho detto abuso? Che

(1) Cf. arriba págs. 154, 203.

abominatione è introdutta nella chiesa di Dio? Se haverò figliuoli del corpo infermi, prenderò pensiero che siano medicati da persona dotta e pratica di medicina. El che dico figliuoli? se haverò un branco di pecore (per non dir parola più dishonesta), non lo darò, se non saprò prima che colui sia atto alla cura di quelle. Et le anime, create alla similitudine di Dio et ricomperate col santissimo sangue del signor nostro Jesu Christo, sono non raccomandate al governo, ma gittate alla tirannia di chi molte volte non sa pur regger le proprie sue mani, gli occhi suoi et la sua lingua. Et da questo inconveniente ne nasce poi quell' altro, che i vescovi, i quali sono stati creati senza consideratione, senza consideratione danno i sacerdotii, la amministratione de sacramenti et la cura delle anime alla feccia de gli huomini. Hanno bisogno si la Dataria, la Cancellaria et la Penitentiaria di esser riformate, et da tor via si hanno le simonie, che si fanno ne' contratti de' beneficii; ma quella non penso che habbia da esser gran fatica, nè di molti giorni fra persone che tutto di hanno tal materie tra le mani. Questa è la importantia che huomini di buona vita et di sana dottrina habbiano le prelature, accioche la universal chiesa di Dio sia ben regolata: chè questo è quello che leverà gli abusi et serrerà la bocca alla heretica pravità. Io parlo securamente et liberamente in questo soggetto, come colui che in me ho conosciuto et proveduto a quello che veggo et danno in altrui. Chè, essendo a me data intentione di dignità ecclesiastiche, sapendo io l' ordine de' sacri canoni essere che per gradi a quelli si ascenda, non havendo io mai servito la Chiesa, ne bene essendo sofficiente a governar l' anima mia, et intendendo di quanto carico sia la dispensatione de' beni de' poveri, mi ho eletto di starmene in vita secolare, non volendo in me consentire a quello abuso il quale in altrui biasimo nelle mie scritture. Et cosi ho anche messo silentio a maldicenti che già andavano divulgando che io era papista, percioche uccellava a beneficii. Et di questa buona mente, la quale il signor Dio ha donata a me, prego la sua sempiterna Maestà che ne faccia parte anche a molti, accioche più agevolmente la S^{ua} Vostra possa colorire i suoi santi disegni. Et con ogni humiltà di cuore le bacio i santi piedi.

Di Pesaro a III di novembre del M. D. L. v.

Di V. S^{ua} Humilissimo servo et devot^{ma} creatura
H. Mutio

Orig. Castel S. Angelo, Arm. 8, ord. II, t. II, págs. 244-245^b.

Archivo secreto pontificio.

15. Edicto del gobernador de la ciudad de Roma. 1555 (1)

Bando generale

Il signor governatore di Roma, volendo obviare alli abusi et errori che si commettano in publico scandalo e vilipendio del honor d' Iddio et

(1) Cf. arriba pág. 156.

provedere al honesto, quieto et pacifico vivere di questa alma città, di espresso ordine et spetial commissione di S. S^{ta}, ordina et commanda che nessuna persona di qual si voglia grado, stato, conditione, età o sesso et preminenza, ardisca in alcun modo biastemmare o dishonestamente nominare il santissimo nome dell' onnipotente Iddio o del suo unigenito figliuol Jesu Christo o della gloriosa sempre vergine sua madre e regina del cielo o di qual si voglia santo o santa, sotto pena per la prima volta a chi contrafarà di star con le mani ligate dietro tutto un giorno alla berlina, la quale a questo effetto si farà mettere in diversi luoghi publici, et per la seconda volta, oltra la sopradicta pena, di esserli forata la lingua, et per la terza sotto pena della galea per cinque anni, reservandosi però in ogni caso l' arbitrio d' aumentare et diminuire la pena secondo la qualità delle persone et biastemme et si darà fede ad un solo testimonio con il detto dello accusatore, il quale sarà tenuto secreto. Et di più rinova ogni altro ordine fatto sopra a ciò fino al presente.

Item, che nessuna persona di qual si vogli stato, grado, preheminenza o conditione se sia ardisca o presumma accompagnare alle chiese, dove sono le stationi ovvero indulgenze, o nelle quali si celebri qualche festa, così dentro di Roma come fuori, cortigiane o meretrici di nessuna sorte, nè stando nè andando, parlare con loro o fare cosa alcuna lasciva o dishonesta, nè per le vie dirette di dette chiese giocare ad alcun giuogo, etiam tollerato, alla pena de dui tratti de corda et de venticinque scudi d' applicarsi a luoghi pii da ellegersi da dicto signor governatore; et dalle cortegiane o meretrici, che se faranno o lassaranno accompagnare, che parleranno o faranno cosa alcuna lasciva o dishonesta, oltra la pena predetta pecuniaria d' applicarsi come di sopra, della frusta et esilio perpetuo dalla città di Roma, le qual cortigiane debbiano subito sotto la medesima pena, tolto il perdono, partirsi di chiesa et andar per li fatti loro.

Item, accioche si possano conoscere le gentildonne dalle cortigiane et meretrici, ordina che nessuna cortigiana, meretrice o donna di mala vita ardisca portare in modo alcuno, sotto pretesto di qual si voglia licenza, habito solito portarsi da gentildonne o cittadine romane; ne meno presumma andare per Roma in carretta o in cocchio, sotto pena della frusta et del bando de Roma et di perdita del habito et confiscatione de tutti i suoi beni, d' applicarsi al monasterio delle Convertite di Roma; et chi impresterà cocchio o carretta a nessuna di dette cortigiane, perdere il cocchio et quei cavalli; et al cocchiere che condurrà il cocchio, di tre squassi di fune; et chi ce andará dentro in compagnia di dette cortigiane, incorrerà in pena di cinquanta scudi d' applicarsi alla rev^{ma} Camera apostolica et il bando perpetuo di Roma et de tre tratti di fune ad arbitrio di detto signor governatore: il quale revoca ogni et qualunque licenza data sin qui da qual si voglia persona, dechiarando che si procederà etiam ex officio, et darassi fede ad un' solo testimonio con il giuramento. Et de più, per ordine di S. S^{ta}, rinova ogni altro ordine

fatto sin qui in questa materia di cocchi, et spetialmente che non vi possino andare huomini da dodeci anni in su insieme con donne, etiam che fossero parenti o mariti loro.

Item dichiara per avvertimento di ciaschuno, che nessuna persona come di sopra ardisca in alcun modo commettere il nefando et detestabil vizio della sodomia overo esserne mezano; il che facendo, incorrerà nella pena contenuta nelle leggi, constitutioni et statuti de Roma, per le quali contro tali quali contraverranno se procederà senza remissione alcuna.

Item che nessuna persona ardisca nè presumma di tenere o fare alcuna sorte de barattaria, giocare o fare giocare in alcuno modo di nessuna sorte de giochi illiciti, nè fare ballare o fare festini in casa o in qual si vogli altro luogo, nè ventura de qual si voglia cose o robbe, sotto la pena che se contiene nelli bandi fatti per gli altri governatori, d'aplicarsi, augmentarsi o diminuirsi secondo l'arbitrio di detto signor governatore.

Item che nessuno ardisca di giocar a palla, a maglio per le strade publiche tanto dentro come fuori di Roma et nelli luoghi dove conversano genti, sotto pena dello arbitrio di esso signor governatore.

Item commanda et prohibisce per espresso ordine di S. B^{no} che nessuna persona, anchor che fosse duca, marchese, conte, barone, signore di città, castella, feudatario, palatino, offitiale, gentilhom o familiar loro o di qual si voglia reverendissimo o altri signori et loro palafrenieri o qual si vogli altra persona privilegiata, dal presente giorno in poi, ardisca nè presumma, per qual si voglia causa, di portar bastoni atti ad offendere nè altr' armi che spade, pugnale et giacco, sotto pena di tre squassi de corda et de venticinque scudi d'oro et altre pene ad arbitrio del signor governatore, et, passata un'hora di notte portare spada, pugnali, cortelli più lunghi d'un palmo, bastone di grossezza atto ad offendere, rottelle, mazze ferrate, pallotte di piombo, sassi, balestre da passatori, o pallotte, polzoni, o qual si voglia sorte di armi, tanto deffensive quanto offensive, et così coperte come discoperte, sotto pena di tre squassi di fune da darsagli in publico et di cinquanta scudi d'oro oltra la perdita dell' armi da pagarsi ipso facto alla Camera Apostolica. Et siano tenuti gl' hosti alli loro hospiti et li portannari delle porte di Roma a tutti quelli ch' intraranno in Roma fargli intendere tal prohibition del portar dell' armi, sotto la medesima pena, eccettuando imperò tutti quelli i qual son ministri et prefetti sopra la iustitia et loro servitori.

Item, considerando esso signor governatore quanto sia pericoloso et tenere di schioppi et archibusi a rota piccoli, quali hanno la canna da dua palmi in giu, prohibisce et comanda ad ogni et qualunque persona, come di sopra, che da qui avanti non ardisca nè presumma tenere in casa nè portare nè far portare nè usare detti schioppi nè archibusi, nè vendergli etiam per mercanti nè fargli vender per altre persone; anzi fra otto giorni proximi da venire ciaschuno gli debba effettivamente

denuntiarli ad esso signor governatore, sotto pena a quelli i quali gli portaranno etiam disarmati e senza le rote, et gli saranno trovati addosso, della forca, et a quelli gli saranno trovati in casa, ad arbitrio di esso signor governatore; a qual pene si procederà con ogni cellere esecutione, et a qualunque persone le terrano in casa o nelle loro botteghe o in altri luoghi et non gli haveranno denuntiati, passati detti otto giorni, incorreranno in pena di trecento scudi d'applicarsi ipso facto et senz'altra dechiaratione alla r^{da} Cam^a Apostolica, et della galea per dui anni o piu o meno ad arbitrio di esso signor governatore. Et si ne farà esecutione rigorosa et si procederà etiam nelle sopradecte cose per via d'inquisitione, et si starà al giuramento et detto d'un testimonio solo degno di fede ad arbitrio di esso signor governatore; et allo accusatore, il quale sarà tenuto segreto, se gli darà la parte de la pena pecuniaria, et passati detti otto giorni, se farà cercare per il bargello et suoi essequitori senza rispetto alcuno e pubblicamente nelle case nelle quali parrà ad esso signor governatore.

Item, per provvedere alli scandali, quali giornalmente occorrono, per l' andare che si fa per Roma con li cocchi furiosamente, proibisce et comanda a tutti gli cocchieri di qualsivoglia persona, che da hoggi innanzi non ardisca nè presuma di giorno nè di notte andare con cocchi furiosamente per la città di Roma ne sue strade publiche, sotto pena di tre squassi di corda, alla quale se procederà senza alcuna remissione. Ma debbano andar con passo honesto et moderato, di modo che ogniuno possa antivedere et scansarsi. Et in la medesima pena incorreranno tutti gli servitori et famigli, barilari et portatori di grano, quali senza proposito faranno correr overo andare furiosamente li lor cavalli per le strade publiche; notificandosi che incorrendo in tal prohibitione da due volte in su, oltre le pene sopradette, se gli darà pena la galea; et si procederà ancora per via d' inquisitione.

Item comanda a tutti homicidiali e banditi o disfidati, non solamente dalle terre, luoghi mediate vel immediate soggetti alla sancta Sede Apostolica et iurisdictione di S. Beat^{no}, ma d' ogni altro luogo ancora che sia fuori della decta iurisdictione di S. S^{ta} et Sede Apostolica, che tra dua giorni prossimi debbano effettivamente essersi partiti di Roma e suo territorio e distretto, altramente, passato decto termine, si procederà contro di loro a cattura et punitione delle persone, vista la forma di detti bandi o disfidationi et delitti commessi.

Et similmente ordina qual si voglia persona che havesse per sicurezza sna ottenuto alcuno salvo condotto o fidanza, qual non habbi presentato fin qui al decto monsignor governatore, lo debba infra sei giorni dal dì della publicatione del presente bando haver presentato avanti S. Signoria, accio ne possa far parola con S. B^{no} et havere espresso ordine di bocca di S. S^{ta} come si debbia governare circa dette fidanze et salvi condotti; et non le presentando tra decto termine, di commissione di S. B^{no} Sua Sig^{ia} ex nunc dechiarà detti salvi condotti et fidanze per nulle et di niun vigore et fa intender che, non ostante detti salvi

condotti et fidezze, si procederà contra di loro secondo che altrimenti sarà di iustitia.

Item comanda a tutti li baroni di Roma, a tutte le communità et università et a qual si vogli altro signore o particolare persona et etiam alli habitanti in Roma, che non debbiano in li loro luoghi, case et habitationi, tanto in Roma come fuori, dar ricetto a detti homicidiali o banditi et diffidati, nè recettar delinquenti di qualunque sorte, nè darli da mangiare o bere, nè aiuto o favore in qual si voglia modo, sotto le pene che si contengono nella Clementina et nelle sacre constitutioni et statuti et bandi [di] suoi predecessori, et altre pene ad arbitrio di S. S^{ta} et di esso signor governatore.

Item che qual si vogli persona vagabonda et senza essercitio o partito alcuno debbiano infra tre giorni haver disgomberato la città di Roma, altramente saranno presi et mandati in galea per quel tempo parerà ad esso signor governatore, et nella medesima pena incorreranno tutti gli mendicanti che son sani et gagliardi et gli ruffiani et giuntatori.

Item a tutti et singuli armaroli, lanciari, spadari et mercanti ancora del l'arte bianca et a tutti li altri, etiam non mercanti, a chi spettarà il presente bando, per authorita del nostro officio, per il presente tenore facciamo intendere et notificiamo che dalla publicatione di questo, sotto pena di escommunicatione, confiscatione de tutti et singuli lor beni et della galea et altre pene del nostro arbitrio da imponergli, non ardischino ne presummano vendere ne far vendere publicamente, ne secretamente, ne prestare a persona alcuna, di qual si voglia stato, grado, conditione o preminenza se siano o sia, alcuna sorte d'arme defensive overo offensive senza espressa licenza.

Item il sig^r governatore dichiara quanto alle quadriglie della notte, che, oltre le pene delle armi, se alcuno sarà trovato in più di quattro con l' armi, che incorrano nella pena della galea.

Item che nessuna persona, come di sopra, ardischi d'impedire in alcun modo l'essequitioni. ancora che pretendessero che fossero ingiuste, nè far resistenza in alcun modo con fatti o con parole overo con arme a qual si voglia essecutor della corte, nè ingiuriargli in alcun modo, et che nessuno ardischa o presuma farsi ragione da se medesimo, concitare tumulti o gridare publicamente, o invocar le case de potenti o gli nomi loro, nè brugiare, rompere o imbrattare porte, fenestre, gelosie o impannate di qual si voglia persona, ancorche fossero meretrici o cortigiane, nè in alcun modo offendere le persone loro, nè ricettare delinquenti di qualunque sorte, nè dargli magnare o bere, aiuto et favore in qual si voglia modo, nè portare di giorno alcuna sorte di bastone atto ad offendere, nè fare adunanze o conventicole sotto le pene delle leggi communi, statuti, bolle, constitutioni, reformationi et bandi altre volte fatti et publicati, da estendersi ancora sino alla pena del ultimo suplicio inclusive ad arbitrio di esso signor governatore.

Item ordina et dichiara che quello che cappeggiarà, o con armi o

senza, ipso facto se intenda esser incorso nella pena della forca, et chi l'accusará et farà che venghi in mano della corte sarà premiato di cinquanta scudi contanti, ancora che fosse compagno nel cappeggiare, al quale sarà perdonato per quella volta.

Item che tutti li medici, barbieri, chirurghi, hospitalieri et altri ricettanti feriti o altri delinquenti, incontinentemente et senza alcuna tardanza per se o per altri fidedigni siano tenuti denunciare o fare denunciare al prefato signor governatore o suo notario del criminale, sinceramente et senza fraude, li nomi, cognomi, qualità, patria et altri segni et contrasegni di essi feriti et delinquenti, et la verità del caso, et se detti feriti o delinquenti non volessero specificar gli nomi loro et delli offendenti, non debbiano curarli ne recettarli, anzi il tutto come di sopra notificare sotto le pene si contengono nelli bandi delli predecessori, nelle qual pene incorreranno tutti gli patrini et rettori delle chiese, i quali sotterraranno quelli che fossero stati et [sic] ammazzati, senza notificarlo como di sopra.

Item renova tutti gl'altri bandi d'ogn'altro signor governatore sopra qual si voglia materia, dichiarando per il presente bando che nessuna piazza in Roma di qual si voglia signore et potentati sarà sicura et che li essequitori cercaranno et piglieranno li delinquenti, et chi se opporrà a loro o nessuno di loro incorrerà la pena della vita et perdita de beni ad arbitrio di esso signor governatore, secondo la qualità delle persone.

Item in ciaschuno delli sopradetti casi si riserva facoltà et arbitrio di potere minuire o augmentare le pene secondo la qualità del tempo, del luogo, delle persone et de casi, et fa intendere alli accusatori et spie che sarranno tenuti secretissimi et premiati ogni volta che riportaranno cosa veruna alla corte di Sua Sigr^{ia}; et ogni uno si guardi de contravenire et dalla mala ventura.

Datum etc.

[a tergo alia manu:] 14. Romana. Banno generale del modo del vivere della città, 1555.

Castel S. Angelo, Arm. 8, ord. II, t. V, págs. 15-18^b.

Archivo secreto pontificio.

16. Consistorio de 10 de enero de 1556 (1)

Romae die veneris 10 ianuarii 1556.

Consistorium... Postea S^{mus} longo sermone dixit, se velle procedere ad reformationem quam multi pontifices se facturos promiserant et tamen nil hactenus factum fuerat et ad id deputare intendebat personas idoneas.

Acta consist. cancell., VII. *Archivo consistorial del Vaticano.*

(1) Cf. arriba pág. 162.

17. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 11 de enero de 1556.

... In questo concistoro (2), dopo lunghissime audientie de cardinali, il Papa entrò a parlare della riforma et disse, che ogni giorno conosceva esser asseso in quel supremo grado per voler di Dio, perchè vedea S. Divina Maestà supplir a tutte le imperfettion sue, sì dell' animo come del corpo, che in questa età decrepita gli dava forza di soportar li travagli et fatiche che porta con se il Papato et gli meteva in animo la cosa della reforma, la qual volea far in effetto così come li passati pontefici da 60 anni in qua la proponeano in parole; che però S. S^{ua} reformeria prima se; onde havea proposto li tre cardinali che già scrissi al Datariato acciò lo regolassero, et che, se ben ella ne patirà, trazendo il suo viver da quello, pur che se restrenzerà, perchè la natura è contenta de poco; et che, fatto questo, li altri se preparino che reformerà loro ancora, accennando la Cancellaria, Penitentiaria, la Camerlengaria, la vita de cardinali et la perpetuità de i beneficii con li regressi, accessi et altre introductioni, aggiungendo che, reformata la corte, vorrà poi senza alcun rispetto toccar li principi. Et essendo stato, secondo il solito di S. S^{ua}, copioso et vehemente, messe fine al concistoro, per esser l' hora tarda...

Copia. Cod. 9445, 88^b-89. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia.*

18. Bernardo Navagero a Venecia (3)

Roma, 18 de enero de 1556.

En la audiencia de 17 de enero, entre otras cosas le dijo el Papa lo siguiente: ... Et qui vogliamo dir a voi con molta confidentia quel che habbiamo detto più volte all'una parte et all'altra, che a componer questi doi principi non vi è altro mezo che noi, et gli habbiamo detto la causa che è questa, che cadaun de quei principi sanno per molte prove che non possono ruinar l'avversario: possono ben l'un all'altro far de danni, de prendersi qualche città et con la guerra lunga roinar li suoi stati di danari et di homeni: che uno vinchi et abbassi del tutto l'altro deve esser già, per l'esperientia di tante cose passate, for di speranza; ma esser quasi certo che a quella parte ove noi si accostassimo, accrescassimo tante forze che l'altro potria dubitare grandemente della universal sua ruina, et potrebbe esser, magnifico ambasciatore, che questa paura et questo modo di parlare che gli havemo fatto, gli facesse

(1) Cf. arriba pág. 162 y Ancel, Concile, 11, donde ya se ha comunicado un pasaje de esta carta.

(2) di hieri.

(3) Cf. arriba págs. 64, 164, 165.

un giorno fare qualche bona deliberatione, et vi vogliamo dir che habbiamo fatto delle bravure a questo effetto et non habbiamo voluto alcun di loro per compagno, li volemo per sudditi et sotto questi piedi come si conviene et come ha voluto ch' ha edificata questa s. Chiesa et ci ha posto in questo grado, et prima che far una viltà vossamo morire, ruinar' ogni cosa et appicciar foco in tutte quattro le parti del mondo. Li nostri predecessori pur troppo hanno abbassato questa s. Sede et col tanto temer li principi hanno fatto dell' indegnità, onde ne sono causate infiniti disordini. Quiere atender a las quejas del clero español. Et per poter far meglio queste cose, vogliamo cominciar la riforma da noi et proveder al Datariato. El pasaje que sigue hasta via se halla en Ancel, Concile, 18. Sigue inmediatamente a continuación una característica sentencia del Papa: Et perche Cristo cel comanda, gratis accepistis, gratis date, parole di colui qui dixit et facta sunt, mandavit et creata sunt, che voglio dubitar io che Sua Divina M^{ta}, che mi ha notrito fino alli 80 anni, al presente mi abandoni? Et quando io volse lassar ogni cosa, trovai una quarantena de homeni segnalatissimi et boni (che un papa non si saria sdegnato di haverli), i quali lassorono officii et beneficii et vennero a servirmi; et molti anni mi sono intertenuto senza saper da chi mi fosse dato il vivere, et pur non ho fatte simonie, et come cardinal ancora son stato un poco d'anni senza haver niente quando non hebbi il possesso dell'arcivescovato di Napoli che mi era tenuto da tiranni, nè io mi degnai dirne pur una parola, et non mi mancò cosa alcuna. Perchè voglio temere che mi habbi da mancar adesso? Et quando pur il Signor Dio volesse che al presente mi mancasse, sostenerai di andar accattando con una scudella prima che haver tutte le commodità per questa via indiretta con ruina dell' anima mia et di tanti altri che vengono dietro. Hor per concluderla, magnifico ambasciator, rengratiamo Christo (et qui si cavò la bereta) che ci ha dato quest' animo di far senza alcun rispetto l' honor di S. M^{ta} et il bene di questa Santa Sede. Noi procuraremo la causa di Dio, et S. M^{ta} procurerà la nostra. Habbiamo a punto hoggi raccordato ad alcuni auditori di Rota, che vedino et pensino bene con quest'altri dottori, che gli deputaremo, sopra queste cose, et non si lassaremo ingannar, perchè della simonia habbiamo letto quello che ne dicono theologi et canonisti, tanto che potemo dir esserne istruttissimi, et la dottrina del nostro s. Thomaso in questa come in tutte le altre cose ne ha fato rissolver christianamente; quando questi ne haverano referito il parer loro, gli faremo quelle provisioni che seranno necessarie. Mi disse poi S. S^{ta} che le sue genti hormai haveano occupato la maggior et miglior parte del stato del conte di Bagno, et che quel poyerino si ravederia del suo mal consiglio. Et essendo durato il ragionamento di S. S^{ta} per buon spacio, presi licentia havendola rengratia della communicatione et laudata de i magnanimi suoi disegni con parole convenienti...

**19. Acta de la congregación de la Comisión pontificia de reforma,
tenida el 20 de enero de 1556 (1)**

**Acta super reformatione Ecclesiae sub Paulo III
pontifice max^o an. MDLVI.**

Prima Congregatio.—Pontifex exponit promptitudinem animi et desiderii sui circa universalem Ecclesiae reformationem, proponitque caput a quo sit initium auspicandum.

Cum sanctissimus in Christo pater et dominus noster dominus Paulus divina providentia papa quartus, iam inde ab initio assumptionis suae animum adiecisset ad ea facienda quae honori Dei et fidei suae catholicae exaltationi conducere viderentur, nihil sibi antiquius fuit quam ut generali ipsius Ecclesiae reformationi omne studium et operam navaret. Quam quidem intentionem et si perpetuo ab ipso pontificatus initio retinuerit, eam tamen ob diversa impedimenta et publicas occupationes, quae hoc medio tempore acciderunt, executioni hactenus, non sine animi sui ingenti dolore, demandare non potuit. Verum, ne hoc tam sanctum et salutare Beat^{is} suae propositum diutius in ipsius Ecclesiae detrimentum et animarum dispendium differretur, ipsi reformationi absque ulteriori mora initium, Deo favente, dare constituit. Et licet pontifex, Spiritu Sancto duce, ac potestate sibi a Deo tradita, per se solum hanc provinciam absolvere potuisset, tamen, quia ubi est multitudo sapientum ibi est salus et verum consilium, decrevit rem ipsam cum venerabilibus fratribus suis S. R. E. cardinalibus primo, deinde cum aliquibus episcopis et praelatis ac etiam omnis ordinis etiam inferioris sacrae theologiae professoribus, nec non canonum et legum peritis, conferre atque examinare, ut tandem, Deo ipso iuvante, reformatio ipsa communi omnium voto et consilio in Ecclesia Dei decerneretur.

Quare hodie, die lunae xx mensis ianuarii, anno a nativitate Domini MDLvj, hora xx, vocatis ad se cardinalibus, praelatis, theologis et aliis infrascriptis, ad ipsius omnipotentis Dei gloriam et religionis christianae incrementum, congregationem primam super ipso negotio reformationis, in palatio apostolico, in aula magna superiori, quae Constantini nuncupatur, habuit. Quibus dominis et praelatis sic congregatis Sanctitas Sua primum significavit eius pium desiderium et animum reformandi abusus in Ecclesia Dei hominum et temporum iniuria subortos; retulitque labores, quos hactenus superiores eius summi pontifices, etiam congregatione concilii generalis, consumpserunt; et quod, licet res ipsa frustra hucusque tentata fuerit, sperare se tamen in bonitate Dei eam aliquando praestari posse. Qua quidem in re omnem ope-

(1) Cf. arriba, pág. 163 y Massarelli, 286.

ram, omnem diligentiam et curam esse adhibituram; et pro qua nihil laboris, nihil incommodi nihilve alterius cuiusvis oneris, etiam cum propriae vitae periculo, haud subituram esse. Cum autem caput et radicem totius reformationis esse haeresim simoniacam ostendisset, inprimis et ante omnia ad eam eradicandam et penitus evellendam omni conatu vacandum esse comprobavit. Et iure quidem ac merito Sanctitas Sua ab ipsius simoniae extirpatione initium sumit. Nam nihil profecto est quod magis Ecclesiae Dei officiat et ministerium sacerdotale commaculet atque perturbet, nihilque magis animas illaqueet et ad interitum ducat, quam simonia. Quam certo eo magis pontifex evellere debet, cum non sequatur hucusque ipsius Ecclesiae reformationis praecipuam et solam fere causam detractores et haeretici omnes in Pontifices maximos retulerint, eos scilicet reformationem hanc et noluisse et distulisse, propter lucri nescio cuius, qui in datariato fit, amissionem. At summus et vere sanctissimus noster pontifex, lucra, divitias et mundana omnia parvipendens, solum Deum et animarum salutem prae oculis habens, eam ipsam reformationem, nullius sui incommodi, nullius damni (sed neque damnum existimat amitti quod iniuste quaeritur) neque cuiusvis carnalis affectus habita ratione, omnino constituere et ab ipsius simoniae, ut dictum est, eradicatione initium sumere decrevit. In qua sane eradicatione facienda eorum patrum, qui aderant, iudicium et consilium libenter se audire velle et cupere declaravit: eosque propterea monuit et hortatus est, eis nihilominus in virtute sanctae obedientiae praecipiens ut ipsi materiae explicandae et declarandae studium et diligentiam adhiberent, ita ut, suo tempore revocati, possent super ea re sententias dicere; comminatusque est eis ut id in ipsis sentiis dicerent quod secundum Deum et conscientiam sentirent, fugerentque in omnibus vitium adulationis atque assentationis, constanter eis asseverans ut qui aliter facerent, praeter id quod a Deo dignam poenam reciperent, Sanctitatis etiam suae indignationem non effugerent: qui vero veritatem pure et sincere, iuxta eorum captum et capacitatem, dicerent, et a Deo ipso premium et a Sanctitate Sua laudem essent reportaturi. Exposuitque caput principale, super quo eorum studiis invigilare quodque discutere et examinare deberent, An videlicet usus potestatis datae a Christo domino nostro Petro, Ecclesiae suae capiti, possit cadere sub precio; admonens iterum patres, ut lubenti animo id laboris studendi et veritatis perquirendae susciperent, et quod deinde invenissent, id verbo, suo tempore, dicere et in scriptis etiam ponere procurarent.

Quibus dictis, rogavit rever^{rum} dominorum cardinalium sententias, an videlicet super iis, quae Sanctitas Sua dixerat, aliquid ipsis patribus ulterius explicandum iudicaret. Cumque omnes proposita a Sanctitate Sua collaudassent, dimittitur congregatio et patres omnes recesserunt, hora circiter **xxiii**.

20. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 24 de enero de 1556.

Hoggi è stato consistoro... In questo consistoro S. S^{ta} disse alcune parole cerca la reforma che volle far al tutto, dicendo alli rev^{mi} cardinali che non si spaventassero per ciò; che quanto ella facea era per recuperar la prima et antica giurisdiction della Sede Apostolica, accennando la riforma de principi, la qual reaquistada, ognuno saria felice et felicissimo il sacro collegio. Per poter procedere a questa riforma havea Sua S^{ta} tre giorni avanti fatto una congregatione de cardinali, auditori di Rota et altri dottori et generali delle religioni, nella qual parlò con tanta eloquentia et forza nella materia della simonia che accesse et infiammò ogni uno facendolli conoscer che in questo solo stava la vera riforma della Chiesa, aggiungendo quasi li medesmi concetti che disse a me, et io le scrissi per le ultime mie...

Copia. Cod. 9445, 97^b-98. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia.*

21. Bernardo Navagero a Venecia (2)

Roma, 25 de enero de 1556.

Relación sobre la audiencia de hoy.

... Et qui entrò (3) a confermarmi quel che mi disse l'audientia passata, che ella non volle cessar fino che non facea questa riforma, et che, quando non la faci, se io la vedessi far miracoli et ressussitar morti, non gli dovesse creder; che ella ò la farrà over crepperà soto el peso; che vuol comensiar dalla sua pelle et scorticarlla et riformarlla, per poter poi liberamente riformar li altri, non solamente prelati, ma li imperii, li regni et signorie; et che spera nel Sig^{ro} Iddio che, quando habbi reconciliata la chiesa con Christo, Sua Divina M^{ta} farà che li principi fatiano la pace tra loro in quel modo che la me disse l'altra audientia; che ambi, temendo che ella non se accosti all'avversario, potriano far qualche compositione a beneficio della Christianità. Et qui si dilatò nelle cose gia dete altre volte, che non voglio replicar, con questo particular cerca la reforma, che non volle con multiplicità di bolle piene di belli prohemii et con finti concilii et altre desipulle [sic] ingannar el mondo, ma far effetti; et che per ciò havea chiamata la congregatione de cardinali, auditori di Rota, avvocati concistoriali, capi delle religioni et altri dottori, et impostolli che studino il caso della

(1) Cf. arriba págs. 164, 165.

(2) Cf. arriba pág. 165.

(3) El Papa.

simonia; et che vi aggiongierà delli altri grand'homeni et boni che serà come un concilio, senza chiamarsi concilio. Et presto li convocherà a un altra volta per dar expedition al negotio, nel quale ella non si lassieria struchar [sic] capelli nel gli occhi; per che rengratiava Iddio che in questo caso de simonia havea veduto quanto si potea; la qual simonia disse che è chiamata herexia per l'efetto che fa. Et qui allegò la sententia di s. Pietro contra Simon Mago, che volsse comprar el Spirito Santo; et appresso disse molte altre cose piene di dotrina con tanto affetto che si vedea che venivano dal core...

Copia. Cod. 9445, 102^b-103^b. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

22. Acta de la congregación de la Comisión pontificia de reforma, tenida el 29 de enero de 1556 (1)

Congregatio 2^a. Pontifex iterum declarat firmissimam eius intentionem circa Ecclesiae reformationem, proponitque modum procedendi. Die mercurii xxix eiusdem mensis ianuarii...

Primusque omnium cardinalis Bellaius sacri collegii decanus laudavit modum propositum a Sanctitate Sua; deinde, cum cardinalis Turnonius petisset a Sanct^e Sua declarari de qua simonia ipsa Beautudo Sua intelligeret, an videlicet de ea quae iure divino prohibita est, an vero quae iure positivo uti simonia etiam prohibetur, Pontifex ipse, multis verbis ac rationibus, improbavit ac detestatus est eam distinctionem, quam canonistae et alii doctores faciunt, duplicem videlicet esse simoniam, alteram iure divino prohibitam, quae prohibita est quia simonia, alteram prohibitam iure positivo, quae ideo simonia censetur, quia prohibita ut simonia; declarans inprimis simoniacam labem non posse neque ab angelis neque ab ulla mundana potestate constitui, sed tantum ab ipso Deo: ac propterea nullam aliam esse simoniam nisi unam et eam iure divino prohibitam: id autem quod iure positivo prohibetur esse quidem malum, quia prohibitum; verum quod sit simoniacum per prohibitionem non posse fieri. Quod enim annexum est rei spirituali, id etiam sapere simoniam, et quidem iure divino prohibitam, quousque ipsi rei spirituali annexum est, etiam quod sit aliquod mere temporale, ut praedium, domus et similia, sicuti etiam declaratur in capite Si quis obiecerit, p. q. III. Si autem res ipsa temporalis a spirituali separetur (quod iure positivo fieri potest), desinet cadere sub simonia. Communitque iterum patres ut similes distinctiones et aniles, ut aiebat, fabulas in dicendis sententiis devitarent, idque solum dicerent quod ad rem propositam conduceret. Deinde interrogavit dominos et patres, an aliqui eorum vellent super modo procedendi iam proposito aliquid dicere, vel qui magis voluissent, cedulam in scriptis mitterent...

Concilio, 79, 35-36. *Archivo secreto pontificio*.

(1) Cf. arriba pág. 166.

23. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 1.º de febrero de 1556.

Il Pontifice mercore chiamò congregatione de molti rev^{mi} cardinali, prelati, auditori di Rota, generali delle religioni et canonisti et volse che fussero ancho li deputati de cadauna congregatione de officiali, di modo che assendeno al numero quasi di 200 persone. In essa congregatione disse S. S^{ta} che quelli che erano stati nella precedente congregatione sapevano et li altri potevano haver intexo, la mente di Sua Beat^{ne} esser di far la riforma et di cominciar da se, perche questo era meter la secure alla radice et serar la bocha ad ognuno; che gli havea chiamati per farli intender che volea che studiassero la cossa della simonia per poterne dar poi li loro voti, come fossero chiamati un'altra volta, che saria presto, et chel ponto stava qui, se per la collatione de benefitii et gratie ecclesiastiche si poteva pigliar danari, essendo in ciò la suprema authorità del Pontifice data da Christo a Pietro, che hanno costituito le compositioni et le anate; et che ogni un se preparasse a dir liberamente quel che sentiva per l'honor di Dio, senza rispetto dell'interesse di Sua San^{ta} et de altri; et che per non far confusione, ella se havea pensatto che li voti per classes fossero piu expedite: queste classe loro chiamano li theologhi una, li canonisti un'altra, et cossi ogni professione una classe: a queste deputeria Sua S^{ta} cardinali della professione, li quali pigliariano li voti di cadauno della sua classe in scrittura; et per non multiplicar in repliche de ragioni, da tutti tratteriano un summario et quello refeririano a Sua San^{ta}, alla quale se alcuno volesse dir altro, ella l'ascolteria et dellibereria quel che fosse il bene et honor di questa Santa Sede et di tutta la christianità. Et aggonse che, se a qualche uno non piaceva questo modo, ne ricordasse un migliore. Fu risposto che piaceva quanto Sua San^{ta} havea detto. Ne voglio tacere che il rev^{mo} Grimani patriarcha de Acquileggia parlò con molta satisfatione de ogni uno, laudò la bona mente di Sua Sanc^{ta}, disse chel modo delli voti per classes era perfetto, et che esso nella materia proposta meteria el suo voto in scrittura, secondo chel Signor Iddio gli ispirerà...

Copia. Cod. 9445, págs. 106-106^b. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

24. Acta de la congregación de la Comisión pontificia de reforma, tenida el 2 de febrero de 1556 (2)

Congregatio generalis. — Iniungitur praelatis ut ipsi ex eis 24 eligant pro classibus super reformatione constituendis.

(1) Cf. arriba pág. 166.

(2) Cf. arriba pág. 166.

Die dominica 2 februarii dicti anni 1556 in festo purificationis B. Mariae, hora circiter XVI, in aula quae Pappagalli vulgo dicitur, antequam Pontifex iret ad audienda sacra, convenere coram Sanctitate Sua omnes praelati et alii qui in superiori cedula nominantur; quibus praelatis Pontifex significavit mentem suam esse ut ipsi **xxiii** ex eis eligerent ac deputarent, qui una cum aliis a Sanct^{to} Sua deputandis, per 3 classes distincti curam particularem susceperunt negotii reformationis. Ac propterea eo ipso mane post celebrationem missae congregarentur in eodem sacello et ipsam electionem facerent. Admonuitque eos ut, omni carnali affectu seposito solumque Deum et conscientiam prae oculis habentes, eos dumtaxat eligerent qui ad tantum onus suscipiendum idonei et digni fuissent. His dictis, itum est in sacellum Sixti, ubi candelae benedictae distributae sunt, sacraque ipsa, celebrante rev^{mo} domino cardinali Messanensi, peracta fuerunt.

Concilio, 79, 37^b. *Archivo secreto pontificio*.

25. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 8 de febrero de 1556.

... Desiderando Sua Sanct^{ta} dare piu presto che si possa principio alla riforma, come havea dato deputatione de 24 cardinali per questo effetto, così ha voluto che vi siano 24 prelati et che tra loro si ellegano con voti secreti, come fecero il giorno di Nostra Donna ultimamente passato in capella dopo la messa et la cerimonia del benedir et dar le candelae, che, essendo ivi seduti al numero di 63, ellessero li 24 notati nella acclusa poliza, qual mando a V^{ra} Serenità; et la ballotatione fu con le fave bianche de si et negre de no. Erano presidenti che contorono i votti li rev^{mi} Bellai decano primo vescovo, Moron primo prete et Ferneze primo diacono. Il terzo giorno poi Sua Sanct^{ta} chiamó congregatione de tutti li rev^{mi} cardinali, con invitarli dopoi a disnar seco, nella qual divise li 24 cardinali eletti in tre classe, a otto per una, si come V^{ra} Ser^{ta} vederrà per la acclusa poliza; et la divisione è fatta secondo l'ordine che cadauno siede. Simil divisione dicono che se farà delli 24 prelati, et si dice che il Pontifice accresserà cadauna di queste classe di soi [sic] altri theologhi et canonisti, et poi se li darano i dubii et cadauna classe li disputerà tra se, et quello che sarà discusso et concluso referirano al Pontifice...

Copia. Cod. 9445, 109^b-110. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(1) Cf. arriba pág. 166.

26. Privilegio del Papa Paulo IV para los oficiales de la Inquisición romana (1)

Roma, 11 de febrero de 1556.

Paulus IIII.

*Privilegium apostolicum immunitatis officialium
actu inservientium S^{to} Officio a datiiis et gabellis etc.*

Motu proprio etc. Attendentes onera domui (2) Inquisitionis haereticarum pravitatis de Urbe incumbentia et ad grata, quae dilecti filii ipsius domus officiales et ministri nobis et universae reipublicae christianae quotidie impendunt, obsequia debitum respectum habentes, eosque specialibus favoribus et gratiis prosequi volentes, domum ipsam ac omnes et singulos illius ac dictae Inquisitionis actu deservientes officiales et ministros, nunc et pro tempore existentes, ab omnibus et singulis datiiis, gabellis et portarum dohanis, vectigalibus, impositionibus, collectis, subsidiis, etiam caritativis, angariis et oneribus ordinariis et extraordinariis tam realibus quam personalibus etiam mixtis, ac publicis et privatis, etiam ratione vini, grani, animalium et quarumcunque aliarum rerum cuiuscunque generis et qualitatis existentium, tam per mare et aquam dulcem quam per terram undecunque ad dictam Urbem pro tempore delatarum et conductarum, quae in eadem Urbe illiusque districtu ac alias ubicunque locorum nobis et S. R. E. in spiritualibus et temporalibus subiectorum exiguntur et exigi consueverunt, et quae ex quacunque causa hactenus imposita reperiuntur, et in posterum ex quibusvis etiam quantumlibet necessariis, iustissimis et urgentissimis causis, etiam per nos et successores nostros Romanos Pontifices pro tempore existentes imponi et exigi contigerit, necnon contributionibus in illis faciendis, tam pro eorum usu quam alias quomodolibet et quandocunque emendo et vendendo, necnon refectioe stratarum ac viarum Urbis illiusque contributione ex certa nostra scientia penitus eximimus et totaliter liberamus, ac omnibus illis et eorum singulis liberos, immunes et exemptos facimus et constituimus ac in posterum esse et censi debere volumus, decernimus et declaramus. Necnon datia, gabellas et alias impositiones huiusmodi per eos a die electionis nostre ad summi apostolatus apicem debita gratiose donamus et remittimus eosque ad illorum solutionem non teneri volumus. Necnon domui illiusque officialibus et ministris predictis quod omnibus et singulis privilegiis, immunitatibus, exemptionibus, libertatibus, favoribus et gratiis, quibus nostrum et eiusdem S. R. E. cardinalium palatia et domus eorumque ministri, officiales et personae, tam circa gabellas illarumque exemp-

(1) Cf. arriba pág. 228.

(2) Ms.: domus.

tionem et refectionem viarum et stratarum huiusmodi quam alias utuntur, potiuntur et gaudent ac uti, potiri et gaudere poterunt quomodo libet in futurum, uti, potiri et gaudere valeant in omnibus et per omnia, perinde ac si illis specialiter et expresse concessa forent, concedimus et indulgemus. Ac omnibus et singulis datiorum, gabellarum, vectigalium, subsidiorum, impositionum, collectarum et onerum huiusmodi exactoribus collectoribus ac quibusvis aliis ubilibet constitutis, necnon viarum praedictarum magistris pro tempore existentibus, cuiuscunque dignitatis, status, gradus, ordinis vel conditionis existant et quacunque ecclesiastica vel mundana auctoritate seu dignitate vel praeeminentia praefulgeant, in virtute sanctae obedientiae et sub excommunicationis latae sententiae ac mille ducatorum pro una fabricae basilicae Principis Apostolorum de Urbe et altera medietatibus dictae domui Inquisitionis applicandorum et a contraventoribus irremissibiliter exigendorum poenis eo ipso, si contrafecerint, incurrendis, ne domum Inquisitionis illiusque officiales et ministros huiusmodi ad aliquam solutionem premissorum onerum et impositionum occasione coarctare aut aliquid de eis exigere, vel super praemissis aut illorum usu seu possessione vel quasi, directe vel indirecte, quovis quaesito colore vel ingenio molestare, impedire, vexare aut inquietare quoquo modo audeant seu praesumant districtius inhibemus; non obstantibus quibusvis apostolicis constitutionibus et ordinationibus, necnon dictae Urbis statutis et reformationibus etiam iuramento etc. roboratis, privilegiis quoque, indultis et litteris apostolicis quibusvis et sub quibuscunque tenoribus et formis ac cum quibusvis clausulis et decretis concessis et confirmatis etc., quibus omnibus etiamsi de eorum etc. illorum tenores etc. pari motu derogamus, caeterisque contrariis quibuscunque cum clausulis opportunis.

Concessum ut petitur in praesentia Domini nostri Papae. B. Card. Tranensis. Et cum absolutione a censuris ad effectum etc., et de exemptione, liberatione, constitutione, voluntate, decreto, declaratione, concessione, indulto, remissione, donatione, inhibitione, derogatione et aliis praemissis, quae hic pro singillatim et ad partem repetitis habeantur, latissime extendendis etc. etiam in forma gratiosa et ex certa scientia, etiam si videbitur, cum opportuna deputatione executorum qui assistant etc., cum facultate citandi etiam per edictum etc. et inhibendi etiam sub censuris et poenis ecclesiasticis ac etiam pecuniariis, aggravandi etc., contradictores etc. compescendo etc. invocato etc. auxilio brachii saecularis. Et cum derogatione constitutionum de una et duabus dietis, non tamen de tribus latissime extendenda. Et quod praemissorum omnium et singulorum etiam qualibet invocatione nominum, cognominum, nuncupationum aliorumque circa praemissa quomodo libet exprimendorum maior et verior specificatio et expressio fieri possit in litteris per breve nostrum, si videbitur, expediendis, seu, si videbitur, praesentium sola signatura sufficiat et ubique fidem faciat, regula contraria non obstante. Et pro usu domus et ministrorum actu deservientium ipsi domui, occasione dictae domus dumtaxat.

Datum Romae apud sanctum Petrum tertio idus februarii anno primo.

Copia. Cod. Barb. lat. 1502, 154-158; 1503, 68-71. *Biblioteca Vatic.*

27. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 15 de febrero de 1556.

... Entrando a dirmi che li Pontifici passatti et questi ultimi avevano così abbassata la grandezza di questa Santa Sede che di essi non si tenea conto alcuno, et che per la verità a farsi stimar bezogna viver di modo che non possi esser locco ad alcuna vera oppositione; et che questo non bastava; che bizognava ancho saper delle cose assai, et non se dar in preda delli ministri et creder ad ogniuno; et finalmente esser talle che nissun prossumi o ardischi di poterci ingannar, haver animo grande, non temer sorte alcuna di pericollo, stimar la vita quanto si debe stimar et niente piu, non vollen prencipi per compagni, perche sono inferiori, et con non farssi parziale con alcuno, tenendo sempre tutti in suspetto et timore.

Al che havendo detto io che tutte queste et molte altre singular qualità si ritrovavano in S. San^{ta}, risservata per la providentia di Dio in questi così importanti tempi a grado così eccelso et honorato, fenisse dicendo: Dio voglia, magnifico ambasciator, che siamo tali quali voi, per l'amor che ci portiate, credete che siamo; soggiogendomi: Siamo tutti hora intenti a questa riforma, perche qui sta il tutto, nè maggior accressimento alla Sede Apostolica si può far di reputatione che per questa via; nè ce ne impedirano li tradimenti et iniquità di questi imperiali, che scoprimo ogni giorno, alli quali rimediamo al meglio che potemo, et ci sforciamo che non ne trovino imparati nè disarmati. Si ha proveduto alli lochi importanti dello stato et si va provedendo ancho a questa città: staremo a veder quel che farano et dove tenderano; et non ci coglierano al improvviso. Sono tristi, magnifico ambasciator, et per tante operationi loro fatte in Itallia sanno d'esser in odio d'ogni uno. Come sono, temono tutti, perche conoscono haver chauxa. In somma, non bisogna fidarsi...

Copia. Cod. 9445, 116-117. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia.*

28. Bernardo Navagero a Venecia (2)

Roma, 14 de marzo de 1556.

... Non volendo io restar questa settimana senza audientia del Pontifice, andai eri ad accompagnarlo in S. Pietro alla statione, come fecero molti cardinali et ambasciatori; et havendo speso sua Beat^{te}

(1) Cf. arriba pág. 166.

(2) Cf. arriba pág. 169.

molto tempo nelle sue devotioni et poi in veder la capella che principiò Paulo III et ella fa finire, si voltò a me et con segnalato favore verso V^{ra} Serenità, abbassandosi molto perchè me ero ingenochiato, mi abbracciò et basciò et disse che volea che tornasse hoggi per poter star lungamente mecho, che all'hora si atrovava stanco. Et da questo è avvenuto che, essendovi andato hoggi al hora ordinaria, Sua San^{ta} fece licenziare li rev^{mi} Pixani, Armignac, Trani, Motulla et Reumano, che erano nel antecamera et fece introdur me; et dappoi molte parolle affettuose verso V^{ra} Ser^{ta}, delle qual la rengratiai come conveniva, mi disse... (1).

29. Bernardo Navagero a Venecia (2)

Roma, 28 de marzo de 1556.

... Giobbio fù congregatione della prima classe sopra la riforma in casa del rev^{mo} Bellai decano. La somma fù che 17 dissero li loro voti sopra il ponto gia dato e che io mandai a V^{ra} Serenità; et forono tre opinioni: una del vescovo di Feltre, che si potesse pigliar danari per uxo della potesta spirituale; la seconda del vescovo di Sessa, che non si possino pigliar per alcun modo; la terza del vescovo di Sinigagli, che si possino pigliar, ma a certo tempo et con certe conditioni (3).

Copia. Cod. 9445, 145-145^b. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

30. Bernardo Navagero a Venecia (4)

Roma, 11 de abril de 1556.

... Sendosi trovati uno de questi giorni al disnar del Pontifice alquanti prelati, Sua San^{ta} li fece chiamar nella sua camera, dove con parlar latino puro, ornato et copioso, secondo il solito, li represe che non andavano alli suoi vescovatti, che lassavano la loro sposa vidua et il grege comessolli senza il lor pastore, et che al mancho (5) fino che si facea la riforma, la qualle con maggior forza li commeteria che andassero alla loro residentia, non consumassero el tempo in visite, in bancheti et forsi in giochi, ma studiassero per saper poi ben governar le loro peccorelle; perchè era una grandissima vergogna che nelle capelle ove sedenno tanti vescovi se levassero frati, et ancho laici, ad insegnarli; che per il più questi fanno li sermoni che doveriano far essi. Il qual parlar di Sua San^{ta} è stato quasi una capara a questi di quel che disegna di far...

Copia. Cod. 9445, 150^b. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*.

(1) Lo que sigue se halla traducido en Brown, VI, 1, n. 425.

(2) Cf. arriba pág. 169.

(3) Lo que sigue está en Ancel, 16.

(4) Cf. arriba pág. 203.

(5) Ms.: mondo.

31. Miguel Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova (1)

Roma, 20 de junio de 1556.

... Quanto al Bogiano vedete d'intendere da quanto tempo in qua ha parlato con fra Paterniano da Pesaro, et se potessivo havere notitia ove se ritrovi et così frate Andrea da Scansano quantunque sfratato, et intendiate si loro erano di l'istesse opinione heretiche.

Quanto dil mandarlo in galea i rmi et illmi miei patroni, anzi Sua Stà, fuggeno più che possono di mandare alcuno in galea, ne li mandano, salvo quelli delli quali non si possono sigurare de fuga; ben li fanno portar l'habbitello giallo con la croce roscia per qualche anni, gli privano di ascoltare confessione, di potere leggere ne predicare, li assegnano un convento per pregione, dandoli degiunii et orationi per penitentia, imponendoli che si confessino almen una volta la settimana, ma ne la galea li pare penitentia da disperati o da dimonii et di poco frutto; però gli mandano questi marrani, perche da molti di loro et quasi da tutti siamo aggabbati; gli mandano ancora certi disgratiati, vacabundi, furfanti de i quali mal possiamo fidarsi. Però considerate le qualitate, l'età del detto Bogiano et considerate quanto di lui si può sperare et fate quel che Dio vi spira; et se lui è sacramentario, privatelo perpetuamente de la messa, concedendoli che si possi comunicare come i laici una volta il mese...

Di V. R.^{da} Ptà

fra Michele Alesandrino

[Dirección] Al r.^{do} padre fra Gironimo da Genova

inquisitore del'heretica pravità

padre osserv.^{mo}.

Genova.

Orig. Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

32. Miguel Ghislieri al vicario general del arzobispo de Génova (2)

Roma, 29 de agosto de 1556.

Rev.^{mo} mgr mio osservandissimo.

Hò ricevuto quelle di V. R.^{ma} Stà delli xix del presente, nelle quali mi chiarisce della calunnia data al rev.^{do} padre Inquisitore, che habbi cercato di ritirare V. R.^{ma} S. dal esame nella causa di maestro Alessandro. Però a chi vole servire a Christo convien sopportare tale et maggior'ingiurie con patientia et considerare che quelli che altri calunniano più si offendono loro medesimi che quelli che son calum-

(1) Cf. arriba pág. 234.

(2) Cf. arriba pág. 234.

niati. Però dovemo pregare il Sigr Iddio che gli levi la cecità del core e gli doni lume. Et a V. R^{ma} S. humilmente baciando le mani mi raccomandando.

Di V. R^{ma} S^{ra}

Di Roma il dì 29 di agosto del Lvj
minimo servitore
fra Michele Alisandrino.

[Dirección] Al rev^{mo} monsr vescovo di Cavorli
vicario archiepiscopale di Genova
sigr mio osserv^{mo}

Genoa

Orig. Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

33. Miguel Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova (1)

Rev^{do} padre

Roma, 3 de septiembre de 1556.

Oltra la risposta comune ad rev^{mo} mos^r vicario et a V. R., gli dico che chi vol servire a Dio in questo santo offitio non conviene temere minaccie ma haver sol'Iddio, la verità et la giustitia davanti agl'occhi, et intervenga quel che si vole; benche quelli medemi che minacciano vedendo la constantia del'animo ne rimangano edificati, si non sonno piu che maligni...

Da Roma ali 3 de settembre del 56.

Di V. R^{da} Pa

fra Michel Alisandrino.

[Dirección] Al R^{do} P. fra Girolamo da Genova inquisitore contro
la heretica pravità padre oss^{do}

Genoa.

Orig. Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

34. El cardenal Morone al cardenal Pole (2)

Roma, 28 de noviembre de 1556.

... Dico adunque intorno a questo trattato della pace brevemente: Se al ser^{mo} rè d'Inghilterra mette conto haver la pace con N. S^{re} et con la Sede Apostolica (come per ogni ragione della salute dell'anime, dell'honore et dell'utile proprio deve metter conto), bisogna che S. M^{ta}, come principe veramente catholico et come buon figliuolo di Dio et della Chiesa et di questa S^{ta} Sede, senza star su li pontigli dell'honore et sopra la giustificatione delle cose passate, s'indolcisca et intenerisca verso S. S^{ta} come verso il padre proprio, anzi più, essendo la paternità spirituale più veneranda che la carnale, et a questo

(1) Cf. arriba pág. 234.

(2) Cf. arriba págs. 64, 133.

bisogna che S. M^{ta} indirizzi tutti i pensieri suoi, per soddisfare alla grave offesa ricevuta qui da questo rompimento. Tengo per fermo che S. St^a si mitigarà alquanto et ripigliarà l'animo paterno verso S. M^{ta}, procedendosi con questi modi, altrimenti se S. St^a resta con scrupolo che vi vada un minimo ponto dell'honor suo, il quale essa per il luoco che tiene stima esser honor di Dio, mai s'acquetarà la christianità et più presto S. St^a patirà il martirio che lasciarsi condurre alla pace senza l'honor suo, inteso nel modo che S. St^a intende; il qual modo S. St^a fonda nella pietà verso Dio et nella conservatione dell'officio suo in terra et nella salute di tutto 'l popolo christiano, tenendo per fermo che mai si potrà far cosa buona in tanti bisogni et perturbationi della christianità, o per estirpare le heresie o per pacificare la christianità, o per riformare la Chiesa et li costumi, o per resister al Turco, o per fare qual altra cosa buona si voglia, se l'honore del Vicario di Christo et di questa S^{ta} Sede non sta sopra il capo di tutti li christiani, et massime delli gran principi, come è quel sermo rè; et sia certa V. S. Ill^{ma}, se non si attende a questo scopo, che tutte le fatiche di pacificare S. St^a saranno vane, et benché il rè di Francia mancasse di aiutare, come ha promesso, et che S. St^a abandonata da tutto 'l mondo fosse ridotta allo estremo, nondimeno sarà inespugnabile per altra via, et non obstante che l'ill^{mo} cardinal Caraffa doppo Dio sia l'unico mezzo a piegare S. St^a, credo però che in questo Sua Sig^{ia} Ill^{ma} non potrà rimuovere S. St^a dal detto fine, tanto maggiormente parendo secondo il mondo che noi siamo restati nella guerra inferiori con perdita et devastatione di tante città, luoghi et paesi.

Supplico adunque V. S. R^{ma} voglia, non solo per se, ma per tutti li altri mezzi che crederà esser idonei, voglia forzarsi di persuadere S. M^{ta} a questa piena satisfattione verso S. St^a et di parole et d' effetti...

Orig. Arm. 64, t. XXXII, fol. 215-218^b. *Archivo secreto pontificio*.

35. El cardenal Morone al cardenal Pole (1)

Roma, 12 de diciembre de 1556.

N. S^{re} ha havuto a caro li boni uffici fatti per V. S. R^{ma} et Ill^{ma} col sermo rè d' Ispagna, et ha veduto la copia delle lettere che S. M^{ta} ha scritto a quella. Ma S. St^a guarda piu alli fatti che alle parole et sta sempre con suspecto che non s' i vadi fittamente et a camino di usurpare il resto della Sede Apostolica, facendo il fondamento suo sopra l'insulto fatto a questo stato et l'occupatione de tanti luoghi et città d'importanza: et suspica tanto peggio quanto ogni cosa si fa col pretesto della securità del regno de Napoli; et S. St^a non puo patire ch' alcuni cuculati, come dice, habbino consigliato ch' il rè lo possi fare giustamente per sicurezza sua; et sempre sta sul suo honore et dignità di questa S^{ta} Sede; il qual, come gia scrisse, S. St^a reputa honore di Dio.

(1) Cf. arriba págs. 64, 133.

Parti alli giorni passati da qui il sigr^e don Francesco Pacecco, mandato dal sigr^e duca d'Alba per l'accordio, et venendo a visitarmi et dimandarmi parere, li disse queste propositione per verissime.

Primo, che, se S. Stà fosse stata in pregione et col pugnale alla gola, che mai haveria consentito alla restitutione di casa Colonna in Palliano, parendo a S. Stà esser troppo indegno che con li esserciti più potenti si voglia impedire l'amministrazione di qual principe si voglia in casa sua, et tanto più d'un Pontifice, et da un rè di Napoli ch'è feudatario della Chiesa; et giudicando S. Stà che questa casa Colonna sia stata sempre nimica de Pontefici.

Dappoi, che S. Stà si reputa gravemente ingiuriato nel' honor et nel stato, havendo li ministri di S. Mtà dannificato così in grosso in varii modi questo stato, et però bisognava pigliare qualche via di discusatione et di humiliatione et riconoscimento, come sarebbe di scrivere a S. Stà humilmente dimandandoli perdono, che come mal informato havea lasciato muover le armi etc., et mandando qualche personaggio a posta.

Il terzo, che dovesse fare restituire li luochi occupati; et per che tra principi non si usa altra securità che la fede, si dovesse contentare di quella ch'è comune tra li altri principi; et che promettendoli il rev^{mo} Caraffa, credeva che si potesse credere alla fede et promissione sua, essendo signore ben nato et facendo professione non solo di cardinale, ma di cavaleiro honorato.

Ultimamente li disse che, non accordandosi le cose al mio giuditio per queste vie, teneva per fermo che S. Stà escomunicarebbe il rè et lo privarebbe di tutti li regni et harebbe fatto ogni conato in tutte le vie contra S. Mtà et li suoi regni. Et con questo esso signore si parti, parendoli che dicesse il vero.

Ho voluto replicar il medesimo a V. S. Ill^{ma}, per che la cosa sta così in effetto, et se ben io sono poco aveduto, nondimeno stimo che, caminandosi per altra via, bisogni essettar la ruina del mondo, perche S. Stà mi pare resolutissima. Et se a V. S. R^{ma} parerà bene indrizzare le cose a questo scopo, io ne la prego, perchè altrimenti mi metto avanti li occhi ogni estremità; et se ben per altra via il rè di Spagna vincesses in questo mondo, S. Stà pero non cederà mai nelle cose spirituali, et in tal caso non cura nè di separatione di Spagna, nè de recidiva de Inghelterra, nè di perdita d'ogni ubedientia; perchè ha questo fondamento che non tenetur praestare culpam alienam, et che qui non erant ex nobis exierunt etc. Ma di tutti questi officii S. Stà non ha mai voluto che a nome suo se parli, et però ha tenuto che non si sia venuto a particolari con lei; ma forse hora il rev^{mo} Caraffa li scriverà qualche cosa come da se, se ben non lo so certo. Ma l'ho ricordato, et S. Stà sta su queste ch'ogniuno doveria fare il debito suo et che la recognitione di quella Mtà sia tanto necessaria che non habbi bisogno di rācordo.

Mons. Fantuccio andò heri alla Mtà Sua a nome solo del rev^{mo} Caraffa. È persona assai destra et forse potrà fare qualche bene, quantunque io non ne spero molto, vedendo li apparati che vengono di

Franza in soccorso di N. S^{re} et considerando li peccati nostri, per li quali si può temere che Dio non habbia ancora posta la mano in seno, ma stia levata col flagello suo. Qui si fano orationi continue, et è andato il giubileo per tutto per la pace: sopra la qual considerando alcuna volta mi pare vedere gran difficoltà, perche N. S. stima non havere mai fatto una minima ingiuria a quella M^{ta}, per la qual meritasse esser trattata com'è stata, nelli machinamenti primi di veneni, di archibusi, di trattati etc. et poi in questa aggressione della Chiesa. Dall'altra parte il rè pensa havere havuto molte ragione da le minacie et parole ingiuriose, da motivi d'armi, da disfavori alli suoi, da essaltatione di suoi nemici et d'un mal animo antico et fondato da molti anni. Et volendo N. S. la debita sodisfattione, et mesurandola secondo il giuditio suo, et parendo al rè di non esser tenuto, anzi di havere ricevuto molti aggravi, pare difficile che 'l rè si disinganni et voglia sodisfar come S. S^a disegna. Ma non si può negare che questo ultimo insulto fù troppo grave et merita satisfattione, et non si può negare che le suspicioni sono state maggiori dal canto del rè che non si conveniva per fare così gran fatto, et non si può negare, come si è veduto, che dalle parole et forze di S. S^a non si dovea temere tanto che si venesse a tal rottura per assicurarsi. Et oltre di ciò non si può negare che ogni patientia del rè verso S. S^a saria stata laudabile, come d'un figlio verso il padre. Però chi vuole concordia bisogna persuadere S. M^{ta} a risolversi di contentare S. S^a nelle cose sopradette, altrimenti ne seguirà la ruina della christianità, et sarà fatto al fine la volontà di Dio...

Orig. (autógrafo). Arm. 64, t. XXXII, f. 219-220.

Archivo secreto pontificio.

36. Bernardo Navagero a Venecia (1)

Roma, 12 de marzo de 1557.

Conversación con Paulo IV:

Mi disse che io dovea haver inteso che tutti credevono che mercore passato si facesse promotione de cardinali, ma che l'havea voluto differir perchè non vedea come potesse satisfar a tutti e più a se stesso sendo questa dignità che bisogna pregar l'huomini et andarli trovando con la candeletta, per dir la sua parola, et non esser pregato...

Cod. 6255, 317. *Biblioteca palatina de Viena.*

37. Congregación general de 1.º de junio de 1557 (2)

Romae die martis 1 mensis iunii 1557 fuit congregatio generalis, in qua S. D. N. fecit multa verba super causa retentionis rev. et ill. cardi-

(1) Cf. arriba pág. 174.

(2) Cf. arriba pág. 251.

nalis Moroni et dixit quod volebat facere deputatos super huiusmodi causa et quod volebat aequae et paterne procedere et similiter dixit quod volebat vocare omnes cardinales ad curiam propter multas causas.

Acta consist. *Archivo consistorial del Vaticano.*

38. Avviso di Roma. 24 de julio de 1557 (1)

El jueves hubo congregación de la Inquisición sobre la simonía y pensioni con clausule insolite, de 4 horas, «et sempre parlò S. S^{ta}, che altri non disse parola, disse anco di voler annulla[r] tutti gli uffitii soggiungendo che se bene si farà danno a 5 o 6 mila persone che hanno comprato gli uffitii che manco mal sarà far così, et da[r]li beneficii et l'ispeditioni gratis, levando tutti gli abusi che sono nella Cancellaria et Penitentiaria, che tener infettato il mondo, non havendo altro i Luthⁿⁱ di che rimproverar la sede apostolica se non de tale uffitii, et che si fanno morir in un fatto d'arme 15 et 20 m. huomini, che non se ne fa conto alcuno, che non sarà gran fatto per acconciar il mondo quelli patiscono un poco».

Cod. Urb. 1033, 249^b. *Biblioteca Vatic.*

39. Avviso di Roma. 21 de agosto de 1557 (2)

... Giovedì fu posto prigione il segretario del cardinale di Fano in quella della inquisitione, chi dice per heresia, chi per sodomia, et fu messo ancora quel m. Pasino di Giusti Shiovone che sta col car^{le} Farnese pur per sodomia, et vi fu posto ancora il suo Ganimede, et si è messo ancora prigione per la inquisitione il segr^{io} de Bellai. Al car^{le} Morone fu levato la messa, et non se ne ragiona più come sel fusse deletus de libro viventium. Molti stanno in dubio se la partita de S. Giorgio è per il desiderio delli studii che lo muova a venir costì o se l'è per il timore che forse ha per la carceratione delli sudetti...

Cod. Urb. 1038, 257^b-258. *Biblioteca Vaticana.*

40. Avviso di Roma. 4 de septiembre de 1557 (3)

... Fra Michiele card^{le} parlando col Papa sopra le cose della pace, gli disse che non occorreva Giubileo per pregar per la pace, stando in sua mano il farla, dove S. S^{ta} gli rispose bruscamente scazziandoselo dinanzi con parole molto brutte, dicendogli, frate sfratato Lutherano.

(1) Cf. arriba pág. 177.

(2) Cf. arriba págs. 230, 257.

(3) Cf. arriba pág. 146.

Un piovàn dopo l'haver publicato in chiesa il giubileo disse al popolo haverlo fatto per comandamento di S. Stà, ma che li assicurava che della pace non ne faria niente, et subito fu preso et posto pregione.

Cod. Urb. 1038, 261^b. *Biblioteca Vaticana*.

41. Avviso di Roma. 16 de octubre de 1557 (1)

N. Sor persiste in fermo proposito, di publicare la reforma, et però va di man in mano mozzando le gambe alla Penitentiaria, havendoli sin hora levato, che non si concedano più si in evidentem delli beni ecc^{cl} le dispense matrimoniale, le comutationi de voti et delli frati, che più in modo alcuno ne sotto color niuno non sono dispensati à uscir di monastⁱ, per il che gli ufficii di quella gia ne sentono notabil danno ogni mese.

Cod. Urb. 1038, 274. *Biblioteca Vaticana*.

42. Avviso di Roma. 13 de noviembre de 1557 (2)

El Papa... havea fatta una bolla, nella quale sotto scomuniche, maleditioni et altre pene prohibiva che all'avenir non si dessero più beneficii se non a persone litterate, che non si potesse assicurar pensioni sopra beneficii d'un terzo, che niuno potesse impetrar beneficii per altri, et molti altri aggiramenti de capi et confusioni della corte, et l' havea sin data in mano de cursori che la publicassero, poi l'a fatto ripigliar et non ha lasciato che si publicasse, et non vuol admetter la resignatione del arcivescovato di Cipro nell'abbate di S. Cipriano.

Cod. Urb. 1038, 277. *Biblioteca Vaticana*.

43-45. El cardenal Vitelli al cardenal C. Carafa (3)

Roma, 1.º, 3, 17 y 24 de diciembre de 1557.

1) El Papa está muy bien. Ha facto et tuttavia fa bellissimi decreti sopra la riforma et mai pensa in altro che in questo. Decreto de que para la provisión de los obispados no se puedan efectuar en un mismo consistorio la propuesta y el nombramiento. — Decreto contra los regresos.

El Papa sempre che si parla di V. S. I. suspira et la desidera senza fine.

La signatura va tanto stretta che V. S. I. non s'il puo pensare e la fa spesso perchè in quella consiste gran parte di riforma.

Dat. Roma, 1 dicembre 1557.

(1) Cf. arriba pág. 180.

(2) Cf. arriba pág. 180.

(3) Cf. arriba págs. 181, 182, 185.

2) N. Sre hoggi ha fatto un decreto che nissuno cardinale o altri possa havere regresso se non a una chiesa havendo estinti tutti li regressi che s'havewono ad altre chiese, de la qual cosa alcuni se ne sono rallegrati et ad alcuni è molto dispiaciuto. Ha fatto ancora un altro decreto che non si possa in un medo concistoro proporre un retore d'una chiesa et farne l'espeditiione, ma che in un concistorio si proponga et nell'altro s'espedisca afinchè li cardinali habbino tanto più tempo di risolversi et d'informarsi delle qualità di quel che è proposto et dir poi quant' l' occorre, et hoggi ha dato principio a questa determinatione.

Di Roma, 3 dicembre 1557.

3) El Papa se halla muy bien y suspira por V. S. I. Non attende ad altro che a la reforma, diariamente hay congregatione et decreti santi. Se han suprimido todos los regresos a iglesias catedrales y arzobispales. El Papa habla con agrado sobre Felipe II.

Dat. Roma, 17 dicembre 1557.

4) El Papa está bueno, y trabaja incansablemente en lo tocante a la reforma.

Dat. Roma, 24 dicembre 1557.

Orig. Cod. Barb. lat. 5711, 48, 196, 51, 53. *Biblioteca Vaticana*.

46-47. Para el proceso de la Inquisición romana contra el cardenal Morone

Al paso que de los autos del proceso de la Inquisición instruido contra Morone, que se conservan en el *Archivo Gallarati-Scotti* de Milán, se han hecho ya importantes comunicaciones por Cantú y recientemente por Tacchi Venturi (1), otros autos relativos a esta causa han pasado enteramente inadvertidos. Estos los hallé yo por el otoño de 1906, en la *Biblioteca del Seminario de Foligno*, con ocasión de una corta visita a esta ciudad, y más tarde pude utilizarlos con toda comodidad por la bondadosa atención de Monseñor Faloci Pulignani. El manuscrito que los contiene, lleva la signatura C. VI, 5. Es un tomo de papeles contemporáneos en 4.º, que consta de 152 páginas no numeradas de un modo seguido. El título de la primera página: «Processo fatto del 1557 contro il cardinale Morone, trovato poi innocente et assoluto, di Ludovico Jacobilli di Foligno», muestra que dicho diligente coleccionador ha sido el que ha salvado para la posteridad estos autos (2). El título indica

(1) Cf. arriba, pág. 252, nota 3. Son de esperar de R. Ancel otras comunicaciones.

(2) Jacobilli, que coleccionaba diligentemente manuscritos, obtuvo el sobredicho probablemente por medio de su conciudadano Sebastián Porfiri, que era vicario general del obispo de Novara; v. Faloci Pulignani, *Notizie del ven. Giov. Batt. Vitelli, Foligno, 1894*, 43.

también el contenido principal, que de la descripción que sigue, resulta con toda claridad ser una colección de documentos, que se hicieron valer para la absolución del cardenal.

1. Título.
- 2-5. Hojas en blanco.
- 6-9. Aedicta sive constitutiones rev. et ill. d. d. Ioannis tit. s. Stephani in Caelio monte S. R. E. praesbiteri cardinalis Moroni nuncupati et episcopi Novariensis perpetui administratoris et comitis. Novariae A. 1553 die XXV m. Ianuarii. (Estatutos de reforma, pero sólo las tres primeras hojas. Está borrado con tinta el siguiente pasaje: «Item statuimus quod nullus sacerdos vel clericus teneat libros prohibitos etc.»; asimismo este otro: «statuimus et ordinavimus, ut unusquisque curatus habeat librum qui vocatur manipulus curatorum etc.».)
- 10-26. «Scriptum R^m». Esta es la Confesión del cardenal publicada por Cantú; cf. arriba pág. 252. Las numerosas palabras subrayadas y notas marginales muestran que tenemos ante nosotros una copia del original, que hizo su papel en la absolución.
 Las notas marginales más importantes, que proceden del mismo Morone, son las siguientes:
 En el pasaje sobre el haber dado a otros el escrito de Pole (Cantú, 178, Z. 4, v. u.): «Qui feci male che non dovea darla non havendola letta prima».
 Pedido de ejemplares del escrito Del beneficio di Cristo (loc. cit., 180, Z. 15/16, v. o.): «Questo fu male fatto».
 Defensa del permiso de difundir este escrito (loc. cit., 180, Z. 25/26, v. o.): «Dovea esser più cauto essendo il libro senza nome».
 Declaración oral de Paulo III (182, Z. 7 s., v. o.): «Dovea farla in scritto».
 Conversación con Salmerón (182, Z. 26 s., v. o.): «Questo fu mal fatto».
 Expresión de Morone, de que él no confiaba en sus obras (183, Z. 13 s., v. o.): «Li tempi non comportano che s'avviliscano le opere et meriti perchè si fa poco bene per il mondo».
 Trato con sospechosos (185, en el párrafo que empieza así: «Un'altra volta costui venne da me etc.»). Acerca de esto al margen: «Con costui me portai male perchè dovea farlo metter in prigione».
 Expresiones de duda sobre algunas reliquias de Roma (186, Z. 20 s., v. o.): «Non dovea dubitar ne parlarne».
 Contra la varietà de ordini (186, Z. 10 s., v. u.): «Non dovea parlarne in publico».

Expresiones de intercessione sanctorum (186, Z. 6 s., v. u.): «Questo era voler saper troppo et gran temerità». (187, Z. 4 s., v. o.): «Questo era ignorantia et incapacità». Algunas líneas más adelante: «Non lassai mai la salutatione angelica».

Una expresión sobre las palabras de la Salve «vita, dulcedo et spes nostra» (187, Z. 18 s., v. o.): «Questa fu presumptione et temerità».

Una expresión de conceptione virginis (188, Z. 1): «Non dovea parlarne».

«Posso aver detto» etc. (188, Z. 9 s., v. o.): «In questo son stato troppo inconsiderato et ignorante et libero».

Conversaciones sobre la justificación (188, párrafo tercero): «In questo son stato più volte ingannato benchè dovea guardarmi meglio».

Proceder con Villamarina (188, párrafo cuarto): «Non dovea haver tanto rispetto».

Proceder con D. Morando (188, párrafo quinto): «Se in questo son ingannato non so che me dire».

Después de la firma sigue todavía un P. S., que dice así: Doppo ch'io ho scritto quel che si contien di sopra havendo riletto et ben considerato ho advertito, che quasi tutte le cose, nelle quali io posso per errore o ignorantia o per trascuragine et inadvertentia haver dato qualche suspition di me o scandalo, se non mi inganno sono state da X anni indietro o poco meno. Mi è parso con ogni submission far di cio qui memoria perchè havendo per Dio gratia doppo vissuto tanti anni senza queste occasioni, se bene come homo fragile in molte et molte cose ho offeso Dio, nondimeno potria parere meglio alla clementia di N. S^{re} giustitiarmi intorno a queste cose secondo la presente giustitia che secondo le sospettione delli passati tempi. Pur la divina M^{ta} Sua si degni governare S. Stà et me secondo il meglio et conservarmi nella sua bona gratia.

Sigue al fin todavía en la página 26 la carta adjunta, con que Morone remitía su defensa a los cuatro cardenales.

- 27-35. Defensa de Morone contra las acusaciones de la Inquisición. El acusado las rechaza primeramente en general como infundadas, y en todo hace protestación de su ortodoxia, refiriéndose a lo que ya había declarado a los cuatro cardenales.

In primis petit sibi dari copiam omnium inditiorum hactenus contra eum habitorum ac concedi tempus conveniens plurium dierum, cum tres dies sint terminus nimis brevis, et quod restituantur seu ostendantur sibi suae scripturae quae sunt in manibus fisci, ut possit illis visis reducere sibi ad mentem materias super quibus componenda sunt interrogatoria, cum agatur de

rebus antiquis quindecim annorum et ultra ita quod facile est quod exciderint ab eius memoria. Et insuper etiam petit nomina et cognomina eorum qui eum in talibus articulis accusant seu contra eum instigant et eorum qui pro testibus adducuntur sibi propalari ut iuxta eorum qualitates et circumstantias possit certius facere sua interrogatoria ad ostendendum innocentiam suam... Et insuper quia non habens nomina testium examinandorum non potest certe et precise loqui, sed cogitur sub nube et per incerta incedere, nolens sibi ipsi in faciendis legitimis a iure permissis defensionibus deesse, si forte contingeret adduci contra se in testes d. Iacobum Iacomellum episc. Bellicastren. et d. Constantinum cognominatum Greghettum, episc. Chironen. et fratrem Barthol. Pergolam ord. s. Francisci et fratrem Bernardum de Parma ord. s. Dominici et Laurentium Davidicum et Bonifacium Valentinum, quia omnes praedicti iam dudum fuerunt et sunt ipsius rev. d. cardinalis infensi et inimici et aliqui ex eis alias fuerunt dicti rev. d. cardinalis accusatores et partim sunt infames et personae neque in hac neque in ulla alia causa fidedignae, prout (si opus esset) facile probari posset et probari si opus sit offertur et pro maiori parte est notorium, idcirco idem rev. d. cardinalis, quod praenominati aut aliqui ex eis pro testibus contra se in hac causa non recipiantur neque examinentur, si secus fiat similiter de nullitate et de gravamine cum omni reverentia convenienti solemniter et expresse omni meliori modo etc. protestatur.

Siguen luego los 38 ó 39 párrafos, que habían de proponerse a todos los testigos, párrafos que se hallan también en el ejemplar del proceso que está en Milán, y con la fecha de 7 de octubre de 1557 (v. Tacchi Venturi, I, 538, nota 3).

- 36-37. Los capítulos de la acusación contra Morone (v. arriba, pág. 253, nota 1) con observaciones marginales de dos manos (una es la de Morone), que contienen remisiones al material de descargos, que ahora sigue.
- 37-46. Copia articulorum propositorum de a. 1542 per rev. et ill. card. Moronum, tunc episc. etc.
- 47-49. Aviso di quanto si ha da osservare dalli predicatori nella città et diocesi di Modena per ordine del rev. et ill. card. Morone 1551 (1).
- 50-52. Ordenaciones semejantes de Morone para los predicadores de la ciudad y diócesis de Novara, que dió él por medio de una carta fechada en Roma a 22 de enero de 1554.

(1) Este documento y el siguiente los publicaré en otro lugar.

53-54. Hojas en blanco.

55-79. Cartas, ordenadas cronológicamente, en su mayor parte de Morone, aunque también de otros a él, por ejemplo, de Contarini, relativas principalmente a los luteranos de Módena, que fueron escritas en 1539-1545; entre ellas hay varias inéditas; cf. arriba, página 254 s.

80 81. Pro ill. et rev. dom. card. Morone. Sigue el documento respectivo, que tiene por título «Instructio ad articulos fisci» y llega hasta la página 84. De esta defensa de Morone contra las acusaciones que se le hicieron, ya se ha sacado lo más importante arriba, página 254 ss. Los pasajes más interesantes son los siguientes:

De meritis operum idem semper tenuit, tenet et tenebit quod S. R. Ecclesia docet et praedicat, quod scilicet opera nostra facta in gratia Dei sunt meritoria vitae aeternae, quod tamen meritum principaliter credit fundari in sanguine Christi, et ita de eius mandato fuit praedicatum Mutinae ut patet in litteris p^{ti} vicarii sub die 1 martii 1543 et hoc ipsum expresse asserit rev. dominus in litteris suis ad vic. praedict. dat. Bononiae die 25 maii 1554 et patet in modo praedicandi Novariae n. 8 (1); eum ita sentire arguunt elemosinae et opera bona quae quotidie facit et fecit.

De bello iusto maxime contra hereticos ipse nunquam dixit nec dubitavit quin id liceret et deberet, ut probatur evidenter in litteris eius ad rev. card. Farnesium Viennae datis sub die 17 Novembris 1539 et die ult. eiusdem (2) et in voto inserto ibidem (3). Item in s. consistorio suasit Paulo III bo. me. ut belli foedus iniret cum principibus catholicis contra protestantes, de quo extant etiam plures aliae litterae.

Contra la acusación acerca del libro *Del beneficio di Christo* se hizo valer:

Liber iste eo tempore passim et publice erat venalis Romae et ubique locorum et fuit sibi comendatus a theologis et inquisitoribus, quibus eum legendum dederat; postquam intellexit eum reprobatum esse ab officio s. Inquisitionis ipse etiam ex tunc eum reprobavit et reprobandum censet. De favore praestito hereticis non potest rev. dominus reprehendi, cum immo semper faverit officio s. Inquisitionis ubique locorum et praecipue Mutinae, Bononiae, Novariae, et extant plures litterae rev. dom. Inquisitorum de Urbe et aliorum, qui usi sunt opera ipsius in negocio inquisitionis, et apud eorum officium procuravit hereticos plures

(1) Dichos documentos se hallan en el manuscrito, pág. 70 s.

(2) V. Dittrich, *Relaciones de nunciatura de Morone*, 49 s., 57 s.

(3) Cf. el manuscrito, pág. 59 s.

castigari prout censet esse castigandos et puniendos, et praecipue Bononiae punivit quendam fabrum lignarium hereticum et alium inquisitum de heresi exclusit ab officio Antianorum et heretici Mutinenses habebant eum pro persecutore et inimico ipsorum. De pollicitatione illa (1) non est curandum, quia non erat obligatoria, sed forte fuerunt verba generalia et curialia.

86-103. Retrattione del Pergola fatta in Modena sopra il pulpito a dì 15 di Giugno 1544 in due prediche — hasta ahora desco-nocida (2).

104-114. Dictamen de M. Antonio Borghese (3) sobre el proceso de Morone. El principio es de gran importancia para conocer lo que se hizo antes de formarse este proceso: Et presuppono quod fel. rec. Paulus IV primis diebus suae assumptionis ad pontificatum deputavit commissarios ad diversas Italiae civitates ad querendas informationes et testes contra ill. et rev. card. Moronum et sic pro speciali inquisitione facienda, antequam prederet diffamatio nec aliqua inditia, quo casu inquisitio formari non potest et formata corrui et ex probationibus sic receptis procedi non potest. Esto es explicado más particularmente. Borghese hace notar: Sed nec infamia nec inditia aut suspitiones ex probatis signis precesserunt inquisitionem, merito minus valide processus inchoatus fuit presertim contra cardinalem, contra quem ut supra dictum est versatur tam grave periculum et in specie contra personam ill. cardinalis ab ineunte aetate apud omnes et religione, moribus et exemplo approbatissimam et in legationibus pro religione et aliis negotiis huius s. sedis catholice et sine aliqua suspitione versatam que bona apud homines existimatio tollere debuisset omnem suspitionem delicti... Nec obstant duo testes qui reperiuntur in principio processus, éstos han tenido mala voluntad al cardenal y por eso no son dignos de crédito; uno de ellos fué convicto de mentira.

Ex quibus sequitur minus legitime inchoatum fuisse iudicium et longe minus processum fuisse ad capturam ad quam contra cardinalem non facile proceditur et deberent inditia urgentiora concurrere quam in aliis requiratur propter eminentiam et dignitatem et alias rationes de quibus supra. Et quamvis stantibus premissis, que reddunt processum nullum et invalidum, non

(1) La acusación había hecho valer, quod hereticis seu de heresi suspectis favit et precipue Bononiae, quibus pollicitus est, quod si mitteretur ex urbe aliqua provisio contra eos quod caperentur, quod illos premoneret asserendo illos hereticos non esse persequendos ex quo Deus ipse tolerat eos.

(2) Sobre Pergola, además de Buschbell, 208 y 315, cf. Carcereri, Riforma e inquisizione nel ducato di Urbino (Verona, 1911), 13 s.

(3) Sobre este célebre jurista cf. Moroni, VI, 37 s. y arriba, pág. 262.

esset ulterius elaborandum, tamen ut innocentia prefati rev^{mi} eo clarius in lucem prodeat dicam que sequuntur.

Borghese debilita ahora la veracidad de los nueve testigos presentados contra Morone.

Como tales son ante todo alegados: 1. Quidam frater Bernardus ord. s. Dominici; 2. Frater Bartholomaeus Pergula ord. s. Francisci; 3. Quidam Jo. Bapt. Scottus (1) qui omnes fatentur se hereticos et abiurasse et sic habemus tres infames hereticos quibus nulla est fides adhibenda, testes enim in criminalibus debent esse omni exceptione maiores... Accedit quod prefati fr. Bernardus et fr. Bartholomaeus sunt eiusdem rev. card^{lis} inimici... et constat quod fr. Bartholomaeus fuit instante rev. cardinali coactus retractare certos articulos de heresi suspectos in ecclesia Mutinensi... Nec omittendum est quod fr. Bernardus id quod deposuit retractavit coram inquisitore et confessus fuit quod ea quae in primo examine contra rev. cardinalem [dixit], non erant vera. Después se vuelve Borghese contra el testigo A. Salmerón, de quien dice haber sido enemigo de Morone. Augetur falsitas et inverisimilitudo causae quia ipsemet attestatur quod de premissis certiore reddidit patrem Ignatium suum maiorem et tamen fatetur quod Ignatius et alii sodales assidue habuerunt conversationem cum rev. d. cardinali et singulis annis a sua rev. dominatione habuerunt pro eleemosyna scuta 50, quod non est credendum et conversasse et recepissee, si cognovissent dom. suam rev^{am} deviare ab ecclesia sancta Dei... Quintus testis est bibliopola Mutinensis, qui est hereticus... Sextus testis est Scottus Bononiensis, qui pariter est hereticus et aliis sceleribus implicatus... Septimus testis est falsus apertissime qui allegat contestem qui contrarium deponit et attestatur in favorem rev. cardinalis asserens quod nihil hereticum cum eo fuit loquutus... Octavus testis est fr. Reginaldus (2) qui deponit in favorem rev^{mi} cardinalis et cum inductus sit a fisco eius dicta sunt admodum attendenda. El testigo noveno, el episcopo Bellicastren. [Jac. Giacomelli], es sospechoso eo quia cardinalis dum preesset gymnasio curavit eidem testi annuam pensionem minui, y por tanto hay causa odii, et ubi est causa odii et inimicitiae sufficit ad repellendum testem... Sed etiam repellendus est quia est sibi contrarius quia in primo suo examine profitetur cardinalem hereticum in articulo de libero arbitrio et tamen in alio examine dixit nescire an id profiteretur disputative vel ne et sic non concludit ad heresim quae requirit pertinaciam. Et eo minus fides huic testi adhibenda est quo ipse allegat contestem episcopum civitatis Cas-

(1) Cf. Buschbell, 196 s.

(2) V. Buschbell, 99.

tellanae [Escipión Bongalli] qui contrarium affirmat, ut merito excludatur omnis eius fides, et etiam dictum suum revocavit.

116-117. Dictamen de Ant. Massa en favor de la admisión de Morone en el conclave.

118. Brevis informatio processus (borrado).

119-135. Brevis informatio status causae et processus per officium s. inquisitionis contra rev. d. Card. Moronum agitati. Apparet ex ipso processu f. 31 quod papa Paulus IV statim factus papa sub die 26 iunii 1555 expedit breve commissariatius, cuius vigore commissarius deputatus circuevit diversas Italiae civitates querendo testes pro informatione processus faciendi, et sic sumus in claro quod non precedebat aliqua infamatio neque erant aliqua inditia precedentia inquisitionem prout de iure precedere debent ut processus valeat atque hinc sequitur quod totus processus nihil valet nullaque est consideratione dignus, nec quicquam faciunt duo testes informativi positi ante dictum fol. 31, quorum unus est Bonifatius Valentinus Mutin., alter Laurentius Davidicus, quia non habent prenotatum diem quo fuerunt examinati et sumus certi quod fuerunt examinati dudum post dictum diem 26 iunii 1555 et eorum dicta fortasse per errorem notarii fuerunt posita in principio processus et omnino nihil probant, nam ultra quod ambo sunt capitales inimici p^{ti} rev^{mi} d. cardinalis prout fuit pro eius parte allegatum quando dedit interrogatoria et postea in articulis deductum, preterea ambo sunt heretici et propter multa alia scelera infames et omnino ex eorum dictis nihil concluditur...

Et sic habemus pro claro et indubitato quod processus inchoatus fuit non precedentibus inditiis neque infamia. Sequitur deinde carceratio non minus nulla quam iniusta et inimico animo dicti Pauli pape facta quia, ultra quod facta est iuris ordine ut praecipitur non servato, preterea non apparet cuius mandato facta fuerit, cum causa nondum haberet iudicem; nam die XI iunii 1557, ut patet fol. 309, presentatus fuit motus proprius per quem papa narrato quod cardinalis pro nonnullis ad officium s. Inquisitionis pertinentibus in arce s. Angeli detinebatur, committit eius causam quatuor rev^{mis}, qui deberent audire et merita causae sibi referre, unde apparet quod dixi carcerationem esse factam sine mandato iudicis competentis et insuper quod nunc causa mortuo ipso papa reperitur sine iudice. Et quamvis stante nullitate predicta totus processus, ut dixi, redditur nullus et nullius considerationis, tamen, ut manifesta fiat innocentia p^{ti} rev. d. cardinalis, dicam quae mihi occurrunt circa ea quae pro parte fisci praetendi possunt.

En lo que sigue, examina el autor primeramente los testigos: fr. Bernardus y fr. B. Pergula estaban todavía in carcere Ripetae, cuando se les interrogó; J. B. Scottus y Antonius bibliopola Mutin. habían confesado ellos mismos que fueron herejes, et sic habemus 4 infames hereticos quibus nulla est prestanda fides de iure. Aléganse otros motivos por los cuales no pueden venir en consideración estos testigos, por ejemplo, la enemistad personal, sus contradicciones, etc.

De un modo semejante al de arriba se debilita la declaración de Salmerón.

Secundus testis nescimus omnino quis sit, sed non refert quia nihil dicit de sua scientia sed est relator verborum cuiusdam alterius.

Tertius testis est ille fr. Bernardus...

Quartus est supranominatus fr. B. Pergula...

Quintus est bibliopola Mutin. — hereticus.

Sextus est ille Scottus Bonon. pariter hereticus.

Respecto de todos éstos, además de la herejía, aléganse aún otras razones con citas de los autos del proceso, por las cuales no vienen en consideración.

Septimus nescimus quis sit... redditus falsus in duobus...

Octavus testis est fr. Reginaldus qui nihil deponit contra cardinalem.

Nonus testis est Jac. Jacomellus ep. Bellicast. Razones contra éstos como arriba.

Después de recusar a estos testigos hace observar el autor: También se ha de tener presente quod et inter ipsos testes fisci sunt qui probant cardinalem esse catholicum et nunquam fuisse de heresi suspectum ut sunt p^{dictus} fr. Reginaldus et p^{dictus} prior s. Dominici Mutinae et dictus episcopus Civitatis Castellanae et (1) aliunde intelleximus esse examinatos alios qui multa deposuerunt ad favorem rev. cardinalis ut est mag^{cus} d. Bartholomaeus Spatafora nobilis Messanen. et alii plures, quorum tamen dicta non sunt posita in processu, nescimus si per inadvertentiam notarii vel ob aliam causam.

En la segunda parte pruébase también por las depositiones et in scriptis et in examinibus factae de Morone, nihil in eis contineri quod fisci intentionem adiuvet neque rev. dom. quidquam in eis confiteri quod dicta testium comprobet quatenus contra ipsum deposuerunt. Esto se demuestra particularmente y luego se saca por consecuencia: Ex his igitur scriptis nihil resultat quo rev^{mus} cardinalis fateatur se sensisse aliquid hereticum

(1) Las palabras que siguen hasta causam, son adición de otra mano, quizá del mismo Morone. También en otras partes el dictamen deja ver correcciones de esta mano, que tiene gran semejanza con aquella de que proceden las adiciones mencionadas arriba en la página 399 s.

vel suspectum fuisse suspitione probabili atque ideo fisci intentio super his fundari non potest.

El final—escrito de nuevo de otra mano (de Morone)—dice así:

Quod ad tertium principale genus pretensionum fisci de libris hereticorum et epistolis marchionissae Piscariae et aliorum quos fiscus habet pro hereticis, quae fuerunt in eius domo repertae, paucis opus est. Nam quoad libros dictum est supra circa primum caput predicti scripti ipsius rev. cardinalis et additur quod ex inscriptionibus, quae sunt super ipsis libris manu eiusdem reverend^{mi} factae, apparet quod ipse tenebat illos tamquam reprobos et damnatos, non autem pro bonis et legibilibus. Quo vero ad epistolas in illis non continetur aliquod non solum hereticum, sed neque etiam quod concernat religionem, sed alia negotia, et marchionissa et aliae personae praedictae non habebantur pro hereticis sed pro catholicis, ut dictum est supra prox. circa XI caput scripti praedicti.

Itaque concludendo remanet quod neque ex testibus neque ipsius aut aliorum scripturis quicquam est in actis, unde probetur non modo crimen heresis, sed neque etiam iusta causa quam ob rem potuerit apud bonos viros oriri de ipso rev^{mo} suspitio talis peccati.

Al fin se hace valer todavía lo siguiente (1): Nolo praetermittere quin (ad magis ostendendum quam inique fecerit processum) hoc quoque dicam. Quod licet de iure etiam in causa heresis ubi offertur cautio de non offendendo testes danda sint reo ipsorum testium nomina et pro parte dicti rev^{mi} dicta cautio fuerit oblata ut sibi nomina ederentur, tamen non potuit obtinere et sic non potuimus opponere contra personas nisi aliquorum ex ipsis testibus, quos ex eorum dictis potuimus coniectura comprehendere qui essent. Imo quod peius est occultata fuerunt eodem modo et dumtaxat per litteram N notata nomina personarum quae per ipsos testes nominantur et locorum et temporum quibus res, de quibus deponunt, gestae fuerunt. Quod nullo iure cavetur etiam in causa heresis fieri per iudices posse, ex quibus circumstantiis, si illas scivissemus, verisimile est quod multo plures exceptiones potuissemus elicere itaque defensio nobis concessa fuit magis verbalis quam realis et omnino imperfecta et manca.

Hoc volui dixisse non quia multum referat in hac causa, quae caret difficultate et ex praedictis redditur clarissima, sed ut confirmarem, quod processus hic fuit instructus et agitatus magis pro alicuius odii et vindictae prosecutione quam pro iustitia et

(1) También aquí se descubre otra vez la misma mano.

zelo religionis utque etiam qui leget habeat nos excusatos si vide bimur pauca deduxisse et quodammodo sicco pede pertransivisse.

48. Avviso di Roma. 2 de abril de 1558 (1)

Li negotii et li espedimenti di qua vano molto lenti et freddi, eccetto quelli dell'Inquisitione, che ogni giorno si vede affisse qualche citationi, et questo per causa dell' indisposizioni del papa circa alla vecchiezza, che non può la fatica, et il Datario et Barengo che sogliono sempre parlar a S. Stà di cose sue particular, sono tall' hora 20 giorni che non l'hanno visto, nelli pono parlare, et l' ambasciator di Francia è un mese che ha ricercato l' audientia, nella puo havere, et il card. di Monte che sono 3 mesi, che sta in spettative di haverla, vi è piu lontano adesso ch' era da principio...

Il card. d' Oria è morto, et al card. Morone se li è ingrossata la vista, che non vede, se non con li ochiali et lettera grossa per l'aria trista del Castello.

Los nepotes eran diariamente esperados, pero siempre diferían su venida.

Cod. Urb. 1038, 297^b. *Biblioteca Vatic.*

49. El Papa Paulo IV a Juan Manriquez, virrey de Nápoles (2)

Roma, 25 de julio de 1558.

... Quo plus Ecclesiae Dei utilitatis attulit praedicatorum ordo a beato Dominico institutus, eo magis providendum est, ne ab eius ordinis professoribus sanctissimi illius patris disciplina et regularis observantia negligatur. Sed cum omnibus Christianis cara esse debet ordinis existimatio Dominicani, tum iis praecipue, qui eadem in terra geniti sunt, unde illud tam clarum et splendidum Ecclesiae lumen exortum est. Te rogamus, dada tu devoción erga gloriosum illum nationis tuae confessorem, que ayudes a reducir a todos los monasterios de la Orden en ese reino ad regularem observantiam, y apoyes a Tomás Manríquez O. Pr. mag. theol. en todo lo que te diga en nombre del viceprotector, el cardenal Alejandrino, o del general.

Minutae brev. ad princ., Arm. 44, t. II, pág. 119.

Archivo secreto pontificio.

50. Avviso di Roma. 10 de septiembre de 1558 (3)

Giovedì il Papa peggiorò assai della sua indispositione, essendoli venuto uno accidente assai maggiore de l'altro precedente, et il medico

(1) Cf. arriba, págs. 247, 262.

(2) Cf. arriba, pág. 188.

(3) Cf. arriba, pág. 193. Un *Avviso de 17 de septiembre notifica que el Papa se halla restablecido, pero que está todavía muy débil (loc. cit.).

toccandoli il polso, il che per avanti non ha voluto concedere, trovò che haveva la febre, et giudicò che per avanti l'haveva havuta ancora. Onde il romor del male, et il pericolo di peggio fu grande quella sera, et tanto più che si diede ordine che la cavalleria ch'è alloggiata in quelli contorni venisse per la mattina tutta qua, et similmente le battaglie, et fu proibito alle poste che non si desse cavalli a chi si fosse, et alle porte della Città, che non si lasciasse uscire alcuno, et dato ordine di pagar fanti, et furono pagati il dì seguente, che fu hieri, et ne sono 7 o 8 insegne di quelli che furono fatti per sospetto dell'armata Turchescha, et con questi altri potranno fare in tutto da 1300 incirca, ma per hora non passano 800... Il Papa quella sera et hier matina si comunicò per mano del ^{mo} di Pisa molto divotamente, et dice non voleva morire disperato ne ostinato, ma che era apparecchiato di pigliare qualche cosa per la salute del corpo, se così a loro paresse, cosa che per avanti non haveva voluto fare. Et se ben si disse hieri che stava meglio, non si credeva, porque ayer por la mañana enviaron los «Caraffi 50 muli» con «200 fanti» a Civitavecchia, y ayer a boca de noche se mandó a todos los alabarderos ir al castillo. Unos dicen que está peor, otros lo contrario; el Papa «non si serve se non delli suoi parenti. Et questa mattina s' ha fatto molta difficoltà d'entrare, anche nelle stanze del card. Caraffa, che sono nell' appartamento del papa, et si tiene per certo che se non è morto non la farà lungo.

Cod. Urb. 1038, 333^b. *Biblioteca Vaticana*.

51. Avviso di Roma. 24 de diciembre de 1558 (1)

El Papa dijo a los cardenales que non si dovessero maravigliare di non haver fatto promotione de novi cardinales a queste tempora, perche vedeva il Collegio anchora assai ampio, et da l'altro canto non haveva trovato soggetti convenienti, et che anche loro dovessero trovarne al proposito, et non mancheria manco lui di ornare il Collegio di persone degne et meritevoli di tal grado.

Cod. Urb. 1038, 353^b. *Biblioteca Vaticana*.

52. Avviso di Roma. 11 de febrero de 1559 (2)

... Sono stati abbrugiati 4 questa settimana, uno heretico, et fu brugiato vivo, li altri tre morti, cioè uno che fatturava la gente et incan-

Ibid. pág. 340 hay una *Pasquinada de 10 de septiembre de 1558 sobre la enfermedad de Paulo IV. En 1.º de octubre se dice en un *Avviso: *Il papa è del tutto risanato.

(1) Cf. arriba, pág. 192.

(2) Cf. arriba, pág. 226.

tava et faceva un mondo de sceleragini, il secondo che haveva vive 7 moglie et le andava vendendo a quest'et quello, l'ultimo anche heretico oltramontano, li altri de qui circonvicini fuor di Roma...

Cod. Urb. 1039, 7. *Biblioteca Vaticana.*

53. El Papa Paulo IV a Pedro Donato, obispo de Narni (1)

Roma, 27 de febrero de 1559.

Venerabili fratri Petro Donato episcopo Narniensi provinciae nostrae Romandiolae pro nobis et S. R. E. praesidenti.

Venerabilis frater, salutem et apostolicam benedictionem. Mandato nostro tecum aget dilectus filius, qui has tibi litteras reddidit, Angelus de Arimino ordinis praedicatorum, commissarius sacri officii Inquisitionis haereticae pravitatis, de quodam iniquitatis filio, quem is tibi nominabit, ob id crimen capiendo. Qua in re exequenda ut omnem diligentiam, curam et artem adhibeas volumus ac districte praecipimus et mandamus. Vehementer enim cupimus illum comprehendi et diligenter custoditum huc abs te quamprimum remitti. Praeterea visitari abs te volumus loca omnia, de quibus idem commissarius tecum loquetur. Quo in munere fungendo quanto maiorem diligentiam fraternitas tua adhibuerit, tanto rem nobis faciet gratiorem.

Datum Romae apud sanctum Petrum etc. die 27 februarii 1559 pontificatus nostri anno 4.^o

Alo. Lipomanus Bergomensis.

Minutae brev. ad princ., Arm. 44, t. II, f. 143. *Archivo secreto pontificio.*

54. El cardenal M. Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova (2)

Roma, 31 de marzo de 1559.

R^o in X^o P. Con molto piacer di questo sacr^{mo} tribunale s'è inteso per la vostra delli XXVII di questo la obedientia di questa città. Il sigr Idio l'habbi per sempre in sua protettione. Spirato il termine prefisso infin'a domenica proxima, V. R. facci arder publicamente tutti i libri prohibiti che a lei et a mons^r vicario sono stati presentati, et non sia chi ardisca di voler conservar libri del tutto prohibiti con speranza che 'l decreto di questo sacratissimo tribunale s'habbi a rilassare. Et fate intendere a mons^r vicario che si guardi di fare mancamento in questo negocio. Non accade dar orecchi alle falsità del volgo. Milano eseguisce gagliardamente et ha stampato et publicato l'Indice. In Venetia

(1) Cf. arriba, pág. 243.

(2) Cf. arriba, pág. 242.

il sabbato delle Olive pubblicamente si brusciano più di X et forsi XII mila volumi libri; et l'inquisitore ne fa tuttavia nuovi cumuli. Firenze è vero che è mal provista d'inquisitori, ma il duca zelantissimo dà ogni favore a questo santo officio.

Napoli co' l' resto d'Italia han prontamente obedito. Non mancate, avvertendo però di non brusciar quelli che si possono salvare, con gli totalmente prohibiti; governatevi secondo l'Indice et secondo l'instruttione; et non dubitate che 'l sig^r Idio aiuta la causa sua.

Alli librai non s'ha da far piu remissione che si facci comunemente alli altri, sapendo che per la loro ingordigia orta est haec tempestas et ruina maxima. Il partito di mandar i loro libri prohibiti a luochi de lutherani è stato proposto da altri et non s'è ammesso, chè non si concede il portare arme ad infideli; ma piu presto s'accettaria il partito di spogliarli anche di quelle che hanno, quando si potesse.

Il tesoro della lingua latina ci contentiamo di concederlo al sig^r Ansaldo Giustiniano deletis delendis.

Il Testamento vecchio et nuovo fiandrese si vegga da chi l'intenda, prima che si conceda.

Le scritture di fra Giacomo s' ebbero fedelmente dalli cursori.

Intendo che si sono fatti alcuni essamini, con far citar la parte, con espresso pregiudicio della causa nostra, procedendosi al contrario di quel che si doveria. V. R. solleciti ispedir gli essamini de' quali gli ho scritto circa i parrochiani o sudditi talmente all'abbadia che non ad altra cura.

Aspettarò che cosa havrà esseguito monsr de Scribanis et monsr rev^{do} d'Acquis et intanto mi raccomando alle vostre orationi.

Di Roma il dì ultimo di marzo MDLIX.

Di V. R.

[de su propia mano] Il nome del giudice di la causa è monsr Clusinense, qual è monsr Santa Croce vescovo Clusinense.

Come fratello in Christo

Il Card^l Alisandrino.

[Dirección] Al r^{do} p. frate Girolamo

dell' ordine de Predicatori inquisitore in Genoa a S. Domenico.

Orig. Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

55. Avviso di Roma. 8 de abril de 1559 (1)

... E uscita la bolla che S. St^a pubblicò alli dì passati contra li heretici o sospetti d'heresia et contra li scismatici, molto terribiie, che non fa eccetion di persona alcuna in qualunque grado o dignità che sia, spirituale o temporale, privandoli d'ogni benefitio, dignità et honore, et dà libertà alli superiori, et comette che le debbino privare, et che mai

(1) Cf. arriba pág. 261.

mitad del dinero ahorrado la destinó para las necesidades de la Santa Sede, y la otra para ser distribuída entre los menesterosos. El día de su ensalzamiento tenía que ser día de alegría para los pobres (1).

Fuera de eso, también los primeros actos del Papa mostraron al punto, que quería evitar toda pompa exterior y no hacer nada que no redundase en bien de la Iglesia. Sobre su celo de la reforma, ya siendo cardenal no había dejado lugar a duda. Siempre había sido su persuasión, de que se trataba aquí de una obra urgente; y elevado a la suprema dignidad, quiso al punto dar comienzo a su ejecución. No palabras, sino obras, era su programa de gobierno (2).

Había sido costumbre hasta entonces que el recién elegido, con la alegría por su ascensión, accediese con extremada generosidad a todas las súplicas, que los asistentes al conclave le dirigían en demanda de gracias y privilegios. Cuando se presentaban a Marcelo II estas solicitudes para que las firmase, se excusaba modestamente, haciendo observar, que en modo alguno quería proceder contra los decretos de reforma, y sólo después de madura reflexión pensaba mostrarse bondadoso en todo lo que fuese justo. Esta respuesta recibieron los conclavistas, los cardenales y hasta sus amigos más allegados. Ni un solo memorial fué firmado, sino todo se reservó para madura deliberación. Como una persona principal presentase al Papa papel y pluma y le instase con importunidad a que ratificase con su firma algunas concesiones, respondióle Marcelo: «Si es justo lo que pedís, después de haberlo pensado bien, lo obtendréis; pero si no es justo, ni ahora ni más adelante» (3).

(1) Además de Massarelli, 253, cf. la relación de Avansón en Ribier, II, 606; J. Latinii Lucubrat., II, 29; la memoria publicada por Gori, Arch., IV, 255; Masio, Cartas, 200; J. v. Meggen en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 516; la * carta de Pasini, fechada en Roma a 10 de abril de 1555 (*Archivo Gonsaga de Mantua*), y la relación circunstanciada de Polanco, de 16 de abril de 1555, a los Superiores de la Compañía de Jesús, en las Cartas de S. Ignacio, V, Madrid, 1889, 152 s. En lo que sigue, esta relación, que Espondano (ad a. 1555, n. 5-7) parece haber tenido a la vista, está citada sencillamente con la palabra Polanco. En Polanco, Chron., V, 14 s. se hallan algunas adiciones.

(2) Cf. Massarelli, 254 s., 261; Panvinus, Vita Marcelli II; Pollidorus, 115.

(3) V. Polanco, 155 s.; Avansón en Ribier, II, 608 s. y las * cartas de U. Gozzadini, fechadas en Roma a 10 y 24 de abril de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

Seria y medidamente aceptaba el Papa las gratulaciones. Deseándole alguien larga vida, respondió: «Si mi vida ha de ser útil a la Iglesia de Dios, El me la guarde; si no, antes la deseo breve, para no aumentar mis pecados» (1). De la enhorabuena que le dieron los cardenales, se aprovechó Marcelo II para trabajar en favor de la reforma. A los miembros dignos del Sacro Colegio, que eran todavía jóvenes, como Nóbili, los animó a perseverar en el buen camino comenzado, y a los aseglarados les puso delante con paternal gravedad sus obligaciones; especialmente el indigno cardenal Monte tuvo que oír una severa reconvención por la conducta que había observado hasta entonces. Marcelo le anunció, que nada dejaría de intentar para obligarle a mudar de vida (2).

También a sus familiares exhortó el Papa a portarse con morigeración y modestia, diciéndoles que no habían de engreírse porque eran ahora criados del Papa, y que a la menor falta los despediría. Por lo demás, nada se cambió inmediatamente en el régimen interior del palacio. Marcelo quiso enterarse primero del estado económico de la Santa Sede antes de hacer nuevos gastos. Como este informe fué muy desfavorable, resolvió establecer su corte del modo más modesto y moderado. Por eso sólo en número muy limitado fueron admitidos nuevos familiares, y a los ya colocados se les trató tan medida y parcamente, que algunos hablaban de estrecheces. Según Massarelli, para la manutención de los familiares se estableció lo siguiente: Todos, sin diferencia de posición y categoría, reciben para sí solamente un criado (excepto algunos más principales, a quienes se concedían dos), y diariamente cierta cantidad de pan y vino. Fuera de eso, a los empleados de primera clase ha de pagárseles para el sustento diario la 7.^a parte del escudo de oro, a los de segunda clase la 16.^a parte, y a los de tercera la 35.^a A nadie debe distribuirse cebada, heno sólo a muy pocos y a lo sumo para dos caballos. La cocina común fué enteramente suprimida, como asimismo el suministro hasta entonces usado de sal, aceite, vinagre, cebada y leña. Tampoco la mesa del Papa había de ser diferente de la que había sido durante su cardenalato, en el que era ella notable por su sencillez. Solía decir Marcelo,

(1) Polanco, 156.

(2) V. en el n.º 6 del apéndice la *carta del card. Hércules Gonzaga, de 10 de abril de 1555. *Biblioteca de la Universidad de Bolonia*.

que el lujo era fuente de grandes males y hasta de los peores. La vajilla de oro, que hasta entonces había sido usual, no había de estar en su mesa; en vez de los utensilios culinarios de plata, los mandó comprar de cobre. Quiso reducirse de todos modos para extinguir con ahorros las deudas de la Santa Sede. Declaró que para lograr esto evitaría guerras e insensatas construcciones, como asimismo la donación de principados a sus parientes. Lleno de humildad temblaba a vista de la tentación, que había vencido hasta a varones santos en la cumbre del poder, y en algunos de sus predecesores había deshecho los mejores propósitos. Manifestó ante el cardenal Gonzaga, que sabía bien que lo mejor era hablar poco y obrar mucho; pero que por eso prometía mucho, para hallarse atado, con su palabra dada, al recto camino y a los buenos comienzos, y con la vergüenza de faltar a la palabra, retraerse de toda volubilidad e inconstancia (1).

Mas no solamente con palabras, sino también con obras, procuró obligarse a la ejecución de sus propósitos. Luego el 11 de abril llamó el Papa a Angel Massarelli, y le encargó que buscase todos los documentos del pontificado de Julio III, relativos a la reforma, especialmente la nueva bula sobre el conclave. Esta había de ser aún examinada muy en particular; por lo cual Massarelli tenía que ponerse al instante en inteligencia con el cardenal Púteo. Dos días después recibió ya orden Massarelli de ir a buscar el dictamen de Púteo, y de pedir sus declaraciones a los cardenales Madruzzo y Gonzaga, ya próximos a partir; porque la bula había de publicarse cuanto antes (2). También corrió la voz ya en los primeros días de su pontificado, de que Marcelo II exigiría de todos los obispos el cumplimiento del deber de la residencia. Muchos de éstos ya se disponían a volver a sus obispados después

(1) Además de Massarelli, 261 s., cf. también Polanco, 153 s., como también Chron., V, 14 s., y especialmente Panvinus, Vita Marcelli II. Fué nombrado maestro de cámara Antonio Lorenzini, que era tenido en grandísimo aprecio por el Papa (v. Cocciano en Druffel, IV, 662). Fué hecho primer secretario Ant. Helius (Elio), obispo de Pola, a quien estaba subordinado Ang. Massarelli; así lo notifica Serristori en su *carta de 13 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*). P. P. Gualtério fué confirmado en el cargo de secretario de los breves latinos (v. Merkle, II, xxxviii). Sirleto fué hecho referendario, y Commendone admitido entre los familiares; también P. Vettori fué llamado a Roma. Pollidorus, 120.

(2) Massarelli, 256 s.; cf. la *carta de A. Gonzaga al castellano de Mantua, fechada en Roma a 12 de abril de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

de Pascua (1). Al datario declaró el Papa, que no toleraría más composiciones o tasas por las gracias concedidas, a excepción de las multas (2). Los judíos y las mujeres públicas habían de ser aisladas en un rincón de la ciudad a la otra parte del Tíber, y los judíos tenían que llevar también un sombrero amarillo; de las cortesanas, las que estaban casadas habían de volver a casa de sus maridos o ser recluidas en un monasterio. Marcelo hablaba también de sujetar a la jurisdicción de la Inquisición el pecado de sodomía (3). Eran de esperar todavía otras severísimas disposiciones de reforma, como se podía sacar de la circunstancia, de haberse asignado a Carafa habitación en el Vaticano (4). La impresión que causaba todo esto, era tan profunda, que muchos sin aguardar la publicación de las prescripciones reformatorias, mudaron al punto voluntariamente de vida (5), ciertamente la mejor y más duradera reforma.

A las solemnidades de Semana Santa asistió Marcelo II con grandísimo recogimiento. Causaba admiración el que siempre fuese a pie a la iglesia de S. Pedro y a la capilla de palacio, donde celebraba muy devotamente la misa (6). Después de los oficios del viernes santo (12 de abril) mostró el Papa, que también había puesto los ojos en la reforma de la música eclesiástica; pues hizo llamar a los cantores de la capilla y les mandó, que en adelante atendiesen a que la música, conforme al día de tristeza, no tuviese ningún carácter alegre y ruidoso; y exigióles también que pronunciasen de tal manera los cantos, que se pudiesen entender las palabras (7).

El día de Pascua celebró el Papa la misa mayor en S. Pedro,

(1) Cf. la *carta del card. Gonzaga, de 10 de abril de 1555 (*Bibl. de la Universidad de Bolonia*), y Lett. di princ., III, 235.

(2) *Questa sera ho inteso che ha imposto al Datario che non vuole che pigli compositione alcuna salvo di quelle cose dove fussi colpa. Relación de Serristori de 11 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

(3) Polanco, Chron., V, 14 s.

(4) *Al card. S. Agnolo ha dato in palazzo le stantie di torre Borgia, dove stava il s. Baldovino, et al Teatino quelle di guardarobba, dove stava il card. di Monte. Serristori en 13 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

(5) Cf. la carta de Raverta en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 518.

(6) Polanco, 154.

(7) Massarelli, 256 s. Este testimonio demuestra, que la opinión, que impugna el docto autor del artículo sobre «La música en la iglesia y el Concilio Tridentino» (Hojas histórico-políticas, XLII, 895 s.), tiene en el fondo verdadera sustancia.

y dió en ella la sagrada comunión a los cardenales y a otros eminentes personajes. Siguióse después el acto de dar la bendición solemne. Había sido costumbre hasta entonces, que en esta ocasión se arrojasen monedas entre la multitud, agrupada en la plaza de S. Pedro. Como advirtiese ahora un defensor de la reforma católica, que sería más agradable a Dios, que aquel dinero se gastase en obras de misericordia y en socorro de pobres, que no derramarlo al pueblo para que lo cogiese a la rebatía, no sin escándalo de muchos, aprobó esto al punto el Sumo Pontífice, y mandó que así se hiciese. El mismo día inculcó el precepto de la lección espiritual para durante la mesa de los obispos, hasta entonces casi en ninguna parte observado. El mismo fué el primero que dió cumplimiento a esta prescripción. Después de la lectura hizo que se tuviesen disputas religiosas (1).

El lunes y martes de la semana de Pascua (15 y 16 de abril), recibió orden Massarelli de pedir su dictamen a los cardenales Carafa, Morone, Truchsess, Médici, Mignanelli, Saraceno, Cicada y Bertano, acerca de la bula sobre el conclave; porque el Papa era de opinión, que este documento tanto mejor éxito tendría, cuanto fuese objeto de más profundas deliberaciones (2).

La ideal personalidad del nuevo Papa había producido tal impresión en los romanos, que, como refiere un embajador, todos después de la elección, depusieron las armas (3). Había especialmente gran expectación sobre cómo se portaría Marcelo II respecto de sus numerosos parientes. El recuerdo de los excesos de los Papas del Renacimiento en este punto era todavía tan vivo, que muchos temían que la muchedumbre de parientes y el afecto de la carne y sangre no torciesen la rectitud y entereza del Sumo Pontífice (4). Estos temores se aumentaron, cuando Marcelo, manifiestamente por su seguridad personal, confió a dos miembros de su familia importantes cargos: Juan Bautista Cervini fué nombrado gobernador del castillo de Santángelo, y Biagio Cervini, jefe de los guardias del Vaticano (5). La opinión de que

(1) V. Polanco, 154; Massarelli, 257.

(2) Massarelli, 257.

(3) Segunda *carta de U. Gozzadini, fechada en Roma a 10 de abril de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Polanco, 154.

(5) Massarelli, 258. Pagliucchi, Castellani, 127. Sobre Juan B. Cervini cf. Buschbell en el *Anuario Histórico*, XXI, 423 s.

ahora comenzaría un gobierno de nepotismo, quedó con todo enteramente engañada. Marcelo conocía muy bien el influjo pernicioso de semejante flaqueza en muchos de sus predecesores. Siendo cardenal había desaconsejado repetidas veces el nepotismo a Paulo III y Julio III, y mucho más quería aplicar ahora a sí mismo los consejos que dió a otros. Por eso declaró desde el principio que no toleraría, que su hermano Alejandro viniese a Roma; y que era su voluntad, que permaneciese en su casa y viviese allí, no como gran señor, sino cual simple ciudadano como hasta entonces (1). Hizo escribir a Montepulciano, que ni Alejandro Cervini, ni otro alguno de sus parientes se atreviese a presentarse en Roma, so pena de caer enteramente en su desgracia (2). Como, a pesar de eso, un hijo de una hermana suya que moraba en Orvieto, fuese a la Ciudad Eterna para saludar al Papa, le hizo éste decir que se volviese, pues no se le concedería audiencia (3). Los dos jóvenes sobrinos del Papa, Ricardo y Herenio Cervini, hijos de su hermano Alejandro, que hasta entonces habían sido educados rigurosamente en Roma por Sirleto, y mostraban disposiciones que prometían mucho, tampoco tenían esperanza alguna de ser indebidamente favorecidos. A la pregunta sobre si habían de trasladarse al Vaticano, respondió el Papa: «¿Qué tienen ellos que ver con el Palacio Apostólico? ¿Es acaso él su herencia?» Añadió que ni el más mínimo beneficio les concedería, antes que hubiesen llegado a la edad requerida por la Iglesia. También ellos tuvieron que vivir del mismo modo modesto y retirado que hasta entonces, ni hubieron de tener nuevos criados ni aun recibir visitas. Nada le importaba al Papa, que se le tachase de demasiado severo y hasta cruel con los suyos. Cuando tuvo noticia de que los dichos sobrinos se habían dejado inducir a ponerse calzado de púrpura y capas de seda, dió orden al punto de que dejarasen esto. Para hacer imposible también en adelante todo nepotismo, decidió Marcelo componer una bula, que impusiese las más severas penas a toda enajenación de los bienes eclesiásticos a parientes. Desde Adriano VI ningún Papa había mostrado semejante desprendimiento de los lazos de familia. Sólo a ruegos e intercesión de los cardenales, recibieron algunos

(1) Legaz. di Serristori, 350.

(2) V. Lett. de princ., III, 235; Polanco, 154 s.; Massarelli, 261.

(3) * Carta de Serristori, de 13 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

realmente necesitados de la familia Cervini pequeños socorros, y aun esto sólo después de haberse examinado cuidadosamente si eran de ellos merecedores. Sólo el mérito, no la sangre, había de decidir (1).

Del rigor con que el Papa quería administrar justicia en Roma, dió un ejemplo luego en el primer día de su pontificado. El embajador español pidió gracia para un homicida de calidad. Con serio semblante rehusó otorgarla Marcelo, advirtiéndole que no quería dar comienzo a su reinado con los auspicios del indulto de un asesino. A los presidentes de todos los tribunales, así de lo civil como de lo criminal, dióles órdenes muy severas de no dejarse influir por respetos ningunos, ni aun de los parientes del Papa, declarando que se les tomaría cuenta rigurosa de cómo administraban justicia. A los auditores, que, según costumbre, se presentaban para asistirle y obsequiarle, dijo Marcelo, que en adelante habían de dejarse de tales superfluos cumplimientos, y en vez de ello, dedicarse a sus negocios (2).

Esta conducta produjo tal efecto, que notifica un informante, que era enteramente otro el aspecto de la ciudad; y que se podía confiar, que en vez del favor reinaría la justicia (3). También dirigió al punto su atención Marcelo II a los deseos y necesidades del pueblo romano. Para oír todas las quejas, aunque era abrumadora la carga de los negocios, precisamente en los primeros días de su gobierno, sin embargo concedía a todos audiencia, aun a los más inferiores. Cinco cardenales, Carafa, Carpi, Morone, Cicada y el camarlengo Sforza de Santa Flora, fueron encargados de velar por abastecer la ciudad de Roma de trigo y otros comestibles, y de deliberar sobre el aligeramiento de los tributos (4). Dados estos

(1) Cf. Polanco, 155; Lett. de' princ., III, 235; Legaz. di Serristori, 350; Massarelli, 261.

(2) Cf. Polanco, 155; Panvinus, Vita Marcelli II.

(3) Polanco, 155. Cf. también la *carta de Felipe Zoboli a A. Cervini, fechada en Roma el 13 de abril de 1555, y la de Octavio Graccho a A. Cervini, fechada en Roma el 23 de abril de 1555. Carte Cerv., 52. *Archivio pubblico de Florencia*.

(4) Cf. Massarelli, 258; Lett. de' princ., I, 185. En dos *breves al emperador y al nuncio Muzzarelli, fechados a 26 de abril de 1555, se trata de remediar la falta de cereales en Roma por la adquisición de trigo de Sicilia (Arm. 44, t. VI, n. 94, 95. *Archivio segreto pontificio*). Sobre las audiencias refiere Serristori en 11 de abril: *Hieri stette tutto il giorno fra la sala di Constantino et la prima camera che gl'è a canto a porte aperte, dove ciascuna persona di qualunque qualità ancorche minima gli possette parlare che furono infinite;

comienzos, déjase ya entender cómo se esperaba también de semejante «Papa santo» la entera supresión de todos aquellos abusos, que se habían introducido en la administración de los Estados de la Iglesia (1). Como los ahorros no eran suficientes para cubrir las necesidades de la Santa Sede y para extinguir sus grandes deudas, se vió Marcelo II obligado, desgraciadamente, a hacer elevar más el nuevo impuesto, llamado subsidio, introducido por Paulo III. El tributo impuesto a los judíos, el llamado vigésimo, lo destinó para la manutención de los cardenales pobres (2).

Por lo que se refiere a la conducta de Marcelo II en los grandes asuntos políticos, hizo notar al punto el embajador imperial, que Marcelo no intervendría en ellos más que para exhortar a la paz a los príncipes cristianos (3). En este sentido se expresó luego el Papa delante de los embajadores (4), y así se compusieron también los breves en los que notificó su elección al emperador, al rey de Francia y a los demás príncipes cristianos (5). Al nuncio francés y al legado Pole avisó, que empleasen todas sus fuerzas en favor de la paz (6). En la cuestión de Sena, que cada día se hacía más candente, procuró Marcelo mediar entre las dos partes. Negóse a acceder a las súplicas de los sitiados, que pedían les ayu-

y en 13 de abril: *Ha detto volere due volte la settimana dare audientia publica in modo che qual si vogli minima persona gli possa parlare. *Archivio público de Florencia*.

(1) *Poiche non ho che dire molto a V. V. S. S. con questo spazzo dirò solo della grande aspettatione nella quale si sta per il buon nome et l'ottima fama sparta ch'ogni giorno più augmenta con gli effetti della bontà, benignità, clementia, virtù, justitia et santità di N. S^{re}, dalle quale cose tutte si puo sperare ch'ogni abuso, mala introductione posta nelle città del stato ecclesiastico per qual si voglia causa et accidente sia per riformarsi et ridursi ad una meta et ordine ottimamente salutifero et satisfattorio a tutti li sudditi di S. B^{ne}. U. Gozzadini en 20 de abril de 1555. *Archivio público de Bologna*.

(2) V. Panvinius, Vita Marcelli II, quien observa: Sedis enim Apostolicae stabiles redditus sunt CL millia aureorum, ex hoc subsidio reliqui et triginta millia qui ex censibus hauriuntur. Sobre el subsidio de Paulo III v. nuestras indicaciones del vol. XI, 303.

(3) V. las cartas de 11 y 19 de abril de 1555 en Druffel, IV, 652.

(4) Cf. Ribier, II, 606.

(5) V. las **cartas a Carlos V, Enrique II, Felipe II y María. *Archivio secreto pontificio*.

(6) La *orden dirigida al nuncio francés (en italiano), fechada el 16 de abril de 1555, contiene el aviso de batter a la porta de la pace finche ci sia aperta, tocar siempre este punto y rogar y hacer rogar por la paz (Arm. 44, t. VI, p. 213. *Archivio secreto pontificio*). Sobre Pole v. Pieper, 73, y nuestras indicaciones más abajo en el cap. VI.

dase contra el duque de Florencia y los imperiales. Díjoles que como padre común de todos los pueblos cristianos no podía entregarse a ambiciones y luchas de partido, y mucho menos aún meterse en planes de guerra; y que los de Sena no tenían que rechazar unas equitativas condiciones de rendición, pues se había de obedecer a la necesidad. Al duque Cosme exhortó el Papa en diversas cartas, a la mansedumbre. Cuando después Sena cayó, y efectuóse el cambio sin tumulto ni saqueo, fué grande su satisfacción (1).

Es muy significativo para conocer los sentimientos en alto grado ideales y amantes de la paz de Marcelo II, el habersele atribuido el plan de suprimir enteramente la guardia suiza. Manifestó repetidas veces, que así muchos príncipes cristianos habían sido defendidos contra sus enemigos, más por la señal de la cruz que por las armas; que el Vicario de Cristo no necesitaba espadas para su seguridad; y que era mejor que el Papa, si así lo quería la desgracia, fuese muerto por criminales, que no que diese al mundo cristiano un ejemplo indigno. Panvinio, que es el que cita estas expresiones, refiere también un caso de la rigurosa neutralidad de Marcelo II. El cardenal Madruzzo hubiese recibido de buena gana la legación de Bolonia. El Papa rehusó dársela, porque el cardenal era uno de los principales partidarios del emperador y enemigo de los franceses. En vez de ella, por consejo del cardenal Gonzaga, le otorgó diez mil ducados para resarcirle de sus gastos durante el concilio; tampoco la legación le hubiese rendido más en dos años (2).

Es digno de notarse cómo Marcelo, al afán de mantener una neutralidad favorable para la reforma, juntaba sus esfuerzos por la guarda de los intereses eclesiásticos. Hizo suplicar y

(1) Además de la carta de Serristori de 14 de abril (Legaz. di Serristori, 351), cf. la *relación del mismo de 25 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*). V. también el breve a Cosme I, de 19 de abril de 1555, en Raynald, 1555, n. 19. Por *breve de 16 de abril de 1555 (Arm. 44, t. IV, n. 79) recomendó Marcelo II su antiguo amigo Bart. Cavalcanti al duque de Florencia (sobre el buen éxito v. Atti Mod., IV, 145); t. IV, n. 82, el *breve para Manlio Marignani de 19 de abril: calurosa recomendación de Sena. V. también Adriani, XII; Pollidorus, 118.

(2) Panvinius, Vita Marcelli II. Parece dudoso que Marcelo II tuviese realmente el plan relativo a los suizos, pues el capitán de la guardia suiza J. v. Meggen refiere en 20 de abril de 1555, que el Papa le dijo, que ellos hablan de servir como hasta entonces; v. Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 517.

exhortar así al emperador como al rey francés, a que apoyasen también de su parte los conatos pontificios por la reforma, presentando sólo buenos e idóneos obispos, y cuidando de que se observase la obligación de la residencia (1).

Sumamente severo se mostró Marcelo II en todos los nombramientos para cargos eclesiásticos, asegurando desde el principio con toda claridad y franqueza, que a nadie quería preferir, si no era atendiendo al mérito. Refiérese de esto un ejemplo muy característico. Cuando Juan Bautista Cervini pidió al Papa una parroquia, que había quedado vacante en la diócesis española de Cuenca, fué rechazado con afrenta y deshonra. Dióse la parroquia a un español, natural de allí mismo, el cual en modo alguno la había pretendido, y hasta ni siquiera había pensado en aquel puesto (2). Pronto sobrecogió a los curiales una gran opresión de ánimo. Escribía Massarelli en su diario que todo era triste, sombrío y parecido a un cementerio. Algunas líneas más abajo repite de nuevo, que en Roma se había apoderado de todos profunda tristeza, porque así los parientes del Papa como sus familiares, habían reconocido que nada o poco obtendrían. Muchos curiales temieron tanto las disposiciones de reforma del nuevo Papa, que vendieron por ínfimo valor sus cargos, comprados a alto precio (3).

No sólo a reformas de todo género, sino también a la convocación del concilio se extendieron los pensamientos del Papa. Advirtió él que sin razón se había persuadido a sus predecesores, que la reforma disminuiría la autoridad pontificia, y que él era de opinión, que en esto no podía ella sino ganar. Que aun a los luteranos con ninguna cosa se les taparía mejor la boca que con reformas, y que por eso él por nada se dejaría desconcertar, y

(1) La breve observación de Serristori en su carta de 14 de abril de 1555 (Legaz., 350 s.), es completada por su *relación de 22 de abril de 1555, en la cual se dice: *Intendo come il Papa ha mandato il Montemerlo [cf. Caro-Farnese, Lettere, II, 161 s.] in Francia con un breve al Rè per far complimenti et per pregarlo volere ordinare che i vescovi che sono in quel regno vadino a le loro chiese, et quanto ai car^{li} harà piacere che S. M^{ta} mandi a Roma, dove è la stantia loro, pur in questo non ne la vuol gravare più che tanto, volendo che lei se ne sodisfaccia et che S. M^{ta} non habbi riguardo all'aspettarsi a S. S^{ta} la dispositione dei benefitii de'car^{li} che morissino in questa corte, perchè occorrendo il caso ne provederebbe secondo la volontà di S. M^{ta} Christ.^{ma}, pure che la proponessi persona idonea et conveniente. *Archivo público de Florencia*.

(2) V. Massarelli, 261 s.

(3) V. *ibid.*, 262.

piu possino essere tenuti habili ad alcuna dignità nè grado, il che tutto si crede fatto principalmente per privare cosi tacitamente il card. Morone che non possa essere promosso mai al pontificato.

Cod. Urb. 1039, 24. *Biblioteca Vaticana.*

56. Avviso di Roma. 20 de mayo de 1559 (1)

... Lunedì, martedì et mercoledì passati le mattine fu fatta congregatione nelle stanze del cardinal de Pisa, insieme col quale furno Alessandrino, Rimini et Spoleti sopra la causa del cardinal Morone, et nella congregatione de giovedì coram S^{mo} si parlò ancora della medesima causa, et hieri mattina i detti cardinali fecero la medesima congregatione nel detto luoco sopra la istessa causa, et per quanto si è inteso da persona che lo può sapere, et per voler assignare a quel cardinale l'ultimo termine ad defensionem et spedir quella causa...

Cod. Urb. 1039, 36. *Biblioteca Vaticana.*

57. Avviso di Roma. 3 de junio de 1559 (2)

... la onde è forza dire che la morte del card. Spoleti ha giovato non poco al detto Caraffa, et ha prolungato l'espeditiione della causa di Morone...

... Mons^r Osio è stato liberato dal Castello et mandato di longo a Rieti al suo vescovato senza ch'el habbia potuto parlare a cardinale nè prelato alcuno et si dice che si tratta molto strettamente la liberatione del rev^{mo} Morone, et potria essere che le cose non passassero tanto male, come si dubitava, in effetto dopo la morte di Spoleti si sonno scoperte assai male operatione sue, perche nanti ch'il Papa fusse Papa cercava ogni mezzo di mettere il cardinal de Napoli in disgratia de S. S^{ia}, et si crede al certo che lui sia stato causa delle cose seguite tra S. S^{ia} et li nipoti...

Hieri si cominciò a legere il processo di Morone et durerà insino a giovedì. Si farà congregatione ogni dì in questo mezzo, et si pensa che a l'hora faranno la determinatione...

Cod. Urb. 1039, 47. *Biblioteca Vaticana.*

58. El cardenal M. Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova (3)

Roma, 21 de julio de 1559.

R^o in Christo Padre. Io non posso credere che cotesti signori voglino mancar di porgere tutto il lor favore a V. R. nell'essecutione

(1) Cf. arriba, pág. 261.

(2) Cf. arriba, pág. 262.

(3) Cf. arriba, pág. 243.

che resta a farsi circa i libri prohibiti, nè men credo che vogliano diventare censori de i decreti di questo sacratissimo tribunale, con voler far distinctione tra' libri, la quale non sia fatta dal santo officio. Onde spero che V. R. li renderà capaci a conoscere che le censure ugualmente ligano qualunque tenga qual si vogli libro prohibito, o sia italiano o sia alemano. In Firenze tanto braccio s'ha quanto si sa desiderare da quell' eccmo. prencipe. Se c'è difetto, il che non so, nascerà dalla poca sufficienza o diligenza de' ministri del santo officio. A noi è dato aviso che s'è fatta la debita essecutione, dalla quale niun magistrato catholico può sottrahersi...

Di Roma il dì XXI di luglio MDLIX

Di V. R.

Come fratello

[de su propia mano] Il Card^l Alisandrino.

[Dirección] Al rev. padre frate Girol^o inquisitore et nostro carmo
Genoa.

Orig. Cod. E. VII, 15 de la *Biblioteca de la Universidad de Génova*.

59. Avviso di Roma. 5 de agosto de 1559 (1)

Lunedì si fece consistorio... et poi se ne fec'un altro mercurdi, et in questo... S. St^a fec'una grand bravat'al card^l Alessandrino (2) et lo fece star in piedi più d'una mezz'hora per causa d'haver favorit'un certo frate... (3).

S'intende che la causa principale del rebuffo ch' ha fatto S. St^a al cardinal Alessandrino sia stata che, essendosi in Spagna dall' Inquisitione proceduto contro l'arcivescovo di Toledo per haber dato fuor un suo libro che pecc'alquanto d'heresia et per esser quello frate di s. Domenico desiderando di scifar' il rigoroso procedere di quell' Inquisitione, h'appellato qui. Poi s'intende ch'il ha mandato qui un suo frate con lettere di cambio per 20 mila scudi et gioie, con ordine di corromper ogniuno a cio che la causa sua fusse favorita, il qual frate ha fatto qui il primo recapito in casa del card^l Alessandrino, et lui diffendeva la causa del detto arcivescovo quanto più poteva, in modo tale che la cosa per via dell'altri dell'Inquisitione è pervenut'all'orecchie di S. St^a, onde nacque poi tal rebuffo ch'il card^l Conseglieri ha havut' a dire che non si può vivere nè negoziare con S. St^a che hora per hora li fa ribuffi di cavalli, per haverne fatt'uno tal al cardinal Alessandrino che lo fece restar un stecco, et non contento di questo S. St^a fece fare per il governatore un commandament'a quel frate ch'in termine di 3 hore

(1) Cf. arriba, pág. 273.

(2) Cf. la *relación de Navagero de 4 de agosto de 1559. *Archivo público de Venecia*.

(3) Lo que se ha omitido, no se refiere a la contienda con Ghislieri.

sotto pena della vita sgombrasse di questa città, et fu eseguito quel commandamento quell'istessa mattina, stand' il detto frate a tavola col cardinal Alessandrino a desinare, et mercordì in l'altro consistorio S. St^a rifrescò il detto ribuffo chiamand'il detto cardinal indegno di quel grado et che se teniva la conscientia aggravata d' haverlo fatto card^e, et si dubitò non lo facesse metter in Castello (1).

Cod. Urb. 1039, 65. *Biblioteca Vaticana*.

60. Relación de Agustín Ricchi sobre la enfermedad mortal del Papa Paulo IV (2)

... Quum enim senex plus quam octogenarius animo integerrimo, vita inculpata ac virtute nemini non cognita, tam pertinaciter observans esset omnium rerum quae ad Dei cultum ac religionem pertinerent, ut tum alias tum ἐν ἰχθυοφαγίαις saepius seipsum ad extremum spiritum perduxisset, vix ab eo tenuissimo victu dimoveri poterat, prius quam in summam imbecillitatem atque in animi defectionem incidisset. At vero, quum in maximis canicularium dierum squalloribus, nobis invitis, trium iam dierum a carnibus abstinentionem atque ab aliis omnibus optimi alimenti cibariis, te potissimum dissuadente, pertulisset, tandem illum etiam dum erectum syncopeprehendit. Ex qua nempe Dei auxilio relatus, ubi res omnes quae ad postremam lucem spectarent pro tanti principis dignitate ac prudentia composuisset, post paucas horas summa cum pietate ac religione e vita excessit.

Ad illud et revum d. d. Alphonsus Carafam card. Neapolit. Augustini Ricchi in historiam aegrotationis Pauli IV P. M. praefatio.

Cod. Barb. lat. 2567, 26 s. *Biblioteca Vaticana*.

61-62. Sobre las fuentes y obras acerca de la historia de Paulo IV

Paulo IV halló aún en vida en el embajador veneciano *Bernardo Navagero* un notable descriptor de su índole y modo de ser. La Relación de este eminente diplomático se funda enteramente en la propia observación. Ella ofrece un «cuadro admirablemente acabado y de grandísimo efecto, en cuyas partes todas brilla el frescor de la vida» (3). Esta Relación, que con su viveza plástica sobrepaja tal vez a

(1) Según la carta del cardenal de Sigüenza, de 29 de julio de 1559 (que se halla en Döllinger, Documentos, I, 263), el destierro del dominico se fundaba en un error del gobernador de Roma.

(2) Cf. arriba, págs. 272, 353 s., 360. Sobre A. Ricchi v. Marini, I, 347 s.

(3) V. Andreas, Las relaciones venecianas y su conexión con la cultura del Renacimiento, Leipzig, 1908, 113. Sobre Navagero, igualmente insigne como estadista que como hombre docto, cf. Cicogna en el tomo VI, 272, de las *Iscrizioni Veneziane* (1855) y Susta, La Curia y el Concilio de Trento, III, Viena, 1911, III, vi s.

todas las demás, difundióse muy pronto por medio de manuscritos, y sólo muy tarde, en el año 1846, publicóse en la colección de Albèri. Ya antes le había dado entrada Ranke en la literatura histórica, lo mismo que a la complementaria de Alvise Mocénigo de 1560. En las *analectas* del tercer tomo de sus «Papas» (48* ss.) trata dicho historiador de entrambas relaciones. Toca aquí también el error principal de Navagero, de que Paulo IV empezó la guerra contra España sólo por nepotismo (389). A Ranke se le ha pasado por alto enteramente la crítica que dedicó a la Relación de Navagero el cardenal Antonio Carafa, muerto en 1591 (1), en un trabajo, que se conserva en la *Biblioteca Nacional de Nápoles* (X-F-55). Esta «Apologia alla relatione del Navagero», escrita de mano del secretario del cardenal, en tanto es una fuente digna de tenerse en consideración, en cuanto que Antonio Carafa en su juventud vivió en el Vaticano al lado de Paulo IV. Así pudo él ofrecer muchas interesantes y valiosas noticias para la historia de este Papa y suministrar también algunas observaciones críticas muy acertadas sobre el trabajo de Navagero, pero en general se aparta con demasiada frecuencia del fin propuesto. El escrito es excesivamente parcial, y como ya indica el título, demasiado apologético (2).

En el extremo opuesto cayó *Onofre Panvinio* en muchos pasajes de su *Vita Pauli IV*, que apareció por primera vez en 1562. Era el tiempo en que estaba en su apogeo la reacción contra el proceder de Paulo IV, y a esta disposición de los ánimos pagó su tributo Panvinio, seguramente influido también por su favorecedor el cardenal Farnese. Panvinio mismo parece haber conocido más tarde que había ido demasiado lejos: en las ediciones posteriores algunos pasajes están notablemente cambiados (3).

(1) Las obras impresas del docto cardenal pueden verse en el Catal. libr. Bibl. Casanat., II, 93; cf. Batiffol, *Vaticane*, 69 s.; *ibid.* 63 s. sobre su vida. Ya antes había procurado el cardenal Antonio Carafa levantar a su tío un monumento literario, que había de componer el humanista Robertello. Hay más pormenores sobre esto en una *carta de Flaminio Filonardi al cardenal Antonio Carafa, fechada en Padua el 1.º de junio de 1565 (Vat. 6805, 329b-331. *Biblioteca Vatic.*). En esta obra se había de tratar toda la vida de Paulo IV, y decir la verdad sobre la guerra contra España. Respecto a la exposición, se pensaba en un trabajo semejante al de Giovio sobre León X. Filonardi es de parecer que Robertello tome por modelo más a Suetonio que a Plutarco. Por la muerte del cardenal quedó el plan sin llevarse a efecto.

(2) J. B. Castaldo no admitió este trabajo en su obra, para no irritar a los españoles; v. Padiglione, *Bibl. del Museo di S. Martino*, 242.

(3) Así al tratarse del proceder de Paulo IV contra los frailes vagabundos, se quitó la infundada acusación, que en la edición de Venecia de 1562 se enuncia de este modo: «*Monasteriorum vero praefectos ut eos reciperent non coegit, quia re nihil iniquius*». Al hablarse de la prisión de Morone, falta en la edición posterior este aditamento: «*quem ex morum dissimilitudine oderat*». Es muy digna de notarse la transformación del final. En vez del pasaje «*Felix procul dubio — attigisset*», que Panvinio admitió también en su obra sobre las

Los teatinos siempre con razón habían tenido en grande estima la memoria de Paulo IV, su cofundador. Muy dolorosamente sintieron que el plan del cardenal Antonio Carafa, de erigir un digno monumento biográfico a Paulo IV (1), no hubiese llegado a cumplimiento (2). El teatino *Antonio Caracciolo*, muerto en 1642, puso especial empeño en llenar el vacío que había. Este varón, cuya actividad literaria se había manifestado también en otras materias, recogió con grandísima diligencia cuanto pudo saber y averiguar sobre Paulo IV. Sólo una pequeña parte de esta colección de noticias, de Caracciolo, llegó a publicarse con el título «*Collectanea historica de vita Pauli IV*» (Coloniae, 1642). La mayor parte quedó inédita, formando un manuscrito, que lleva por título **Vita e gesti di Giov. Pietro Carafa cioè di Paulo IV P. M.*» (3). Tres manuscritos de esta obra, de los cuales probablemente uno es el autógrafo, se hallan en la *Biblioteca de la Cartuja de S. Martin de Nápoles* (cf. Padiglione, 427 s.). Conserva una muy buena copia del original la *Biblioteca Casanatense* de Roma en el código C. III, 43 (antes n. 349) (4).

La obra de Caracciolo halló una extensa difusión por medio de manuscritos. Hay de ella copias en Roma en el *Archivio segreto pontificio* (Misc., Arm. 11, t. CI), en la *Bibl. Barberini* (Barb. lat. 4953, 4961, 5370), en la *Bibl. Chigi* (J. II, 65 y J. III, 66), en la *Vaticana* (Ottob. 617-619, incompleta, que llega sólo hasta la elección de Paulo IV), en la *Bibl. Victor Manuel* (dos ejemplares de la Biblioteca de los teatinos de S. Andrés della Valle; cf. Ed. d' Alençon, G. P. Carafa e la riforma nell'ordine dell'osservanza, Foligno, 1912, 1) y en mi biblioteca privada un ejemplar comprado en 1879; pueden verse otras copias en la *Biblioteca de Parma* (Palat. 638, copia de Cas. C. III, 43), en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia* (Ital. V, 59), en la *Bibl. Bertoliana de Vicencia* y en el *Museo Británico de Londres* (20011-20012). El trabajo de Caracciolo, compuesto en 1613 (v. Zacharias, It. litt., 113), fué utilizado frecuentemente por todos los historiadores de Paulo IV: es una compi-

Elecciones de Papa (en la que da un juicio mucho más duro aún sobre Paulo IV: *haud satis mentis compos*) (Merkle, II, 333), se lee en las ediciones posteriores: «*Caeaterum liberalitate, religionis tuendae conservandaeque zelo super omnes retro pontifices maxime clarus et quo pontifice primum hominum et clericorum praesertim moribus depravatis salutaribus legibus certum remedium est adhiberi coeptum; confirmandae enim ac restituendae ecclesiasticae disciplinae, in quam mirifice perturbatam eius pontificatus inciderat, auctor et princeps exstitit ita ut ex eius fonte cogitationum rationumque multa sacri Tridentini Concilii decreta profluxisse postea videantur*» (edición de Colonia de 1568, 445-446, asimismo en la edición de Colonia de 1626, 411). Otra atenuación ha notado Merkle (II, cxxxiv, nota 5).

(1) Cf. arriba, pág. 415, nota 1.

(2) Sobre la colección de documentos relativos a Paulo IV, que formó el teatino Valerio Pagano a principios del siglo XVII, v. Padiglione, 302 s.

(3) Un resumen de su contenido puede verse en Duruy, xxiii s.

(4) El Cod. XX, V, 56 (antes n. 993) es una copia posterior.

lación, a la que falta crítica muchas veces (1), pero se apoya en parte en papeles originales de Carafa, muchos de los cuales se han perdido, y contiene numerosas noticias importantes y de gran interés.

Su importancia, con todo, es mayor para el tiempo de antes de la elección de Paulo IV que para sus años de pontificado, para los cuales hay ahora muchas fuentes incomparablemente mejores. Generalmente Caracciolo es incondicional admirador de su héroe, siempre más apolo-gista que historiador objetivo. Esto se ha de decir también de Castaldo y Silos, que trazan retratos casi sin sombras (2).

Un juicio y crítica histórica de Paulo IV facilitó *Pallavicini* en la segunda parte de su historia del concilio de Trento, publicada en 1657, con lo cual vino a implicarse en una polémica con el teatino *Francisco Maria Maggio*, de la que con todo salió *Pallavicini* vencedor. Cf. sobre eso Calenzio, *Esame critico-letterario delle opere riguardanti la storia del Concilio di Trento* (Roma, 1869), 100 ss. La paz y serenidad que opone *Pallavicini* a las invectivas de *Maggio*, oculto bajo el nombre de *Francisco Velli*, causa la mejor impresión. Muy bien hace notar él que el historiador no ha de ser ningún panegirista. Se ha dicho recientemente (así *Volpicella* en el *Archivio Napoletano*, XXXV, 557), que *Pallavicini* escribió con ánimo hostil sobre Paulo IV, pero esto es inexacto. *Pallavicini* describe objetivamente los lados luminosos y sombríos del Papa Carafa; sólo se equivocó en ver el mérito principal de Paulo IV en la conservación de la unidad religiosa de Italia, y en no hacer bastante justicia a las reformas que se ejecutaron desde 1555 hasta 1559. *Maggio* continuó la polémica aun después de la muerte de *Pallavicini*, pero para la parte que trata del pontificado de Paulo IV, no halló ningún impresor (v. Calenzio, loc. cit., 107).

Mucho mejor que *Maggio* ha prestado servicio a la memoria de Paulo IV otro teatino, *Bartolomé Carrara* (muerto en 1778), con su *Historia de este Papa en dos tomos*, que publicó en Ravena bajo el pseudónimo de *Carlos Bromato* desde 1748 hasta 1753. Esta obra es un trabajo muy bueno para su tiempo. No libre enteramente de tendencia apolo-gética y de parcialidad (3), se esfuerza con todo B. Carrara por juzgar objetivamente a Paulo IV. Muchas faltas, especialmente el nombramiento de Carlos Carafa para cardenal, son severamente censuradas (II, 233), pero le faltan las fuentes originales para tratar más a fondo los hechos. Todas las noticias que hasta entonces había, han sido muy diligentemente reunidas, pero las más de las veces son éstas fuentes

(1) Cf. Amabile, I, 138, nota.

(2) Silos ensalza (I, 421, 423 s., 426 s.) ¡hasta la prudencia de su héroe! Por lo demás, ha utilizado también algunas fuentes manuscritas, como la colección de noticias de Caracciolo y la *Apología mencionada arriba, pág. 415. Castaldo atenúa (176 s.) la ira de Paulo IV contra lo que dice la historia, y también se equivoca muchas veces en los pormenores.

(3) Cf. Reimann en las Investigaciones para la historia de Alemania, V, 294.

derivadas. Además de Caracciolo, utilizase también singularmente el trabajo de *Pedro Nores*, Storia della guerra di Paolo IV contro gli Spagnuoli, del cual se aprovechó ya Pallavicini.

La guerra de Paulo IV contra los españoles la habían ya tratado antes Alejandro Andrea (1) y Mambrino Roseo (2). Nores comenzó la composición de su escrito a los principios del pontificado de Clemente VIII, pero la dejó por parecerle peligroso referir la participación que tuvo en los acontecimientos de aquel tiempo Silvestre Aldobrandini, padre de dicho Papa. Más tarde reanudó su trabajo. El libro primero fué terminado en 1640, el tercero en 1641 y el cuarto en 1644. Nores se afanó por recoger cartas y relaciones de contemporáneos (3); utilizó entre otros escritos el Diario de Massarelli, VII (4), y recibió también en Roma comunicaciones orales. Esta obra, cuya edición recomendó ya A. Zeno, apareció en 1847 como tomo XII del Archivio Storico Italiano. En la publicación (5) predominó una tendencia política. Se quería con la edición de esta obra recomendar a Pío IX el ejemplo de sus predecesores Julio II y Paulo IV, presentándolos como prototipos de la lucha por la independencia nacional. Pareció para esto apropiada la historia de una guerra, que, de muy poca importancia en sí misma, tiene principalmente interés por ser ella la última tentativa de la política pontificia para libertar a sí y a Italia del predominio extranjero. Los editores de Nores, Volpicella, Gar y Scarabelli han hecho mucho para ilustrar su edición con la añadidura de documentos inéditos. Sacáronlos especialmente de un manuscrito que se halla en

(1) Della guerra di Campagna di Roma et del regno di Napoli, ed. G. Ruscelli, Venetia, 1557 (1560). La traducción española que tuve a la vista, está dedicada a Felipe II (Madrid, 1589). El autor es parcial con los españoles y a menudo difuso (v. Fornerón, I, 81), pero una buena fuente para los asuntos militares (cf. Prescott, Philipp II, I, 80). Nores lo ha utilizado diligentemente (v. Arch. d. Soc. Rom., IV, 332, nota). Con esta ocasión quede indicado también el «Trattato sopra lo stato ecclesiastico», que se halla en el *Archivio segreto pontificio* (Misc. Arm. 15, t. CLXXXVI), el cual al narrar las guerras hechas en los Estados de la Iglesia desde 1494, trata con singular extensión de las luchas que hubo en el pontificado de Paulo IV. En el *Archivio Gaetani de Roma* pueden verse Lettere dirette a Bonifacio Gaetani sobre la guerra entre Paulo IV y los españoles.

(2) Relazione della guerra suscitata nel regno di Napoli da Paolo IV nel 1556 al 1557, Roma, 1558.

(3) Nores utilizó entre otros los documentos que se hallan en el Ms. Palat. 653 de la *Biblioteca de Parma* y en el Cod. Marc. XI, 125 de la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*; cf. Coggiola, Cornia, 223, 342.

(4) V. Merkle, II, XLVIII, XLIX, 303, nota 3.

(5) Forma la base de la misma un códice Capponi, y se han consultado dos manuscritos de Nápoles. No se han utilizado los manuscritos de la obra de Nores, que se hallan en la *Bibl. Alejandrina de Roma* (214-1-183), *Biblioteca Víctor Manuel* de Roma (Fondo Gesuitico, 323), *Bibl. Trivulzi de Milán* (Cod. 37), *Biblioteca de la Cartuja de S. Martín de Nápoles* (Cod. 364) y en la *Bibl. Municipal de Foggia* (Cod. 7).

posesión de Gino Capponi, y se titula «Istruzioni e Lettere di Monsignor della Casa a nome del Cardinal Carafa» (1).

El trabajo de Nores, ya alabado por Pallavicini y Bromato, ha gozado largo tiempo de gran fama. Reumont (Los Carafas, I, 221 y 517) lo señala como una fuente principal para la historia de los Carafas en el pontificado de Paulo IV, y elogia al autor, como el historiador de estos acontecimientos más digno de confianza (cf. también Historia de Roma, III, 2, 700). También más tarde Duruy (20,85) y Porena (Archivio Storico Italiano, 4.^a serie, XIII, 354) han colmado de elogios a Nores, aunque ya Reimann (loc. cit., 327 ss.) había demostrado en una cuestión especial, cuán poco seguro es muchas veces Nores. Recientemente Ancel en sus estudios fundamentales para la historia de Paulo IV ha dado en forma muy dura un juicio sumamente desfavorable sobre Nores (v. especialmente Sienne, 1, 18 y Disgrâce, 36), lo que no ha impedido a Campana el calificar de obra maestra el trabajo de Nores en los Studi Storici (XVII, 586). No puede dudarse que Ancel tiene razón. Nores contiene numerosos errores; muchas veces deja también demasiado campo libre a la fantasía, y con frecuencia se apoya sólo en fuentes secundarias. Su valor disminuye cuanto más conocidas son las relaciones de embajada, que para el pontificado de Paulo IV vienen en consideración en primera línea como fuentes primarias.

Conócense en su totalidad los *Despachos de Bernardo Navagero*. De estas valiosas relaciones, que completan y en parte superan la Relación de este embajador, no se conserva el original. Desde el gran incendio del archivo de Venecia, ocurrido en 1577, ha habido necesidad de acudir a las copias. Las hay en el *Archivo público de Venecia* (2), en la *Biblioteca de S. Marcos de Venecia* (Ital. Cl. VII-Cod. 1097), en el *Museo Correr* de la misma ciudad (Cod. 1957), en la *Biblioteca de la Universidad de Pisa* (Cod. 154, S. c. 2), en la *Biblioteca nacional de Nápoles* (Cod. X. D. 41), en la *Biblioteca palatina de Viena* (Cod. 6255 = Foscari. 163) y en la *Biblioteca del duque de Osuna de Madrid* (Cod. 93).

En la edición de Nores diéronse por primera vez comunicaciones del rico tesoro de los Despachos de Navagero; más tarde publicó extractos Bertolotti en los Atti Mod. (3.^a serie, II, 155 ss.), pero sobre todo Rawdon Brown ha editado en traducción inglesa en el Calendar of State Papers todos los despachos que se refieren a Inglaterra, y también muchísimos relativos a la propia historia de Paulo IV. Mas el estudio del texto italiano en modo alguno es superfluo, por razón de que Brown, conforme a su fin, ha beneficiado sistemáticamente las relaciones sólo para Inglaterra. Demás de eso, su traducción no siempre es digna de confianza, ni tampoco la mejor traducción puede suplir nunca

(1) V. Catalogo dei Mss. posseduti dal marchese G. Capponi, Firenze, 1845, n. 831.

(2) Cod. Miscell., n. 98 (cf. Brosch, I, 200, nota 1). También los despachos al Consejo de los Diez sólo se han conservado en copias contemporáneas; cf. Ancel, Disgrâce, 21, nota 3.

el texto original. Precisamente en Navagero es éste tanto más importante, cuanto el embajador cumplió su cometido como informante con tanta escrupulosidad, que reprodujo los dichos y expresiones del Papa lo más posible en su texto original (1); pero éste es muchas veces muy importante precisamente en un personaje como Paulo IV, de tan notable realce. Las circunstanciadas relaciones de Navagero, que trataba tan confidencialmente con el Papa, son una fuente de gran valor; íntimas y sobre múltiples materias, ofrecen, por decirlo así, fotografías instantáneas, que respiran aún en todas sus partes calor y vida.

Después de las relaciones venecianas viene luego también en consideración la correspondencia del cardenal Farnese, conservada en el *Archivo público de Parma*, quien se hacía informar con exactitud por sus relatores sobre los acontecimientos de Roma. Siguen a dicha correspondencia los despachos de los embajadores de los Estes y Médicis, que se hallan en los *Archivos públicos de Módena y Florencia*. Estas relaciones junto con las venecianas ofrecen noticias nuevas y valiosas. A Duruy en su trabajo (2) también en otros conceptos defectuoso, se le han pasado por alto estas fuentes de primer orden, al paso que Coggiola y Ancel las han utilizado diligentemente (3). También yo me he aprovechado de estos materiales para mi historia. Un buen número de relaciones españolas debemos a Druffel y Riess. La obra de este último autor, publicada en 1909, señala un gran progreso, si se la compara con Duruy, pero en modo alguno es completa, y contiene también muchas veces errores en algunas particularidades, como en la apreciación de toda la política de Paulo IV (4). Para ésta son fundamentales los trabajos de Ancel, que se apoyan en estudios muy extensos de los archivos, el cual ha sido el primero en establecer honda diferencia entre el Papa y los nepotes, y en descubrir enteramente las intrigas del cardenal Carafa.

Brosch en su disertación en general muy floja (5) sobre la guerra

(1) *Perche io giudico che le parti d'un ambasciator siano dir, se si po, le medesime parole che dice il principe di sua bocca; se ben molte cose sono le medesime o contrarie et repugnante l'ana all'altra, ho voluto sempre sforciarmi, et così farò nel avenir, di scriver le formal parole che mi ha detto il pontifice; così havessi anche potuto aggiunger li gesti! Despacho de 12 de octubre de 1555. *Biblioteca de S. Marcos de Venecia*, loc. cit., 10.

(2) Cf. Coggiola, Cornia, 80, 108, 292 s., 341, y Ancel, Sienne, 1, 19, 22, 37, 40, 65; v. también Revista de literatura alemana, 1883, 1659 s. y Rev. d. quest. hist., 1884, Juillet, 335 s.

(3) Los extractos de las relaciones florentinas de Serristori, publicados por Canestrini, son muy defectuosos e incompletos.

(4) Cf. las críticas de Friedensburg en la Revista trimestral de historia, 1911/12, 280, y de Herre en la Revista de historia, CIX, 199 s. (cf. 691); v. también arriba, págs. 106, nota 1, 122, nota 2, 148, nota 1, 194, nota 1, 201, nota 2.

(5) Cf. Ancel, Sienne, 90, y Coggiola en los Studi storici, X, 227 s.; v. también Revista de historia, 94, 186. Nada nuevo ofrece Boralevi, I primi mesi del pontificato di Paolo IV, Livorno, 1888. Jenkins (Paulo IV, Londres, 1886)

de Paulo IV con Felipe II, que ha publicado en las Comunicaciones del Instituto de investigación acerca de la historia de Austria (XXV, 1904), sólo ha utilizado como material nuevo algunos despachos de Navagero.

Las relaciones de la embajada *francesa* relativas a Paulo IV fueron editadas por primera vez por Rivier, y más tarde por Sauzé y Vitalis. Las relaciones del embajador *inglés* Carne las ha publicado en traducción Turnbull.

Las cartas dirigidas desde Roma a Fernando I, que están en el *Archivo público de Viena*, han sido utilizadas *extensamente* por primera vez en mi historia, así como las relaciones de embajada, que se hallan en el *Archivo público de Bolonia* y en el *Archivo Gonzaga de Mantua*.

Una fuente de índole especial, que ocupa un término medio entre las relaciones de embajada y las gacetas impresas, la forman los llamados *Avvisi*, comunicaciones de oficinas de noticias, que sostenían los Fugger en las ciudades principales y centros comerciales de entonces; sobre esta fuente ha hecho recientemente un estudio crítico Ancel en las *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, XXVIII (1908) (1). Finalmente hay que citar como fuentes de gran importancia para la historia de Paulo IV sus propios documentos, los *breves*, *bulas* y *correspondencia diplomática*, que se hallan en el *Archivo secreto pontificio* y en la *Biblioteca Barberini*. Los breves, por desgracia, no se conservan en su totalidad, a pesar de lo cual todavía después de Raynald ofrecieron muchas noticias interesantes. Las *Regesta Vaticana* n. 1805-1854, conservadas íntegras (cf. Palmieri, 85 s.), fueron examinadas por Ancel, el cual prepara una biografía de Paulo IV de varios tomos; con todo, casi nada suministran para una historia como la presente, que tiene señalados más estrechos límites (2). La correspondencia diplomática de Paulo IV ha padecido especialmente numerosas y sensibles pérdidas. Con todo, se ha conservado aún muchísimo de la misma, pues una gran parte del archivo de los Carafas ha ido a parar a la *Biblioteca Barberini*, que en no menos de sesenta tomos contiene valiosos documentos originales sobre Paulo IV y sus sobrinos. Sobre estos materiales han tratado tan extensa y profundamente primero Pieper (189 ss.) y después Ancel (*Secrét.*, 37-45 y *Nonciat.*, I y II), que basta hacer aquí una indicación

sigue las más de las veces a Duruy; cf. *Arch. d. Soc. Rom.*, X, 714; v. también *Arch. Napol.*, XII, 836 s.

(1) A Ancel se le han pasado por alto las excelentes observaciones hechas por Sägmmüller en el *Anuario Histórico*, XV, 304, sobre los escritores de gacetas o avisos, llamados también novelistas o como decimos ahora, gacetilleros. A la literatura allí indicada hay que añadir todavía: Simiani, N. Franco, 36 s.; Lütolf, *La guardia suiza*, 44; Sickel en el *Weimarischen Jahrb. für deutsche Sprache*, I, Hannover, 1858, 344 s.; *Arch. d. Soc. Rom.*, XXXI, 421; XXXIII, 277 s.

(2) Cf. Wirz, xxvi; Ancel, *Secrét.*, 61 s. Aquí pág. 15, nota, se trata también sobre los Ruoli (registros) de Paulo IV.

de los mismos. Ya en el siglo XVIII se imprimieron las instrucciones y cartas de Juan della Casa (1). Ahora está hecha por Ancel una excelente edición de las relaciones de la nunciatura francesa. La publicación de las de los nuncios polacos, conservadas por cierto muy incompletamente, es de esperar que la hará en tiempo no muy lejano la Academia de Cracovia.

(1) La mejor edición es la napolitana; v. Pieper, 186, nota.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Adriano VI** (papa), 41, 48, 361, 362.
- Agustín, Antonio** (obispo de Lérida, nuncio), 298, 299, 303.
- Alba, duque de** (virrey de Nápoles), 88, 92, 94, 111, 114, 115, 118, 120, 121, 123, 124, 127, 128, 129, 131, 134, 138, 139, 140, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 173, 184, 257.
- Alberto Alcibiades** (margrave de Brandeburgo-Kulmbach), 106.
- Alberto V** (duque de Baviera), 291, 292, 295, 296.
- Aldobrandini, Silvestre** (jurista), 78, 96, 119, 136, 137, 167.
- Aleandro, Jerónimo** (cardenal), 24.
- Aleandrino, Miguel. V. Ghislieri.**
- Alejandro VI** (papa), 16, 235, 362.
- Alfonso de Aragón**, 70.
- Ana Bolena**, 344.
- Annebaut** (cardenal), 10.
- Armagnac, Jorge d'** (cardenal), 57, 159.
- Arrivabene, Juan Francisco**, 8.
- Augusto, Julio** (canónigo), 245.
- Aumale, duque de**, 145.
- Avansón** (embajador francés), 76, 86, 89, 97, 103, 127, 130, 131, 136, 157, 182, 229.
- Avelino, Andrés** (teatino), 207.
- Bacodio, Francisco** (datario), 171.
- Bacon, Nicolás** (lord canceller), 346.
- Bagno, marqués de**, 147.
- Bale, Juan** (teólogo inglés y hereje), 310.
- Barberini** (familia), 226.
- Barengo, Juan** (primer secretario de Paulo IV), 79, 109, 182.
- Baynes, Rodolfo** (obispo de Coventry-Lichfield), 334.
- Beaton, David** (cardenal, primado de Escocia), 310.
- Becon, Tomás**, 310.
- Belarmino, Cintia Cervini**, 22.
- Belarmino, Roberto, S. J.** (más tarde cardenal), 22.
- Bellay, Juan du** (arzobispo de París, cardenal), 54, 57, 84, 126, 127, 157, 166, 169, 257.
- Bembo, Pedro** (cardenal, humanista), 20, 24.
- Benci** (familia), 17.
- Benci, Casandra** (madre de Marcelo II), 17.
- Bencio, Trifón** (secretario de la cancillería de Estado), 79.
- Beni, Nicolás**, 32.
- Bertano, Pedro** (obispo de Fano, nuncio, cardenal), 8, 40, 58, 59, 60, 257.
- Bertrand, Juan** (arzobispo de Sens, cardenal), 175.
- Bini, Juan** (secretario pontificio), 79.
- Bizzoni, Juan Bautista** (asesor de la Inquisición), 227.
- Blado, Antonio** (impresor), 240.
- Bobadilla, Nicolás, S. J.**, 214, 215, 219, 220.
- Bolena, Ana**, 343.
- Bonifacio VIII** (papa), 109.
- Bonner, Edmundo** (obispo de Londres), 314, 316, 317, 334.
- Borbón, Luis de** (cardenal), 10, 57, 278.
- Borghese, Marco Antonio** (defensor del cardenal Morone), 262.

de los mismos. Ya en el siglo XVIII se imprimieron las instrucciones y cartas de Juan della Casa (1). Ahora está hecha por Ancel una excelente edición de las relaciones de la nunciatura francesa. La publicación de las de los nuncios polacos, conservadas por cierto muy incompletamente, es de esperar que la hará en tiempo no muy lejano la Academia de Cracovia.

(1) La mejor edición es la napolitana; v. Pieper, 186, nota.

ÍNDICE DE LAS PERSONAS CITADAS

en el presente volumen

- Adriano VI** (papa), 41, 48, 361, 362.
- Agustín, Antonio** (obispo de Lérída, nuncio), 298, 299, 303.
- Alba, duque de** (virrey de Nápoles), 88, 92, 94, 111, 114, 115, 118, 120, 121, 123, 124, 127, 128, 129, 131, 134, 138, 139, 140, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 151, 173, 184, 257.
- Alberto Alcibiades** (margrave de Brandeburgo-Kulmbach), 106.
- Alberto V** (duque de Baviera), 291, 292, 295, 296.
- Aldobrandini, Silvestre** (jurista), 78, 96, 119, 136, 137, 167.
- Aleandro, Jerónimo** (cardenal), 24.
- Alejandro V**, Miguel. V. Ghislieri.
- Alejandro VI** (papa), 16, 235, 362.
- Alfonso de Aragón**, 70.
- Ana Bolena**, 344.
- Annebaut** (cardenal), 10.
- Armagnac, Jorge d'** (cardenal), 57, 159.
- Arrivabene, Juan Francisco**, 8.
- Augusto, Julio** (canónigo), 245.
- Aumale, duque de**, 145.
- Avansón** (embajador francés), 76, 86, 89, 97, 103, 127, 130, 131, 136, 157, 182, 229.
- Avelino, Andrés** (teatino), 207.
- Bacodio, Francisco** (datario), 171.
- Bacon, Nicolás** (lord canceller), 346.
- Bagno, marqués de**, 147.
- Bale, Juan** (teólogo inglés y hereje), 310.
- Barberini** (familia), 226.
- Barengo, Juan** (primer secretario de Paulo IV), 79, 109, 182.
- Baynes, Rodolfo** (obispo de Coventry-Lichfield), 334.
- Beaton, David** (cardenal, primado de Escocia), 310.
- Becon, Tomás**, 310.
- Belarmino, Cintia Cervini**, 22.
- Belarmino, Roberto, S. J.** (más tarde cardenal), 22.
- Bellay, Juan du** (arzobispo de París, cardenal), 54, 57, 84, 126, 127, 157, 166, 169, 257.
- Bembo, Pedro** (cardenal, humanista), 20, 24.
- Benci** (familia), 17.
- Benci, Casandra** (madre de Marcelo II), 17.
- Bencio, Trifón** (secretario de la cancillería de Estado), 79.
- Beni, Nicolás**, 32.
- Bertano, Pedro** (obispo de Fano, nuncio, cardenal), 8, 40, 58, 59, 60, 257.
- Bertrand, Juan** (arzobispo de Sens, cardenal), 175.
- Bini, Juan** (secretario pontificio), 79.
- Bizzoni, Juan Bautista** (asesor de la Inquisición), 227.
- Blado, Antonio** (impresor), 240.
- Bobadilla, Nicolás, S. J.**, 214, 215, 219, 220.
- Bolena, Ana**, 343.
- Bonifacio VIII** (papa), 109.
- Bonner, Edmundo** (obispo de Londres), 314, 316, 317, 334.
- Borbón, Luis de** (cardenal), 10, 57, 278.
- Borghese, Marco Antonio** (defensor del cardenal Morone), 262.

- Borja (familia), 104.
 Bowes (conspirador inglés), 315.
 Bozzuto, Aníbal (secretario del cardenal Carlos Carafa), 78, 79, 96.
 Broet, Pascasio, S. J., (provincial de Francia), 26.
 Brooks (obispo de Gloucester), 321.
 Buoncompagni, Hugo (auditor de la Rota, más tarde Gregorio XIII), 111, 167, 199, 303, 305.
 Cacciaconti, Leonor Egidi, 22.
 Calderini, Juan Bautista (teólogo), 162.
 Calixto III (papa), 201.
 Calvino, Juan, 279, 280, 299, 311, 323.
 Camerario (prelado), 303.
 Campegio, Tomás (obispo de Feltré), 169.
 Canisio, San Pedro, S. J., 240, 286, 287.
 Capece, Marcelo, 193, 194.
 Capella, Febo (diplomático veneciano), 130.
 Capilupi, Camilo, 8.
 Capilupi, Hipólito (informante mantuano), 92.
 Capilupi, Jerónimo, 116, 150.
 Capizuchi, Juan Antonio (auditor de la Rota, cardenal), 160, 228, 275.
 Capodiferro, Jerónimo (datario cardenal), 12, 58.
 Caracciolo, Galeazzo (marqués de Vico), 259.
 Carafa (familia), 104, 126, 136, 144, 184, 186, 196, 202, 249, 355.
 Carafa, Alfonso (cardenal), 176, 183, 186, 188, 197, 201, 222, 303, 352, 354.
 Carafa, Antonio (marqués de Montebello), 99, 102, 120, 136, 137, 138, 139, 140, 150, 196, 197.
 Carafa, Carlos (cardenal), 75, 76, 77, 79, 80, 81, 86, 89, 90, 92, 94, 95, 97, 98, 99, 103, 104, 106, 107, 108, 111, 112, 120, 124, 125, 126, 127, 128, 130, 131, 132, 134, 135, 136, 137, 141, 142, 143, 144, 145, 146, 147, 148, 150, 159, 160, 161, 174, 176, 181, 183, 184, 185, 186, 187, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 213, 249, 250, 259, 266, 277, 340, 360.
 Carafa, Diomedes (cardenal), 110, 160, 197.
 Carafa, Juan (conde de Montorio), 77, 80, 85, 86, 99, 100, 106, 109, 110, 111, 115, 116, 127, 132, 136, 137, 140, 141, 144, 145, 148, 150, 183, 184, 185, 196, 197.
 Carafa, Juan Pedro (cardenal), 9, 11, 13, 14, 25, 39, 40, 42, 54, 55, 56, 57, 58, 60, 65, 66, 153, 154, 160, 164, 175, 191, 213, 214, 239, 264, 359, 360.
 Carafa, Oliverio (cardenal), 356.
 Carbone, Bernardino, 147, 148.
 Cardine, Leonardo di, 184.
 Carlos V (emperador), 10, 12, 13, 24, 27, 28, 51, 54, 56, 58, 70, 71, 76, 85, 87, 88, 90, 91, 94, 95, 97, 100, 103, 106, 107, 108, 113, 114, 116, 117, 119, 121, 123, 130, 134, 138, 146, 274, 277, 293, 296, 297, 298, 299, 300, 302, 304, 305, 306, 323, 328, 332.
 Carlos VIII (rey de Francia), 121, 140.
 Carne, Eduardo (embajador inglés), 308, 339, 340, 346, 347.
 Caro, Aníbal, 32.
 Carpi, Pío Rodolfo de (obispo de Faenza y Girgenti, cardenal), 10, 13, 42, 55, 56, 57, 58, 88, 96, 141, 193, 219, 220, 226, 227, 228, 251.
 Carranza, Bartolomé (arzobispo de Toledo), 270, 271, 272.
 Casa, Juan de la (humanista), 78, 96, 104, 105, 136, 159.
 Cassignola, Jacobo (escultor), 356.
 Castagna, Juan Bautista (arzobispo de Rossano, gobernador de Perusa), 200.
 Castaldo, Restauero (biógrafo de Paulo IV), 303.
 Castelvetro, Ludovico (literato), 243.
 Castro, Alfonso de (franciscano), 314.
 Castro, Fernández Ruiz de. V. Sarria.
 Catalina de Médici (reina de Francia), 111.
 Cecil, Guillermo (confidente de Isabel de Inglaterra), 345.
 Cenci (familia), 236.
 Cervini (familia), 15, 17, 18, 42.
 Cervini, Alejandro, 22, 41.
 Cervini, Biagio (jefe de la guardia vaticana), 40.
 Cervini, Casandra. V. Benci, Casandra.

- Cervini, Cintia. V. Belarmino, C.
 Cervini, Herenio, 41.
 Cervini, Juan Bautista, 40, 45.
 Cervini, Marcelo (cardenal, más tarde papa Marcelo II), 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 17, 33.
 Cervini, Ricardo, 16, 17, 21, 22, 41.
 Cervini, Rómulo, 22.
 Cesarini (linaje), 87.
 Cesarini, Julián, 91, 101, 107, 150.
 Cesi, Federico (cardenal), 13.
 Cesi, Paulo Emilio (cardenal), 166.
 Cicada, Juan Bautista (obispo de Albenga, cardenal), 14, 40, 42, 49, 59, 60, 84.
 Clemente VII (papa), 19, 20, 97, 109, 114, 117, 188, 202, 239, 245, 300.
 Clemente de Alejandría, 32.
 Cleobury, 326.
 Colocci, Angel, 20.
 Cogordán, S. J., 219, 220.
 Colonna (linaje), 87, 91, 92, 101, 102, 109, 111, 112, 113, 114, 116, 119, 133.
 Colonna, Ascanio, 91, 101, 109, 147.
 Colonna, Camilo, 91, 94, 95, 150.
 Colonna, Juana de Aragón, 101.
 Colonna, Marco Antonio, 87, 89, 91, 96, 101, 109, 124, 131, 142, 147, 151.
 Colonna, Pompeyo (cardenal), 76, 109.
 Colonna, Victoria, 256.
 Commendone, Juan Francisco (obispo de Zante, cardenal), 79, 126.
 Consiglieri, Juan Bautista (cardenal), 174, 175, 200, 272.
 Consiglieri, Pablo (teatino), 175, 211.
 Contarini, Gaspar (cardenal), 24.
 Corgna, Ascanio della (jefe de las guardias pontificias), 7, 118, 147, 184.
 Corgna, Fulvio della (obispo de Perusa, cardenal), 13, 14, 59, 60, 119.
 Cornaro, Andrés (arzobispo de Espalato, cardenal), 58, 59, 60.
 Cornaro, Luis (cardenal), 14.
 Cosme I, duque de Toscana. V. Médici.
 Courtenay, Eduardo (conde de Devonshire), 326.
 Coverdale (obispo anglicano), 323.
 Cox, Ricardo (sectario inglés), 323.
 Cranmer, Tomás (arzobispo de Cantorbery), 311, 321, 322, 325.
 Cremona, Juan Bautista de, O. Pr. (inquisidor general de Milán), 244.
 Crisóstomo, San Juan, 32.
 Crispi, Tiberio (cardenal), 9, 13.
 Cueva, Bartolomé de la (cardenal), 13, 59, 96, 110.
 Chapuys (embajador imperial en Inglaterra), 309.
 Châtillon (cardenal), 10, 278.
 Cheke, Juan (preceptor de Eduardo VI de Inglaterra), 317.
 Chinchón, conde de (embajador de Felipe II), 87.
 Christopherson, Juan (obispo de Chichester), 334.
 Dandino, Jerónimo (cardenal), 14, 24, 58.
 Day (obispo de Chichester), 334.
 Delfino, Zacarías (nuncio), 161, 290, 291, 292, 295, 296, 297.
 Dolera, Clemente (general de los Menores), 176.
 Doria, Jerónimo (cardenal), 53, 58.
 Dubourg, Ana (parlamentario francés), 279.
 Dudley, Ambrosio, 351.
 Dudley, Enrique, 325.
 Dzierzowski, Nicolás (arzobispo de Gniezno), 281, 286.
 Eduardo VI (rey de Inglaterra), 313, 325, 333, 334, 336, 342, 351.
 Elio, Antonio (obispo de Pola), 79.
 Enrique II (rey de Francia), 10, 12, 33, 54, 56, 71, 89, 90, 91, 93, 97, 98, 99, 103, 104, 105, 108, 110, 112, 121, 124, 127, 131, 134, 137, 141, 143, 144, 150, 175, 277, 278, 279, 280, 307, 327, 328, 338, 347.
 Enrique IV (rey de Inglaterra), 310.
 Enrique VIII (rey de Inglaterra), 309, 329, 340, 342, 343, 344, 351.
 Enrique de Brunswick, 291.
 Erasmo de Rotterdam, 241.
 Erveto, Genciano, 32.
 Este, Hércules II de (duque de Ferrara), 12, 54, 55, 98, 99, 102, 170, 238, 243, 244.
 Este, Hipólito de (cardenal), 8, 10, 11, 12, 13, 14, 34, 49, 54, 55, 58, 60, 93, 170, 191.

- Estuardo, María. V. María Es-
tuardo.
Eustacio, 32.
- Fantuzzi, Federico** (confidente del
cardenal Carlos Carafa), 131,
132.
- Farnese (linaje)**, 104, 129, 135, 151.
- Farnese, Alejandro** (cardenal), 10,
21, 22, 23, 24, 25, 49, 54, 55, 56,
57, 58, 59, 60, 75, 76, 80, 88, 89,
90, 92, 93, 94, 95, 98, 99, 107, 129,
164, 173, 257, 280.
- Farnese, Octavio** (duque de Cas-
tro), 76, 90, 129.
- Farnese, Pedro Luis**, 76, 196.
- Farnese, Ranuccio** (arzobispo de
Nápoles, cardenal), 13, 14, 58,
186, 196.
- Feckenham** (abad, O. S. B.), 336.
- Federici, Jerónimo** (obispo), 7.
- Felipe II** (rey de España), 54, 87,
100, 103, 107, 112, 117, 118, 119,
121, 123, 130, 131, 132, 133, 134,
137, 138, 146, 147, 148, 150, 181,
183, 184, 185, 198, 218, 244, 250,
259, 260, 266, 272, 273, 274, 275,
276, 277, 298, 304, 308, 309, 311,
314, 315, 324, 323, 329, 330, 332,
337, 338, 340, 341, 342, 343, 344,
347, 349, 350, 252.
- Feria, conde de** (embajador espa-
ñol en Inglaterra), 341, 344, 349.
- Fernando I** (rey de romanos, em-
perador), 100, 216, 291, 292, 293,
294, 308, 360.
- Fiordibello, Antonio** (secretario
pontificio), 80.
- Flaminio, César**, 259.
- Flaminio, Marco Antonio**, 253,
259.
- Florimonte, Galeazzo** (obispo de
Sesa y Aquino), 25, 154, 155.
- Foglietta, Humberto di** (jurista),
9, 53.
- Foscarari, Egidio, O. Pr.** (obispo
de Módena), 268.
- Foxe, Juan** (predicante anglica-
no), 319, 325.
- Francisco I** (rey de Francia), 24.
- Franchi, Jerónimo, O. Pr.** (inqui-
sidor de Génova), 233, 234, 239,
242.
- Gadaldino, Antonio** (librero), 243.
- Gaddi, Tadeo** (cardenal), 175.
- Gardiner, Esteban**, 317, 324, 330,
332, 334.
- Gerhard, Teodorico, S. J.**, 286.
- Ghislieri, Miguel** (cardenal), 174,
194, 220, 227, 233, 234, 238, 239,
242, 251, 252, 264, 269, 272, 273,
303.
- Gianfigliuzzi, Bongianni** (embaja-
dor florentino), 193.
- Givry, de** (cardenal), 10.
- Glyn, Guillermo** (obispo de Ban-
gor), 334.
- Goldwell, Tomás** (obispo de Saint-
Asaph), 334.
- Gonzaga, Ferrante** (gobernador
de Milán), 34.
- Gonzaga, Hércules** (cardenal), 9,
12, 34, 38, 44, 53, 59, 116, 262,
263.
- González de la Cámara, Luis**, 213.
- Goodman, Cristóbal**, 309.
- Gozzadini, U.** (embajador bolo-
ñés), 68, 90.
- Gravina, Juan Antonio de** (capitán
general de la Iglesia), 200.
- Gregorio Nacianceno, San**, 32.
- Grey, Juana** (reina de Inglaterra),
309.
- Grolierio, César** (secretario de
Estado), 80.
- Gropper, Juan** (cardenal), 160, 161,
269, 306.
- Gualterio, Sebastián** (nuncio), 103,
277.
- Guillermo de Cléveris**, 291.
- Guisa, Carlos, de Lorena** (carde-
nal), 174.
- Guisa, duque de**, 135, 136, 137, 138,
139, 140, 141, 143, 144, 145, 147.
- Guisa, Luis de** (cardenal), 49, 57,
98.
- Guzmán, Martín de**, 303, 304, 305.
- Habsburgo** (casa imperial), 70, 98,
100, 121, 296, 297, 301.
- Heath, Nicolás** (arzobispo de
York), 334, 343, 348.
- Hércules II** (duque de Ferrara),
112, 135, 137.
- Holyman, Juan** (obispo de Bristol),
334.
- Hosio, Estanislao** (obispo de Kulm
y Ermeland), 63, 181, 206, 281,
288.
- Ignacio de Loyola, San**, 46, 65,
84, 213, 214, 215, 216, 317, 219,
221, 268, 280.
- Inocencio III** (papa), 69.
- Inocencio VIII** (papa), 16, 356.

- Isabel (reina de Inglaterra), 319, 326, 334, 337, 341, 351.
- Isachino, Jeremías (teatino), 194, 207, 212, 352.
- Jewell, 337.
- Joaquín II (príncipe elector de Brandeburgo), 299.
- Juan Damasceno, San, 32.
- Julio II (papa), 73, 300.
- Julio III (papa), 7, 8, 9, 11, 12, 15, 28, 29, 30, 34, 38, 41, 47, 49, 55, 57, 66, 71, 75, 86, 89, 109, 117, 119, 154, 157, 188, 212, 216, 221, 229, 233, 235, 245, 249, 277, 280, 286, 300, 308, 332, 333, 361.
- Kitchin, Antonio (obispo de Llandaff), 351.
- Knox, Juan, 310, 323, 343.
- Lafnez, Diego, S. J., 26, 162, 166, 167, 215, 217, 218, 219, 220, 221, 222, 260, 357.
- Lampridio (humanista), 20.
- Laussac (embajador extraordinario de Francia), 91.
- Lara, Juan Manrique de (embajador de Carlos V), 10.
- Lascari (humanista), 20.
- Lasco, Juan a, 287, 323.
- Latimer, Hugo (hereje inglés, obispo de Worcester), 321.
- Lenoncourt, Roberto de (obispo de Chalons, cardenal), 10, 57.
- León I el Grande (papa), 209.
- León X (papa), 18, 20, 68, 235, 256, 300, 362.
- Ligorio, Pirro (arquitecto), 209, 356.
- Linterio, Jacobo (notario pontificio), 298, 299.
- Lipomano, Luis (obispo de Verona, nuncio apostólico), 32, 155, 183, 199, 280, 285, 286, 287, 291, 292, 303.
- Lippi, Filippino (pintor), 356.
- Lorena, Carlos de (cardenal), 10.
- Lorena, Juan de (cardenal), 159, 278.
- Lorena, Luis de (cardenal), 10.
- Lottini, Juan Francisco, 85, 86, 87, 88.
- Lutero, Martín, 125, 322.
- Maciejowski, Estanislao (embajador de Polonia), 110, 282.
- Madruzzo, Cristóbal (obispo de Trento, cardenal), 9, 12, 14, 38, 44, 53, 54, 57, 59, 244, 295.
- Maffei, Bernardino (cardenal), 24.
- Manrique, V. Lara.
- Manrique, Tomás (dominico), 127, 128.
- Maquiavelo, Nicolás (estadista e historiador), 81, 240.
- Marcelo II (papa), 15, 53, 54, 56, 74, 153, 154, 155, 211, 216, 328.
- María (reina de Inglaterra), 250, 251, 252, 258, 266, 308, 344, 351.
- María Estuardo, 343, 350.
- Marinonio, Juan (teatino), 211.
- Massarelli, Angel, 37, 38, 40, 45, 48, 49, 53, 68, 79, 125, 128, 163, 199.
- Maximiliano (hijo del emperador Fernando I), 301, 304, 506.
- Maximiliano I (emperador), 300.
- Médici (familia), 78, 79, 99, 104.
- Médici, Cosme I de (duque de Florencia y Toscana), 10, 44, 55, 94, 151, 242.
- Médici, Juan Angel (cardenal, más tarde papa Pío IV), 13, 14, 40, 58, 95, 96, 121, 161, 228, 297, 339.
- Médici, Lorenzo de (duque de Florencia), 21.
- Melanchton, Felipe, 243.
- Mendoza, Francisco de (cardenal), 53, 59, 88, 90, 96.
- Mendoza, Juan de (embajador imperial), 56.
- Mentuat, Camilo (obispo de Satriano, nuncio en Polonia), 285, 288, 305.
- Mercurio, Juan Andrés (arzobispo de Mesina, cardenal), 59.
- Metafraste, Simón (hagiógrafo), 32.
- Meudón (cardenal), 10.
- Michiel (embajador veneciano en Inglaterra), 315, 324, 326, 327, 332, 334, 336, 337, 343.
- Mignanelli, Fabio (obispo de Lucera, cardenal), 14, 40, 58, 96.
- Miguel Angel, 31.
- Mocénigo, Alvise (embajador veneciano en Roma), 208, 356.
- Montague (vizconde), 308, 349, 350.
- Monte, Cristóbal del (cardenal), 59.
- Monte, Inocencio del (cardenal), 12, 37, 58, 75, 183.
- Monte, Juan María Ciocchi del (cardenal, más tarde papa Julio III), 27.

- Montesarchio, marqués de, 196.
 Montluc, Blas de (jefe de los lansquenetes), 129.
 Montmorency (condestable de Francia), 103.
 More, Tomás (estadista inglés), 336.
 Morley (lord), 311.
 Moro, José (judío converso), 236.
 Moro, Ludovico. V. Sforza, L.
 Morone, Juan (cardenal), 8, 11, 40, 42, 54, 57, 58, 59, 60, 64, 132, 133, 157, 214, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 265, 266, 268, 290, 295, 297.
 Muzio, Jerónimo, 154, 203.
 Muzzarelli, Jerónimo (arzobispo de Conza, nuncio), 51, 324.
 Nadal, Jerónimo, S. J., 201, 219, 240.
 Navagero, Bernardo (embajador veneciano), 61, 63, 72, 81, 102, 106, 110, 113, 114, 115, 116, 117, 118, 121, 131, 133, 138, 140, 141, 146, 149, 157, 158, 163, 164, 165, 168, 171, 174, 178, 179, 180, 227, 239, 251, 259, 298.
 Negri, Jerónimo, O. S. A., 269.
 Nero, Domingo del, 120.
 Noailles, Antonio (embajador francés en Londres), 338.
 Nóbili, Roberto de (cardenal), 14, 37, 58.
 North (lord), 351.
 Northumberland. V. Warwick.
 Offredo, Pirro dell' (enviado de Alba), 122, 150.
 Oglethorpe, Owen (obispo de Carlisle), 345, 346.
 Ormanetto, Nicolás (más tarde obispo de Padua), 258.
 Orsini (familia), 91, 229.
 Orsini, Camilo (comandante de Parma), 118, 122, 125, 183, 196, 199, 200.
 Orsini, Julio, 131, 134.
 Orsini, Pablo Giordano, 89, 111.
 Osio, Juan Bautista (datario de Paulo IV), 100.
 Pacheco, Francisco (secretario de Alba), 128, 131, 132.
 Pacheco, Pedro (obispo de Jaén, cardenal), 53, 59, 63, 84, 110, 116, 220, 221, 263, 275, 303, 304.
 Palestrina, Juan Pedro Luis de, 52, 84.
 Pallantieri, Alejandro, 119.
 Panvinio, Onofre (historiador eclesiástico), 32, 44, 50, 361.
 Parpaglia, Vicente (abad del monasterio de benedictinos de Maguzzano), 328.
 Paulo III (papa), 22, 23, 24, 26, 27, 28, 29, 34, 41, 43, 60, 66, 86, 109, 157, 164, 172, 188, 202, 212, 221, 225, 235, 251, 253, 255, 268, 291, 361, 362.
 Paulo IV (papa), 63-362.
 Paulo V (papa), 52.
 Pedro Mártir, V. Vermigli.
 Peto (Petow), Guillermo (cardenal), 252, 340, 341.
 Pfa, Bernardino, 262, 263.
 Pietrasanta, Juan Bautista da, 209.
 Pighino, Sebastián (arzobispo de Siponte, nuncio, cardenal), 291.
 Pío IV (papa), 223, 264, 360.
 Pío V (papa), 234, 356, 357.
 Pisani, Francisco (cardenal), 9, 14, 60.
 Pitigliano, Nicolás (conde), 229, 230.
 Poggio, Juan Francisco (cardenal), 14, 59, 60, 240.
 Poggiano, Julio, 361.
 Polanco, Juan de, S. J., 46.
 Pole, Reginaldo (cardenal), 8, 11, 24, 27, 43, 54, 55, 56, 57, 59, 64, 133, 138, 251, 252, 253, 257, 258, 259, 260, 264, 265, 267, 268, 308, 311, 317, 318, 324, 328, 341.
 Pole, Úrsula, 326.
 Ponce de la Fuente, Constantino (hereje), 270.
 Ponet (obispo calvinista de Winchester), 310.
 Popoli (conde de), 124.
 Porta, Tomás della (escultor), 356.
 Pozzo, Jacobo dal (cardenal). V. Púteo.
 Prato, Juan Antonio de (teatino), 211.
 Priuli (secretario del cardenal Pole), 259, 265.
 Przerembski (arzobispo de Gniezno, primado de Polonia), 287.
 Púteo, Jacobo (cardenal), 8, 14, 38, 49, 57, 58, 59, 84, 96, 226, 227, 228, 231, 263, 264, 275, 289, 303, 304.

- Radziwill**, príncipe Nicolás, 283, 288.
- Raverta**, Octaviano (nuncio), 143.
- Rebiba**, Escipión (cardenal), 107, 111, 112, 160, 162, 183, 228, 251, 263, 285, 303, 305.
- Renard**, Simón (embajador imperial en Inglaterra), 311.
- Reumano**, Juan Suario (cardenal), 160, 162, 198, 200, 218, 228, 251, 275, 303.
- Ribadeneira**, Pedro, S. J., 249, 360.
- Ricardo II** (rey de Inglaterra), 310.
- Ricci da Montepulciano**, Juan (arzobispo de Siponte, cardenal), 59, 60.
- Rich** (lord), 351.
- Ridley** (obispo anglicano de Londres), 321.
- Rosario**, Virgilio (cardenal), 174, 200, 251, 262, 275.
- Róvere** (familia), 125.
- Róvere**, Guidobaldo della (duque de Urbino), 238.
- Róvere**, Julio della (cardenal), 12, 58.
- Róvere**, Marco Vigerio della (obispo de Sinigaglia), 169.
- Rucellai**, Aníbal, 79, 93.
- Sabeo**, Fausto (poeta), 51.
- Sadoletto** Jacobo (cardenal), 24, 79, 80.
- Salmerón**, Alfonso, S. J., 215, 222, 253, 260, 280, 282.
- Salviani**, Hipólito, 32.
- Sanfelice**, Juan Antonio (obispo de Cava), 268.
- Sangallo**, Antonio da (arquitecto), 31.
- Sanguine**, Ferrante, 196.
- Santa Flora** (cardenal de). V. Sforza, Guido Ascanio.
- Santorio**, Julio Antonio (vicario general), 246.
- Saraceno**, Juan Miguel (cardenal), 13, 40, 58, 96, 275, 303.
- Sarpi**, 346.
- Sarria**, Fernández Ruiz, marqués de (embajador imperial), 82, 86, 87, 89, 90, 95, 101, 102, 105, 106, 107, 108, 114, 115, 116, 120, 157.
- Sauli**, Esteban, 339.
- Savelli**, Jacobo (cardenal), 9, 13, 58.
- Scott**, Cutberto (obispo de Chester), 334.
- Scotti**, Juan Bernardino (cardenal), 159, 160, 162, 166, 198, 211, 218, 221, 228, 303.
- Segismundo** Augusto II (rey de Polonia), 110, 169, 280, 291, 307.
- Seld** (canciller imperial), 305, 506.
- Seripando**, Jerónimo (cardenal), 29, 32, 35, 50, 225.
- Sermoneta** (cardenal), 12, 58, 186.
- Serristori**, Everardo (embajador de Cosme de Médicis), 10, 11, 12, 35, 67, 90, 144.
- Severoli**, Hércules (canonista), 167.
- Sforza** (familia), 85, 86, 88, 89, 90, 91.
- Sforza**, Alejandro, 85, 88.
- Sforza**, Bona (reina de Polonia), 184.
- Sforza**, Carlos, 85.
- Sforza**, conde de Santa Flora, 85, 139.
- Sforza**, Guido Ascanio, de Santa Flora (cardenal), 13, 42, 47, 49, 54, 55, 57, 59, 60, 85, 86, 87, 91, 93, 95, 130, 147.
- Sforza**, Ludovico, el Moro (duque de Milán), 70.
- Sforza**, Mario, 85.
- Shrewsbury**, conde de, 349, 350.
- Siliceo**, Juan (arzobispo de Toledo, cardenal), 160.
- Silva**, Miguel de (obispo de Viseo, cardenal), 13.
- Simoncelli**, Jerónimo (cardenal, nepote de Julio III), 59.
- Sirleto**, Guillermo (conservador de la Biblioteca Vaticana), 32, 41, 166, 302, 303, 361.
- Sixto IV** (papa), 201.
- Sixto de Sena**, O. Pr. (judío converso), 236.
- Soletto**, Francisco (capuchino), 167.
- Solimán** (sultán), 238.
- Somerset**, Eduardo, duque de (regente por Eduardo VI, rey de Inglaterra), 311.
- Somma**, duque de, 103, 128.
- Soranzo** (embajador veneciano), 280.
- Soranzo**, Víctor (obispo de Bér-gamo), 245.
- Soto**, Domingo, O. Pr., 221, 337.
- Soverchio**, Jerónimo (secretario de Carlos Carafa), 79.
- Spannocchi** (familia), 16.
- Spannocchi**, Antonio, 16.
- Stafford**, Tomás, 326, 327, 338, 351.

- Storey, Juan, 317.
 Strozzi, Lorenzo (obispo de Bitetto, cardenal), 175.
 Strozzi, Pedro (comandante de Sena), 111, 127, 128, 134, 136, 140, 141, 143, 144, 145.
 Strozzi, Roberto, 76, 111.
 Suffolk, Carlos Brandon, duque de, 313, 326.
 Sulmona, príncipe de, 92.
 Surián, Miguel (embajador veneciano en Inglaterra), 327.
 Tagliavía, Pedro (arzobispo de Palermo, cardenal), 13, 53, 59.
 Taxis, Juan Antonio de, 115, 150.
 Tebaldeo (humanista), 20.
 Theodoreto (obispo de Ciro), 32.
 Thirlby (obispo de Westminster y Ely), 308.
 Tiburcio, 90.
 Tiene, San Cayetano de (teatino), 66.
 Toledo, Juan Alvarez de (cardenal), 13, 53, 56, 58, 96, 110, 114, 127, 128, 157, 226, 227, 228.
 Tomás de Tiferno (vicario general de los capuchinos), 213.
 Tournón, F. de (cardenal), 10, 98, 110, 159, 166.
 Traheron, Bartolomé, 310.
 Trivulcio, Antonio (cardenal), 150, 175.
 Truchsess de Waldburgo, Otón (obispo de Augsburgo, cardenal), 40, 58, 84, 96, 106, 157, 214, 216, 290.
 Tudor (casa real de Inglaterra), 344.
 Uchanski (obispo de Chelm), 286, 288.
 Urbano VI (papa), 359.
 Urbino, duque de, 89, 96, 101, 119.
 Valdés, Fernando (arzobispo de Sevilla, inquisidor general de España), 243, 271, 272.
 Valentini (familia), 243.
 Valentino, San (conde), 120.
 Vargas, F. de (secretario imperial), 305, 307.
 Vasto (general imperial), 76.
 Vega, Garcilaso de la (embajador extraordinario de Carlos V), 98, 101, 115, 116, 118, 120, 150.
 Vega, Juan de la, 184.
 Vendôme (cardenal), 10.
 Verallo, Jerónimo (nuncio, cardenal), 13, 226, 227.
 Vergerio, Pedro Pablo (obispo de Capo d' Istria, nuncio pontificio, apóstata), 283.
 Vermigli, Pedro Mártir, 299, 323, 337.
 Vettori (P. Victorius), Pedro (embajador florentino), 32.
 Vicente de Lerins, 32.
 Viglio (presidente del Consejo privado de los Países Bajos), 274.
 Vitelli, Vitellozzo (cardenal), 147, 148, 175, 176, 181, 186, 194, 196, 303.
 Warwick, Juan (duque de Northumberland), 309, 313.
 Wharton (lord), 351.
 Winchester, marqués de, 350.
 Worein, Sansón de (canónigo de Ermeland), 206.
 Wyatt, Tomás, 309, 310, 313, 344.
 Zanchi, Basilio (conservador de la Biblioteca Vaticana), 191.
 Zeno, Pedro Francisco, 32.
 Zuinglio, Ulrico, 322.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO SEGUNDO

Marcelo II y Paulo IV (1555-1559)

CAP. I. MARCELO II

El conclave. La oposición entre el partido imperial y el francés. Las candidaturas de los cardenales Cervini y Este (7-11).

Decisivo influjo del partido reformista en la elección de Papa (11-12).

Los imperiales y el cardinal Carafa contra la candidatura de Este. El cardinal Cervini elegido Papa (9 de abril de 1555), importante triunfo del partido reformista católico (13-15).

La familia Cervini y el padre del Papa, Ricardo (15-17). Precedentes del cardinal Marcelo Cervini. Sus estudios y su estancia en Roma (17-22). Su actividad como secretario del cardinal A. Farnese, su participación en la legación de Farnese a España, y su nombramiento de cardinal (22-24). Cervini legado en la corte imperial, y su relación sobre el estado de la Iglesia en Alemania (24-25).

Cervini representante de la reforma católica. Su labor en los obispos de Nicastro, Reggio y Gubbio (25-26). Cervini legado en el concilio de Trento (27-28). Cervini durante el pontificado de Julio III (28-29).

Cervini docto y favorecedor de los doctos (29-32).

Las esperanzas vinculadas en la elección de Marcelo II (33-34).

Marcelo II genuino representante de la reforma católica (35-40).

Rigor del Papa, especialmente respecto de sus parientes (40-42).

Actitud pacífica y neutral respecto de las cuestiones políticas (43-45).

Los planes de reforma del Papa y sus relaciones con los jesuitas (45-46).

Enfermedad y muerte de Marcelo II (46-50). Impresión aterradora de su fallecimiento. Su sepulcro (50-52).

CAP. II. PAULO IV Y LOS CARAFAS

El conclave. Pretensiones del cardinal Este (53-54). Fracaso de la candidatura de Pole (54-55). El cardinal decano Carafa es elegido Papa (55-60).

Rasgos distintivos de Paulo IV (60-67).

Brillante comienzo de su pontificado (67-68).

- Storey, Juan, 317.
 Strozzi, Lorenzo (obispo de Bitetto, cardenal), 175.
 Strozzi, Pedro (comandante de Sena), 111, 127, 128, 134, 136, 140, 141, 143, 144, 145.
 Strozzi, Roberto, 76, 111.
 Suffolk, Carlos Brandon, duque de, 313, 326.
 Sulmona, príncipe de, 92.
 Surián, Miguel (embajador veneciano en Inglaterra), 327.
 Tagliavía, Pedro (arzobispo de Palermo, cardenal), 13, 53, 59.
 Taxis, Juan Antonio de, 115, 150.
 Tebaldeo (humanista), 20.
 Theodoreto (obispo de Ciro), 32.
 Thirlby (obispo de Westminster y Ely), 308.
 Tiburcio, 90.
 Tiene, San Cayetano de (teatino), 66.
 Toledo, Juan Alvarez de (cardenal), 13, 53, 56, 58, 96, 110, 114, 127, 128, 157, 226, 227, 228.
 Tomás de Tiferno (vicario general de los capuchinos), 213.
 Tournón, F. de (cardenal), 10, 98, 110, 159, 166.
 Traheron, Bartolomé, 310.
 Trivulcio, Antonio (cardenal), 150, 175.
 Truchsess de Waldburgo, Otón (obispo de Augsburgo, cardenal), 40, 58, 84, 96, 106, 157, 214, 216, 290.
 Tudor (casa real de Inglaterra), 344.
 Uchanski (obispo de Chelm), 286, 288.
 Urbano VI (papa), 359.
 Urbino, duque de, 89, 96, 101, 119.
 Valdés, Fernando (arzobispo de Sevilla, inquisidor general de España), 243, 271, 272.
 Valentini (familia), 243.
 Valentino, San (conde), 120.
 Vargas, F. de (secretario imperial), 305, 307.
 Vasto (general imperial), 76.
 Vega, Garcilaso de la (embajador extraordinario de Carlos V), 98, 101, 115, 116, 118, 120, 150.
 Vega, Juan de la, 184.
 Vendôme (cardenal), 10.
 Verallo, Jerónimo (nuncio, cardenal), 13, 226, 227.
 Vergerio, Pedro Pablo (obispo de Capo d' Istria, nuncio pontificio, apóstata), 283.
 Vermigli, Pedro Mártir, 299, 323, 337.
 Vettori (P. Victorius), Pedro (embajador florentino), 32.
 Vicente de Lerins, 32.
 Viglio (presidente del Consejo privado de los Países Bajos), 274.
 Vitelli, Vitellozzo (cardenal), 147, 148, 175, 176, 181, 186, 194, 196, 303.
 Warwick, Juan (duque de Northumberland), 309, 313.
 Wharton (lord), 351.
 Winchester, marqués de, 350.
 Worein, Sansón de (canónigo de Ermeland), 206.
 Wyatt, Tomás, 309, 310, 313, 344.
 Zanchi, Basilio (conservador de la Biblioteca Vaticana), 191.
 Zeno, Pedro Francisco, 32.
 Zuinglio, Ulrico, 322.
-

ÍNDICE ANALÍTICO

LIBRO SEGUNDO

Marcelo II y Paulo IV (1555-1559)

CAP. I. MARCELO II

El conclave. La oposición entre el partido imperial y el francés. Las candidaturas de los cardenales Cervini y Este (7-11).

Decisivo influjo del partido reformista en la elección de Papa (11-12).

Los imperiales y el cardinal Carafa contra la candidatura de Este. El cardinal Cervini elegido Papa (9 de abril de 1555), importante triunfo del partido reformista católico (13-15).

La familia Cervini y el padre del Papa, Ricardo (15-17). Precedentes del cardinal Marcelo Cervini. Sus estudios y su estancia en Roma (17-22). Su actividad como secretario del cardinal A. Farnese, su participación en la legación de Farnese a España, y su nombramiento de cardinal (22-24). Cervini legado en la corte imperial, y su relación sobre el estado de la Iglesia en Alemania (24-25).

Cervini representante de la reforma católica. Su labor en los obispos de Nicastro, Reggio y Gubbio (25-26). Cervini legado en el concilio de Trento (27-28). Cervini durante el pontificado de Julio III (28-29).

Cervini docto y favorecedor de los doctos (29-32).

Las esperanzas vinculadas en la elección de Marcelo II (33-34).

Marcelo II genuino representante de la reforma católica (35-40).

Rigor del Papa, especialmente respecto de sus parientes (40-42).

Actitud pacífica y neutral respecto de las cuestiones políticas (43-45).

Los planes de reforma del Papa y sus relaciones con los jesuitas (45-46).

Enfermedad y muerte de Marcelo II (46-50). Impresión aterradora de su fallecimiento. Su sepulcro (50-52).

CAP. II. PAULO IV Y LOS CARAFAS

El conclave. Pretensiones del cardinal Este (53-54). Fracaso de la candidatura de Pole (54-55). El cardinal decano Carafa es elegido Papa (55-60).

Rasgos distintivos de Paulo IV (60-67).

Brillante comienzo de su pontificado (67-68).

Los intentos de Paulo IV (68-70). Sus sentimientos antiespañoles y su programa de gobierno (70-75).

Carlos Carafa; sus antecedentes y su elevación a cardenal y secretario de Estado (75-78).

Los empleados de la secretaría de Estado y de la de breves (78-80).

Rasgos característicos del cardenal Carlos Carafa (80-82).

CAP. III. LA LUCHA DESGRACIADA DE PAULO IV CONTRA LA PREPONDERANCIA DE ESPAÑA

I. Disposiciones reformatorias del Papa en el verano de 1555 (83-84).

La primera ocasión del conflicto con los españoles (85-88). Previsiones militares en entrambas partes (88-90).

Proceder del Papa contra el cardenal Santa Flora y los barones romanos. Ocupación de los dominios de los Colonnas (91-92).

El cardenal Carafa trabaja por llegar a un rompimiento con España. El Papa teme un atentado (92-97). Secreta alianza con Francia contra España (15 de diciembre de 1555) (97).

Juan Carafa, conde de Montorio, capitán general de la Iglesia. Ulterior proceder contra los Colonnas. Preparativos para la guerra (100-103).

II. El armisticio de Vauclles pone obstáculos a los intentos de Carafa; sus nuevos planes; el fin último de su política (103-105).

Litigio con el embajador imperial marqués de Sarria (106-107).

Nombramiento de legados de paz (10 de abril de 1556) (107-108).

La sentencia definitiva contra los Colonnas. Elevación del conde de Montorio a duque de Paliano (109-110).

Partida del cardenal legado Carafa y sus trabajos por la intervención militar de los franceses en Italia (111-113).

Violentas expresiones del Papa contra el emperador y los españoles. Arresto de Garcilaso de la Vega (113-118).

Preparativos bélicos del Papa. Su tentativa de ganar a Venecia. Últimatum de Alba (118-122).

III. Alba abre la guerra contra el Papa (1.º de septiembre de 1556). Rápidos avances de sus tropas (123-124).

Terror pánico en Roma. Actividad del cardenal C. Carafa. Plan de una gran coalición antiimperial. Simultáneas negociaciones de paz con los imperiales. Su súbita interrupción por Paulo IV (125-128).

Aprestos militares en Roma. La Campaña ocupada por los españoles. Los Farneses se pasan a España. Caída de Ostia (18 de noviembre de 1556) (128-130).

Armisticio y negociaciones de paz (130-131).

Desconfianza de los aliados de Paulo IV. La misión de F. Fantuzzi a Felipe II (131-132). Infructuoso envío del cardenal C. Carafa a Venecia (diciembre de 1556) (132-134).

Enrique II declara la guerra a Felipe II. Preséntase en Italia el ejército auxiliar francés (134-135).

Los desengaños del cardenal Carafa (caída de Silvestre Aldobrandini) (135-137).

Descontento de los franceses. Plan de guerra de Paulo IV. Punto culminante de la contienda con Carlos V y Felipe II (llamamiento a Roma de todos los nuncios y legados e instrucción del proceso para la deposición del rey de España) (137-139).

Fracaso del asedio de Civitella (140).

Tentativa de Paulo IV por conseguir la ayuda de Venecia para liberar a Italia de los extranjeros (140-141).

Impuestos de guerra (141-142). Cosme I obtiene a Sena como feudo de España (142).

Marco Antonio Colonna delante de Roma. Llegada de los suizos y su derrota junto a Paliano (27 de julio de 1557) (142-143).

El duque de Paliano contra la guerra y su contienda con el cardenal Carafa (144).

El duque de Guisa es mandado volver a Francia (144-145).

Alba delante de Roma. Peligro de un nuevo saco (agosto de 1557).

Causas de la retirada de Alba (145-146).

La paz de Cave (septiembre de 1557) (146-148).

Inundación del Tiber (148-149). El duque de Alba en Roma (19 hasta 22 de septiembre de 1557) (150).

Consecuencias de la desgraciada guerra. El Papa ha de conformarse con el predominio español en Italia. Desde ahora los negocios temporales ocupan en él un segundo lugar (151-152).

CAP. IV TRABAJOS REFORMATARIOS Y OTROS ECLESIASTICOS DE PAULO IV. RENOVACIÓN DEL COLEGIO CARDENALICIO. CAÍDA DE LOS NEPOTES. CUMPLIMIENTO DE LA OBLIGACIÓN DE RESIDENCIA DE LOS OBISPOS. LAS NUEVAS ORDENES RELIGIOSAS. CRÍTICA SITUACIÓN DE LOS CAPUCHINOS Y JESUITAS.

I. Advertencias de los defensores de la reforma católica (153-155). Conformidad con las mismas de las opiniones del Papa; su actitud respecto al concilio (155).

Disposiciones reformatorias del año 1555. Edicto draconiano del gobernador de Roma (155-156).

La importancia para la reforma, del nombramiento de cardenales de diciembre de 1555. Gropper (156-161).

Actitud del Papa respecto a la cuestión del concilio (161-162).

La gran congregación para la reforma de la curia romana. La represión de la simonía como causa principal de todos los males. Deliberaciones de enero y febrero de 1556. El celo del Papa por la reforma (162-169).

La cuestión del concilio (169-170). Continuación de la reforma en el verano de 1556 durante la guerra contra España. Reforma de la datación y de lo relativo a los beneficios eclesiásticos (supresión de los accesos y regresos) (170-174).

El nombramiento de cardenales de 15 de marzo de 1557 (174-176).

Disposiciones reformatorias de la primera mitad del año 1557. La inquisición utilizada contra la herejía simoníaca. Rigurosa persistencia de Paulo IV en sus máximas de reforma (176-179).

II. Terminada la guerra española, constituye la reforma el centro de la actividad del Papa (179).

Disposiciones reformatorias en octubre y diciembre de 1557 y enero de 1558. Traspaso de los negocios de reforma a la inquisición (179-183).

Vuelta del cardenal Carafa de su legación en Bruselas (23 de abril de 1558). El Papa se limita al terreno religioso y deja a los nepotes los negocios temporales (183-187).

Disposiciones de reforma de la segunda mitad del año 1558 (187-188).

Rigurosa reforma de los conventos. La bula contra los frailes vagabundos y su ejecución (188-191).

La bula sobre la elección de Papa (191-192).

La caída de los nepotes (enero de 1559) (193-198).

Tentativa de una reforma de constitución en el Estado de la Iglesia (198-201).

El rompimiento con el nepotismo desmedido (201).

III. Régimen riguroso en Roma después de la caída de los nepotes (201-202).

Cumplimiento de la obligación de residencia por lo que toca a los obispos (202-204).

Disminución de las fuerzas del Papa. Inalterada continuación de su celo de reforma hasta su muerte (204-206).

Juicios de contemporáneos sobre la labor reformatoria del Papa. Veneración de la sagrada Eucaristía. Acrecentamiento del culto divino (206-209). Otros trabajos eclesiásticos. La fiesta de la Cátedra de San Pedro (209-210).

IV. Las nuevas Ordenes religiosas. Teatinos y barnabitas (210-212).

Crítica situación de los capuchinos (212-213).

Relaciones de Paulo IV con S. Ignacio de Loyola y los jesuitas. Difícil situación de los jesuitas. Confianza en Dios de S. Ignacio de Loyola (213-217).

Láinez y Paulo IV. La Congregación general de los jesuitas (217-221). Tentativa de Paulo IV de introducir el coro en la Compañía de Jesús y limitar a tres años la duración del cargo de general (221-223).

CAP. V. REPRESIÓN DE LOS HEREJES E INFIELES. INQUISICIÓN ROMANA E ÍNDICE DE LOS LIBROS PROHIBIDOS. EL MOVIMIENTO PROTESTANTE EN ESPAÑA, LOS PAÍSES BAJOS, FRANCIA Y POLONIA.

I. Promoción uniforme y metódica de la Inquisición romana. Rigor draconiano del Papa (224-225).

Miembros de la Inquisición y sus decretos generales (226-229).

Extensión del círculo de acción de la Inquisición romana mucho más allá del campo de los dogmas propiamente dichos. Elévanse a quince cardenales los miembros del tribunal. Nombramiento de comisarios generales (229-233).

Miguel Ghislieri y su actividad como inquisidor; su nombramiento de inquisidor mayor (233-234).

Riguroso proceder de Paulo IV contra los judíos y fingidos conversos (234-239).

Guerra de exterminio contra los malos libros. El Índice de los libros prohibidos (1558-1559) y su ejecución (239-243).

La Inquisición romana y los Estados italianos. La propaganda protestante en Italia y su represión por la Inquisición (243-247).

Citación de algunos inocentes por la Inquisición romana (247-248).

Prisión del cardenal Morone (31 de mayo de 1557) (248-251). Instrucción del proceso de herejía contra Morone; su interrogatorio y su confesión (251-254). Inculpabilidad del cardenal Morone; su duro tratamiento (254-258).

El cardenal Pole, acusado asimismo de herejía, es protegido por María de Inglaterra (258-259).

El general de los jesuitas Láinez intercede por el cardenal Morone (260).

La bula Cum ex apostolatus officio (260-261).

Continuación del proceso contra Morone (261-263). Pío IV sobre el procedimiento de la Inquisición contra Morone en tiempo de Paulo IV (264).

Sentimientos católicos del cardenal Pole; su defensa ante el Papa (264-267).

Proceder de la Inquisición romana contra varios inocentes (268-269).

Descubrimiento de comunidades protestantes en Sevilla y Vallado-

lid. Disposiciones tomadas por Paulo IV para atajar tan gran mal. El proceso contra Carranza y la desavenencia de Paulo IV con M. Ghislieri (270-273).

II. La reorganización de la jerarquía en los Países Bajos (273-277).

El protestantismo en Francia y el proceder de Enrique II (277-280).

El movimiento herético en Polonia y la actitud vacilante del rey polaco Segismundo Augusto. Los nuncios Lipomano y Mentuato. Carta monitoria de Paulo IV (280-289).

CAP. VI. LA CONFIRMACIÓN DE LA DISIDENCIA RELIGIOSA EN ALEMANIA. LITIGIO DE PAULO IV CON FERNANDO I SOBRE EL IMPERIO. MARÍA LA CATÓLICA Y LA LEGACIÓN INGLESA DEL CARDENAL POLE. LA SUBIDA AL TRONO DE LA REINA ISABEL Y LA ERECCIÓN DE LA IGLESIA NACIONAL ANGLICANA. ÚLTIMOS DÍAS DEL PAPA.

El envío de Lipomano a Alemania y la llamada paz religiosa de Augsburgo del año 1555 (290-294).

La actitud de Paulo IV respecto a la paz religiosa de Augsburgo y la nunciatura de Delfino en el año 1556 (294-296).

Exacerbación del Papa contra los Habsburgos. Déjase de proveer la nunciatura alemana (296-298).

El envío de A. Agustín a Francfort del Main y el litigio del Papa con Fernando I sobre el imperio (298-308).

La embajada inglesa de obediencia en Roma (308-309).

La agitación protestante contra la reina de Inglaterra María la Católica (309-310). Renovación de las leyes contra los herejes en Inglaterra. Motivos políticos de esta disposición (310-312).

Primera aplicación de las leyes contra los herejes en Inglaterra. Conducta de los obispos ingleses (Bonner) (313-317). Conducta de Pole. Participación de la reina (317-319).

Número de los protestantes condenados. Martirologio de Foxe (319). Ejecución de Latimer, Ridley y Cranmer (320-322).

Huída de muchos protestantes ingleses al continente (322-323). Agitación de los fugitivos contra la reina María y nuevas conjuraciones que de ahí se originan (324-328).

Actividad de Pole como medianero de paz (328-329).

Devolución de los bienes eclesiásticos por la reina María (329-332).

Labor reformadora y restauradora del cardenal Pole en el terreno eclesiástico (332-337).

Perjuicio que causa a la restauración católica la guerra de Paulo IV contra España. Deposition de Pole y su sustitución por Peto (337-341).

Muerte de la reina María y de Pole. Rasgos distintivos de la reina María (341-343).

Subida de la reina Isabel al trono y su actitud respecto de la religión (343-345).

Isabel deja poco a poco la reserva que guardó al principio en la cuestión religiosa (345-346).

Rompimiento de las relaciones diplomáticas del gobierno inglés con el Papa (346). Actitud de Paulo IV respecto de Isabel (346-347).

Erección de la Iglesia nacional anglicana (347-352).

La enfermedad mortal de Paulo IV (352-354).

Tumultos en Roma después de su muerte (354-356).

Sepulcro de Paulo IV en Sta. María de la Minerva (356).

Actitud de Paulo IV respecto de la ciencia y el arte (357-359).

Juicio definitivo sobre Paulo IV; su importancia para la historia de la reforma católica (359-362).

APÉNDICE

Documentos inéditos y noticias de los archivos

| | <u>Página</u> |
|--|---------------|
| 1. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 4 de abril de 1555 | 363 |
| 2. Everardo Serristori a Cosme I, duque de Toscana, Roma, 6 de abril de 1555 | 363 |
| 3. El preboste Ghisi a Ludovico Strozzi, Roma, 8 de abril de 1555 | 364 |
| 4. Bernardino Pía a Sabino Calandra, Roma, 8 de abril de 1555 | 364 |
| 5. Agustín Gonzaga, obispo de Reggio, al castellano de Mantua, Roma, 9 de abril de 1555 | 365 |
| 6. El cardenal Hérc. Gonzaga a Francisco Gonzaga, Roma, 10 de abril de 1555 | 365 |
| 7. Camilo Capilupi a Ferrante Gonzaga, Roma, 10 de abril de 1555 | 366 |
| 8. Jerónimo Muzzarelli, arzobispo de Conza, al Colegio cardenalicio, Bruselas, 12 de mayo de 1555 | 367 |
| 9. Camilo Olivo a Sabino Calandra, Roma, 23 de mayo de 1555 | 368 |
| 10. El Papa Paulo IV a Jerónimo Muzzarelli, arzobispo de Conza, Roma, 2 de junio de 1555 | 369 |
| 11. Consistorio de 5 de junio de 1555 | 369 |
| 12. Consistorio de 17 de julio de 1555 | 370 |
| 13. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 12 de octubre de 1555 | 370 |
| 14. J. Muzio al Papa Paulo IV, Pésaro, 3 de noviembre de 1555 | 372 |
| 15. Edicto del gobernador de la ciudad de Roma, 1555 | 373 |
| 16. Consistorio de 10 de enero de 1556 | 378 |
| 17. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 11 de enero de 1556 | 379 |
| 18. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 18 de enero de 1556 | 379 |
| 19. Acta de la Comisión pontificia de reforma, de 20 de enero de 1556 | 381 |
| 20. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 24 de enero de 1556 | 383 |
| 21. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 25 de enero de 1556 | 385 |
| 22. Acta de la Comisión pontificia de reforma, de 29 de enero de 1556 | 384 |
| 23. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 1.º de febrero de 1556 | 385 |
| 24. Acta de la Comisión pontificia de reforma, de 2 de febrero de 1556 | 385 |
| 25. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 8 de febrero de 1556 | 386 |
| 26. Privilegio del Papa Paulo IV en favor de los oficiales de la Inquisición romana, Roma, 11 de febrero de 1556 | 387 |
| 27. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 15 de febrero de 1556 | 389 |
| 28. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 14 de marzo de 1556 | 389 |
| 29. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 28 de marzo de 1556 | 390 |
| 30. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 11 de abril de 1556 | 390 |
| 31. Miguel Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova, Roma, 20 de junio de 1556 | 391 |
| 32. Miguel Ghislieri al vicario general del arzobispo de Génova, Roma, 29 de agosto de 1556 | 391 |
| 33. Miguel Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova, Roma, 3 de septiembre de 1556 | 392 |
| 34. El cardenal Morone al cardenal Pole, Roma, 28 de noviembre de 1556 | 392 |

| | <u>Página</u> |
|--|---------------|
| 35. El cardenal Morone al cardenal Pole, Roma, 12 de diciembre de 1556 | 393 |
| 36. Bernardo Navagero a Venecia, Roma, 12 de marzo de 1557 | 395 |
| 37. Congregación general de 1.º de junio de 1557 | 395 |
| 38. Avviso di Roma, 24 de julio de 1557. | 396 |
| 39. Avviso di Roma, 21 de agosto de 1557. | 396 |
| 40. Avviso di Roma, 4 de septiembre de 1557. | 396 |
| 41. Avviso di Roma, 16 de octubre de 1557. | 397 |
| 42. Avviso di Roma, 13 de noviembre de 1557. | 397 |
| 43-45. El cardenal Vitelli al cardenal C. Carafa, Roma, 1.º, 3, 17 y 24 de diciembre de 1557 | 397 |
| 46-47. <i>Para el proceso de la Inquisición romana contra el cardenal Morone</i> | 398 |
| 48. Avviso di Roma, 2 de abril de 1558 | 408 |
| 49. El Papa Paulo IV a Juan Manriquez, virrey de Nápoles, Roma, 25 de julio de 1558 | 408 |
| 50. Avviso di Roma, 10 de septiembre de 1558 | 408 |
| 51. Avviso di Roma, 24 de diciembre de 1558 | 409 |
| 52. Avviso di Roma, 11 de febrero de 1559 | 409 |
| 53. El Papa Paulo IV a Pedro Donato, obispo de Narni, Roma, 27 de febrero de 1559 | 410 |
| 54. El cardenal M. Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova, Roma, 31 de marzo de 1559 | 410 |
| 55. Avviso di Roma, 8 de abril de 1559 | 411 |
| 56. Avviso di Roma, 20 de mayo de 1559 | 412 |
| 57. Avviso di Roma, 3 de junio de 1559 | 412 |
| 58. El cardenal M. Ghislieri al inquisidor Jerónimo de Génova, Roma, 21 de julio de 1559 | 412 |
| 59. Avviso di Roma, 5 de agosto de 1559. | 413 |
| 60. Relación de Agustín Ricchi sobre la enfermedad mortal del Papa Paulo IV. | 414 |
| 61-62. <i>Sobre las fuentes y obras acerca de la historia de Paulo IV</i> | 414 |

ERRATAS.—En la página 48, línea 4, donde dice: Adriano IV, ha de leerse Adriano VI.—En la página 120, línea 27, donde dice: llevado, ha de leerse elevado.—En la página 232, línea 2, donde dice: polígamos que incurrían, ha de leerse polígamos incurrrían.—En la página 306, línea 14, donde dice: Constancia, ha de leerse Constanza.

ante todo exigiría a los pastores de almas, que guardasen la residencia y dejasen las cosas profanas a los hombres del mundo (1).

Para la ejecución de sus planes de reforma pensaba servirse Marcelo principalmente de aquella nueva Orden, que había alcanzado la más vasta extensión y se había adherido más íntimamente a la Santa Sede: los jesuitas. Las relaciones de Cervini con ellos eran muy antiguas. El amaba a los discípulos de su amigo Ignacio de Loyola, porque los conocía desde sus principios en Roma, porque se había persuadido muchas veces y también en Trento, a vista de ojos, de su acción reformadora, y porque, como dice Polanco, sabía cuánto por ellos había obrado Dios desde Europa hasta la India. Todavía poco antes de ir a Roma para la elección pontificia, se confesó con el rector del colegio de los jesuitas de Loreto, dijo allí la misa, dió por su mano a los Hermanos la sagrada comunión, y con una piadosa exhortación los animó a ir adelante en la virtud. Cuando S. Ignacio de Loyola con otro Padre fué a visitar al nuevo Papa, halló un recibimiento muy afectuoso. Marcelo abrazó a ambos y les dió ósculo de paz. Después confirió con S. Ignacio sus planes de reforma, y expresó además el deseo de que dos Padres de la Compañía de Jesús viviesen consigo en el Vaticano, para poder oír siempre su consejo. En esta audiencia rogó Marcelo expresamente al General de la Orden, que le dijese siempre con libertad cuanto le pareciese haber de conducir a la gloria de Dios (2).

Mientras la fama de la virtud y santidad de Marcelo II (3) se difundía por toda la cristiandad (4), y excitaba cada vez mayores esperanzas, en Roma los amigos de la reforma temían por la vida del Papa.

La salud de Marcelo II había sido muy poco firme desde sus primeros años, y repetidas veces su débil cuerpo se había mostrado

(1) Cf. Pollidorus, 122.

(2) V. Polanco, 157. Aquí no se hallan las palabras citadas por escritores posteriores, que cuentan haber dicho Marcelo a S. Ignacio: *Tu milites collige et bello tuos instrue, nos utemur* (Ciaconius, III, 804), que Gothein (S. Ignacio, 473 s.) ha aceptado. Gothein escribe siempre Marcelo III.

(3) *Dio laudato poiche noi havemo un bono et santissimo pastore, escribía A. Gonzaga el 17 de abril de 1555, desde Roma al alcaide de Mantua (*Archivo Gonzaga*). También U. Gozzadini en una carta de 20 de abril de 1555, designa a Marcelo II como pontífice santo. *Archivo público de Bolonia*.

(4) Además de los testimonios que se hallan en Pollidorus, 133, cf. la Crónica de Oldecop, 382 s.

incapaz de resistir los esfuerzos que él le exigía. Véase en la fina y delgada figura y en el rostro serio y pálido, orlado de una larga y negra barba, cuán flaca era la envoltura corporal en que moraba este espíritu fuerte y vigoroso (1). Así los conatos que demandaban sus cargos, como también graves enfermedades habían puesto repetidas veces al cardenal Cervini al borde del sepulcro. Durante el conclave del que salió Papa Julio III, se había ya sentido muy indispuerto. Por mayo de 1550 enfermó tan gravemente, que se tenía por seguro su fin. Una larga permanencia en los montes de su tierra natal le restablecieron después, pero quedaron constantemente debilitadas sus fuerzas corporales (2). A consecuencia de eso había gran peligro, de que las vehementes conmociones de su ánimo y la multitud de esfuerzos corporales y mentales que traía consigo la elevación al papado, pudiesen consumir pronto su cuerpo delicado y enfermizo. Repetidas veces se advirtió a Marcelo, que conservase sus fuerzas y mirase por su salud. Al cardenal Sforza, que se tomó la licencia de hacerle semejantes representaciones, replicó el Papa: «Desde el día en que he tomado sobre mí el cuidado de toda la Iglesia cristiana, me he consagrado también enteramente al rebaño de Cristo. El sumo sacerdocio impone las mayores obligaciones; ni es tampoco una dignidad y señorío, sino una carga y un servicio» (3).

Sumamente pesada sentía Marcelo II no solamente la carga de los negocios, sino también la presión de la responsabilidad, que la más alta dignidad llevaba consigo. Con tal disposición de

(1) Cf. las observaciones que hay en la *carta de Hérc. Gonzaga, de 10 de abril de 1555 (*Biblioteca de la Universidad de Bolonia*; v. el n.º 6 del apéndice) y en las Lett. de' princ., III, 234^b. Un magnífico retrato de Pontormo (Galería Borghese de Roma, n.º 408) muestra al cardenal Cervini sentado ante una mesa con un libro abierto delante de sí, muy grave y con ojos grandes (v. Burckhardt, Documentos, 332). Un segundo retrato de cuando era cardenal, conserva la *Biblioteca Vaticana*. La cabeza indicadora de carácter muestra, que la imagen pertenece a años posteriores. En la medalla de cuando era Papa, aparece Marcelo con la cabeza calva (Müntz, III, 240). El retrato de Marcelo II de Vasari se hallaba en la catedral de Nápoles (v. Ciaconius, III, 808; Pollidorus, 152). Otro retrato está en la sala del concilio del palacio de Caprarola. Una estatua de mármol en la catedral de Sena muestra al Papa sentado y dando la bendición. El hermoso sello del cardenal Cervini se halla copiado en Pasini Frassoni, 37. Las medallas (v. Ciaconius, III, 808; Venuti, 99 s.) y monedas de Marcelo II (cf. Serafini, 263 s.) son sumamente raras.

(2) Cf. Massarelli, 10, 12, 44, 71 s., 172, 174; Lettere de' princ., I, 185.

(3) Pollidorus, 131.

ánimo, el serio Pastor y celoso de cumplir con su obligación exclamó, que no entendía cómo un hombre que estaba en este supremo puesto, podía ir al cielo. Repetidas veces alegó también las palabras de Adriano IV, que no había hombre más digno de compasión que el Papa, que su estado era el más lastimoso, que la felicidad de su vida era amargura, que la silla pontificia estaba enteramente erizada de púas y espinas, y que el peso de la tiara era tan enorme, que agobiaba los hombros más robustos (1). Especialmente el cuidado de la reforma del clero fué el que ocupaba tanto de día y de noche a Marcelo II, que su cuerpo amenazaba sucumbir. Ya en los primeros días de su pontificado tuvo que luchar con una visible debilidad, y con todo tuvo parte en las largas ceremonias de la Semana Santa, observó escrupulosamente el más riguroso ayuno, según su costumbre, y concedió audiencias sin interrupción. Ya el jueves santo, 11 de abril, cuando estaba lavando los pies a los pobres, habían advertido algunos atentos observadores, cómo súbitamente se puso a tiritar de frío y mudó de color (2). A pesar de eso, los días siguientes en modo alguno se cuidó, tuvo parte en los divinos oficios, celebró la misa solemne el día de Pascua y trabajó en el asunto de la reforma. El 18 de abril bendijo todavía los agnus-déi en la sala constantiniana. El 19 se sintió tan cansado y enfermo, que el 20 no pudo efectuar la repartición de los agnusdéis (3). Por consejo de los médicos tuvo ahora que suspender también las audiencias, las cuales hasta el presente había concedido con extremada largueza. Un fuerte catarro con tos molestaba al Papa, que pronto vióse también asaltado de calentura. Una sangría pareció, el 21, producirle algún alivio (4). Luego que Marcelo se sintió mejor, aunque el catarro y la fiebre todavía no le habían dejado, no se dió ningún descanso, porque las obligaciones de su cargo, como hace observar Massarelli, le ocupaban día y noche. El 25 de abril hizo llamar a Massarelli y le dió el encargo de manifestar a los cardena-

(1) V. Panvinius, Vita Marcelli II.

(2) Cf. la relación de Jacobo Riballo a A. Cervini sobre la enfermedad mortal de Marcelo II en Pollidorus, 134 s. Ant. Lorenzini notifica el *13 de abril de 1555 a A. Cervini, que el Papa está tan affannato che è una compassione a vederlo. C. Cerv., 52. *Archivo público de Florencia*.

(3) V. Massarelli, 258.

(4) V. la *relación circunstanciada de U. Gozzadini, de 22 de abril de 1555 (*Archivo público de Bolonia*) y *1a de A. Lorenzini de 20 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

les Púteo y Cicada, que era voluntad del Papa, que durante su enfermedad sometiesen a nuevo examen toda la obra de reforma, preparada en tiempo de Julio III, para que una vez restablecido, pudiese dar fin con ellos a este asunto. En los negocios de la Signatura inculcó el Papa el día siguiente a los empleados la más exacta observancia de las prescripciones de reforma que él había dado (1).

Los médicos habían prohibido la concesión de audiencias, pero esto no impidió a Marcelo II ocuparse en asuntos urgentes. Esperaba trasladarse pronto al palacio de S. Marcos, y poder sanar enteramente con esta mudanza de aires (2). El 27 volvióse a empeorar notablemente su estado de salud, y los médicos le prohibieron toda seria ocupación (3). No creían aún que hubiese peligro de la vida, como tampoco el mismo Papa, quien ciertamente se sentía indispuerto y muy molestado de su catarro (4), pero a consecuencia de los negocios apremiantes, volvió pronto a descuidar enteramente su salud. El 29 de abril recibió, no solamente a los duques de Urbino y Ferrara, venidos a Roma para prestarle homenaje, sino también a los cardenales Farnese, Guisa, Este y Sforza, como asimismo a otras personas, y entre ellas a Massarelli, a quien encargó la reforma de la Penitenciaría (5). Las fatigas de

(1) V. Massarelli, 259; cf. también la *relación de Gozzadini, de 24 de abril de 1555 (*Archivo público de Bologna*); la *carta de O. Graccho, de 23 de abril de 1555 (v. arriba p. 42, nota 3); Schweitzer, Sobre la Historia de la Reforma, 65.

(2) Cf. las *cartas de A. Lorenzini de 22 y 24 de abril de 1555, loc. cit.; la *relación de Serristori, de 25 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*). Sobre los médicos de Marcelo II v. Marini, I, 418 s.

(3) *Carta de U. Gozzadini, de 27 de abril de 1555. *Archivo público de Bologna*.

(4) *Per ancora il Papa non si truova libero dal catarro, ma l'hanno atteso a purgare in modo, che sperano fra quattro o sei giorni si habbi esser fuori, et poter dare audientia. Dicono bene che si sente debole et stracco et in tutto senza febre et si è di poi inteso che il mal suo è stato molto maggiore di quel che si è detto. Piaccia a N. S.^{re} Dio renderli l'intera salute la quale recuperata che hará intendo che vuol spedire all'Imp^{re} et al Re d'Inghilterra il signor Hier^{mo} da Coreggio per rallegrarsi con quelle M^{ta} dell'assunzione sua et per fare altri complimenti... Serristori en 27 de abril de 1555. *Archivo público de Florencia*.

(5) Massarelli, 260. Lett. de' princ., I, 187. Caro-Farnese, Lett., II, 180. El cardenal A. Farnese había llegado a Roma el 16 de abril de 1555, y se esperaba que desempeñaría un gran papel (cf. Lett. d' princ., I, 185, y la *carta de Hipólito Capilupi de 16 de abril de 1555 en el *Archivo Gonzaga de Mantua*). Según Avansón, Marcelo le ofreció la secretaría de Estado, la que rehusó

este día, en el cual Marcelo dió audiencias hasta el anochecer (1), habían sido demasiado grandes. El 30 de abril le sobrevino súbitamente en el trabajo una flaqueza desacostumbrada. Tomó un confortativo y se acostó. Como durmió tranquilamente, creyeron los médicos que había pasado el peligro. El largo sueño puso al fin en cuidado a los criados del Papa. Primero con medios ligeros, y después con otros más fuertes procuraron hacerle despertar, pero inútilmente; un acceso de apoplejía había quitado al enfermo el conocimiento. Por la noche volvió en sí Marcelo, pero su estado no daba lugar a esperanza alguna. En la madrugada del 1.º de Mayo exhaló su noble alma (2).

La aterradora impresión que la repentina muerte de tan esclarecido Papa produjo en los contemporáneos, se refleja en numerosas expresiones características. Nadie podía explicarse por qué a semejante hombre, de quien era de esperar con seguridad la tan necesaria reforma, le habían sido dados sólo veintidós días de pontificado, de los cuales no más de diez gozó de salud. Panvinio le aplicó las palabras de Virgilio, que fueron dirigidas a otro Marcelo: «Los hados quisieron sólo mostrarlo» (3). Seripando en el pronto llamamiento al cielo de Marcelo II vió un aviso, de que Dios quería ejecutar la reforma de su Iglesia no por medio de humano auxilio, sino por su propia divina mano, en un tiempo y por los medios que ignorasen los hombres (4). Otro con-

Farnese (v. Ribier, II, 608). Discrepando de Massarelli, algunas fuentes, y así también J. v. Meggen (*Archivo para la historia de la Reforma en Suiza*, III, 517), trasladan la audiencia del duque de Urbino al 28 de abril.

(1) V. las *Memorie* de Jacobo delli Herculani en el Cod. Gesuit. 170, p. 796 de la *Bibl. Victor Manuel de Roma*.

(2) Además de Massarelli, 260, cf. también J. Riballo loc. cit.; Cocciano en Druffel, IV, 668 s.; Lett. de' princ., I, 187; las dos *cartas de U. Gozzadini de 30 de abril de 1555 (*Archivo público de Bolonia*); las *relaciones de Camilo Titio y Serristori, de 30 de abril de 1555 (*Archivo público de Florencia*; ibid. la *carta de A. Lorenzini, de 1.º de mayo de 1555), y la relación de Avansón en Ribier, II, 609. La hora de la muerte, hora 7 1/2 noctis (Firmanus, 508 y las más de las relaciones de embajada), es indicada por J. v. Meggen a la manera alemana «dos horas y media antes del día» (*Archivo para la historia de la Reforma en Suiza*, III, 517). La sospecha de que Marcelo II fué envenenado (Druffel, IV, 679; Oldecop, 383), es infundada; v. Pollidorus, 137.

(3) «Ostendent terris hunc tantum fata.» Virg. Eneida, VI, 869. En la *correspondencia de Olao Magno con el cardenal Madruzzo, se halla un *apuntamiento sobre la muerte de Marcelo II con esta observación: qui poterit dicere: dum adhuc ordire succidit me. *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(4) Lett. de' princ., III, 189.

temporáneo consideraba la pérdida precisamente de este Papa como un castigo divino por la maldad de los tiempos, que era tan grande, que Dios no dejaba a los buenos morar largo tiempo sobre la tierra (1). «¡Oh infortunado Papa, que apenas ha tocado la tiara —escribía Massarelli en su diario,— infortunados de nosotros, sus servidores, a quienes se nos ha arrebatado tan repentinamente un insigne señor, infortunados todos los cristianos, que de un Papa tan sumamente santo se prometían con pleno derecho tanto bueno y grande para la gloria de Dios: el restablecimiento de la autoridad y majestad de la Sede Apostólica, la reforma, el esplendor y la unidad de la Iglesia católica, el aumento de la fe y el adelantamiento de todo lo bueno! ¡Infortunado siglo, al que no fué dado gozar de semejante Pastor, y hasta ni siquiera verle!» (2) El nuncio de la corte del emperador, Jerónimo Muzzarelli, atestigua la profunda tristeza que se apoderó de Carlos V al tener noticia de la muerte de Marcelo II; y añade, que las esperanzas que con él bajaron al sepulcro, habían estribado en su santidad, a todos notoria, y en su prudencia práctica, y fueron robustecidas por el celo que desplegó al comienzo de su pontificado, de levantar el culto divino y mejorar las costumbres (3).

Marcelo II había vivido con sencillez apostólica, y así fué también enterrado. Sin pompa alguna los canónigos de S. Pedro llevaron su cadáver a la basílica (4), donde se le erigió un sepulcro tan modesto, que el poeta Fausto Sabeo pudo escribir:

No te han dado, oh Marcelo, sepultura,
Como tu excelsa dignidad merece;
Más rica debe ser y más espléndida
La losa funeraria que te cubra;
Pero doquiera yazcas, siempre honrado

(1) Lat. Latinus en Pollidorus, 145.

(2) Massarelli, 260. Unos *dísticos griegos a la muerte de Marcelo II se pueden ver en el Cod. Ottob. gr. 228, págs. 76-82. *Biblioteca Vaticana*.

(3) V. esta hermosa *carta en el n.º 8 del apéndice (*Archivo secreto pontificio*). Cf. también la carta del nuncio suizo Raverta en el Archivo para la historia de la Reforma en Suiza, III, 518; Reinhardt, VIII; Caro-Farnese, Lett., II, 179, 180, 188; Pollidorus, 144 s.

(4) Cf. Massarelli, 260; Firmanus, 508; Panvinus, Vita Marcelli II; Pollidorus, 160 s. En la casa consistorial de Montepulciano se colocó la siguiente inscripción: Marcello II Cervino Politiano Pont. Max. Terris tantum ostenso, coelis repente asserto urbe et orbe prae desiderio lugente. *Miscell. en el *Archivo Ricci de Roma*.

Será tu nombre y tu inmortal memoria,
Que no el sepulcro las cenizas honra,
Mas las cenizas honran el sepulcro (1).

Por el otoño de 1606, al reconstruirse la iglesia de S. Pedro en tiempo de Paulo V, los restos mortales de Marcelo II fueron trasladados a la cripta, donde los recibió un sencillo sarcófago de mármol, de los primeros tiempos del cristianismo. Sólo la breve inscripción «Marcelo II» descubre quién es el que allí descansa (2). A pesar de eso, la memoria de este insigne Papa ha permanecido viva hasta el presente. En la historia de los esfuerzos hechos en favor de la reforma católica, tiene él asegurado un puesto gloriosísimo. Con todos los sabios está Marcelo II en gran reputación por sus méritos en pro de la Biblioteca Vaticana, y de los amigos del arte musical es muy conocido su nombre, por la misa admirable que compuso Palestrina a honra de su memoria (3).

(1) Ciaconius, III, 805; v. Brunner, Italia, II, 8.

(2) La relación del B. Belarmino sobre el estado en que se hallaba el cadáver y su traslación en 15 de septiembre de 1606, puede verse en la Revista trimestral romana, XV, 192. Sobre el sepulcro v. Ciaconius loc. cit.; Forcella, VI, 71; Katholik, 1901, II, 543 s.; Dufresne, 97 s., con un diseño.

(3) Sobre la Missa papae Marcelli v. Ambros, IV^a, 19 s.; Haberl, Catálogo de música de la capilla papal, Leipzig, 1888, 9, 58 s.; Stimmen aus Maria-Laach, XLVII, 125.

II. Paulo IV y los Carafas

El Sacro Colegio a la muerte de Marcelo II contaba 56 miembros, de los cuales 39 se hallaban en Roma. De los 17 cardenales ausentes sólo cuatro llegaron a Roma todavía a tiempo, antes del comienzo de la elección: el cardenal Mendoza ya el 3, Doria el 9, Madruzzo el 12 y Tagliavía el 13 de mayo (1).

Las exequias de Marcelo II, que habían comenzado el 6 de mayo de un modo muy sencillo por falta de dinero (2), llegaron el 14 a su término. La mañana siguiente se celebró la misa del Espíritu Santo, después de la cual de nuevo Uberto Foglietta tuvo el acostumbrado discurso, en que se exhortaba a una buena elección. Después 43 cardenales entraron en el conclave, para el cual sirvió el mismo local que en el precedente. Por la llegada de los cardenales Gonzaga y Pacheco, acaecida el 16 y 17 de mayo, subió a 45 el número de los electores. La guarda del conclave fué confiada al duque de Urbino (3). Por lo demás, reinaba en la ciudad la mayor tranquilidad (4).

Por efecto de las parcialidades del Colegio Cardenalicio, los

(1) Además de Panvinus en Merkle, II, 263, v. el impreso contemporáneo, que se conserva en el *Archivio segreto pontificio*: Conclave factum in Vaticano post mortem papae Marcelli II.

(2) V. la *relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 7 de mayo de 1555. *Archivio público de Bolonia*.

(3) Cf. Massarelli, 263 s. Según la *carta de Camilo Capilupi, de 15 de mayo (*Archivio Gonzaga de Mantua*), el cardenal Hérc. Gonzaga ya en este día llegó a Roma. Sobre el discurso de Foglietta v. I. Pogiani epist. I, 103, nota. En el impreso citado en la nota 1 puede verse un exacto diseño del conclave, en el cual están también señaladas las celdas para los cardenales ausentes.

(4) V. las *relaciones de U. Gozzadini, fechadas en Roma el 4, 8 y 11 de mayo de 1555 (*Archivio público de Bolonia*) y la *carta de C. Capilupi, de 8 de mayo de 1555. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

Será tu nombre y tu inmortal memoria,
Que no el sepulcro las cenizas honra,
Mas las cenizas honran el sepulcro (1).

Por el otoño de 1606, al reconstruirse la iglesia de S. Pedro en tiempo de Paulo V, los restos mortales de Marcelo II fueron trasladados a la cripta, donde los recibió un sencillo sarcófago de mármol, de los primeros tiempos del cristianismo. Sólo la breve inscripción «Marcelo II» descubre quién es el que allí descansa (2). A pesar de eso, la memoria de este insigne Papa ha permanecido viva hasta el presente. En la historia de los esfuerzos hechos en favor de la reforma católica, tiene él asegurado un puesto gloriosísimo. Con todos los sabios está Marcelo II en gran reputación por sus méritos en pro de la Biblioteca Vaticana, y de los amigos del arte musical es muy conocido su nombre, por la misa admirable que compuso Palestrina a honra de su memoria (3).

(1) Ciaconius, III, 805; v. Brunner, Italia, II, 8.

(2) La relación del B. Belarmino sobre el estado en que se hallaba el cadáver y su traslación en 15 de septiembre de 1606, puede verse en la Revista trimestral romana, XV, 192. Sobre el sepulcro v. Ciaconius loc. cit.; Forcella, VI, 71; Katholik, 1901, II, 543 s.; Dufresne, 97 s., con un diseño.

(3) Sobre la Missa papae Marcelli v. Ambros, IV^a, 19 s.; Haberl, Catálogo de música de la capilla papal, Leipzig, 1888, 9, 58 s.; Stimmen aus Maria-Laach, XLVII, 125.

II. Paulo IV y los Carafas

El Sacro Colegio a la muerte de Marcelo II contaba 56 miembros, de los cuales 39 se hallaban en Roma. De los 17 cardenales ausentes sólo cuatro llegaron a Roma todavía a tiempo, antes del comienzo de la elección: el cardenal Mendoza ya el 3, Doria el 9, Madruzzo el 12 y Tagliavia el 13 de mayo (1).

Las exequias de Marcelo II, que habían comenzado el 6 de mayo de un modo muy sencillo por falta de dinero (2), llegaron el 14 a su término. La mañana siguiente se celebró la misa del Espíritu Santo, después de la cual de nuevo Uberto Foglietta tuvo el acostumbrado discurso, en que se exhortaba a una buena elección. Después 43 cardenales entraron en el conclave, para el cual sirvió el mismo local que en el precedente. Por la llegada de los cardenales Gonzaga y Pacheco, acaecida el 16 y 17 de mayo, subió a 45 el número de los electores. La guarda del conclave fué confiada al duque de Urbino (3). Por lo demás, reinaba en la ciudad la mayor tranquilidad (4).

Por efecto de las parcialidades del Colegio Cardenalicio, los

(1) Además de Panvinus en Merkle, II, 263, v. el impreso contemporáneo, que se conserva en el *Archivio segreto pontificio*: Conclave factum in Vaticano post mortem papae Marcelli II.

(2) V. la *relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 7 de mayo de 1555. *Archivio público de Bolonia*.

(3) Cf. Massarelli, 263 s. Según la *carta de Camilo Capilupi, de 15 de mayo (*Archivio Gonzaga de Mantua*), el cardenal Hérc. Gonzaga ya en este día llegó a Roma. Sobre el discurso de Foglietta v. I. Pogiani epist. I, 103, nota. En el impreso citado en la nota 1 puede verse un exacto diseño del conclave, en el cual están también señaladas las celdas para los cardenales ausentes.

(4) V. las *relaciones de U. Gozzadini, fechadas en Roma el 4, 8 y 11 de mayo de 1555 (*Archivio público de Bolonia*) y la *carta de C. Capilupi, de 8 de mayo de 1555. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

romanos esperaban un largo conclave. Según la opinión general, los que tenían más probabilidad de ser elegidos eran de nuevo representantes de la reforma católica: Carafa, Morone y Pole (1).

La decisión estaba también esta vez en manos de los neutrales, porque el partido imperial, dirigido por Santa Flora y Madruzzo, constaba sólo de veinte sujetos, y los franceses disponían a lo sumo de quince votos y además no estaban unidos; pues sus miembros más eminentes, los cardenales Este, du Bellay y Alejandro Farnese, pretendían fines enteramente diversos (2).

El cardenal Este, ya antes del comienzo del conclave, había hecho todos los esfuerzos posibles por alcanzar ahora al fin la tiara. Pero halló en los imperiales la más fuerte resistencia; porque tan decididamente como Enrique II deseaba la elección de Este para Papa, tanto la detestaba Carlos V. En favor de Este trabajaba singularmente su hermano, el duque Hércules II, que había ido a Roma para prestar obediencia a Marcelo II, y allí mismo aun permanecía. Ambos procuraban ganar ante todo al cardenal Alejandro Farnese, que tenía tan gran crédito y autoridad con todos los miembros del Sacro Colegio, que era de muy extraordinaria importancia su actitud (3).

El candidato de Farnese era su amigo Pole, de quien esperaba también el adelantamiento de los intereses de su familia. Cuando Farnese se partió de Francia para el conclave de Marcelo II, logró ganar para el cardenal inglés al mismo Enrique II, pero llegó entonces a Roma demasiado tarde. Tanto más quería ahora intervenir en favor de Pole, que era candidato de Felipe II y

(1) V. la *relación de U. Gozzadini de 7 de mayo de 1555 (loc. cit.) y la *carta de Hipólito Capilupi, de 9 de mayo de 1555 (*Archivo Gonzaga de Mantua*). Cf. las relaciones que se hallan en L. Latinus, Lucubr., II, 32; Ribier, II, 609; Legaz. di Serristori, 354; Coggiola, Conclave, 68 s., 79 s.; Segmüller, Elección de Paulo IV, 3; Masio, Cartas, 201. La opinión de Reumont (III, 2, 513), de que nadie había presagiado la elección de Carafa, es totalmente errónea. Atanagi en su carta de 1.º de mayo dice expresamente: Teatino è in maggior predicamento di tutti (Tarducci, 73). Hasta en los pasquines es llamado Carafa el candidato de más probabilidades; v. Padiglione, La Bibl. del Museo naz. di S. Martino, Napoli, 1876, 308.

(2) Cf. la relación de Avansón en Ribier, II, 612.

(3) Cf. las numerosas relaciones coetáneas en Coggiola, Conclave, 81 s. Sobre los astutos manejos de Este v. también la relación portuguesa en Santarem, XII, 425.

acepto también al emperador (1). Mantúvose firme en apoyarle, aunque inmediatamente antes de comenzar el conclave llegó orden del rey francés de trabajar en primera línea en favor de Este (2). Tampoco tuvieron ningún buen éxito los empeños de los dos Estes, de ganar a Farnese con seductoras promesas y un convenio de unión de las dos familias. Malogróse asimismo una tentativa de los Estes por atraer a su partido, por medio de Cosme I, a los cardenales de Julio III (3). De este modo, ya antes del comienzo del conclave, las esperanzas del cardenal de Ferrara quedaron poco menos que desvanecidas.

Pero también la candidatura de Pole demostróse pronto como imposible. Fuera de que, como ya en el anterior conclave, así también ahora, le perjudicaba la circunstancia de residir en Inglaterra, y no poderse elegir a un ausente, pronto se mostró que, además de los franceses, también una parte de los imperiales estaba contra él. En este respecto se señalaron especialmente los cardenales Carpi, Alvarez de Toledo y Carafa, los cuales pusieron en duda la ortodoxia de Pole, alegando sus no correctas ideas en puntos de fe controvertidos, como en la doctrina de la justificación. Este argumento, que ya en el conclave de Julio III había desbaratado las esperanzas de Pole, tampoco esta vez dejó de producir su efecto, aunque la acusación en modo alguno se había probado (4).

Así quedó como el candidato más probable el cardenal decano Carafa, cuya fidelidad a la fe católica en modo alguno se podía poner en duda, al igual que sus eminentes cualidades y su integridad, aunque por su gran rigor era generalmente temido, y francamente odiado por los cardenales aseglarados, como Este y Santa Flora. También los partidarios de la severidad ponían reparo en la índole peculiar y aspereza de Carafa (5). Pero le

(1) V. Sägmüller, Elecciones de Papa, 211; Coggiola, Conclave, 209 s.

(2) Farnese encargó a su agente en París, que hiciese representaciones en contra a Enrique II; v. Caro-Farnese, Lettere, II, 188 s.; Sägmüller loc. cit., 215.

(3) V. las relaciones publicadas por Coggiola, Conclave, 83 ss., 205 ss.

(4) V. las relaciones publicadas por Coggiola, Conclave, 212 ss.; cf. Ribier, II, 610 y la relación del embajador portugués sobre el conclave, fechada en Roma a 18 de junio de 1555, en el Corpo dipl. Port., VII, 414. Coggiola (loc. cit.) hace notar, que Carafa dudaba bona fide de la ortodoxia de Pole, pero que los otros dos cardenales sólo obraban por intereses egoísticos.

(5) V. L. Firmani Diaria caerem. en Merkle, II, 509.

fué a éste muy útil la falta de probabilidad de todos los demás candidatos, como asimismo el favor del partido reformista y de los franceses. El rey Enrique II había designado a Carafa en segundo lugar como el candidato más acepto (1), y el emperador, por el contrario, había dado orden al partido español de impedir la elección de este hombre, que siempre se le mostró desafecto (2). Dícese que el embajador extraordinario Juan de Mendoza, que fué delegado para prestar la obediencia de Carlos V a Marcelo II, llegó hasta el extremo de decir a Carafa en su presencia, que renunciase a toda esperanza de la tiara, puesto que el emperador le excluía. Respondió Carafa con mucha dignidad, que el emperador no podría estorbar su elevación, si Dios la quería; y que en este caso tenía él la ventaja, de que estaría también obligado a sólo Dios por su elección (3).

Fué de decisiva importancia el que el cardenal Alejandro Farnese, en vista de las dificultades que imposibilitaban la elevación de Pole, se mostrase cada vez más favorable a la elección de Carafa, y al fin emplease en favor de éste todo su influjo y destreza.

El unánime proceder de los imperiales quedó impedido, por cuanto los cardenales Alvarez de Toledo y Carpi agenciaban con grandísimo ardor su propia elección. Pero pronto los ambiciosos perdieron todas sus esperanzas, pues les faltaba el apoyo de Far-

(1) V. la relación de Avansón en Ribier, II, 612.

(2) La indicación de Petrucelli (II, 94) de que el embajador imperial, Juan Manrique, había recibido la instrucción de excluir a Carafa, pero de no publicarlo sino en caso de necesidad y a su debido tiempo, parece enteramente creíble (v. Sägmüller, Elecciones de Papa, 212 ss). Manrique comunicó a los cardenales imperiales la voluntad de Carlos V, y nombró los cuatro candidatos de Felipe II y del emperador (v. su carta de 15 de mayo en Druffel-Brandi, IV, 674 ss.); pero una parte de los cardenales imperiales no hizo caso de eso, lo cual motivó a Manrique a prorrumpir en violentas quejas (v. su carta de 24 de mayo en Druffel-Brandi, IV, 674, nota 3, y una segunda carta de Manrique a Carlos V, fechada en Roma a 25 de mayo de 1555, en la cual participa: *Hemos acordado el Camariengo e yo de embiar una viva voz presente a todo lo que passó en conclavi. [El enviado fué Lottino; v. Ribier, 2, 612; Brown, VI, 1, n. 130; Coggiola, Conclave, 472; Nonciat. II, 582 s.]). Después de una sumaria pintura del curso de la elección, acusa luego Manrique con especial gravedad a Alvarez de Toledo y a Carpi (cf. pág. 57, nota 1) y alaba a Lottino, *el qual es persona que a estado en los dos conclaves y en dambos a servido quanto a podido de bien y solicitamente y ingeniosamente. *Archivo de Simancas*, Leg. 882, n. 30.

(3) V. Ciaconius, III, 824; Riess, 6, nota 14.

nese, y además sobrevino en Morone un peligroso competidor. Pero tampoco para este candidato se podía ganar a Farnese (1). En vista de esto, el camarlengo Guido Ascanio Sforza de Santa Flora, reconocido caudillo del partido imperial, y Madruzzo, pusieron sus ojos en uno de los cardenales de Julio III, en Púteo, muy señalado por sus letras y pureza de costumbres, el cual, aunque provenzal de nacimiento, era con todo afecto al emperador, de modo que podía parecer aceptable a todos los partidos (2). Por Púteo se declararon no solamente todos los imperiales, sino también los más antiguos de los cardenales neutrales. Madruzzo dió parte al fin también a Farnese de este plan, indicándole que al cardenal Pole le era perjudicial su ausencia, que Morone y Carpi eran rehusados por los franceses y Carafa por los españoles. El prudente Farnese, con todo, no quiso decidirse, declarando que primero había que aguardar la llegada del cardenal Borbón. Por lo demás, creía él que Púteo ciertamente era digno de la triple corona, pero decía que prefería a Pole.

Cuando ahora los veinticinco cardenales, ganados para Púteo, tomaron disposiciones para elevar a su candidato a la silla de San Pedro, aun sin asentimiento de los franceses, se apoderó del partido contrario enorme excitación. Este grupo, que se había juntado en la Capilla Paulina, además de los franceses du Bellay, Armagnac, Guisa y Lenoncourt (3), constaba también de los

(1) Cf. las relaciones en Coggiola, Conclave, 460 ss. y Corpo dipl. Port., VII, 414 s. B. Pia refería en 18 de mayo de 1555: *La prattica di Morone va strettissima da questa sera in qua et in banche le sue polize sono andate a 40 (*Archivo Gonsaga de Mantua*). La culpa de los cardenales Alvarez de Toledo y Carpi la encarece grandemente Manrique en la *carta arriba citada a Carlos V, de 25 de mayo de 1555: *Estos dos fueron los que hizieron todo el danno y dieron el exemplo y comensaron a romper los nostros (*Archivo de Simancas*, loc. cit.). Cf. además la carta de Pacheco en Druffel-Brandi, IV, 674.

(2) Para lo que sigue cf. la narración de Panvinio, muy bien informado por los que tuvieron parte en el conclave, que se halla en Merkle, II, 268 nota, cuyos datos han sido confirmados recientemente por la carta del obispo de Pola al duque Farnese, de 23 de mayo de 1555, publicada por Coggiola (Conclave, 466 ss.). Por lo demás ya Segni (*Storie fiorent.*, IV, 898) puso de realce el papel decisivo de Farnese en la elección de Paulo IV. La relación de Lucrecio Tassone al marqués Segismundo Este, publicada por Motta en las *Miscell. d. Soc. stor. Lomb.*, Castello Sforzesco, 1903, 112 s., afirma muy equivocadamente, que Este decidió en primera línea la elección de Carafa; ¡de Farnese no se habla para nada en esta parcial narración!

(3) Lenoncourt había llegado al conclave el 22 de mayo; v. Massarelli, 265 y Coggiola, Conclave, 467.

cardenales Este, Julio della Róvere, Capodiferro, Dandino, Sermoneta, Inocencio Monte, Nóbili, Mignanelli y Ranuccio Farnese. Aumentóse aún su espanto, cuando corrió la voz de que hasta Farnese se había pasado a Púteo. Esto, sin embargo, no era cierto. Antes bien Farnese quedó profundamente ofendido por la tentativa de los imperiales, de elevar al papado a Púteo aun sin su cooperación; y declaró a los congregados en la Capilla Paulina, que no se podía hablar de su asentimiento a aquella candidatura. Enunció al mismo tiempo, que el único medio de impedir la elección de Púteo consistía en que Este renunciase a su propia pretensión, y presentase una candidatura opuesta a aquélla, que tuviese general aceptación. Este lo reconoció. Ahora propuso Farnese a su antiguo amigo, el excelente cardenal Pedro Bertano. Con todo eso, declaró Capodiferro que Bertano no aceptaría la elección. Viendo esto, dijo Farnese: «Elijamos, pues, a Carafa, el santo y venerable decano del Colegio Cardenalicio, que es digno del papado». Todos los presentes se declararon conformes con ello. Aunque en vista del gran desafecto que se tenía a Carafa, aun entre los inclinados a Francia, de la abierta hostilidad del partido hispano-imperial y de la exclusión por parte de Carlos V, apenas ofrecía esta propuesta esperanza alguna de buen éxito, con todo obtuvo Carafa la tiara. El autor de la «Historia de las elecciones de Papas» sólo sabe explicarse esto por la razón, de que se veían aquí en un ejemplo sorprendente «los milagros de los conclave, y cómo Dios verdaderamente es el que hace los Papas» (1).

Saraceno fué enviado a Carafa para preguntarle si aceptaba la elección. Carafa se declaró dispuesto a ello, con tal de que todo procediese con orden y regularidad. En vista de esto, se le llevó a la Capilla Paulina. En las horas inmediatas Farnese trabajó febrilmente por obtener los votos que todavía faltaban a Carafa. Logró ganar a Truchsess y Morone, y después también a otros, como a Doria, Cornaro, Carpi, Alvarez de Toledo, Savelli y Médici (2). Ultimamente disponía Farnese

(1) Conclavi de' pontefici Rom., I, Colonia, 1691, 264 s.

(2) Para estos cambios de partido, además de Panvinius, loc. cit., cf. también las cartas de Truchsess en el Anuario Histórico, VII, 195 ss., y la carta del obispo de Pola, citada arriba, p. 57, nota 2, donde asimismo Truchsess es nombrado en primer lugar. V. también L. Firmanus, loc. cit. Gothein (S. Ignacio, 475) da grande importancia, a que «los españoles de la Congregación de la Inquisición» se declararon por Carafa. Esto es falso ya sólo por el

de veintiocho votos, de modo que sólo faltaban tres para la necesaria mayoría de las dos terceras partes. Los dieciséis que permanecían fieles a Púteo (Madrizzo, Santa Flora, Mendoza, Cueva, Pacheco, Cristóbal Monte, Corgna, Ricci, Mercurio, Bertano, Poggio, Cicada, Tagliavía, Gonzaga, Cornaro y Simoncelli), y se habían juntado en la sala del Consistorio, perseveraban entre tanto unánimes en su oposición a Carafa. ¡Pacheco hasta prefería dar su voto a un francés, que a este enemigo del emperador! (1) Cerrados en sus respectivas estancias, se mantuvieron opuestos entre sí los dos partidos en la noche del 22 al 23 de mayo. Se negociaba de una y otra parte sin resultado. Carafa se mostró también en este decisivo momento, como el severo hombre de la Iglesia, que había sido siempre. Digno y libre de ambición, disuadió a sus partidarios todo procedimiento tumultuoso, diciéndoles que antes habían de renunciar a su elección, que emprender algo que no fuese conforme a la ley (2). Entre tanto, los adversarios de Carafa, singularmente Madrizzo, Santa Flora y Pacheco, hacían de nuevo los más extremados esfuerzos contra el aborrecido (3). Se procuró por todos los modos posibles hacer mudar de parecer a Farnese. Los imperiales hasta se declararon dispuestos a elegirle a él mismo o a su amigo Pole; indicaron también cuán numerosos eran los parientes de Carafa, y las relaciones de éste con los emigrados napolitanos y florentinos. Pero todo fué inútil; Farnese permaneció firme.

En la mañana del 23 de mayo fueron enviados Farnese y Morone a los imperiales, los cuales sólo a las amenazadoras representaciones de Farnese se avinieron a abrir la puerta de la sala consistorial. Aquí Morone conjuró a la minoría a dar el voto a aquel por quien se había declarado la mayoría del Sacro Colegio, para

hecho, de no haber más que un español (Alvarez de Toledo) que perteneciese a la Inquisición.

(1) V. la relación de Avansón, de 24 de mayo de 1555, en Favre, Olivier de Magny, 436.

(2) V. L. Firmani Diaria caerem. en Segmüller, 6, nota 1, y la relación portuguesa en el Corpo dipl. Port., VII, 415.

(3) Sobre eso además de Panvinio, loc. cit., cf. también las relaciones publicadas por Coggiola, Conclave, 465. Manrique en su *relación a Carlos V. de 25 de mayo de 1555, tributa especialmente a Madrizzo esta grandísima alabanza: Non ay que hablar que jamas hubo hombre tan declarado, que tan travajasse y se afatigasse en que V. M^d fuesse servido. *Archivo de Simancas*, loc. cit.

evitar un cisma. Apoyó Farnese sus palabras, pero sin buen suceso; especialmente Corgna y Cicada le respondieron con las más apasionadas expresiones. No habiendo conseguido lo que pretendían, volviéronse Farnese y Morone a los de su partido. Resolvióse éste a hacer la tentativa de obtener los tres votos que todavía faltaban, por medio de negociaciones privadas. Este tuvo que ir a ver a Bertano, Pisani a su pariente Cornaro y Farnese a Poggio. A Bertano y Cornaro pronto se les hizo mudar de opinión. Mayores dificultades halló Farnese en Poggio; pero logró al fin que también éste diera su asentimiento.

Teníase, por tanto, la necesaria mayoría de las dos terceras partes; pero Farnese quería una elección lo más unánime posible. Por eso se dirigió a Ricci, y le indujo a tener una conferencia con Carafa. En ella demandó Ricci al cardenal decano, que diese palabra de perdonar a Santa Flora y a sus demás adversarios, lo cual éste al punto prometió. Después conjuró Farnese de nuevo a los demás miembros del partido hispano-imperial, a que cesasen en su resistencia, y denegó el plazo de una hora para deliberar, que exigía Santa Flora. Ahora finalmente depusieron los imperiales su resistencia. Hacia el mediodía del 23 de mayo, fiesta de la Ascensión de Cristo N. S., decidióse la elección de Carafa por unánime adoración (1). Por agradecimiento a Paulo III y al cardenal Farnese tomó el nombre de Paulo IV. Declaró que el primer día de su pontificado quería dedicarlo enteramente a la oración y ejercicios espirituales, y que sólo después había de efectuarse la fiesta de la coronación (2).

El nuevo Papa, que fué elevado a la silla pontificia contra la general expectación (3), gozaba de grandísima robustez, a pesar

(1) V. Panvinus loc. cit., 270. Sobre la licitud del modo de elegir per adorationem (cf. sobre esta materia Wurm, Elección de Papa, Colonia, 1902, 113) habían deliberado los cardenales antes de dar principio al conclave, pero sin tomar una decisión (v. Massarelli, 263 s.). Ya en 22 de mayo se había dicho por la ciudad, que Carafa había sido elegido; v. la *carta de U. Gozzadini de 22 de mayo de 1555. *Archivio público de Bolonia*.

(2) V. la *carta de C. Olivo, de 23 de mayo (*Archivio Gonzaga de Mantua*) y la de U. Gozzadini, fechada en Roma a 25 de mayo de 1555 (*volendo S. S^{ta} celebrare et confessarsi questa mattina et stare tutto hoggi in spirito). *Archivio público de Bolonia*.

(3) Contra la comune opinione, dice el obispo de Reggio en su *relación de 25 de mayo de 1555, en la cual se lee acerca de Este: *Il buon Ferrara non è ne sarà papa mai, ma ne farà de questi et a questo modo. *Archivio Gonzaga de Mantua*.

de sus setenta y nueve años. Alto y flaco, era todo nervios, como hace notar el embajador veneciano Bernardo Navagero, y estaba todavía tan sano y vigoroso, que con sus pasos elásticos parecía apenas tocar el suelo (1). Contábase que nunca en su vida había tomado una medicina (2). El reumatismo y el catarro eran las únicas dolencias de que de cuando en cuando se quejaba. Su grande cabeza dejaba ver sólo ya pocos cabellos; su rostro, rodeado de una espesa barba, no era hermoso, pero de una gravedad llena de expresión; en su fina boca había una expresión de acerada fuerza de voluntad; en los hundidos y negros ojos brillaba como fuego y rayo el ardor interior del italiano del sur (3).

La misma diaria distribución del tiempo que seguía el Papa, descubría su ardoroso temperamento. Por la mañana no le gustaba que le estorbasen, pues tenía por ley decir la santa misa y rezar el breviario despacio y con gran devoción. En sus comidas no se ataba a ninguna hora determinada (4). Quería que la mesa estuviese muy ricamente abastecida, según correspondía a su elevada posición. El

(1) Para lo que sigue v. la relación de Navagero de 1558, una de las principales fuentes para conocer el carácter distintivo de Paulo IV, en Albèri, Ser. 2, III, 379 s. Cf. además la *Apología a la relatione del Navagero de Antonio Carafa, de que se trata en los núms. 61-62 del apéndice (*Biblioteca nacional de Nápoles*), y Panvinus en Merkle, II, 333. Andreas (Las relaciones venecianas, Leipzig, 1908, 114-115) muestra entender muy mal a Navagero, cuando dice que Paulo IV por la mañana «decía la misa hasta la tarde», y después de comer «decía el resto de la misa y rezaba vísperas y completas».

(2) V. en el n.º 9 del apéndice la *carta de Camilo Olivo a Sabino Calandra, fechada en Roma a 23 de mayo de 1555. *Archivo Gonsaga de Mantua*.

(3) El retrato más conocido de Paulo IV es el de su tercer año de reinado. Por medio del grabado que de él hizo Nicolás Beatrizet (Romae, 1558; sobre este artista cf. Hübner, I, 35), se reprodujo en la mayor parte de las obras sobre los Papas, adornadas con retratos, v. gr., la continuación de Platina y Ciaconio. Es notable por su mucha expresión de vida el retrato de Carafa, en el acto de recibir la dignidad cardenalicia, que se halla en la sala del concilio del palacio de Caprarola. Todavía no se ha publicado el magnífico busto de bronce de Paulo IV, que se ve en el tránsito que conduce a la sacristía de S. Pedro, el cual hicieron erigir los canónigos de dicha basílica (v. Forcella, VI, 71). Algo idealizada está la estatua sepulcral que se halla en la iglesia de la Minerva. Un busto posterior de Paulo IV hay en el claustro de S. Páolo Maggiore de Nápoles. Hermosos ejemplares de las medallas de bronce de Paulo IV pueden verse en el Monetario del Vaticano y en el Museo del emperador Federico de Berlín (sala 16, caja 3). La medalla de de Rossi (Monetario de la Biblioteca nacional de París) está reproducida en Goyau-Pératé-Fabre, El Vaticano, Einsiedeln, 1898, 141.

(4) Hasta su última enfermedad, dice Navagero, loc. cit.; cf. Masio, Cartas, 235.

mismo comía poco, y a pesar de su edad proveya, observaba rigurosísimamente los preceptos de ayuno y abstinencia. De los diversos vinos que se presentaban, tomaba siempre sólo un vaso del tinto y espeso napolitano, y al fin un poco de malvasia para enjuagarse los dientes (1). Después de comer gustaba de pasar aún largo tiempo en animada conversación con sus convidados; los cuales eran por la mayor parte sólo cardenales, y por excepción era también invitado algunas veces el embajador veneciano. En semejantes pláticas de sobremesa se le escapaban al anciano de juvenil viveza muchas cosas que hubiesen debido permanecer ocultas. Durante este tiempo concedíanse también audiencias, que eran, sin embargo, poco frecuentes, pues Paulo IV, siempre amigo del retiro, no gustaba de ver a muchos hombres (2). A los cardenales y embajadores recibía en el decurso de la tarde; sólo ellos eran admitidos a las habitaciones privadas; sucedía con todo, que hasta personajes tan elevados, o no obtenían entrada, o la conseguían hacia medianoche, después de haber estado aguardando cuatro, cinco, seis o siete horas (3). Esto estaba relacionado con la irregularidad de la distribución del tiempo del Papa, quien se concedía el necesario tiempo de descanso a horas enteramente diversas. No raras veces, durante la noche, dejaba Paulo IV su lecho, si no podía dormir, para leer y escribir, hasta que el cansancio le obligaba a volver a la cama. No le daba cuidado que amaneciese el día; nadie podía entrar en su aposento, hasta que él diese una señal con la campana. Se consideraba como signo de su ascetismo, el que para vestirse rehusase la ayuda de un camarero, cosa entonces no oída en príncipes eclesiásticos, y en modo alguno en un Papa (4).

(1) Según la expresión de Navagero podría parecer (v. Ranke I^o, 186), que Paulo IV fué gran bebedor. Esto lo ha impugnado con razón la *disertación de Antonio Carafa, mencionada arriba, p. 61, nota 1. Todos los contemporáneos alaban más bien la gran templanza de Paulo IV en el comer y beber. El Papa daba ricas comidas sólo para acomodarse a su elevada posición, pero él mismo no tocaba para nada la mayor parte de los manjares. Cf. Bromato, II, 219.

(2) *Item qualiter d. Paulus de sua natura erat secretus et, ut vulgo dicitur, ritirato nec in eius cameram et cubiculum admittebat multos homines, dice un abogado del cardenal de Nápoles. Cod. Barb. lat. 2630, p. 3. *Biblioteca Vaticana*. V. también Segmüller, 26.

(3) V. Mocénigo-Albèri, 49; cf. Masio, Cartas, 235, 267, y la *relación de Navagero, de 22 de febrero de 1556. Cod. Marc. 9445, f. 123^b. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(4) V. Bromato, II, 221.

En las negociaciones se mostraba Paulo IV muy difícil: cuanto más se le pedía algo, tanto menos lo hacía; si no se le instaba, condescendía pronta y fácilmente (1). No sufría contradicción alguna y con facilidad se ponía muy enojado. Al modo de ser majestuoso, grave e imperioso, que le era propio (2), correspondía el dirigir por sí mismo la conversación; quien quería alcanzar algo, no había de interrumpirle. El en cambio interrumpía fácilmente a otros; y con eso daba rienda suelta a su natural elocuencia, la cual Hosio comparaba con la de Cicerón (3). «Con él—dice Navagero—se necesita tan gran paciencia como habilidad; si se le sabe apaciguar, no niega fácilmente nada.» El que más alcanzaba era precisamente aquel que se acomodaba enteramente a su condición y modo de pensar, por lo cual el prudente representante de Venecia nunca iba a la audiencia con un intento determinado, sino que se adaptaba cada vez a las circunstancias.

En su vestido tenía por ley rigurosa Paulo IV, que todo correspondiese exactamente al ceremonial, así como generalmente hacía grandísimo caso de la pompa oficial (4). Siempre había tenido muy alta idea del estado sacerdotal, y más elevada todavía de la dignidad pontificia; y ahora cuando se hallaba sentado en la silla de S. Pedro, creció aún considerablemente la conciencia de sí mismo, que le había dado el recuerdo de una vida sacerdotal siempre intachable y de una actividad constante rigurosamente eclesiástica, como también la experiencia de muchos años. Manifestó repetidas veces, que antes quería dejarse despedazar vivo, que hacer alguna cosa indigna de su elevada posición (5). Todos los que le conocieron atestiguan, que éstas no eran palabras vanas.

El cardenal Pacheco hizo advertir al duque de Alba en un momento decisivo, que Paulo IV nunca se dejaría gobernar por

(1) Cf. la relación de embajada publicada por Ribier, II, 815.

(2) *Ha una mirabil gravità et grandezza. Questa grandezza et gravità l'ha mostrata in tutti gli stati. *Apologia cit. (*Biblioteca nacional de Nápoles*), donde se alegan ejemplos que hablan en favor de esto.

(3) V. la relación publicada por Ribier, II, 715 s.; cf. Masio, Cartas, 271.

(4) V. Navagero en Brown, VI, 2, n. 766, 768. La familia de Paulo IV constaba según su nómina de 421 famigliari propiamente dichos y 313 servi, en conjunto, de 734 personas, fuera de 247 caballos (v. Moroni, XXIII, 66-73). Esto no es en manera alguna excesivo, pues toda gran casa tenía entonces unos 100 famigliari; v. Müntz, Art. III, 78.

(5) V. la relación de Navagero de 4 de junio de 1557 en Brown, VI, 2, n. 919.

temor, porque era un varón tal, que antes toleraría la destrucción de la ciudad de Roma y padecería la misma muerte, que hiciese algo que no se compadeciera con su dignidad pontificia (1). De un modo enteramente semejante se expresa también el cardenal Morone en una carta a su amigo Pole. Hace notar en ella, que el Papa antes sufriría el martirio, que dejase abandonada, aun en el más mínimo negocio, la dignidad y honra de la Santa Sede, de la cual se sentía responsable ante Dios y la cristiandad; y, según la opinión de Morone, estaba tan penetrado de ser el Vicario de Cristo, que una ofensa a su dignidad la tenía por un ultraje hecho a Dios (2).

La conciencia de que como Vicario de Cristo estaba sobre todos, se daba a conocer especialmente en la conducta de Paulo IV respecto de los príncipes. Con el pleno sentimiento de su suprema y única dignidad, los miraba no como a sus hijos, sino como a sus súbditos (3). Tan ajeno al mundo era este varón, que solía juzgar aun los negocios políticos con sumo exclusivismo y rigidez, que declaró ante los embajadores, que los reyes y emperadores tenían su asiento a los pies del Papa, del cual habían de recibir sus leyes como discípulos (4). Su espíritu rigurosamente eclesiástico se indignaba vehementemente contra la propensión a mandar en los asuntos interiores de la Iglesia, que se manifestaba grandemente aun en los gobiernos católicos. Expresó que quería poner fin a la afrentosa condescendencia de sus predecesores con los príncipes. Por eso juzgaba ser cosa justa no ocultar la profunda desconfianza que tenía de los príncipes y proceder con ellos con creciente suspicacia y extremada severidad y rigidez. Fácil es de ver en qué conflictos tenían que envolver al anciano de juvenil frescor, tales sentimientos, unidos a la viveza e impetuosidad de su natural.

Como genuino napolitano, era Paulo IV muy sensible a repen-

(1) V. *ibid.* n. 1030.

(2) V. el texto original de las *cartas fechadas el 28 de noviembre y 12 de diciembre de 1556, en los núms. 34 y 35 del apéndice. *Archivio segreto pontificio*.

(3) V. la relación del embajador francés en Ribier, II, 716; cf. en el n.º 18 del apéndice la *carta de Navagero, de 18 de enero de 1556. *Biblioteca de San Marcos de Venecia*.

(4) V. Navagero-Albèri, 380, 409, y Mocénigo-Albèri, 48; cf. Ribier, II, 716 s.

tinias impresiones, en sus resoluciones procedía con frecuencia súbitamente y como a saltos, y en sus expresiones era no raras veces imprudente y por la mayor parte de innecesaria aspereza y severidad. Como en su vida diaria no se sujetaba a ninguna regla fija, así también de ordinario seguía fácilmente las inspiraciones del momento; prestaba tan ligeramente su confianza como la sustrafía. Sus decisiones eran súbitas, como las erupciones del Vesubio, siendo ellas las manifestaciones de su naturaleza volcánica. Al igual que todos sus compatriotas, de buena gana hablaba mucho y por largo tiempo; como un torrente fluían las palabras de sus labios. Luego que un acontecimiento hacía circular más rápidamente su sangre, a la manera de los italianos del sur, se desataba en las palabras más fuertes y vehementes, que acompañaba con ademanes sumamente significativos. A veces se olvidaba tanto de su dignidad, que se dejaba arrastrar a actos de violencia (1). Todo su ascetismo no había sido capaz de enseñarle moderación en la expresión de sus apasionados sentimientos, y tranquila circunspección en sus acciones. A consecuencia de eso, cuando era cardenal, vino a tener conflictos con muchos, y encuentros hasta con varones que, como San Ignacio de Loyola, anhelaban al mismo fin, la regeneración de la Iglesia. Con férrea energía y con apasionado ardor acometía cualquier empresa o negocio. Con todo, no había doblez ni hipocresía alguna en este hombre de una sola pieza. Verdadera fué su piedad, verdadero su amor a la Iglesia y a la patria, sus elevados dictámenes filosóficos, su idealismo, y verdadera también su impetuosa elocuencia y sus variadísimos conocimientos. Estaba bien versado en las más diversas ciencias, sobre todo en la teología; el italiano, el griego y el español lo hablaba con facilidad y soltura. Extraordinariamente leído, lo retenía todo con tenacidad; los clásicos latinos y griegos le eran muy familiares; sabía de memoria casi toda la Sagrada Escritura; entre los teólogos, su autor predilecto era Santo Tomás de Aquino (2).

Desde hacía sesenta años, Juan Pedro Carafa, con la fuerza

(1) Cf. la relación de Serristori, de 6 de julio de 1555, en Coggiola, *Capitolazione*, 27, nota.

(2) Cf. Navagero, loc. cit. Cuán familiar era a Carafa la Sagrada Escritura, lo demuestran sus cartas, que con frecuencia se componen casi enteramente de pasajes de la Biblia. Varias de ellas están todavía inéditas; v. especialmente *Cod. Barb. lat. 5697. *Biblioteca Vaticana*.

de una voluntad de hierro y la firmeza de un carácter que no sufre contradicción, había dirigido a un fin todas las dotes de su espíritu: a hacer revivir la autoridad y el poder, la pureza y la dignidad de la Iglesia, duramente oprimida por enemigos interiores y exteriores. Este fin lo había tenido ante sus ojos cuando era obispo de Chieti, cuando fué nuncio en Inglaterra y España, siendo miembro del Oratorio del Amor divino, mientras fué Superior de la Orden de los teatinos, que había fundado con San Cayetano de Tiene, cuando era miembro de la comisión de reforma, creada por Paulo III, y siendo cardenal (1). En todos estos cargos y circunstancias se acreditó de ser un gran carácter, de extraordinario realce, un incansable defensor de todos los intereses eclesiásticos, el más severo de los severos, especialmente en todos los negocios que concernían a la pureza de las costumbres y de la fe. Ninguna persona por autorizada que fuese, podía impedir su libertad; ante los cardenales como ante el Papa expresaba siempre su opinión francamente y sin reserva. La historia de Paulo III como la de Julio III repetidas veces dan cuenta de casos, en que aun en las más elevadas esferas habían de llevarse adelante cosas, que no se compadecían con los intereses y la dignidad de la Santa Sede. En tales ocasiones el cardenal Carafa, o hacía directa oposición, o protestaba a lo menos, no asistiendo al consistorio, cuando la ulterior resistencia no ofrecía esperanza alguna de buen éxito (2). Si en semejantes casos se atraía Carafa la pérdida de la gracia pontificia, le tenía esto tan sin cuidado como los sensibles perjuicios materiales que tenía que sufrir (3). Callando y con ánimo tranquilo todo lo sobrellevaba, permaneciendo inflexible en sus severas máximas.

(1) Cf. nuestras indicaciones del vol. X, 298 s., XI, 145, 148, 156, 168, 178 s., 193 s., 428, y XII, 407.

(2) Cf. Panvinus en Merkle, II, 271 nota; v. también Silos, I, 316 s., y nuestras indicaciones del vol. XI, 309, XII, 186-188, XIII, 86.

(3) A. Carafa refiere en su *Apologia la resistencia que opuso Carafa a la concesión de Parma y Plasencia a Pedro Luis Farnese (v. nuestras indicaciones del vol. XII, 186 s.): *Onde venne in disgratia del papa et gli tolse la provisione di cento scudi il mese, che se li dava come cardinale povero, restandogli da vivere mille soli scudi d'entrata l'anno. Nè perciò ne fece mai parola o alcuno risentimento. Anzi perchè quando usciva a palazzo negli atti pubblici non era salutato, come si suole fare con cardinali, dalle musiche di castello et trombe di palazzo, se ne rideva con ogni serenità d'animo. Cod. X, F. 55, p. 6. *Biblioteca nacional de Nápoles*.

Mientras la mayor parte de los hombres en su ancianidad aflojan en el trabajo, y comienzan a inclinarse al descanso, en Carafa cada año había aumentado su ardor, su tesón en el obrar, su energía y su fuerza de voluntad (1). «El Papa, escribe el embajador florentino, es un hombre de acero, y las piedras que él toca, brotan centellas, que producen un incendio cuando no se hace lo que él quiere.» (2)

Ya se deja entender que semejante hombre tenía pocos amigos y partidarios. Reconocíase la pureza de su vida, su incorrupta integridad y su sabiduría; pero otro tanto reprochaba y temía todo el mundo su excesiva severidad, su aspereza y rigidez. No habían faltado títulos y cargos honoríficos al que había ascendido hasta el decanato del Sacro Colegio, pero sólo entre muy pocos gozaba de afecto y amor (3).

El nuevo Papa sabía esto muy bien; sentía la necesidad de sacrificarse un poco a la opinión pública, para no hacerse odioso de antemano y privarse de toda influencia. Cuanto más habían temido los romanos el rigor del ascético teatino, tanto quedaron más agradablemente sorprendidos, cuando Paulo IV dejó ver también el lado brillante y regio del papado. Con satisfacción vinieron a saber, cómo el hombre que siendo cardenal había vivido retirado y muy parcamente (4), luego, al principio de su gobierno, a los empleados de palacio, que le preguntaron cómo habían de proceder, les dió esta respuesta: «Tan suntuosamente como corresponde a un gran príncipe» (5).

Para la solemnidad de la coronación, que se efectuó el 26 de mayo, no se ahorró gasto alguno. El banquete que se dió en este día a los cardenales y embajadores, fué sumamente espléndido.

(1) Cf. Panvinus, loc. cit.

(2) Legaz. di Serristori, 375.

(3) V. Mocénigo-Albèri, 46.

(4) Uno de los abogados del cardenal, Alfonso Carafa, dice: «Item ponit et... probare intendit qualiter praedictus Paulus quartus fe. re. ante papatum fuerat per viginti annos in circa cardinalis, habebat redditus competentes adeo quod tempore sue assumptionis ad pontificatum habebat in redditibus circa duodecim milia scuta annua, et erat parvus in expendendo et non amplam familiam retinebat, adeo quod verisimiliter et unus quisque recti iudicii ita diceret et iudicaret, quod deductis expensis quolibet anno potuerat conservare et congregare quatuor aut quinque milia scuta. Cod. Barb. lat. 2630, f. 3b. *Biblioteca Vaticana*.

(5) V. H. Seripandus, ed. Höfler, 53; cf. Bromato, II, 218.

«Aunque sólo han pasado cuatro días desde la elección pontificia, escribía Angel Massarelli en su diario, la nueva Cabeza suprema de la Iglesia ha dado ya tantas pruebas de su liberalidad, caridad, grandeza de alma y noble alcurnia, que fácilmente se puede deducir de ello lo que será en adelante su pontificado.» (1) De un modo enteramente semejante juzgaba el embajador boloñés en una carta de 29 de mayo de 1555, en la que decía que Su Santidad sería un excelente Papa, lleno de magnanimidad y bondad (2). Cuando Paulo IV en 4 de junio fué desde el castillo de Santángelo a su residencia de verano, el palacio de S. Marcos, desplegóse en ello tal pompa y magnificencia, que podía uno creerse trasladado a los tiempos de León X (3).

Indudablemente lo que determinaba este proceder, que nadie había esperado del riguroso asceta, era la atención a los romanos, a quienes infundía respeto sobre todo el brillo exterior y la generosidad. Pero fuera de esto, influía también el elevado concepto de la dignidad pontificia que tenía Paulo IV. Él no había buscado el más alto puesto en que pueden soñar los ambiciosos. El hecho maravilloso de que él, el temido y odiado, que siempre había manifestado el más extremado rigor, y nunca había tenido con nadie la más mínima complacencia, había obtenido la tiara a pesar de la exclusión imperial, sólo se lo sabía explicar por la intervención de un poder superior. Fué constantemente su firme persuasión, que no los cardenales, sino Dios mismo le había elegido para la ejecución de sus designios (4). Estaba de igual modo convencido, de que estos designios no podían ser otros que aquellos, a los que habían estado dirigidos hasta entonces todos sus pensamientos: la defensa y nueva vivificación de la Iglesia,

(1) V. Merkle, II, 270. Sobre la coronación cf. la *relación de Franchino a Octavio Farnese, fechada en Roma el 27 de mayo de 1555. *Archivio público de Parma*.

(2) *Carta de U. Gozzadini (*Archivio público de Bolonia*). Cf. también las relaciones publicadas por L. Latinius, Lucubrat., II, 35, y Segmüller, Elección de Paulo IV, 9.

(3) Junto con Massarelli, 272 s., L. Firmanus, *Diaria XII, 29 (*Archivio segreto pontificio*) y Corpo dipl. Port., VII, 423, v. la *relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 5 de junio de 1555, quien en su descripción del pomposo séquito hace observar: *et da Leone in qua non si è fatto una tal cosa (*Archivio público de Bolonia*). Sobre la toma de posesión de Paulo IV v. Cola Coleine en Cancellieri, 108; Massarelli, 284; Masio, Cartas, 232; L. Firmanus, *Diaria loc. cit.

(4) V. Mocénigo-Albèri, 46-47.

su liberación de todo predominio político, y su victoria de los herejes. De estas ideas estaba enteramente penetrado. Encumbrado a la suprema dignidad, quería llevarlas adelante con todo el idealismo sin miramientos, que le había sido siempre propio, y empeñar todas sus fuerzas en devolver a la religión católica su antiguo esplendor y poderío (1).

Por espacio de una generación, la Iglesia y sobre todo su centro, la Santa Sede, había experimentado inauditos acometimientos y graves humillaciones. Hallándose en posesión de la más elevada dignidad, quería Paulo IV trocar este estado de cosas con un golpe violento, y procurar de nuevo a la Santa Sede su antigua autoridad e influencia todopoderosa. Radicando todas sus ideas en la edad media, veía en el siglo de Inocencio III, que designaba al mismo tiempo el cenit del influjo del poder pontificio, el prototipo eclesiástico; según eso, nada estaba tan lejos de su modo de ver como la separación de lo eclesiástico y secular, que se abría camino en los nuevos tiempos: todo le parecía a la vez asunto eclesiástico. Por eso se tenía por obligado a hacer valer de nuevo sin miramientos, y hasta las extremas consecuencias, aun en el terreno político, la posición que había tomado la Santa Sede respecto de los príncipes y pueblos, durante aquellos tiempos. Con su fogoso enardecimiento, olvidaba enteramente (2), que no todos los derechos que reclamaron los Papas en el decurso de los siglos, proceden del derecho divino o de la naturaleza del primado, sino que muchos, especialmente los políticos, eran el resultado del desenvolvimiento histórico, por tanto de derecho humano, y por eso podían también perderse de nuevo. No menos se le pasaba por alto al idealista, para quien sólo tenía valor lo que debía ser, el notable cambio de las relaciones eclesiásticas y políticas de Europa, el cual imposibilitaba de todo en todo el hacer valer la autoridad pontificia ante los príncipes cristianos, del modo con que se había hecho en los grandes siglos de la edad media. Sin curarse de la apostasía de medio mundo, sin hacer caso de la profunda mudanza que se había efectuado aun en los estados que seguían siendo católicos, vivía Paulo IV con el pensamiento fijo en aquellos

(1) Cf. los *breves del día de la coronación (26 de mayo de 1555) al rey de Portugal y al de romanos. Arm. 44, t. IV, núm. 104 y 106. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Son para eso características sus declaraciones ante el embajador francés, publicadas por Ribier, II, 716 s.

tiempos, en que los Papas, como padres y directores de la cristiandad, tenían y ejercían aun en lo político una eficacia extensísima. Aunque no había ninguna definición eclesiástica sobre el poder de la Santa Sede en lo temporal (1), mantenía él con todo inflexiblemente las reclamaciones, que habían hecho sus predecesores en presupuestos y circunstancias del todo diversas.

Con semejantes ideas muy fácilmente se podía llegar a un choque con el poder vastísimo de la casa de Habsburgo, y esto tanto más, cuanto la monarquía hispano-habsburguesa amenazaba así a la libertad de Italia como a la del Papado. En el alma de Carafa estaba profundamente fijado no sólo el recuerdo de la antigua independencia y extensa plenitud de poder de la Santa Sede, sino también la memoria del esplendor de Italia, del cual en sus primeros años había recibido la más profunda impresión. Comparaba esta Italia de los pasados tiempos con un instrumento bien acordado, cuyas cuatro cuerdas eran el Estado de la Iglesia, Nápoles, Milán y Venecia. Execraba la memoria de Alfonso de Aragón y Ludovico Moro, por cuyas disensiones se rompió esta armonía (2). La dominación de los españoles en la península de los Apeninos, el yugo que habían impuesto a su querida patria napolitana y la grave presión que ejercían sobre la Santa Sede, le parecían tanto más insoportables, cuanto tenía la peor opinión de los sentimientos católicos de Carlos V (3). Ya siendo cardenal había observado con creciente indignación las múltiples intrusiones de este monarca en los asuntos interiores de la Iglesia; ya entonces había pasado a ser en él idea fija, que el poseedor del poder imperial favorecía ocultamente a los protestantes alemanes para aniquilar el poder temporal de la Santa Sede, y así reinar solo en Italia. A esta política atribuía los rápidos progresos que hacían los enemigos de la Iglesia. Conservaba sobre todo indeleble el recuerdo del horroroso saqueo que Roma, la capital de la cristiandad, había tenido que sufrir de las tropas del emperador; ni podía olvidar la tentativa de este soberano, de llevar al cabo por su propia autoridad, sin asentimiento de la Santa Sede, el establecimiento en Alemania de la religión del Ínterin. Por eso, como napoli-

(1) Hergenröther, *La Iglesia y el Estado*, 749.

(2) Navagero en Albèri, *Ser.* 2, III, 389.

(3) Navagero da cuenta de eso repetidas veces; v. especialmente Brown, *VI*, 1, 392, 453, 622, 669, 674, 798: cf. también abajo el capítulo III.

tano, como italiano y ante todo como católico, había detestado y combatido a este monarca (1), y había observado con creciente rencor la condescendencia de Julio III con los imperiales.

En posesión del supremo poder, Paulo IV no dejó de descubrir al punto su aversión a los españoles y su predilección por Francia, cuyo rey promovió su elección (2). El pensamiento de oponerse al predominio de los españoles en Italia se le ofrecía ahora a su mente tanto más, cuanto la situación política parecía favorable a ello. La estrella del emperador iba incesantemente a su ocaso. El poderosísimo monarca, en cuyos dominios no se ponía el sol, en vista de los aprietos de su soberanía en Alemania y los Países Bajos, y de su posición nada segura en Italia, sentía el fracaso de sus vastos planes tanto más profundamente, cuanto más pesaban sobre él los achaques del cuerpo.

En tales circunstancias era muy seductor aprovechar el momento, para libertar a Italia y al Papado de la presión del poder español. Se veía el extraño espectáculo, de que un varón que hasta entonces se había ocupado casi únicamente en la reforma de los eclesiásticos, en rebatir las herejías y en obras de caridad cristiana, se arrojase con todo el ímpetu de su fogoso natural a la política secular y a una gran guerra. Cualquier otro hubiese retrocedido a vista de la contingencia de una lucha con el coloso del poder español. No así Paulo IV. Él, que nunca en su vida había conocido el temor, ahora, siendo Papa, estaba lleno de doblada confianza, y firmemente persuadido de que Dios le asistiría, según lo expresaba en su divisa (3), pues estaba escrito: «Andarás sobre áspides y basiliscos, y hollarás los leones y dragones» (4). El monarca que había dejado saquear a Roma, y querido introducir en Alemania una mezcla de religiones, le parecía con sus fautores cada vez más como el peor enemigo de la Iglesia, y como un cismático y hereje. Creía ser

(1) Algunos bien informados afirmaron, que el cardenal Carafa en 1547 había aconsejado a Paulo III una empresa contra la dominación española en Nápoles (v. Giannone, *Storia di Napoli*, 33, 1; cf. la nota a Nores, 304, y los dichos de varios cardenales, que publicó Bruzzzone en la *Cultura N. S.*, I [1891], 434 s.). Oficialmente había desmentido este hecho Julio III; v. Silos, I, 311 s.

(2) V. la carta de Avansón, de 24 de mayo de 1555, en Favre, Olivier de Magny, 436; cf. también la relación publicada por Segmüller, *Elección de Paulo IV*, 6.

(3) *Dominus mihi adjutor*; v. Ciaconius, III, 813.

(4) S. XC, 13. Cf. Navagero-Albèri, 390.

cosa intolerable que los españoles, a quienes tenía por una mezcla de judíos y marranos (1), dominasen el norte y sur de Italia, y con eso amenazasen la libertad y el poder temporal de la Santa Sede (2). No quería sufrir por más tiempo un estado de cosas, para impedir el cual sus grandes predecesores habían emprendido en otro tiempo la guerra a muerte con los Hohenstaufen.

Pero además de estos motivos eclesiásticos, contribuyeron no menos también otros nacionales a que Paulo IV se resolviese a arrostrar la lucha con el inmenso imperio español. La pobre Italia, que, aunque había pasado el período floreciente del Renacimiento, estaba todavía en arte y literatura a la cabeza de las naciones europeas, no había de languidecer por más tiempo bajo la presión de una dominación extranjera; la antigua tierra de la civilización tenía que ser libertada de los «bárbaros». Opinaba el Papa, que a estos extranjeros no se los había de tolerar en la bella Hesperia como señores, sino como mozos de cuadra y cocineros, o a lo sumo como mercaderes (3). La idea de la liberación de Italia de todo influjo extranjero estaba tan fuertemente grabada en Paulo IV, que aun la ayuda de Francia para expulsar a los españoles la consideraba sólo como un medio pasajero. Ambos son bárbaros, dijo una vez al embajador veneciano Navagero, con quien tenía especial confianza; bueno sería que se quedasen en su casa y sólo se hablase en Italia nuestra lengua (4). Otra vez recordó al mismo embajador un refrán napolitano que decía, que los españoles son buenos para los principios y los franceses para después, porque el español entra cortésmente sombrero en mano y se deshace en cumplimientos y lisonjas, pero luego que ha hecho asiento, arranca la piel a su hospedador;

(1) * En España se dió este calificativo durante los siglos *xiv* y *xv* a los judíos, y también a los moros, que a pesar de estar bautizados, se mantenían fieles a su primitiva religión.—(N. DEL T.)

(2) ** No es exacto que los españoles amenazasen la libertad y el poder del Papa. Prueba de ello es la guerra de Felipe II con Paulo IV, en la cual el duque de Alba, a pesar de su victoria, restituyó al Papa todas las tierras tomadas, e hizo una capitulación con el Pontífice, no sólo de ningún provecho, sino desfavorable y de poca honra para España. V. José Fernández Montaña, *Nueva luz y juicio verdadero sobre Felipe II*, p. 527, 2.^a edición, Madrid, 1891.—(N. DEL T.)

(3) Cf. Navagero en Brown, VI, 2, n. 813.

(4) V. la carta de Navagero en el apéndice a Nores, 308; cf. Navagero-Albèri, 405 s.

el francés, al contrario, en conformidad a su ardorosa naturaleza, preséntase al principio con frecuencia muy audaz y arrogante, pero pronto se modera de tal modo, que puede uno hallarse muy bien con él (1).

El pensamiento de comenzar la liberación de la Santa Sede del influjo extranjero, por el derrocamiento de la dominación española en Nápoles y Milán, trae a la memoria los planes de Julio II. En efecto, algo había del espíritu del Papa Róvere en Paulo IV, puesto que también un contemporáneo designa la impresión que produjo en los diplomáticos el porte y carácter del nuevo Papa, con la misma palabra *terribile*, de notable energía, muy extraordinario, grandioso (2), que había usado el embajador veneciano al hablar de Julio II (3). Pero prescindiendo enteramente de los tiempos, de todo en todo diversos tanto en lo político como en lo eclesiástico, Paulo IV no podía acometer con esperanza de buen éxito tan atrevida empresa como la expulsión de los españoles de Italia, ya por la razón de faltarle totalmente la capacidad política y militar, que en tan alto grado fué propia de su gran predecesor. Por efecto del curso de su desenvolvimiento, a Paulo IV se le habían ido desapareciendo más y más de la esfera de su vista las cosas políticas, y las militares de todo en todo le habían sido siempre ajenas. De este modo las dificultades que habían de oponerse a su gigantesca empresa, como eran la nueva situación del mundo, creada por la herejía, el número insuficiente de tropas del Estado de la Iglesia, y el carácter nada guerrero de los italianos, las veía con tan poca claridad, como el desfavorable estado rentístico de la Cámara Apostólica (4). Añadiase además su temperamento, que en modo alguno era a propósito para diplomático o general.

La índole del Papa contribuía mucho a que se perdiesen en el vacío las voces de todos aquellos, que advertían el peligro

(1) V. la relación de Navagero en Ancel, Sienne, 28, nota 4, y además Brown, VI, 2, n. 813.

(2) Así en la *carta de un agente mantuano, fechada en Roma el 1.º de septiembre de 1555. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(3) Cf. nuestras indicaciones del vol. VI, 151, nota 1.

(4) Sobre la situación rentística v. las quejas expresadas en el *breve a los vicelegados de las provincias de los Estados de la Iglesia, de 4 de junio de 1555 (Arm. 44, t. IV, n. 116. *Archivo secreto pontificio*). Cf. Navagero-Albèri, 375; Brosch, I, 202 s. Abundantes pormenores sobre los ingresos y gastos de Paulo IV en los Estados de la Iglesia pueden verse en una colección de escritos del *Archivo secreto pontificio*, Miscell. Arm. 11, t. 45.

que había en un conflicto con España. Si en general es desgracia de los príncipes el que sólo raras veces o absolutamente nunca logren oír la verdad, esta desdicha alcanza mucho más fácilmente a las naturalezas impetuosas. Quien exponía ingenuamente a Paulo IV el verdadero estado de las cosas, caía en desgracia; por el contrario, daba oídos con predilección a aquellos que se acomodaban incondicionalmente a sus ideas, pero con frecuencia le ocultaban precisamente lo más importante (1). A consecuencia de eso, en lo que tocaba a los asuntos políticos y militares vivía el Papa en un mundo imaginario, que estaba en la más viva contradicción con la realidad.

Fué una desgracia que semejante hombre se enredase en el laberinto de la gran política, desgracia, así para los Estados pontificios como para la Iglesia, que nada necesitaba tanto como una reforma fundamental. Desatender ésta por los negocios políticos, tanto menos le pasó a Paulo IV por el pensamiento, cuanto la liberación de la Santa Sede de la presión española constituía también parte de su programa de reforma. Conforme a eso, ya en 29 de mayo de 1555, en su primer consistorio, expresó con ahinco su firme voluntad, tanto de guardar la dignidad y autoridad de la Santa Sede, como de reformar las malas costumbres de los eclesiásticos; y rogó a los cardenales que en este punto estuviesen a su lado y diesen buen ejemplo con el porte de su vida. Para deliberar sobre las reformas necesarias fueron nombrados los mismos miembros del Sacro Colegio que Marcelo II había para ello designado (2). El Papa habló de tal modo en esta ocasión, que se conoció que su primer cuidado se dedicaría a la ejecución de este dificultoso asunto (3). Por el mismo tiempo corrió la voz de que el Papa, ya anciano de setenta y nueve años, diputaría

(1) Cf. Navagero-Albèri, 405 s. El mismo P. Strozzi, que todavía podía hablar muy libremente con Paulo IV (v. ibid. 407), le ocultaba con frecuencia toda la verdad; un ejemplo de ello puede verse en Ancel, *Disgrâce*, 20, nota 5.

(2) Además de Massarelli, 272, v. *Acta consist. (*Archivo consistorial*) y la relación de U. Gozzadini, fechada en Roma a 29 de mayo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(3) U. Gozzadini refiere en la *carta de 29 de mayo de 1555: *S. S.^{ta} ha fatto una exortatione a tutti li cardinali a dovere vivere da cardinali et con molta efficacia con accennare che vuole che si attendi alla reformatione et che ha delle prime cose che si facciano al darle fine. *Archivo público de Bolonia*.

algunos cardenales para el gobierno de los Estados de la Iglesia, y para atender a los negocios políticos (1).

Este plan fué poco después ejecutado de tal modo, que resultó fatal para Paulo IV, y fatal también para la Iglesia. Lleno de desconfianza con los cardenales, que le habían elegido casi contra su voluntad, creyó el Papa hallar con la mayor seguridad en un miembro de su propia familia las cualidades necesarias para la dirección de los negocios políticos, esto es, para la que fué después secretaría de Estado. En 7 de junio de 1555 fué nombrado en un consistorio cardenal diácono Carlos Carafa, hijo menor de Juan Alfonso, conde de Montorio, hermano mayor ya difunto del Papa (2). El 15 de julio recibió Carlos Carafa el puesto que había ocupado Alejandro Farnese en tiempo de Paulo III, e Inocencio del Monte en el pontificado de Julio III. Indicóse a los nuncios, que tuviesen en el cardenal la misma confianza que en el mismo Papa (3).

El Sumo Pontífice consideraba esta ordenación de las cosas, dispuesta asimismo por tantos predecesores suyos, en cierto modo como muy natural, sin regirse en ello por un desmedido amor a su linaje, así como en general su nepotismo no se apoyaba en el egoísmo y afecto a la familia, que fueron propios de tantos Papas del Renacimiento (4).

Mucho más trágico es el haber recaído su elección en una persona que no podía ser más impropia. Carlos Carafa era el tipo de un condottiere italiano (jefe de tropas mercenarias). Hombre hábil, pero sin conciencia, tenía detrás de sí una vida muy agitada y aventurera.

Nacido en 1517 ó 1519, siendo niño había sido paje del carde-

(1) V. la *carta de U. Gozzadini, de 29 de mayo de 1555. *Archivo público de Bolonia*.

(2) V. Acta consist. en Gulik-Eubel, III, 38, y Massarelli, 273. Carafa no recibió la orden sacerdotal, ni sabía muy bien el latín; v. Nonciat., II, 362.

(3) V. el **breve al cardenal Carafa de 15 de julio de 1555, en el que no ha reparado el mismo Ancel (Secrét. pontif. 6). *Archivo secreto pontificio* (Arm. 44, t. IV, n. 168).

(4) Con razón hacen notar esto Ranke (Papas I^a, 195) y Susta (Comunicaciones del Instituto Austriaco, tomo suplementario VI, 551). La atención a la política antiespañola no puedo considerarla tan grande, como la suponen los sobredichos. Susta muestra muy bien, cómo el infeliz sistema del nepotismo en cierto sentido era inevitable en los Estados de la Iglesia. Cf. también Felten en el *Léxico eclesiástico* de Friburgo, IX^a, 104 s.

nal Pompeyo Colonna, después entró en el séquito de Pedro Luis Farnese, para dedicarse al fin enteramente a las armas; pues estando como hijo menor sin esperanza de heredar bienes de familia, tenía que conquistarse con su espada una posición. Por espacio de muchos años militó bajo las banderas del emperador, en el Piamonte al mando de Vasto, y en la guerra de Esmalcalda a las órdenes de Octavio Farnese. Defraudado en sus esperanzas y tratado mal por los españoles, se separó al fin de la causa de Carlos V, y peleó en la guerra de Sena al mando de Strozzi en favor de los franceses. En tiempo del conclave se hallaba en Roma (1).

Parece incomprensible a primera vista, que un Papa tan austero como Paulo IV llamase ahora súbitamente al supremo senado de la Iglesia a este inculto soldado, cuya vida escandalosa y disoluta le era conocida (2). Por eso se ha supuesto, que el astuto nepote engañó al anciano Papa con una comedia de conversión (3). Esto, con todo, no es verdad. La concesión de la púrpura a Carlos Carafa fué el resultado de una intriga mañosamente tramada de su hermano mayor Juan, conde de Montorio (4). Atento ante todo al esplendor y a la grandeza de su casa, veía éste toda prosperidad en la estrecha unión con España. Caracteriza tanto a Juan como a su época el que pudiese concebir el plan de separar a su hermano Carlos del partido francés y sustraer de las armas al aguerrido militar, que podía ocasionar serios embrazos, procurándole la dignidad de cardenal. Carlos mismo mostró—ha de dudarse si de veras—poca inclinación a semejante mudanza. El Papa nada quería saber al principio, de la promoción. A pesar de ello supo Juan Carafa llevarla adelante. En el embajador francés Avansón halló prestos oídos para el plan, porque éste, temiendo la gran influencia del cardenal Farnese, favo-

(1) Navagero-Albèri, 383. Petramellarius, 91 s. Ciaconius, III, 842 s. Duruy, 7 s., 345 s. Riess, 19 s. Ancel, *Disgrâce*, 12 s. Nonciat., II, 258.

(2) Cf. el *Motu proprio*, por el cual C. Carafa fué absuelto de sus anteriores delitos, en Cristofori, Paolo IV (*Miscell. stor. Romana* 1888), I, Ser. 2, p. 56, y Ancel, *Disgrâce*, 15, nota 3.

(3) La narración de la comedia de conversión de Carafa, difundida extensamente, sobre todo por Ranke (*Papas*, I^a, 186), es rechazada también por Riess (p. 23 s.).

(4) La demostración auténtica de esto la ha dado Ancel (*Disgrâce*, 14 s.). Cf. también Coggiola, *Farnesi*, 74, 75, y *Corpo dipl. Port.*, VII, 424.

recía al nepote por todas las vías posibles (1). Al fin ganó también para su plan a los partidarios del emperador. En vista de las instancias generales, después de alguna dilación, depuso el Papa su resistencia (2). De nada había de arrepentirse más que de esta elección, que desdora notablemente su memoria.

El primero que hubo de tener más amargo pesar de la elevación de Carlos, fué con todo su hermano Juan (3). Carlos supo en brevísimo tiempo congraciarse tanto con el Papa, que éste ya al cabo de pocas semanas le confió la dirección de la política secular. Juan, que desde primeros de junio había alcanzado un decisivo influjo en este terreno (4), con grandísimo asombro suyo se vió enteramente suplantado. Manifestóse exteriormente esta mudanza por el hecho de que Carlos Carafa pasó a habitar en el Vaticano las estancias Borja, que había ocupado hasta entonces su hermano (5). Pronto se vieron éstas muy frecuentadas por los embajadores y enviados de las potencias, y esto tanto más, cuanto Paulo IV sólo de mala gana concedía audiencias. El único que diariamente veía a Su Santidad, era Carlos Carafa. En su nueva posición al frente de la secretaría propiamente dicha, podía conferenciar con el Papa tan a menudo y tan despacio como quería. Dirigía él toda la correspondencia política, tanto con los nuncios y los demás representantes de la Santa

(1) Cf. Coggiola, *Conclave*, 474 ss. Avansón temía también el influjo del cardenal imperial Carpi, en quien Paulo IV tenía mucha confianza; v. su carta de 24 de mayo de 1555, en Favre, 436.

(2) Es conforme a la verdad lo que dice Paulo IV en un *breve a Pole de 16 de julio de 1555, de haber nombrado cardenal a C. Carafa, *non solum omnium consensu, sed hortatu*. Min. brev. Arm. 44, t. IV, n. 169. *Archivo secreto pontificio*.

(3) El hermano segundo, Antonio, marqués de Montebello, era iracundo y de poca capacidad, pero a pesar de eso recibió el mando de las tropas pontificias (v. el *breve a él dirigido de 31 de agosto de 1555. Brev. ad princ. Arm. 44, t. IV, n. 226. *Archivo secreto pontificio*). Antonio en lo sucesivo no representó papel alguno. En cambio su hijo Alfonso fué el predilecto del Papa (cf. abajo cap. IV, § 2).

(4) V. en el n.º 10 del apéndice el *breve de 2 de junio de 1555 (*Archivo secreto pontificio*) y la relación portuguesa en el *Corpo dipl. Port.*, VII, 431. Todavía en 20 de junio de 1555 notificaba un agente del card. Madruzzo a éste desde Roma, que el nuevo cardenal Carafa era a la verdad privado del papa, pero: *Chi adesso fa tutte le cose é il conte di Montorio. Correspondencia de Madruzzo, que se halla en el *Archivo del Gobierno de Innsbruck*.

(5) V. Ancel, *Disgrâce*, 17 s. y *Secrétairie*, 10; cf. Coggiola, *Farnesi*, 77, nota.